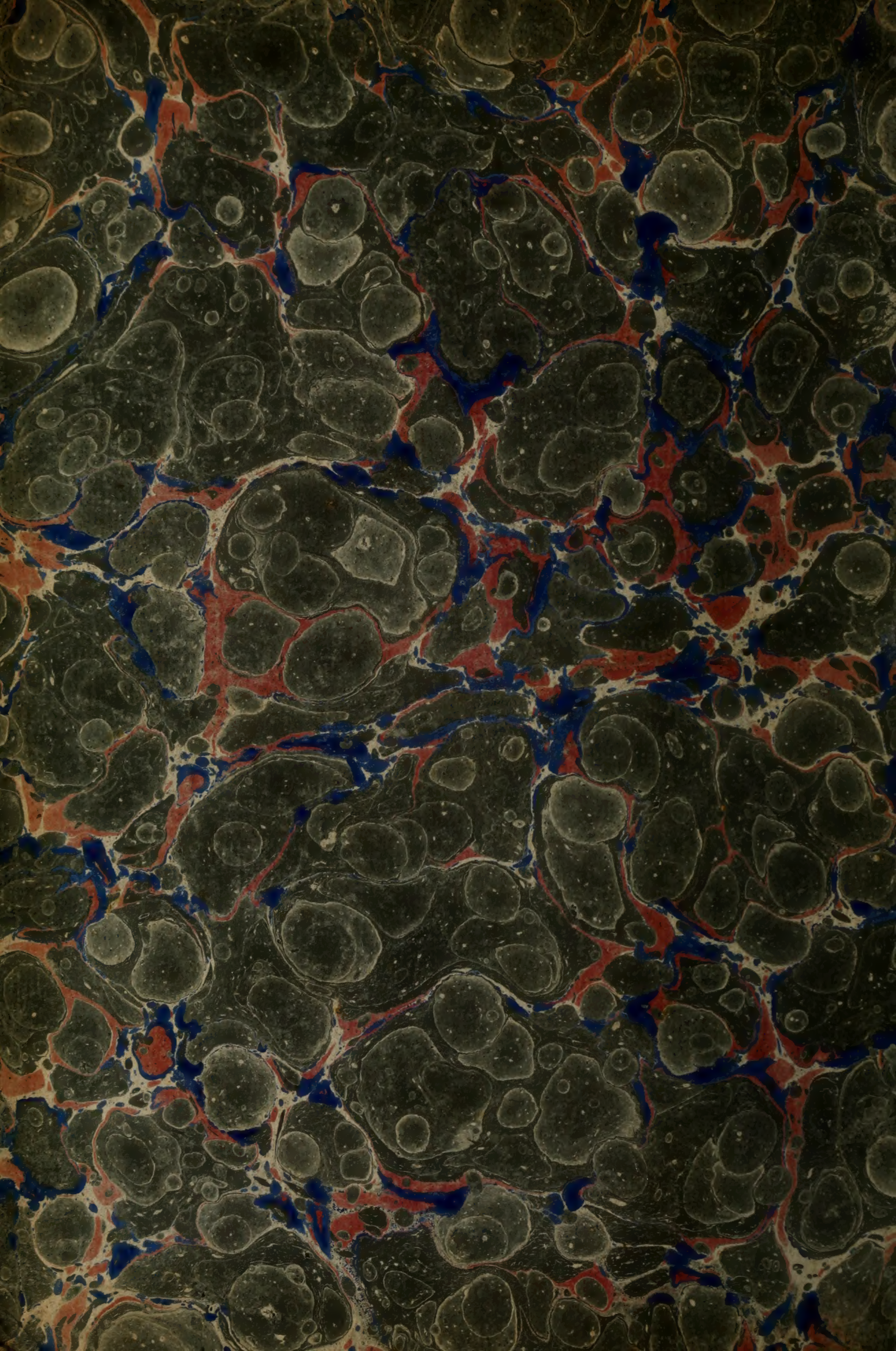
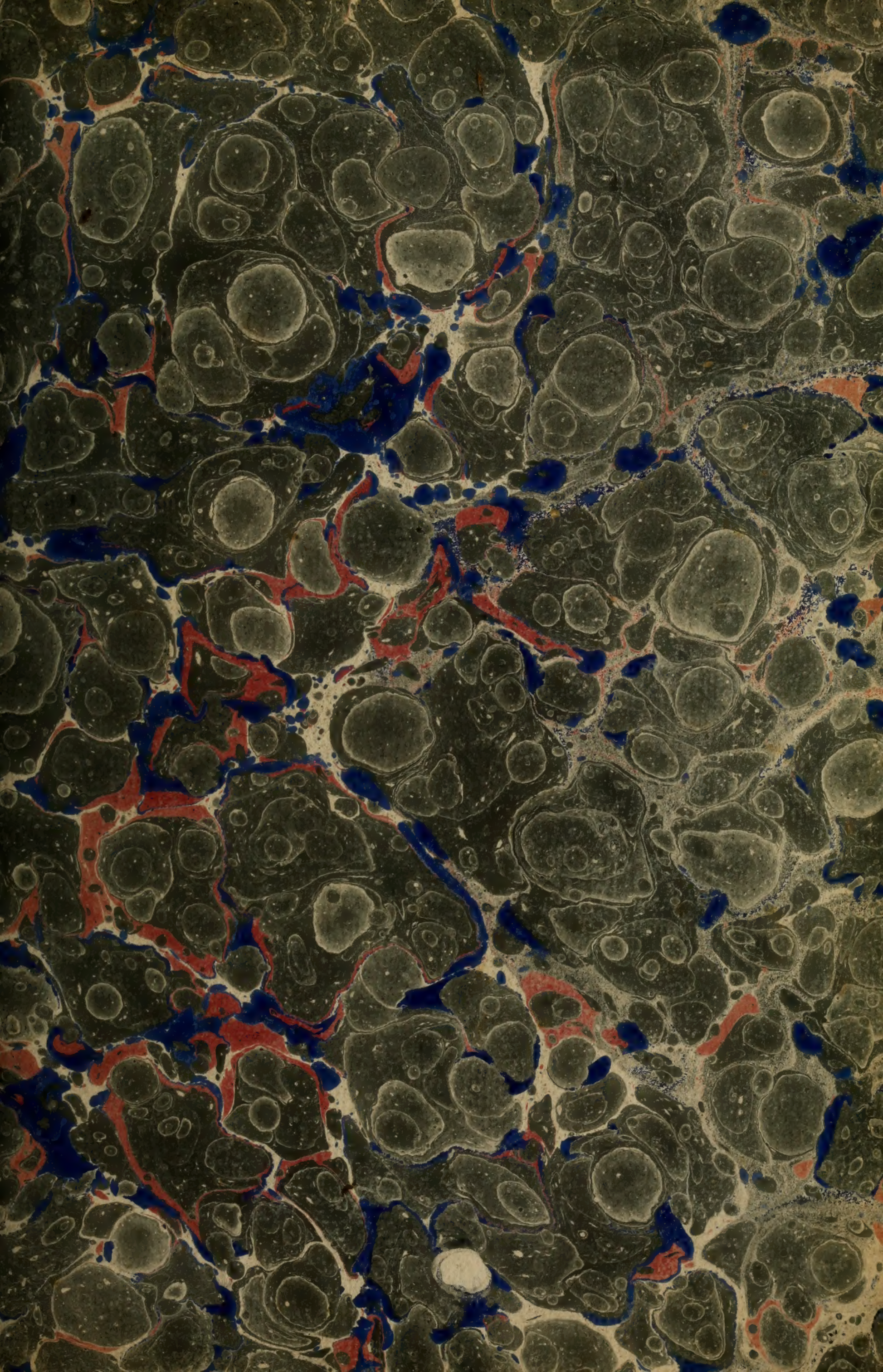
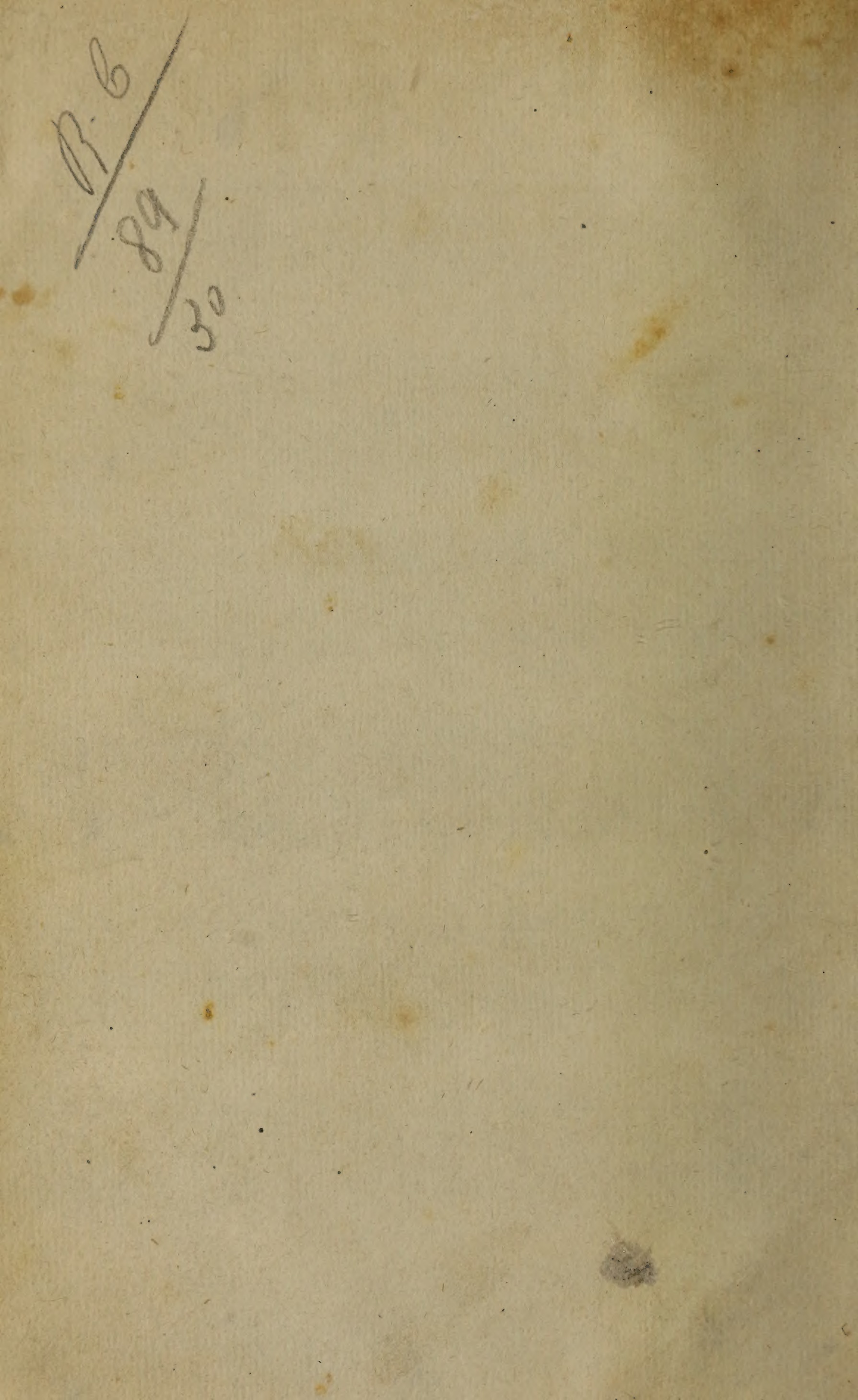

3 1761 09545848 5






B.6
89
30

ISABEL PRIMERA.

NOVELA HISTORICA

ORIGINAL

de Don Francisco José Orellana.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.
Librerías de Leon Pablo Villaverde, calle de Carretas: José Cuesta, calle Mayor y Oliveres, Concepcion Gerónima.

BARCELONA.
Librerías de Manuel Saurí: Viuda Mayol: Jaime Subirana: Isidro Cerdá: Imprenta Hispana de V. Castaños, Asalto, 20.

SEGUNDA PARTE.

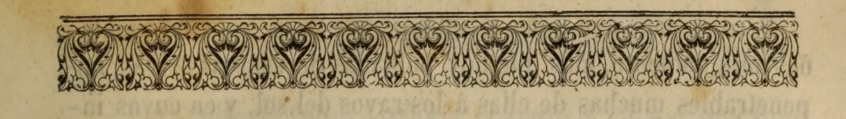
El Reinado de los Héroes.



BARCELONA:

Imp. Hispana de V. Castaños, Asalto, núm. 20.

1854.



ISABEL PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

LA AURORA DEL NUEVO DIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El hidalgo del solar.

Las montañas de Asturias gozan el doble privilegio de los aires puros y de los recuerdos de gloria: en sus fértiles valles, cruzados por murmuradores arroyos; en sus hondas cañadas, cubiertas de entretejidos árboles, el cuerpo adquiere robustez y fresca lozanía; mientras sus altas y peñascosas cumbres, solo accesibles á la trepadora cabra montés y al indomable buitre, infunden vigor al espíritu y le inspiran el amor á la independencia y los pensamientos levantados. Diríase que el génio de Pelayo y de sus héroes invencibles flota en la túnica sutíl de azulada neblina que viste los lejanos montes, cuyas séries, como filas de gigantes, van á perderse en las fragosidades de Covadonga, cuna de la libertad española y solar del patriotismo.

Pero no todo era dulce y sublime poesía en aquellas montañas antiguamente, mas que hoy pobladas de espesas selvas, impenetrables muchas de ellas á los rayos del sol, y en cuyas intrincadas sinuosidades tenian su manida tribus enteras de velludos osos, piaras de javalíes y manadas de lobos. ¡Ay del viagero estraviado á quien cogiese la noche en aquellos incultos lugares! ¡Ay del que, aun en medio del dia, caminase por aquel océano de vírgenes frondas, sin ir bien provisto de armas ofensivas y defensivas!

Una tarde clara, diáfana del mes de abril cruzaban los linderos de Castilla para entrar en Asturias por el consejo de Lena y no lejos del lugar de la Cortina, una cabalgada de diez personas: la de mas autoridad entre ellas era un caballero de cincuenta años, musculatura de hierro, continente rudo y altanero, conciso en las palabras y pronto en las obras. A su izquierda, cuando la senda y el ramage de los árboles lo permitian, iba una graciosa doncella, imágen viva de Diana cazadora, en trage del siglo XV, que apenas habia cumplido este número de primaveras: rostro ligeramente aguileño, negros ojos, cutis de nieve y rosa, gesto atrevido, cabellos de azabache recogidos bajo un airoso y leve sombrerillo de grana, del cual pendia y flotaba un sutíl velo, formas dulcemente desarrolladas; tales eran las gracias aparentes de esta noble jóven; la cual, montada en un soberbio morcillo andaluz, le manejaba con la intrépida soltura de una amazona.

Detrás de estos señores seguian seis vasallos armados y dos doncellas, todos en sendos caballos, con las maletas á la grupa; y delante á pié caminaba un guia, tomado antes de entrar en las montañas.

A pesar de esta precaucion, nuestros viageros comenzaban á perder la senda, y el anciano caballero habia proferido ya entre dientes mas de una blasfemia, al tener que desviar su caballo de los troncos que le obstruian el paso.

—¿Sabeis, don villano, dijo por último el caballero al guia,

que no me gusta nada este camino? ¿A dónde nos llevas, canalla?

—Tranquilícese vuestra señoría, contestó el villano; que Dios mediante, pronto saldremos á puerto de claridad. Ved allí aquellos montes azules: son los del valle de Guerna, cuyos pasos conozco lo mismo que las calles de mi lugar.

—Pues guia pronto, porque el sol vá bajando; y en Dios y en mi ánima que lo has de pasar muy mal, si antes de anochecer no estamos en parage claro y seguro.

El guia miró de soslayo al caballero, y continuó buscando la borrada senda; pero por mas que tuviese buena voluntad, á cerca de lo cual nada dice la crónica, es lo cierto que cada vez se presentaba mas cerrada la espesura, y los viageros veian crecer los peligros, mas alarmantes á medida que se aproximaba la noche. Temblaba el villano, escuchando el sordo rumor de la tormenta que se iba formando en el ánimo del orgulloso señor, cuya cólera podia estallar al menor incidente que la estimulase. Y con efecto, al doblar una colina donde los rayos del sol poniente llegaban con dificultad, tamizados por el espeso follage, descubrióse un horizonte negro, alfombrado de robles y pinos, que ponia miedo en el corazon mas animoso, y agolpaba á la memoria los recuerdos de las mas tremendas consejas de bandidos.

—Rayos de Dios! exclamó el caballero: ¿se burla de nosotros este bellaco? Sin duda nos conduce á una emboscada de facinerosos como él.

—Oh! señor, tened un poco de paciencia.

Cegado por la ira, no pudo evitar el caballero el choque de una rama, que le dió en el rostro: esto bastó para colmar la medida de su furor.

—¡Vive Dios, que no te burlarás impunemente de Pedro de Sandoval! dijo.

Y tirando con furia de una jabalina que llevaba en el cinto, la arrojó al villano. Este, al ver la accion, habia salido huyendo,

pero mas rápida que él, partió el arma silbando, y le entró por las espaldas.

—¿Qué habeis hecho, señor! exclamó la jóven. Faltando ese hombre, ¿quién nos sacará de esta espesura?

—¡Ese hombre....! ¿Qué falta nos hace? Tranquilízate, Elvira, hija mia: mejor que con su ayuda, saldremos solos de este atolladero. Ese hombre nos llevaba, sin duda, al poder de algunos ladrones.—Y volviéndose hácia sus servidores, añadió el caballero:—A ver? Salid dos delante, y esplorad el campo. Es menester que no nos coja la noche en este intrincado monte.

Dos de los armados avanzaron, y la cabalgada continuó su marcha á la ventura, sin cuidarse de los gritos y lamentos que daba el villano, revolcándose en su sangre.

Pronto conoció el caballero que habia cometido una imprudencia, dejándose llevar de su bárbara ira: los lamentos del herido villano, y acaso el olor de la sangre caliente, despertaron el instinto feroz de algunos animales, que allí cerca tenian su manida; y antes que nuestros viageros pudieran precaverse, vieron aparecer entre el denso tapiz de arbustos una familia completa de osos; padre, madre y tres hijos.

No desmintió su serenidad el caballero en este momento fatal; pero las mujeres lanzaron gritos de terror, y los demas hombres palidecieron.

—A ver? Las mujeres al centro! gritó Sandoval!.... Y vosotros, armad esas ballestas! Formad círculo, é impedid que las fieras lo rompan.

Los ballesteros se apresuraron á obedecer las órdenes de su señor; pero fué demasiado rápida la acometida de aquellos feroces animales, para que pudiesen cerrar completamente la línea de defensa: apenas tuvieron tiempo para reponerse de su sorpresa, y les faltó para hacer uso de las armas arrojadizas. La lucha comenzó desde luego encarnizada y sangrienta: los dos osos mayores se avalanzaron á los ginetes, desgarrando con sus zarpas los pechos de los caballos, mientras los pequeños les

mordian los corvejones, y los hijares, haciéndoles dar saltos y bufar de dolor y de espanto. Los viageros se defendian, cual con la espada, cual con la daga; pero por mas que hacian les era imposible reprimir los corceles y mantenerse en el órden que era su mejor garantía de triunfo.

Uno de los oseznos, metiéndose en el círculo, por entre las patas de los caballos, acometió al de la jóven Elvira, el cual, dando un tremendo bote, se salió de la línea: la doncella hizo esfuerzos para contenerlo, pero el empuge del fogoso bruto la venció en esta lucha, y á su pesar se vió arrastrada en una rápida y peligrosa carrera. En aquel momento, el mayor de los osos, que habiendo luchado cuerpo á cuerpo con don Pedro de Sandoval, acababa de recibir profundas heridas, se lanzó rabioso en seguimiento de la jóven, como si conociese que en ella tenia una víctima segura y menos agresiva, en quien poder cebar á mansalva su saña.

Lo que pasó en aquellos instantes no se puede describir: las fieras ensangrentadas por los repetidos golpes de los viageros saltaban de uno en otro sedientos de venganza: los hombres se veian forzados á sostener el choque para no ser devorados al menor descuido, y entre tanto la bella Elvira, sin auxilio humano, atravesando breñas, próxima tal vez á caer en un precipicio seguia arrebatada por su desbocado caballo, que al sentir en pos de sí las trepas y los ahullidos del oso, erizaba las crines y la cola, y tendia el cuello y las manos, llevando la nariz hinchada y los ojos desencajados.

—Mi hija! Socorred á mi hija! gritó con voz tonante el anciano caballero.

Pero al gritar así acababa de perderla de vista.

Elvira en aquel momento imploraba el amparo del cielo, cuando saliendo á un otero despejado de bosque, oyó el sonido de un cuerno de caza, que repetia dos notas agudas como una señal. Sin embargo no vió á persona alguna, y lejos de esperar salvacion, divisó á corta distancia en la línea que seguia las

profundas quebradas de un derrumbadero: segura de su muerte, cerró los ojos é invocó á la Vírgen.

De pronto sintió que una mano vigorosa, asiendo del bocado á su montura la detenia con violento empuje, obligándola, en fuerza de su resistencia, á doblar los corbejones. El valiente, que llevado de un instantáneo impulso de generosidad, acababa de ejecutar este acto de temerario arrojo precipitándose desde un altozano, donde casualmente estaba al aparecer en el otero la doncella, era un jóven cazador de bella presencia, suelto de miembros, de mirada intrépida y rostro lleno, tostado por el sol y las fatigas, que frisaba en veinte años: su trage modesto no revelaba una alta posicion social; pero el garbo de su persona, y el aire orgulloso con que llevaba su gorra, adornada con una pluma de águila, le daban cierta distincion, que impedia confundirle con un oscuro villano.

Apenas tuvo tiempo Elvira para reconocer á su salvador, el cual, desviando al caballo del precipicio, la dijo con voz varonil y simpática:

—Teneos firme y nada temais.

Y salvando de un salto una distancia de seis pasos, se halló frente á frente con el terrible oso, que puesto en pié, y abiertos los brazos y las hondas fauces, amenazaba destrozarle.

Fábula digna de los tiempos heróicos, hazaña mitológica de Hércules parecerá la verídica relacion que tratamos de hacer. El jóven desenvainó su cuchillo de monte y, ocultándolo á la espalda, aguardó á pié firme: la fiera vaciló un breve momento, y se arrojó bramando hácia su temerario contendiente: rápidos, como el pensamiento, se cruzaron los brazos de entrambos, quedando estrechamente unidos pecho con pecho, el hocido del animal sobre el hombro del cazador, sus cabezas tocándose, y pugnando cada cual por abatir á su contrario.

Largo rato duró la horrible lucha, en que á cada momento parecia que el jóven iba á quedar ahogado entre los brazos de la fiera; mas por último esta abrió la espantable boca, lanzando

un terrible bramido, y se estremeció de pies á cabeza. El cuchillo del cazador, entrándole por debajo del omoplato izquierdo, acababa de penetrarle en el corazon.–Pocos momentos despues el jóven y su enemigo caian juntos al suelo, envueltos en un torbellino de polvo.

La hermosa doncella dió un grito de espanto, creyendo muerto á su valiente salvador; pero pronto se tranquilizó, viendo á éste levantarse batiendo las palmas, y dirigirse hácia ella.

—Oh! Gracias á Dios! exclamó Elvira. Cuánto he temido por vos, generoso jóven!

—Ya veis que todo peligro ha cesado, hermosa doncella, contestó el cazador en un tono sencillo y esento de fanfarroneria. Serenaos, pues, completamente, y ved en qué mas puedo serviros.

—No ha cesado aun el peligro, repuso la jóven; pues no lejos de aquí lucha mi padre con otras fieras.

—Qué decís? ¿Dónde.... dónde está?

Y volviéndose hácia oriente, llevó el jóven á sus labios el cuerno de caza, que pendia de sus hombros, y repitió la seña que antes habia oido Elvira. Otra tocata igual sonó en el fondo del bosque.

—Hácia esa parte quedó mi padre, dijo la doncella. ¿Le habran socorrido?

—Así lo creo: tranquilizaos, que pronto lo hemos de ver.

Diciendo esto, el jóven se tendió en el suelo, aplicando el oido á la tierra, y levantándose á poco, volvió á tocar, y dijo:

—Nada temais ya: vuestro padre está salvado y viene hácia nosotros.

Con efecto, á la primera llamada del jóven cazador habian acudido otros tres compañeros suyos con una trailla de fieros alanos, y encontrándose con los acometidos viageros, acababan de prestarles su auxilio, salvándoles del horroroso peligro. Mas, como D. Pedro de Sandoval estuviese intranquilo, y al mismo tiempo se oyese la repetida seña del bizarro mancebo, todos venian presurosos hácia el parage donde aquella sonaba.

Pronto salieron de lo espeso de la floresta el anciano caballero, su comitiva y los tres cazadores. Elvira corrió hácia su padre, y mostrándole con la mano el jóven, exclamó llena de infantil entusiasmo:

—Vedle allí, padre mio: él me ha salvado de la muerte dos veces en breves momentos, y á él tambien debeis la vida. ¿Qué habria sido de nosotros sin ese generoso jóven, que Dios ha puesto en nuestro camino.

—Oh! hija mia! contestó el anciano. Descuida, que yo recompensaré á ese mozo.

Y acercándose á éste, que sin cuidarse ya de la doncella ni de su padre, se ocupaba en cortar la cabeza á la fiera que habia vencido, le dijo:

—Te estoy agradecido, mozo, al servicio que me has prestado, salvando á mi amada hija. En todo tiempo y para cuanto te ocurra, puedes contar con D. Pedro Diaz de Sandoval, segundo del ilustre conde de Castro, comendador y Trece de Santiago.

El jóven, sin descubrirse hizo al caballero un saludo noble y atento.

—Pero no solo quiero recompensarte con la promesa de mi proteccion, continuó el comendador, sacando un bolsillo lleno de oro: toma, por ahora, esta pequeña espresion de mi gratitud, que será mayor cuando esté de vuelta en mis estados.

Al oir estas palabras, el jóven se irguió con ademan fiero, teniendo en una mano el cuchillo ensangrentado y en la otra la cabeza del oso, y mirando al caballero con rostro huraño, le dijo:

—Vuestras canas, caballero, os aseguran mi respeto, pero no os autorizan para insultar á un hidalgo, tan bueno como vos.

—Ah! Perdonad: ¿sois hidalgo?

—De los mejores.

—Vuestro nombre....?

—Pulgar.

—Pulgar....! repitió el comendador encogiéndose de hombros con desden. Hidalgo de estas montañas...?

—Si, de estas montañas: de los que mueren defendiendo á su patria y á su rey en Aljubarrota; de los que se retiran á su solar, por no ver las vergonzosas luchas intestinas de los que se apellidan grandes de Castilla. ¿Comprendeis?

El caballero arrugó el ceño, pero conociendo que el valor intrépido de aquel jóven le autorizaba en cierto modo para mostrarse atrevido, y tal vez consultando mas que nada á su propia conveniencia, reprimió la ira y contestó:

—Si, bien lo comprendo: veo que sois un jóven apreciable: tomad mi mano y seamos amigos.

—Eso es otra cosa, repuso Pulgar envainando el cuchillo y presentando al caballero su mano: aqui está la mia. Pero no nos detengamos mas tiempo: el sol ha traspuesto; estareis fatigado; vuestra amable hija debe de necesitar algunos auxilios para reponerse de las terribles emociones que ha sufrido: si teneis á bien aceptar la hospitalidad que os ofrezco, podreis reposar en casa de mi padre esta noche, ó el tiempo que os agrade. La torre solo dista de aqui media legua, y es el albergue mas cercano que hallareis.

—Acepto de buena voluntad, dijo el comendador.

Ya en este momento, uno de los cazadores compañeros de Pulgar, traia del diestro cuatro caballos, que habia ido á buscar á un sotillo inmediato, donde habian estado paciendo. Montaron en ellos sus dueños, y habiendo colgado el jóven la cabeza del oso del arzon de su silla, comenzó él mismo á guiar á los viageros, colocándose al lado del comendador.

Era ya de noche cuando llegaron al castillo del Pulgar, fortaleza modesta, pero de antigua y vasta planta y titánicos muros; el cual se levantaba sobre un escarpado montecillo, dominando la aldea de la Cortina. Los compañeros de nuestro jóven hidalgo, que eran vasallos y criados suyos, se adelantaron para dar aviso de la llegada de los huéspedes, y disponer su recibimiento, de modo que al presentarse aquellos, encontraron franco el viejo rastrillo y abierta la puerta.

En el umbral de ella y acompañado de un antiguo servidor,

que hacia de maestresala, segun se conocia por la cadena que llevaba al cuello, y de otros dos que tenian en las manos teas de pino encendidas, apareció el hidalgo de aquel solar, padre de nuestro jóven, anciano de setenta años, pero fresco y robusto, y á quien no habia podido encorvar el peso de la edad. Su fisonomía era en estremo noble y bondadosa, y la blancura de su barba y de sus canas la hacian venerable: apenas se marcaban las arrugas de la vejez en aquella frente, dilatada por la pérdida de los cabellos, revelando en su tersura una vida honrada y un espíritu tranquilo. Sin embargo aquel hombre habia tenido pasiones, y las conservaba en todo el vigor de la juventud, porque no abusó nunca de ellas; habia sufrido contratiempos, pero siempre supo hacerse superior á ellos.

Rodrigo del Pulgar, (así se llamaba este anciano), habia peleado valerosamente en la batalla de Olmedo, á favor del rey D. Enrique IV, y contra sus vasallos rebeldes; fué tambien uno de los campeones que acudieron á la *guerra santa*, cuando aquel desventurado monarca hizo un vano y ridículo alarde en la vega de Granada; pero habiendo despues perdido á su esposa, doña Constanza Osorio, nieta del marqués de Astorga, en Ciudad Real, donde residia, y deplorando con leal y honrado corazon las discordias intestinas y demas males de la patria, que no podia remediar, se habia retirado á vivir en su casa solariega de Asturias, donde se ocupaba en educar como buen cristiano y buen caballero á su hijo único Fernando, y en estudiar, con ayuda de su capellan Bernaldez, los clásicos griegos y latinos, á vueltas con los entonces modernos libros de caballería.

No se limitaban, empero, á esto solo las ocupaciones del anciano hidalgo, que en ello se habia propuesto imitar, seguramente, la conducta del *buen conde* de Haro, el mas honrado y sábio caballero de aquellos tiempos: aunque sus fieles servicios no recompensados, las calamidades generales de la época, y su falta de disposicion para la intriga y la lisonja habian menguado considerablemente su hacienda, sin embargo, reuniendo los dispersos restos de su patrimonio, acababa de reorganizar en el

lugar de su señorío la antigua *Alberguería* fundada por sus mayores, con el objeto de dar alimento, lumbre y cama á cuantos viageros pobres llegasen; teniendo además siempre franco su castillo y dispuesta su mesa para las personas de alguna distincion, siquiera fuesen simples soldados ú hombres de armas. A pesar de sus años, salia de vez en cuando á caza, y diariamente se egercitaba con su hijo en el manejo de las armas, tanto á pié, como á caballo, cuidando ademas por sí mismo de la cria y educacion de perros y halcones. Asi pasaba el tiempo siempre ocupado, y era feliz á su manera.

Fernando del Pulgar, mostrando que era tan cortés como valiente, saltó el primero de su caballo, y dejando las riendas en manos de un criado, corrió á ofrecer su apoyo á la jóven doña Elvira para que desmontase, dándole luego el brazo con mucha galantería. Quizá un observador delicado de las reglas de la etiqueta habria encontrado en el modo como esta accion fué ejecutada algo de torpeza ó rústico encojimiento; pero nadie habria podido afirmar si esto provenia de falta de educacion ó de hábito, ó si era efecto de sobra de atencion respetuosa. Tal vez doña Elvira hubiese resuelto la cuestion, revelando que el brazo vigoroso del mancebo que abatia los osos, temblaba ligeramente bajo el leve peso del suyo.

La corta servidumbre del hidalgo, compuesta de seis personas, sin contar el maestresala, hombre sério y ceremonioso, el capellan y el ama de gobierno, se apresuró á dar toda asistencia á los recien llegados, y en breves momentos estuvieron los caballos atados en las cuadras, provistos de pienso y camas frescas, aposentados los señores en la vasta cámara de ceremonia, las mujeres en posesion de la estancia destinada á doña Elvira, y los vasallos en la antigua sala de armas.

La cámara principal era un estenso cuadrilongo de techo abovedado en forma ojiva, en cuyo fondo habia una inmensa chimenea gótica, que remataba en un fronton guarnecido de follage, y en su campo tenia el escudo y blason de la casa, sostenido por dos gigantes: eran las armas de este escudo un guerrero em-

pujando con la espada el muro de una torre, y en torno este orgulloso lema: «El Pulgar quebrar y no doblar».

Otro escudo igual habia en el caseton donde se juntaban los cuatro arcos angulares del techo, y otros varios se veian entallados en los respaldos de los sillones de roble, que de negro ébano parecian, merced al trabajo lento de ese gran químico llamado el tiempo.

En todo lo demás la gran cámara no revelaba la opulencia ni aun la comodidad de su dueño. Las paredes sin tapices ostentaban la fria desnudez de la piedra negruzca; los muebles eran, en lo general, sencillos y toscos; el alumbrado de gruesas velas de sebo colocados en candeleros de madera; pero un entarimado de pino cubria el pavimento y en la chimenea se quemaba media encina, lo cual suplia en gran parte el desabrigo de la estancia.

Al entrar en ella el orgulloso comendador, acostumbrado al fausto de la corte y de los grandes, no pudo menos de hacer un gesto desdeñoso, que no se ocultó á la perspicacia del jóven Pulgar, y acaso le hirió en el corazon. No menos sagaz el anciano hidalgo, tambien lo comprendió, y apresurándose á ofrecer á Sandoval y á su hija los mejores asientos al amor de la lumbre, dijo con castellana franqueza:

—Aquí no encontrareis las comodidades que en otras partes; pero, ¡qué diantres! cuando se acaba de pasar esas montañas, no es cosa de pedir gollerías; pues, como dice el refran: á buen hambre no hay pan duro. Sin embargo, tenemos lo necesario para vivir, y buena voluntad: eso si, por el alma de mi abuelo, que Dios tenga en descanso!

—Eso nos basta, buen Pulgar, contestó el comendador con afable cortesanía: una hospitalidad como la vuestra es apetecible en todas partes.

—No lo negaré. Pero dejemos cumplimientos á un lado, que suenan mal bajo los ásperos techos de esta vieja casa. Tomad asiento, aqui junto á la lumbre, y mientras nos aderezan la cena, entretendremos el tiempo lo mejor que podamos. ¿Bebeis?

—Beberé á vuestra salud, repuso Sandoval, á quien iba gustando la noble llaneza del hidalgo.

—Pues bien, replicó éste, nos traerán un vinillo riojano, que guardo en mi bodega, capaz de hacer perder á Aristóteles, si viviera, toda su filosofía. Pero, ante todo, ved si esta noble doncella necesita algo: á lo que parece, viene indispuesta.

—Sin duda alguna, señor, dijo de pronto el jóven Pulgar, que habia quedado pensativo en un estremo de la sala, cruzado de brazos y apoyado en una mesa. Despues de lo que ha sucedido no será estraño que su salud padezca.

—Con efecto dijo el comendador, mirando á su hija: estás pálida, Elvira. ¿Te sientes mal?

—Esto no será nada, repuso la jóven: el susto, la sorpresa, el terror pueden haberme afectado. Es verdaderamente horrible el lance en que nos hemos visto.

—No, pues en estos casos, yo estoy con Ovidio por el *principiis obsta*. Mal prevenido, escusa de curarse, como dice mi capellan Bernaldez, que no es solo médico de almas, sino tambien de cuerpos. A ver, Fernando mio: haz venir al capellan y cuida de que se asista á esa doncella. Yo voy á ver que hace Ortiz, y que nos traiga algun refrigerio.

En este momento apareció en la puerta el ceremonioso mayordomo que aguardaba órdenes, pero sin decidirse á entrar, por no infringir las reglas de la etiqueta. Fernando salió presuroso á obedecer el mandato de su padre.

—¿Dónde andais, Ortiz, que no atendeis á nuestro servicio? dijo el hidalgo.

—Señor, estaba junto á esa puerta, esperando que me llamáseis. No creo que haya faltado en esto á las instrucciones de mi oficio, y si otra cosa hubiera hecho....

—Bien, basta, basta: es menester que nos traigan unas botellas de aquel rancio que sabes.

—Quedan pocas, señor, repuso en voz muy baja Ortiz. Y añadió en tono natural: Sereis servido inmediatamente. No lo tendrá el rey mejor ni tan abundante.

—Qué rey, Ortiz? Vamos: has perdido la chaveta seguramente. Ahora no hay rey ni Roque. Anda, anda; trae lo que te he dicho, y haz que apresuren la cena; que estos señores necesitarán descansar.

Y sin hacer caso de la profunda reverencia que hacía el mayordomo por despedida, el anciano Pulgar le volvió la espalda, y se dirigió hácia sus huéspedes, frotándose las manos.

—Bizarro hijo teneis, buen Pulgar, le dijo el comendador, como si tratase de halagar su vanidad.

—Quién? Mi Fernando? contestó el hidalgo con orgullo. No le conoceis bien: será la honra de su casa: y cuidado que á nadie cede en hidalguia y prez la raza de los Pulgares. No es vanidad, no: es la conciencia de nuestro valer. Mi abuelo murió en Aljabarrota; mi padre entró á escala franca en Antequera; yo derramé mi sangre en Olmedo al lado de mi rey. Entonces era rico por mi difunta. Dios la tenga en su gloria! (y el anciano se quitó una lágrima con el revés de la mano). Despues de años y de buenos servicios, me encuentro pobre, pero conservo el honor. Si ahora mismo me presentáran todo el oro de Ofir en premio de una villanía, con mis setenta años cumplidos, desafiaria al que tal me propusiera, si fuese noble, y estaria seguro de vencerle. Y si mi hijo tuviese un pensamiento indigno de los de su padre, aunque le quiero mas que á mi vida, le mataria. Pero ¡gracias á Dios! estoy libre de este disgusto. Fernando es todo un cumplido caballero.

—No creo que exagereis nada vuestros elogios, repuso el comendador sonriéndose.

—¿Qué es exagerar? Yo digo siempre la verdad; y creo que, *tal debe el hombre ser*, *como quiere parecer*.

—Por lo mismo, continuó Sandoval, estraño mucho, como es que vivis en este oscuro retiro, donde un jóven del mérito de vuestro hijo no saldrá nunca de las condiciones de un hidalgo de aldea.

—En este que llamais mi oscuro retiro, vivo honrado, señor de Sandoval, y mi Fernando recibe las nobles inspiraciones que

mejor se avienen con su estirpe: serán quizás rudos sus modales, pero sus costumbres no se manchan con el lodo de la corte.

—Sin embargo,-y dispensad que os aconseje,-ved que acaso comprometeis su porvenir: un mancebo de sus prendas, en edad de brillar, y hoy que la guerra ofrece lauros y fortuna á los valientes, no está bien en un rincon de estas montañas. Si os decidiéseis á lanzarlo al mundo, no faltaria quien le diese apoyo; y creo que á mi lado.....

—A vuestra salud! interrumpió el hidalgo, llenando los vasos que un servidor habia dejado en una mesa junto á él. Y despues de haber bebido, añadió:-Mucho os agradezco la fineza comendador; pero no puedo aceptarla.-Por lo demas, sabed que Fernando del Pulgar no permanecerá ocioso cuando tantos otros se aprestan á combatir: pronto, muy pronto hará su estreno.

—Ah! Cuánto me alegro! Supongo que le enviaréis á sostener la buena causa.

—¿Y á cuál llamais la buena causa?

—No puede ser otra que la de la legitimidad: la de la reina doña Juana.

—Oid un consejo en cambio del vuestro, comendador, repuso el anciano hidalgo apoyando amistosamente su mano en el muslo de Sandoval. Si quereis creer á un viejo, que tiene esperiencia, no continueis vuestro camino; volveos mañana á Zamora ó á donde os aguarde vuestro rey de Portugal. En este montañoso principado de Asturias, digo mal, en todo el territorio que baña el mar cantábrico, no hallareis un solo hombre dispuesto á seguir vuestra buena causa; y podeis dar con algunos que os falten al respeto.

—¿Tan rebeldes creeis á estos honrados montañeses, que sean capaces de ultrajar á un buen servidor de su legítima soberana?

—Su legítima soberana, comendador, es la reina doña Isabel, única princesa de Asturias: por ella están dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre; y aunque respetarán, como yo respeto, las opiniones de cada cual, no creo que lleven con

paciencia que por nadie se les trate de rebeldes, ni que se intente apartarles de su conviccion, buena ó mala. Si traeis por objeto estudiar el espíritu de este pais, ó tal vez ganar prosélitos para vuestra causa, ya os lo he dicho, podeis volveros; porque aqui no hallaréis un amigo.

—Os equivocais, señor del Pulgar: yo no vengo mas que á dejar mi hija en poder de una tia suya que reside en Oviedo.

—Cuidado, señor de Sandoval, que yo no pretendo averiguaros la vida: os he dado solo un consejo de amigo, porque conozco mejor que vos lo que pasa por estas tierras, y porque me habia parecido que teníais algun interés en inclinarme al partido de los portugueses.

—Y aunque eso fuera ¿no deberíais agradecer mi conducta? Se conoce que á este apartado rincon de España no llegan las nuevas de lo que pasa en Castilla; pues de lo contrario, nadie pensaria en abrazar un partido desesperado. Sabed, pues, que la reina doña Juana se ha desposado con el rey de Portugal su tio, en Plasencia, donde los han reconocido por reyes los principales grandes del reino.

—Sabemos eso, que es ya algo antiguo.

—Pero acaso no sabreis que sostienen sus legítimos derechos el poderoso duque de Arévalo, el ilustre marqués de Villena, con toda su parentela, que es como si dijésemos, la mitad de España del otro lado del Duero, los dos Girones, con la órden de Calatrava, y últimamente el señor arzobispo de Toledo....

—Cómo! Tambien el arzobispo..,.!

—No hace quince dias que doña Isabel intentó hablar á su antiguo protector en Alcalá de Henares, y habiéndole mandado un mensagero, recibió por toda contestacion: «que no venga, porque si ella entra por una puerta de la ciudad, yo me saldré por otra.» En estos momentos vá el arzobispo camino de Zamora con su gente de armas, y yo mismo le he oido jurar que ha de hacer que la infanta vuelva á hilar á la rueca.

—Oh! Eso es indigno!-Y perdóneme la mitra!-D. Alonso Carrillo, (no hablo del arzobispo, cuya dignidad respeto), es muy

dueño de abrazar la bandera que mejor le parezca; pero ni es propio de sus antecedentes, ni honroso para un caballero tratar asi á una dama, que es hija, hermana y esposa de reyes.

—Os acalorais demasiado, y no he de consentir que en mi presencia se ultrage á D. Alonso Carrillo! exclamó el comendador levántandose.

—Qué? os enfadais? Tanto peor para vos, repuso el hidalgo con calma. Sentaos; sentaos, comendador: lo que he dicho estoy dispuesto á sostenerlo fuera de aqui con las armas en la mano y contra cuantos lo contrario sostengan. Mas ahora estais en mi casa, lo cual es decir que sois dueño de ella y de mi persona. Siento haberos incomodado, porque sois mi huésped.-Vaya otro trago.

El comendador volvió á sentarse, tomó el vaso y bebió: lo mismo hizo Rodrigo del Pulgar, y despues de limpiarse con la mano sus gruesos bigotes, continuó:

—Y en fin, ¿qué deducis de todo lo dicho?

—Deduzco que D. Fernando y doña Isabel tienen perdido el pleito, y que no conocen sus intereses los que se empeñan en sostenerles.

—Vah! eso es muy bueno para convencer á los que miden la bondad de una causa por sus probabilidades de triunfo. Pardiez! si asi hubieran pensado los héroes de Covadonga ó aquellos espartanos de las Termópilas, que fueron á morir á sabiendas, ni España sería hoy casi toda cristinana, ni los ejércitos griegos habrian ido hasta Babilonia. Desengañaos, amigo mio, en esta cruel contienda que ahora se levanta, solo una cosa me desalienta y abate: la idea de que viertan su sangre españoles contra españoles, cristianos contra cristianos. Por lo demás, á la guerra irá mi Fernando: si á morir ó á vencer, el tiempo lo dirá; pero si perece, que sea como su abuelo: en frente, no bajo las quinas portuguesas.

—Señor, si me lo permitís, dijo doña Elvira á su padre, interrumpiendo la conversacion, me retiraré á descansar.

—Cómo! exclamó el hidalgo: ¿sin tomar antes algun alimento?

—Me parece que no me haria provecho, repuso la jóven.

—Diantre! No estais buena! Y cómo es que tarda tanto mi hijo?-Nada, nada: pasad á vuestra cámara, que allí se os servirá le que necesiteis. Venid conmigo: dispensad, comendador, que os deje solo.

Y asi diciendo, el anciano dió su brazo á la jóven para que se apoyase, y la condujo al cuarto que le estaba destinado. El comendador les siguió sumamente inquieto por este inopinado contratiempo, que podia trastornar sus planes; pues necesitaba del tiempo y de la libertad para ocuparse en el servicio de su partido, y por esto habia determinado llevar á su hija, huérfana de madre, á casa de un pariente de Oviedo.

Acababa de quedar doña Elvira al cuidado de sus doncellas, cuando llegó Fernando del Pulgar en compañia del capellan Bernaldez y de un doctor obeso, llamado Gracian Diaz, á quien su padre pagaba para que cuidase de los enfermos en el lugar de la Cortina y los que llegasen á la Alberguería. Conocíase que el jóven habia corrido mucho para encontrar al capellan y al doctor, pues venia sudando y fatigado.

—Ah! Por fin estais aqui, dijo Rodrigo al verles entrar. Estamos con cuidado por la hija de este caballero. Venid, venid pronto.

Fernando vió entrar á los facultativos y á su padre en el aposento de la jóven, y se quedó en la puerta, limpiándose el sudor que se habia helado en su frente. Jamás habia sentido una ansiedad semejante.

Gracian Diaz examinó atentamente á la enferma, y cedió el puesto al capellan, apartándose á un lado, meneando la cabeza con aire magistral y sin decidirse á dar su dictámen. El capellan se acercó á su vez, y habiéndola pulsado, dijo:

—Encuentro fiebre y escitacion de ánimo. ¿Qué os parece, doctor?

—Con efecto, dijo el doctor sacando al frente su voluminoso abdómen. El caso es oscuro, porque, como dice Plinio el mayor, *in mulieribus adultis, febris continua et epidemica existit.* De manera, que, habiendo escitacion de ánimo, no es inverosimil que haya fiebre; y habiendo fiebre.... ya sabeis: *febris in muliere caliditatis signum.*

—Quedamos enterados, repuso el viejo hidalgo: aqui lo que hay es un susto, y como consecuencia de él una calentura. Ved vos, Bernaldez, lo que conviene hacer.

—Señor, dijo tímidamente el doctor, mientras el capellan volvia á pulsar á la enferma; no estrañeis que dudemos: *sapientis est dubitare.* La mujer es un abismo de confusiones, un laberinto donde se pierde la medicina: *natura demonia, et mulier consocia ejus.* Ahora, si como decis, ha precedido un susto, el caso es especial, y varía la cuestion.

—Perfectamente, doctor: ¿qué os parece, señor capellan?

—La dolencia no es grave, si la corregimos á tiempo. Una sangria y un buen método pueden curarla.

—Soy del mismo parecer, repuso el doctor, y si con la sangria se alivia, soy de opinion de que mañana se la repita, por aquel aforismo que dice: *quæ aplicata juvata, continuata sanata.* ¿No es así?

—Corriente, dijo el hidalgo: menos aforismos y mas remedios. En vuestras manos queda la enferma. Curádmela pronto, y poco importa que sea en latin ó en castellano.

Dicho esto, el anciano salió á la sala principal, donde ya estaba preparada la cena: tranquilizó al comendador, y sin pensarlo restituyó con sus palabras la calma al espíritu del jóven Fernando, cuyo corazon, siguiendo esa tendencia propia de los séres fuertes y generosos á cobrar cariño á los débiles por el solo hecho de haberlos protegido, sentia un vivo interés, un afecto mas tierno que el de hermano, hácia la delicada Elvira.

Durante la cena, rehuyó Rodrigo del Pulgar toda palabra capaz de renovar la ardiente disputa sobre las cosas políticas, á fin de no disgustar á su huesped; y el resto de la noche se habria pasado sin la menor sombra de discordia, á no ser por una acalorada reyerta que, á los postres, se oyó hácia la sala de armas, y de la cual hablaremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO II.

De cómomo Fernando del Pulgar salió á campaña

Además de los hombres de armas que acompañaban á D. Pedro Diaz de Sandoval, habian llegado al castillo del Pulgar otros seis bizarros mozos, hijos de las montañas de Vizcaya, Santander y Asturias, que habiendo salido de diversas partes, acababan de juntarse por casualidad en aquel punto: eran todos ellos hidalgos sin solar; segundones de nobles arruinados, y por lo tanto aventureros de profesion: sabian que en Asturias y en el norte de Castilla se levantaban gentes á millares para acudir á tomar parte en la contienda que debia decidir al cabo por medio de las armas la sucesion al trono, y de aqui el que se dirigiesen hácia donde podian encontrar un pendon y una caldera, que les sirviesen de base para entrar en campaña.

Estos hombres, aunque sueltos, llevaban ya formada su opinion y adoptado su partido: como casi todos los vizcainos y asturianos, eran adictos á doña Isabel.

Reunidos bajo un mismo techo con los servidores del comen-

dador Sandoval; y sentados todos á una misma mesa, fácil es comprender que no podrian estar en paz mucho tiempo. Despues de haber referido cada uno su corta historia, y de haber fraternizado entre sí los aventureros por su identidad de miras, tomó la palabra uno de los de Sandoval, y dijo:

—Si buscais ventura, mal camino habeis elegido, señores hidalgos, pues no han de pasar de aqui dos meses, que vuestro rey Fernando y su mujer no tengan que escapar de Castilla á uña de caballo.

—¿Los echareis vos, señor escudero? preguntó con sorna uno de los hidalgos, hombre de treinta años, cara redonda y barba rubia y espesa.

—Los echará, con la ayuda de Portugal y Francia, el pueblo entero de Castilla; porque nadie los quiere.

—Vive Dios que mentis, como villano, gritó el rubio echando fuego por los ojos. Yo, Gerónimo de Aguilera, os reto y desafio á que probeis lo que habeis dicho, y sostengo que el pueblo castellano y con él toda la nobleza honrada, son buenos y leales defensores de la reina doña Isabel, y enemigos á muerte de los estranjeros.

—Y yo, Cristóbal de Castro, lo confirmo exclamó otro de los jóvenes aventureros.

—Y á vuestro lado está Montesino Dávila, que sostendrá vuestra palabra.

—Y yo, Alvaro Peñalver, añadió otro, declaro que no son buenos castellanos los que se entregan al dominio de la Beltraneja y de un rey estranjero: una adulterina y un portugués.

—La reina doña Juana, gritó el que primero habia hablado, es la hija legítima del rey difunto, que la nombró su heredera, y yo declaro malsin al que la ultrage, y traidor al que no la defienda.

—Pues bien, repuso Gerónimo de Aguilera: aqui estamos seis contra seis; decidan las armas nuestra contienda. Pero antes, sabed, si acaso lo ignorais, que las córtes del reino, reunidas en

Segovia, como única autoridad suprema en estos casos, han prestado juramento de fidelidad á doña Isabel y á D. Fernando; y en prueba de que la nobleza, el clero y el pueblo reconocen sus legítimos derechos, ahí estan las poderosas familias de Mendoza y de Velasco, las de Manrique de Lara y de Guzman, las de Henriquez y Portocarrero y otras mil, grandes, medianas y pequeñas, que abrazan su partido: casi todos los obispos y abades son de la misma opinion; y para concluir: dos meses hace que Alonso V se proclamó en Plasencia rey de Castilla, desposándose con doña Juana: nuestros legítimos reyes tenian entonces quinientos hombres por todo ejército; y hoy pasan de treinta mil los voluntarios que de todas partes han acudido á militar bajo su estandarte. Allá vamos nosotros tambien, y pronto morderán la tierra los que no digan: ¡Viva la reina doña Isabel!

—Viva! esclamaron los otros cinco aventureros, y con ellos los criados de Pulgar.

—Viva la reina doña Juana! gritaron los de Sandoval.

Y unos y otros, poniendo mano á las armas, iban á terminar con sangre su debate; cuando apareció de pronto en medio de ellos el jóven Pulgar, y apartándolos, sin mas medios que sus vigorosos puños, esclamó:

—Qué avilanteza es esta? Cómo osais turbar la paz de mi casa?

—Nos han insultado! gritaban los de Sandoval.

—Mienten! ellos han sido los provocadores! decian los aventureros.

—Silencio todos! prorumpió Pulgar; ó ¡vive Dios! que os haré salir cuatro á cuatro por una ventana.

Y para probarles que era capaz de hacer lo que decia, de un envion, con cada mano, despidió á larga distancia los adversarios de ambos bandos que tenia mas cerca, quedándose solo en el centro. D. Pedro de Sandoval y el anciano Pulgar vinieron en su ayuda, y el primero, encarándose con los suyos, á quienes juzgaba con mas severidad que á sí propio, les dijo:

—Qué significa este alboroto? Asi me deshonrais, violando la hospitalidad? Quitaos de mi presencia, si no quereis que haga en vosotros un escarmiento.

—Tristan, dijo el señor de la casa á un criado de su confianza, y señalando á los aventureros: conduce á estos hidalgos á su dormitorio, y que no se hable una palabra mas: tiempo y ocasion tendrán de arreglar en otra parte sus diferencias.

Gerónimo de Aguilera, Cristóbal de Castro y sus compañeros se disculparon cortesmente, sin acriminar á nadie, y se retitaron, siguiendo á Tristan de Montemayor, el cual, á pesar de la órden espresa de su señor, pasó con ellos mas de una hora en amistosa conferencia sin hablar de otra cosa que del objeto de la disputa. Tristan era un montañés, duro como un roble, nacido en la casa de Pulgar y connaturalizado, por decirlo así, con los hábitos y sentimientos de la familia á quien servia: era leal como un perro, tanto que si cualquiera de sus amos le hubiese mandado tenderse y dejar que pasasen sobre sí las ruedas de un carro, habria creido que aquello era su deber, y lo habria ejecutado sin abrir los labios para quejarse. Sin embargo, viéndose querido, se arrogaba muchas veces la facultad de pensar y obrar por su cuenta, siempre que creia hacerlo en consonancia con las ideas é intereses de sus señores. Contaba ya cuarenta años de edad, babiá conocido al padre de Rodrigo del Pulgar y acompañado á éste á la batalla de Olmedo en calidad de page, juntamente con su padre que murió en aquella refriega defendiendo al hidalgo. Desde entonces disfrutaba la condicion y el sueldo de escudero, y era, en los ratos de ocio, el maestro de armas del jóven Fernando, á quien amaba como si fuera hijo suyo.

Tristan se despidió de los aventureros, luego que los dejó acostados, y al amanecer del dia siguiente se levantó á despedirlos, y salió acompañándoles fuera del castillo, á donde no volvió hasta muy entrada la mañana.

Los demás huéspedes permanecian aun en la casa solar y al parecer poco dispuestos á salir de ella, por mas que lo contrario

les desagradase despues de lo ocurrido la noche anterior. Pero la salud de doña Elvira no les permitia ponerse en camino, y Rodrigo del Pulgar, aunque deseaba ver léjos de su morada unas gentes que no podian estar de buen acuerdo con él ni con los suyos, procuraba redoblar sus atenciones y hospitalario esmero, á fin de que no se trasluciese la menor sombra de molestia, ni por su parte se diese motivo alguno de disgusto.

Sin embargo, la situacion de ambas familias debia de ser tirante, su trato frio, sus relaciones quebradizas. El carácter franco y espansivo del hidalgo, no bastaba á desvanecer en todos el sombrío recelo que nace del antagonismo político. D. Pedro de Sandoval sabia que habitaba en casa de un enemigo, á quien necesitaba poner buena cara, y á quien, á pesar de su buen trato, habria despreciado, hallándose en circunstancias diferentes de aquellas á que le habia conducido una especie de fatalidad. Por otra parte le causaba no poca molestia la detencion forzosa que que sufria en aquel castillo, y esto aumentaba su mal humor y le hacia intratable.

Dos séres únicamente habia bajo aquellos techos, que sin verse armonizaban en sentimientos. Doña Elvira encadenada en su lecho por la enfermedad, sentia un secreto consuelo acordándose contínuamente de su jóven salvador; y su imaginacion febricitante se lo representaba con varias formas: ora como un hermano, niño todavía y ocupado con ella en juegos infantiles; ora como un intrépido campeador, venciendo en el palenque entre los aplausos de la multitud; ora, en fin, como un galante caballero cubierto de brocado, eclipsando á los mas ínclitos señores. Veia en torno suyo á muchas mujeres hermosas, que le contemplaban con admiracion ó con afecto; pero siempre creia distinguir en el embrollado caos de su pensamiento, la mirada simpática del bizarro mancebo, dirigida á ella sola. Quizá esta mirada imaginaria, este goce tranquilo y sin contrapeso de temor ni de celos, era un bálsamo que la naturaleza, siempre próvida, oponia al ardor de la fiebre. Doña Elvira mejoraba insensiblemente bajo el influjo de aquella fascinacion, y

á medida que la salud volvia, se borraba la imágen fantástica, reemplazándola en su mente otra mas real, aunque menos consoladora. Se acordaba del jóven hermoso y valiente, pero pobre y humilde en comparacion con el estado y clase de su padre.

Al mismo tiempo Fernando del Pulgar se entregaba por primera vez en su vida, á sérias meditaciones. Vivo de génio, atolondrado, impetuoso en todas las manifestaciones de su voluntad, jamás habia concedido un momento á la reflexion: si se la oponia un obstáculo, si le asaltaba un peligro, lo arrollaba ó lo vencia; y como nunca estaban en desacuerdo su corazon intrépido y su espíritu recto y generoso, desconocia los hechos de le pasion y el deber. Asi es que, al representarse un espectáculo nuevo en el teatro de su conciencia, quedó indeciso como aquel á quien ofrecen dos manjares agradables al paladar, y sabe que no puede comerlos juntos, sin que le ocasionen la muerte.

Su corazon le inclinaba de un modo irresistible hácia doña Elvira: la espontánea espresion con que la jóven le mostrára su gratitud en el monte, engendró en él la simpatía; el fluido regenerador del universo, que en momentos dados se desenvuelve y comunica, preparando los gérmenes de nueva vida; el amor, en una palabra, se habia infiltrado en sus venas, irradiando antes en los ojos de la doncella y en el calor suave de aquella mano que Fernando habia tocado. Los padecimientos de la jóven enferma, exagerados por la imaginacion del doncel, acababan de consumar la obra del mas indomable tirano de los séres.

Pero, apenas nacido este afecto, inocente y aun noble en un principio, un agregado de ideas diversas se levantó en el ánimo de Fernando para combatirlo. El orgullo de comendador dispertó el de nuestro jóven y le dijo que debia elevarse por sus hechos á mayor altura de la que ocupaba aquel hombre; y esta idea, que pudo abatirle por un momento, le enalteció á sus propios ojos y le descubrió un porvenir de risueñas esperanzas: la diversidad de opiniones y de partidos que seguian su padre y el de doña Elvira, vino luego á colocarse como una insuperable barrera delante de su naciente amor.

«Pero que importa? se decia á sí mismo el doncel, para tranquilizar su espíritu: D. Pedro de Sandoval defiende á la Beltraneja: mi padre es partidario de doña Isabel: son enemigos irreconciliables en política; pero no por eso debo yo aborrecer á Elvira, que es un ángel en carne humana. Debemos amar á nuestros semejantes, como á nosotros mismos: asi lo dice el padre capellan; y yo á la verdad no aborrezco á D. Pedro, á pesar de su jénio díscolo y orgulloso. ¿Por qué no habré de querer á su su hija, que es la suma bondad?

«Sin embargo, añadia despues de meditar un momento: este cariño fraternal puede conducirme á una pasion mas grave, y entonces..... Oh! Nuestro destino es diverso: yo no debo seguir otra senda que la que me trace mi padre: D. Pedro y yo nos encontraremos quizá mañana frente á frente: yo trendré que verter su sangre, ó él verterá la mia: el amor me mandará respetar su vida, y el honor y el deber me impondrán la dura ley de atentar contra ella; no podré rehusar el combate con él, ni dejarme vencer, sin que me tenga por cobarde; y si admitiéndolo le venzo, despedazaré el corazon de su hija..... No: yo no debo tomar parte en esta guerra fratricida: dénme enemigos de mi patria y de mi religion que combatir, contra ellos probaré mi valor; y en campo abierto, y en asaltos de plazas ganaré lauros y prez; y seré grande entre los grandes; y rico y estimado, podré ofrecer á la mujer que yo ame una mano codiciada por las mas ilustres damas.

De este modo soñaba dispierto el jóven Fernando Perez del Pulgar, y asi pasaron seis dias, sin que apenas se apercibiese de nada de cuanto le rodeaba, pues concentrado su espíritu en un solo objeto, á él únicamente atendia. Sin embargo, durante este corto período se habia ido labrando la urdimbre de su futura suerte. Doña Elvira estaba ya muy mejorada, y comenzaba á dar paseos por su cuarto; lo cual, unido á varios incidentes desagradables ocurridos entre los servidores de la casa y los de Sandoval, habian decidido á este á continuar su viage sin mas demora, aun á riesgo de que la jóven padeciese una recaida.-

Sucedió que el ceremonioso maestresala Ortiz llevó muy á mal que uno de los criados del comendador se atreviese á entrar sin anunciarse, en la gran cámara del castillo, y llegó hasta decirle si era costumbre en casa de los señores principales faltar á las reglas de la buena crianza; movióse disputa, el comendador se enteró, y habiendo hablado con aspereza al maestresala, este le previno que se reportase, pues trataba con un hijodalgo, aun que pobre.–«Diablo de pais este, dijo entonces el señor de Sandoval: aqui estoy por decir que hasta los alcornoques son hijosdalgo.» Rodrigo del Pulgar intervino, y reprendiendo á Ortiz, concluyó con estas palabras:–«Nadie sin embargo, seria descomedido, si cada cual guardase á los demas las consideraciones debidas.

No fué esto solo: el escudero Tristan salia por mañana y tarde, sin que nadie supiese á donde iba. El segundo dia, estando él fuera del castillo, y paseándose por los alrededores cuatro de los hombres de Sandoval, fueron acometidos á boca de noche por otros cuatro, que los corrieron á palos. El comendador pidió una reparacion de aquella ofensa: el anciano Pulgar intentó dársela castigando á los agresores, pero no pudo averiguar quienes fueron: sin embargo, Tristan se reia con mucha sorna al hablar de aquella aventura, mas cuando le preguntaban algo sobre ella, se encogia de hombros.

En este intérvalo llegó al castillo un mensagero de Valladolid, el cual habiendo entregado á Rodrigo una carta, pasó allí la noche y volvió á partir con la respuesta á la mañana siguiente. El comendador, enterado de esto por uno de sus escuderos, y recelándose de alguna traicion, llegó á temer por su seguridad. Todo conspiraba para desviar á dos familias que, atendidas las circunstancias en que se habian conocido, parece que estaban predestinadas á estrechar una amistad invariable. Asi habria sucedido, aun á pesar de los desagradables episodios que dejamos apuntados, si la animosidad de partido y el orgullo desmesurado del comendador, no se hubieran sobrepuesto en él á las dulces inspiraciones de la gratitud. Pero, por desgracia, este

noble sentimiento, si por un instante pudo hablar á su corazon, pronto quedó ahogado entre el oleage de las pasiones mas ruines; la vanidad ultrajada enjendró el desprecio y el rencor, y el recelo y la desconfianza, con su séquito de bajas sospechas produjeron el egoismo mas suspicaz é ingrato: hasta el recuerdo de los recientes favores, dispertaba en el ánimo de Sandoval ideas de humillacion, y servia para enfurecerle contra sí mismo por haberlos recibido, haciendo que interpretase los rasgos de ingénita franqueza del hidalgo de Pulgar como insultos groseros, prodigados en consecuencia de la superioridad que daba á este último su calidad de favorecedor.

En tal estado se hallaban las relaciones de los dos nobles la tarde del sesto dia de su conocimiento. Fernando del Pulgar apenas habia reparado en tan deplorables desidencias; pero entre tanto su padre, que en todo estaba no dejó de notar su repentino cambio de conducta. Mandóle llamar, y retirándose con él á la biblioteca del castillo, le habló de esta manera:

«Veinte años has cumplido ya, Fernando mio: eres un hombre, y como tal, es menester que comiences á dar pruebas del valor, que á modo de riqueza inestinguible, está vinculado en tu familia. Tiempo es ya de que salgas de este rincon oscuro, para buscar en los campos de batalla el laurel y la fama, sin los cuales no puede vivir un hidalgo de tu sangre.

Fernando oia este discurso con la cabeza baja, y sin dar ninguna muestra de su juvenil entusiasmo.

—Vas á correr peligros, hijo mio, continuó el anciano; á esponer tu vida en los combates, y acaso á perderla, como tu bisabuelo y tu abuelo, que sucumbieron felizmente, defendiendo á su patria. Lleva grabadas en tu memoria sus proezas, para que te sirvan de ejemplo; y haz, como ellos, que tu espada esté pronta siempre para defender al desvalido y menesteroso... Pero no me escuchas Fernando. ¿Será acaso posible que á los veinte años se haya helado en tus venas la sangre de los Pulgares?

—No, padre mio, no! exclamó el jóven, levantando su ros-

tro pálido, como si le hubiese herido un puñal. El sagrado fuego del heroismo, que condujo á mis abuelos á morir con gloria, no se ha estinguido en mi pecho. Envidio sus hazañas, y os juro por la fé de Pulgar, que no habrán de poder contar las mias los nacidos, si Dios me dá vida y próspera suerte. Pero, ¿dónde están los enemigos de mi religion y de mi patria, que debo combatir? ¿dónde la guerra digna de que un Pulgar la ilustre con sus proezas?... Oh! Doloroso es pensarlo! Padres contra hijos, hermanos contra hermanos son los que van á esgrimir las armas en la próxima lucha. ¿Y estrañais que mi corazon no palpite con el fervor propio de su sangre?

—No me desagrada oirte hablar de esa manera, Fernando, repuso el anciano; pero tu corazon te engaña, y ese discurso que ahora pronuncias, no habria salido de tus labios hace ocho dias. Temo profundizar con mi pensamiento en el fondo de tu conciencia, que si no, te diria la causa de esta mudanza.

El rostro del jóven se cubrió de rubor. Rodrigo continuó despues de una breve pausa:

—Preguntas dónde están los enemigos de tu patria? Cómo lo has olvidado? Los que se oponen á la voluntad del reino junto en Córtes; los que de tierras estrañas vienen, talando la nuestra, á imponernos su ley; los que, ciegos de codicia y ávidos de desgobierno han mantenido á Castilla en continua discordia por espacio de veinte años, y ahora prestan su apoyo á un rey estrangero y á una princesa por ellos mismos deshonrada, ¿pueden llamarse amigos de la patria? Qué importa que algunos hayan nacido en Castilla, si desgarrando las entrañas de su madre, han perdido el título de hijos? Yo he derramado mi sangre en Olmedo, peleando contra los mismos que hoy defienden á la Beltraneja: entonces era tiempo todavía de salvar el honor del trono, y acudí á su defensa: esos hombres han consumado su derrota, y ahora ya, sobre el honor de la corona, está la honra de la patria: esa te toca sostener, continuando la obra malograda de tu padre. Vé si es empresa digna del valor de los Pulgares.

Calló Rodrigo, y como Fernando, aunque lanzaba por los

ojos destellos de ardor y convencimiento, permanecia silencioso, despues de observarle un momento, prosiguió con estudiada ironía:

—No pretendo, sin embargo, infundirte alientos, que han de nacer del corazon: contando contigo he empeñado mi palabra de que irás á la guerra, y ¡vive Dios! que la palabra de un Pulgar vale por mil juramentos. Si no te sientes con valor suficiente para arrostrar la lucha tan temprano, iré yo en tu lugar; y á los que me pregunten, les diré, que mi hijo se guarda para empresas mas altas.

—Padre! Padre! No me ofendais..... Ahora mismo quiero partir.

—Ah! Bien sabia yo que hay en ese pecho un corazon de Pulgar! exclamó el anciano abriendo los brazos y disimulando sus lágrimas. Ven aquí, ven, y aprieta.... Oh! Dios mio! Que oiga yo su nombre repetido con aplauso en boca de los buenos....!

Un breve rato permanecieron estrechamente abrazados padre é hijo, y luego que la emocion dió treguas al raciocinio, dijo el primero:

—Todo está ya dispuesto, y mañana partirás, Fernando mio. Mira esta carta, que ayer recibí de tu buen tio D. Luis Osorio: (y le mostraba un papel que habia sobre una mesa): ayer me la trajeron de Valladolid, y no pensaba enseñártela por temor de que despertase en tí la vanidad, vicio feo que envilece á los hombres y empaña su mérito. En ella me dice tu tio que la reina tiene ya noticias de tí; de modo que te aguardan en su egército, y tendrán en tus hechos puestos los ojos. Acuérdate siempre, hijo mio, de la divisa de tus mayores: *el Pulgar quebrar y no doblar*. Sé duro en la pelea, muere, si Dios te reserva ese destino, pero no cedas: en la victoria muéstrate generoso y magnánimo con los caidos: tiéndelos tu mano amiga, que Dios te recompensará. Que nadie te aventaje en lealtad, liberalidad y nobleza: ten por modelos á esos dignos héroes que te contemplan (y señalaba á los retratos de familia pendientes

de las paredes), los cuales desde el cielo, repetirán sobre tí mis bendiciones.

—No dudeis, padre mio, repuso el jóven, que seré digno de vos y de ellos.

Era ya de noche, cuando, despues de esta escena, Fernando se separó de su padre. Estaba sumamente conmovido, y salió á una plataforma del castillo, que se estendia delante de las obras centrales, á fin de respirar el aire libre y dar ensanche á su corazon agitado. El momento era solemne: despejado el cielo, revelaba á la tierra los mas recónditos tesoros que guarda en su inmensidad: la luna llena sonreia en el oriente: la poblacion de la Cortina, recostada en la falda del monte, murmuraba las oraciones de la noche, mientras los ecos repetian aun la voz de la campana de la parroquia; y algunos ruiseñores albergados en un soto á orillas de un vecino riachuelo, disipaban la tristeza de sus hembras con dulces gorgeos de amor.

El jóven dió algunos paseos por la plataforma, y se apoyó en una almena para contemplar el bello espectáculo de la naturaleza. Su pensamiento despues de girar sobre mil objetos, fué á posarse, como una paloma rendida, en el recuerdo de doña Elvira.

«Oh! y qué dias tan felices pasaria yo con ella en este tranquilo retiro!» pensó Fernando.—Y volviéndose, vió iluminada una ventana que pertenecia al aposento de la jóven.—«Si yo pudiese, al menos, hablarla un momento á solas y despedirme de ella, murmuró, partiria satisfecho.... Pero, no: ¿á qué hablarla, si no he de franquearle mi corazon? Y no es un delirio pensar en ella? Quién sabe si se acordará ya de mí?

Diciendo esto, el jóven apartó la vista de aquella ventana, y se quedó pensativo.

Una campana anunció á los habitantes del castillo la hora de cenar, y sacó de su meditacion á nuestro jóven, el cual se encaminó lentamente hácia la puerta que daba salida á la plataforma. Cerca ya de ella vió tres mujeres que venian en direccion opuesta: se detuvo, y reconoció en una de ellas á Elvira: habian

estado paseando sin verse en los dos estremos de la azotea.

—Elvira! esclamó el jóven sin poder dominar su emocion.

—Fernando! murmuró turbada la doncella.

—Oh! Qué felicidad! Ya estais buena!

—Si, gracias á vuestros prontos auxilios.

Siguió á estas palabras un intérvalo de silencio, que rompió al fin Fernando, diciendo:

—Os dejo, amiga mia: mañana parto.

—Yo tambien.

—Acaso no nos volveremos á ver.

—Oh! No digais eso, Fernando! Quién sabe lo porvenir?

Los dos jóvenes temieron haber dicho demasiado, y pasaron á dentro, sin atreverse á proferir mas palabras. Despues entraron por puertas diferentes en la sala, donde les aguardaban sus padres, sentados á la mesa. Era la primera vez que Elvira les acompañaba.

La cena fué silenciosa y triste á pesar del cuidado que Rodrigo ponia en amenizarla con su conversacion. Fernando y Elvira, sentados uno en frente del otro, sellaron, sin embargo, un pacto de alianza con sus miradas, que en rápidos destellos reverberaban el amor y la amargura.

Al amanecer del dia siguiente habia un inusitado movimiento en el castillo del Pulgar. Los escuderos de Sandoval preparaban sus equipages y caballos y los de sus señores. Tristan de Montemayor, traia revuelta toda la servidumbre de la casa, y desde las caballerizas hasta la sala de armas, desde la cocina hasta la gran cámara, no habia rincon que no invadiese con sus arreos de guerra y de viage; lo cual causaba la desesperacion de maese Ortiz. Tristan era el escudero que debia acompañar á Fernando del Pulgar en su primera salida. Despues de haber bruñido, á fuerza de limpiarla, una antigua armadura para su señor, la que le pareció mas adecuada entre las que se conservaban de la familia, se habia vestido él mismo un camisote de mallas, teniendo el mal gusto de escoger para cubrirse la cabeza, un capacete con visera de gabilanes, que daba á su rostro

una espresion feroz y sombría. Engalanado con estos atalages, y haciéndo resonar en el pavimento unas gruesas espuelas, andaba de una parte á otra, dando órdenes á cuantos encontraba, con mas desenfado que pudiera hacerlo un señor de horca y cuchillo. Su atencion activa y vigilante estaba particularmente concentrada en la cocina, donde habia mandado preparar medio corzo y medio ternero fiambre, con el pan y vino correspondiente.

—Pero á qué fin tantas provisiones señor Tristan? le decia la señora Nicolasa, el ama de gobierno. Vais acaso á cruzar algun desierto? Y luego como las llevareis? Vuestra mula no es ningun carro, y esto se podrirá antes que lo comais.

—No paseis pena por eso, señora Nicolasa, respondia Tristan: yo me entiendo. Vá con nosotros además Rodrigo Velasquez el ahijado del señor, y aun temo que sea poco lo que llevamos: añadid, si os parece una buena lonja de pernil.

—Ave Maria purísima! Esto es peor que si hubieran entrado los moros á saqueo.

—Yo me entiendo, señora Nicolasa: yo me entiendo.

Entretanto, D. Pedro de Sandoval con su hija y toda su gente montaban á caballo en el patio del castillo. Rodrigo y Fernando del Pulgar estaban allí para despedirles. El comendador dió su mano al hidalgo y á su hijo, y les deseó cortesmente una ocasion en que poder pagarles la hospitalidad.

—Nada hemos hecho que no sea de nuestro deber, contestó Rodrigo; asi que estamos quitos, y solo resta por mi parte, desearos un buen viage.

Fernando y doña Elvira se miraron afectuosamente, y la jóven apartó la vista para ocultar sus lágrimas.

Inmediatamente rompió la marcha el comendador, y Fernando permaneció en la puerta del castillo, hasta perder de vista el flotante velo blanco de la noble doncella. Entonces ahogando su emocion, se volvió á dentro y comenzó á llamar á Tristan á grandes voces.

—Mi caballo, Tristan! Mis armas! No perdamos el dia.

En poco tiempo estuvo armado el bizarro jóven: su arro-

gante figura parecia formada exprofeso para llevar el lucido arnés y su cabeza juvenil, cubierta con el acerado yelmo, tenia la dulce magestad de la de Palos.

Rodrigo ya que no podia enviar á su hijo con un séquito numeroso de hombres de armas, habia dispuesto que al menos le acompañase mas de un escudero, y un tal Rodrigo Velasquez, ahijado suyo, se presentó en el castillo con armas y caballo, y ayudó á Tristan en sus preparativos de marcha, despues de lo cual salió delante á despedirse de su familia.

Fernando apretó la mano á todos los servidores de su padre, recibió la bendicion y un abrazo del capellan, y se dispuso á partir: fuera de la puerta principal aguardaba Tristan, teniendo del diestro el caballo de su señor y su mula cargada de víveres, y en la otra mano la lanza y el escudo del novel campeon. Rodrigo repitió á su hijo los consejos que la noche antes le habia dado, y añadió abrazándole con efusion de cariño:

—Vé á la guerra, Fernando; vé á combatir á los enemigos interiores y esteriores de tu patria: vé, hijo mio, y sosten con gloria el blason de tus abuelos.

El anciano abrió sus brazos: Fernando se desprendió de ellos con los ojos arrasados en lágrimas, y saltó sobre su caballo sin poner el pié en el estribo; en seguida picó al generoso bruto, que se gallardeaba orgulloso de su noble carga, y salió al paso diciendo:

—Adios, padre! Adios, amigos!

Todos los habitantes del castillo salieron al puente, y permanecieron agrupados contemplando al brioso mancebo, que seguia su camino, volviéndose de trecho en trecho para saludar con la mano. Los corazones conmovidos enviaban á los ojos el rocío de la ternura. Cuando ya se le perdió de vista el grupo se rompió por sí mismo, y la señora Nicolasa esclamó, enjugándose las lágrimas con sus tocas:

—Qué hermoso vá! Dios le bendiga y le libre de mal!



Vé, hijo mio, y sosten con gloria el blason de tus abuelos.



CAPÍTULO III.

De cómo Tristan de Montemayor encontró quien le ayudase á comer sus provisiones.

PUDIERA compararse el corazon humano á una planta, que halla en sí misma los recursos naturales para resistir á las injurias de la intemperie, y para reponerse de las pérdidas que le ocasionan las influencias destructoras.

Fernando del Pulgar sentia, con toda intensidad propia de la juventud y de una constitucion vigorosa, las heridas que un amor repentino y acaso inaccesible, junto con una separacion tal vez perpétua, habian abierto en su corazon; iba por lo tanto, camino de Leon, triste y pensativo; pero el mismo vigor de su naturaleza juvenil le prestaba nuevos bríos, abriendo todos sus poros á la percepcion de la alegria que, derramada en los campos, en el cielo y hasta en la conversacion de sus compañeros de viage, se infiltraba, sin sentirlo él mismo, en su espíritu, y le distraia, obligándole á seguir la variedad de los objetos.

Para un corazon jóven todo el universo material y espiritual

se reviste de rosado color. ¿Cómo, sin esto, podria traspasar el hombre el borrascoso piélago de la vida, en la edad del sentimiento, precisamente cuando no hay roce, por suave que sea, que no le hiera, como el cardo en carne viva?

Fernando anduvo la primera legua de su jornada profundamente caviloso, y sin atender á sus escuderos, que marchaban detrás de él, engolfados en divertida plática: la aspereza del camino y los malos pasos que encontrára al atravesar la selva, sin distraer su pensamiento de doña Elvira, le habian recordado el momento de peligro en que la salvó de la muerte, dando un giro agradable á sus ideas; pues haciéndole complacerse en los efectos de su agilidad y valor, comenzó á exaltarse su fantasía cabelleresca, y á predominar en él su innata inclinacion á los lances azarosos. Despejándose luego el horizonte ante su vista, y dominando desde las alturas dilatados espacios, las graciosas ondulaciones del terreno, los accidentes variados de la vegetacion, las lejanas llanuras, los paisajes diferentes que aparecian y desaparecian con la interposicion de una montaña, todo contribuia poco á poco á dispertar en su ánimo los placeres de la vida aventurera, y á desvanecer aquella tristeza, que no era natural en su carácter.

Tristan vino á completar esta reaccion favorable, dirigiendo la palabra á su señor. Acababan de doblar la cima de una montoña, y á lo léjos, entre los repliegues del terreno, se descubria el curso tortuoso y profundo de un arroyo.

—Desde aqui estoy viendo, dijo Tristan, el parage donde vamos á comer hoy, ¿Qué os parece, señor?

—Paréceme, Tristan, contestó Fernando, que siempre has sido demasiado gloton, y que es necesario mudes de costumbres. Lo que yo veo es un paisage admirable, aun que tan quebrado, que dudo sea fácil atravesarlo á caballo.

—Por lo mismo, señor, no habrá en el mundo un sitio mejor para echar una cana al aire. A medio dia, cuando el sol caliente, será delicioso meterse en aquella profunda cañada que alli se divisa, y á la sombra de los abetos, roerle los huesos á

una pierna de corzo y empinar la bota hasta que Dios diga bueno. Vamos que para un caballero como vos, no dejará de ser grato brindar en la márgen del Orbigo, á la memoria del invencible paladin D. Suero de Quiñones, el que rompió trescientas lanzas con otros tantos campeones y quedó dueño del palenque.

—¿Aquel barranco es el Orbigo?

—El mismo: y es lástima que no podamos seguir su curso, por tener que dejarlo á la derecha, pues de lo contrario os enseñaria el famaso puente donde aquel caballero hizo tantas proezas por librarse del cautiverio en que le tenia su dama. Mi padre se halló presente al *paso honroso*: fué esto en tiempo del señor rey D. Juan el segundo, y en la época de la romería á Santiago de Compostela por el mes de julio. Sucedió que una dama, de quien D. Suero andaba enamorado, mandó á éste llevar al cuello una argolla de hierro, en señal de ser su siervo, y obligóle á no quitársela, mientras por via de rescate no rompiese trescientas lanzas por el asta en un torneo. El caballero, viéndose en tal premia, pidió permiso al rey para suplicar á todos los paladines de la cristiandad viniesen á singular combate con él y otros nueve sus mantenedores. Publicóse por pregones y carteles la justa descomunal, y puesto el palenque junto á cierto puente que está sobre el rio Orbigo, en el camino que vá de la ciudad de Leon á la de Astorga, estuvo alli el honrado caballero treinta dias cumplidos, defendiendo el paso. Acudieron en socorro de D. Suero para librarle de su cautiverio, justando con él, campeones de Francia y de Alemania y de otros reinos; amen de los españoles que fueron muchos: á todos dió armas y caballos y ninguno le venció, que fué grande hazaña.

Trazas llevaba el escudero de referir, segun habia oido contar á su padre, todos los pormenores de aquella justa monstruosa; y lo habria hecho, puesto que su jóven señor le escuchaba complacido y entusiasmado, envidiando tal vez en su interior la ventura del campeon que tamaña empresa acometiéra, por complacer á su caprichosa dama, cuando á lo léjos brilló un reflejo de armas entre la espesura de un sotillo, cerca del arroyo, há-

cia el cual nuestros viageros descendian; y llamando esto la atencion de Pulgar, hizo que se suspendiera el relato.

—A ver, dijo el jóven: guarda para otra ocasion tu bella historia, y puesto que tienes alguna esperiencia de mundo, mira si puedes esplicarme que es aquello que alli bajo se divisa.

Juraria que es gente armada, señor, contestó Tristan, guiñando el ojo á su compañero.

—Si no me sabes decir mas que eso, replicó Fernando Perez, tanto valdria pue fueses mudo. Ya veo que es gente armada: pero ¿qué clase de gente? Qué puede aguardar alli emboscada?

—Quien es capaz de saberlo, señor.

—Yo lo sabré, y muy pronto, repuso el jóven.

Y sin pararse á reflexionar un momento, enristró la lanza, metió espuelas á su caballo, y partió á galope hácia los desconocidos. Tristan, que tal vió, y que sin duda tenia sus motivos para temer un choque entre su amo y aquella gente, trató de seguir á los alcances del primero; mas prontó conoció que una mula cargada de víveres no servia para disputar á un caballo la carrera, y comenzó á gritar, diciendo:

—Teneos, señor, teneos, que ya los he conocido, y no son enemigos, sino buenos hidalgos, que nos aguardan para ser de nuestra compañia.

Pero viendo que Pulgar no le escuchaba, y antes proseguia con ímpetu su carrera, esclamó:

—Santa Vírgen de Covadonga! ¿Por qué no le habré advertido antes? bestia de mi! Los vá á ensartar con la lanza á todos cuatro como cuentas de rosario. Y no es lo peor que los ensarte; sino que pierdo mis reclutas.... ¡Eh, señor, deteneos!

A pesar de los gritos y esclamaciones de Tristan, el novel campeon continuaba su carrera tendida hácia los emboscados, que eran cuatro, como acertadamente habia dicho el escudero: dos de ellos, viéndole venir, se apresuraron á montar á caballo, y requirieron las armas: los otros dos no tuvieron tiempo para tanto.

Pulgar se detuvo á una corta distancia de ellos, creyendo reconocer sus fisonomías, y les dirigió la palabra.

—Si sois hidalgos honrados y vais tranquilamente á vuestros negocios, les dijo, podeis contar con mi compañia y mi espada; pero si alguna mala intencion os tiene aqui en acecho, bueno será que encomendeis á Dios vuestras almas, porque estais en peligro de muerte.

Uno de los ginetes desconocidos, hombreton rubio y de espesa y revuelta barba, contestó:

—Hidalgos somos, y os esperamos dispuestos á cortaros el paso, y á saber si sois tan estremado en los hechos como en las palabras pareceis.

—¡Vive Dios, exclamó Pulgar que pronto lo heis de saber!

—Pues bien, repuso el rubio: acortemos de razones, y vengamos á las manos; en el concepto de que estos hidalgos y yo hemos convenido en que si os venzo, vos y vuestros escuderos me pertenecereis y habreis de seguirme, como vasallos á donde me plazca; y si, por el contrario, me venciéreis, yo y todos ellos seremos vuestros hasta la muerte, y os serviremos con nuestras personas y bienes, cuando los tengamos.

—Acepto las condiciones; pero hemos de pelear á caballo, á pié, con armas y sin ellas.

—Convenido.

Y sin hablar mas palabra, los dos combatientes tomaron campo en una pradera, que se estendia delante del bosque á orillas del arroyo que por alli corria. Tristan llegaba en este momento espoleando su cansada mula, y Rodrigo Velazquez acudia tambien solícito á ponerse de parte de su señor.

—Ténganse, por Dios, señores, gritaba Tristan: si quieren probar sus fuerzas, aqui les traigo carne abundante y vino rancio, que pueden beber hasta caer. Echar pié á tierra, señor de Aguilera, y no hagais armas contra mi señor, que esto no es lo prometido.

—¿Qué dice este loco villano? exclamó Pulgar volviéndose hácia su escudero.

—Señor, yo no soy loco ni villano, repuso Tristan: digo que ese hidalgo, y los otros tres que nos oyen, me habian prometido juntarse con nosotros, y seguiros como feudatarios al campo de la Reina: y declaro que, si por ventura les habeis provocado, no conociéndoles, que no valga el reto, como no sea el que yo les habia propuesto de beber una azumbre por barba en buena paz y armonía.

—Eso será despues, contestó Gerónimo de Aguilera. Primero hemos de ver si el señor Fernando Perez tiene tántos brios como manifiesta; pues no he de entregarme á quien no valga mas que yo, cuando no hay superioridad conocida entre un Pulgar y un Aguilera.

—Eso está bien dicho, repuso Fernan Perez. Basta pues de conversacion, y á la prueba, á la prueba.

Dicho esto, el jóven tiró de las bridas de su caballo para tomar otra vez campo: lo mismo hizo Aguilera, mientras Tristan y Rodrigo se colocaban á un lado enfrente de los otros aventureros, como simples espectadores, y dispuestos á entrar en la pelea, si por acaso tomasen aquellos parte por su compañero.

Los dos campeones salieron á buen trote, y se encontraron en la mitad del campo partido: las lanzas de ambos dieron con igual ímpetu en los escudos, pero menos seguro el pulso de Aguilera, la suya resbaló, yéndose por alto, en el de Pulgar, mientras la de éste penetró recta, pasando de parte á parte la chapa de hierro y la madera del broquel de su contrario, y hasta le abolló el peto, impeliéndole con fuerza hácia la grupa.

—Buen puño! gritaron á una vez Aguilera y los otros tres aventureros.

—Cubríos mejor otra vez, dijo Pulgar; porque os voy á meter la lanza por el mismo sitio.

—Imposible! murmuraron todos los espectadores, menos Tristan, que se sonrió con muestras de aprobacion.

El segundo encuentro amenazaba ser terrible: los caballos poseidos ya de belicoso ardor, marchaban como fúrias uno contra otro: los espectadores, como inteligentes en lides, preveian que

los contendientes no llegarian á tocarse con las lanzas, pero que sus corceles chocarian, derribando al mas débil el de mas empuje: si los campeones acertaban sus golpes, uno de ellos, ó acaso los dos, podian quedar muertos en el acto. Fernando llevaba la lanza alta y el cuerpo tendido adelante, completamente cubierto con el pavés; pero á la distancia mas corta necesaria para dar la embestida levantó el brazo, bajó la punta, y antes que Aguilera pudiese reparar esta rápida maniobra, le metió la lanza, segun habia dicho, por el agujero del escudo, y asestando el golpe con un empuje de rebote, le sacó de la silla. Los caballos se chocaron al mismo tiempo, y el aventurero cayó al suelo por las ancas del suyo.

Los espectadores aprobaron con frenéticos aplausos esta lanzada maestra, en tanto que Pulgar, echaba pié á tierra, y acudia á levantar á su contrario.

No debeis de estar herido, le dijo con la seguridad de quien sabe lo que ha hecho.

—No creo que me hayais herido, contestó Aguilera; pero estoy magullado.

En ese caso, dejaremos por hoy el combate, repuso Pulgar, y otro dia lo continuaremos: no quiero llevaros ninguna ventaja.

—Pardiez! Me las llevais todas, replicó Aguilera levantándose con trabajo. No habria sido yo tan generoso, si hubiera tenido la suerte de desmontaros. Dadme esa mano para besárosla en señal de vasallage, pues bien merece ser mi superior quien, á vuestra edad, me iguala en valor y nobleza, y me aventaja en fuerzas y generosidad.

—Alzaos, amigo, dijo Pulgar: yo no puedo tomaros por vasallo, sino cuando mas por compañero: no soy bastante rico para llevar hidalgos á la guerra bajo mi pendon. Pero, sino me equivoco, sois uno de los adictos partidarios de la reina doña Isabel, que cenaron noches pasadas en mi casa: iremos juntos al ejército leal, y lo que ganemos formará nuestro patrimonio feudal.

—Señor, dijo Tristan: lo pactado se ha de cumplir. Yo he

trabajado mucho para traer estos cuatro hidalgos á vuestra compañia: ellos han querido además someterse al vencedor, y el trato es trato. Por lo demás, yo como repostero mayor de vuestra merced, voy á disponer el banquete en que seais reconocido por vuestros feudatarios.

—Dice bien el amigo Tristan, repuso Aguilera. Si os hubiese yo vencido tendria derecho para exigiros el vasallage pactado. ¿Por qué no usareis vos de este derecho que os reconozco? Será que desdeñeis mis servicios y los de mi conmpañeros?

—No, eso no; ya os he dicho que á donde yo vaya ireis vosotros.

Pues bien, concluyó Aguilera, haciendo seña á sus amigos para que se acercasen, y dando cierta solemnidad á sus palabras: nosotros Gerónimo de Aguilera, Montesino de Ávila, Cristobal de Castro y Álvaro Peñalver, hidalgos de buena sangre y nobles por todos cuatro costados, juramos por el santo nombre de Dios y por la fé de nuestra estirpe acataros y serviros á vos Fernan Perez del Pulgar; como al mas valiente y diestro, y os hacemos pleito homenage, como á nuestro señor natural; y prometemos seguiros á la guerra y defender vuestra persona; siempre que vos protejais y defendais las nuestras, como es debido, en toda ocasion y lugar. Y de este pacto jurado hacemos testigos, primero á Dios que nos ha de juzgar, y despues á los nobles escuderos presentes Tristan de Montemayor y Rodrigo Velazquez, para que nos acusen de traidores, si faltásemos á nuestra palabra.

Pulgar oia este discurso con asombro, aunque no sin dignidad, como quien dudando de su propio mérito, sentíase no obstante, capaz de mandar á otros hombres. Asi, pues, con corteses palabras aceptó el homenage que se le hacía, y que confirmaron los demas aventureros, y mandó á Tristan que dispusiese la comida para todos.

Tristan tendió en seguida sobre la pradera sus abundantes provisiones, y nunca mas alegre y cordial banquete se dió en dorados palacios, que el que alli, al aire libre, á la sombra de

los árboles, celebraron aquellos siete hidalgos, de los cuales uno solo tenia solar conocido.

Al concluirse la comida, Pulgar mandó á Tristan traer el dinero, que le habia entregado su padre para atender á sus necesidades, y presentándolo á los aventureros, les dijo:

—Ahí están los bienes que poseo: son los únicos feudos que puedo repartir entre vosotros.

—Bueno es eso, contestó Aguilera: guardad vuestros fondos, que antes á nosotros toca pagaros tributos, que recibir mercedes. Ahí vá el mio, (añadió echando su bolsa en el monton); y que nuestro proveedor Tristan, se cuide de administrar nuestra hacienda.

—Es muy justo! dijo Montesino Dávila, poniendo tambien su dinero en el fondo comun.

Lo mismo hicieron los demás, con lo que Pulgar se encontró bastante rico para no temer ya por la provision de su gente. Tristan recogió el dinero y los restos de la comida, y habiéndolos acomodado sobre la mula, todos se dispusieron para marchar. Era ya mas de mediodia: para llegar á Leon antes de la noche, necesitaban apretar el paso, adelantando lo atrasado; y asi lo hicieron, sin que en el resto del camino hasta aquella ciudad les acaeciese nada digno de escribirse en esta verídica historia.





CAPÍTULO IV.

Donde se verá que el miedo y el error hacen valer á cada hombre por diez.

Si Gerónimo de Aguilera y sus compañeros se hubiesen agregado buenamente y sin condicion á la comitiva de Fernan Perez, segun habian tratado con el escudero Tristan, por convenirles ingresar en el ejército de doña Isabel unidos con alguna persona de influencia, nuestro jóven campeon no habria podido contar con ellos mas tiempo que el de su viage, y el necesario para que encontrasen otra colocacion mas ventajosa: pero habiendo mediado un combate singular con las circunstancias que dejamos referidas, los cuatro hidalgos debian considerarse como hombres propios de Pulgar, y éste no disimulaba la satisfaccion que sentia al verse al frente de seis escuderos armados y montados, que eran suyos, y podia ofrecerlos á la reina, con el doble mérito de que, careciendo de recursos para tanto, habia suplido con su esfuezo y destreza lo que no le era dado hacer con su escasa fortuna.

Poseido de este noble placer, y pensando en el gozo que da-

ria á su tio D. Luis Osorio, presentándose en Valladolid con tan buena compañia, nuestro jóven, si no olvidaba á doña Elvira de Sandoval, por lo menos llevaba en sí un poderoso lenitivo al mal de ausencia. Sin embargo, de tiempo en tiempo suspiraba, recordando que el comendador era su enemigo político, y presumiendo que en dias no lejanos podia encontrarse con él en el campo de batalla, donde la ley del honor le obligaria tal vez á derramar su sangre.

A medida que avanzaba en su marcha hácia la corte de Castilla, pasando por comarcas contiguas al teatro de la guerra, mil incidentes le salian al encuentro para arraigar en su espíritu estos presentimientos dolorosos. En unas partes veia los campos talados; tendidas por el suelo, segadas ó pisoteadas las verdes mieses, que habian servido de forrage á los caballos: en otras encontraba los vestigios del paso de algun destacamento estrangero, que se señalaban, ya por los rastros de sangre de un rebaño alanceado, ya por una aldea saqueada y desierta de sus moradores, ya en fin por la columna de humo de algun bosque incendiado; pues todas estas violencias eran buenos actos de guerra en aquellos tiempos de ferocidad. Otras escenas mas lamentables aun afligian con frecuencia su corazon generoso, y le estimulaban el deseo de señalarse defendiendo á los débiles. Muchos señores encastillados en sus inaccesibles fortalezas caian como aves de rapiña sobre los indefensos habitantes de las llanuras, y sobre los vasallos de sus vecinos. Los desórdenes, las vejaciones, los crímenes de toda especie, desencadenados durante la segunda mitad del reinado de Enrique IV, se cometian ahora en mayor escala por aquellos bandidos de blason, al abrigo del desquiciamiento consiguiente á una guerra civil, combinada con una invasion estrangera. No se respetaba ni aun el asilo de la religion; ni por otra parte dejaba de ofrecerse el espectáculo repugnante y lastimoso de escesos cometidos por algunos eclesiásticos, los mas indignos que han existido en España. Por do quiera se veian rastros del mas vandálico desenfreno.

Habian entrado ya nuestros caminantes en tierra de Campos,

y dejado á su espalda la villa de Mayorga, el tercer dia de su viage, cuando á la caida de la tarde, y á tiempo que salian de un bosque plantado á las márgenes del camino, vieron venir multitud de gente, que corria dispersa, como si buscase una guarida en los montes comarcanos: mas léjos resonaba una espantosa gritería, y densas nubes de polvo y humo formaban una lúgubre cortina, tras la cual se ocultaba, sin duda, un sangriento drama.

Fernan Perez sintió arder en sus venas su sangre generosa, y volviéndose á sus escuderos, les dijo:

—Camaradas; el que se precie de noble y de valiente, que me siga: no se lo que ahí sucede, ni de lo que se trata. Pero veo desgraciados perseguidos; míseros ancianos, débiles mugeres y niños, espulsados seguramente de sus hogares, y nuestro deber es protegerlos contra sus ofensores, quienes quiera que sean.

—Ved, señor, donde os meteis, contestó Tristan: á lo que entiendo, y no en vano tengo cuarenta años y esperiencia, eso que ahí vemos es la desolacion de algun pueblo, quizá el castigo de unos vasallos rebeldes á su señor, ú otra cosa que no nos importa; y como los autores de ese estrago no serán pocos, vamos á esponer la vida sin provecho.

—Cobarde! prorumpió Pulgar; guarda el miedo para tí solo, y no pretendas enseñarme á contar los enemigos. Si no te importa la desgracia de tus semejantes, á mí si: quédate ahí, que tus compañeros me seguirán.

—Oh! señor, no me llameis cobarde: no lo soy, repuso Tristan. Yo iré delante de vos y sabré morir el primero.

Estas palabras acabaron de enardecer á los demas escuderos, que, como jóvenes todos y ávidos de aventuras, se precipitaron sin reflexion en seguimiento de Pulgar.

Los primeros fugitivos que encontraron fueron un viejo de cincuenta años y una mujer: el viejo llevaba al hombro un paquete de ropa: la mujer apretaba contra su pecho una criatura de pocos meses, y tenia de la mano un niño de seis años, el cual

volvia de cuando en cuando la cabeza descubierta, con el terror pintado en su rostro de inocencia.

Pulgar los detuvo, y les preguntó por qué huian.

—¡Ay, noble señor! contestó la mujer sollozando: ¿no veis lo que sucede? Han incendiado nuestras casas: nuestros maridos y hermanos pelean como pueden, los infelices, defendiendo sus hogares y familias; pero los otros están mejor armados y los matarán. ¡Dios mio! Y todo por la lujuria de un abad, que estará ardiendo en los infiernos. ¡Dios me perdone!

—Pero, ¿cómo es eso? replicó Pulgar: ¿quiénes son esos otros que os maltratan? Qué abad es ese de quien hablais?

—Señor, dijo á su vez el anciano: la historia es larga, y no podemos detenernos, que si no, de buen grado os la contaria, Nuestros enemigos son los vasallos del abad del Cerrato, los monges: se han juntado con los vecinos de la inmediata villa de Aguilar, que de antiguo están con nuestro pueblo en continua guerra; y mas ahora, porque nosotros defendemos á doña Isabel y ellos á la Beltraneja; y so pretesto de vengar la muerte del abad, esta mañana nos han cojido de sorpresa, y han hecho lo que veis. Oh! Dios mio! añadió el viejo saltándosele las lágrimas; qué no tuviese yo veinte años!

—Pero esos monges..... ese abad....? repuso Pulgar indeciso.

—Esos monges, señor, son unos bandidos, unos facinerosos: ¡Dios me perdone! Ninguna de nuestras hijas está segura de sus garras en esta comarca: nadie puede pasar por las inmediaciones al coto redondo del Cerrato, sin pagarles un tributo. El abad ha muerto á puñaladas,-¡castigo de Dios!-por haber querido robar del altar á una jóven que se estaba desposando. ¡Hija de mi alma! Quizá en estos momentos serás presa de esos malvados!

—Anciano, replicó el jóven campeon: si es verdad todo lo que me decís, por mi alma, que sereis vengado; pero si habeis mentido, ¡ay de vos!

—Asi Dios me salve, señor, como os he dicho la verdad.

—A escape, amigos! gritó Pulgar. No es de nobles consentir tanta vileza!

Y metiendo las espuelas á su caballo, partió como una flecha en direccion al lugar de la refriega. Todos sus escuderos, y Tristan delante, segun habia prometido, le imitaron, lanza en ristre, ó espada en mano.

A la entrada del pueblo era espantoso el desórden: los fugitivos se atropellaban unos á otros, mientras sus feroces perseguidores los alanceaban ó acuchillaban sin misericordia: los hombres de vigor que mal armados habian sobrevivido á un gran número de sus compañeros, continuaban una desesperada resistencia, protegiendo la retirada á sus mugeres, hermanos é hijos, Cuando Pulgar se presentó en medio de ellos, temieron verse cortados por nuevos enemigos, y hubo momento de confusion; pero el valiente jóven les alentó, gritando:

—A recobrar vuestros hogares! Nada temais, que la reina os socorre! Castilla y Aragon! Vivan doña Isabel y D. Fernando!

Nadie creyó que siete hombres solos se presentasen con tanto arrojo á recobrar un pueblo vencido: la polvareda que levantaban los fugitivos y los caballos de los recien llegados campeones, impedia ver lo que habia detrás de ellos; y suponiendo todos lo probable, pronto corrió la voz de que una hueste numerosa de caballeros y hombres de armas estaba á las puertas de la villa: no faltó quien alentado por la esperanza ú ofuscado por el terror, notando la juventud del guerrero que venia delante, dijese que la hueste era mandada por el rey Fernando en persona.

Los agresores volvieron inmediatamente las espaldas, comunicando el pavor á sus compañeros, que ocupados en el saqueo los unos, cargados otros de botin, y otros entretenidos en hacer cautivos, apenas tuvieron tiempo, sobrecogidos por la sorpresa, para buscar en la fuga su salvacion de un peligro imaginario. Pulgar, entre tanto, comenzó á herir en ellos, auxiliado eficazmente por las gentes del pueblo, á quienes su voz daba alientos; su egemplo reanimaba los desfallecidos brios de estos hom-

bres sedientos de venganza, y el espanto de los, poco antes, vencedores les aseguraba el triunfo. Nadie osaba volver atrás la cara; si algun enemigo se resistia, mas para defender su vida, que con esperanza de recobrar las perdidas ventajas, pronto recibia el castigo de su atrevimiento. El atropellado desórden con que los mas buscaban una salida, era causa de mayor confusion y sobresalto; á la voz de «el rey viene!» los gefes de aquellas bandas de foragidos fueron los primeros que procuraron salvar sus personas; de modo que cuando Pulgar llegó con su gente á la plaza del pueblo, solo encontró allí unos treinta cautivos abandonados, cuyas ligaduras se apresuró á romper con su espada vencedora. No se detuvo allí, sin embargo, el jóven héroe. Siguió al alcance de los malhechores, que para correr con mas desembarazo iban sembrando sus presas por el camino; acuchilló multitud de ellos, y cuando rendido de cansancio echó de ver que venia la noche, y que su temeridad podia llevarle demasiado léjos, no viendo ya cerca de sí nadie á quien perseguir, reorganizó su gente y se volvió al desolado pueblo, cuyos habitantes se ocupaban en apagar los restos de varios incendios.

Seria imposible describir la gratitud de aquellas gentes, y sobre todo su admiracion, á medida que iban sabiendo el corto número de sus libertadores: mirábanlos asombrados y dudaban de la realidad: corrian las mujeres á verlos, preguntando cual era el rey; los hombres abrian calle aun despues de haberlos visto pasar, esperando la muchedumbre de guerreros que les habia representado su imaginacion; y cuando sabian por otros que solo eran siete, los contemplaban con respeto supersticioso, y atribuian á milagro su victoria. No contaban con el miedo y el error, poderosísimos combatientes, introducidos de un modo providencial en el seno de sus contrarios.

Pulgar, tan valiente y denodado en los momentos del peligro, cruzaba ahora, sonrojado y con los ojos bajos, aquella muchedumbre que, levantando los brazos, le victoreaba al pasar; si

alguna parte tomaba de aquellos aplausos, era solo el sentimiento de gratitud que en las voces y en los semblantes rebosaba, y que le hacia verter lágrimas de ternura.

Los dispersos miembros del ayuntamiento de la villa se habian juntado para recibir al jóven héroe, cuyo nombre ignoraban: él tampocó sabia como se llamaba el pueblo á quien salvára con su arrojo. Uno de los concejales se le acercó, y tomándole las riendas del caballo, le dijo en representacion de sus administrados:

—Noble señor: la villa de Ceinos guardará siempre en su memoria el eminente servicio que acabais de prestarle, con la ayuda de Dios, que sin duda favorece á los valientes que acuden al amparo de los desvalidos. Dignaos, señor, aceptar la hospitalidad que os ofrecemos; y si no es demasiado pedir, nos direis vuestro nombre y el de vuestros caballeros, para inscribirlos en la sala del consejo, á fin de que nuestros hijos los vean y los bendigan.

Pulgar cortado de vergüenza, no sabia que responder.

—Amigos, dijo: vuestra gratitud es mi mejor recompensa: estoy seguro de ella, y nada mas necesito. Acepto, sin embargo vuestra hospitalidad; pero que no se hable mas de lo pasado, como no sea para precaveros de nuevos peligros.

Esto diciendo, el jóven se apeó de su caballo, los escuderos le imitaron, y dejando las bridas en manos de varios vecinos del pueblo, que se disputaban el honor de servirles, y al cuidado de Tristan que no consintió en abandonar su mula ni el caballo de su amo, entraron todos en la casa consistorial, mientras se les disponia un cómodo alojamiento. Pero al pasar el vestíbulo para subir al edificio, detuvo los pasos de nuestro héroe un espectáculo singular que otros no habrian reparado en aquellos momentos de efervescencia. En el primer peldaño de la escalera habia una niña de once ó doce años, sentada, cubierto el rostro con las manos y tan entregada al dolor, que no bastaba á distraerla el bullicio que la circuia: junto á ella, arrimado á la pa-

red, y en la actitud del mayor abatimiento se veia un mozo de espuela, el cual parecia implorar con su elocuente silencio el amparo de los que pasaban.

—Pobre niña! exclamó Pulgar, quedando parado ante aquel cuadro de afliccion y abandono. Y volviéndose á los concejales: ¿Por qué llora? les preguntó.

—No la conocemos, contestó uno encogiéndose de hombros. Es forastera.

—La conoceis vos, preguntó el jóven al mozo de espuela.

—¿No he de conocerla, señor? respondió el mozo, ¿qué buen criado desconoce á sus amos cuando les persigue la desgracia?

—Decidme qué desgracia os aflige, y si yo puedo remediarla....

—¡Oh, señor! La muerte no tiene remedio. Esta noble huérfana, que aqui veis, era ayer la hija mas feliz y querida de su madre: hoy, léjos de la casa paterna, se encuentra sin asilo, y sin mas proteccion que la de un criado fiel, pero pobre y desvalido.

La niña prorumpió en amargos sollozos, y Pulgar temiendo afligirla con sus preguntas, solo dijo:

—Esta noble niña, (puesto que noble la llamais), no está desamparada: yo la protejo y haré por ella cuanto se puede hacer por una hermana. Buenos amigos, añadió hablando á los concejales; si algun favor merezco de vosotros, únicamente os pido que deis asilo decente y cómoda asistencia á esta huérfana y á su criado, hasta tanto que yo pueda disponer lo que mas les convenga. ¿Me otorgaréis esta gracia?

—Con el alma y con la vida, contestó el alcalde que antes le habia dirigido la palabra. En mi casa estarán y yo os prometo tratarlos como cuerpo de rey.

La niña se descubrió el rostro para mirar al protector que la deparaba el cielo: jamás tanta hermosura se vió junta con tanto dolor, ni un semblante embellecido por una mirada tan llena de

inteligencia y sensibilidad. Todos los circunstantes se enternecieron al contemplarla.

—Generoso caballero, balbuceó entre sollozos: Dios premie vuestra bondad!

Y volvió á su llanto, sin poder proferir mas palabra.

El alcalde la ayudó á levantarse, y la confió á unas mugeres para que la llevasen á su casa. Desembarazados de este incidente, subieron todos á la sala del concejo, á donde no tardó en agolparse un numeroso gentío. Pulgar, mas atento al interés de aquellos villanos que á su propia conveniencia, luego que hubo reposado algunos instantes, dijo:

—Señores, advertid que no estais seguros: si un feliz error ha hecho que siete hombres triunfemos de centenares de enemigos, cuando estos se hayan repuesto de su sorpresa y sepan cuan pocos somos, volverán sobre vosotros á satisfacer su venganza. Es menester que penseis en fortificar las entradas del pueblo esta misma noche: además convendrá que encendais muchas luminarias en el campo, para que se siga creyendo que acampa en él un ejército numeroso; y si hay cerca de aquí algun punto al cual podais acudir en demanda de socorros, hacedlo sin demora, porque yo os dejaré mañana.

Estos consejos, que revelaban una prevision muy superior á los pocos años del jóven guerrero, acabaron de conquistar la admiracion de aquellas gentes, y escusado es decir que fueron aceptados sin réplica. Para pedir socorros, se decidió en el acto enviar emisarios al almirante de Castilla, que estaba á la sazon juntando un cuerpo de ejército en Medina de Rioseco, poblacion distante unas cinco leguas de Ceinos.

Estando en estas deliberaciones, apareció entre el público que las presenciaba el anciano que encontró Pulgar aquella tarde cuando dió vista á la villa. Le acompañaban una hermosa villana de veinte años, un mozo de poca mas edad y otros cuantos individuos de su familia, hombres y mujeres. Al ruido que metian, el alcalde volvió la cabeza, y trató de poner órden, hacien-

do valer su autoridad. Pero nuestro campeon conoció al viejo, y pidió qun le dejasen llegar hasta él.

Era el anciano una de las personas mas respetables del pueblo, como que pocos le aventajaban en riquezas, y en honradez á nadie cedia. Cuando se presentó en medio de la asamblea con los demás miembros de su familia, varios murmullos se levantaron entre los circunstantes, pero apenas se dispuso á hablar, todos callaron.

—Ilustre caballero, y vosotros dignos escuderos, dijo, dirigiéndose á Pulgar y á su gente: cuanto poseo es poco para gratificaros por vuestro generoso favor; pero por lo mismo vengo á ofreceros, además de mi hacienda, nuestras personas, para que dispongais de ellas como mejor os plazca. Os debo la vida y el honor de mi hija Elena, y señaló á la hermosa jóven, á quien he llorado muerta, ó al menos cautiva en poder de estos bandidos, que habeis derrotado con vuestro arrojo; y no es posible que Tello de Bedmar, hidalgo rancio, desconozca este beneficio.

—Gracias, buen Tello, dijo Pulgar, ¿con que esa jóven, á lo que entiendo, es la Elena de esta Troya? Bien, por Dios! Me alegro de veros ya tranquilo, porque asi podreis acabar de contarme la historia que comenzásteis esta tarde. Sentaos, y hablaremos despacio.

—Mejor será que os lo cuente cenando, dijo un regidor: la cena está dispuesta en mi casa, y sino me engaño, en la mesa caben muy bien el señor Tello y su honrada familia.

No pareció mal esta proposicion á Pulgar, pues tanto él como sus compañeros hacía ya muchas horas que no habian comido, y la brega que acababan de tener por término de su jornada, les habia despertado el apetito. En particular Tristan, daba á todos los diablos las ceremonias con que suponia estaban obsequiando á su señor los concejales de Ceinos, y de buena gana hubiera trocado un arco triunfal por un par de piensos para el caballo y la mula que tenia del diestro, y un lomo de javalí para él, con su correspondiente sangre de Cristo.

Quiso la buena estrella del hambriento escudero, que al formar este voto murmurando por la importuna tardanza de la cena, bajase su amo con los demas al vestíbulo donde aguardaba impaciente. Todos se encaminaron á la casa del regidor, y allí entre el vaho de sólidos y calientes manjares, y el suave mareo de frecuentes libaciones, comenzó Tello de Bedmar su historia prometida de la manera siguiente.





CAPÍTULO V.

Donde se cuenta el principio de la tragedia de Ceinos, y llega Pulgar al término de su viage.

HACE cosa de diez años, señor, dijo el anciano Tello, los monges del Cerrato, merced á cierto servicio que prestaron al rey, durante las revueltas civiles, obtuvieron para su abadía el privilegio de jurisdiccion señorial y el mero y misto imperio, como cualquier grande del reino. Antes de esto, la abadía era una mansion celestial de paz y de piedad, el asilo de la caridad y de la sabiduría: los pobres de muchos pueblos á la redonda tenian en ella un hogar que les protegia contra las inclemencias del invierno, y los padres benditos que formaban la comunidad, eran venerados como santos: á ellos acudia el menesteroso en demanda de pan, el afligido en busca de consuelos, el atribulado y el pecador en solucitud de consejos y penitencia. Los dones todos del Espíritu Santo eran repartidos con mano pródiga á cuantos los deseaban. Pero no bien pasaron los umbrales del claustro las grandezas mundanas, el demonio de la codicia y el de la concupiscencia tomaron asiento en la casa de Dios, y los ángeles de la humildad y la pureza ocultaron sus rostros avergonzados.

«Desde entonces no ha pasado dia sin que los monges hayan hecho esfuerzos para estender su dominacion temporal: de de padres de las almas y dispensadores de bienes terrenales y eternos, se convirtieron en tiranos de todos los pueblos de la comarca; y su nombre solo fué objeto de terror. Primero solicitaron como donativo piadoso el diezmo de los frutos, y lo obtuvieron; logrando despues que se les confirmase por una cédula real y por una bula: enriquecidos con esto, exigieron de los dueños de tierras vecinas el usufructo de ellas para el pasto de sus ganados: mas tarde quisieron ejercer jurisdiccion y señorío en los términos de las villas y lugares libres, que, como esta, poseen de antiguo sus fueros privilegiados. La caza, que antes era beneficio comun y aliviaba en parte la indigencia de muchos infelices, fué vedada, no solo en el coto de la abadía, sino tambien fuera de él, y pasan de treinta los desdichados que, cogidos infraganti por los guarda bosques y ballesteros del abad, han perecido ahorcados ó asaeteados como criminales, infamándoseles además como sacrílegos, por haber tocado los bienes de la Iglesia.

Semejantes invasiones en el fuero ageno y en la seguridad de las personas suscitaron quejas que, ó no llegaron al rey, ó fueron desoidas: á cada queja era mayor la tiranía de nuestros molestos vecinos, y fué menester que todos pensásemos en defendernos, tomando la justicia por nuestra mano. Los monges vieron el peligro al ojo, y como la abadía está situada en un alto y en parage áspero, la fortificaron é hicieron de ella un castillo inaccesible. La guerra fué ya en adelante el estado habitual de esta comarca, y los monges como mas hábiles y poderosos que nosotros, aprovechando las rencillas locales, formaron ligas con algunos pueblos eximiéndoles de todo gravámen abacial y recibiendo de ellos el tributo de sangre: nadie es mas siervo de la abadía que esos pueblos coligados con ella, pero se dan por muy satisfechos con tener tan poderosa aliada y poder molestar á sus rivales. ¡Condicion miserable de los hombres!

Despues de esta exclamacion filosófica, Tello de Bedmar lle-

nó su vaso, y exhalando un suspiro lo apuró de un sorbo. En seguida continuó:

—Yo era uno de los propietarios colindantes con la abadía: en otros tiempos mis donativos á la misma para el culto y la limosna eran siempre los primeros y los mas cuantiosos; y bien sabe Dios que todo cuanto daba me parecia poco, y que en ello no me llevaba ninguna segunda intencion. Mientras vivió el abad Lupercio, antecesor del último, se me guardaron algunas consideraciones, que, la verdad sea dicha, no eran interpretadas en buen sentido por mis convecinos: pero aquel santo varon era recto y justiciero, aunque ambicioso; y por otra parte ganaba mas en tenerme por amigo, que habria ganado en declararme la guerra. Sin embargo, sus gestiones conmigo para alcanzar la completa sumision de este pueblo, no tuvieron el éxito que apetecia, y nuestras relaciones fueron flojas. A su muerte, que acaeció hace tres años, los monges eligieron por sucesor al peor de ellos, al mas revoltoso é indomable; la relajacion de las costumbres monacales, el desenfreno de las pasiones no tuvieron ya límites: la abadía se convirtió en una guarida de bandoleros: baste deciros que estendió sus alianzas ofensivas y defensivas hasta con el famoso alcaide de Castronuño, que teniendo la cabeza de sus dominios allende el Duero, ha llegado muchas veces á intimidar con sus vandálicas correrías nuestras cabañas.

«El nuevo abad me declaró una guerra de esterminio: intentó espulsarme de mis posesiones: me arrancó tributos por fuerza, y los impuso á las mercaderías que pasaban por un puente, que hizo construir sobre el arroyo de esta villa. Yo me presenté al difunto marqués de Villena, le hice presente nuestra situacion y le pedí que nos alcanzase la proteccion del rey; me contestó que el rey tenia otras muchas cosas mas graves en que pensar; pero que, sin embargo, él nos ampararia siempre que la villa se pusiese en sus manos: á este precio no quise aceptar la proteccion; me volví á mi casa, y pronto conocí que mis gestiones me habian valido la mas tenaz persecucion: mis ganados, mis sementeras, mis criados, hasta mis hijos sufrian los efectos de la

cólera del abad. Otros tambien eran víctimas de esta calamidad: díganlo, si no, los hijos arrebatados á sus padres, las esposas á sus esposos, y las nocturnas bacanales que resonaban lúbricas, donde otras veces se oia, como una voz de consuelo, la campana de la oracion.

«Un mes hace determiné casar á mi hija Elena con ese jóven que la acompaña y que ya es su marido: no bien se supo, cuando una mañana se presentó el abad en mi casa, y con poca vergüenza y menos respeto á su dignidad, me previno que estaba decidido á usar del derecho de *pernada*. Yo le contesté que semejante derecho no era conocido en Castilla, ni mucho menos entre personas que no estaban ligadas por ningun pacto de vasallage: que temiese á Dios, y no insistiese en exigir lo que en un señor lego era un abuso de fuerza y en él un sacrilegio. Entonces me dijo que si no le llevaba yo mi hija la noche antes de su desposorio, vendria él mismo por ella: y se marchó sin aguardar mas respuesta.

«En vista de esto, aceleré el casamiento, y dí cuenta á mis amigos y parientes de lo que me pasaba. Previnímonos de armas, y de este modo fuimos á la iglesia. No creíamos que el licencioso abad llevase su audacia hasta el punto de profanar el templo, aunque sí nos parecia capaz de cumplir su amenaza, bien antes de entrar, bien á la salida de él; pero nos equivocamos. Se estaban celebrando las sagradas ceremonias del matrimonio; mis hijos arrodillados delante del altar oian con devocion la misa de velados, y los demas ocupábamos cada cual nuestro puesto, cuando de improviso vimos al abad armado de cota y loriga, y seguido de otros seis hombres, salir de lo oscuro de una capilla, arrojarse como un milano sobre mi hija, y arrebatarla en sus brazos (*). El grito de indignacion que se levantó por todas partes ante este sacrílego atentado, fué la señal de una lu-

(*) Los cronistas contemporáneos, que no disimularon los escesos á que se entregaba una parte considerable de los eclesiásticos, al hablar de la reforma del clero y en particular de las órdenes religiosas, que llevó á cabo doña Isabel, por consejo de Cisneros, refieren un acto igual á este, cometido por el arzobispo de Santiago, á quien el pueblo amotinado castigó dandole muerte.

cha cruenta, que empezando en las gradas mismas del altar, acabó en la puerta del templo. El agresor, separado de sus compañeros por nuestros amigos, quedó desarmado antes que pudiese echar mano á la espada, y cayendo al suelo bajo el peso de cien cuerpos que por todos lados le oprimian, fué sacado arrastrando hasta la calle. Sus viles seides que al principio trataron de defenderle, creyéndole muerto, huyeron, despues de haber herido á cuatro de los nuestros; é hicieron bien, porque habrian perecido, como su gefe, el cual á los pocos momentos habia dejado de existir. Entonces se le quitó el yelmo y fué reconocido: su cadáver, arrojado al campo, no mereció los honores de la sepultura; sus cobardes cómplices no se atrevieron á recogerlo y sirvió de pasto á las fieras.

—Castigo merecido! exclamó Gerónimo de Aguilera, que, como los demas, habia escuchado sin pestañear esta horrible historia.

—Dios le habrá juzgado, repuso Pulgar, respetemos á los difuntos.

—El resultado de ese desastre, continuó Tello de Bedmar, ya lo sabeis: los habitantes de la abadía, persuadiendo á sus aliados los de Aguilar, que habíamos asesinado á su gefe, trayéndole á una emboscada, juntaron fuerzas numerosas y han venido resueltos á arrasar este pueblo. Pero Dios que vela por sus criaturas, os ha traido á tiempo para aterrar á nuestros enemigos....

Calló el anciano; y como su relato habia causado en los ánimos una impresion dolorosa y tétricas ideas, Tristan se levantó de pronto, y agitándose como quien desecha una pesadilla, dijo:

—Señores, con vuestro permiso: brindo por la salud de la novia, y pido que no se hable ya sino de cosas alegres. A los muertos tierra: carne y vino á los vivos, y Dios sea con todos.

Un aplauso general fué la contestacion á este lacónico discurso: el vino llenó los vasos y humedeció las fauces en redondo de la mesa.

Terminada la cena el anciano Bedmar repitió sus ofrecimien-

tos á nuestro héroe, y éste á su vez le aconsejó se presentase á la reina, prometiéndole hacer valer la mediacion de su tio don Luis Osorio, si necesario fuese, á fin de poner un término á los escandalosos desafueros de la gente del Cerrato.

El dueño de la casa condujo á sus huéspedes á los dormitorios que les tenia preparados, y los concejales con el viejo Tello permanecieron algun tiempo en sesion, hasta que adoptadas algunas disposiciones, determinaron separarse.

Al otro dia se levantó Pulgar muy de mañana para continuar su viage. Llamó á Tristan, que, no menos madrugador, le tenia ya ensillado el caballo, y le preguntó por los demás.

—Ya están los seis dispuestos á montar, contestó el escudero, y los peones con los arcabuces al hombro.

—Oye, Tristan, repuso el jóven cogiéndole del brazo y sacudiéndole: pide agua fresca, y remójate la mollera, á ver si despiertas: ¿qué peones ni que arcabuces son esos de que hablas? Ni qué seis han de montar, si somos siete, y aqui estamos dos?

—Pues yo os digo, señor, que no estoy dormido, ni el vino de anoche me ha hecho efecto; pero asi Dios me salve, como somos ocho á caballo, sin contar mi mula que se queda para acémila, y ademas ocho peones.

—Pero ¿cómo puede ser eso Tristan?

—Por arte de encantamiento será, señor; pero no lo dudeis: se nos ha aumentado la familia.

—Tú te burlas Tristan: y cuidado conmigo, que soy poco aficionado á bromas.

—Podeis verlo vos mismo. Venid.

Con efecto, el buen Tello de Bedmar, agradecido al servicio de nuestro jóven campeon, habia propuesto al consejo que se ofreciese á sus defensores un peon armado por cada ginete, debiendo ir costeados y mantenidos de los fondos de la villa; y él por su parte habia dispuesto armar á uno de sus hijos, llamado Francisco, juntamente con su criado á pié, regalando ademas un caballo á Tristan en reemplazo de su mula.

Grande fué el regocijo que sintió Pulgar, al ver acrecentada su pequeña hueste de aquel modo. Sin embargo, se resistió á recibir tan considerables favores; pero no pudo menos de aceptarlos atendiendo á la buena voluntad con que se le ofrecian. Tristan se guardó muy bien de participarle que, en su calidad de proveedor, habia recibido por mano de Francisco Bedmar un cuantioso donativo en metálico para atender al mantenimiento de la compañia.

Antes de marchar recomendó de nuevo Pulgar al alcalde su jóven protegida, y siendo ya muy entrada la mañana, partió para Valladolid, llevando las bendiciones de todo aquel pueblo agradecido.

A la mitad del camino de Rioseco encontró un destacamento que enviaba á Ceinos el almirante Henriquez, respondiendo á la peticion que le habian hecho los concejales de aquella villa por medio de un emisario espreso. Desde entonces Pulgar respiró con desahogo, pues no dejaba de inquietarle la suerte de sus improvisados amigos; y pudo volver á pensar en doña Elvira, en el comendador y en el oscuro porvenir de sus amores. No eran ya tristes sus presentimientos: desde que habia visto como la fortuna se empeñaba en favorecerle, sentia renacer en su alma la esperanza y el buen humor.

«Vengan aventuras, decia para sí: haya lances de empeño en que demostrar valor y serenidad, que sacándome Dios con bien de todos ellos, adquiriré fama, y con ella seré estimado hasta de mis enemigos.

Quizá al formar este juicio le engañaba su corazon leal, incapaz de comprender la envidia.

Nuestros caminantes llegaron á media tarde á Medina de Rioseco, donde presenció Pulgar un espectáculo, que habia deseado con impaciencia. Unos ocho mil hombres entre caballeros y peones se ocupaban en ejercicios de guerra en una llanura fuera de la poblacion. El almirante Henriquez presenciaba y á veces dirigia las maniobras desde una altura, donde le acompañaban varios nobles guerreros y un secretario. Empeñábanse luchas fic-

licias, escaramuzas, combates generales y singulares cuerpo á cuerpo. Varios oficiales recorrian el campo á caballo, transmitiendo las órdenes del general, ó bien preguntando los nombres de los caudillos cuyos tercios ó huestes se distinguian por su arrojo y destreza, los cuales inscribia el secretario en un registro, que llevaba abierto sobre el arzon de la silla.

El corazon de Pulgar latia con fuerza en presencia de aquel aparato marcial: el ruido de la trompeteria, de los clarines y tambores, las cargas de la caballeria; el silbido de las saetas lanzadas contra los blancos; el estruendo de la arcabucería y de la artillería; las evoluciones de las nutridas haces de lanceros y alabarderos de á pié; las avanzadas de honderos y demas tropa ligera, que á una señal se destacaban en guerrilla como una banda de insectos dañinos, todo tenia un encanto particular para el jóven campeon, que por primera vez presenciaba este simulacro de guerra. Hubo un momento en que pudo comprometerse, arrostrado por la ilusion y el entusiasmo: habia una hueste que se distinguia entre todos por la brillantez de sus maniobras: llevaba pendon blanco y en el fondo un leon de oro: Pulgar simpatizó con ella desde el momento de su llegada. Desplegóse en batalla, y otra hueste cuyo pendon era rojo con un escudo particular, recibió la órden de arrollarla. El primer encuentro fué sostenido con bravura y arrancó aplausos á los espectadores; pero la caballeria de ataque se revolvió en masa, marchando de flanco, y logró envolver el ala izquierda de sus contrarios que en breve espacio quedaron cortados.

Ver esto Pulgar y encendérsele la sangre fué todo uno.

—Seguidme! seguidme! gritó á sus escuderos; que se pierde el estandarte real de Leon!

Tristan estuvo á tiempo para coger las bridas del caballo de su señor, y detenerle en el momento que iba á emprender la carrera.

En esto vino un oficial á reconocer al nuevo caudillo y su gente. No conociendo á Pulgar por su escudo, y habiéndole preguntado su procedencia y destino, le dijo:

—Debereis presentaros al señor almirante, que desea conoceros.

Y le condujo á la presencia de aquel magnate, quien informado del nombre de nuestro jóven y del objeto que á Valladolid le llevaba, le dijo con amabilidad:

—Creo tener ya noticias de vos: si no me engaño, sois el que ayer atacó y venció en Ceinos á una horda de malhechores.

—Os han engañado, señor, contestó Pulgar: no fuí yo, que el miedo los venció.

—Siempre pelea el miedo delante de los valientes, jóven: no lo olvideis.

Despues de este delicado elogio, el almirante dió permiso á Pulgar para irse cuando quisiese.

Nuestro jóven estaba indeciso, sin saber si se quedaria en Rioseco ó si continuaria su marcha. Para decidirse, puesto que aun le quedaba mucho dia, trató de informarse si podria encontrar algun pueblo ó posada en el camino donde pasar la noche; ó si apretando el paso, podria llegar á Valladolid. El oficial que le habia presentado al almirante le dijo que le faltaba una jornada, aunque corta, para aquella ciudad, y le aconsejó no se aventurase á pasar de noche los montes de Torozos, porque estaban infestados por algunas bandas de malhechores, partidas sueltas del alcaide de Castronuño, las cuales podian muy bien sorprenderle.

Al oir esto Pulgar no vaciló ya un momento: detenerse en Rioseco, cuando podia creerse que lo hacia por temer á un peligro, era cosa que solo de pensarla le avergonzaba. Inmediatamente se despidió del almirante y del oficial, y reuniendo á sus hombres, les dijo:

—En marcha, camaradas: mañana temprano estaremos en Valladolid.

El camino desde Rioseco á está ciudad era un desierto, donde solo se encontraba tal cual venta ó ermita; y en el fragoso y dilatado espacio de los temibles montes de Torozos, algunas cruces diseminadas á trechos entre los árboles seculares, como re-

cuerdos de otros tantos asesinatos cometidos en aquellas soledades.

La noche sorprendió á Pulgar en el corazon de los montes, cerca del arroyo de la Mudarra. La oscuridad que sobrevino era densa, y la hacía mas profunda y medrosa el espesor de las selvas estendidas á uno y otro lado del camino hasta incomensurables distancias: la luna estaba en menguante, y no debia disipar las tinieblas en el espacio de algunas horas. Cada vez que el viento movia el ramage de los árboles, ó que el ruido de los caballos espantaba alguna pareja de aves nocturnas, se producian sonidos indefinibles y vagarosos, semejantes á los rumores que preceden á las tempestades en alta mar. Los compañeros de Pulgar, aunque nada cobardes, se estrechaban unos con otros, y ora cantando, ora chanceándose, procuraban disimular sus aprensiones. No temian á los enemigos corpóreos, que pudieran asaltarles; pero les parecia temeridad incurrir en el desagrado de los espíritus; y á no ser porque estos señores no suelen tener trato con ninguna reunion de mas de tres personas, quién sabe si aquella noche habrian echo alguna de las suyas. Es lo cierto que los que caminaban detras, mas de una vez oyeron distintamente pasos á su espalda, y no se atrevieron á volver la cabeza.

Serian las diez de la noche cuando empezó á blanquearse el cielo por la parte de oriente, y un céfiro bullicioso anunció la proximidad de la luna á nuestro hemisferio. Los primeros rayos del astro melancólico que divisaron los viandantes, vinieron á iluminar los contornos de una negra roca, sobre la cual habia clavada una cruz de madera. Todos se santiguaron y rezaron un *pater noster* por el alma del que alli habia muerto. Francisco Bedmar comenzó á referir la tradicion de aquella cruz: hará cosa de veinte años, un viajero estraviado fué perseguido por los lobos, que le mataron el caballo: huyendo de sus voraces perseguidores se refugió en un árbol, donde permaneció tres dias con sus noches, cercado por las hambrientas fieras. Cuando sentia ruido de gente en el camino, gritaba sin cesar: «socorredme

caminantes!»; pero nadie se acercó á socorrerle por temor á los lobos, que daban feroces ahullidos. Por último, perdidas las fuerzas por la falta de alimento, cayó desmayado del árbol; y al dia siguiente se encontraron sus huesos al pié de la roca, donde la piedad de un devoto colocó despues una cruz, que recordase esta desgracia. Desde entonces todas las noches en el aniversario de la muerte de aquel hombre, se oia una voz lastimera que decia: «socorredme, caminantes!»

Acababa de proferir esta esclamacion Francisco Bedmar, cuando se oyó otra igual, como si fuera su eco, hácia un lado del camino. Todos se estremecieron involuntariamente, y hasta los caballos hicieron hincapié aguzando las orejas.

—Habeis oido? preguntó Pulgar que iba delante, á uno de los peones que le servia de guia.

—Será el eco, señor, contestó el interrogado, pegándose al caballo.

—Ha sido una imprudencia traer aqui ese recuerdo, dijo Tristan: los muertos quieren que se les deje en paz.

—Silencio! exclamó Pulgar refrenando su corcel.

Esta vez se percibió mas clara y distinta la voz lastimera, que clamaba: «socorredme, caminantes!»

—Ven conmigo, Tristan, dijo nuestro jóven caudillo: veamos lo que es eso, quedaos aqui vosotros para lo que pueda ocurrir.

—Señor, no tenteis á Dios, respondió Tristan, echando mano á su rosario, que llevaba entre el coleto y la cota. Las almas solo piden sufragios: recemos algo, y sigamos nuestro camino.

—Y si fuese algun hombre acosado de lobos? repuso Pulgar. Sígueme pronto si no es que el miedo te lo impide.

Y esto diciendo, saltó de un bote el ribazo del camino, y se metió en el bosque: Tristan le siguió, encomendándose á todos los santos del cielo. El grito de socorro se repitió, con lo que el denodado jóven pudo dar á su caballo una direccion acertada, y á los pocos pasos encontró á un hombre maniatado y tendido de boca en el suelo: su trage era el de un escudero; á su lado

se reflejaba la luz de la luna en una charca de sangre, y mas alla se veia un caballo muerto y despojado de sus arreos.

—A mí Tristan! gritó Pulgar, echando pié á tierra: ven y ayúdame á socorrer á este infeliz, que se desangra.

Y acercándose al desconocido, le cortó las ligaduras y le ayudó á sentarse. Tristan llamó á otros dos de sus compañeros, les entregó los caballos, y acudió al lado de su señor.

El desconocido tenia dos heridas graves: una de maza en la cabeza, y otra de puñal en el pecho: Tristan se las fajó como pudo, á fin de detener la sangre, y hecho esto se pensó en los medios de buscarle un asilo.

—No penseis en mí, nobles caballeros, dijo el herido: con tal que no pierda mas sangre, Dios me dará fuerzas para llegar á alguna posada. Lo que mas me aflije es la suerte que habrá cabido á mi querido señor, á quien se han llevado cautivo.

—Quién es vuestro señor? Qué os ha pasado? preguntó Pulgar.

—Mi señor es el valiente D. Jorge Manrique, hijo del ilustre conde de Paredes, gran maestre de Santiago. Pasábamos por aqui esta tarde camino de Medina, con un mensage de la reina para el señor almirante; cuando nos asaltaron diez bandidos, contra los cuales no valió toda nuestra resistencia. A mi señor le mataron el caballo y le prendieron: á mí despues de herirme en el pecho, me ataron; mas creyéndome luego despreciable, diéronme un golpe y me dejaron por muerto. Yo fingí estarlo, y de este modo he podido escapar con la vida.

—Y hácia donde han llevado á vuestro señor? No podríais darnos algun indicio?

—Si en verdad: mientras yo me hacía el muerto, dos de los facinerosos se detuvieron á despojar el caballo de mi señor: hablaban entre sí, y pude oirles que pensaban pasar la noche en ciertas ruinas que hay hácia esa parte del bosque.

Pulgar, sin aguardar mas indicaciones, mandó desmontar á sus escuderos, y dejando los caballos al cuidado de los peones, hizo que le siguiesen aquellos andando con cautela y con el sigilo posible:

Largo rato vagaron por el bosque sin percibir rumor alguno ni el menor rastro que conducirles pudiera al término de sus indagaciones; pero procurando no desviarse de la direccion que les habia marcado el herido, al cabo descubrieron á lo lejos una claridad rojiza, que parecia salir de entre unas rocas, y hácia ella encaminaron sus pasos. Nuestro héroe, tan previsor como atrevido, detuvo á sus compañeros, y presumiendo que los bandoleros tendrian algun centinela avanzado, se adelantó solo hácia el parage sospechoso. Sus ejercicios venatorios en las montañas de Asturias le habian adiestrado en el arte de las sorpresas, de tal modo que podia andar á cuatro pasos de una liebre sin despertarla, y una vez puesto á tiro de su presa, era imposible que se le escapase. Buscando siempre la sombra de los árboles, evitando pisar la hojarasca, conteniendo hasta el rumor inevitable de sus armas, llegó á colocarse detras de un tronco, enfrente del cual reposaba tranquilo un vigilante apoyado en su ballesta. Dar un salto á la manera del tígre, caer sobre el bandido, asirle del cuello y presentar ante su vista un puñal desenvainado, fué todo obra de un rápido momento para el osado mozo.

—Calla ó mueres! le dijo con voz sigilosa y enérgico acento.

Y llevándole á donde estaban sus escuderos, le obligó á darle esplicaciones acerca de los demas bandidos y sus medios de defensa, despues de lo cual mandó amarrarle y taparle la boca con un pañuelo. Hecho esto se hizo seguir de sus compañeros y penetró en las ruinas de una antigua capilla, que obstruidas en gran parte por los árboles y la maleza, presentaban el aspecto de una caverna tortuosa. Tomando siempre la delantera en el peligro, percibió el primero las dulces armonías de un bandolin, tañido por mano diestra, y un canto monótono proferido por una voz, aunque varonil, melodiosa.

Pulgar se adelantó solo hasta la boca de la caverna, y avanzando la cabeza, observó lo que pasaba dentro: un espectáculo estraño se presentó á su vista. Sentados alrededor de una hoguera medio apagada, habia cuatro hombres de rostros fieros y

atezados, y entre ellos un jóven de corta edad y constitucion delicada parecia distraerlos tocando y cantando: otro bandido recostado contra el denegrido muro, dormitaba; los demas roncaban como cerdos tendidos en el suelo, donde se veian armas, restos de comida y una gran bota de vino medio vacía. El jóven cantor tenia vestido el arnés, pero le habian despojado de sus armas: era D. Jorge Manrique, poeta de raro talento, que aprovechando su habilidad, se entretenia en aprisionar javalíes con sartas de perlas: estaba improvisando un canto melancólico, unas dulces endechas, por cuya virtud y con ayuda de la música que habia elegido, iba logrando que se durmiesen uno á uno aquellos bárbaros incapaces de comprenderle; y esperaba, por medio de esta ingeniosa estratagema, evadirse de su duro cautiverio.

Hernan calculó de una ojeada las probabilidades del ataque: aunque el sueño, el entorpecimiento producido por el vino y la sorpresa no inutilizasen por lo menos la mitad de sus contrarios, suponiendo que todos ellos tomasen la defensiva, eran nueve contra nueve, y por consiguiente no podia dudar un momento de la victoria. Hizo seña á su gente, y de un salto se colocó en medio de aquel ahumado recinto, gritando:

—Nadie se mueva!

El poeta comprendió al momento su ventajoso cambio de situacion, y arrojando el bandolin al fuego, se armó de un tizon, que fué lo primero que halló á mano, y dando con él un golpe en el rostro á uno de sus guardianes, le tendió cuan largo era, ofuscado por el dolor. Los otros tres bandidos acudieron á las armas, dando con el pié á sus compañeros para despertarlos, y en el momento se empeñó una desesperada lucha.

—Duro en ellos! gritaba Pulgar entre tanto, sacudiendo tremendos tajos y reveses con su espada: no haya merced.

Gerónimo de Aguilera, Montesino de Ávila y Tristan le secundaban con heróico esfuerzo; mientras los otros cuatro escuderos se apoderaban de las armas dispersas, daban una á don Jorge, y ataban con sus cintas á los bandidos amodorrados.

La pelea quedó en breve espacio reducida á la resistencia



Se entretenia en aprisionar javalies con sartas de perlas.

tenaz de cuatro foragidos contra nueve hombres denodados. Los primeros, convencidos de su desventaja, pugnaban por abrirse paso; pero tenian siempre delante una muralla de acero, que desgarraba sus carnes. Uno de ellos, armado de un hacha, mostraba el valor y la destreza de un héroe, teniendo siempre á raya á sus contrarios, y causándoles algunas heridas: era un jayan de seis piés de estatura, barba negra y revuelta y ojos rasgados: aquel hombre, en otro estado de vida, habria parecido hermoso, y con efecto, tenia todos los rasgos característicos de aquella belleza varonil de la edad media, que difícilmente se encuentra en nuestros dias. Desesperaba á Pulgar la resistencia que encontraba en este bandido, pero en medio del corage que le infundia la dificultad de vencerle, aplaudia, como valiente, la bravura de su arrogante competidor: iguales sentimientos pudiera decirse que animaban al foragido respecto á Hernando, aunque en él predominaba la ira de verse acorralado por un niño. Ambos se buscaban con predileccion mutuamente para medir sus fuerzas, pues acaso del vencimiento de uno de ellos pendia el resultado definitivo de la lucha.

Hernando, cansado de pelear sin éxito con su formidable contrario, cerró con él parando rápidamente los golpes que le asestaba, y arrojando de pronto la espada, dió un salto y quedó con sus brazos y piernas enlazado al cuerpo del jayan, á la manera de una serpiente que ciñe el tronco de un roble. El bandido conoció entonces por la presion que sentia, las prodigiosas fuerzas del mancebo imberbe: púsole una de sus anchas y callosas manos sobre la frente, con ánimo de apartarle de sí, pero aunque la hinchazon de las arterias yugulares del jóven revelaba el poder de aquella mano, el ángulo saliente de la babera de Pulgar se hincaba tenazmente en el pecho del gigante, arrancando de él dolorosos bramidos.

En esta lucha hercúlea, el bandolero, forzado á retroceder á su pesar, aunque sin poder arrancarse del cuerpo su enemigo, resbaló en la sangre que manchaba el suelo, perdió tierra y cayó de espaldas. Hernando le puso entonces un pié so-

bre el pecho, y sacando la daga, le apuntó al cuello, diciéndole:

—Ríndete, que no quiero matarte!

—Mátame: yo no me rindo, contestó el bandido con voz ronca.

En sus ojos inyectados de sangre aparecieron las lágrimas del despecho.

—Pardiez! Mucho orgullo tienes, repuso Pulgar. Pues bien: no quiero matarte. Si de buen grado no te avienes á ser mi prisionero, te llevaré atado á Valladolid, y te venderé á un juglar, para que te enseñe por dinero; ó bien servirás de diversion al populacho en las manos del verdugo, y de espantajo á los chicos.

—No, eso no, ¡vive Dios! Prefiero rendirme á un valiente como tú.

—Enhorabuena: dame palabra de honor de seguirme sin hacer resistencia, y te dejo libre.

El bandido tiró de una cinta que llevaba al cuello, sacó un escapulario con la imágen de la Vírgen, y besándola con devocion, contestó:

—Juro por esta santísima imágen obedeceros en todo cuanto me mandeis, no faltando al honor.

Pulgar entonces le dió la mano, y ayudándole á levantarse, dijo á sus escuderos, que vencedores ya de los demas bandidos miraban con interés esa escena final:

—Muchachos, ahí teneis un compañero.

Don Jorge Manrique, despues de espresar su gratitud á nuestro campeon por haberle restituido la libertad, le ofreció su amistad y valimiento, y concluyó diciendo:

—Solo falta para que este acto de vuestra generosidad sea completo, y obligarme mas y mas á estaros agradecido, que mandeis á vuestro prisionero devolverme una carta de la cual he sido despojado y que estimo en mas que mi vida. Basta deciros, para que conozcais su importancia, que es de mi señora la reina, y que mi honor está empeñado en hacerla llegar esta noche á su destino.

—Donde está esa carta? preguntó Hernando al gigante.

—Vedla aquí, contestó éste, sacando un pliego de sus bolsillos, y entregándolo al poeta. Y sabed que pierdo con ella el mando de cien caballos, ó tal vez una alcaidia. Pero, ¡cómo ha de ser!

—En cambio ganais la cabeza, que no es poco, repuso, Pulgar.

Y decidido á no perder mas tiempo, hizo recoger los caballos de los bandidos que alli cerca pacian, entregó uno de ellos y dos hombres para que le acompañasen á D. Jorge, se despidió de éste y de su escudero, que, aunque mal herido no quiso apartarse de su señor, y llevando atados cinco de los salteadores que habian escapado con vida de la refriega, continuó su interrumpida marcha.

Durante el camino supo de boca de su prisionero que se llamaba Diego de Baena y era oriundo de Córdoba, é hijo de nobles padres, aunque de orígen bastardo: despues de nacido él, y cuando ya contaba algunos años, su padre habia casado con una señora de la poderosa familia de Mendoza, y no llegó á reconocerle. Su madre murió de pesar, y los hermanos de ella y otros parientes declararon la guerra al que suponian ser autor de esta desgracia, mezclándose al efecto en las luchas intestinas de las dos ramas de la casa de Aguilar. Durante estas discordias, varios de ellos perdieron la vida, y los bienes de todos pasaron á diferentes manos por derecho de conquista.

Entre tanto, el bastardo niño se hizo jóven, se encontró pobre y desvalido, pero dotado por la falta de educacion de un espíritu indomable, y por la naturaleza de un vigor hercúleo y de una ambicion hidrópica. Tratando de mejorar de suerte, primero sirvió á varios grandes señores en clase de soldado mercenario, pero pronto se cansó de esta vida que le imponia deberes y humillaciones inconciliables con su carácter altanero: despues, de resultas de un desafío en que mató á un escudero del marqués de Cádiz, tuvo que huir de Andalucía; y se dió á la vida aventurera, hasta venir á ingresar, como caudillo, en las bandas

volantes del alcaide de Castronuño. Siguiendo las órdenes de este poderoso bandido, que habia abrazado el partido de los portugueses, acababa de apostarse el dia antes en las inmediaciones del camino de Valladolid á Rioseco, á fin de interceptar toda correspondencia entre la reina doña Isabel y el almirante: comision que habria sido fielmente desempeñada hasta el fin, á no mediar el lance que dejamos referido.

Tal fué la historia que contó Diego de Baena, y que entretuvo agradablemente á Pulgar hasta el amanecer; á cuya hora aparecieron á media legua las torres de Valladolid.

El ex-caudillo de bandoleros rogó á Pulgar se apiadase de sus compañeros y no los entregase á la justicia; asegurándole, bajo su palabra, que si queria servirse de ellos como soldados, no le darian motivo de arrepentirse; pues mas que bandidos eran hombres de guerra. El jóven consultó la proposicion con sus escuderos, que la aprobaron; con lo cual, se dió suelta á los presos, y el que habia salido de su casa solar con dos criados se presentó á su tio D. Luis Osorio con una pequeña hueste, adquirida en virtud de su valeroso esfuerzo.





CAPÍTULO VI.

La recompensa.

Don Luis Osorio, tio Materno de Fernando del Pulgar, era, como lo indica su apellido, miembro de una de las familias mas nobles, la de los marqueses de Astorga, y capitan de los nuevos reyes: hombre dado á las armas y á las letras, como por lo comun acontecia en esta época de regeneracion entre las clases elevadas de España; sentíase sin embargo, mas inclinado á la vida estudiosa que á la activa de los campamentos: de carácter grave y seco, á pesar de que estaba todavia en una edad no distante de la florida juventud, parecia incapaz de abrigar ningun sentimiento espansivo; mostrábase rígido con todos, empezando por sí mismo, en el cumplimiento de los deberes, y por nada de este mundo se alteraba su fria impasibilidad. No obstante esto, era en el fondo, un buen sugeto, y á medida que se le trataba, se conocia que su sequedad no dimanaba de un mal corazon.

Fernan Perez, que, como habrá conocido el lector, era todo

fuego y entusiasmo, todo ingenuidad y franqueza, se representaba á su tio, antes de conocerle, cual una persona respetable por su posicion, pero en particular enteramente parecido á sí mismo. Cuando echó pié á tierra á la puerta de la casa que aquel habitaba, esperaba verle salir á recibirle con los brazos abiertos, y se figuraba que luego le colmaria de elogios por la conducta heróica que habia observado durante su primera espedicion. Pero pronto se desvanecieron sus ardientes ilusiones: el noble caballero estaba revistando en su patio las armas y arreos de sus escuderos y cabos de lanza, y aunque le avisaron de la llegada de Fernan, no por esto interrumpió su tarea: solo cuando el jóven, impaciente por verle, se presentó á él, le tendió amistosamente la mano, diciéndole:

—Bien venido, sobrino: esperad un poco.

Fernan tuvo que aguardar á que su buen tio concluyese su interesante revista, despues de lo cual vió con placer que se volvia de nuevo hácia él para dirigirle la palabra.

—Bien venido, sobrino, repitió el caballero mirándole de alto á bajo: habeis tardado mucho.

—Señor, cuando mi padre me ha mandado.....

—No; es que, segun mi cuenta, debísteis llegar ayer..... y qué tal vuestro padre? Ha quedado tan fuerte como siempre?

—Bueno, á Dios gracias!

—Observo, sobrino, que venís muy mal parado: traeis manchado y sucio el arnés; aqui se os han roto dos hevillas. ¿Qué escuderos teneis, que os han dejado entrar en Valladolid de esa manera?.... y el penacho ajado. ¡Pardiez! No parece sino que acabais de salir derrotado de un combate.

—Lo mismo podria suceder habiendo salido victorioso, contestó el jóven picado en su orgullo.

—Teneis razon, repuso don Luis con su imperturbable sangre fria. De cualquier modo será menester que sufran una reforma vuestros arreos antes de presentaros á la reina. Hoy descansareis y mañana veremos de arreglar eso.

—No vengo cansado, señor: mi gente sí necesitará de re-

poso, porque hemos caminado sin parar ayer y toda la noche.

—Mucho es: mandadles entrar.

Hernando se acercó á la puerta de la calle y llamó á sus compañeros de viage. D. Luis arrugó el ceño al ver la estraña mezcolanza que desde luego chocaba en el armamento y atalages de aquella gente, pues solo en los hombres de Ceinos habia alguna uniformidad.

—Qué barullo es este, sobrino? dijo. De dónde ha salido esta tropa?

—No la mireis por fuera, señor, contestó Pulgar: todos son valientes. Han salido de aqui, añadió señalando á su espada; de donde con la ayuda de Dios sacaré para uniformarlos.

—Hola! Eso me gusta. Pero ¡diantres! Viene una caterva. Vuestro padre me habia escrito que traeríais solo dos escuderos, y aqui cuento......

—Seis escuderos, hijos-dalgo, sin otros dos que están en Rioseco; mas cuatro ginetes y ocho peones: total veinte hombres, con diez y siete caballos y una acémila: todo es mio. ¿Será que os cause molestia mi numeroso séquito?

—No tal: ya veremos el modo de acomodarlo: aunque fuese doble, no estorbaria. Pero es menester que me conteis como ha crecido esa comitiva desde Asturias acá. Subamos arriba, os desarmareis, y almorzaremos juntos.

Dicho esto, D. Luis dió las órdenes oportunas para el alojamiento de los compañeros de Pulgar, y pasó con éste á una ancha pieza que le servia de biblioteca y comedor. Tristan dejó encargados los caballos á Rodrigo Velazquez y siguió á su jóven señor para desnudarle de la armadura, y ponerle ropas nuevas que al efecto habia traido en su maleta; hecho lo cual, y habiendo tomado posesion de la pieza que al novel paladin estaba destinada, volvió éste á reunirse con su tio, que ya le aguardaba sentado á la mesa.

Durante el almuerzo contó Hernando todas las aventuras de su viage, sin poder arrancar al estóico D. Luis una esclamacion,

ni otra muestra de entusiasmo. Solo cuando hubo concluido le dijo:

—Nunca hubiera creido tener un sobrino tan calavera.

—Desaprobais, segun eso, lo que he hecho? preguntó Pulgar desconcertado.

—No tanto como desaprobarlo: pero me parecen algo disparatadas esas travesuras, y por prudencia os aconsejo que no hableis de ellas á nadie en la corte: pudiera ser que os valiesen el desagrado y el ódio de algunas personas.

—Cómo, señor! ¿En la corte de nuestra señora la reina Isabel puede haber quien repruebe el valor empleado en defensa de los oprimidos y de los que sirven á Su Alteza?

—En la corte, sobrino, hay de todo; y aunque yo nada afirmo, puede aqui haber influencias ocultas de la abadía del Cerrato, y tambien del alcaide de Castronuño: ¿cómo, si no, han sabido los agentes de Mendaña la ida de D. Jorge Manrique á Rioseco con cartas de la reina?

—Eso puede haber sido una casualidad: pero sea lo que quiera, si al lado de mi señora la reina hubiese traidores, no seré yo quien los tema. Declárenme la guerra, cuanto antes mejor: puños no me faltan para quitarles la aficion á su oficio.

—Sois un niño, Hernando, y no conoceis el mundo: si creeis que todo se compone á cintarazos, estais en un error. Hay lides mas árduas que las de las armas, en las cuales no vence el valor, sino la astucia. Pero dejemos esto y decidme: ¿con qué recursos contais para mantener vuestra numerosa tropa? Habeis pensado en ello? O creeis que los escuderos y soldados se mantienen del aire, como los héroes de los libros de caballeria?

Pulgar quedó un momento cortado por esta nueva contrariedad, pues habia creido que su tio le facilitaria los medios de subvenir á las necesidades de su gente, al menos mientras no adquiria en la guerra las riquezas indispensables. Sin embargo, repuso:

—Con efecto, señor, no he pensado que, aunque quisiera

buscar dinero, dejando en prenda mis barbas, como de cierto personage histórico se cuenta, no puedo hacerlo, pues carezco de ellas; pero no faltará algun judío que me preste, como al Cid Campeador, sobre la garantía de mi palabra, y de un arca llena de arena.

—Eso pasaba antiguamente: ahora nadie presta sino sobre buenos estados y pingües haciendas. La reina misma no sabe como hacer frente á las necesidades de la guerra, dado que hombres le sobren; pero le faltan dineros con que sostenerlos.

—Bravo inconveniente! ¿Hay mas que ir á tomar los que tendrá de sobra el enemigo?

Esta vez, D. Luis Osorio, á pesar de su fria sequedad, no pudo menos de sonreirse.

—No es del todo malo el arbitrio, dijo: veremos de indicarlo al señor cardenal de España, para que lo aconseje á la reina; la cual es muy capaz de ejecutarlo.

Pronunció, sin embargo, estas palabras con tal tono de broma, que Pulgar no se atrevió á replicar, por temor de decir alguna tonteria. Despues de esto, D. Luis recomendó á su sobrino el descanso, dió algunas órdenes para que le arreglasen la armadura de un modo decoroso y digno de su persona, y despidiéndose de él, salió á cumplir con sus obligaciones cerca de la reina.

Hernando, luego que estuvo solo, comenzó á cavilar sobre el estraño carácter de su tio, de cuya acogida no podia estar de modo alguno satisfecho. Parecia que su comunicacion con aquel espíritu aparentemente glacial habia secado en un momento el verdor lozano de su imaginacion juvenil, y apagado el ardor de su corazon. Miraba desvanecerse, como nieblas, sus mejores ilusiones y propósitos: acordábase de la huerfanita de Ceinos, á quien ofreció amparo, contando siempre con el valimiento de D. Luis, y á quien ahora dudaba si podria proteger. De intento habia hecho mencion de ella durante el relato de sus aventuras; pero ni entonces ni despues tuvo el caballero para la infortunada ni una palabra de compasion ni un recuerdo. ¿No era esto decir

tácitamente que no estaba dispuesto á recibirla en su casa de solteron, ni á dar el menor paso en su socorro? Y qué podia hacer por ella el jóven Hernando, sin el apoyo de aquel sugeto ó de alguna otra persona de valimiento en la corte? Sin embargo, su palabra estaba empeñada de mirar por la niña como por una hermana, y era forzoso cumplirla. ¿Mas cómo hacerlo? ¿Con qué títulos reclamaria de nadie el favor para una criatura, cuyo nombre ignoraba él mismo, de quien solo sabia que era noble y desgraciada, pero sin tener al menos una indicacion positiva de su calidad y familia, ni de las desventuras que motiváran su abandono?

Estas reflexiones afectaron de tal modo el ánimo de Pulgar, que por mas que hizo, y á pesar del cansancio, no pudo el jóven cerrar los ojos y entregarse al sueño. Harto de dar vueltas en su lecho, saltó al cabo de él, se vistió, y llamando á Tristan para que le acompañase, salió á recorrer la ciudad, con ánimo de distraerse.

La ocasion era oportuna, pues pocas veces habia ofrecido Valladolid un aspectáculo mas animado que el que presentaba en aquellos dias. La reina doña Isabel no era ya aquella princesa resignada y paciente, que en vida de su hermano Enrique se condenaba voluntariamente á la inaccion, y al aislamiento: era, por el contrario, el espíritu activo y emprendedor, el genio del imperio, que poseido de su alta mision y de la idea de sus deberes, en todo estaba, todo lo animaba con el soplo de su aliento. Y Valladolid era su residencia temporal, su cuartel de operaciones y á un mismo tiempo su corte, su arsenal y su campamento. A donde quiera que se mirase, alli se veia impreso el impulso vivificador de la jóven scberana. Por las calles circulaban incesantemente multitud de carros, y otros medios de transporte, conduciendo materiales de guerra: en varios puntos de la poblacion se habian formado vastos talleres, donde millares de operarios se ocupaban, unos construyendo armamentos y equipos militares, otros reparando antiguas armas y arreos deteriorados, otros forjando el hierro y transformándolo en enormes lombardas y

otras piezas de gruesa artillería, ó bien los elementos de arrastre, los atalages, las cajas de municiones y las camillas para heridos, invencion de la reina: y en medio de tantos y tan diversos trabajos notábase el órden mas admirable: las faenas estaban distribuidas por secciones y falanges de trabajadores, demostrando que habian sido organizadas y eran dirigidas por una inteligencia superior, metódica y previsora.

Pulgar encontró pábulo abundante para su distraccion en todo este movimiento inusitado, y como vagaba sin objeto que guiase sus pasos, impensadamente fué á parar á las inmediaciones del palacio del almirante, que era la mansion de la reina. En aquel punto la agitacion era menor, pero tambien mas variada: veíanse pasar graves letrados abstraidos en la discusion de árduos puntos de derecho; reverendos padres, cuyos rostros les denunciaban como practicadores de la virtud y depositarios de la ciencia; nobles pundonorosos revestidos de lucientes armas, y grandes del reino, que si marchaban precedidos de un brillante cortejo, no le permitian atravesar las puertas de la régia morada. Y ni un cortesano frívolo, ni un semblante suspicaz ó maligno, ni una accion insolente ó desenvuelta se notaba en todo el ámbito del edificio y á gran trecho en torno de él; lo que hizo que se representase á la mente de nuestro jóven como uno de aquellos palacios encantados que habia leido en los libros de andantes caballeros, ó como un templo en los dias de semana santa, cuando la iglesia celebra sus mas imponentes ceremonias en medio del verdor y los perfumes de la primavera.

Despues de haber permanecido largo rato en muda contemplacion, exclamó:

—*Vere Domines est in loco isto!* Esta es verdaderamente la mansion de la magestad.

—Teneis razon, señor, dijo Tristan, que habia estado tambien absorto al lado del jóven guerrero: en verdad que nada de esto se parece á lo que yo ví hace años en el palacio del rey D. Enrique. Me acuerdo bien que los mozos de la servidumbre ínfima retozaban con ciertas hembras desenvueltas en un patio

del alcázar, y á los pocos dias de esto los grandes rompian las puertas con hachas y partesanas. Pues, ¿y lo que cantaban las gentes del pueblo, motejando á voces el valimento de D. Beltran de la Cueva, la conducta liviana de la reina y de sus damas, y la paciencia del rey?

—Eh! Basta, basta! No empuerques mis oidos con semejantes suciedades, ni murmures del honor de un rey muerto, y de una reina desgraciada, si no quieres que te arranque la lengua.

—Es que no digo nada que no sea público y notorio.

—Pues bien, si tan sabido es, no hay para qué repetirlo.

Tristan calló, no sin proferir antes una especie de gruñido, semejante al del perro, que se resigna contra su gusto á la voluntad de su dueño.

En esto vieron entrar en la plaza que habia delante del palacio un jóven caballero, seguido de otros dos ginetes; el ruido de los caballos les hizo volver la cabeza.

—Mirad, señor, mirad, dijo Tristan: nuestro cautivo de anoche, y mis compañeros Castro y Peñalver.

Con efecto, los recien llegados eran D. Jorge Manrique y los dos escuderos de Pulgar. Éste salió al encuentro de su libertado, el cual, reconociéndole al momento, á pesar de su cambio de trage, se apeó del caballo, y corrió á darle los brazos.

—Cuanto me alegro de encontraros, aqui, mi valiente amigo! exclamó D. Jorge. Venid y os presentaré á mi padre, para que conozca al esforzado jóven que ha salvado el honor de mi familia.

—Tened calma, D. Jorge, contestó Pulgar; acaso exagera vuestra generosidad el servicio que he podido prestaros.

—Oh! No exagero nada: vos no sabeis cuanto vale lo que habeis hecho por mí. Era cuestion de honra la que á Rioseco me llevaba cuando me encontrásteis cautivo. La reina necesitaba enviar un aviso importante á don Alonso Henriquez, y la convenia que esto se hiciese con sigilo: estábamos presentes cuatro jóvenes nobles, entre ellos D. Fadrique, hijo del almirante y Ramiro de Guzman. El maestre sala Cobarrubias, y en su apo-

yo el conde de Benavente, manifestaron que habia grave peligro en pasar de noche por los montes de Torozos: entonces dijo la reina que seria menester fuesen con el mensage ocho ó diez hombres de armas, aunque lo sentia. D. Fadrique propuso que fuésemos dos caballeros con nuestros escuderos.-«No hay necesidad de tanto, repuso mi padre: venga el mensage, que mi hijo lo llevará, y juro por mi nombre que saldrá airoso de su empeño.»-Ya veis amigo mio que á no ser por vuestro generoso apoyo, estaria deshonrada mi casa.

Pulgar se encogió de hombros con un movimiento espresivo, y contestó:

—En ese caso no hableis mas del asunto; pues, por mi parte, debo olvidarlo.

El jóven poeta le apretó la mano con efusion, y no tuvo palabras para contestarle. Solo le dijo;

—Venid: mi padre debe conocer al mejor amigo de su hijo.

Los dos jóvenes entraron en el palacio, y se encaminaron á una estancia donde residia temporalmente el maestre de Santiago, D. Rodrigo Manrique.

Hallábase este magnate solo á la sazon, y reconociendo á su hijo por las pisadas, le salió al encuentro.

—Ah! ya estas aqui, D. Jorge, le dijo. Mal rato me has hecho pasar.

Y reparando en su compañero, esclamó:

—Este caballero es Pulgar!

—Vuestro humilde servidor, contestó nuestro jóven lleno de confusion.

—Decid mejor mi amigo. Pardiez! Bien comenzais vuestra carrera, mozo. Sois un valiente!

—Cómo, señor, repuso D. Jorge: ¿sabeis...

—Lo sé todo.

—Quién ha podido deciros?... interrogó Pulgar abochornado al pensar que su tio se hubiese jactado de sus propias hazañas.

—Quién ha de ser? replicó el Maestre: quien todo lo sabe: la reina.

—La reina! exclamó Pulgar, saltándosele el corazon de alegria.

—Si, la reina.... y tomad,–añadió el Maestre sacando de su escarcela un pliego, del cual pendia un sello real:–tomad esto que me ha entregado para vos. Su alteza se digna nombraros *contínuo* de su casa, y manda que se os dé de su real tesoro cien mil maravedis de plata cada un año.

—Pero he merecido acaso tanto favor?... repuso el jóven cada vez mas confundido, y sin atreverse á tocar la real cédula, que le presentada el Maestre.

—Pardiez! Que si lo habeis merecido? Y mi amistad, que vale mas que todas las mercedes reales, contestó don Rodrigo. Cuando la reina os premia, tened por seguro que os habeis portado como bueno; y cuando yo os doy mi mano, podeis creer que os tengo en grande estima.

Pulgar estrechó la mano del Maestre, tomó la real cédula, besóla y la apretó contra su corazon. Al mismo tiempo volvió la cabeza, porque brotaban de sus ojos lágrimas de placer y de entusiasmo.





CAPÍTULO VII.

De cómo Tristan encontró dinero.

Si los reyes,-y cuando decimos los reyes se entiende que hablamos de cuantos hacen sus veces,-si los reyes comprendieran bien, que toda la sabiduria necesaria para desempeñar con gloria y provecho su elevado destino se concreta en saber premiar á tiempo y con justicia, no existirian muchas de las páginas sangrientas y absurdas que manchan la historia del género humano; el gobierno de los hombres no sería, como acontece con frecuencia, un estado de guerra entre el súbdito y quien le rige, ni se vería otro espectáculo mas frecuente que el de la grandeza de ánimo, el del heroismo, el de la abnegacion y el sacrificio del interés personal en las aras del bien comun.

Hernando del Pulgar no era cuando vino á Valladolid, mas que el embrion de un héroe; un jóven atolondrado, aunque de inmenso corazon; un aventurero que, merced á la educacion y al sentimiento del honor, sobresalía un poco de la línea vulgar. Enrique IV habria hecho de él un diestro cazador de corzos ó de damas; Cárlos V, un galanteador pendenciero; Isabel, cuya

elevada política consistió siempre en buscar el mérito y premiarlo, distinguió á nuestro jóven, y atrayéndolo á sí, fijó para siempre todas las brillantes cualidades de su bello carácter. Ya podia pedir imposibles á Pulgar; ya podia confiarle los mas delicados encargos, ya podia, en fin, contar con un cumplido caballero, pues tal lo habia creado, al darle una muestra de su alta penetracion y espontánea justicia.

Poseido de la mas profunda gratitud y del mas vehemente deseo de distinguirse por nobles y caballerescas hazañas se retiró Pulgar á casa de su tio, el cual le esperaba tan impasible como le habia visto por la mañana.

—Hola, hola, sobrino! esclamó al verle entrar don Luis Osorio: ¿Tanta impaciencia teníais por salir á la calle, que no habeis podido aguardar á que yo os acompañe?

—Oh! No me reprendais ahora, mi querido tio, dijo Pulgar, dando sueltos al torrente de felicidad que inundaba su alma. Permitid que os abrace, y alegraos conmigo.

—Pero qué es esto, chicuelo? Te has vuelto loco?

—No estoy loco, no; y sin embargo, me parece que sueño. Mirad, mirad! prorumpió el jóven, mostrando á su tio la real cédula.-Soy contínuo de la casa de la reina: tengo cien mil maravedis de haber. Pero, ¿qué digo? Acaso no debo estas mercedes á vuestra mediacion?

—Calla! Y es verdad, repuso el capitan, mirando la cédula con fria atencion. Efectivamente tienes suerte, chicuelo: pero á mí no me lo debes. La reina no admite ni atiende recomendaciones de parientes: si hace mercedes, las hace de su propia voluntad.

—Entonces no comprendo como ha sido esto. ¿Quién, si no vos, ha podido decir á S. A...

—Oh! Eso es un misterio, Hernando, escucha: yo soy hombre que me precio de leido: poseo toda la filosofia de los antiguos: he cultivado las ciencias naturales y políticas; estoy en relaciones con los sabios de Paris, Florencia, Roma y Granada; y sin embargo, si no conociese á fondo las virtudes de nuestra

hermosa reina, diria que es nigromántica. No pudiendo creer esto, presumo que, ó es santa, ó está dotada de un talento sobrenatural. Todo lo sabe, nada se oculta á su penetracion.

—Entonces, repuso Pulgar arrastrado por la admiracion y el entusiasmo, sabrá tambien la desgracia de mi protegida. Oh! y si no la sabe, vos se la participareis: no lo dudo. Es menester que yo cumpla mi palabra.

—Vah! Vah! Dejaos de eso, replicó D. Luis, recobrando su impenetrable gravedad. Yo no diré nada á la reina.

—Pero, señor; ¿habrá de quedar abandonada aquella huérfana infeliz? No, eso no puede ser: la palabra de un Pulgar es inviolable. Si es menester emplearé la mitad de mi sueldo en el amparo de esa niña; pero no será olvidada.

—Haced lo que querais: yo en eso no me meto, con tal que no se importune á la reina; pero lo mejor será que no os ocupeis mas en ese asunto.

El jóven calló: no le parecia conveniente insistir, viendo que su tio no se mostraba propicio á tomar bajo su proteccion á la huérfana desconocida. Deploraba la ligereza con que habia obrado, no inquiriendo siquiera el nombre de aquella niña, y comenzaba á temer que fueren vanos todos sus esfuerzos para favorecerla, como habia prometido.

Con efecto, sin el apoyo de D. Luis Osorio, ¿qué podia hacer un jóven guerrero, cuya vida desde aquel dia estaba consagrada al servicio de las armas? Si al menos hubiese tenido cerca su casa, aunque no vivia su madre, habria dispuesto darle un asilo conveniente, mientras otra cosa se determinaba; pero ni aun esto podia hacer. Sin embargo; no se desanimó. Pensó enviar á Ceinos á su escudero Bedmar, con el encargo de adquirir acerca de la tierna adolescente noticias circunstanciadas, y de obrar en consecuencia como mas conviniera, bien colocándola á pension en un convento de monjas, bien restituyéndola á su familia, si acaso la tenia.

Comunicó su pensamiento á D. Luis; pero este hombre singular, tomando un tono decisivo, aunque no duro, le contestó:

—Ya os he dicho, Hernando, que no os ocupeis mas en ese asunto: protectores no le faltarán á vuestra ahijada.

—Oh! señor, repuso Pulgar: esas palabras me indican que ya los tiene.

—Puede ser: pero no penseis mas en ello. Parece que no teneis otras atenciones mas graves. ¿Habeis dispuesto que os limpien y aparejen las armas? Habeis organizado vuestra gente, de modo que pueda presentarse en público sin que se burlen de vos?..... Nada de esto habeis hecho. ¡Ya se ve! Estais distraido con niños y niñerías.

El genio turbulento del jóven se sublevó contra la dura reconvencion de D. Luis.

—Niñerias llamais, dijo Pulgar, al ejercicio de la caridad y al cumplimiento de la palabra? Pues cuáles son entonces las cosas sérias en que se ocupan los caballeros? Yo he oido siempre decir á mi padre, que un noble digno de este título, debe amparar el débil y ser fiel á sus promesas. Por lo demas, descuidad, que nadie se burlará de mi gente, ó el que tal hiciere, habrá de habérselas conmigo.

Dicho esto, y sin aguardar respuesta, salió el jóven de la estancia de su tio, y se encaminó asaz disgustado al departamento que ocupaban sus hombres de armas y arcabuceros.

Llamó á Tristrn aparte, y le dijo:

—Dame albricias, amigo Tristan: la reina me ha nombrado contínuo de su casa.

—Oh! Qué fortuna, señor! exclamó el escudero abriendo desmedidamente los ojos. Eso quiere decir que esta noche tendremos racion doble de vino, y mañana temprano el aguardiente, para matar el gusanillo. Voy á dar tan buena noticia á todos mis camaradas.

—Espera, malandrin, gloton, repuso Pulgar, sentando la mano á Tristan: á donde vas ahora mismo es á buscarme un judio que tenga mucho dinero, ó que quiera cambiar todos nuestros arneses, arreos y armas, escepto las mias, por otros nuevos, pagándole lo que sea de razon.

Tristan meneó la cabeza, como quien prevé grandes dificultades.

—Señor, dijo: para hacer ese cambio que deseais, se necesita dinero, pues no creo, que nos den mano á mano unos arneses nuevos por otros viejos y malos.

—Y quién te ha dicho que yo pretenda el cambio de balde? Haz lo que te he mandado y calla.

Tristan bajó la cabeza, y salió á cumplir la órden de su señor.

Éste llamó á Diego de Baena y le dijo:

—Ahí tenemos cinco caballos sobrantes. Aver si hallaremos quien los compre de hoy á mañana.

—Con tanta premura, contestó el ex-bandido, no es fácil que nadie los compre, ó tendremos que malbaratarlos, y es lástima; porque son cinco alhajas. Supongo que hablareis de los de mi partida?

—De esos hablo; pero podeis hacer otra cosa: escoged entre todos cinco de los peores, y activad la venta, por que necesito dinero.

Diego de Baena entró á escoger los caballos; y mientras tanto Pulgar dió instrucciones á Francisco Bedmar, para que al dia siguiente fuese á traer de Leinos la huerfana abandonada. Nuestro jóven se proponia presentarla él mismo á la reina y ponerla bajo su proteccion. Habia oido decir que Doña Isabel daba audiencia pública todos los viérnes para escuchar las quejas de sus vasallos y hacer justicia, y pensó aprovechar la primera ocasion para implorar la munificencia real en favor de aquella desgraciada niña. Tenia pues tomada la resolucion de obrar por sí y ante sí en todos sus asuntos particulares, sin aguardar la vénia ni el auxilio de su tio.

Entre tanto el escudero Tristan recorria á la ventura las calles de Vallodolid en busca de un judío que quisiese prestar dinero, ó tuviese arneses y otros arreos militares nuevos que cambiar por los viejos y desiguales de toda la compañia. Tristan no carecia de maña, y esperaba poder cumplir su encargo á gusto de Pulgar; pero le sobraba criterio para conocer que, si

buscaba dinero, no encontraria arneses; y si lograba encontrar estos, lo tendria todo, pues era precisamente lo que se necesitaba. Decidióse, pues á buscar un taller ó tienda de armería, pero como en aquel tiempo se cerraban las puertas á poco de anochecido, y los mercaderes no usaban por muestras otra cosa que las mercancías, que solian colgar delante de sus establecimientos, pronto se convenció de que serían inútiles sus pasos, si no daba con alguna persona que le informase de lo que deseaba saber.

Con este propósito llegó á desembocar en la plaza de la Red, donde algunas posadas y tabernas permanecian abiertas, merced á ser el dia siguiente dia de mercado, y acudir á aquel punto muchos forasteros. Entró en una de aquellas casas, la que le pareció mas concurrida, y pidió de beber, buscando así pretesto para entablar conversacion con el tabernero ó con sus parroquianos.

La casualidad, esa deidad caprichosa que tantas veces cambia y decide los destinos humanos, hizo que nuestro buen escudero topase alli con gente que no le era desconocida. Mientras saboreaba un vaso del confortante jugo de la vid; dirigiendo algunas palabras al dueño de la casa, que no habia cesado de mirarle con atencion desde que le vió entrar, observó que en la trastienda ó pieza reservada á los parroquianos de confianza se encontraban solos dos individuos, conferenciando sigilosamente: parecióle, sin embargo, reconocer el metal de la voz de uno de ellos, y aunque no podia entender nada de lo que hablaba, escitada su curiosidad, hacía lo posible por escuchar, y adelantaba de vez en cuando la cabeza, con el deseo de afirmarse en el recuerdo que tenia de aquel hombre.

La curiosidad de Tristan parecia dar pábulo á la atencion con que le observaba el tabernero; el cual, cumpliendo, sin duda, algun encargo que tenia; entró en la trastienda, habló algunas palabras con uno de los parroquianos íntimos, y volviendo á salir, dijo al escudero:

—A lo que entiendo, señor escudero, sois asturiano, si no me engaña vuestro acento.

—De Asturias vengo, buen amigo, respondió Tristan. Porqué me lo preguntais?

—No es sin motivo, y dispensad mi impertinencia. ¿Cuándo habeis llegado?

—Esta mañana. Pero.....

—Ya lo decia yo, repuso el tabernero frotándose las manos muy satisfecho. ¿No habreis venido aqui sin misterio. Eh?

—Claro es que no: ando en busca de un judío.....

—Pues: un judío; ó mejor dicho, un converso. No hay duda: sois el mismo.

—Cómo?....

—No necesitais disimular.-Venid.

Tristan se dejó conducir á la trastienda, encogiéndose de hombros, y decidido á seguir la corriente de los que, al parecer, tomándole por otro, querian meterle en una singular aventura. Como astuto y marrullero que era, desde luego se propuso esplorar el campo, sin soltar prendas, y ver si podia sacar partido de las circunstancias; ó en todo caso, divertirse un rato y satisfacer su avivada curiosidad.

Los dos interlocutores misteriosos estaban agrupados tras de una mesa; vueltos hácia la puerta y cobijados con la penumbra que sobre ellos proyectaba la pantalla de un velon: tenian delante un jarro y dos vasos de estaño mediados de vino. A lo que podia verse en la semioscuridad que los envolvia, los dos eran aproximadamente de la edad de Tristan; pero el uno, aunque no lo reveléra su vestimenta, tenia trazas de hombre de armas, era de constitucion física vigorosa y gastaba largos bigotes; mientras el otro, ruin y contrahecho, parecia, por su trage modesto y su aire apocado y compungido, un mandadero de monjas.

Tristan saludó cortesmente á los desconocidos; y apenas hubo dejado oir su voz, el que parecia hombre de armas se levantó de un salto, exclamando:

—Calla! Si es mi camarada Tristan de Montemayor!

—El mismo, compadre Perafan de Urrutia, contestó el escudero reconociendo en el que acababa de hablar á un compañero de la batalla de Olmedo y uno de los mejores soldados del arzobispo D. Alonso Carrillo.-El mismo que viste y calza.

—Voto á Cribas! repuso Perafan, estrechando la mano de su antiguo camarada. Venid acá, sentaos, y bebamos en amor y compañia.-Mas vino, maese Ardilla, traed mas vino.-Pardiez! Quién habia de pensar que hubiésemos de volver á ser compañeros de armas?

Diciendo esto el servidor del arzobispo llenó los vasos y presentó uno á Tristan. Luego que hubieron bebido, continuó:

—Podemos hablar sin reserva. El señor,-añadió, señalando al otro personage,-es uno de los mayordomos de su Ilustrísima; ya sabeis, el hermano Froilan de Ávila: un santo varon, no porque esté presente.

—Si, ya lo sé, respondió Tristan.

Froilan, por sobre nombre el *Beato*, á quien ya conocen los lectores de la primera parte de esta historia se inclinó afectando humildad.

—Pues bien, prosiguió Perafan: ¿qué nuevas nos traeis de Asturias? Habreis visto al Sr. D. Pedro Diaz de Sandoval? Este nombre fué como un rayo de luz para Tristan: Sin embargo, se mantuvo en su prudente reserva.

—Que si le he visto? contestó. Yo lo creo: como que ha pasado seis dias en casa de mi señor, y han hecho en ella estragos los lucidos ojos de doña Elvira: sin duda tendremos boda,

—Es verdad: el bravo Rodrigo del Pulgar tenia un hijo.

—Un leoncillo, direis mejor: Fernan Perez se llama, y ha de ser con el tiempo la mejor lanza de estos reinos, sin agraviar á nadie. Ha jurado por la cara de sol de doña Elvira ganar fama de gran batallador en esta campaña, y se saldrá con la suya.

—Tanto mejor: cuantos mas hombres decididos tengamos, mas fácil será hacer que triunfe la santa causa de la legitimidad, echaremos de Castilla á los aragoneses, y la buena de doña Isabel, volverá, como dice mi señor, á hilar á la rueca.-Pero en fin;

¿qué tenemos de cierto? Traeis carta ó recado del señor de Sandoval?

Tristan se encontró algo perplejo para contestar. Sin embargo, repuso:

—No traigo carta, y á decir verdad, no soy yo, sino mi jóven señor quien trae instrucciones secretas que comunicará con el rey. Pero, con todo, puedo aseguraros que Asturias sigue la buena causa de la legitimidad.

—Eso es lo que importa. Oh! D. Pedro de Sandoval no habrá echado en balde su viage. Pero si no tenemos noticias mas precisas, no podemos obrar en consecuencia; y el señor obispo de Segovia está impaciente: de un momento á otro puede volver Andres de Cabrera y desbaratar el plan. ¿Dónde está vuestro señor? O al menos, ¿qué encargo os ha dado para nosotros?

—Mi jóven señor ha quedado esperándome fuera de aquí: me ha enviado primeramente á estar con vosotros, y luego á comprarle veinte arneses nuevos para la gente que le acompaña, pues no de otro modo quiere presentarse á su alteza, y no sé cómo hacerlo; pues él confiaba en un su tio, que aquí tiene, y ese tio es un isabelino como una loma y tacaño por añadidura: inútil es pensar en su dinero.

—Nada de eso nos interesa, interrumpió el Beato, que habia escuchado hasta ahora la conversacion sin tomar parte en ella. Si vuestro señor necesita dinero, y es de los nuestros, deberá saber que estoy autorizado para proporcionárselo. Pero es menester que nos digais sin ambages, que hay de Asturias; si se levanta ó no se levanta. Supongo que á esto habeis venido?

—Por supuesto! exclamó Tristan, mirando de reojo al Beato: ¿pues no lo he dicho ya? Cuando salimos de Asturias todo el mundo estaba levantado.

—Ah! No lo habías dicho.

—Pues es evidente,-repuso el ladino escudero, que siguiendo la capciosa doctrina de los casuistas que dice: «disimular la verdad no es mentir,» sostenia esta plática de doble sentido, engañando á los otros y creyendo transigir con su conciencia.-Es

evidente que todos los habitantes de Asturias, hasta los niños, estaban levantados. Ahora, en cuanto á lo del dinero, mi señor no me ha dicho que os lo pida, quizas por delicadeza, ó porque no se sepa que lo necesita. Es muy orgulloso, aunque esto no es un defecto. No tomará dinero vuestro, y eso que el Sr. de Sandoval le ofreció todos sus haberes y valimiento.

—Asi lo creo, dijo Perafan, y no está bien que vayais á mendigar favores de ese tio isabelino, que será el de Osorio, presumo. Tanto mas, cuanto quien paga es nuestro generoso rey don Alfonso IV. ¿Queréis saber á cuanto asciende el regalo que ha hecho al conde de Benavente?

—Cómo, el de Benavente, decís? Yo creia que don Rodrigo Pimentel estaba en la corte de doña Isabel.

—Así es; pero yo mismo le he llevado los regalos del rey de Portugal y Castilla por valor de mil doblas de oro. Y no es él solo, que otros grandes se van ganando. ¿Pues qué el obispo de Segovia, trabajaria como trabaja para levantar á los segovianos contra el alcaide Cabrera, y apoderarse de la infanta Isabel, que está en el alcázar, sino fuera por el oro portugués?

—Ah! repuso Tristan; ¿con qué al fin nos apoderamos de la infantita?

—Quién lo duda? Sin eso, mal podríamos realizar nuestro plan.

—¡Oh, amigo, amigo! exclamó Tristan demostrando alborozo. La cosa va bien, muy bien.-Y añadió para sí:-Que me azoten si entiendo una palabra.-De modo que, prosiguió: es cosa hecha que el obispo sacará á la infanta del alcázar: y en sacándola de allí, tendremos una garantía para negociar.

—Eso es. Pero, cuidado con el secreto! Los segovianos nada saben de lo que se trata: para ellos todo se reduce á un motin contra Cabrera.

—Oh! por supuesto! Pues no faltaba mas.... Con que, señores, ya que sabeis como anda en Asturias el negocio del señor de Sandoval, me retiro, porque necesito buscar todavía esta noche algun judío que me fie las veinte armaduras nuevas, ó quie-

ra cambiarlas por las usadas que tenemos. Si me mandais algo podremos vernos aquí mañana temprano.

—Esperad un poco, dijo Froilan.–Y llamando aparte á Perafan, le preguntó:

—Creis que se pueda tener confianza en este hombre?

—Aunque parece poco enterado en los pormenores de nuestro negocio, respondió Perafan, esto no debe inspirarnos desconfianza: puede ser efecto de sobra de cautela por parte de su señor, quien, como habeis oido está en muy buenas relaciones con el comendador.

—Bien está, repuso el Beato: y os parece que le demos el dinero que necesite?

—Siempre seria bueno asegurar por este medio la adhesion del señor de Pulgar.

—El Beato se acercó á Tristan, y le dijo:

—A pesar de que vuestro señor no solicita nuestros auxilios, yo tengo órden de proveerle de cuanto haya menester. ¿Necesitareis mucho para la compra de los arneses?

Oh! No me atrevo á aceptar.....

—Pardiez! dijo Perafan: tomad lo que se os dá, y si tan delicado sois, nos firmareis un recibo.–A ver, maese Ardilla! gritó al tabernero: traednos un tintero y papel.

Maese Ardilla trajo lo que se le pedia, y el Beato escribió en un pedazo de papel.

«El reverendo padre prior del monasterio de San Benito de Valladolid, entregará al portador de la presente la cantidad de...

—Cuánto os parece? preguntó á Tristan.

—Poned cien doblas de oro, contestó Perafan. Me parece bastante: ¿ó quereis mas?

—No: eso basta.

.....«Ciento diez doblas de oro, continuó escribiendo el Beato; las cuales serán á cargo del ilustrísimo señor arzobispo de Toledo.–Fecho en esta ciudad de Valladolid, á treinta dias de Abril del año de gracia 1475.=El mayordomo privado de su señoria ilustrísima.—*Froilan de Ávila.*»

Tomó luego otro papel, y escribió:

«Yo Tristan de Montemayor, escudero del señor Fernan Perez del Pulgar, he recibido ciento diez doblas de oro, que me ha entregado el moyordomo privado del muy ilustre señor arzobispo de Toledo, con cargo al tesoro real de S. A. el rey D. Alfonso IV de *Portugal*, para arreos y armas del dicho señor Fernan Perez del Pulgar.»

Leido este documento, lo presentó á Tristan para que firmase.

Tristan tomó la pluma, y pintó con ella una cruz, diciendo:

—No sé escribir, y eso que mi señor es docto como un canónigo.

Froilan miró á su compañero, el cual se encogió de hombros, murmurando:

—Qué importa eso? Poned ahi que yo soy testigo.

Hízolo asi el Beato, y entregó á Tristan el vale que habia estendido contra el prior de San Benito.

Tristan lo tomó disimulando su regocijo, y habiéndose despedido hasta el dia siguiente de los burlados conspiradores, corrió desalado á dar cuenta á su amo del modo singular como habia desempeñado su cometido.

Pulgar aguardaba impaciente á su fiel escudero, tanto que al verle entrar habria tal vez desahogado en él de un modo brusco, la incomodidad que sentia, si Tristan no hubiese conjurado la tormenta, presentándose desde luego con el semblante alegre y mostrando el vale de las ciento diez doblas con aire de triunfo.

—Mas vale tarde que nunca, señor, dijo. Mirad, aquí os traigo dinero, y dinero que no tendreis que devolver; porque os lo regala el señor arzobispo de Toledo por cuenta del rey de Portugal.

Hernando miró con asombro al escudero, y por un momento dudó si debia creerle, ó reirse de lo que decia.

—¿Con qué sandeces me vienes ahora, despues de hacerme aguardar tanto tiempo, menguado charlatan? repuso. Habla: ¿qué dinero es ese que dices me traes, y qué tienen que ver conmigo el arzobispo de Toledo y el rey Alfonso?

Tristan refirió entonces su aventura, sin omitir el menor detalle, y recargando mucho sobre el mismo cuidado que habia tenido de no comprometer á su señor, ni faltar á la verdad en cuanto habia dicho á los emisarios del arzobispo. Escuchóle Pulgar atentamente, y luego que hubo concluido, le dijo:

—Y has podido creer, alma de villano, que yo aceptaria ese dinero?

—Por qué no, señor? respondió Tristan. ¿Acaso no aceptan regalos de mayor cuantía personages como el conde de Benavente? No seais bobo: puesto que os lo dan, tomad ese dinero á cuenta del botin que mas adelante nos depare nuestra buena estrella, y aprovechadlo en servicio de nuestra señora la reina. Eso no os compromete de modo alguno á servir al rey de Portugal.

—Pero es cometer una doblez indigna de un caballero.

—Yo digo que es un modo, como otro cualquiera, de hacer la guerra al enemigo. Ni vos, ni yo le hemos compelido ni engañado para que nos entregue ese dinero: el que me lo ha dado mañana se tirará de las barbas; pero á esto respondo: el que sea tonto, que estudie.

—Pues bien, yo te mando devolver el dinero á su dueño. Lo único que acepto son las revelaciones que te han hecho, y que voy á utilizar ahora mismo, para que cojan á esos perillanes y que canten de plano. ¡Ahí es nada! Vienen aquí á sobornar á los leales servidores de la reina, y tratan de apoderarse de la infanta. La reina lo sabrá esta misma noche.

Tristan se encogió de hombros, pero dijo para sí:- «Por esas no paso yo: sería vender á un antiguo camarada.

En cuanto á la devolucion del dinero pensó que lo mejor era seguir las inspiraciones de su conciencia.

Pulgar, por su parte, olvidando por un momento el cuidado que le habia inquietado toda la noche, y que cedia ante otro interés mas poderoso, pasó á verse con su tio, y le refirió cuanto acababa de saber. D. Luis Osorio, que estaba ya acostado, sal-

tó del lecho apenas oyó las revelaciones de su sobrino, se vistió apresuradamente, y se dispuso á salir.

—Ceñios la espada Hernando, dijo únicamente, y venid conmigo.

—Vamos á ver á la reina? preguntó Pulgar.

—Sí.

El corazon de nuestro jóven héroe, aquel corazon que no se estremecia por nada ni ante ningun peligro, dió un vuelco y palpitó largo rato con violencia á la sola idea de presentarse á la ya famosa reina de Castilla. Los dos caballeros atravesaron las calles lóbregas y silenciosas de Valladolid, hasta llegar al palacio del almirante: allí se observaba un movimiento inusitado: multitud de ginetes y peones bien armados ocupaban las avenidas de la régia morada, y eran al parecer, recien venidos de fuera. En lo interior del palacio se notaba aun mas animacion: varios pages y otros individuos de la servidumbre real andaban presurosos haciendo preparativos de marcha: los palafreneros enjaezaban los caballos, y algunos grandes, poseidos al parecer de cierta inquietud, departian en voz baja, y daban órdenes á sus criados.

El capitan Osorio se acercó á uno de aquellos personages, y le dijo:

—¿Será servido el señor conde de Benavente de informarme de lo que ocurre? Ha vuelto de Burgos el rey?

—No tal, señor don Luis, le contestó el conde: S. A. sigue al frente de aquella ciudad, ocupado en reducir á su obediencia á los rebeldes; y creo que habeis de ir á tenerle compañia. Cosas mas graves son las que nos traen alterados.

—¿Mas graves? Cuáles, pues?

—Ahí viene la señora marquesa de Moya, que os podrá informar mejor que yo; pues por mi parte, solo sé que debo partir para Segovia antes de una hora.

—¿Con tanta precipitacion!...

El conde se encogió de hombros, y continuó dando sus disposiciones.

Don Luis se dirigió hácia la hermosa dama doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, que parecia venir á su encuentro, y que como amiga íntima de la reina, y mas aun, como esposa del alcaide gobernador de Segovia, debia de estar bien impuesta en lo que ocurria, y la dijo:

—Deseaba veros, señora.

—Y yo encontraros, caballero, contestó la marquesa. La reina os manda llamar.

—Con lo que acabo de saber, hace un momento, he debido adelantarme á los deseos de S. A. Sospecho, sin embargo, que estais ya bien informada de lo que ha llegado á mi noticia por una casualidad.

—Si, D. Luis: la reina lo sabe todo: es una infamia. El obispo Arias y otros cuantos régulos de Segovia, aprovechando la ausencia de mi marido, intentan despojarle del mando y han promovido un vergonzoso motin.

—Y no sabeis mas que eso, señora?

—Pues qué mas? Nosotros tenemos amigos en Segovia, que se han apresurado á informarme de todo. Abraham Señor es hombre sagaz y que no miente.

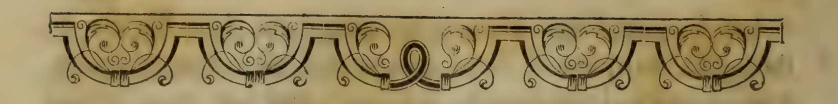
—Sin embargo, señora, puede ignorar los ocultos resortes de esa intriga. El objeto principal del motin es apoderarse de la princesa niña para que la tenga en rehenes el marqués de Villena ó su amo el rey de Portugal; lo que quieren hacer con ella, no se sabe, pero el objeto es arrebatarla del alcázar.

—Dios mio! Qué decis? exclamó la marquesa. Pronto, pronto, venid: es menester que hableis á la reina.

—Vamos, señora, y me permitireis que nos acompañe mi sobrino Pulgar, que está mas enterado que yo.

—Ah! este es el jóven Pulgar? repuso la hermosa dama, fijando con particular atencion sus miradas en el mancebo.—Sí, sí; que venga tambien.

Y los dos caballeros, precedidos de la marquesa, penetraron en el departamento de la reina.



CAPÍTULO VIII.

La expedicion.

En aquellos momentos la reina doña Isabel se hallaba en su cámara rodeada de sus consejeros de mas confianza.

Era la cámara una pieza cuadrada, amueblada con régia severidad: cubrian los muros tapices de paño carmesí con anchas franjas doradas: en el fondo se veian sobrepuestas y hechas de realce las armas de Castilla y Aragon, y á cada lado, bajo un yugo y un manojo de flechas, enlazados en forma de trofeo, las iniciales I. F. de Isabel y Fernando: anudaba estos dos símbolos de fortaleza, union y fidelidad conyugal una ancha cinta, cuyas estremidades formaban con arte caprichosas ondulaciones, ostentando este mote: TANTO MONTA. Lo mismo el escudo de armas que los trofeos y su invencion, eran obra de la reina, que los habia bordado con sus propias manos. Cubríalos un dosel de brocado de oro, bajo el cual se veian dos sillones sobre una estrada: delante de estos habia una mesa con tapete, y varias sillas en dos hileras á uno y otro lado. Encima de la mesa llamaba particularmente la atencion una gran caja

de maderas preciosas, que tenia en la tapa las armas de Portugal y de la casa de Benavente labradas con embutidos de oro.

Doña Isabel, vestida con estraordinaria modestia, pues los metales á que el hombre dá estima no brillaban en su ropaje de sarga ni en su toca de hilo, ocupaba uno de los sillones debajo del sólio; y únicamente por esto y por la dignidad de su compostura y el amable respeto que infundia su agraciado semblante, se habria sospechado que era reina.—Sentado junto á la mesa, con un papel delante y una pluma entre los dedos, estaba un secretario, hombre de edad provecta y de continente humilde. Tres personas mas habia en pié á los lados de la reina: su primer ministro el cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, su consejero el doctor Montalvo y su maestresala D. Gutierre de Cárdenas.

El cardenal de España leia una carta de D. Juan de Aragon, que la reina escuchaba con la mayor atencion, teniendo la megilla apoyada en el reverso de la mano.

... «Y esto vos aconsejo y propongo, señor cardenal, leia éste, «porque nada encuentro mejor ni mas hacedero; y porque la «esperiencia de mis largos años me ha enseñado, que en tanto «son los homes inclinados á servir á sus reyes, en cuanto espe«ran de ellos mercedes. Prométanlos mis hijos muy amados á sus «grandes vasallos, como fiz su antecesor el rey Enrique II, é ha«llar han los tesoros de que carescen para esa guerra, é triunfar «han en gracia de Dios; ca si aquel rey, siendo bastardo, halló «cuantos quiso, que bien le sirviesen, con la añagaza de las mer«cedes, é destronó á su hermano mayor é legítimo fijo de su pa«dre, ¿qué no podrán alcanzar los mios por igual medio, y te«niendo de su parte el derecho?...»

—No sigais, señor cardenal, dijo la reina interrumpiendo la lectura. Las mercedes son la causa de las revueltas y de la miseria de mis pueblos. Acostumbrad á los hombres á venderse, y se venderán al que mejor los pague. ¿Cómo les pedireis luego que sean fieles y estimen su honra?

—Decis bien, señora; pero no debo disimularos nuestra situacion...

—La conozco tan bien como vos, cardenal Mendoza: hoy debo lo que ha comido mi servidumbre.

—Señora...

—No necesito nada: os digo esto, solo para que veais que conozco nuestra situacion. Pues bien, á pesar de eso, antes consentiré en perder la corona, que en desmembrar un palmo de terreno de los pueblos para darlo á mis grandes vasallos. Podré hacerles merced de lo que sea mio; podré darles lo que conquisten; podré premiar sus servicios y merecimientos con honores y empleos, cuando vea que en ello ha de ganar el reino; pero no despedazaré esta herencia de menores, (el reino es una herencia de menores: ¿no es así, doctor Montalvo?) No la despedazaré para venderlas á retazos por algunos maravedís, que luego se gastan.

—Sin embargo, señora, repuso el doctor: vuestros mayores hicieron mercedes y las prometieron en premio de servicios; y pudieron hacerlas, porque el reino era suyo, salvos los derechos de señorío; y aun estos están sujetos á la prestacion personal, ya que no al pago de pechos é impuestos pecuniarios.

—Ese es vuestro parecer, doctor: oid ahora el mio, dijo la reina. Los pueblos deben al rey tributos, pero no le pertenecen, porque se pertenecen á sí mismos. ¿Qué pensaríais si yo pidiese al rey de Granada el dinero que necesito, y en cambio le diese á Murcia ó Andalucia? Bien sé que se han cometido abusos de autoridad por el estilo; pero los abusos no dan derecho. Mis antecesores han regalado pueblos á sus magnates y favoritos: pero, ¿qué sucede hoy mismo? Los pueblos rompen la palabra real, y sacuden el yugo de los señores que les impusieron: mas de veinte poblaciones, que yo sepa, se han levantado, negando la obediencia solo al marqués de Villena; y yo las apoyaré, porque quiero ver libre el reino de tanto tiranuelo como lo oprime y lo saquea, con mengua de la dignidad real.

—Eso es muy cierto, señora, replicó el cardenal, y sobre todo encierra un pensamiento altamente político; pero no estamos aun en situacion de realizarlo. En estos momentos el Portugués, ufano con la posesion de Toro y Zamora, os propone la paz si le dais estas ciudades y el reino de Galicia,

—Si tan fuerte se cree, interrumpió la reina; ¿por qué propone la paz? Tiene á Zamora y Toro y pide que se las dé! Y tambien á Galicia!.... ¡Oh, mengua! No: yo le echaré del reino, yo, muger, si no hallo hombres capaces de hacerlo.

—Sí hallareis; pero esos hombres podrán volveros la espalda, sabiendo que no teneis mas recursos que los suyos, como no esperen grandes recompensas.

—Recursos!... Cardenal, si la nacion reconoce mis derechos, ella me dará esos recursos. Escribid, Covarrubias.

El secretario se dispuso á escribir, y la reina, levantándose, le dictó lo siguiente:

«Se convocarán córtes generales de mis reinos de Castilla y «Leon, para dentro de quince dias, en la villa de Madrigal: con«currirán á ellas todos los grandes y señores, y los obispos, pre«lados y abades y los procuradores de las ciudades y villas con «voto, sin esceptuarse ninguna. Vendrán sabiendo que pienso «pedirles la tercera parte de la plata de las iglesias, que necesito «para sostener la guerra contra los pretendientes al trono, don «Alfonso de Portugal y su sobrina doña Juana, y cuyo valor pa«garé en tres años. Los grandes y nobles que concurrieren, se «entenderá que toman la defensa de mis derechos, y estarán «obligados á servirme con sus personas y gentes de armas en «esta campaña; los que no, serán tenidos como rebeldes. Los «pueblos verán si pueden ayudarme con algunos subsidios es«traordinarios, y darán al efecto los poderes necesarios á sus «procuradores; pero entendiéndose que no les exijo sacrificios «obligatorios, sino voluntarios.»

Escrito lo que antecede, la reina lo firmó, y entregó el papel al cardenal, diciéndole:

—Cuidad de que esto se ejecute. Si los castellanos me aman.

vereis cuan pronto me otorgan recursos: si me los negasen, sabré que no merezco reinar en Castilla: en cuanto á los nobles, seguirán la bandera que les parezca mas honrosa, y ya irán recobrando poco á poco el hábito de las virtudes que heredaron de sus abuelos.

Y volviéndose á D. Gutierre de Cárdenas, le dijo:

—Está todo dispuesto para la marcha?

—Todo, contestó el maestresela: no falta mas sino que V. A. mande montar.

—Ved si ha venido D. Luis Osorio.

En este momento penetraba en el régio aposento la marquesa de Moya, seguida del capitan y de su sobrino.

Aquí está, dijo D. Gutierre.

—Y ese jóven que viene con él?.... Ah! exclamó la reina: es el valiente de Torozos.

La marquesa se acercó á doña Isabel y corroboró su sospecha, mientras D. Luis y Pulgar permanecian inclinados á una respetuosa distancia.-Y luego que hubieron hablado en secreto algunos momentos doña Beatriz y la reina, dijo ésta:

—¿Cómo es eso? Pretende robarme mi hija?-Acercaos, capitan: y vos, Pulgar, venid aquí, amigo mio.

D. Luis se aproximó al trono, con la serenidad propia de un hombre acostumbrado á mirarlo de cerca; pero nuestro jóven lo hizo temblando, y sin atreverse á fijar la vista en la amable soberana, que le llamaba amigo.

—Decidme, Osorio, ¿qué nuevas teneis de Segovia? intorrogó la reina.

—Señora, contestó el capitan: las nuevas que yo tengo, mi sobrino Pulgar me las ha dado. ¿Si permitis que él las refiera?

—Sí, hablad, Pulgar.

—Poco hablaré, Señora, dijo el jóven, porque cuando se necesita obrar, las palabras son ociosas.

Dos agentes del señor arzobispo de Toledo han venido á Valladolid, á esperar noticias de Asturias, que ha ido á sublevar un noble personage: no lo conseguirá, porque Asturias os ama;

pero esos agentes han recibido informes falsos, que, tal vez esta misma noche, serán transmitidos al obispo de Segovia: en virtud de ellos habrá un motin bajo cualquier pretesto en aquella ciudad, y mi señora la infanta será robada en medio del tumulto. A lo que entiendo, se piensa conducir á la ilustre niña á uno de los castillos inespugnables de mi pais, donde la guerra empeñada se eternizaria con prometer á los leales asturianos, y asegurar con este apoyo la desmembracion de Galicia y el éxito de las operaciones que se emprendan sobre Castilla. Esto es lo que comprendo, señora mia, y aunque no dudo de la fidelidad de mis paisanos, creo que conviene apresar á los agentes del arzobispo, y caer sobre Segovia para impedir las consecuencias del motin que se prepara.

—Bien habeis hablado, Pulgar: pero decidme, ¿quién ha visto esos agentes de D. Alonso Carrillo?

—Los ha visto un escudero mio, á quien han intentado seducir, dándole dinero para mí. ¡A mí dinero! Deseo verles, para arrojárselo á la cara.

Las noticias que acababa de dar el jóven habian producido en todos los presentes una alarma, que se reflejaba visiblemente en sus actitudes y fisonomías. Solamente la reina permaneció tan serena, que tuvo calma para acercarse á la mesa y abrir la caja que habia sobre ella, diciendo:

—Amigos mios, nada de lo que ha dicho el jóven Pulgar me coge de sorpresa: ved aquí los regalos que el rey de Portugal ha hecho al buen Pimentel por medio de los emisarios del arzobispo. ¡Qué mal hace quién piensa que la lealtad se corrompe con el oro! D. Alfonso regala á mis buenos vasallos, para que ellos me regalen.-Covarrubias, escribidle en mi nombre, dándole las gracias por su galantería.

Y volviendo á cerrar la caja, continuó:

—Si, tengo noticias de esa conspiracion; pero no creia que el atentado se dirigiese contra mi hija: Vamos, Cárdenas, ved si están ya dispuestos mis caballos y comitiva.-Vos, Pulgar, me acompañareis: gusto mucho de que me acompañen los valientes.

-Vos, Osorio, tomad este pliego, (y le dió uno que habia sobre la mesa); llevadlo al rey mi esposo, y decidle de palabra, que, si no puede acabar pronto lo de Burgos, convendrá ir concentrando las fuerzas sobre Toro y Zamora; que el almirante queda en Rioseco, y me ha mandado guarnicion suficiente para Valladolid.-Vos, señor Cardenal, no echeis en olvido la convocacion de las Córtes: á mi vuelta, pienso reunirme con ellas. A vos y al maestre de Santiago confio esta ciudad: tratadla como su lealtad merece. -Pronto, Beatriz, pronto á caballo. Segovia rebelde me ha de dar los primeros subsidios. Ya vereis.

D. Luis Osorio y pulgar, obtenida la vénia de la reina, salieron á fin de disponerse para sus repentinos viages. Cuando llegaron á su casa, el afortunado jóven llamó á Tristan; pero éste habia salido, y nadie supo darle razon de su paradero. Fuéle preciso hacerse acompañar de Rodrigo Velazquez y de otro de los escuderos. No le pesó, pues temia justamente que Tristan, con su glotonería y su capacete de gavilanes pudiera ser la irrision de la régia comitiva. Se armó con prontitud, montó á caballo y volvió á palacio, seguido de sus dos hombres de armas.

En el momento de su llegada, la reina, la marquesa de Moya, el conde de Benavente con otros cuantos personages de la corte y una escolta de treinta lanzas estaban dispuestos para partir. Un oficial de justicia se acercó al maestre-sala Cárdenas, que estaba junto á la reina, é inclinándose respetuosamente, le dijo:

—Señor, hemos acudido tarde: los agentes del arzobispo estaban allí, pero se han fugado.

Pulgar lo oyó, y dijo entre dientes:

—Ah! perro Tristan! Ya sé donde andabas. A la vuelta nos veremos.

Con efecto, Tristan, al saber que Pulgar iba á dar cuenta á la reina de su aventura, no queriendo perder las ciento diez doblas, que no habria cobrado si por su delacion fuesen presos los agentes del arzobispo, y repugnándole que por su causa padeciese un antiguo compañero de armas, habia ido á decir á Perafan de Urrutia que se pusiese en salvo, suponiendo haber oido cierta

conversacion en casa de D. Luis Osorio, de la cual inferia trataban de perseguirle. De este modo, el astuto escudero, sin descubrir á su señor, afianzaba la confianza que en él habia depositado su amigo, y conservaba el dinero del arzobispo, que en su sentir, habria sido cargo de conciencia devolver.

La reina, despues de repetir algunas instrucciones á las personas de su consejo que quedaban en Valladolid, á pesar de ser una hora incómoda y avanzada de la noche, partió con todo su acompañamiento.

Aun no se habian retirado de delante del palacio todos los que presenciaron la marcha de la reina, y permanecia pensativo el oficial de justicia, que tuvo la mala suerte de llegar tarde á la taberna de la Red, cuando se oyó tropel de gente hácia un ángulo de la plaza. El oficial corrió á informarse de lo que ocurria, y pronto reconoció á cuatro de sus corchetes, que traian preso á un hombre.

—Aquí le teneis, dijo uno de los corchetes: queria escaparse, haciéndose el zonzo, pero como teníamos cercada la casa segun nos mandasteis, lo hemos cogido en el garlito, es un conspirador.

—Miente el bellaco! respondió el preso. No soy conspirador sino escudero y bueno del mas leal de los hidalgos, y aquí está el blason que lo acredita. Me llamo Tristan de Montemayor, y sirvo al señor de Pulgar.

—¿Y quién es el señor de Pulgar? preguntó el oficial de justicia.

—No sabeis quien es Pulgar? repuso el escudero.

—Ni nos importa saberlo, dijo el corchete: ahora lo que interesa es averiguar lo que hacía este perillan en la taberna de maese Ardilla, y lo que significa un papel que le hemos encontrado encima.

—Un papel! exclamó el oficial! ¿A ver? á ver? eso es grave: dádmelo y alumbrad.

El corchete entregó el papel á su gefe, que lo desdobló con afán y se puso á leerlo, alumbrándole aquel con una linterna.

No bien hubo recorrido con la vista las pocas líneas que contenia, el oficial sacó el labio inferior haciendo un gesto de indignacion grotesca, y esclamó:

—A la cárcel con él! Es un conspirador! Es un malvado!

Y preguntó en voz baja al corchete:-Supongo que no habreis leido lo que aquí dice?

—No, de ninguna manera.

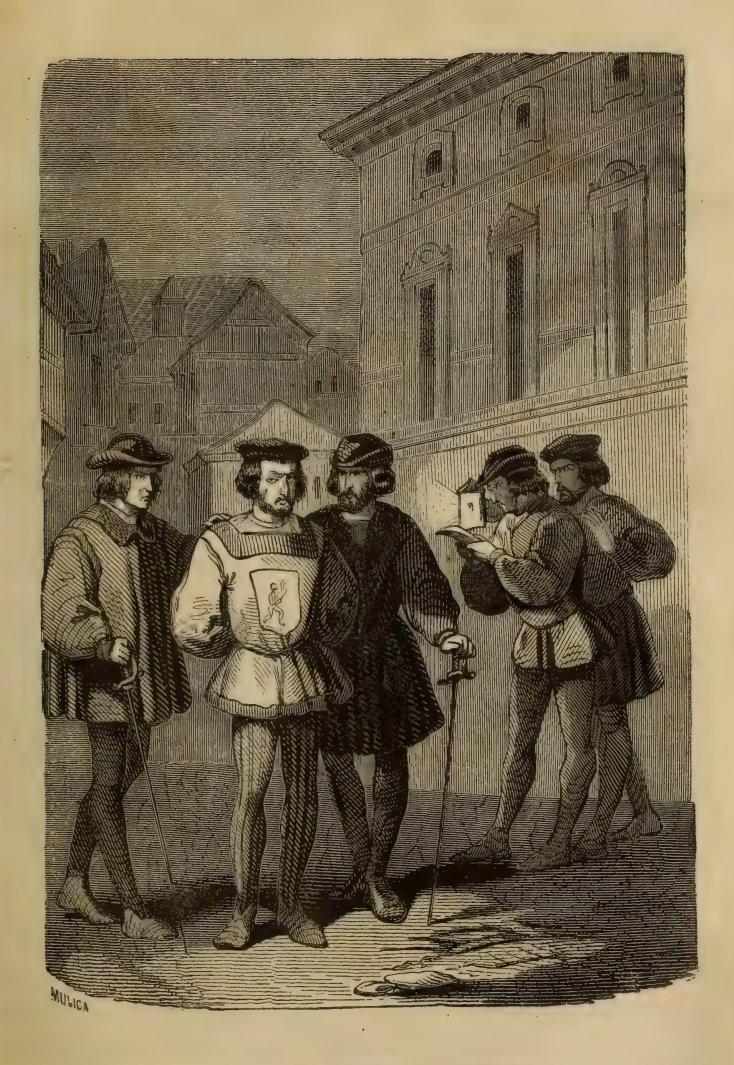
—Es un secreto de Estado. A la cárcel con ese conspirador, y que no hable con nadie: mañana veremos lo que se ha de hacer con él.

Y se guardó el papel en un bolsillo.

—Adios, mi dinero! murmuró Tristan suspirando, al ver desaparecer el vale de Froilan de Avila.

Pero como aquel documento era por sí solo un temible acusador de connivencia con los agentes del arzobispo, no se atrevió á reclamarlo; y conociendo que era inútil oponer resistencia, se dejó conducir á la cárcel pública de la ciudad. Esperaba quedar libre al dia siguiente con ayuda de su señor, ó poniendo en juego los resortes de su ingenio.





¡Es un conspirador! un malvado!



CAPÍTULO IX.

Justicia es autoridad

SEGOVIA, la ciudad leal, que un año antes habia la primera levantado pendones proclamando á doña Isabel, era á la sazon teatro de las intrigas del anciano arzobispo de Toledo, y de su antiguo compañero de cábalas el obispo don Juan Arias.

Guardaba éste mala voluntad al alcaide Andrés de Cabrera, no porque tuviese de él motivo alguno de queja, sino solo porque ocupaba un puesto, que antes era casi patrimonial de su familia. Cabrera entró á reemplazar á Pedro Arias, hermano del obispo, á quien se quitó el gobierno de Segovia y la alcaidía de su alcázar por resentimientos políticos, sacrificándole á las miras personales del marqués de Villena D. Juan Pacheco; y ni la influencia de éste sobre el ánimo apocado del difunto rey D. Enrique, ni las intrigas de mala índole, que en varias ocasiones se pusieron en juego, habian podido derribar al nuevo gobernador, pero los Arias no perdian la esperanza de recobrar su antiguo poderío.

Proclamada reina de Castilla doña Isabel, á quien tantos y tan buenos servicios habia prestado Cabrera, la dominacion de éste se afianzaba de una manera indestructible. De aquí la alianza ofensiva y defensiva entre el obispo Arias y su familia con los enemigos de aquella augusta señora, de los cuales podian esperar la reparacion de su desgracia. El arzobispo D. Alonso Carrillo, el jóven marqués de Villena D. Diego Pacheco y el duque de Arévalo, jefes del partido de la Beltraneja, así se lo habian prometido; y puestos de acuerdos unos y otros, convinieron en que el obispo con toda su parentela y allegados trabajasen para malquistar á Cabrera con los segovianos, y aprovechando la ausencia de aquel cuyo carácter enérgico podia ser un obstáculo invencible, y la de la reina, promoviesen un motin, y se apoderasen de la ciudad y del alcázar, entregando luego la infanta, que se guardaba en él, á los partidarios de doña Juana.

Entraba en este plan el pensamiento de llevar á la infanta á los confines de Galicia y Asturias, para de este modo distraer las fuerzas de doña Isabel en lucha obstinada que se empeñase en aquel pais montañoso, y entre tanto, teniendo á Segovia por base de operaciones, reparar la imprudencia que habian cometido los portugueses de invadir á Castilla por el Norte, trayendo la guerra á las provincias meridionales, donde contaban con el apoyo de los dominios de sus mas fuertes aliados.

Como se deja conocer por este sucinto relato, el movimiento de Segovia era un asunto de inmensa trascendencia, que comenzando por derribar tumultuariamente á un gobernador, debia concluir con un cambio de dinastía, ó al menos dificultar considerablemente el resultado de la guerra de sucesion.

Las noticias recibidas por la reina en Valladolid no eran sino el aviso de lo que se temia; pero á doña Isabel le gustaba mas prevenir, que remediar, y así dispuso inmediatamente su partida, porque sabia que bastaba su presencia para desconcertar todo el plan de sus enemigos. Pero cuando á la mañana siguiente llegó á Tordesillas, encontró allí á un enviado del vice-alcaide de Segovia, portador de gravísimas nuevas.

Un suceso imprevisto habia precipitado la rebelion: se estaba en la cobranza de los tributos, y habiéndose trabado de palabras un receptor del alcaide tesorero con cierto sugeto que era de los conjurados, vinieron los dos á las manos, y hubo el primero de malherir al segundo. Los amigos y parientes del conjurado salieron persiguiendo al receptor, que se refugió en el alcázar, y clamaron por las calles pidiendo venganza contra la tiranía del gobernador. La ciudad puesta en armas por los secretos instigadores de la revuelta habia tenido ya varias colisiones sangrientas con la escasa guarnicion del alcázar, y ésta se hallaba sitiada por los amotinados, que pedian la cabeza de Cabrera y del alcaide interino.

Cuando la reina oyó este relato, estaba tomando un corto refrigerio para reparar sus fuerzas: habia caminado toda la noche, sin haber dormido una hora. Dejó que su gente se restaurase con algun alimento, y convocando á los grandes y caballeros que la acompañaban, les dijo:

—Amigos mios, Segovia está en plena rebelion, y es necesario que mañana, á mas tardar, quede apaciguada. Sé que os doy mucha molestia; pero ¿sereis vosotros, hombres fuertes y aguerridos, menos vigorosos que yo, para soportar la fatiga? No lo creo, porque fuera ofenderos. A caballo, pues, y á Segovia!

Esta órden fué acogida con entusiasmo, y á los pocos momentos estaba en marcha doña Isabel, compitiendo entre sí en ardor y deseos de servirla todos los individuos de su comitiva.

Dejémosles seguir su precipitada caminata, y adelantándonos un dia y algunas leguas, veamos lo que pasaba en Segovia.

Ya hemos indicado al principio de este capítulo las causas y el objeto de la escision promovida en aquella ciudad, y como por un impensado incidente vino á estallar antes de tiempo la mina preparada.

Don Juan Arias, sus hermanos, en particular Pedro, el ex-gobernador de Segovia, la poderosa familia de Contreras, y otros varios personajes influyentes, de esos que siempre dominan en

las poblaciones, por sus riquezas ó por su audacia, coligados de antemano contra Andrés de Cabrera, y dispuestos á conducir la rebelion al término mas propicio á sus particulares intereses, acudieron inmediatamente á capitanear las turbas amotinadas. El Ayuntamiento mismo de la ciudad, cediendo por una parte al peso de las influencias locales, y por otra á la necesidad de proteger los intereses del pueblo, tuvo que colocarse tambien al frente del movimiento. El objeto de éste parecia plausible: tratábase de sacudir el yugo de un gobernador en demasía rígido, y que llevaba ya mucho tiempo de mando, razon de ser la mas poderosa de todas las revueltas, en que siempre se espera con la novedad mejorar de condicion.

El aspecto de la ciudad era por demás imponente: todas las calles que conducian al régio alcázar estaban cerradas con parapetos y estacadas: las murallas y las puertas, escepto una que habian podido conservar á duro trance los soldados del alcaide, estaban fuertemente defendidas por el paisanage armado: los vecinos pacíficos tenian sus casas abiertas y á merced de los amotinados, mientras ellos se refugiaban con sus mujeres é hijos en el último rincon, temerosos de los desmanes del populacho, al cual se veian precisados á entregar sus provisiones como donativo gracioso, á fin de tenerlo propicio. Durante tres dias consecutivos con sus noches, no habia cesado la alarma: de cuando en cuando resonaban fatídicos los tiros y la gritería de los combatientes, cuya lucha no era, sin embargo, obstinada ni sangrienta, gracias á la inferioridad numérica de los defensores de la autoridad, que les obligaba á mantenerse á la defensiva detrás de sus fortificaciones.

Pero el pueblo, perfectamente organizado y mandado por buenos jefes, se habia constituido en sitiador, y tenia bloqueado el alcázar, cuyos habitantes solo y á duras penas conservaban una salida, para proveerse de víveres: aun este resquicio de libertad les era contínuamente disputado, y en tal disposicion estaban los ánimos de los sitiadores y sitiados, que á ser rendida la fortaleza, éstos no podian esperar gracia de sus enemigos.

Entre tanto el centro de la ciudad disfrutaba de una paz aparente; sin que otro síntoma de turbulencia se notase que el frecuente galopar de los caballos y el ir y venir de los cabecillas del motin á la casa consistorial y al palacio del obispo, donde se hallaban constituidos en junta de gobierno los principales jefes de la rebelion, aguardando que el triunfo, bien fuese alcanzado á fuerza de tiempo y constancia, bien por medio de un atrevido golpe de mano, los hiciese dueños absolutos de la plaza y de las riquezas que suponian encerradas en el castillo.

En tal estado, y siendo ya cercana la noche del tercer dia de combate, llegó á la ciudad un ginete de las avanzadas, que los sublevados tenian puestas en las alturas contiguas á los caminos, y se dirigió galopando hácia la casa de la ciudad. Multitud de gente curiosa le siguió, porque en aquellos momentos de agitacion era objeto de vivo interés, de zozobra para unos y de esperanza para otros, la llegada de un hombre, que podia ser mensagero de nuevas complicaciones.

Con efecto, la ansiedad pública no se engañaba. El ginete se apeó á la puerta del Ayuntamiento, dejó su caballo en manos de un hombre del pueblo, y entró en la sala capitular. Su aparicion en medio de los concejales, despertó en estos la mas viva curiosidad.

—Qué nuevas traeis? Qué sucede? le preguntaron varios á una vez.

—La reina viene á Segovia, contestó el mensajero.

Esta lacónica respuesta hizo que se inmutasen todos los semblantes.

—La reina! La reina! repitieron los concejales en voz baja, y con ellos las demas personas que allí habia congregadas. Para algunos este nombre significaba «reconciliacion;» para otros sonaba como «castigo;» para los mas comprometidos era sinónimo de «resistencia ó muerte.»

—¿Qué haremos, señores, en este trance? preguntó uno de los regidores.

—Qué hemos de hacer? dijo el primer alcalde, hombre an-

ciano y respetado por su posicion y buen consejo. La reina no puede ser detenida: la recibiremos cual corresponde, y exponiéndole las quejas del vecindario, hará justicia. Obrar de otra manera será atraer sobre Segovia su justa indignacion.

—Qué nos importa esa indignacion? repuso Pedro Arias. Cuando una ciudad se levanta no reconoce otro poder superior al suyo.

Cuidado con eso, replicó el alcalde. Nadie es mas celoso que yo de los fueros de la ciudad; pero así como estoy dispuesto á representar ante el trono, pidiendo con toda independencia y energía que se respeten esos fueros, así tambien me dejaré matar antes que consentir se rebaje la dignidad real. Una cosa es que un pueblo demande justicia, y la demande, si á ello le obligan, con las armas en la mano, y otra que desconozca la autoridad suprema, sin la cual no hay respeto á la ley.

—No se trata ahora de faltar á la autoridad de la reina, respondió Juan Contreras; se trata solo de impedir que nos crea débiles, y entrando sin condiciones en la ciudad, descargue su cólera contra nosotros. ¿Estará bien que todo ese pueblo comprometido quede espuesto á sufrir la venganza del trono?

—Lo que os inquieta menos en este momento es ese pueblo, repuso el alcalde; y nada os importaria verlo degollar todo, con tal que salváseis vuestra cabeza.

—Aqui no está en peligro la cabeza de nadie: gritó Pedro Arias. La reina no entrará en Segovia, sino con las condiciones que se la impongan.

—Ni el pueblo lo consentirá, añadió Contreras. Yo os lo aseguro.

Y sin hablar mas palabra, salió precipitadamente de la sala. Pedro Arias intentó seguirle pero el alcalde le detuvo, diciéndole:

—Todo estremo violento solo puede empeorar nuestra situacion: no sigais á ese botarate, señor Pedro Arias: ved mas bien lo que determina el señor obispo vuestro hermano, y decidle que, por el bien de la ciudad, deseo se apele á medios conciliadores.

—No hay conciliacion posible. Que venga la reina y tome á Segovia si puede.

Y esto diciendo, el orgulloso noble llamó aparte al mensagero, y le preguntó si sabia qué gente acompaña á la reina.

—Segun nos han informado no llegan á cuarenta personas las que viene con S. A., contestó el mensagero; son algunos señores y damas de la corte, entre ellas el conde de Benavente y la marquesa de Moya; y ademas un corto número de caballeros y servidores; pero ignoramos si vendrá detrás alguna hueste.

—Lo veis? dijo Pedro Arias, volviéndose á los concejales: doña Isabel nos trae al de Benavente y á la mujer de Cabrera. Si estas personas llegan á pisar la ciudad, no respondo de que el pueblo, en su desesperacion y en su ira, no las arrastre en presencia misma de la reina. Tampoco respondo de vuestras cabezas si haceis traicion á los segovianos.

—En seguida, sin aguardar respuesta, salió de la sala, y se encaminó al palacio episcopal, sembrando la alarma entre el gentío, que se agolpaba á su paso, y dando á entender que la reina, de acuerdo tal vez con el Ayuntamiento, venia decidida á castigar severamente la sublevacion de Segovia.

El obispo D. Juan Arias, informado ya de lo que pasaba, habia tomado su resolucion. Era esta la de aparentar que se respetaba á la reina, dando cerca de ella un paso de sumision; pero imponiéndola desde luego condiciones para su entrada en la ciudad: si accedia á ellas, desde luego se lograba rebajar su autoridad, y preparar el camino para exigirla luego mayores concesiones; si las denegaba, como era probable, atendido su carácter, se tenia con ello un pretesto para faltarle abiertamente á las consideraciones debidas.

En consecuencia de esta determinacion, se pensó en comisionar al alcalde Diego de Frias, á otros tres concejales y algunos particulares, para que saliesen á impetrar de la reina que no entrase en Segovia con el conde de Benavente y doña Beatriz de Bobadilla, so pretesto de que estas personas eran odiosas al pueblo, y se temia que cometiese con ellas algun desaguisado.

Fácil fué convencer al buen Diego de Frias y á sus compañeros de la conveniencia de este paso, aparentemente conciliador. El obispo mostrándose afligido por los disturbios y el derramamiento de sangre humana, les hizo entender que él por su parte solo deseaba se restableciese la paz; y que para ello no habia como que la reina se inclinase á satisfacer las justas quejas de su pueblo. Al mismo tiempo para dar fuerza á sus razones, comenzó á oirse una desaforada gritería en las calles; el paisanage armado pedia á voces la muerte de Cabrera, la de su mujer y amigos, entre quienes se nombraba en particular al de Benavente.

Los sugetos encargados de la delicada comision se apresuraron á cumplirla. Inmediatamente salieron á pié de la ciudad, procurando al paso calmar la efervescencia de los bullangueros, y tomaron el camino de Valladolid, á tiempo que llegaba la reina con su comitiva. Un inmenso gentío coronaba las murallas y miradores altos de las casas contiguas al campo, mientras la muchedumbre bullía en las calles, los amotinados ocupaban sus puestos preparándose á la resistencia, y la guarnicion del alcázar se ponia en activo movimiento, destacando un cuerpo de arcabuceros protegidos por algunos caballos hácia el portillo de comunicacion que conservaba, para mantenerlo espedito.

La reina se adelantó á su comitiva, al ver á los diputados que hácia ella se acercaban con las cabezas descubiertas; y refrenando su caballo, preguntó:

—A qué venís? Os envia Segovia, para que me demandeis el perdon de su culpa?

El anciano Frias tomó la palabra, en nombre de sus compañeros, y doblando una rodilla en tierra, contestó:

—Con dolor de mi corazon siento deciros, alta y poderosa señora, que otra es la comision que me trae á vuestras plantas. Segovia por mi boca os suplica que mandeis se retiren de vuestra compañia el señor conde de Benavente y la señora marquesa de Moya, á quienes aborrecen por su amistad y deudo con el gobernador Andrés de Cabrera. Con esta condicion, V. A. será

bien recibida de sus leales vasallos: de otro modo nadie responde de que se os guarde el debido acatamiento.

—¿Y vos, anciano, repuso doña Isabel, ignorais, á pesar de vuestras canas, que imponer condiciones á un monarca es ya faltarle al respeto? Volveos á Segovia, y decid á quien os envia, que soy la reina de Castilla, proclamada hace un año por esa misma ciudad hoy rebelde; y que la reina oye benigna las justas quejas del mas humilde de sus vasallos; pero no sufre condiciones, ni aun de sus iguales.

—Señora, ved que... dijo el alcalde con voz balbuciente.

—Nada escucho, anciano: reconozco vuestro buen deseo, y os perdono. Volveos á Segovia, que yo me abriré sus puertas.

Dijo la reina estas palabras con tanta dulzura y gracia, que el honrado alcalde se levantó, y haciendo una profunda reverencia, volvió el rostro para limpiarse una lágrima. Le arrancaba esta lágrima el tierno afecto que acababa de inspirarle su afable soberana; aquella atencion con que le habia tratado de *vos*, que en su concepto era un miramiento á sus años, aunque en realidad debemos decir, que doña Isabel nunca habló de *tú*, como otros reyes, sino á sus íntimos amigos; y por último el despecho de no poder servirla como leal vasallo, abriéndole de par en par y sin condicion las puertas de la ciudad.

Doña Isabel entre tanto llamaba al oficial que le habia comunicado en Tordesillas la noticia del alboroto, y señalándole el alcázar con la mano, le dijo:

—Guiad.

En seguida, sin detenerse un momento, picó al caballo, hizo un gracioso saludo á los diputados que estupefactos la contemplaban, y partió á escape, arrastrando en pos de sí á su comitiva, que quedó envuelta en un denso torbellino de polvo.

Pronto hendió los aires el vehemente clamoreo de los soldados que, preparadas las armas, victoreaban á su soberana desde los adarves y avenidas del régio alcázar. La avanzada que habia salido á recibirla formó con sus pechos un muro para defenderla: el pendon morado de Castilla ondeó en la torre de ho-

menage, y mientras el pueblo, sin comprender lo que sucedia, se agolpaba hácia el camino de Valladolid, la reina, dentro ya de la magnífica fortaleza, cubria de besos el rostro de su hija y la estrechaba contra su pecho.

Nadie apenas se apercibió en la ciudad de esta rápida y casi furtiva entrada de la reina en el alcázar: era ya anochecido, y para verificarla se habia dado un largo rodeo, perdiendo de vista á los diputados, que creyeron se trataba de una retirada, para volver sobre Segovia con fuerzas superiores. Los jefes de la rebelion, sin embargo, enterados de aquella circunstancia, concibieron inmediatamente la idea de ocultarla, y difundir voces que lo contrario asegurasen.

Era su intento sobreexcitar las pasiones populares con la negativa de la reina, y esplotar á la vez el temor fundado de un seguro castigo, para resolverse á dar aquella misma noche un atrevido golpe de mano. Ignorando los instrumentos materiales del motin la presencia de doña Isabel, se evitaba que decayese su osadía. Juan Contreras reunió á los cabecillas mas audaces, y exagerándoles el peligro que corrian y la necesidad de hacerse fuertes, para no caer sin condicion en poder de las fuerzas reales, ofrecióse á escalar el alcázar, para tomarlo por sorpresa; prometióles por botin todo cuanto se encontrase de algun valor en el tesoro real, y no necesitó emplear grandes esfuerzos de elocuencia para obtener un completo asentimiento.

Concertados los medios para dar el asalto y habiéndose retirado cada cual á su puesto á esperar el momento convenido, Contreras pasó á verse con el obispo, el cual le dijo:

—Esta noche triunfamos ó nos hundimos: doña Isabel ha venido á caer en nuestros lazos: todo depende de vuestro arrojo. Si conseguís apoderaros de su persona, y no es difícil, nos hacemos árbitros de la suerte del reino.

—Descansad en mí, contestó Contreras: cuento con hombres decididos para hacer nuestro el alcázar, y conseguido esto lo demás es muy fácil.

La reina, entre tanto, aunque sumamente fatigada á conse-

cuencia de su precipitado viage, se ocupaba en recoger noticias y antecedentes de todo lo ocurrido, esperando al dia siguiente para presentarse en medio de los Segovianos y hacer justicia á sus querellas. Todos cuantos habian ido en su compañia estaban durmiendo, de órden suya: solamente permanecia en vela, doña Beatriz, teniendo en sus brazos á la princesa niña, y el jóven Pulgar, que habiéndose retirado al aposento que se le designó, se entretenia como buen enamorado en contar las estrellas desde una ventana, pensando en doña Elvira y en la estraña suerte que le habia hecho conocerla y amarla para separarle al momento de ella.

La noche, si bien estaba serena, era profundamente oscura: en la ciudad no se percibia ningun rumor siniesto; reinaba por el contrario una calma medrosa, cuyo silencio interrumpia de tiempo en tiempo la voz de los centinelas. Pero estas voces sonaban allá, lejanas, como si los amotinados, abandonado el bloqueo del alcázar, hubiesen puesto su atencion en otro lugar. Esta circunstancia, interpretada por los guardadores de la régia fortaleza como una tregua, les tenia confiados; y muchos de ellos, cediendo al cansancio de las anteriores fatigas, se entregaban al sueño.

Era ya cerca de media noche: Pulgar, despues de haber dejado divagar su fantasia, iba á retirarse de la ventana, cuando llamó su atencion un rumor sordo debajo de ella y hácia el muro esterior del alcázar: la oscuridad no le permitia distinguir bien los objetos. Al pronto pensó que sería el relevo de centinelas, pero observó que aparecian y desaparecian con cautela varios bultos unos en pos de otros, y cruzando por su mente la idea de una sorpresa, gritó con fuerza:

—¡Alerta, guardias de la reina! Alerta!

No bien hubo el jóven proferido estas palabras, la sucesion de los bultos que llegaban al muro se hizo mas rápida y tumultuosa; y un momento despues resonaron los gritos de ¡Traicion! ¡Alarma!, juntamente con el seco crugir de los aceros, y el tronar de la arcabucería. Centenares de voces furiosas se oye-

ron á la vez hácia la puerta principal del edificio, que decian:

—Segovia! Segovia! Muera el alcaide!

Pulgar corrió á donde estaban sus escuderos y la demas gente de la comitiva de la reina, gritando:

—Arriba, camaradas! La reina está en peligro!

No fué menester repetir el aviso, pues ya el estruendo del combate habia despertado á muchos, y los que aun dormian se levantaron sobresaltados, corriendo todos á las armas.

Pero por pronto que acudiesen era ya tarde para contener la invasion del pueblo armado. Cogida por sorpresa la guardia principal del alcázar, habian sido abiertas las puertas y la multitud amotinada inundaba los patios y galerías inferiores. Los soldados que acudian en tropel al punto amenazado, eran repelidos sin combate formal por la fuerza numérica de sus contrarios. El conde de Benavente, reuniendo la escasa, aunque escogida gente, que habia venido con la reina, se limitaba á cubrir el recinto interior, cerrando las puertas que conducian á él, y tomando otras precauciones para defender contra la invasion la cámara real. El alcaide interino andaba atribulado de una parte á otra, sin poder colocarse al frente de sus soldados, pues para hacerlo tenia que pasar del patio central á los esteriores, esponiéndose á franquear él mismo la entrada á los insurrectos. Asi es que todo era confusion entre los defensores de la fortaleza, y ésta se hallaba realmente á la merced de los invasores, que solo necesitaban romper algunas puertas, y arrollar la débil resistencia de un corto número de caballeros denodados para triunfar completamente.

Pulgar, despues de haber intentado en vano salir con sus dos escuderos al lugar de la refriega, corrió á colocarse á la entrada de la galería que conducía á la cámara de la reina, resuelto á defenderla hasta morir. Pero hacía pocos momentos que allí estaba, cuando la animosa soberana, que acababa de oir el tumulto, se presentó en la galería seguida de doña Beatriz y de otras damas del servicio de la princesa.

—Qué sucede, Pulgar? le preguntó.

—Señora, contestó el jóven, lo ignoro, porque no me han dejado salir allá fuera; pero á lo que parece la guarnicion del alcázar ha sido sorprendida.

—Sorprendida!

—Nada temais, señora: os juro que nadie pasará por esta puerta.

—Gracias, Pulgar. Quiero ver lo que es esto. Ven conmigo, Beatriz: volveos vosotras y cuidad de mi hija: vos, Pulgar hacedlas compañia.

Diciendo esto la reina bajó al piso inferior que ocupaba el conde de Benavente con su escasa fuerza, y viendo las precauciones de defensa que se tomaban, preguntó por el alcaide.

Este se presentó confuso, y la reina le dijo:

—¿Cómo consentís que los rebeldes pisen este edificio? Si tal sucede estando yo en él, qué sería en mi ausencia?

—Oh! Señora, no me culpeis, repuso el alcaide. No sé como ha sido esto.

Una gritería infernal se oyó hácia la parte esterior, y ruido de golpes como para romper una puerta. El conde de Benavente se acercó á doña Isabel, y la dijo:

—Esto no tiene remedio, señora; retiraos á vuestra cámara y mandad cerrar todas las puertas: yo os prometo que esos bandidos no llegarán hasta vos.

—Cómo no han de llegar, si á eso vienen? repuso la reina. Yo impediré que profanen mi cámara, pero será acortándoles el camino. A ver? Abrid esas puertas.

—Qué vais á hacer, señora? le preguntó en voz baja doña Beatriz.

—No te asustes, amiga mia, contestó la reina; mis súbditos piden audiencia y debo dársela.

Y viendo que andaban torpes los soldados para abrir una puerta, ella misma cojió el cerrojo y abrió. El estruendo del tumulto se oyó distintamente al otro lado del patio central, y al mismo tiempo retumbaron los golpes dados con hachas en la única puerta que de aquel separaba á los amotinados.

El conde y los demás caballeros acudieron instintivamante á colocarse delante de la reina; pero ésta les mandó retirarse con un ademan, y solo consintió que quedasen junto á ella dos hombres con teas encendidas.

El desenfreno de los revoltosos habia llegado á su colmo en aquellos momentos: vencedores de todos los obstáculos que hasta aquel punto se les presentáran, la embriaguez misma de su triunfo les irritaba contra el débil estorbo de una puerta que no podian romper. La reina la mandó abrir; y aguardó cruzada de brazos en medio del patio.

Los amotinados, que no concebian como se les dejaba el paso franco, se detuvieron un instante, recelosos de alguna emboscada, y doña Isabel aprovechó esta momentánea ocasion para dirigirles la palabra.

—¿Es á mí á quien buscais? les dijo con voz imponente. Responded.

Un murmullo de asombro y de sorpresa se oyó por toda contestacion. El jefe que acaudillaba la turba rindió la espada que tenia en la mano sin saber que decir.

—¿No hay entre vosotros, segovianos, continuó la reina, quien sepa darme razon de lo que deseais? ¿O es que venís aqui engañados? Sin duda es esto; porque de otro modo, á no haber perdido el juicio, los mas leales de mis vasallos no asaltarian mi morada de noche, como si fuesen bandidos.

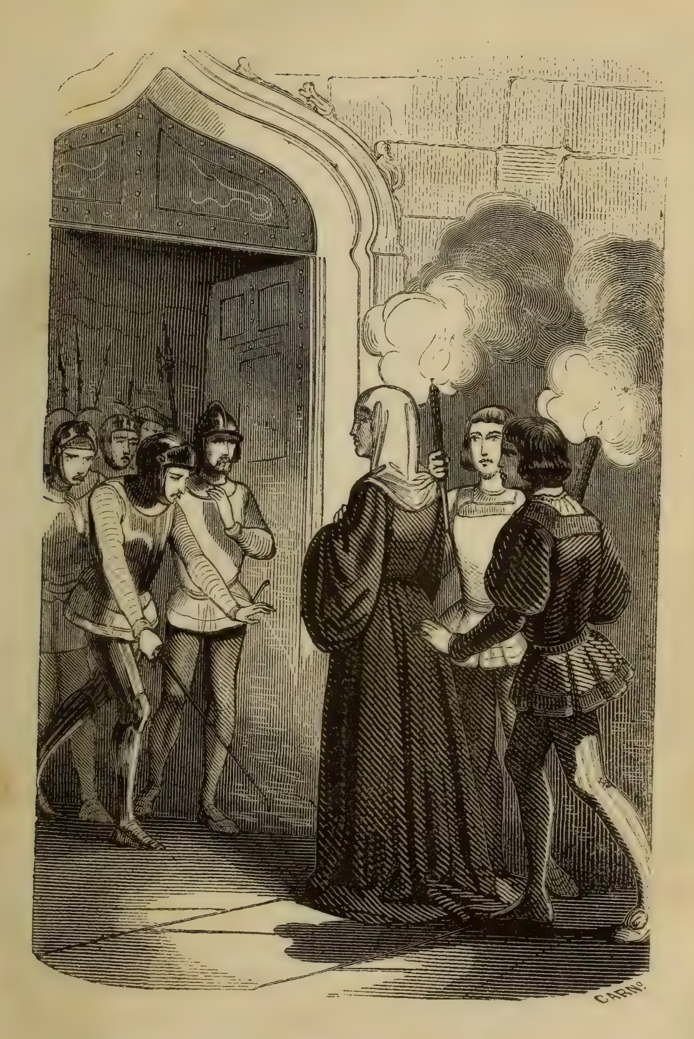
Perdon señora, balbuceó el cabecilla: nosotros no sabíamos....

Una voz se oyó fuera, que gritaba:

—Adelante! Que os detiene, cobardes?

Era la voz de Juan Contreras, el cual, habiendo encontrado mayor resistencia que sus compañeros en el punto que se propuso atacar, no habia podido hasta ahora reunirse con ellos. Pero su voz fué ahogada, y su autoridad desconocida.

—Silencio! Callad! que está delante la reina! le gritaron veinte voces á un tiempo.



¿Es á mí á quién buscais?

Contreras temió por su vida, y tuvo que devorar en silencio su despecho. Doña Isabel continuó:

—Vamos, decidme vuestras quejas. No soy la misma reina que proclamasteis hace un año? ¿No sabeis que me gusta hacer justicia á todos y contra todos? A ver: que venga ese que ha gritado en mi presencia.

Contreras empujado por los mismos á quienes mandaba, se presentó indeciso ante la reina.

—Señora, dijo: Segovia se queja y con razon de que la gobiernan mal. Cabrera nos oprime:

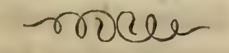
—Basta! replicó doña Isabel. Si Cabrera es culpado, yo os juro bajo mi real palabra que recibirá el castigo que merezca, sin consideracion ninguna; porque yo no tengo favoritos, sino servidores que miren por el bien de mis pueblos. Cabrera queda depuesto mientras se justifica su conducta: entre tanto os mandará Pedro Arias. Comunicadle mi órden.

—Viva la reina! gritó la muchedumbre con frenético entusiasmo.

—Gracias, segovianos! ahora retiraos tranquilos á vuestros hogares, y no deis lugar á merecer mi indignacion. Os perdono esta vez, porque habeis sido engañados.

Toda la turba poco antes indómita y feroz se dispersó en seguida, parte silenciosa, parte victoreando á la reina. Esta se volvió á sus servidores, y les dijo:

—¿Veis qué fácil es apaciguar á un pueblo? no se necesitan armas: basta ser justos con él; porque toda autoridad emana de la justicia.





CAPÍTULO X.

La política de la reina.

AL dia siguiente la reina se trasladó con solemne aparato al palacio real de la ciudad. De todas partes acudia la muchedumbre á saludarla con muestras inequívocas de respeto y amor.

Ya estaban convocados por mandato suyo los principales jefes de la rebelion, los miembros del Ayuntamiento y algunos jueces, letrados y personas graves de la ciudad. Sentada en su trono, y despues de recibir el acostumbrado homenage, les habló de esta manera :

—Os he llamado para que todos juntos y congregados en tribunal permanente de justicia, procedais sin descanso á examinar en conciencia y en ley la conducta pública de mi gobernador don Andres de Cabrera. No pongo condiciones ningunas á vuestro importante cometido: vais á juzgar, como juzgaria yo misma. Solo os prevengo, para vuestro gobierno, que la reina de Castilla es imparcial, y que si mañana fuese Dios servido darme un hijo, y este hijo cometiese un crímen, le alcanzaria la ley,

como al último de mis vasallos. Si Cabrera resulta condenado por vosotros, sufrirá la pena; pero no olvideis que sé descubrir á todos los culpables, y que si diéseis una sentencia injusta, se volverá contra vosotros.–Podeis ya retiraros.

Y volviéndose en particular hácia los hermanos Arias, añadió:

—Vos, señor obispo, y vos Pedro Arias, quedaos: tengo que hablaros.

Despejada la cámara, la reina mandó al obispo sentarse junto al trono, y le dijo:

—Ya estamos solos, señor don Juan, y puedo hablaros con aquella confianza que merecí de vos en otro tiempo. Tengo enemigos poderosos, muy poderosos, padre mio; ¡quién lo creyera! Los mismos que mas han trabajado en los dias mas azarosos de mi vida para defenderme contra la tiranía y la usurpacion, son los que con mayor empeño me combaten.–Y escuchad una cosa, que á nadie he dicho todavía: no temo á esos enemigos, porque los conozco; ni me aflije su oposicion por el mal que me causa. Duéleme solo el pensar, que me hacen esa guerra, no por convencimiento de su deber, que en tal caso no les culparia; sino por intereses mezquinos, por el afan de figurar en puestos elevados, que junto á mí son cargos de inmensa gravedad; por envidias ruines, que degradan y envilecen á los hombres mas nobles.

—O! Señora, contestó el obispo: si tal sucede, eso es indigno de perdon.

—Ay! Bien sabeis vos que sucede, y eso es la mayor calamidad que puede caer sobre un reino. Yo comprenderia que me hiciese la guerra el duque de Alburquerque, y sin embargo me es leal, sacrificando sus sentimientos á sus deberes. Comprendo que me la haga el de Villena, porque sigue las tradiciones de su padre; pero no concibo que un Carrillo, un anciano prelado, que siempre fué mi mejor amigo, convierta en cuestion de derecho ultrajado, una cuestion de preponderancia cortesana; como tampoco concebiria que un Arias vendiese á su lejítima soberana y

espusiese el reino á los horrores de una civil contienda por el miserable gobierno de una ciudad.

—Señora, podeis pensar!.... exclamó el obispo estendiendo la mano con fingido asombro.

La reina cogió aquella arrugada mano, la estrechó entre las suyas, y contestó:

—Amigo mio: yo no pienso mal, sino de quien mal obra. ¿No os doy una prueba de confianza, poniendo en vuestro poder, ó en el de vuestro hermano, que es lo mismo, esta ciudad y mi amada hija, tan codiciadas ambas por mis enemigos? Demasiado sé que no me vendereis; porque mancharíais para siempre vuestro blason con indeleble mancilla. Nada ignoro de lo que ha pasado, ni de lo que se proyectaba en Segovia: y sin embargo creo en el honor de los hombres, y me fio de ellos: no os digo mas.

—Señora, dijo Pedro Arias, vuestra generosidad no merece que un caballero como yo guarde por mas tiempo una reserva, que seria indigna de nuestra lealtad. Es cierto, señora, que nos hemos dejado seducir; pero os prometo que mientras yo aliente no tendreis otro defensor mas decidido.

—Es verdad, señora, es verdad, añadió el obispo. No debimos haber dado oidos á las sugestiones del enemigo. Vos tan buena, tan generosa... Oh! me avergüenzo!

—Dejemos esto, repuso la reina. Pero ya que confesásteis la culpa, tengo que imponeros la penitencia: no á vos, mi respetable amigo: no alcanza á tanto mi poder. A vos, si, Pedro Arias.

—Decid, señora.

—Desde hoy llevareis vuestro escudo en blanco... Direis que es una penitencia impuesta por una dama.

—Pero, señora, á mi edad... Nadie lo creerá.

—Por qué no? Tan viejo sois? Ademas que nada importan los años: un caballero está obligado hasta la muerte á servir á las damas; y tal puede ser la que os mande, que no debais rehusarle vuestros favores.—Si, yo soy desde hoy la dama á quien servis, y por mi mandado llevais el escudo sin blason, hasta

que lo ganeis, á juicio mio en buenas lides. No quiero ser tirana, y desde luego pienso daros ocasion de procurar vuestro rescate: os nombro capitan de una de mis huestes en el ejército del rey.

—Señora, pronto ganaré mi rescate; os lo juro.

¿Qué caballero, y especialmente en aquellos tiempos de sentimiento, podia, en efecto, resistir al influjo de un castigo, impuesto con tanta gracia? ¿Qué hombre de honor, por poca estima que tuviese de sí mismo, sería capaz de faltar á una reina, que sabiendo el delito de su vasallo, sin mostrarse ofendidida, le indicase el único camino del verdadero engrandecimiento, el de la gloria, para purgarse de una traicion?

Las palabras de la reina produjeron una impresion profunda en el ánimo de Pedro Arias, y su arrepentimiento era sincero. No sucedia otro tanto á su hermano, cuyo espíritu calculador y egoista, solo cedió ante la perspectiva de su futuro valimiento, y á la consideracion, de que descubiertas sus tramas nada podia hacer, sin comprometer su porvenir, en obsequio de su aliado, el arzobispo de Toledo.

Despues de esta entrevista, la reina permaneció en Segovia los dias necesarios para que el tribunal nombrado por ella juzgase al gobernador Cabrera. Este se presentó á tiempo para dar sus descargos, y como quiera que habian cesado ya las causas que suscitaba las iras del pueblo y las quejas contra su gobierno, fué absuelto por el voto unánime de los jueces.

No estuvo ociosa la reina durante su corta permanencia en aquella ciudad. Desde el momento en que por primera vez vió al alcalde Diego de Frias, conoció con la profunda penetracion de que estaba dotada, que aquel hombre era capaz, por su lealtad, de prestarle los mayores servicios. Despues se afirmó su convencimiento, al saber que, como uno de los jueces de Cabrera, aquel anciano se habia mostrado el mas rígido de todos en la defensa de los fueros de la ciudad. Dijo que, aunque la reina le mandase ahorcar, no daria su voto absolutorio al gobernador, como éste no probase que sin su mandato se habia inter-

venido militarmente en el mercado público, y hecho otras cosas agenas á su autoridad ; ni se creeria en adelante obligado á prestarle su cooperacion en el gobierno interior, mientras no jurase limitarse en lo sucesivo á mantener y guardar la tranquilidad y seguridad de la plaza , como hombre de guerra, dejando á la municipalidad intactas sus atribuciones, ú obrando de acuerdo con ella y con su beneplácito.

Este razonamiento llegó á oidas de doña Isabel , quien mandó llamar al anciano alcalde , y le dijo :

— He sabido , buen Diego Frias, que en el tribunal habeis dicho, que no absolvereis á Cabrera, aunque yo os mande ahorcar. Esto es una ofensa que haceis á mi justicia.

— Señora, contestó el alcalde : si os ofendí, lo siento; pero yo no faltaré á mi deber.

— Eso es lo que yo quiero, y si os he llamado , no es para imponeros mi voluntad, sino para que sepais que estoy satisfecha de vuestro celo por el procomun. Hombres virtuosos como vos necesito yo : que miren por los intereses de mis pueblos, y no sufran que nadie los tiranice.

— Ah ! señora ! exclamó el buen viejo temblando de emocion. Esas palabras rejuvenecen mis canas : ya puedo bajar tranquilo al sepulcro , porque sé que impera la justicia en Castilla, y que merezco la aprobacion de mi soberana. Señora, ya el otro dia cautivásteis mi corazon : ahora me habeis hecho esclavo de vuestro alvedrío. Soy viejo , pero todavía puedo vivir algunos años , y no habrá servicio que yo no esté pronto á prestaros, aunque sea á costa de mi vida.

— En estos momentos pudiérais prestarme uno , repuso la reina : y aprovecho vuestro ofrecimiento , porque sé que me lo negareis, si Segovia no está en disposicion de soportarlo.

— V. A. mande, y yo veré si Segovia puede obedecer : si no pudiére , os lo diré con franqueza.

— Pues bien, con esa condicion , oid. Segovia me ha dado mil hombres, pero me los ha dado desnudos : yo he de vestirlos, equiparlos y mantenerlos. Mi tesoro esta exausto, como que aho-

rá mismo se convocan Córtes, para que se me otorgue como subsidio prestado la tercera parte de la plata de las iglesias; no quiero que los pueblos sufran esa carga, que no pueden llevar. No obstante. Segovia es rica; y si sus vecinos me aman, harán por mí un esfuerzo estraordinario.

—Señora, contestó el alcalde; Segovia puede mantener sus mil hombres. Mandad que os dé los subsidios necesarios.

—No, yo no mando eso, buen Diego Frias. Mas tarde, cuando mis derechos no sean disputados, pediré con igualdad los tributos á todos los pueblos, y sabré exigirlos, porque serán para emplearlos en provecho de ellos. Ahora se trata de mí sola, de sostenerme en el trono de mis padres, y los servicios que me otorgan los pueblos han de ser voluntarios.

—Enhorabuena: descansad en mí, Señora. Yo os prometo un subsidio anual mientras dure la guerra.

El anciano besó la mano á la Reina y se despidió de ella. Ocho dias despues habia cumplido su palabra.

Juzgado y absuelto Cabrera por sus mismos enemigos, aseguradas las libertades de Segovia, satisfechos y contentos todos con la conducta de doña Isabel, no hubo una persona acomodada que no suscribiese una lista abierta en el Ayuntamiento para sostener en pié de guerra los mil hombres de Segovia. El alcalde Frias, fué el primero que puso su firma: siguiéronle los demas concejales, el obispo dió tambien su contingente, y á la cabeza de los particulares apareció el nombre del rico hebreo D. Abraham-Señor, con el cuantioso donativo de quinientas coronas anuales. En vista de este ejemplo, nadie quiso ceder en generosidad á un judío, y el dia de la partida de la reina encontró ésta á las puertas de su palacio un convoy de tres mulas cargadas de dinero.

Este dia fué señalado en Segovia, y por mucho tiempo se habló de él como de un suceso memorable.

Toda la parte honrada de la poblacion, los hombres que de ningun modo habian contribuido á los desórdenes anteriores, y los que intervinieron en ellos con el objeto de evitar desgracias,

reconocidos á la magnanimidad y prudencia de doña Isabel, que con tanto acierto habia logrado satisfacer á todos, sin castigar á nadie ni hacer que se derramase una lágrima, dispusieron darla una pública demostracion de su gratitud. Al efecto levantaron de noche tres magníficos arcos triunfales, que por la mañana aparecieron á los ojos de la multitud ignorante como edificios hechos por arte de encantamiento. En cada uno de aquellos arcos pusieron los atributos de las principales virtudes, adornándolas con festones, guirnaldas y coronas de flores y laurel; y dentro de ellos colocaron músicos invisibles, que al aparecer la reina, debian dar al viento los sonidos armoniosos de sus ocultos instrumentos. En el primero habia dos angelotes, abrumados bajo el peso de un cartelon, en que se leia:

SEGOVIA SIEMPRE FIEL
Á FERNANDO É ISABEL.

Figuraba el segundo un castillo formidable, coronado por la estátua de la Fortaleza: sobre las puertas se veian por un lado el escudo de Segovia, con esta leyenda: — *¿Quien me vence?*; y por el otro las armas de Castilla y Aragon, con un mote que decia: *Quien se hace amar, se hace obedecer*. — Por último, el tercero, colocado á la salida de la poblacion, representaba un vasto pórtico abierto á los cuatro puntos cardinales, con alegorías en cada frontispicio, y teniendo por remate una corona real. A la parte de oriente, por donde habia de entrar la reina, se notaba una augusta matrona rompiendo las prisiones de un leon encadenado, y debajo un letrero con estas palabras: *Él la defenderá*; y en el opuesto estremo, otro leon armado, emblema del pueblo segoviano, tenia estendida una de sus garras hácia la corona, en ademan de guardarla, y esta inscripcion al pié: *¡Ay de quien la toque!*

Cuando llegó el momento de partir, la reina aun no tenia noticia de estos preparativos, hechos para festajarla; de modo que fué para ella objeto de la mas agradable sorpresa al ver la muchedumbre de gente que acudia, cual si de una gran solemnidad se tratase, á saludarla y despedirla; y fué mayor su

satisfaccion al observar que aquel gentío, no á impulsos de una vana curiosidad, se agitaba, sino que tenia por móvil manifestarle sus leales sentimientos.

A las puertas del palacio real se presentó la municipalidad en corporacion, y al descender la reina, y antes que montase á caballo, se adelantó hácia ella Diego de Frias, llevando en las manos una bandeja de plata, en la cual iba la lista de los contribuyentes, que habian suscrito el tributo voluntario; y doblando una rodilla en tierra, dijo:

— Señora, dignaos conservar este documento, que es el testimonio de fidelidad, que os rinden cuantas personas de algun valer hay en Segovia: sea en vuestras manos el pacto de homenage, con que podais en todo tiempo recordarnos nuestros deberes.

Sumamente complacida la reina con esta espresion de lealtad, tomó la lista, y antes de entregarla á su tesorero Cabrera, que estaba delante, contestó:

— Con estraordinaria satisfaccion recibo este documento, que conservaré para que siempre me recuerde lo que debo á mis buenos vasallos. Decidles que mi anhelo es hacer del trono y de ellos un solo poder, grande, incontrastable, ante el cual humillen la frente todos los enemigos de la Religion y de la justicia, y que no serán perdidos sus generosos sacrificios, pues como semilla echada en tierra fértil, fructificarán algun dia.

— Viva la reina! exclamó el anciano alcalde.

Los demas concejales repitieron este grito, que halló millares de ecos en la multitud agolpada á las inmediaciones del palacio.

Doña Isabel montó á caballo. Diego Frias tomó las riendas, para guiarla hasta las puertas de la ciudad; y sus compañeros se colocaron á los lados: el obispo iba á la derecha de la reina, y á su izquierda la princesa niña en brazos de su aya. Detras marchaban en la mejor armónía el gobernador Cabrera y Pedro Arias, que le dejaba el codiciado puesto, para desempeñar el que se le habia conferido en el ejército. Seguian luego la mar-

quesa de Moya, otras damas, el conde de Benavente y los demas caballeros de la corte; y por último la guardia de nobles é hidalgos con su respectivo séquito de escuderos y demas servidumbre.

Desde el palacio hasta las afueras de la ciudad no cesó el clamoreo del pueblo que victoreaba á su soberana: el gentío era tal que difícilmente se podia dar un paso. Doña Isabel se detuvo al pié de los tres arcos triunfales, dirigiendo palabras de gratitud y oportunas observaciones á los que la rodeaban. Llegado ya el momento de la separacion, tomó á su hija de los brazos del aya, la besó afectuosamente, y dijo de manera que todos pudiesen oirla:

—¡Adios hija mia de mi corazon! Te dejo en el seno de una ciudad leal, que en otro tiempo fué mi asilo, y que nunca desmentirá sus nobles sentimientos.–Y volviéndose á Cabrera, añadió:–Marqués de Moya: no olvideis que Segovia es mi patria adoptiva: los segovianos son mis hijos, y como tales han de ser tratados.

Los mas entusiastas vivas apagaron su voz.

En seguida la reina se despidió de todos los circunstantes, y emprendió su marcha en medio de fervientes aclamaciones. Cabrera regresó al alcázar con la princesa, y el obispo, el Ayuntamiento y demas personas notables de la ciudad les fueron acompañando.

Al tiempo de perder de vista á Segovia, se volvió la reina, y contemplándola un momento, dijo á Pedro Arias y al conde de Benavente:

—Amigos mios, estoy contenta, muy contenta de mí. Al recobrar el afecto de esa ciudad, he rescatado multitud de víctimas; porque así estrecho el círculo y acorto la duracion de la guerra. ¿Qué mayor gloria puede alcanzar un rey, que la de ahorrar la sangre, ganando al mismo tiempo el amor de sus pueblos?



CAPÍTULO XI.

Un golpe de mano.

Desde Segovia iba la reina directamente á Madrigal, donde tenia convocadas las córtes del reino. Acababa de dejar á su hija, y su gran corazon, todo ternura, palpitaba de placer y esperanza al recuerdo de una madre anciana y achacosa, que retirada en aquel rincon de Castilla, empleaba sin duda los dias y las noches en rogar á Dios por ella. Hija y madre á la vez, en el lleno de su juventud y vigor, estaba doña Isabel colocada por la Providencia entre aquellas dos débiles criaturas, la una en el oriente, la otra en el ocaso de la vida, como para ejercitar en el secreto de sus afecciones privadas la gran virtud que habia de elevarla como reina sobre todas las de su clase. Del tierno y cariñoso amor que le inspiraban una niña y una anciana, pedazos de su alma, fluia, como del sol los rayos, aquella caridad ardiente, cuyo suave calor alcanzaba al último de sus vasallos.

Hablando de su madre caminaba doña Isabel con sus amigos, procurando desviarse de la villa de Arévalo, que no muy léjos

se veia, por temor de algun encuentro desagradable con las gentes de D. Alvaro de Estúñiga, su enemigo titulado duque de aquel nombre.

—Doloroso es, iba diciendo, que por todas partes encontremos vestigios de la usurpacion; y que la reina de Castilla tenga que apartarse del camino recto, evitando entrar en un pueblo que pertenece de derecho á su madre.

—¿Cómo ha de ser, señora? contestó el conde de Benavente: dia vendrá en que sean reparadas todas las injusticias, y entonces el duque de Arévalo habrá de soltar su rica presa.

—Sí; pero entretanto, es mengua de nuestra dignidad el haber de andar como criminales por sendas estraviadas, para no incurrir en el desagrado de un vasallo rebelde. Os aseguro Pimentel, que si llevase mas gente, habia de pasar por medio de Arévalo.

Pulgar oyó estas palabras de la reina, y retirándose á retaguardia, dijo á varios de sus compañeros:

—La reina quiere entrar en Arévalo: ¿quién viene conmigo á mandar que le habran las puertas?

Los hombres de edad que iban en la escolta se sonrieron al oir esta proposicion temeraria; pero cuatro ó cinco jóvenes picaron á sus caballos, y se salieron de las filas. Pulgar se puso á la cabeza de ellos, y partió á escape á campo travieso en direccion á la villa.

—Qué es aquello? esclamó el conde de Benavente: ¿á donde van esos locos?

—Dicen que á mandar abrir las puertas á la reina, contestó uno de los caballeros.

—A eso van? Dijo Pedro Arias metiendo espuelas á su caballo. Pues allá voy por las llaves.

—Qué disparate! prorumpió el conde: nos van á comprometer.

—Dejadlos ir, repuso la reina, cuyos ojos chispeaban de júbilo. Y añadió gritando: -Corred! corred, Pedro Arias, á ver si encontrais ahí el escudo que habeis perdido.

Los siete espedicionarios, entretanto, no corrian, volaban hácia la villa, tanto que en dos minutos se les perdió de vista, percibiéndose solamente un torbellino de polvo que se movia como una nube.

—Acudid, acudid algunos, por si es menester cubrirles la retirada, dijo la reina, viendo desaparecer á sus amigos.

Otros quince caballeros se adelantaron con el objeto de observar la marcha de sus compañeros y de acudir á su defensa en caso necesario.

Pasó un cuarto de hora, durante cuyo tiempo permaneció la reina esperando el resultado de aquella espedicion temeraria; y á medida que transcurrian los instantes iba desvaneciéndose su entusiasmo y creciendo su ansiedad. Fijas sus miradas en el punto del horizonte por donde habian desaparecido sus leales caballeros, pudiera decirse con propiedad que su alma estaba transportada, y que sus sentidos carecian en aquel momento de sensibilidad inmediata: tenia la mano derecha sobre el pecho, como para contener los latidos del corazon, mientras la izquierda comprimia las riendas del caballo, dejándolas sin embargo flojas y á la ventura.

—Mucho tardan! esclamó por último con acento gutural, que denotaba su profunda inquietud.

—Temo que no los dejen volver, dijo el conde de Benavente.

—Iré yo á buscarlos! prorumpió la reina. Seguidme!...

—Teneos, señora, repuso el conde, cogiendo del freno el caballo de la reina. No se pierda V. A., que yo sabré venir á rescatar esos caballeros.

—En esto se vió ondular sobre el perfil de la tierra una nubecilla de polvo, y á poco se destacó de en medio de ella la figura de un caballero.

—Ya vuelven! exclamó la marquesa de Moya.

—Todas las miradas se fijaron con ansiedad en aquel punto movible, que se acercaba por momentos. Pronto se reconoció á Pedro Arias, el cual, con el brazo derecho estendido, como pa-

ra mostrar un objeto, venia gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Aquí las traigo! Aquí las traigo.

—Qué es eso, Pedro Arias? le preguntó doña Isabel, cuando aquel hubo llegado á una distancia conveniente.-Qué me traeis?

—Las llaves, señora: las llaves de Arévelo. Venid, venid, que la villa es vuestra.

Todos se miraron con asombro, sin poder comprender lo que sucedia.

Pero no tardó en aparecer una diputacion del Ayuntamiento de Arévalo, acompañada de los valientes jóvenes y de los demas caballeros espedicionarios, cuya presencia confirmaba las palabras inverosímiles de Pedro Arias.

Este, mientras llegaba la diputacion, esplicó á la reina lo que habia pasado.

Al saberse en Arévalo la pacificacion del motin de Segovia, y la presencia de doña Isabel en esta ciudad, los habitantes de aquel pueblo se habian levantado contra su duque postizo, y tenian sitiado el castillo, aguardando que la reina sabedora de este acontecimiento, acudiese y les ayudase á conquistar su independencia. De modo que cuando el atrevido Pulgar se presentó de súbito en las calles de la villa, gritando:-Viva la reina! un clamor unánime repitió esta aclamacion, y el Ayuntamiento se apresuró á entregar las llaves en señal de sumision, disponiéndose en seguida para salir al encuentro de su soberana.

Doña Isabel recibió con sumo agrado el homenage de la diputacion, y á pesar de los cautelosos consejos del conde de Benavente, que aun desconfiaba, pasó inmediatamente á la villa, entrando en ella rodeada de una inmensa muchedumbre que la aclamaba; y habiendo enviado á Segovia un correo aquella misma tarde á pedir gente armada, que ayudase á la de Arévalo para la toma del castillo, se aposentó y pasó allí la noche, decidida á no proseguir su viaje, hasta dejar asegurada aquella importante adquisicion.

El dia siguiente era viérnes, dia en que segun costumbre antigua, solian los reyes de Castilla administrar por sí públicamente justicia. Doña Isabel, mientras llegaban los refuerzos que habia mandado pedir á Segovia, no quiso permanecer ociosa, y dió encargo á Pedro Arias, para que en las afueras de la villa hiciese levantar un dosél, á manera de tienda abierta, contra el tronco de un árbol centenario, colocando al pié del mismo una silla para ella, y en lugar mas bajo otras para los letrados y jueces que hubiese en Arévalo. Al dar esta órden al noble caballero, le dijo:

—Pedro Arias, hoy pienso administrar justicia: que se publique así por toda la villa. Pero voy á empezar desde luego por vos. ¿No teneis algo que pedir?

—Nada, señora. No tengo ninguna queja de nadie.

—Sin embargo, yo sé que estais quejoso de mí. Ayer me pareció que ibais á encontrar en Arévalo vuestro escudo, pero no habeis encontrado mas que un cuartel.

—Cómo, señora?

—Sí, podeis usar desde hoy en un cuartel del escudo un brazo armado con una llave, y si mas adelante recobrais vuestro blason, podreis añadir ese timbre mas á los de vuestra familia.

—Os prometo colocarlo en la region mas noble de mi escudo, porque ningun otro será de tanto aprecio para mí como ese que viene de vuestra mano.

Dicho esto el caballero saludó respetuosamente á la reina, y salió á disponer el tribunal para la audiencia pública.

En pocos momentos circuló por toda la poblacion la noticia de este juicio solemne, acaso nunca visto entre aquellas gentes, y aunque los mas solo pensaron en presenciarlo, como un espectáculo curioso, muchos hubo, sin embargo, que comenzaron á temer el castigo de culpas atrasadas, ó la restitucion de robos consentidos.

Luego que estuvo todo dispuesto, salió la reina de su alojamiento, vestida con magnificencia, y acompañada de sus damas y córte y de su escolta de caballeros, se encaminó primero á la

iglesia mayor, donde oró un breve rato, dirigiéndose en seguida al tribunal improvisado. Allí tomó asiento en la silla real, y habiéndose colocado á sus lados las personas de su séquito, y la guardia á una distancia conveniente para impedir todo tumulto y desacato, se hizo dar cuenta primeramente por un notario de la villa de todos los pleitos y querellas que habia pendientes, resolviendo en el acto aquellos que aparecieron de estricta y fácil justicia, y mandando llamar testigos y litigantes para que en su presencia alegasen las pruebas de su derecho, cuando este ofrecia complicaciones ó dudas.

Procuraba la reina decidir estas cuestiones conforme al fuero y á las leyes generales de Castilla, y á veces con sugecion al fuero local, para lo que consultaba á los miembros de la municipalidad que se acababa de nombrar con motivo de la emancipacion de la villa; pero teniendo sumo cuidado de desechar todo alegato que se fundase en el derecho de señorío, porque su objeto principal en aquella ocasion era restablecer por medio de un acto público la jurisdiccion real ordinaria, y abolir practicamente la jurisdiccion señorial que venia ejerciendo en Arévalo D. Alvaro de Estúñiga. De este modo, aquel pueblo recibia la libertad, incorporándose á la corona.

Resueltos los litigios pendientes, un pregonero á caballo gritó á la muchedumbre:

«Venga quien quiera y nadie se detenga, y diga sus quejas, que la muy alta y poderosa señora reina de Castilla está en su silla, y á todos hará justicia.»

Tres veces repitió este pregon en diferentes lugares, sin que nadie se presentase á pedir justicia; y no era que faltasen agraviados, sino que los mas se acobardaban, por no tener la costumbre de comparecer ante la magestad del trono. El primero que se atrevió á dar el ejemplo fué un anciano octogenario y andrajoso, que apoyado en una muleta, y llevando delante dos niños de diferente sexo, atravesó el gentío y se arrodilló delante de la reina.

—Qué teneis que pedir, le preguntó ésta con su afable dulzura.

—Yo, señora, dijo el anciano, soy conocido en esta villa con el nombre de Juan Labrador: en el dia no labro mas que mis desdichas, esperando que Dios me dé la cosecha en el cielo. La usura ha devorado mi hacienda, y vivo de limosna. Esto lo llevo con paciencia, y no me quejo por ello. Si vengo á vuestras reales plantas, es á pedir justicia contra el rico avariento Matias Algarra, que ha causado la muerte de mi hijo, y dejado en la horfandad y la miseria á estas dos criaturitas.

En el momento de formular el anciano esta acusacion hubo un ligero tumulto entre el gentío. Un hombre gordo y bien vestido que estaba entre los espectadores, intentó retirarse; pero la gente pobre se echó sobre él y le detuvo, gritando:

—Qué no se escape! Qué responda! Qué se le castigue!

La guardia de la reina detuvo al hombre gordo, y restableció la calma. El anciano continuó:

—Mi hijo era labrador como yo; pero no tenia mas que una yugada propia y una yunta con que se ganaba la vida. Vino un invierno malo y tuvo que pedir prestado para mantenerse al rico avariento: para pagarle al tiempo del agosto necesitó darle todo el fruto de la cosecha. Su familia quedaba á perecer: trabajó cuanto pudo con su yunta; pero vino otro invierno peor, y hubo de empeñar su hacienda, que pasó luego á manos de Matias Algarra. Este hombre cruel no se dió por satisfecho, y para el pago de costas hizo que se vendiese la yunta, último recurso de una familia honrada. Mi hijo murió de pesadumbre, y de miseria; porque este año nos ha negado Dios su rocío, y los logreros han negado el pan á los pobres.

Una mujer se introdujo en medio del tribunal, pidiendo testificar. La reina le dió licencia, y ella dijo:

—Lo que Juan Labrador ha dicho es la pura verdad, y ahí está medio pueblo que no me dejará mentir, y si no, que se vea como los pobres han detenido al rico avariento que queria escaparse. Y yo puedo añadir, que este año pasado Matias Algarra ofreció á la vírgen de las Nieves una corona de oro, porque no lloviese, porque él tenia sus trojes llenos de trigo; y no llovió,

lo cual debió de ser por artes del demonio, y ahora todos pasamos hambre, y el usurero no quiere vender su trigo, y lo mismo que él hay muchos. Esto clama al cielo, y es menester que se castigue; que hijos de Dios somos los pobres y todos debemos vivir.

—Que se presente el acusado, dijo la reina.

La muchedumbre empujó con violencia al hombre gordo, el cual compareció en medio del tribunal con la cabeza erguida y como desafiando con su insolencia á los acusadores.

—Habeis oido los cargos que se hacen contra vos? le preguntó la reina.

—Los he oido, señora, contestó el usurero; y no sé por qué se me acusa. Mi delito es ser rico; pero yo socorro á todo el mundo en sus necesidades, y por cierto que esos miserables cuando me piden lo hacen medio llorando y con el sombrero en la mano: luego les cobro, como es justo. ¿Tengo obligacion de mantenerlos de valde?

—No, pero cobra el triple! gritaron muchos de los espectadores.

—Silencio! exclamó la reina; dejadle hablar.

—Yo cobro como puedo, continuó el avaro: y les hago favor, pues me contento con tomar lo que tienen.

—Y es cierto que os negais á vender el trigo cuando hay hambre? preguntó doña Isabel.

—Eso, cada uno está en el caso de sacar de sus bienes el provecho que puede.

—Sí, sí, repuso la mujer acusadora: recogiendo todo el grano casi de valde á los pobres labradores, cuando hay abundancia, y vendiéndolo luego por un ojo de la cara.

—Por qué lo venden los labradores? replicó el acusado.

—Porque habeis traficado antes con su miseria, dijo el anciano.

—Eso! Eso! gritó el gentío.

—Que procureis ganar un módico interés con vuestro comercio, dijo la reina, es muy justo; pero es crueldad impía el

que con la esperanza de un escesivo lucro cerreis vuestros graneros, cuando el pueblo se muere de hambre.

—Señora, contestó el usurero, es menester ganar en los años escasos, ya que se pierde en los abundantes.

—Miente! Miente! Gana siempre! gritó la turba.

Y luego, prosiguió imperturbable el acusado, yo he gastado un dineral en la corona que ofrecí á Nuestra Señora; porque soy buen cristiano, y necesito recobrar algo de lo perdido.

—Basta! exclamó la reina levantándose. Os habeis condenado vos mismo.

Y dirigiéndose al notario, le dijo:

—Escribid: - «Se procederá sin trégua á investigar por medio de peritos el justo precio de las haciendas adquiridas por Matias Algarra, y se devolverá á sus antiguos poseedores la parte que esceda del valor en que fueron compradas, y del legítimo interés que establecen las leyes.-Otro tanto se hará con los bienes de los que se hallen en el mismo caso.-El donativo sacrílego hecho por Algarra á la Vírgen Nuestra Señora, será despedazado y vendido públicamente al mayor postor, y su precio se distribuirá de limosna entre los pobres. Los graneros del mismo Algarra serán intervenidos por la municipalidad en este dia, y el grano que contengan se venderá á dos reales de plata menos del precio medio corriente en Castilla.-Todos los poseedores de trigo abrirán sus trojes al mercado público en el término de ocho dias, y de no hacerlo, se les confiscará, la mitad para los pobres, y la otra mitad para las iglesias y los gastos de guerra por iguales partes.—Los nietos de Juan Labrador serán prohijados por el Ayuntamiento, y criados y educados á costa de Matias Algarra.-Este mandato se ejecutará al pié de la letra, y el que contraviniére ó se opusiére á él perderá todos sus bienes y con ellos la mano derecha.»

—Viva la reina! gritó la muchedumbre.

Y durante algunos minutos no cesaron los murmullos de admiracion y de alabanza, porque el hombre agradece siempre y recibe con aplauso los actos de justicia.

Pasó algun tiempo, sin presentarse ningun otro querelloso, y parecia terminada la audiencia sin otro incidente, cuando se vió llegar un ginete, hidalgo, segun sus trazas, y hombre de edad provecta, el cual echó pié á tierra, confió su caballo á un mozo de la villa, y metiéndose entre el gentío, preguntó:

—¿Es cierto, como me han dicho, que está aquí la reina haciendo justicia?

—Si, pasad, pasad, le contestaron varios.

El forastero no aguardó que le repitiesen la invitacion. Codeando á unos y á otros se abrió paso, y penetró en el recinto del tribunal. Todas las miradas se fijaron con curiosidad en aquel hombre, que llegaba cubierto de polvo, como si acabase de hacer una larga jornada. El desconocido se descrubió, dobló una rodilla, y aguardó la órden de hablar. Obtenida esta, dijo:

—Alta y poderosa señora: mi queja es un secreto; es la revelacion de un horrendo crímen cometido quince dias hace en la persona de mi amada esposa, la cual ha sido asesinada, para robarle ciertos documentos que acreditaban una herencia: el criminal, segun mis sospechas, es un primo de mi mujer, señor poderoso y rico de Galicia. Si V. A. se dignase oirme en particular, ó enterarse del contenido de este escrito, (y sacó de su escarcela un papel doblado), pudiera otorgarme los medios de perseguir al culpable y conducirle á vuestra presencia.

—Dadme ese papel, dijo la reina.

El hidalgo se acercó respetuosamente á la silla real, y arrodillándose de nuevo, puso el memorial en manos de la reina; la cual lo leyó para sí, en medio del mas profundo silencio de los espectadores de esta escena.

Conforme iba leyendo, la reina parecia dar muestras de recordar algunos antecedentes; y luego que hubo concluido, preguntó al hidalgo:

—Habeis estado ya en Valladolid?

—Todavia no, Señora: vengo de Alcalá la Real, y pasaba por aqui en busca de V. A., cuando mi buena suerte me ha hecho encontraros.

—Pues bien: estad tranquilo respecto á vuestra hija, que, si no me engaño, se halla bajo mi amparo á estas horas. Podeis, sin embargo, ir á Valladolid, donde os informará mi maestresala Cárdenas, y vereis si es la misma. En cuanto á vuestra demanda es justa y voy á satisfacerla.

Diciendo esto, doña Isabel se acercó á la mesa, tomó una pluma, y escribió al pié del mismo memorial:

«Prevengo á todas las justicias, autoridades, adelantados, «oficiales mayores y menores, caballeros y escuderos, y á cuan- «tos las presentes letras viéren, que auxilien á Montesino de la «Isla para prender al rico-hombre Alvar Yañez de Lugo y con- «ducirlo á mi presencia. — *Yo la reina.*»

—Tomad, añadió, devolviendo el memorial decretado á su dueño. Sed vos mismo el ejecutor mi la justicia.

Montesino de la Isla, pues ya sabemos que así se llamaba el hidalgo, tomó el papel, lo besó, y habiendo dado las gracias con profunda emocion de gratitud, se retiró del tribunal.

A este tiempo entraba el otro viagero, pues no parecia sino que en todos los dominios de Castilla se hubiese dado cita para la audiencia de Arévalo. El nuevo demandante acababa de llegar por el camino de Madrigal, y era un jóven de veinticinco años, de bella presencia, en trage de mercader ó rico artesano. Al verle la reina dió muestras de sorpresa, y se apresuró á decirle:

—Qué me traes Juan Lainez? Tu semblante me anuncia alguna desgracia. ¿Quieres hablarme á solas?

El vivo interés que parecia inspirar á la reina el artesano, escitó mas y mas la curiosidad de los espectadores, frustrada en el asunto del otro viagero. Así es que la guardia con mucha dificultad pudo contener á la gente.

—Traquilícese V. A., contestó Juan Lainez; pues la desgracia que revela mi semblante solo atañe á mi persona y familia. Puedo, por consiguiente, hablar á solas ó públicamente á V. A., segun sea su voluntad.

—Habla, pues: dí lo que quieres. ¿Vienes á pedir justicia?

—Vengo á pedir armas, señora. El honrado artesano, si ha de ganar tranquilo el sustento de su familia, necesita seguridad y paz; y para tener paz en Castilla, es menester antes conquistarla, esterminando, persiguiendo como á lobos carniceros, á esos señores bandidos que, abusando de la fuerza, todo lo atropellan. Sí, señora, es preciso oponer á su fuerza otra fuerza mayor, para que los derechos del menestral sean respetados como los del grande de Castilla; para que aprendan algun dia que si la ley no les alcanza, puede alcanzarles el brazo de la justicia popular, y castigarles como á los perros rabiosos.

—Esplícate con calma, y dime tus agravios, para que yo vea si tienen justa reparacion, repuso la reina.

—Oh! Señora mia, no hay reparacion en lo humano para mis agravios. En otro tiempo, cuando V. A. salvó á mi Isidora y á mí de las garras de la tiranía, pude renunciar á la venganza, porque vos misma me dábais el ejemplo del perdon. Entonces vuestra generosidad me sacó de la nada, me procuró los medios de ser feliz trabajando honradamente, y echó los cimientos á la prosperidad de un pueblo entero. La fábrica que levanté en Madrigal bajo vuestros auspicios era el gérmen de la riqueza de toda la comarca; no hace seis dias alimentaba ella sola centenares de familias; alli se albergaban la virtud y el trabajo, que son, Señora, las bases de la grandeza nacional. Hoy aquel asilo del proletario no existe ya: cayó sobre él la mano del bandido feudal, y desapareció de la tierra. El fuego lo ha consumido, devorando juntamente á un pedazo de mis entrañas, al mayor de mis hijos! Ah! No hay reparacion posible sino en las armas, en el esterminio!

La reina escuchaba con atencion profunda las desconcertadas razones que arrancaba el dolor al honrado fabricante de Madrigal, sin acabar de comprender lo que éste pretendia.

—Pobre Juan Lainez, le dijo, adivino tu desventura; pero necesito que me la cuentes con serenidad. Dime lo que ha pasado.

—Señora, repuso el industrial: V. A. sabe que hará año y

medio fuí la causa de que el Sr. rey vuestro esposo derrotarse y espulsase del reino al alcaide de Castronuño; este poderoso malhechor, hoy mas fuerte que nunca, juró vengarse de mí: ya varias veces ha interceptado mis paños y lanas, maltratando cruelmente á sus conductores, pero nunca llevó su bárbaro resentimiento hasta el estremo que vais á oir.–El domingo último se proclamó la convocacion de las Córtes en Madrigal, y con tan fausto motivo habia yo reunido el gremio de tejedores, á fin de preparar festejos con que felicitar á V. A.–Era ya anochecido, y estando en la junta, oí gritos de alarma y desesperacion; salí á la calle, y encontre á mí Isidora, que venia en mi busca, trayendo en los brazos sus dos hijos menores, y á su hermano Rodrigo que la seguia, defendiéndose con un palo de dos asesinos armados.

«Juan estamos perdidos! esclamó mi mujer al verme. Nuestra casa está ocupada por una banda de malhechores: le han pegado fuego: todo lo saquean: yo he podido salvarme por milagro; pero allí queda nuestro hijo mayor.

«Inmediatamente reuno á los tejedores, y armados cada cual con lo que halla á mano, corremos á mi casa. Los bandidos la tenian cercada, y nos recibieron á tiros: el incendio habia tomado ya cuerpo, y las voraces llamas salian por las puertas y ventanas lamiendo las paredes. Alli no hubo mas recurso que empeñar una desesperada lucha: los bárbaros se burlaban de nuestra impotencia y atizaban el fuego, bailando alrededor con diábolica algazara.–Todos los vecinos acudieron en nuestra ayuda, y al cabo logramos dispersar la banda incendiaria, pero ya era tarde. Las maderas del edificio estallaban, los techos se hundian con estruendo, la ruina era inevitable.–Y entre tanto mi hijo, mi pobre hijo estaba allí encerrado.... Yo me precipité entre las llamas, repitiendo á voces su querido nombre,.... le busqué inútilmente: no habia salvacion para él.

—Y pereció! esclamó la reina dolorosamente afectada.

Juan Lainez no pudo contestar. El recuerdo de su hijo le arrancó del pecho roncos sollozos.

El pueblo entero le acompañó en su justo pesar, prorumpiendo en un sordo murmullo de indignacion.

El fabricante de paños levantó de pronto su abatida cabeza, y agitándola como el leon cuando sacude la guedeja, continuó diciendo con valentía:

—Ilustre reina de Castilla: yo no soy aqui el artesano arruinado, ni el padre vengador de su hijo, no: represento al innumerable hormiguero de la clase menestral y proletaria, vilmente hollada y abatida por una caterva de tiranuelos sin fé, sin honor y sin ley: á donde quiera que se diririjan vuestras reales miradas encontrarán á esos enemigos de toda autoridad y hasta de los preceptos de Dios, cebando su codicia y su lujuria, su ira y su venganza en este pueblo humilde, que aunque modesto, es, sin embargo, la piedra angular en que reposa el edificio de vuestros reinos. Si, señora, yo represento á ese pueblo que crea el oro con gotas de sudor, y con la sangre de sus hijos riega los laureles que crecen alrededor del trono. En nombre de ese pueblo, Señora, os pido armas: armas para esterminar á los enemigos del reposo público, á los enemigos de vuestra autoridad, á los enemigos de la patria comun. Uno de ellos ha quemado mi lanzadera: pues bien, yo tomaré en su lugar el arcabuz y la espada, y no los dejaré de la mano hasta haber conquistado la paz y el respeto á mis derechos: entonces me volveré á mi taller.

El pueblo escuchaba poseido de entusiasmo este razonamiento, aunque acalorado, fiel espresion de sus profundos males y de sus necesidades mas apremiantes en aquella época de anarquía feudal; pero abatido por su larga servidumbre, no comprendia cómo un hombre de humilde condicion osaba elevar sus quejas en tales términos á los oidos de la reina, y temia que ésta, léjos de acceder á su demanda, le hiciese castigar por irreverente.

Sin embargo, no fué, ni pudo ser asi: doña Isabel que desde mucho antes de ceñir la corona, abrigaba el pensamiento político de abatir el poder bastardo y opresor, adquirido por mu-

chos grandes y en general por la baja nobleza, y de robustecer la vilipendiada magestad real, dando la conveniente latitud y vida al elemento popular; doña Isabel, que conocia mejor que nadie los males de su pueblo; que aspiraba á regenerar la sociedad española, partiendo del principio de la igualdad evangélica, considerando á todos los hombres como á hijos de Dios, sin mas preeminencias que las de la virtud y el mérito, y que por lo tanto estaba poseida de las mismas ideas emitidas por el pañero de Madrigal, dijo á éste que se desahogase completamente, y luego dijo:

—No es aqui donde conviene resolver esa sentida queja, cuyo fundamento reconozco. Pronto estarán reunidas las Córtes, y á ellas propondré el medio de que todos mis pueblos tengan armas y tribunales destinados especialmente al esterminio del bandidaje. La santa Hermandad se organizará de tal modo, que en pocos años no ha de quedar uno solo de esos ladrones caballeros, y sus guaridas feudales, baldon de la edad presente, serán arrasadas hasta los cimientos.

Una ferviente aclamacion acogió estas mesuradas palabras de la reina. El pueblo veia en ellas una promesa solemne, una grata esperanza, que les aseguraba la curacion radical de sus padecimientos diarios.

Era llegada ya la noche: con ella terminó esta importante audiencia de justicia, y la reina regresó á su alojamiento con el mismo séquito y aparato que de el habia salido.

Tres dias mas permaneció en Arévalo, negociando con el alcaide del castillo la rendicion de este; y luego que la hubo conseguido con su entereza y con el apoyo de algunas fuerzas llegadas de Segovia, prosiguió hácia Madrigal su marcha, tan felizmente interrumpida.



CAPÍTULO XII.

El reto.

Ocho veces habia cambiado su aparente forma la variable faz de la luna, desde que partió de Arévalo la reina, y en el corto espacio de tiempo necesario para verificarse aquellas periódicas transformaciones, mucho habia trabajado, mucho habia conseguida la infatigable soberana: obtuvo de las Córtes el préstamo pedido, cuyo valor ascendió á treinta cuentos de maravedís, equipó sus tropas, fortificó las plazas de guerra, y se dispuso para tomar la ofensiva.

Tambien sus enemigos, los partidarios de la infortunada doña Juana, se habian agitado sin descanso: la guerra, aunque concentrada en las orillas del Duero, ardía diseminada en casi todos los pueblos de los reinos de Castilla y Leon: en Galicia era desconocida la autoridad de los nuevos reyes, y cien señores independientes se repartian ó se disputaban los despojos de aquella desventurada tierra: en Andalucía luchaban cual por uno, cual por otro bando los diversos partidarios del duque de Medinasidonia y del marqués de Cádiz: En Estremadura se for-

maban partidas sueltas que traspasando las fronteras de Portugal talaban y saqueaban su territorio, inquietando constantemente al enemigo: en toda la region que se estiende desde Salamanca hasta Murcia las poblaciones se alzaban para sacudir el yugo de sus señores, siempre con pérdidas de dominio para el marqués de Villena y sus deudos y amigos. Por otra parte el rey de Francia, coligado con el de Portugal, y ávido de poseer en el norte de España, invadia la Navarra y el pais Vasco. Nunca habia parecido mas dudoso el triunfo de Isabel y Fernando, á pesar de la decidida aficion que les mostraba la generalidad de los pueblos.

El rey de Portugal estaba en Toro, donde acababa de traerle refuerzos su hijo el infante D. Juan. El rey D. Fernando ocupaba á Zamora y combatia su castillo. Doña Juana residia en Astorga. Doña Isabel, puesta al frente de un ejército ligero, tenia sus reales en Tordesillas, y con incesante actividad llevaba diariamente la alarma á toda la línea defendida por su enemigo.

Era una madrugada fria del mes de febrero: los habitantes de Zamora soñaban escaramuzas y asaltos. Diez mil hombres de guerra ocupaban sus casas y dormian con las armas puestas, aguardando que la señal del combate les despertase antes de amanecer. En las murallas de la parte del norte, y dando frente al castillo se cruzaban los centinelas en silencioso paseo, bajando de tiempo en tiempo la cabeza para evitar el golpe de alguna flecha, cuyo agudo silbido les anunciaba la vigilancia de sus contrarios. Los ballesteros aragoneses, puestos de acecho en las saetías del muro contestaban de vez en cuando á estos saludos militares.

En una torre de la muralla, frente al castillo, hacian el servicio de vigilancia dos caballeros jóvenes, los cuales, sentados junto á un ancho brasero de hierro, y echados de codos sobre una vieja mesa de pino, se entretenian en un juego de naipes para alejar el sueño.

Uno de estos jóvenes, delgado y fino como una dama, tomó la

baraja al terminarse una mano, y recorriendo las cartas rápidamente con el dedo índice, dijo á su compañero:

—Malhaya si me divierte este juego francés, amigo Pulgar.

—A mí menos, contestó nuestro antiguo conocido: si tuviérais aquí el bandolin de Torozos, nos distraeríamos algo mejor, con tal que no cantáseis la cancion que dá sueño.

—No, la poesia no hace dormir mas que á los animales de cierta especie semejante al hombre. Yo habia hecho esta observacion en un criado de mi padre, muy cerrado de mollera, que no podia oir leer, aunque fuesen las coplas de Mingo Revulgo, sin quedarse al punto dormido.

—Sin ser nada romo de entendimiento, tengo yo un escudero, á quien le sucede lo mismo. Ya sabeis, Tristan. Y ahora que de él hablo, recuerdo que os debo dar las gracias, amigo Manrique, por haberle tratado con tanto interés cuando estuvo preso. Por cierto que ó no ha sabido, ó no ha querido esplicarme cómo pasó aquel lance.

—Fué muy singular: cierto oficial de justicia, muy tuno, yendo en busca de unos conspiradores, prendió á Tristan; y habiéndole ancontrado en los bolsillos un vale de cien doblas, contra los monjes de San Benito, se lo guardó como si fuese una prueba de connivencia con los conjurados.

—Y algo habia de eso, aunque Tristan no hizo mas que engañar á los agentes del arzobispo Carrillo.

—Cómo es eso? En tal caso tambien me engañó á mí; porque habiéndome llamado al dia siguiente para implorar mi auxilio en ansencia vuestra, me dijo que aquel dinero procedia de una deuda contraida por el mayordomo del arzobispo en otro tiempo, y era cosa particular de vuestro padre.

—Ah! Malsin, embustero!

—Sea de ello lo que quiera, lo cierto es, querido Pulgar, que averiguado el caso, el abad de San Benito declaró lo mismo: seguramente Tristan se habia puesto de acuerdo con él; y el oficial de justicia, que ya habia cobrado la cantidad, presentó sin embargo el documento acusador.

—Pues cómo, si habia cobrado?

—Era una copia falsificada.

—Ah, bribon!

—Esto le costó la pérdida de su cargo, y pagar dos veces el dinero usurpado. A Tristan se le dió libertad, y además sus cien doblas, que empleó en armaduras y arreos para vuestra gente. Fué, sin embargo, gran fortuna el que yo interviniese en el negocio; pues conociéndole y conociéndoos, no cabia dudar de vuestra lealtad. A no ser por esto, despues de perder el dinero, lo habria pasado muy mal.

—Pues advertid, amigo Manrique, que yo habia mandado á Tristan devolver aquel dinero, que no me pertenecia, y el perillan me ha ocultado la circunstancia de haberlo recobrado, suponiendo que la compra de las armaduras habia sido cosa de mi tio D. Luis Osorio. Ya se vé, él no contaba con que al cabo habríamos de reunirnos, despues de andar cada uno de nosotros por esos mundos, como Dios ha querido.

—Vah! No debeis ya pensar mas en eso. Ahora solo hemos de tratar de adquirir juntos nombre y fama en esta guerra, que lleva trazas de formalizarse. - Y decidme, qué tal caballero es ese jóven andaluz que ha venido con vos del campo de la reina? Me ha parecido hombre de pró: y su hueste es de las mas lucidas que se han presentado en el real.

Ah! ¿queréis hablar de Gonzalo de Córdoba? Pardiez, que cuando uno vé aparecer jóvenes como ese, siente llenársele el corazon de alegría y desaliento á la vez. Gonzalo es un anciano de sesenta años para el consejo, y un mozo de veinte para la pelea. Os aseguro, á fé de Pulgar, que antes de conocerle, tenia yo la presuncion de ser la primera lanza de Castilla; pero he visto á Gonzalo de Córdoba, y me contentaria con ser su escudero.

—Que tal digais, Pulgar! Aunque Gonzalo fuera el Cid en persona!... Se conoce que sois tan modesto como valiente, y tan admirador del mérito ageno, como severo con vos mismo.

—No tal, D. Jorge: soy justo, y nada mas que justo apreciador del mérito. Gonzalo es un jóven como nosotros, y deberia

inspirarnos celos; sin embargo no inspira mas que amistad y respeto. Nadie como él maneja caballo y armas; nadie como él ostenta garbo y bizarría en una justa; nadie con tanto empuje y limpieza rompe una lanza; nadie muestra mayor serenidad y brío en un combate cuerpo á cuerpo, ni con mas prudencia y rapidéz dirige una maniobra: nadie tampoco es mas humilde y generoso en el trato comun. Digo y sostengo que Gonzalo es el cumplido caballero, y que debemos todos proponérnoslo por modelo; porque andando el tiempo ha de ser el primer capitan de Castilla. Y esto no es modestia ni exageracion de mi parte. Cobarde y ruin seria yo, si no reconociese las altas prendas de ese noble rival de nuestra gloria.

—Rival digno de vos.

La conversacion de los dos amigos fué interrumpida por el sonido de los clarines que anunciaban la venida del dia, los dos se descubrieron las cabezas, y concentrándose en sí mismos, rezaron devotamente la oracion matutina. En seguida se dispusieron para revistar la guardia puesta á su cuidado.

Pero en aquel momento llamó su atencion el sonido de otros clarines y trompetas que parecia responder á los de la plaza en campo raso al otro lado del rio, y á poco retumbó con sordo estruendo el rugido de la artillería.

—Qué novedad tenemos? dijo Pulgar, corriendo á una de las ventanas de la torre, y abriéndola impetuosamente.

A la escasa luz de la aurora y á través de la niebla fria, propia de una mañana de invierno, pudo verse en la orilla meridional del Duero todo el aparato bélico de un ejército: multitud de banderas desplegadas ondeaban al viento, distinguiéndose hácia el centro de los escuadrones los estandartes reales de Portugal y Castilla enlazados en uno. Era evidente que el rey Alfonso estaba á las puertas de Zamora, con su ejército combinado de portugueses y castellanos.

La artillería de la plaza comenzó á contestar á los tiros de los recien llegados sitiadores, que tenian la pretension de coger á D. Fernando entre sus fuegos y los del castillo, y desde aquel



¿Qué novedad tenemos?

momento se empeñó una vana escaramuza, que debia prolongarse muchos dias sin resultado alguno de provecho.

El estruendo imponente de las lombardas, tiros y falconetes puso en movimiento á todos los grandes y capitanes del ejército de Fernando, los cuales acudieron presurosos, unos á ordenar su gente, otros á rodear al jóven monarca. Éste se hallaba ya en su pabellon armado y pronto para todo evento; estaban con él varios caballeros de la primera nobleza de Aragon, el cardenal Mendoza, el almirante Henriquez y el duque de Alba.

El pabellon del rey ocupaba el centro del ejército, en parage alto, aunque resguardado al Norte contra las líneas de ataque del castillo: desde sus miradores se podia inspeccionar gran parte de la plaza y del campo. Don Fernando quiso ver por sí mismo la posicion ocupada por su enemigo, y habiéndole observado algun tiempo, se volvió y dijo á don Alonso Henriquez.

—Me parece, primo, que el rey de Portugal chochea. Disponed que se refuercen las trincheras de la entrada del puente, y ya podremos dormir tranquilos, como si el enemigo estuviese en la India. ¿No sois de mi opinion?

—Si, ciertamente, contestó el almirante. Trabajo le mando al rey Alfonso, si ha de ponernos en aprieto, como habrá imaginado sin duda: nuestra posicion es inespugnable: para pasar el rio necesita perder la mitad de su gente: como no aguarde otro ejército por el Norte, que venga en ayuda del castillo, no se me alcanza el objeto que se ha propuesto; y aunque asi fuese, tenemos libre la retirada.

—Vah! repuso D. Fernando. Dejémosle, señores, dejémosle: haced lo que os he dicho, y luego almorzaremos juntos.

Pasó aquel dia y el siguiente, sin novedad: como habia previsto D. Fernando, asegurada la puente no era posible atravesar el rio, á la sazon crecidísimo con las lluvias: los dos enemigos se contemplaban y se respetaban mutuamente: las piezas de gruesa artillería enfiladas al puente por uno y otro estremo parecian perros de presa que guardan la casa dormitando con los

ojos sombríos: nadie osaba despertar aquellas fieras de hierro.

La mañana del tercer dia se presentó en la cabeza del puente por el estremo del campo un heraldo, precediendo á un arrogante caballero, armado de punta en blanco, al cual seguia una brillante, aunque escasa comitiva. Los defensores de la plaza aprestaron las armas, y habiendo oido el clarin de parlamento, se le contestó como era de cortesía; y saliendo al adarve el jefe que mandaba aquel puesto avanzado, hizo seña al heraldo para que se acercase.

Adelantóse el heraldo hasta una distancia conveniente para ser oido, y dijo en alta voz:

En nombre del muy alto y poderoso señor don Alfonso, rey de Portugal, Castilla y Leon, os hago saber: que el muy noble caballero Eduardo de Almeida, alferez mayor de dicho señor rey, la mejor lanza del mundo y de Portugal, quiere entrar en Zamora y transmitir un mensage al señor rey de Sicilia.

—Esperad, si os place, las órdenes del Sr. D. Fernando, rey de Sicilia, y de Castilla, Leon y Galicia, contestó el jefe de la avanzada.

Y retirándose del adarve, despachó con el aviso á uno de sus caballeros, y aguardó la respuesta.

Una hora despues se recibió el permiso, y adoptadas las precauciones indispensables en tales casos, se abrió un portillo y se dejó pasar al heraldo, al caballero Eduardo de Almeida, y á su comitiva. Desde la muralla de la ciudad hasta el pabellon del rey dos filas compactas de ginetes y lanceros de á pié formaban una estrecha calle para el paso de la embajada.

Segunda vez se anunció la presencia de esta á don Fernando, que ya esperaba sentado bajo un sólio de tisú de oro, y rodeado de su córte y de los caballeros escogidos que componian la guardia de su persona. Eran de la primera el cardenal de España, que ocupaba una silla al pié de la estrada real, el almirante de Castilla, el maestre de Santiago, don Pedro Manrique y el duque de Alba: entre los caballeros de la guardia figuraban

Pulgar, Fadrique Henriquez, Ramiro de Guzman, señor de Tovar, y un jóven de modesta apariencia, continente marcial sin afectacion, elevada frente y ojos negros y brillantes.

—Que entre el caballero Almeida, la primera lanza del mundo y de Portugal, dijo el rey con un tono enfático que hizo asomar la risa á los labios de todos los presentes.

El embajador entró á poco, precedido de su heraldo, y seguido de dos pages que conducian su yelmo y sus guanteletes de acero. Era el portugués un hombreton de treinta y cinco á cuarenta años, arrogante figura, barba rubia espesa y ensortijada: su presencia imponia cierto respeto meritable. Don Fernando le dijo:

—Hablad, teneis licencia.

—D. Alfonso quinto de Portugal, duodécimo de Castilla....

—Podeis suprimir los títulos, interrumpió el rey. Supongo que vuestro señor es rey hasta de la Luna y gran duque del Cielo Empíreo. Proseguid, y.... no os ofendais por esto.

—El rey mi señor, continuó Almeida con frialdad, os participa que ha escrito al rey de Francia y al Santo Padre, con cuyos auxilios cuenta, y ha comunicado á los grandes señores y pueblos de Portugal y Castilla su determinacion de prenderos inmediatamente, como á usurpador de la corona de mi señora la reina doña Juana, ó de arrojaros de estos reinos, á donde no habreis de volver. Todo ello se contiene mas por menor en el manifiesto de S. A. de que os traigo una copia. Entregadla, Barreira.

El heraldo se acercó al trono, puso una rodilla en tierra, y entregó al rey un pliego enrrollado que en la mano tenia.

D. Fernando sin mirarlo se lo dió al almirante, diciéndole:

—Tomad, primo; esto para tacos de arcabuz.-Y añadió dirigiéndose al embajador: ¿Teneis algo mas que decir?

—Si, rey de Sicilia. El alto y poderoso señor D. Alfonso V. queriendo guardar á vuestra señoría las atenciones de caballero, me manda deciros que no os prenderá, ni os echará del rei-

no; porque os permite salir de Zamora y de Castilla con toda libertad, y os dará escolta, si la hubiéreis menester.

Un murmullo de indignacion resonó en todos los ángulos de la estancia. D. Fernando miró á sus caballeros, y se echó á reir.

—Habeis perdido el juicio? dijo: ¿no veis que el señor don Alfonso, rey de medio mundo, se chancea? Noble Almeida, decid á vuestro señor, que me ha divertido en estremo su embajada, y que agradecido á sus bondades, si algun dia me vence en batalla campal y logra ponerme el pié en la garganta, le perdonaré la vida.

—Ilustre príncipe, replicó Almeida con altanería; el rey de Portugal y de Castilla no se chancea jamás; ni su alferez mayor Eduardo de Almeida ha venido á ser el bufon de vuestra córte. Si en el término de ocho dias no aprovechais la mágnanima oferta del rey Alfonso, tendreis que arrepentiros.

—Basta, orgulloso portugués! prorumpió D. Fernando con energía: ¿no veis que estais apurando mi paciencia? Yo desprecio la generosidad de vuestro rey á quien podeis decir, que si él es caballero y paladin de una hermosa griselda, yo lo soy de la legítima y única señora y reina de Castilla: que señale campo y dia, donde los dos solos cuerpo á cuerpo y brazo á brazo decidamos la contienda: que espero en Dios y en mi derecho derrotarle y matarle: y que si tan magnánimo es, acepte el reto y ahorre la sangre de sus vasallos, como yo estoy pronto á economizar la de los mios, esponiendo solo mi vida.

—Los vasallos de D. Alfonso, contestó Almeida, no se duelen de su sangre; y en prueba de ello, aquí queda esta prenda: recójala el que sea hombre.

Y así diciendo, tomó un guantelete de manos del page que los llevaba, y lo arrojó en medio de la sala.

Todos los caballeros se precipitaron á un tiempo á recogerlo: veinte armaduras se chocaron con marcial estrépito; pero mas ágil que ninguno, el jóven de los negros y brillantes ojos

alzó el guantelete del suelo, y mostrándolo en alto, esclamó:

—Yo le tengo, yo, Gonzalo Fernandez de Córdoba! No olvideis mi nombre, caballero Almeida.

El portugués, entre tanto, ejecutada su accion atrevida, salia de la cámara con paso mesurado y continente fiero. Varios caballeros intentaron seguirle, y detenerle, pero el rey gritó:

—Nadie se mueva! Dejadle ir.

Esta órden fué obedecida aunque con general disgusto, y el temerario Almeida salió de la ciudad desafiando las iras de todo el mundo con su apostura orgullosa y aire de triunfo. Luego que estuvo fuera de las murallas, volvió su caballo, y gritó con voces roncas y destempladas:

—Sepan cuantos caballeros castellanos hay en Zamora que yo, Eduardo de Almeida, los reto por cobardes, y los aguardo á todos y á cada uno dentro de mi tienda; y juro no comer pan en manteles, ni dejar del cuerpo las armas, ni dormir en lecho, hasta haber tomado venganza en ellos de los agravios que he recibido. Y pongo por testigos al cielo y á la tierra y á los hombres, y á las aves, y á los brutos, y á las plantas y á las piedras, de que no he de faltar, asi el sol me falte, á ninguno que me busque.

Despues de este arrogante desafío, el caballero metió espuelas al caballo, y se fué á su campo.

Entre tanto el rey D. Fernando sostenia una disputa contra el cardenal, el almirante y otros grandes de su córte, los cuales reprobaban el combate singular propuesto por el jóven monarca.

—No es prudente, señor, decia el cardenal, esponer la suerte del reino al resultado, siempre dudoso, de un paso de armas. Un descuido, un traspiés del caballo, el accidente mas trivial puede poner en riesgo vuestra preciosa vida y entregar el disputado trono á la Beltraneja y á ese rey aventurero. Si V. A. se obstina en eso, yo y conmigo todos los grandes lo desaprobamos.

—No sé á que vienen esos temores infundados, replicó el

rey. ¿Creeis posible que D. Alfonso me ve venza? Pardiez! Hace ya años que tengo vivos deseos de habérmelas cuerpo á cuerpo con ese desfacedor de entuertos, y ¡vive Dios, que ha llegado la hora! Mi palabra real está empeñada, y no sereis vosotros, señores castellanos, tan celosos de vuestra honra, los que me hagais pasar por fanfarron y cobarde.

—Augusto primo, dijo el almirante, la palabra de los reyes no puede obligarles sino en aquello que está conforme con el interés de sus reinos. ¿Qué necesidad hay de jugar á un albur el éxito de esta contienda, cuando teneis un ejército ganoso de pelear y valientes caudillos que le guien á la victoria?

—¿Y qué necesidad hay de prodigar la sangre, repuso el rey, cuando basta con la de un viejo loco?

Una fuerte gritería y ruido como de tumulto interumpió esta disputa.

—Qué sucede? preguntó D. Fernando. Se habrán amotinado contra el embajador?

El almirante corrió hácia la puerta, y la abrió, á tiempo que llegaban Gonzalo de Córdoba, Pulgar y otros cuantos caballeros de sangre caliente.

—Qué pasa? Por qué esas voces? preguntó á su vez D. Alonso Henriquez.

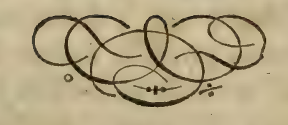
—Señor, dijo Gonzalo, el ejército quiere pelear, y vive Dios que le sobra la razon. El insolente portugués ha retado á todos los caballeros que hay en Zamora, llamándoles cobardes, y yo como uno de ellos y como el mas obligado, vengo á pedir licencia al señor rey para salir inmediatamente á castigar la locura de ese hombre vano.

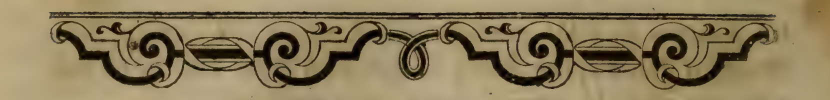
—Tened calma, jóven, contestó el cardenal: cuando llegue la hora oportuna, no seré yo quien se quede el último, os lo juro por Dios vivo! Pero en estos casos vale mas la prudencia que el arrojo. Los portugueses pretenden atraernos fuera de la plaza para ocuparla ellos con las gentes del castillo, ó por medio de algun ardid que nos tienen preparado, y por eso nos provocan. Ni un caballero, ni un soldado ha de salir de Zamora: nues-

tra posicion es esta: continuemos el asedio del castillo, hasta rendirlo, que despues, habrá tiempo para todo. Este es mi consejo, que no dudo seguirá el rey como prudente.

Para dar mas autoridad á la cuerda opinion del Cardenal, entró á la sazon en la cámara el conde de Benavente y dijo que á media legua de la ciudad estaba construyendo el enemigo un puente de madera para pasar el rio, segun aviso que acababa de recibir.

El almirante salió á calmar el ardor de las tropas, logrando á duras penas convencerlas de la necesidad de aguardar algunos dias para conocer á fondo los recursos y la intencion del enemigo.





CAPÍTULO XIII.

Toro.

La embajada impertinente del rey de Portugal no habia tenido, con efecto, otro fin que el de atraer á D. Fernando y á su ejército á una emboscada. Descubierta esta, y desbaratado el plan con algunas escaramuzas parciales, aunque el jóven rey de Castilla repitió el desafio, enviando un heraldo á su rival, éste, receloso de alguna trama oculta para envolverle, si bien aceptó el reto y señaló dia, dió largas al negocio, y se aplazó indefinidamente el combate.

La situacion del ejército portugués iba, entre tanto, siendo algo apurada. Habia ido á Zamora con el objeto de recobrar esta plaza, que debia mantener abiertas las comunicaciones con Portugal, y léjos de poder conseguirlo, ni le era dado recorrer el castillo, ni aun recibia los víveres para su propio mantenimiento, que esperaba por el camino de Toro. Y era que doña Isabel, situada convenientemente, le interceptaba los bastimentos, y hasta tenia en contínua alarma el campo de D. Alfonso, con un puñado de valientes, que á trueque de oir un elogio de su graciosa

soberana, esponian sus vidas para conquistar un giron de tela de una tienda portuguesa, ó cualquier otro insignificante trofeo.

Don Alfonso llegó á temer verse cogido entre dos ejércitos, el de Zamora y otro que suponia existir á la espalda de aquellas molestas avanzadas, que le inquietaban noche y dia. Por otra parte luchaba con el desaliento de sus tropas, que viéndose reducidas á la inaccion delante de una plaza ocupada por el enemigo, comenzaban á dudar de sus jefes.

Otro era el aspecto que ofrecia el real de Zamora: caballeros y escuderos, hombres de armas y simples soldados, todos ardian en el deseo de venir á las manos con los portugueses, y era necesaria toda la habilidad del cardenal Mendoza y el prestigio del rey para contener su impaciencia. Llegó, empero, un dia, en que ya no fué posible demorar la accion, sin esponer el éxito de la campaña.

Al amanecer el primero de marzo, un tumulto espantoso despertó á D. Fernando, que incorporándose en su lecho, llamó á voces á sus servidores. El duque de Alba se presentó armado de todas armas en la cámara, diciendo:

—Pronto, señor, armaos, ó todo lo perdemos.

—Qué sucede?

—Vuestro enemigo ha levantado el campo esta noche; se retira, y el ejército pide á gritos que le conduzcan á su alcance, amenazando nombrarse nuevos jefes, si los que tiene no le llevan á la victoria. El almirante, viendo el estado de los ánimos, ha prometido que V. A. se pondrá inmediatamente á la cabeza de sus guerreros. No les hagais esperar, ó vá á ser imposible evitar la insubordinacion.

—Cuidado no tengamos una retirada falsa, repuso el rey.

No es posible, señor; porque el enemigo ha cortado el puente; señal de que teme se le persiga. Gonzalo de Córdoba ha pasado el rio á nado, y está construyendo balsas para que pase mas gente, y le ayuden á componer el puente roto.

—Pardiez! Inmediatamente, pedid mis armas, mi caballo! Decid á mis valientes, que al punto estaré con ellos, y que hoy

mismo hemos de verle las barbas á Eduardo de Almeida. Corred, amigo.

Pocos minutos despues, el rey á caballo recorria las desordenadas filas de sus tropas, que le recibian con fogosos vítores. El cardenal Mendoza, sin otro distintivo de su dignidad que la muceta morada y la cruz de oro al cuello sobre una bruñida armadura, y llevando pendiente del cinto un largo montante, hacía caracolear un magnífico morcillo de raza andaluza, enjaezado con gualdrapas de seda y oro delante de una division del ejército. El maestre de Santiago D. Pedro Manrique pasaba revista en el campo á la hueste aguerrida de caballeros de su órden. El almirante Henriquez y el condestable D. Pedro de Haro daban órdenes á otros jefes superiores para la organizacion de las fuerzas; y cada cada cual por su lado se afanaba solícito en apresurar los preparativos de marcha.

Era un espectáculo indescriptible, mezcla estraña de agitacion, ferocidad y entusiasmo, el que presentaba aquel ejército ávido de pelear comunicando el espíritu de accion á sus capitanes, que á la vez lo traducian en órdenes, rápida y tumultuosamente ejecutadas. El agudo clamoreo de los clarines, el ronco estruendo de los atambores, el acompasado andar de los tercios ligeros, que marchaban á formar las falanges avanzadas, los saludos á voces de los soldados amigos, que figuraban en diferentes cuerpos, el crugir de las armaduras, el choque de los escudos, el ruido de la caballería, las voces de mando, el chirrear de los carros de guerra y de las cureñas en que iban las pesadas lombardas, todo producia el mas discordante concierto que puede imaginarse.

Dos horas despues todo el ejército estaba perfectamente ordenado fuera de las puertas de Zamora, cada cuerpo con su jefe á la cabeza, el rey en el centro, acompañado de los principales caballeros aragoneses y castellanos, y seguido inmediatamente de su guardia de donceles, todos jóvenes distinguidos por su nobleza y valor personal. El puente habia sido reparado, el enemigo llevaba mas de una legua de delantera; urgía, por con-

siguiente, seguirle á los alcances, y asi es que la señal de partir fué acogida con gritos de alegría, y los diez mil combatientes emprendieron su movimiento casi á la carrera.

Otro pequeño ejército, no menos necesario que el principal, se habia formado instantáneamente y seguia los pasos del primero. Aunque no tenia jefes, no por eso carecia de unidad de pensamiento; componíanlo multitud de mercaderes, judíos la mayor parte, los cuales, atraidos por la perspectiva de la ganancia, conducian en carros y mulas profusion de víveres de toda especie, agua, vino y medicinas para atender á las necesidades fijas y eventuales de la gente de guerra. Algunos de aquellos mercaderes eran proveedores contratados por el rey: los demás habian acudido por su propia cuenta.

Un obstáculo sobrevino al principio de la marcha: la artillería pesada embarazaba el rápido movimiento que deseaban seguir ginetes y peones. Mas como aquella arma poderosa, que con el tiempo ha venido á ser el rayo de las batallas, no era entonces esencial mas que para batir en brecha las murallas de las plazas fuertes, se resolvió dejarla á retaguardia, y pasarse sin ella.

El ardor de las tropas, que parecia ir en progresivo aumento á medida que se avanzaba, y la brillantéz del dia, uno de los mas claros y hermosos de aquel año, hacian presagiar al rey Fernando y á los grandes de su consejo la proximidad del triunfo. Mirábase aquella espedicion como precursora de un gran torneo, en donde se iba á disputar la supremácia de una dama contra la de otra dama, y solo ideas risueñas y pensamientos caballerescos daban pábulo á todas las conversaciones.

—Difícil me parece que demos hoy alcance al *gallo viejo*, iba diciendo D. Fernando á su hermano bastardo, D. Alonso de Aragon y al cardenal Mendoza, que marchaban á sus lados: tiene las alas demasiado duras y vuela como un gerifalte.

—Lo malo será que se meta en su gallinero de Toro, y echemos el viage en balde, contestó el cardenal. Mucho lo sentiria, porque tengo ganas de ver cómo se porta mi viejo compañero Carrillo.

—Pues yo, repuso el rey, no deseo mas que es romperle un ala al *gallo* portugués y otra al *pollo* D. Juan; (*) y encargo á todos que si, *Deo volente*, los alcanzamos estatar de ó mañana, me los dejeis por mi cuenta: es asunto este que debíamos haber arreglado nosotros solos.

—Si escuchais el parecer de todos los capitanes y hasta del último ballestero, dijo el infante D. Alonso, vereis que cada uno cree que es asunto suyo. ¿Quién no querrá venir á las manos con alguno de los *beltranejos* en particular? El pollo, por ejemplo, deberia pertenecerme: sin embargo, me contentaré con el alférez mayor.

—No puede ser, hermano, contestó el rey con viveza. Ese es propiedad de nuestro contínuo Gonzalo de Córdoba.–Y volvió la cabeza para mirar al jóven campeon, que venia detrás entretenido en amistosa plática con otros caballeros.–Ya encontrareis mozos de cuenta en qué escoger: D. Diego Pacheco es una lanza poderosa; y si éste no, allí estarán los dos Girones, que valen un mundo, y el trece de Santiago Diaz de Sandoval, que es duro como un roble. No faltará tela, no: descuidad.

A corta distancia del rey marchaba la flor de la juventud castellana y aragonesa: la conversacion allí era de amores, de justas y galanteos.

Entre estos jóvenes, el mas notable, sino por su mérito, por su clase y brillante apostura, era sin disputa D. Fadrique Henriquez, hijo del almirante, y sobrino de primo hermano del rey. Contaba este mozo unos veinte y dos años; no carecia de valor material; pero infatuado con la elevacion en que le colocára su nacimiento, y habiéndole faltado una educacion acomodada al mismo, era insolente, descomedido, grosero, y creia que todos los demas hombres habian nacido para someterse á sus caprichos. Los otros jóvenes de su edad naturalmente le trataban con despego, y aun algunos le tenian ódio.

(*) Estas calificaciones de gallo y pollo son las mismas que daba D. Fernando al rey de Portugal y á su hijo el príncipe D. Juan. Así los designaba en una carta que escribió á doña Isabel despues de la batalla de Toro.

Uno en particular, algo mayor en edad que D. Fadrique, huérfano de padre algun tiempo hacía, y heredero de un mediano señorío, pero de las familias mas nobles de Castilla, le miraba con profunda ojeriza. Llamábase éste último Ramiro de Guzman, y era señor de Tovar. De ambos hemos ya hecho mencion en diferentes lugares de esta historia.

Ramiro llevaba este dia una banda azul atada al brazo, y en ella bordadas con hilo de oro las iniciales E. S., y debajo de este mote: *soy del valor, no del amor.*

A pesar del significativo sentido de esta letra, el uso que Ramiro hacía de la banda, indicaba bien á las claras que el jóven caballero la tenia en particular estima, y la llevaba mas como prenda de amor que como gala de valor.

Otro jóven habia puesto sus miradas con envidia en aquella presea de la hermosura, que despertaba en su corazon mal dormidos recuerdos. Nuestros lectores no habrán olvidado las simpáticas, aunque cortas, relaciones de Pulgar con doña Elvira de Sandoval. Aquella E y aquella S. ¿no podian significar el nombre de la hermosa aventurera de las montañas de Asturias?

Pulgar no pudo menos de sentir el aguijon traidor de los celos; pero rival generoso, al mismo tiempo que le ahogaba la sangre amontonada en el pecho, pensaba en luchar y vencer á su contrario con las armas que dan el amor y la abnegacion, si por desgracia fuesen ciertas sus sospechas. Pero, ¿cómo esplicar la existencia en poder de Ramiro de una banda que parecia haber pertenecido á doña Elvira? No habia quedado ésta en Asturias, para permanecer allí durante la guerra? O acaso era anterior al viaje de la jóven la entrega de aquella prenda?

Tales eran las reflexiones que se hacia Pulgar, sin poder darse á sí mismo una solucion satisfactoria.

Fluctuando en un mar de dudas seguia el jóven campeon, como un autómata, la marcha de sus compañeros, mirando sin cesar la bordada banda, que arrancaba hondos suspiros á su pecho. A encontrarse á solas con Ramiro le habria pedido satisfaccion de una cosa que para su amor herido constituia una ofen-

sa; pero semejante paso dado en presencia de tanta gente, y cuándo carecia de la certidumbre del hecho que sospechaba, y hasta de derechos á la fidelidad de Elvira, le esponia á ponerse en ridículo, y este es un escollo que huyen siempre los enamorados, quizá por la frecuencia con que, sin pensarlo, se dejan conducir á él.

Mas tarde que Pulgar reparó en esta circunstancia el orgulloso D. Fadrique; el cual inmediatamente refrenó su caballo, y aguardó á que llegase Ramiro. Estos dos jóvenes se miraron con ceño, comprendiendo á la vez recíprocamente sus ocultos pensamientos.

—Celebro mucho, dijo D. Fadrique echando una ojeada significativa á la banda,-celebro mucho conocer por fin á mi bravo competidor en el tercer torneo de la proclamacion de Segovia. Nunca creí que fuéseis vos el orgulloso y poco atento paladin, que ni aun para recibir el premio de manos de la reina de la hermosura, quiso descubrir su rostro.

—Pues bien, yo soy ese paladin, contestó Ramiro; y ya veis que puedo llevar el rostro descubierto. Si en aquella ocasion no lo hice, podeis pensar que fué por no avergonzaros de que mi humilde lanza hubiese derrotado al hijo del primer grande de Castilla.

—Derrotado, decís?

—Dadle el nombre que os acomode, repuso Ramiro, mostrando la banda: ved aquí el premio destinado al vencedor.

Don Fadrique se mordió los lábios. Pulgar interesado en esta conversacion, al ver la accion de Ramiro, se acercó todo lo posible para oir lo que hablaban sin parecer indiscreto.

—No disputaremos sobre eso, replicó el hijo del almirante; aunque ocasion tendremos de averiguar si fué el valor ó la fortuna quien os favoreció con esa presea. Lo que estraño es que hagais ostentacion de ella en un dia como el de hoy, habiendo pertenecido á una dama, cuya familia se ha declarado enemiga de nuestros reyes. ¿No os parece Ramiro de Guzman, que llevar esa enseña es hacer gala de rebeldía?

—Paréceme, señor D. Fadrique Henriquez, que á leal y buen caballero no me gana ninguno del rey abajo. Ya veis que esta prenda no revela absolutamente las opiniones políticas de la que fué su dueña; y puesta en mi brazo significa..... ¿quereis saberlo?- significa que el amor no reconoce partidos, y que puede llegar un dia en que se abracen y estrechen personas que hoy militan en diferentes bandos.

Pulgar escuchaba esta disputa con vivo interés, pues creia encontrar en las alusiones de los dos contendientes la esplicacion clara y precisa de las dudas que asediaban su entendimiento. Una dama, cuya familia militaba en el bando portugués: ¿quién podia ser para su espíritu visionario de enamorado sino doña Elvira? Si no era ella, por lo menos las apariencias conducian á creerlo así: por lo menos la duda tomaba cuerpo de probabilidad, prestando alimento á la hoguera de los celos. Se hacía indispensable para nuestro jóven una esplicacion. Pero, ¿cómo, y á quién pedirla? Dos competidores se presentaban: el uno al parecer favorecido; el otro temible por su elevada posicion.

En tal estado se resignó á seguir escuchando, aunque temia á cada momento oir la revelacion completa que aguijoneaba su impaciente curiosidad.

—El amor habeis dicho? repuso D. Fadrique en tono sarcástico. Me parece que os engaña la linda rebelde.

—No me creo obligado á daros cuenta del estado de mis negocios, ni este es el lugar ni la ocasion convenientes, para hablar de ese particular, respondió con seriedad Ramiro. Si tanto interés os tomais por la hermosa rebelde, á pesar de vuestra indudable adhesion á la causa de nuestros reyes, cuando estemos menos acompañados, y ella no se encuentre tan léjos de nosotros, podremos arreglar nuestras desavenencias.

—¿Me retais, vive Dios!

—Ya sabeis que puedo hacerlo.

—Y quién sois vos para atreveros á pensar que podeis medir conmigo las armas?

—Soy el vencedor en el torneo de Segovia.

—Insolente!

Don Luis Osorio, Pulgar y Gonzalo de Córdoba se interpusieron entre los dos jóvenes, que empuñando las espadas, se miraban con ojos encendidos en ira; é invocando la presencia del rey, que á pocos pasos les precedia, lograron separarles, y evitar un sangriento choque.

Como persona de mas representacion y autoridad, el capitan Osorio, dijo:

—Guardad, señores, vuestras rencillas personales para tiempo y lugar mas oportuno: pues no es honroso para hombres de vuestra valía aparecer rivales y desunidos cuando á combatir vamos todos por una misma causa. Callen los ódios por hoy; mañana tendreis tiempo, si es que el negocio lo merece, de hacer hablar al acero.

Don Fadrique se encogió de hombros con ademan de desprecio, y picando á su caballo tomó la delantera; mientras que el señor de Tovar permanecia en su puesto, mirándole con rencor.

En esto habia llegado el ejército á la mitad de la jornada: el rey mandó hacer alto en una estensa llanada que á orillas del rio se dilataba, y habiéndose desplegado la tienda real en el centro, y en los puestos convenientes las de los principales jefes, se colocaron avanzadas de observacion, y se procedió á restaurar las fuerzas, consumiendo una parte de los víveres.

Una hora despues, los adalides penetraban en un estrecho desfiladero, formado por una cadena de escarpadas montañas á la derecha, y á la izquierda por las aguas del Duero. Veíanse á trechos esparcidos por el suelo restos de cadáveres, caballos muertos y armas rotas, indicios de que aquel parage, tan adecuado para las sospresas, habia sido teatro de recientes luchas entre los proveedores del ejército luso-castellano y los atrevidos guerreros de doña Isabel.

Los adalides, conociendo los peligros de aquel trayecto, destacaron esploradores que fuesen descubriendo el terreno desde las alturas; pero ningun obstáculo, al parecer, se oponia á la espedita marcha del ejército. Solo á cosa de las tres de la tarde,

y cuando ya se iba venciendo el desfiladero, se oyeron algunas voces de alarma.

—Los portugueses! Los beltranejos!

El almirante soltó riendas á su caballo, y corrió á saber por su propia inspeccion cual era la causa de aquellas voces. No era otra sino que la retaguardia de D. Alfonso, picada ya por la vanguardia de D. Fernando corria desbandada á resguardarse con el grueso de su ejército, el cual, situado en una llanura cerca de Toro, comenzaba á tomar posiciones para hacer frente á su enemigo.

La hora del combate habia llegado mas pronto de lo que se esperaba. D. Fernando reunió en consejo á todos sus capitanes para decidir lo que hacerse debia en aquel trance. Algunos opinaban que se escusase la batalla, alegando el cansancio de los soldados.

—Preguntadlo á ellos, dijo el rey. Mas cansados estarán mañana de nuestra prudencia, que hoy de la jornada. La fatiga igual es por ambas partes, y de la nuestra tenemos el deseo de combatir. A ordenar, pues, las líneas, y que hable el hierro.

—Viva D. Fernando! Viva doña Isabel! Santiago! San Jorge! gritaban en todas partes los guerreros impacientes.

—Los oís? A qué esperarnos? dijo el rey.–Vos, primo con el de Alba, ocupad mi izquierda; vos cardenal haceos cargo del ala derecha en union con mi hermano; seis batallones os doy de arcabuceros y ballesteros y los hombres de armas de Leon y Galicia. Yo mandaré el centro con mis falanges de caballeros.

En breves momentos se hizo todo como lo habia mandado el rey, quedando los dos ejércitos uno en frente del otro, y viéndose y reconociéndose como enemigos muchos que, en tiempos no muy distantes habian comido y peleado juntos.

El ala derecha del ejército portugués, que se apoyaba en el rio, era mandada por el arzobispo de Toledo en persona: en el centro estaba el rey Alfonso V, con el grueso de los caballeros y hombres de armas, apoyado por una numerosa reserva. La izquierda compuesta de arcabuceros y lanzas tenia por jefe al in-

trépido príncipe D. Juan: distinguíase á un estremo de esta ala, entre ella y el cuerpo del centro una division de gente dura, equipada muy á la ligera, y con anchos capotes pardos sobre flexibles mallas, parte caballería y parte ballestería: era la falange del alcaide de Castronuño, con su jefe á la cabeza.

Pronto sonó en ambos campos la señal de acometer, y avanzó con ardor el ala derecha del ejército de D. Fernando; el príncipe D. Juan de Portugal la aguardó á pié firme, pero recibiéndola con un nutrido fuego de arcabucería, que diezmó sus filas.

Tres veces reorganizaron los desechos batallones el cardenal de España y el infante de Aragon; tres veces los condujeron á la pelea, pero siempre fueron rechazados, sin que los portugueses cedieran un palmo de terreno; y á la tercera, aprovechando la confusion, los hombres de armas y la division auxiliar de Castronuño, cayeron de improviso sobre aquellos, y los acuchillaron, obligándoles á buscar un refugio contra la muerte en el estrecho desfiladero que á la espalda tenian.

—A mí! los valientes de Aguilar! Santiago! Santiago! gritó Gonzalo de Córdoba á sus ciento veinte lanzas. (*)

Y cruzándose con esta formidable hueste entre los perseguidos y los perseguidores, cerró con estos, desordenó sus compactas filas, y cual un leon fiero en un rebaño de ovejas, comenzó á herir y matar en ellas con tremenda furia.

Pulgar, entre tanto, se empinaba sobre sus estribos, envidiando la suerte de Gonzalo, y anhelando que le llegase el turno de poder señalarse en esta empeñada refriega. Era, sin embargo, la primera batalla formal que presenciaba.

Llegó por fin para él el momento deseado. Viendo el rey como iban de vencida los campeones del príncipe portugués, mandó llamar su reserva para que reforzase los batallones de su hermano, y en seguida hizo dar á su centro la señal de acometer. D. Alfonso, que observó el movimiento de su rival, no le aguardó en su puesto. Los dos centros, lo mas brillante y aguer-

(*) Unos mil hombres entre caballeros y peones. Los mantenia D. Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo

rido de ambos ejércitos, avanzaron á un tiempo, y se encontraron con tremendo empuje en medio de la llanura. El almirante y el duque de Alba por un lado y el arzobispo Carrillo por otro, siguieron el movimiento y la batalla se hizo pronto general en toda la línea.

Gonzalo Fernandez, conseguido su objeto, replegó sus fuerzas hácia el centro, á tiempo que se vió ondear ufano el real estandarte de Portugal. D. Fernando lo señaló con la espada y gritó al jóven compeon.

—Allí, Gonzalo, allí está vuestro negocio!

El novel héroe no aguardó segunda órden; metió espuelas á su caballo y penetró con su gente entre lo mas florido de los escuadrones enemigos, gritando:

—Aguilar! Aguilar! Santiago! Santiago!

Lo que pasaba en aquellos momentos no se puede describir: la fuerza y el valor personal, no la pericia de los jefes, debia decidir el éxito de esta tremenda lucha, en que los combatientes peleaban cuerpo á cuerpo, buscando cada uno su enemigo particular. Las lanzas habian quedado rotas á los primeros encuentros: la espada, la maza, el hacha de armas y el puñal eran los instrumentos de muerte, que con sordo estruendo se agitaban; y aquel tremendo rumor, dominado por los alaridos de guerra, los relinchos de los caballos y los ayes de los moribundos, pudiera compararse á los bajos de una inmensa orquesta en una sinfonia de Bellini, ó con mas propiedad, al bramido del mar en tempestad, cuando se traga la tripulacion de un navío.

En la imposibilidad de pintar el conjunto de aquel palenque monstruoso, referiremos algunos encuentros y rasgos particulares.

Gonzalo Fernandez, metido en el centro de los escuadrones enemigos, acabó por encontrar á su adversario. Levantóse en los estribos, y trazando un semicirculo con la espada, gritó á sus escuderos:

—Esa presa es mia! nadie me ayude á disputarla!

Eduardo de Almeida conoció el intento de su enemigo, y se preparó á defender el pendon real, que ostentaba en la mano.

Tremendo fué el choque de los dos caballeros: el escudo de Gonzalo vino al suelo hecho pedazos, y la armadura del portugués quedó falseada y rota á los primeros golpes. Firmes ambos en los estribos, ambos valientes y diestros campeadores, la muerte de uno y otro parecia deber ser el término de su espantosa lucha.

Los hombres de armas que los seguian no pudieron permanecer ociosos en presencia de sus jefes, y los portugueses agrupados en torno al estandarte real, oponian un muro de acero á los valientes de Aguilar.

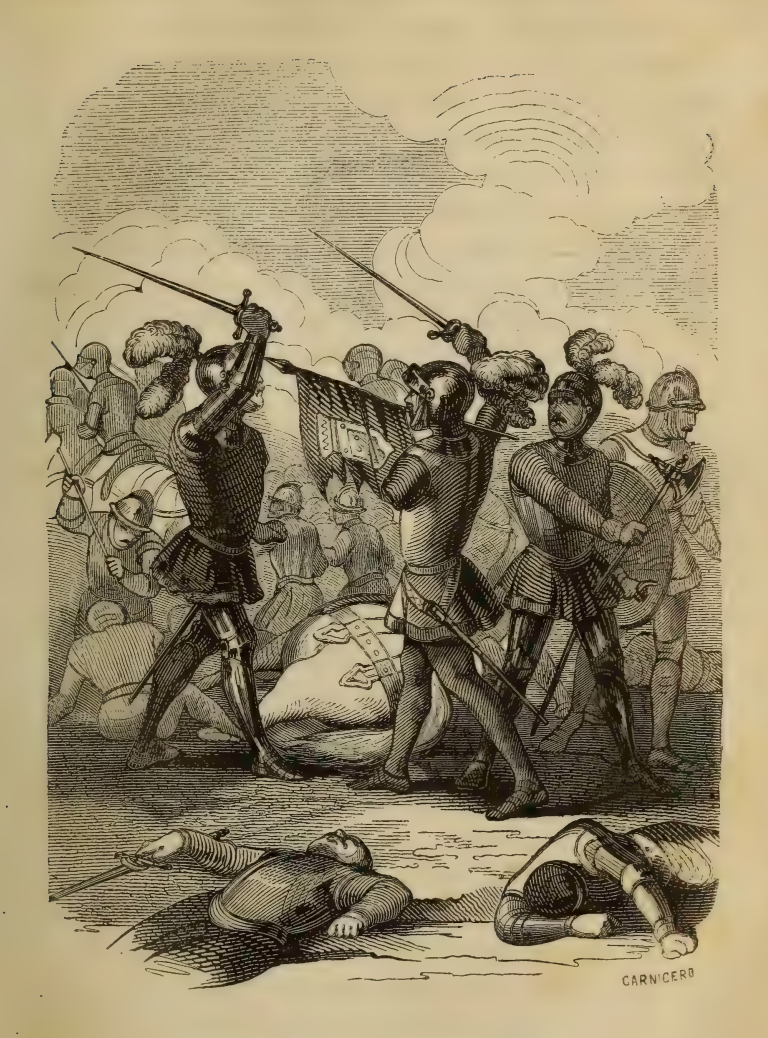
Entre tanto Eduardo de Almeida mostraba con los hechos que no solo sabia bablar: era sin disputa el guerrero mas duro y temerario del ejército luso-castellano.

Un dardo arrojadizo vino á dar en el pretal del caballo que montaba Gonzalo, y con tal acierto, que el noble bruto, atravesado el corazon, dobló las rodillas y cayó muerto. El valiente caballero dirigió la punta de su espada al cuello del bridon de su adversario y lo degolló de un golpe. Ambos quedaban iguales: pero entonces se representó una escena heróica, sublime de horror.

Al bajar desmontado el héroe portugués, la espada de Gonzalo cayó sobre su hombro izquierdo, y le cortó el brazo á cercen, á pesar de la armadura. El estandarte iba á ser presa del terrible castellano; pero Almeida, lanzando un espantable grito de rabia, cogió aquel del asta, empuñada todavía por la mano separada de su cuerpo, mientras Gonzalo de Córdoba lo afianzaba por el otro estremo, y en tal estado se trabó una lucha de fuerza en que el estandarte quedó despedazado. Almeida venció al fin, y cogiéndolo entre los dientes, vibró de nuevo la espada.

—Ríndete! ríndite! le gritaba Gonzalo: eres mio.

Pero el alférez mayor, sin escucharle, repetia sus golpes con la rabia de la desesperacion: sus hombres de armas le habian dejado solo.



Un héroe de la batalla de Torozo.

Un nuevo tajo de Gonzalo le privó del brazo derecho. Entonces el bravo campeon, se arrojó al suelo y cubrió con su cuerpo el asta de la enseña real portuguesa, que era lo único que habia quedado de ella. Pocos momentos despues entregaba su alma al Criador este noble héroe, digno de mejor fortuna.

Otra escena de índole diversa se representaba no léjos de allí. Ramiro de Guzman, rodeado por un grupo de ginetes de Pedro Mendaña, defendia su vida y una bandera que habia cogido, parapetándose con el cuerpo de su caballo muerto. En aquel momento llegaba Pulgar con sus bravos escuderos, que habian hecho aquel dia prodigios de valor. El jóven caudillo llevaba la espada roja de sangre hasta la empuñadura. Reconocer al que presumia fuese su rival y precipitarse como un rayo sobre sus feroces enemigos, fué todo uno. De diez que eran, cinco quedaron tendidos en el campo, los otros huyeron espantados.

Ramiro tendió la mano á su libertador, y le juró amistad eterna.

Entre tanto uno de los escuderos de Pulgar, el gigantesco Diego de Baena, se habia separado de sus compañeros y peleaba cuerpo á cuerpo con un campeon que llevaba sobre sus hombros las insignias de comendador de Santiago. Eran raros los caballeros de esta órden que militaban bajo el estandarte portugués. A los pocos encuentros, el jayan de Pulgar hizo caer del caballo á su contrario, y saltando del suyo, le puso el pié en el pecho, y la daga en la visera.

Fernando del Pulgar vió esta lucha de léjos, y un frio glacial le circuló por las venas.

—No le mates! No le mates! gritó con desaforado esfuerzo, lanzándose hácia aquel puesto á todo correr de su caballo.

Al llegar al lugar de la refriega, oyó al vencido que decia con voz ronca.

—Mátame, quiero morir.

Pulgar se tiró del caballo, y detuvo el brazo de Diego de Baena.

—Qué vas á hacer? le gritó. Si le matas, prepárate á morir á mis manos.

Diego de Baena le miró con asombro.

Pulgar levantó la celada al caballero vencido, y al reconocer sus facciones dió un grito de alegria.

—Era él, no me engañé, dijo.

Al mismo tiempo Diego de Baena retrocedia horrorizado murmurando:

—Es mi padre!

Fernando del Pulgar ayudó al caballero á levantarse, diciéndole.

—Señor de Sandoval, mi vida defiende la vuestra. Venid conmigo, quiero salvaros.

El comendador se levantó de mal talante, y aceptó el ofrecimiento del jóven, que ayudándole á montar, se alejó con él del campo de batalla.

Esta iba ya de vencida: el rey Fernando, con un cuerpo de caballeros se habia metido en medio de la refriega, y perseguia á su rival D. Alfonso. Hubo un momento en que estuvo á punto de acorralarle y prenderle; pero el príncipe D. Juan cayó de improviso, y obligó al rey de Sicilia replegarse.

Esto no le aseguró sin embargo, la victoria. D. Alfonso, protegido por Pedro de Mendaña, tuvo que huir y refugiarse en el castillo fuerte de Castronuño, mientras su hijo se parapetaba en un alto con algunos caballeros, y sus huestes dispersas en todos direcciones, buscaban su salvacion en la fuga. Parte de ellas que intentó refugiarse en Toro, pereció al filo de la espada en el desfiladero del puente, y sus cadáveres arrojados al Duero, llevaron á Zamora la noticia de su sangrienta derrota.

La noche sobrevino oscura y tempestuosa. El fulgor de los relámpagos alumbraba aquella vasta llanura cubierta de cadáveres y dispersos miembros, entre los cuales hormigueaba la soldadesca vencedora, despojando á sus enemigos muertos ó moribundos; y allá en una eminencia resonaba entre el fragor de los truenos el clarin portugués llamando á los guerreros desbandados.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE.



LIBRO SEGUNDO.

LA JUSTICIA DE LA REINA.

CAPITULO PRIMERO.

Los postres de doña Isabel.

Qué alegre rumor es aquel que se levanta en las calles y plazas de Valladolid? Por qué se ha estendido en ellas arena y juncia, y el pueblo bullicioso las recorre impaciente, hollando con sus plantas la cárdena violeta y el aromático mastranzo?

Es que la córte de Castilla espera al vencedor de Toro, dos meses despues de su triunfo. Por eso las fachadas de la catedral y del real palacio están cubiertas de rojo damasco, las ventanas y miradores particulares ostentan colgaduras vistosas y toda la

carrera desde el puente Mayor hasta Santa Maria, pasando por la plaza de San Pablo, es un jardin contínuo é improvisado.

Escuchad el murmullo de la poblacion: en todas partes se refieren las hazañas del jóven rey Fernando, y al paso que los hombres elogian su valor y el de los héroes que le acompañan, las mujeres relatan enternecidas su generosidad nunca vista.

La multitud se agolpa con preferencia en la plazuela de San Pablo, porque espera ver salir de palacio á la reina, que piensa recibir á su esposo en las afueras de la ciudad.

—Mirad, mirad, gritó una vieja alta y seca, señalando á un hombre rechoncho y de fisonomia ordinaria, que salia del palacio.-Allí viene el proveedor de la cocina real, que podrá informarnos bien de todo.

—Si, si, vamos á preguntarle, dijeron á un tiempo varias mujeres que junto á ella estaban.

Y todas corrieron al encuentro del proveedor, que se vió de pronto rodeado y sin poder andar.

—Eh! paso, paso! gritó el buen hombre, defendiendo con las manos cruzadas su voluminoso vientre.

—No tengais tanta prisa, maese Bonifacio, le dijo la escuálida vieja. Dadnos algunas nuevas, vos que sabreis muchas cosas buenas. Vamos, sed amable con nosotras.

Maese Bonifacio enarcó las cejas, miró por alto, dándose importancia y repuso:

—Si supiérais lo que yo sé!

—Vamos, decidnos, decidnos algo.

—La reina ha dispuesto recojer todas las mujeres desoficiadas, y mandarlas á hilar en los conventos de monjas.

—Eh! Dejaos de bromas!-Bueno está eso!-Vaya una salida! chillaron á una todas las curiosas.

—No lo tomeis á broma, repuso Bonifacio: S. A. dice, y con razon, que las mujeres vigardas son como los zánganos en las colmenas, que se comen la miel sin dar provecho, y quiere que hilen para suplir los vestidos que el rey ha dado á los prisioneros portugueses.

—Con que es cierto que el rey ha mandado vestir á los prisioneros?

—Qué habia de hacer? Como que los llevaron á Zamora tan desnudos cual los parió su madre. ¡Pobres diablos! Y no es solo esto, sino que S. A. les ha dado dinero y mandó salir compañias volantes para protejer la vida de los fugitivos; porque los mataban en los pueblos, como si fueran langostas.

— Y decidnos, ¿es verdad que se ha escapado el rey de Portugal?

—Tan se ha escapado, que no doy por él un ardite. Se ha vuelto á su tierra con su desposada la Beltraneja, de quien diz que está enamorado.

—Enamorado! El viejo! Jah! jah! jah! jah!

Una carcajada general formó coro á las últimas palabras de Bonifacio: y con efecto el anciano rey Alfonso se habia enamorado de su sobrina, que apenas contaba entonces diez y seis años.

—De suerte, repuso la vieja, que ya se ha concluido la guerra?

—Eso es lo que yo no sé: todavia queda el rabo por desollar.

—Pues cómo?

—Como que el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena con sus parientes los Girones se han corrido hácia Estremadura, y en Fuenterrabía están los franceses.

—Malditos! No nos dejarán en paz!

—Ni vosotros á mí, dijo por último Bonifacio, haciendo un esfuerzo para escapar. Ea! Dejadme ir á mi negocio, que es tarde, y no tengo el tiempo sobrado.

—Esperad, esperad, seor Bonifacio, dijo una mozuela relamida, deteniendo al proveedor por el faldon del tabardo. ¿Sabeis si viene con el rey el conde de Paredes?

—No; porque ha quedado en Zamora muy mal herido. Pero, ¿qué tiene que ver la marilinda con el señor maestre de Santiago?

—Nada tengo que ver con el señor conde, ni á vos importa

el por qué lo pregunto, repuso la muchacha poniéndose colorada.

—El por qué ya se sabe. Adios, adios! replicó Bonifacio sonriéndose con malicia.-E inclinándose al oido de la jóven, añadió:-El conde no viene, pero vienen sus caballeros y gentes de armas.

—Gracias, seor Bonifacio, contestó la jóven.

El proveedor abrió paso con las manos y siguió su camino.

Durante esta conversacion no habian cesado de entrar en el palacio real personages notables por su clase y posicion. De cuando en cuando se oia gritar:-Plaza! Plaza al poderoso, al ilustre ó al noble señor tal.... Y se veia llegar atropellando á la muchedumbre una larga fila de hombres de armas, escuderos y pages, con rozagantes vestidos de seda y costosos blasones al pecho, precediendo al sugeto nombrado, que dejando á su gente en la plaza ó en los patios, penetraba solo en la régia morada. De este modo fueron llegando el obispo, los miembros del ayuntamiento, Juan de Vivero, D. Alonso de Cárdenas, hijo del maestresala D. Gutierre, D. Juan Chacon, y otros muchos caballeros de alto rango.

La gente se apartaba para dejarlos pasar, y se descubria respetuosamente; pues el pueblo bajo de aquella época, si bien murmuraba en secreto de la magnificencia de los poderosos, y maldecia tal vez á los que brillaban á costa suya, tenia en público las mas humildes y aun afectuosas deferencias con la alta nobleza, en quien reconocia la superioridad de las glorias militares, y del valor personal.

Un caballero pasó á escape el puente Mayor sobre el Pisuerga, y fué á echar pié á tierra en la puerta del palacio. Pocos momentos despues se notó dentro una grande actividad: todos los personages que habian acudido para acompañar á la reina, y los que componian su corte, comenzaron á salir por el órden que les correspondia, segun su clase, y por último apareció doña Isabel montada en un hermoso caballo blanco, y adornada con deslumbradora magnificencia: llevaba en una mano las riendas de

raso blanco bordado de oro, un manto de brocado sobre los hombros, y en la cabeza un sombrero ceñido con una figurada diadema. El obispo de Valladolid iba á su derecha, y á su izquierda D. Gutierre de Cárdenas. Seguíanla sus damas y una escolta de pajes adolescentes, hijos de las principales familias de Castilla: entre dos de ellos llevaban una ancha bandeja de plata cubierta con un paño de seda y oro.

La muchedumbre dobló la rodilla al ver á su soberana en toda su magestad, pero doña Isabel hizo un ademan para que todos se levantasen,y entonces sucedieron las demostraciones de amor á las del mas merecido respeto. Millares de voces poblaron los aires aclamando á la reina, mientras una multitud de jóvenes, vestidas de blanco y coronadas de rosas, se adelantaban á la régia comitiva, tocando instrumentos armoniosos y bailando al compás de la música.

Desde el palacio hasta el puente no cesaron de repetirse los ardientes vítores del pueblo, que de este modo revelaba su participacion en el regocijo de sus reyes. Al dar vista al rio, doña Isabel quedó un momento suspensa contemplando el aguerrido ejército vencedor, cuyos escuadrones y tercios ocupaban la llanura á la derecha del camino. Viniendo de Peñaflor, último refugio del alcaide de Castronuño, que habia quedado sitiado, aquel ejército habia hecho noche en Villanubla, para presentarse á la reina en un estado brillante.

—Seguidme, señor obispo, dijo doña Isabel, buscando con la vista á su esposo: seguidme y bendecireis á esos valientes, que han asegurado la corona en mis sienes, y la paz del reino.

Diciendo esto, la reina tomó la delantera de su comitiva, y se encontró de pronto con D. Fernando que á su encuentro venia. Los dos afortunados esposos, se detuvieron al verse, y haciéndose tres reverencias, se acercaron el uno al otro. Al mismo tiempo las bandas militares hicieron estremecerse los aires y los corazones con sus marciales armonías.

Doña Isabel se quitó el sombrero, y presentó la megilla á don Fernando, el cual le dió un ósculo de amor.

El ejército y el pueblo prorumpieron en vivas aclamaciones.

—Oh! Qué feliz me haceis, Fernando! murmuró la reina al oido de su esposo. Habeis triunfado dos veces: una derrotando á nuestros enemigos, y otra socorriendo al vencido. ¡Ah! Sois grande, sois como yo os quiero!

Era ciertamente un espectáculo arrobador el que presentaban aquellos dos séres en toda la lozanía de su juventud, pues el mayor apenas contaba veintiseis años, adornados con las brillantes galas del poder, de la fortuna, de la virtud y del amor. La imaginacion exaltada por el sentimiento se complacia en revestirlos de una aureola de gloria, que debia tomar incremento á medida que transcurriesen los años. Isabel presentándose en público á recibir á su jóven esposo vencedor, despues de haber contribuido al triunfo de sus armas, enaltecia á la faz de su pueblo el mas dulce sentimiento de la mujer: daba el ejemplo de las virtudes conyugales, y al mismo tiempo pareceia decir á Castilla entera: «Mira si es digno de tu grandeza el esposo que ha elegido mi corazon.»

Y es que, con efecto, si bien Fernando solo no habria sido en la historia mas que un rey batallador y astuto, unido á Isabel estaba destinado á brillar como héroe y gran reformador, siquiera fuese de ella esta gloria, que su modestia y su cariño no le permitiera nunca dejar de compartir con el compañero que habia escogido.

Era esta la primera ocasion que se presentaba de hacer ostentacion ante el pueblo castellano del mérito de Fernando. La reina despues de pagar dulce tributo á sus íntimas afecciones, hizo seña para que se acercasen los pajes que conducian la bandeja cubierta, y levantando el paño con sus manos, dejó ver varias bandas de seda bordadas con esmero. La que habia sobre todas deslumbraba la vista con su magnificencia. Isabel la tomó, y mostrándola al rey, le dijo:

—Esta banda la he bordado para el vencedor de Toro. ¿Tendreis á bien aceptarla?

—¿Cómo no, repuso Fernando, si es el don del amor y de la hermosura?

La reina colocó la magnífica banda sobre los hombros de su marido, el cual dijo:

—Yo tambien tengo un presente que ofreceros, señora mia.

Y volviéndose á uno de sus caballeros le dió una órden verbal que no pudo oirse. El caballero partió á recorrer las filas del ejército, de entre los cuales iban saliendo otros á medida que él pasaba, trayendo en las manos banderas desplegadas. Nueve se presentaron delante de los escuadrones, que conservaron inmóviles su formacion.

—Ved allí los trofeos de la victoria, dijo el rey á la reina: ocho banderas se han cogido al enemigo, y el asta del estandarte real portugués, en la cual viene la mutilada armadura del valiente Eduardo de Almeida, que lo conducia. Venid, señora, y aceptad esas enseñas, testimonio del valor de vuestros castellanos.

Isabel acompañó á su esposo, haciendo que la siguiese toda su comitiva, y se acercó á los caballeros vencedores, los cuales tremolaron con orgullo las banderas cogidas al enemigo; y las rindieron á los piés de su jóven soberana.

Esta, entre tanto, no podia disimular su emocion. Veia en aquellos duros guerreros el gérmen de la grandeza de su patria, que habia sido el pensamiento de toda su vida.

—Nobles campeones, les dijo: el triunfo alcanzado por vuestro esfuerzo y el de todo el ejército que os contempla, llena mi corazon de placer; pero de un placer amargo, porque representa la derrota y la humillacion de nuestros hermanos. Esto no amengua el mérito que habeis contraido, y que voy á recompensar con un recuerdo de mi gratitud, para que sirva de estímulo á todos. Dias de gloria os esperan: cuando llegue la hora de vencer á los enemigos de Dios y de la patria, entonces, si yo no estoy á vuestro lado, acordaos de mí.

—Viva la reina! Viva el rey! gritaron los caballeros; y sus voces fueron repetidas por todo el ejército.

Isabel tomó en seguida las otras bandas, y fué repartiéndolas entre los nueve campeones, cuidando de advertirles que habian

sido bordadas por ella misma. Les dirigia la palabra en particular, nombrándolos, para que viesen que no olvidaba á los que bien la servian, y de este modo, con su dulzura llena de magestad, cautivaba los corazones.

—Tomad, buen Gonzalo Fernandez, dijo al arrogante mozo vencedor del alférez mayor de Portugal, que ostentaba en lugar de bandera la rota armadura de aquel héroe: os doy esta banda que yo he labrado, pues bien la mereceis. Escelente principio habeis dado á vuestras hazañas. Seguid por ese camino, que yo os lo premiaré, y rogaré á Dios por vos cuando entreis en batalla.

El arrogante jóven tomó la banda y la besó enternecido. La reina pasó á felicitar á cada uno de los otros héroes. Entre ellos estaba Pedro Arias.

—Tambien vos, mi valiente amigo, haceis como los mozos. Puedo deciros que la dama á quien obedeceis está ya desagraviada, y os devuelve la libertrd. Esta banda, que yo he bordado, sentará bien cruzada en vuestro blason.

El último de todos estaba Ramiro Nuñez de Guzman.

—¡Cómo habia de faltar un Guzman entre mis bravos! le dijo la reina. Recibid, pues, el premio que doy á mis paladines.

—Mi deber me manda, señora, contestó Ramiro, no aceptar un don que tantos envidiarian. Yo he ganado esta enseña en buena lid; pero si la conservo y con ella la vida, el mérito es de Hernando del Pulgar, y no mio.

—Sin embargo, repuso la reina, yo os mando llevar esta banda en memoria de vuestro valor. Pulgar tendrá vuestra amistad y mi aprecio.

El caballero tomó la banda, y la besó, poniéndola sobre su corazon.

Terminada la distribuicion de los premios, la reina y el rey con sus repectivos acompañamientos se pusieron á la cabeza del ejército victorioso y entraron en la ciudad, encaminándose á la catedral. Durante el tránsito una lluvia de flores caia de todas las ventanas y miradores, y la multitud apiñada en las calles sa-

ludaba á los príncipes y á sus soldados con repetidos vítores, uniendo sus entusiastas voces al sonoro clamoreo de las campanas.

Poco despues el ruido seco de las espuelas y armaduras resonaba con marcial estrépito bajo las bóvedas de la catedral. Los reyes tomaban asiento en un lugar preferente del coro, y los trofeos de la victoria eran ofrecidos á Dios, mientras las armonías del órgano entonaban el himno *Tedeum laudamus*, y nubes de incienso envolvian el tabernáculo en blandas espirales.

Dadas gracias al Altísimo por la victoria, los reyes se retiraron á su palacio, donde se preparaba un banquete para obsequiar á los generales y á los héroes que mas se habian distinguido en la batalla de Toro, y el ejército fué enviado á descansar de sus fatigas, despues de recibir abundantes provisiones de carne y vino para celebrar á su modo la festividad del dia.

No nos detendremos á describir la magnificencia del banquete régio. Diremos solo que, siendo el objeto de la reina, obsequiar á sus campeones, para éstos fué toda la profusion y riqueza de esquisitos manjares; mientras que ella, en compañía de D. Fernando, D. Alonso de Aragon, y del cardenal Mendoza, se limitaba á disfrutar su modesta comida ordinaria, si bien aumentada con algunas golosinas preparadas por su mano, y sazonada con la salsa inapreciable de la felicidad.

Ocupaban los príncipes y el cardenal una pequeña estancia, no léjos del vasto aposento donde se celebraba el festin de los guerreros. Su mesa en la cual brillaban como el mejor adorno las aromáticas flores de la estacion, colocadas en canastillos de filigrana, era servida por jovencitas, hijas de los primeros nobles del reino; entre las cuales llamó desde luego la atencion del rey una, que á trece años no llegaba, y que se distinguia por su rara hermosura y por el aire de profunda melancolía que bañaba su delicado semblante.

—Cuanto he temido por vuestra vida, señor! dijo la reina, mirando con dulzura el tostado rostro de su marido. Nunca hubiera sospechado que diéreis al valor mas de lo que exige la

prudencia, esponiéndoos á tan graves peligros por mi causa; pues aunque es cierto que el ejemplo de los reyes vale mas que sus órdenes, vuestro arrojo ha sido estremado.

—Eso me decia el señor cardenal, contestó el rey: que no espusiese mi persona; pero ¿habria sido mejor manifestar cobardía en presencia de un ejército rabioso, como el que habeis puesto bajo mi mando? Diantre! son calientes como el fuego vuestros castellanos, señora, y os confieso que yo no los conocia.

—Por fin les haceis justicia!

—Si, ciertamente: ademas, señora, prosiguió el rey, mirando á las jóvenes de la servidumbre con algun deleite; ¿qué caballero no espondria su vida por recibir de vos tan buen trato? Nos haceis servir por ángeles.

Y fijándose en la interesante niña que antes hemos mencionado, y que á la sazon le presentaba un plato, añadió:

—Bella criatura! como te llamas?

—Francisca Monte de la Isla, señor, humilde servidora vuestra, contestó la niña; bajando los párpados ruborizada.

—No he oido nunca esos apellidos, dijo D. Fernando, dirigiéndose á la reina.

—No es de estrañar, señor, repuso doña Isabel; porque Francisca, aunque noble, no pertenece á las grandes familias de Castilla. Es una huérfana de madre, á quien yo protejo, y á quien nunca abandonaré, porque es muy buena niña.

—Esta, dijo el cardenal, es hija de aquel Montesino de la Isla, que os pidió justicia en Arévalo contra cierto ricohombre de Galicia, segun me escribísteis. Por cierto que, con las andanzas de la guerra, no he vuelto á saber nada de él, ni de su asunto.

—Yo sí; pues la guerra no me ha impedido ocuparme en otras cosas no menos importantes. A Montesino le ha sucedido lo que tiene que suceder en nuestros reinos, mientras el rigor de la justicia no allane todas las barreras que deprimen el imperio de la ley. Ha ido á Galicia y no ha podido hacer que se acate mi autoridad. El oro de un Alvar Yañez manda mas que la reina de Castilla.

—No debeis estrañarlo, señora, repuso el cardenal; pues con motivo de la invasion portuguesa, Galicia está muy estragada, y allí el que mas puede, aquel manda.

—Como en todas partes, amigo mio, dijo la reina, exaltándose por grados. Pues qué, ¿hay alguna comarca de mis estados en donde no impere la fuerza brutal del hierro, ó en su defecto la vil seduccion del oro? En verdad os digo, señor cardenal, que si no confiase en el amparo de Dios, temeria conservar sobre mis sienes la corona de Castilla; porque, creedlo, no me consideraré en posesion de mi espinoso cargo, hasta que todos, desde el mas grande al mas humilde de mis vasallos puedan andar desarmados y seguros de dia y de noche por pueblos y despoblados. Entonces me llamaré reina: hoy no; pues solo he heredado las ruinas de un edificio, y un reino que necesito conquistar.

—Y lo conquistaremos, repuso el rey con calma. Eso está hecho en poco tiempo con un pedazo de pan y un palo.

—Decís bien, señor, contestó el cardenal. En Castilla tenemos, como ha dicho mi señora la reina, las ruinas de un edificio; pero son ruinas magníficas, entre las cuales florecen como plantas silvestres la fé y la veneracion al trono. ¿Qué mas necesitamos para reconstruir el edificio abatido? Pan y palo; pero palo seco y sin misericordia á todo el que maltrate á esas riquísimas plantas, y se oponga á la justicia, que es la base de los imperios y la felicidad de los pueblos. Dése á los nobles gloria, que los eleve; poder poco, pues abusan de él: prémiese al mérito donde quiera que se encuentre, y caiga el malo, aunque tenga mas blasones que el rey. Este es el camino que se debe seguir, y os aseguro que el crial de Castilla se convertirá pronto en jardin ameno.

Mientras así hablaba el noble cardenal de España, se habia concluido la comida. La reina atrajo hácia sí los dos canastillos de filigrana llenos de flores, que tenia mas cerca, y dijo:

—Es oportuna la imágen que habeis usado, señor D. Pedro

Precisamente he guardado para los postres dos cosas, que pueden servir de escelentes instrumentos para cultivar ese jardin de que hablais.

—Cómo es eso? A ver? Mostradnos esos raros presentes, dijo el rey.

—Sí, mostrádnoslos, añadió el bastardo de Aragon. Tengo curiosidad de ver esas cosas, que sirven de postres y de instrumentos para cultivar.

—Oh! repuso la reina con buen humor: no se comen, hermano: son una escarda y un sementero de nueva invencion. He creido que no podia hacer á mi esposo un regalo mejor que este, hoy que celebramos su triunfo.

Y apartando las flores dejó descubiertos en los canastillos un cuaderno de papel escrito y un libro de mediano volúmen, ricamente encuadernado, y con filetes, cantoneras y broches de oro: en una de las tapas se veian las armas de Castilla y Aragon y las iniciales F. I., labradas del mismo metal.

—Qué os parece de esto? prosiguió la reina sonriéndose.

—Vamos, sacadnos pronto de dudas, dijo el rey, mirando, como los demas, aquellos objetos con sorpresa.

—Mirad, repuso la reina tomando en la mano el cuaderno manuscrito. Cuando se disolvieron las Córtes de Madrigal, mandé que permaneciese reunida una junta en Aranda, que es pueblo seguro, hasta que hubiese establecido las bases de la Santa Hermandad. Ayer me las dieron concluidas, y están en este cuaderno. Ahí teneis la escarda.

—Escelente idea, dijo el cardenal. Con ella limpiaremos á España de criminales.

—Así lo espero, replicó la reina.

—Y el sementero? Veamos el sementero, dijo el rey.

—Este vale mucho mas, y es un regalo que os guardo á vos solo, señor, contestó doña Isabel, abriendo el libro, y presentándoselo á su esposo.

El rey quedó sorprendido al ver las letras, tanto que no pu-

do menos de lanzar una esclamacion. D. Alonso y el cardenal se acercaron para contemplar aquella maravilla. Era el primer libro que se habia impreso en España.

—Qué manuscrito tan raro! El copista que lo ha hecho merece premio, dijo el rey, que aun no tenia noticia de la prodigiosa invencion de Guttemberg.

—El copista que tal hace, repuso la reina, trastornará la paz de la tierra, amado mio: es mas poderoso que nosotros.

—Pero cómo es esto? preguntó D. Fernando hojeando el libro.

—Es impreso, escrito con molde, señor, dijo el cardenal. Yo tengo otro como este hecho en Alemania.

—Sí, replicó la reina; pero se ha impreso en España: ved aquí, en Valencia. Es de himnos á la Vírgen María en lengua lemosina. Este es un tesoro de tanto precio, que el aleman Teodórico, que me lo ha presentado, le he concedido exencion de pechos y tributos por toda su vida, siempre que continúe imprimiendo, para que otros muchos se dediquen á la misma industria. Con esto se instruirán los hombres y se mejorarán las costumbres; porque se harán mas libros en un mes que se hacen ahora en dos años, y costarán veinte veces menos de lo que hoy cuestan. Oh! es una maravillosa invencion! Esto solo equivale á la conquista de un reino.

—Es verdad, señora, si no se abusa de ello, contestó el cardenal.

El rey, entre tanto, seguia hojeando el libro, y cerrándolo de pronto, exclamó:

—No cabe duda que es un magnífico sementero! Pero cuidado con la semilla que por medio de él se siembre, pues lo mismo puede producir espinas que flores.

En la vasta sala del festin habia llegado al colmo el contentamiento gastronómico de los comensales, y era tal el estruendo que movian con sus conversaciones y brindis, que parecia como que hubiesen olvidado el lugar donde se hallaban.

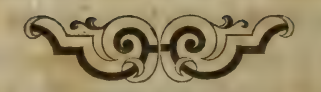
La reina habló bajo al cardenal, y éste, saliendo á la estan-

cia del banquete, suspendió la atencion de los caballeros, diciéndoles:

—Señores, os propongo un brindis en nombre de sus Altezas: que rogueis á Dios por las almas de nuestros amigos y enemigos muertos en esta campaña.

—Vivan sus Altezas! gritaron los alegres comensales.

Y recogiéndose todos en silencio, dirigió cada cual sus preces al Señor por los que habian fallecido.





CAPÍTULO II.

La protejida de Pulgar.

Desde que Isabel subió al trono, se habia propuesto reformar las costumbres públicas; y comprendiendo que en una monarquía el soberano es como la raíz de un árbol, de donde parten los jugos á todas las estremidades; y que no puede haber lozanía en las ramas ni salud en las frutas, cuando el tronco elabora una sávia corrompida, comenzó por introducir prácticas rigorosamente morales y religiosas en su palacio.

Mirando luego en torno suyo, vió que las clases elevadas de la sociedad ejercian una influencia directa é inmediata entre ellas mismas y sobre las demas: que sus virtudes y sus vicios se reflejaban, como en un espejo, en toda la masa del pueblo, acreciéndose la maldad y barbarie de los hombres en proporcion de su ignorancia y rudeza. Comprendió, por lo tanto, que la regeneracion que meditaba no podia ser obra de un dia, y que era menester educar en la escuela de sus severos principios á la juventud distinguida por su nacimiento; y sin necesidad de un grande esfuerzo, dado que la costumbre favorecia sus intentos,

hizo acudir á su córte los niños de ambos sexos de la primera nobleza, para que se criasen á su vista.

Con frecuencia solia decir, recreándose en la contemplacion de aquel bello plantel de sábias, héroes y escelentes madres de familia:– «Estas criaturas serán el modelo de sus hijos, y harán mejores á sus padres.»

Y no se engañaba: el ejemplo es la mejor escuela de la virtud, y las semillas del bien que caen en el corazon de los niños, dan fruto en lo porvenir, y suavizan la índole de los viejos.

Los cuidados de la reina se dirigian con particular esmero al cultivo de las facultades morales é intelectuales de las niñas. Reconocia en ellas una influencia superior á la de los hombres para el mejoramiento de las costumbres, y las miraba como instrumentos mas idóneos para la próxima realizacion de sus benéficos planes. Ella, que no habia podido ser corrompida en la estragada córte de su hermano, aprendió allí, sin embargo, que la mujer, en el periodo de sus gracias seductoras, es un poder irresistible, que vence las voluntades mas fuertes. De este poder queria valerse para apartar á los jóvenes de los vicios y frivolidades á que en general se entregaban, y atraerlos á la senda del honor y la virtud. Aquellas niñas estaban destinadas á engrandecer á los hombres que lo mereciesen, y á procrear una nueva generacion digna de ellos.

Habia buscado para que las educasen algunos eclesiásticos virtuosos y notables por su sabiduría, y para velar constantemente sobre ellas y tenerlas ocupadas en labores propias de su sexo, se valía de las dueñas mas honradas y dignas de respeto, prefiriendo las viudas de grandes personages muertos en servicio de la patria. Siempre que se lo permitian las graves atenciones del gobierno, se presentaba en medio de sus educandas, tomaba la aguja y cosia ó bordaba con ellas, para hacerles comprender que la aplicacion doméstica, léjos de ser degradante, es el ejercicio mas noble de la mujer; y procuraba enterarse de sus progresos, examinándolos por sí misma.

De esta escuela debieron salir con el tiempo literatas ilustres



¡¡Ah! mi querido protector!!

como la marquesa de Monteagudo y doña María Pacheco, sobrinas del cardenal de España, y catedráticas como doña Lucía de Medrano y doña Francisca de Nebrija, que por muchos años fué asombro de la universidad de Alcalá. Gran prodigio, sin duda, en un pais, donde poco antes de la proclamacion de Isabel, fué menester prohibir que recibiesen órdenes sagradas los que no supiesen latin! Entre estas nobles alumnas, futuras compañeras de las infantas de España, estaba por un capricho de la suerte, y porque la reina preferia el mérito al nacimiento, la bella jovencita doña Francisca Monte de la Isla, hija de un simple hidalgo de Andalucía.

El lector habrá ya reconocido en esta interesante criatura á la huérfana que Pulgar encontró abandonada en la villa de Ceinos.

Al terminarse el banquete dado por los reyes á sus grandes y caballeros, Pulgar que, en calidad de contínuo de la casa real, tenia en ella su alojamiento, se retiraba á descansar, despues de haberse despedido de su tio y de haber dado las órdenes convenientes á sus hombres de armas. Pasaba por una de las galerías principales de palacio, seguido á cierta distancia de su escudero Tristan, cuando al revolver de un ángulo vió á una niña de trece años que salia de los aposentos de la reina en compañía de una noble dueña, cuyo semblante adusto y grave formaba singular contraste con el tierno y angelical de la muchacha. Detúvose el jóven por cortesía para saludar á estas damas, pero vió con sorpresa que la niña, fijando en él sus hermosos ojos negros, y dando un grito de alegría, se precipitaba hácia él con los brazos abiertos, sin que bastasen á contenerla, ni el lugar donde estaba, ni la presencia de la dueña, que con el gesto y el ademan se apresuró á reprobar este acto inconsiderado.

—Ah! Mi querido protector! exclamó la adolescente ciñendo con sus brazos la cintura del jóven guerrero, que asombrado la miraba.-Por fin os encuentro. ¡Cuánto he deseado volver á veros!

—Niña! Niña! prorumpió la dueña con enojo: ¿qué atrevimiento es ese?

La niña, sin escuchar nada, cogia una mano á Pulgar, y se la besaba con ternura y respeto. El jóven, para quien no eran del todo desconocidos aquella voz y aquella dulce fisonomía, la miró con cuidado, y de pronto, dándose un golpe en la frente, esclamó:

—Calla! Es ella! Es mi amiguita de Ceinos!

Antes de seguir en la relacion de esta singular ocurrencia, debemos retroceder, para aclarar algunas circunstancias, que no hemos tenido ocasion de esponer anteriormente.

Pulgar tenia casi ya olvidada á su linda protegida; y no es porque hubiese dejado de pensar en ella, mientras lo creyó necesario, sino porque hacía mucho tiempo que presumia estuviese en poder de su familia. Lo que él menos imaginaba es que se hallase al lado de doña Isabel.

Sabe el lector que nuestro jóven, fuese por efecto de la ligereza de su carácter, fuese por no molestar con preguntas á la niña, cuando la encontró abandonada y afligida, no la preguntó su nombre ni el de sus padres. Sabe tambien que, llegado á Valladolid, intentó ponerla bajo el amparo real, valiéndose de su tio D. Luis Osorio, y que temiendo no conseguirlo, pensó en mandar á Ceinos á uno de sus escuderos, para cumplir de algun modo su palabra empeñada. Esto no pudo realizarse tan pronto como fué pensado, por falta de dinero y á causa del repentino viage de la reina á Segovia, en el cual le acompañó el jóven campeon; pero apenas estuvo en situacion mas desahogada, envió á Francisco de Bedmar con aquel encargo.

Bedmar fué á Ceinos; pero ya no estaba allí la huerfanita: se habia presentado mucho antes que él una señora mayor, á quien aquella reconoció como parienta suya, y con la cual habia partido. Pulgar quedó tranquilo, y no volvió á pensar mas en su promesa, si bien conservó el disgusto de no haberla cumplido como deseaba.

Sin embargo, á él debia la niña Francisca su nueva situacion; mas esto era un misterio para Pulgar. Pudo enterarse de ello,

cuando fortuitamente se presentó en Arévalo Montesino de la Isla, pidiendo justicia á doña Isabel; pero como ignoraba que éste fuese el padre de su protegida, no hizo alto en lo que allí pasó.

¿Cómo era, no obstante, que Pulgar habia cumplido su palabra, sin saberlo él mismo? Hé aquí la solucion de este enigma. D. Luis Osorio, aquel hombre aparentemente frio y sin corazon, entusiasmado interiormente con las hazañas de su sobrino, pero evitando con estudiada indiferencia darle á conocer su satisfaccion, para no envanecerle, contó á doña Beatriz de Bobadilla cuanto de él sabia, sin omitir la mas leve circunstancia de su caballeresco viage, y recomendándole mucho lá niña abandonada. Esta dama lo refirió á la reina, y fué casualidad que se hallase presente la noble dueña doña Lucía de Meneses, pariente cercana por parte de madre de la recomendada de D. Luis; la la cual, teniendo noticia del viage de su prima y del asunto que hácia Galicia la llevaba, sintió uno de esos movimientos con que nos habla el corazon, y esclamó:- «Plegue á Dios, señora mia, que esa pobre criatura no sea mi sobrina Francisca!-Averiguarlo podeis, le contestó la reina, porque yo no la he de abandonar: partid hoy mismo, y sea quien sea, traédmela á Valladolid.»

Y así fué como, por la recomendacion de Pulgar, estaba Francisca en palacio, y al cuidado de aquella noble dueña, que hemos visto salir acompañándola, y que era la misma doña Lucía de Meneses. En cuanto á la reina, hecho el beneficio, creyó un deber de conciencia y de propia dignidad, no hablar mas de él.

La esclamacion del jóven reconociendo á su protegido desarrugó el ceño de doña Lucía, la cual dijo á su vez:

—Ah! Este caballero es el señor de Pulgar?

—El mismo! él mismo! repuso Francisca, mirando con amor infantil á su amigo: le quiero tanto!...

—Es muy justo que le aprecieis, pero habeis hecho mal en arrojaros á mostrarle vuestra gratitud con tanta vehemencia.

—Por qué, señora? replicó la niña. Pues no me habeis dicho que debia rogar á Dios por la conservacion de su vida? No sa-

beis que es mi hermano, pues como tal ofreció no desampararme, y lo ha cumplido? Oh! Yo he pedido á Dios por él todos los dias, y no olvidaré nunca los favores que me ha hecho.

—Eso está muy bien, hija mia, dijo la dueña; pero una noble dama debe ser muy comedida con los caballeros.

Pulgar presenciaba esta escena, en que representaba un papel tan principal, sin comprender por qué ni cómo era ebjeto de unas demostraciones de agradecimiento que no creia merecer. Pero aun creció su confusion y su asombro, al oir de boca de doña Lucía las mas atentas disculpas por su desagrado, y los ofrecimientos propios de una persona reconocida.

—No estrañeis, señor de Pulgar, le dijo, que haya reconvenido á mi sobrina por su inmodesto arrojo: en esto cumplo con mi deber. Sin embargo, reconozco que eso y mucho mas mereceis por vuestra generosidad con ella, y podeis contar para siempre con mi amistad.

—No sé que haya hecho nada para merecer tanto favor, repuso el jóven; pero á mi vez seria ingrato, sino aceptase la amistad que me ofreceis, y de la cual procuraré hacerme digno.

—Ya lo sois, señor hidalgo, ya lo sois. Venid esta noche á mi aposento; allí encontrareis al padre de doña Francisca, que desea conoceros, y hablarémos. Preguntad por doña Lucía de Meneses.

Dicho esto, la noble dueña saludó á Pulgar: Francisca le apretó la mano, que conservaba entre las suyas, y ambas se alejaron, dejándole perplejo y admirado.

—Ven acá, Tristan; dijo el jóven hidalgo á su escudero. ¿Entiendes tú lo que todo esto significa? Crees que por haber dado una promesa de proteccion, y no haberla cumplido, merezca yo esas atenciones y esas caricias?

—Señor, contestó el escudero; puesto que os los hacen, sin duda los mereceis. Aquí ha pasado algo que no sabemos: vuestra huérfana está en palacio, y os llama su protector: luego vuestra mediacion le ha sido de algun provecho, y asi como os nombró la reina contínuo de su casa sin haberlo vos solicitado,

pero con justo motivo, así tambien puede haber amparado á esa noble niña por vuestros respetos.

Pulgar no quedó satisfecho con las conjeturas de Tristan, y retirándose á su aposento, se hizo desnudar la armadura, y aguardó con impaciencia la noche.

Llegada esta, nuestro jóven acudió á la cita de doña Lucia. Un hombre de cuarenta años salió á recibirle, y le dió los brazos. Pulgar reconoció en él al hidalgo de la audiencia de Arévalo, el cual le dijo:

—No dudo que sois vos el generoso protector de mi hija, el que la ha traido á ser menina de nuestra adorada reina. Yo valgo poco, señor de Pulgar; pero en mí encontrareis siempre un leal amigo, dispuesto á dar vida y hacienda en vuestro servicio.

—Agradezco en el alma la amistad que me ofreceis, señor hidalgo, le respondió Hernando; tanto mas, cuanto es muy poco lo que he hecho para merecerla.

—Sois tan modesto como generoso, repuso Montesino. Pero aunque vos olvideis los favores que haceis, yo no olvidaré jamás que dísteis consuelo y asilo á mi hija, y que empleásteis la influencia de vuestro noble tio D. Luis Osorio para interesar á la reina por ella, sin conocerla, ni aun indagar su nombre. Por esto desde hoy os ruego que os considereis como miembro de mi familia. Venid, y hablaremos de nuestros asuntos; pues no está bien que vos permanezcais estraño á quien os debe gratitud eterna.

—Pulgar se dejó conducir á la estancia interior donde le aguardaban la hermosa menina y la severa dueña. Parecíale ser juguete de un encantamiento, y estar enredado en una aventura de hadas.

Doña Francisca se levantó de su asiento, á pesar de las señas que le hacía la dueña para que permaneciese quieta, y fué á colocarse cerca de Pulgar, á quien miraba como á un ser sobrenatural. Tanto cariño en una edad mas adelantada habria infundido sérios recelos á su padre y al jóven guerrero. Y sin em-

bargo, ¿no se ha visto mil veces nacer el amor en corazones infantiles? Tres años mas adelante la hermosa menina se habria turbado al pensar en el afecto que su protector la inspiraba: en esta ocasion, sin embargo, no sentia mas que un deseo vehemente de acercarse á él, de contemplar sus bellas facciones varoniles, de absorver las luces animadas de sus brillantes ojos; y protegida por la inocencia y la pureza de sus sentimientos, ni aun remotamente imaginaba que hubiese peligro para su tranquilidad futura en dejarse dominar toda entera por aquel atractivo, que tenia todos los caracteres propios de la mas ardiente pasion. Era, con efecto, amor lo que sentia; y amor tanto mas acendrado, cuanto era nacido de la gratitud y la admiracion, y no participaba de ningun deseo mundano. El espíritu, solo el espíritu tomaba parte en él, y se abrasaba en su llama.

La conversacion, ceremoniosa en un principio entre Pulgar y sus nuevos amigos, se hizo pronto íntima, gracias á la tierna solicitud de Francisca, que trataba al jóven con la misma llaneza que si fuera su hermano. Sentada en un taburete pequeño al lado de aquel, le miraba sonriéndose, y le tomaba la mano, como si toda la vida hubiesen vivido ambos bajo un mismo techo. Montesino estaba en frente de ellos, y mas retirada se arrellanaba en un sillon doña Lucía de Meneses, grave con sus tocas y sus cincuenta años cumplidos.

—Cara me cuesta la felicidad de teneros hoy en el número de mis mejores, amigos, decia Montesino de la Isla. El dia que encontrásteis á mi hija, sin mas amparo que el de un criado fiel, acababa de consumarse el crímen mas horrendo, el mas vil asesinato en la persona de mi amada esposa. Y aunque me aflige este doloroso recuerdo, quiero contaros toda mi desventura, pues no dudo que la sentireis al par conmigo.

—Desde luego podeis creerlo, como tambien que os ayudaré á vengarla, contestó Pulgar.

—Para que tengais una idea cabal de esta deplorable historia, menester será que os dé antes algunas noticias de mi familia y linage. Yo desciendo de una noble y antiquísima casa inglesa,

que en tiempos del rey Alfonso el de las Navas, emparentó por matrimonio con una dama del solar de Montes Claros. El marido de esta dama, espatriado de Inglaterra, con motivo de la muerte violenta dada al arzobispo de Cantórbery, volvió allá poco despues de casado, con la esperanza de recobrar sus estados, que eran la Isla de Man, y que un hermano suyo habia usurpado en su ausencia. No pudo conseguirlo, y corrió peligro de ser preso y asesinado. Unióse á la espedicion del príncipe Ricardo Corazon de Leon, y murió en Palestina. Dejó, sin embargo, de su matrimonio un hijo, que fué el progenitor de mi raza.

«Desde aquel tiempo se han hecho repetidas gestiones para recobrar el señorío de Man, que de derecho nos pertenece, pero todo ha sido inútil. No obstante, el usurpador dejó mandado en su testamento que, si andando el tiempo se estinguiese su rama, pasasen aquellos bienes á la de su primitivo dueño, y que entre los herederos de igual grado, fuese preferido el que reuniese las dos líneas de varon y hembra. Este documento se hallaba en mi poder.

«Al cabo de casi tres siglos ha sucedido lo que previó el testador. Un Ramsey, último de su familia, acaba de fallecer canónigo en Oxford, y teniendo presente la voluntad de su antecesor, la ha confirmado; añadiendo, que si hubiese varon y hembra con igual derecho, sea preferida ésta última.–Tal vez os molesto con estos pormenores, amigo mio, añadió Montesino; pero voy á concluir.

—No me molestais: os escucho con atencion, contestó Pulgar.

—Debo advertir, que en virtud de estas disposiciones testamentarias, la herencia usurpada recaia directamente en mi hija. La casa de Montes Claros se habia dividido en dos ramas, que volvieron á juntarse por mi matrimonio; yo represento la línea de varon, y un primo de mi difunta esposa, llamado Alvar Yañez posee iguales derechos que los de ella por la línea femenina. Era menester, sin embargo, para que él heredase, que no existieran ni mi mujer, ni mi hija.

—Lo comprendo perfectamente.

—Cuando llegó á nosotros la nueva de la muerte del canónigo, dispusimos lo necesario para tomar posesion de los bienes, y hechas las principales diligencias, pensé ponerme en camino. ¡Ay! Ojalá lo hubiese realizado! No tendria hoy que llorar á la mejor de las esposas!

Pulgar sintió sobre su muslo el leve peso de la hermosa menina, y el calor de una lágrima que habia caido en su mano.

—Mi mujer, continuó Montesino, despues de una pausa, era una dama intrépida y valiente.-Habia que recojer unos documentos en Galicia, para acreditar nuestra ascendencia en Inglaterra, y mi buena Mencia me dijo:- «Para un hombre es peligroso viajar á través de España en estos tiempos de revueltas. Las mujeres podemos hacerlo con mas libertad, pues siempre encontramos mas protectores que enemigos. Iré yo con nuestra hija, recogeré esos documentos, y embarcándome luego con ella, nuestra presencia allanará todo obstáculo en Inglaterra. Si vais vos, correreis mas peligros, tardareis mucho tiempo, y entretanto padecerá nuestra hacienda, que yo no sabré cuidar.»-Parecióme acertado el consejo y lo era; pero ni ella ni yo contábamos con las asechanzas de un vil asesino.

«El dia de la partida mi corazon me presagiaba la horrible desgracia. La pena me ahogaba, y si hubiese podido, habria llorado. Tres veces quise deshacer el viaje y marchar yo, ó desistir de la herencia esperada por tanto tiempo; y sin embargo, el temor de aparecer débil ó cobarde sin causa reconocida, me impidió seguir el impulso de esta inspiracion de Dios. Mi Mencia se despidió de mí llorando. No debí dejarla partir.

—¿A qué os atormentais con ese recuerdo? dijo doña Lucía, disimulando su emocion. ¿No veis que eso es ofender á Dios? Él en sus altos juicios permitió lo que ha sucedido, y á nosotros solo nos cumple bendecir su santa voluntad.

—Decis bien, señora, decis bien: ¿quién sabe si la muerte de aquella inocente habrá sido consentida por Dios para remedio de mayores males? ¿No murió el hijo del Eterno Padre para salvar á los hombres? Sin embargo la Virgen Maria, con ser quien

era, cayó traspasada de dolor al pié de la cruz. ¿Cómo no habré de afligirme yo, simple mortal, aunque sufra resignado?

—Continuad, y no os detengais mucho en esos crueles recuerdos, repuso la dueña.

—Yo habia escrito á varios parientes de Galicia, participándoles la ida de mi esposa é hija, para que saliesen á recibirlas y acompañarlas, pues el pais estaba y está infestado de bandoleros. El viage fué feliz, y hasta Tordesillas no ocurrió nada que sea de contar; pero desde la salida de este pueblo, mi fiel criado Maturana observó con recelo, segun él me ha referido, la presencia de dos viageros, que caminaban siempre detrás, alargando mas la distancia cuando aparecia gente en el camino: así continuaron tres dias, sin que los dos hombres sospechosos se les reuniesen de noche en las posadas donde pasaban, hasta que llegaron á Ceinos.-Allí se hospedaron en la misma casa dos, al parecer simples mercaderes, que hablando poco y pretestando cansancio; se acostaron á dormir á un lado del hogar.

«Al amanecer todos los moradores de la posada despertaron sobresaltados: habia en el pueblo un tumulto espantoso, y las llamas devoraban una parte del edificio. Los supuestos mercaderes lo habian incendiado, aprovechando la ocasion del alboroto, y el fuego dominaba la habitacion ocupada por mi esposa y mi hija. Sin embargo, los malvados no habian huido, y aparentaban querer prestar auxilio.-Mis dos criados, que dormian en las cuadras al otro lado de un patio, vieron á su señora que les llamaba desde una ventana: la puerta de su aposento habia sido cerrada por fuera. Con animoso corazon tomó á su hija casi desnuda en los brazos, y recibiéndola desde abajo Maturana, la hizo descender al patio, echando luego sus vestidos, y retirándose á recoger sin duda sus papeles. Pero en aquel momento abria la puerta y se apoderaba de ellos uno de los mercaderes, mientras su compañero asesinaba al otro criado, que acudia á socorrer á su ama.-Lo que dentro de la habitacion pasaba entre tanto, sábelo Dios, añadió Montesino con voz ahogada y ronca;-solo puedo deciros que el asesino salió huyendo del fuego que le sofocaba,

que arrastró en pos de sí la puerta, y que entre las cenizas y los escombros se encontró el cadáver de una muger, que conservaba en la mano, fuertemente afianzada, una escarcela de cuero.

—Y esa escarcela?.... profirió Pulgar, apretando los dientes y con el pecho dilatado de indignacion.

—Habia sido arrancada por la víctima del cinto de su verdugo. Era el principio de la justicia de Dios! Contenia la delacion del criminal.

—Oh! Y ese hombre vive!

—Si, vive; porque la fuerza y el oro le protegen; pero yo no descansaré hasta que caiga la cuchilla de la ley sobre el parricida Alvar Yañez de Lugo.

—Ah! El miserable! Cometer tan feo crímen por un pedazo de tierra!

Al decir esto, Pulgar apretaba, temblando de cólera, la mano que Francisca habia dejado entre las suyas; mientras la sensible niña reclinaba su cabeza en el pecho del caballero, alzando los ojos al cielo y con el rostro bañado en lágrimas. La dueña se enjugaba las suyas con un pañuelo, y Montesino, cerrado el entrecejo, sir ver, tenia en el suelo la mirada fija.

Despues de un rato de silencio, que ninguno osaba romper, por no chocar con el pensamiento ageno, Montesino se estremeció, como si se encogiese de hombros, y dijo con tono indiferente.

—Sabeis noticias de vuestro padre, señor de Pulgar?

El jóven se conmovió á su vez, como si saliese de una pesadilla, y contestó:

—Hará un mes que me escribió participándome que pensaba ir á Ciudad-Real, con el objeto de poner en claro ciertos asuntos de familia: despues no he tenido mas noticias de su merced.

—Yo tuve el gusto de verle á su paso por esta ciudad: por cierto que le aconsejé suspendiera su viage, hasta saber el rumbo que llevaban el maestre de Calatrava y su hermano el conde

de Ureña, que es de presumir hayan escogido la Mancha para teatro de sus hazañas. Pero vuestro padre es valiente y no quiso escuchar mis amonestaciones.

—No lo estraño: mi buen padre creerá como yo, que no son ya de temer los enemigos de la reina, despues del escarmiento de Toro. Algunos harán esfuerzos para sostenerse, á fin de conseguir capitulaciones honrosas, como sucede al bravo alcaide de Castronuño, que resiste dos meses ha el asedio en su castillo fuerte de Peñaflor, y como el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, que no pueden esperar avenencia, sino despues de cansar al país y á las tropas reales; pero ya habreis visto que otros se someten, y entre ellos el temible duque de Arévalo, y los demas irán siguiendo poco á poco su ejemplo.

—Sin embargo, yo sé, (y esto no lo digo para alarmaros), que los Girones aprestan sus formidables fuerzas para renovar la campaña en Sierra-Morena, y que el arzobispo y D. Diego Pacheco, de acuerdo con el marqués de Cádiz les apoyarán en Estremadura y Andalucía.

—Siendo eso así, repuso Pulgar; ¿cómo es que el rey dispone su ejército para marchar sobre Guipúzcoa? Desengañaos: la guerra civil está agonizando; el portugués, derrotado su pabellon, no puede levantar la cabeza. Yo mismo,-y guardadme el secreto,-he protegido la fuga del rey Alfonso, y sé como vá.

—Es posible! Con qué vos?...

—He hecho lo que vos habríais hecho en mi lugar: figuraos un rey anciano, que llora de despecho, al verse vencido; que si no muere de pesar, se volverá loco, y decidme: ¿quién no le prestaria su apoyo para librarle de la muerte?-Además he obrado asi para merecer el aprecio de otro hombre, que espero atraer al servicio de nuestra señora.

Pulgar dió un suspiro al pronunciar estas palabras: pensaba en doña Elvira de Sandoval.

—No necesito vuestras disculpas para estar convencido de que os habreis portado como leal y buen caballero, repuso Montesino.

Esta conversacion fué interrumpida por el capitan D. Luis Osorio, que armado de todas piezas, apareció de pronto en la puerta de la estancia.

Montesino y Pulgar se levantaron para recibirle, y el primero le ofreció una silla.

—No puedo aceptar vuestro honor, dijo el caballero.-Y dirigiéndose á su sobrino, añadió:-Apresuraos á vestir el arnés, y tened pronta vuestra gente para partir de aquí á una hora.

—Pues qué hay de nuevo? Preguntó Montesino.

—Ciudad-Real está sitiada por el maestre de Calatrava, y la reina me manda acudir al socorro de los suyos con las gentes del marqués de Astorga.

—Partir otra vez! murmuró la hermosa menina, dejando caer los brazos con muestras de abatimiento.

—Con que no os detengais, sobrino, continuó D. Luis. Pensad que vamos á pelear en defensa de vuestro padre.

Pulgar, como si un vigoroso resorte hubiese impulsado sus miembros al oir estas palabras, se apresuró á despedirse de sus amigos, y salió con la rapidez del rayo.

—Es muy grave lo que sucede, señor D. Luis? preguntó Montesino al capitan.

—Bajo el aspecto de la guerra, no mucho, contestó D. Luis; pero temo que lleguemos tarde para impedir otros males. Si es cierto lo que me han dicho, el buen Rodrigo del Pulgar está gravemente herido

—Ah! Qué desgracia!

—Si; es una desgracia, pero tambien una gloria mas para su familia; pues el valiente anciano ha logrado poner á raya al enemigo. Por eso vamos á impedir que no sean perdidos sus esfuerzos.-Quedad con Dios!

—El os acompañe y os proteja!

Montesino apretó la mano de D. Luis, quien habiendo saludado á las damas, salió del aposento.

Una hora despues la puerta de éste se hallaba entreabierta, y junto á ella se veia una ligera sombra. Sonó en la galería el rui-

do seco de unas espuelas, y el que producia un caballero armado al andar. La sombra se deslizó pegada al muro, y al emparejar con ella el caballero, le salió al encuentro. Al mismo tiempo se oyó una voz de niña, que decia:

—Pulgar, adios!

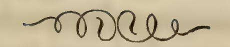
—Vos aquí! esclamó sorprendido el jóven, inclinándose hácia su protegida.

—Si, porque os vais.

—Adios, hermoso ángel! repuso Pulgar. Adios y rogad por mí.

Dicho esto, se inclinó y la besó en la frente, alejándose conmovido.

La niña se quedó llorando.





CAPÍTULO III.

Dios, Patria y Rey.

QUINCE dias despues de las escenas que dejamos referidas, los campos de Ciudad-Real estaban sembrados de los despojos de una reñida batalla. Veíanse allí hacinados cadáveres de hombres y caballos, junto á otros que aun luchaban con la muerte; y sobre la yerba pisoteada y roida por las bestias, habia dispersos y en desórden trozos de armaduras, cascos, cimeros, mantos de Calatrava y armas rotas.

Era cerca de anochecer, y la luz del crepúsculo aparecia túrbia en el occidente, como si una densa niebla la oscureciese: los cuervos aleteaban graznando alrededor del campo, se dejaban caer sobre él, y no podian luego remontar el vuelo, hartos de carnicería. Todo el contorno presentaba el aspecto de la devastacion: las aves no tenian una rama en que posarse, ni los insectos una hoja tierna para su alimento.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas y guardadas por

mujeres y ancianos, y en las murallas aparecia multitud de gente, que miraba con interés hácia el ocaso. En un ángulo avanzado tremolaba el pendon castellano, y bajo sus ondulantes pliegues se veia una camilla rodeada por algunos hombres de armas. En aquella camilla reposaba un anciano septuagenario, cuya faz, abatida por los padecimientos físicos, recobraba de tiempo en tiempo destellos de animacion y vigor. Asistíanle un médico y un sacerdote, aunque el primero habia ya renunciado á la eficacia de su ciencia.

Lleguémonos á este grupo, y reconoceremos á un antiguo amigo.

—No veo bien, decia el anciano: levantadme mas para que pueda descubrir á lo léjos el campo: ¿hay una niebla en el aire, ó está en mis ojos?

—Tampoco nosotros vemos nada, dijo el sacerdote; y convendria que nos retirásemos.

—Temeis que me muera? Oh! No hayais cuidado: todavia tengo fuerzas, y Dios querrá que las conserve hasta ver á mi Hernando volver triunfante.-Oís? Ya suena la trompetería: ya vuelven.

El médico meneó la cabeza en señal de desaprobacion.

—Qué, lo dudais? repuso el anciano. Callad, y vereis que Rodrigo del Pulgar no miente.

Todos los circunstantes guardaron profundo silencio, fijando las miradas en el ocaso. A poco se percibió, con efecto, el vibrante sonido de las trompetas, que tocaban una antigua marcha de triunfo.

En seguida se levantó una inmensa gritería en las murallas, aclamando á Castilla y á la reina. Las gentes de don Luis Osorio y las que habian defendido á la ciudad, aparecieron á lo léjos envueltas en una nube de polvo. Regresaban de perseguir á los sitiadoros, á quienes habian vencido.

—Ya puedo morir tranquilo, dijo Rodrigo del Pulgar. Amigos mios, conducidme á mi morada.

Los hombres que le rodeaban se apresuraron á satisfacer su

deseo. Entre tanto seguian avanzando las huestes vencedoras: las campanas de la ciudad saludaban su llegada, y el viejo Pulgar, depositado ya en su lecho de muerte, se sonreia con placer inefable.

—Dadme, dadme, decia, un crucifijo, llave del cielo, esperanza del pecador....

El sacerdote se lo presentó. Rodrigo lo besó fervorosamente, y permaneció largo rato abrazado con él.

—¿No ha llegado todavia mi hijo? preguntó luego. Avisadle para que venga á despedirme.

Habia en la estancia multitud de personas, que mudas de asombro presenciaban la muerte de aquel hombre, abismándoles su tranquilidad de espíritu y la lucidez de sus ideas.

Despues de una larga pausa, durante la cual solo se oia dentro de la habitacion el murmullo del anciano que rezaba, se le vió incorporarse, y mirar con cuidado á su alrededor.

—Os falta algo? le preguntó el médico.

—Si, dijo Rodrigo. Quisiera que cubriesen mi lecho con el pendon real de Castilla.

Uno de los circunstantes se apresuró á salir, para traer el objeto deseado por el moribundo.

A este tiempo se oyeron los gritos del pueblo alborozado, y el sonido de los instrumentos marciales, que cruzaban las calles de la ciudad.

Poco despues cesó el belicoso estruendo, y entraron en la habitacion del anciano Pulgar su hijo, D. Luis Osorio y otros caballeros.

—Ven, hijo mio, ven! exclamó Rodrigo reconociéndole. Qué hermoso estás así, cubierto con el polvo de la victoria!

Hernando se acercó á su padre con el corazon oprimido y sin poder hablar.

—Dame tu mano, y escúchame atento, Hernando mio, continuó el moribundo. Mi vida se acaba; pero soy muy dichoso. Dios me espera!

El jóven no pudo reprimir los sollozos.

—Qué es eso? Lloras? Será cosa de ver un Pulgar llorando!

El jóven cayó de rodillas junto al lecho, estrechando entre las suyas la mano yerta de su padre.

—Eso sí, dijo éste: ruega á Dios por mí; la oracion es el rocío del consuelo, y el incienso del alma.... Hernando: no te aflijas por mí.... Soy muy dichoso, te he dicho, pues muero como mi padre y mi abuelo..... A mis años no podia esperar tanta fortuna.

El moribundo hizo una pausa, y luego continuó:

—No te encargo mas, Hernando mio, sino que seas como ellos. Ama á Dios y á tu prójimo, hasta morir por ellos: sé fiel á tu patria: obedece siempre á tus reyes.-¡A Dios, hijo mio! Yo te doy mi bendicion!

Hernando besó la mano de su padre, el cual añadió:

—Ahora retírate: déjame solo con Dios!

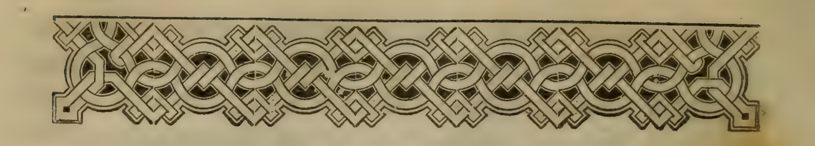
Sonaron en un ángulo de la estancia unos ahogados sollozos. Hernando se levantó, y dirigiéndose hácia aquel lado, dijo á su escudero que allí estaba arrimado á la pared:

—Ven, Tristan; salgamos de aquí!

Y llevándole á una pieza inmediata, le abrazó estrechamente. Las lágrimas corrian por sus tostadas mejillas.

Un cuarto de hora despues Rodrigo del Pulgar habia dejado de existir. Sus lábios estaban unidos á los piés del crucifijo, y con la mano izquierda oprimia sobre su corazon una punta del estandarte de Castilla.

Su muerte fué envidiada.



CAPÍTULO IV.

Que trata de unos amores y de otras cosas de mas peso.

En una estrecha calle de Valladolid, al lado del oratorio del Val, y á espaldas de este santuario, se elevaba una casa de dos cuerpos, cuya ancha portada de género briantino denunciaba una antigüedad de tres siglos. Entrando en ella se encontraba un espacioso vestíbulo abovedado, al fin del cual habia un gran patio con galerías altas, sostenidas por enormes pilastras, que terminaban en diformes capiteles de roble, toscamente tallados, figurando mónstruos, guerreros, y objetos de montería. El pavimento de este patio, hecho á manera de arrecife, estaba poblado de menuda y espesa yerba: sobre él, y enfrente de una gran escalera, abierta en uno de los hierros laterales, habia fijos una horca y un tajo, y cerca de éste, pendiente de la pared una mohosa cuchilla ó machete, signos todos de que el dueño de aquella casa gozaba de jurisdiccion criminal, ó á lo menos de que en aquel recinto priviligiado se hacia justicia con indepen-

dencia de la autoridad real y de cualquiera otra. Varias puertas situadas en el vestíbulo y en el patio daban comunicacion á las habitaciones del piso bajo, en las cuales, aunque húmedas por haber estado cerradas mucho tiempo, se albergaban á la sazon multitud de soldados y caballos.

Subiendo al piso superior se encontraban pasadizos angostos, puertas la mayor parte muy bajas, y aposentos inmensos, que despojados de los tapices y voluminosos muebles, con que en aquel tiempo se adornaban las casas, habrian dado frio y pavor al que entrase en ellos.

Era una tarde del mes de junio: en una vasta sala del edificio que hemos procurado describir, amueblada sin lujo aunque si con severidad antigua, estaban sentadas dos damas, la una jóven y hermosa, la otra bastante entrada en años, pero que aun conservaba rasgos de belleza. Para no ser prolijos, diremos desde luego que la jóven se llamaba doña Juana de la Cerda, era hermana del conde de Medinaceli, y esposa del ínclito caballero D. Alvaro de Mendoza y Guzman, señor de Castrojeriz, dueño de la casa y uno de los capitanes que mas gloria habian ganado en la memorable batalla de Toro. La otra dama era doña Inés de Sandoval, hermana del comendador D. Pedro Diaz de Sandoval, y esposa de D. Alfonso de Solís, caballeros ambos de alto renombre, que habian abrazado el partido de la Beltraneja. Debemos advertir, de paso, que el comendador era cuñado de don Alvaro, y por consiguiente, aunque su hermana doña Inés no tenia vínculos de parentesco con el señor de Castrojeriz, mediaban entre ambos las relaciones de familia mas cercanas.

—Siento en el alma, decia doña Inés, que por quedaros acompañándome, os hayais privado de asistir al torneo, y mucho mas cuando vuestro marido es uno de los mantenedores. Afortunadamente, la reina preside la fiesta, que se celebra en honor suyo, y no es posible que ningun caballero se desmande en su presencia, ni que ocurran lances desagradables; pero, no obstante, debo estaros muy agradecida, pues una dama de vuestra cla-

se y hermosura es siempre uno de los mejores adornos del palenque, y se sacrifica faltando en él.

—Os confieso que habria tenido mucho gusto en presenciar la lid, contestó doña Juana. Sin embargo, me he privado de ir, por no agravar el natural sentimiento de vuestra hija: ella tambien es jóven, mucho mas jóven que yo; sabeis que presidió el último torneo en las pasadas fiestas de Segovia, y que tendria un interés poderoso en asistir al que se está celebrando, pues toma parte en él nuestro primo Ramiro. Y no pudiendo ella concurrir á esa diversion, ¿no hubiera sido una refinada crueldad el ir yo y dejarla aquí?

—Oh! no; porque mi Estrella no es envidiosa.

—Pero es sensible.

—Eso si, mucho: ¿si supiérais cuanto padece por causa de su padre! Ella, que hace dos años era tan querida de la reina Isabel...-Perdonad: la costumbre me ha hecho hablar como si hubiese dos reinos.-Ella, digo, que compartia el afecto de nuestra soberana con la marquesa de Moya y Mencia de la Torre; que era obsequiada por los primeros jóvenes de la córte, y que á la verdad, no podia ser indiferente á las respetuosas atenciones de alguno que conoceis, sufre necesariamente, al verse alejada de tan caras afecciones por el rigor de los partidos. Ah! si vuestro esposo lograse conciliar al mio y á mi hermano con la reina, cuánto se lo agredeceria!

—Mi marido, repuso doña Juana; piensa en eso desde que vinisteis de Oviedo, y yo no pierdo ocasion de recordárselo. Ahora está en tratos con el rey de Portugal para el rescate del conde de Peñamacor, que cautivó en Toro, y que no quiere entregar, como no se le dé en cambio el conde de Benavente, que se halla en poder de los portugueses; y esto le distrae de todo.

—Lo sé; que bella accion! Los reyes se lo agradecerán mucho, y el de Benavente no deberá olvidar nunca que el señor de Castrojeriz ha despreciado, por rescatarle, las mas brillantes proposiciones del rey Alfonso. Esto mismo me hace esperar que vuestro marido alcanzará de la reina cuánto quiera.

—Yo tambien lo espero; y sin embargo, tengo para mí que vuestro hermano el comendador ha de ser el principal obstáculo á esa reconciliacion: es hombre duro, y de ánimo indomable.

—Teneis razon, señora, repuso doña Inés de Sandoval. Don Pedro no abandonará fácilmente el partido que una vez ha abrazado. ¿A qué negarlo? Seria menester que estuviese muy seguro, de que no habia de padecer por ello su honra. Pero, ¿qué otra cosa debe apetecer el señor de Castrojeriz? El honor de su cuñado, ¿no es el de su familia? Oh! Parece que el corazon me anunciaba lo que hoy está pasando; el dia que mi hermano se presentó en Oviedo con su hija Elvira, siempre reprobé que él y mi marido tomasen las armas contra la reina. Por esto he venido á Valladolid, y soy capaz de entregarme con Elvira y Estrella en manos de nuestra soberana, para hacer fuerza al comendador y á mi esposo.

—No habrá necesidad de eso. Ramiro, como primo de don Alvaro y tio de Elvira, se encargará de atraer á vuestro hermano á una fácil avenencia.

Mientras asi hablaban estas dos damas, las jóvenes doña Estrella de Solís y doña Elvira de Sandoval, citadas en su conversacion, estaban asomadas á una ventana de la misma sala con vistas hácia el campo, distraidas en oir el ruido del torneo, ya que les era imposible verlo. El palenque se habia levantado entre el rio Pisuerga y las murallas de Valladolid, á espaldas del monasterio de San Benito, en el parage hoy llamado paseo de las Moreras. Mediaban por lo tanto, entre él y la casa de D. Alvaro de Mendoza, un ala del convento y la muralla, pero Elvira y Estrella oian distintamente el murmullo del gentío, el toque de los clarines, los aplausos y vítores que se daban de tiempo en tiempo, y hasta los nombres de los paladines.

Estrella de Solis, prima de Elvira de Sandoval, era una jóven de estremada hermosura, que contaba veintiun años: educada en la corte de Enrique IV, aunque virtuosa y modesta, habia contraido hábitos de coquetería: muchos caballeros se habian dispu-

tado sus favores, que ella, sin embargo, no prodigaba sino de un modo frívolo, reservándose su corazon. Elvira, por el contrario, habia vivido en el aislamiento, acostumbrándose desde muy niña á no recibir otro culto que el de la sumision y el respeto: huérfana de madre, se consideraba como la señora de su casa, y á los diez y seis años era una mujer formal, con toda la gravedad de una persona mayor. Sus primeros años los pasó en un castillo de su padre cerca de Baena, rodeada de servidores reverentes, y entregada á la direccion de los quehaceres domésticos; sin tener otras distracciones que la equitacion, la caza y el espectáculo de la naturaleza. Este género de vida influyó de un modo decisivo en la formacion de su carácter sério, reflexivo, y aunque vivaz, propenso á la veneracion. Cuando por primera vez sintió las emociones del amor, consideró este sentimiento nuevo como una solemne transformacion de su espíritu, y se creyó obligada para siempre á conservarlo puro: para ella, todo afecto noble tenia algo de divino, y su amor, tal como lo concebia, era sagrado, era un precepto del cielo, no menos digno de culto que la amistad y el cariño filial.

Ambas jóvenes tenian rasgos de semejanza física, y casi no se observaba en ellas la diferencia de edades; pues Elvira, por efecto de sus ejercicios campestres, habia adquirido un desarrollo prematuro: ambas eran blancas, de ojos y cabello negros: ambas se distinguian por la vivacidad de la mirada y el aire imperativo de sus facciones un tanto aguileñas. Diferenciábanse, sin embargo en sus caractéres é inclinaciones, y esto daba á sus fisonomías un marcado tinte de singularidad. Estrella representaba el espíritu independiente y ligero: Elvira la voluntad firme y constante: la primera se burlaba de todo; la segunda veia motivos de sérias reflexiones en los objetos mas triviales.

—¿Has oido, prima? decia Estrella, empinándose y apoyando las manos en el antepecho de la ventana. Victorean á Ramiro de Guzman. Hace año y medio que le ceñí una banda en Segovia; pero nadie le conoció mas que yo. Estaba celoso de mí, y se presentó encubierto á disputar el premio á Fadrique Henriquez:

pequeño mérito, en verdad; pues Fadrique era entonces un niño.

—Pero, un niño, á quien tú preferirias, contestó Elvira; porque al cabo es mas rico y poderoso que el señor de Tovar.

—Si he de hablarte en verdad, me eran indiferentes el uno y el otro. Me gustaba Fadrique por sus riquísimos arreos y porque viste muy bien; y tambien me agradaba el primo de tu madre por su arrogancia y gallarda apostura.

—¿Oyes?-Tovar! Tovar! gritan. No hay duda que él gana esta tarde, como la otra vez. Si tiene por contrario al hijo del almirante, van luego á romperse la cabeza los dos.

—No quiera Dios que tal cosa suceda, repuso Elvira. Si algun dia llegasen á las manos, y ocurriese una desgracia, serias tú en parte responsable ante Dios.

—Yo? A qué son necios? Crees acaso que, cuando riñen dos caballeros, mediando una dama, lo hacen por ella? Vah! Todo es efecto de su vanidad. Yo me rio de esas disputas.

—Si no te conociese, prima, al oirte hablar así, creeria que tienes mal corazon. ¿Es posible que no te inspire interés ninguno el hombre que te ama, y que por tí daria su vida, cuando la espone por parecer bien á tus ojos? Oh! Sin duda no has comprendido cuanto hay de abnegacion y de generosidad en el cariño de Ramiro: yo que soy su confidenta, quizás porque conmigo puede hablar sin el respeto que tú le infundes, sé lo que valen esos arrebatos de celos, ese esclusivismo ciego, que tachas como nacido de la vanidad.

—No te negaré que Ramiro me quiere bien: lo mismo que Fadrique. Y ahí tienes la razon de mi indiferencia. No puedo contentar á ninguno de ellos, sin disgustar al otro, y por lo mismo los dejo iguales. Además, prima, no estamos en tiempo de pensar en amores: otras cosas mas graves deben ocupar nuestro pensamiento.

—Ay! bien lo sé, querida Estrella; y no creas que olvido un instante á nuestros padres. Si tanto me intereso por el amor de Ramiro, es en parte, porque ese amor puede contribuir mucho al logro de nuestros deseos.

—Y porque Ramiro te recuerda cierta aventura que te ocurrió en Asturas, cuando ibas á nuestra casa. ¿No es verdad? Confiésalo, picarilla.

Elvira se puso encendida, y aunque llena de confusion; contestó:

—No sé que te haya dado motivo para pensar mal de mi gratitud hácia el jóven Pulgar. ¿Acaso no lo merece? No sabes por Ramiro que á él debe mi padre la vida?

—¿Quien lo niega? Vé ahí una cosa estraña. Yo quiero á Pulgar, sin conocerle, por lo que hizo contigo, por su hazaña con Ramiro y por la generosidad con que salvó á tu padre.-Cuidado que no vayas á tomar celos.

—Yo celos!

—Pues, celos. Pero no perdono á ese jóven el que teniendo en su poder á tu padre, no le haya traido prisionero á Valladolid. Con eso estaríamos ahora mismo en un balcon del palenque, y nuestras familias gozarian del favor de la reina.

—Quién sabe! Yo de todos modos admiro la conducta de Pulgar, que pudiendo ganar gloria y prez con la sumision de un caballero como mi padre, le acompañó hasta sacarle fuera del peligro, y le dejó ir libre, salvando su honra.

—Escucha, Elvira, escucha! exclamó Estrella. Qué ruidosos aplausos! ¿Quién será el afortunado caballero?

—Parece que dicen el desconocido, repuso Elvira escuchando.

—Si, eso dicen. Quien estuviera allí! Me gusta tanto que haya desconocidos!-Oye los clarines. Ahora le van á dar el premio...... Ya se retira el vencedor.... Cuánto le aplauden!

—¿Qué tropa es aquella que por allí viene? Parece gente de justicia, dijo Elvira, señalando á una patrulla, que pasaba hácia la plaza de San Miguel.

—Deben de ser, dijo Estrella, de esas tropas que ha mandado levantar la reina para mantener el órden, y perseguir á los criminales.

—Ah! de la Santa Hermandad!

—Si.-Pero escucha: ya se ha concluido el torneo. La música

suena y se acerca. Ocultémonos un poco, y desde aquí podremos ver pasar á los reyes y á toda la comitiva.

No bien habia pronunciado Estrella estas palabras, cuando llamó su atencion un caballero que doblando la esquina del monasterio, se dirigió hácia donde estaban las jóvenes, gallardeándose en su caballo: traia en la punta de la lanza dos sortijas, de las cuales pendian flotando dos cintas de seda de diferentes colores. Aunque llevaba echada la celada, Estrella le reconoció al momento.

—Ah! exclamó. Allí viene Ramiro; le conozco en el penacho blanco y rojo.

—Y viene solo, dijo Elvira: sin duda se ha adelantado para saludarte.

Con efecto el caballero llegó hasta el pié de la ventana, se descubrió el rostro, hizo que se arrodillase su caballo y levantándose en los estrivos, presentó á su dama en la punta de la lanza las sortijas que habia ganado en el torneo. Estrella las tomó y dió una de ellas á su prima: el caballero saludó y volvió grupa, corriendo á incorporarse con la régia comitiva.

En aquel momento, y mientras Elvira, con la sortija en la mano, saludaba al caballero, apareció por el otro lado del monasterio un nuevo campeon, cubierto de negra armadura y seguido de un escudero. Traia calada la visera y ceñido el yelmo con una diadema de laurel y siemprevivas.

—El desconocido! El desconocido! exclamó Estrella.

Y avanzó el cuerpo para mirar al caballero, mientras Elvira volvia la cabeza, permaneciendo en su puesto, con la mano en que tenia la sortija fuera de la ventana.

El desconocido parecia fijar la vista en ella, y á juzgar por el abandono con que guiaba su caballo, podia inferirse que sufria una profunda distraccion. De pronto, al emparejar con las jóvenes, se llevó la mano al casco, tomó la diadema de laurel y siemprevivas, que acababa de ganar en buena lid, mereciendo el aplauso público, y la hizo pedazos, arrojando al suelo sus

hojas y flores.-En seguida metió espuelas al caballo con vivas muestras de rábia, y partió á escape.

—Has visto, Estrella? preguntó Elvira á su primo, llena de admiracion. Qué lance mas estraño! Quién será ese caballero?

—En verdad que ha sido raro el suceso, contestó Estrella, encogiéndose de hombros. Ese caballero no puede ser Fadrique Henriquez, porque es mas alto, y porque además he visto antes pasar al hijo del almirante con un séquito de escuderos y pages muy fastuoso.

Elvira no replicó; pero se quedó pensativa.

Las dos jóvenes permanecieron un rato en la ventana, viendo pasar á lo léjos multitud de caballeros y damas, armados ellos, vestidas ellas con magnificencia: luego vieron á los reyes con su corte que se retiraban á palacio, mientras el gentío de espectadores se dispersaba en varias direcciones, regresando á sus hogares.

Antes de pasar adentro, dijo Elvira á su prima:

—No hables de esa aventura singular que hemos presenciado.

—Por qué? preguntó la caprichosa Estrella.

—No hables de ello, te suplico. Deja que antes pueda yo departir á solas con Ramiro.

Las dos primas entraron en la sala, donde aun permanecian en conversacion la señora de la casa y doña Inés de Sandoval.

Era ya casi anochecido, y las damas aguardaban con impaciencia la vuelta de D. Álvaro de Mendoza y de su sobrino Ramiro de Guzman, para que les contasen los lances del torneo. El ruido de los caballos que entraban en el patio de la casa, anunció al cabo la llegada de los dos caballeros, y Elvira y Estrella salieron á la escalera para recibirles y darles la enhorabuena, suponiéndoles vencedores.

Don Álvaro era un caballero rudo, que mas entendia de achaques de guerra que de costumbres cortesanas: sin embargo tenia treinta y seis años, es decir, que estaba en edad de agradar todavía, y se preciaba de galante. Apenas echó pié á tierra, se


URRABIETA
CARN°

* * *

dirigió hácia las jóvenes, y saludándolas con áspera cortesía, les dijo:

—Afortunado soy, mis lindas rebeldes, pues alcanzo el favor de que salgais á recibirme.

Iba á contestarle Elvira, pues su prima estaba distraida en ver llegar á Ramiro y al conde portugués cautivo, que le acompañaba, cuando le cortó la palabra un súbito alboroto, que se oyó hácia el vestíbulo, al mismo tiempo que un hombre gritaba con azoradas voces:

—Asilo! Asilo!

Volvieron todos la cabeza sorprendidos, y vieron aparecer á un judío, que huyendo vino á refugiarse á los piés de D. Alvaro. Inmediatamente detrás se presentó un jóven caballero, vestido aun con las armas del torneo, trayendo en vez del casco un sombrero con plumas, y en la mano una fusta: el cual, en la ceguedad de su ira, no reparó en presencia de quien se hallaba, y atropellando por todo, corrió hácia el mísero fugitivo, diciendo:

—No escaparás á mi furor, aunque te ampare Satanás.

Y levantando el brazo descargó un golpe con la fusta en el rostro del judío.

—Ved donde estais, D. Fadrique! gritó D. Alvaro, deteniendo en el aire el brazo del jóven, que intentaba repetir el castigo.

D. Fadrique alzó entonces la cabeza, y á la escasa luz crepuscular que penetraba en la escalera, reconoció á Estrella de Solís.

La presencia de esta hermosa jóven, estando Ramiro cerca de ella, solo sirvió para inflamar la cólera del insolente mozo. El orgullo le inspiró al momento la idea de humillar á su rival delante de la dama, prevaliéndose de su elevada clase, para exigir la entrega del hombre que se habia acogido al asilo de D. Alvaro. Tal vez creyó vergonzoso el retirarse, sin oponer antes el peso de su dignidad y de su valor: tal vez, y es lo mas probable, incitado por el aguijon venenoso de los celos, obede-

ció, sin reflexionar, al impulso de la ira y la soberbia, que tumultuosas bramaban dentro de su pecho.

—Qué me importa ver donde estoy? contestó, repeliendo á D. Alvaro. Una persona de mi calidad no necesita de vuestro permiso para usar de su derecho.

—Es que nadie, ni el rey, tiene derecho á violar el asilo de mi casa! replicó D. Alvaro con entereza. Retiraos, pues, y no trateis de conseguir lo imposible.

—Para mí no hay imposibles. Sígueme, judío.

El judío echó á temblar, y se acurrucó á los piés de las damas. D. Alvaro se puso delante de él, y acariciando la guarnicion de la espada, repuso.

—No os canseis, D. Fadrique, porque nadie implora en vano el asilo de la casa de Castrojeriz. No conozco á este judío, ignoro porqué le perseguís, pero os advierto que no saldrá de aqui por la fuerza.

—Lo veremos!

—Veámoslo, pues!

Los dos nobles desenvainaron á un tiempo las espadas. Ramiro y el conde portugués se pusieron al lado de D. Alvaro, y multitud de servidores de éste aprestaron las armas para defender su derecho. A este tiempo habian entrado en el patio unos treinta hombres del séquito de D. Fadrique. Iba, pues, á trabarse una de aquellas luchas, tan frecuentes entre los miembros de la aristocracia, que muchas veces habian ensangrentado las calles por motivos menos importantes que la libertad de un hombre.

Ramiro, ya fuese por evitar una efusion inútil de sangre, ya por impedir que su tio se malquistase con una familia que tenia un parentesco tan cercano con el rey, quiso mediar, diciendo:

—Señores, no está bien que caballeros de nuestra estirpe vengan á las manos por cosas de poca monta. Este hombre se halla bajo la jurisdiccion de Castrojeriz; segun ella será juzgado, y si ha delinquido contra el señor de Henriquez, no quedará impune.

— Y quién os mete á vos á personero en este pleito? dijo Fadrique con tono desdeñoso.

—Eh! Basta de palabras! prorumpió D. Alvaro. Salid de mi casa!

Don Fadrique, por toda contestacion, apellidó á los suyos, y se puso en guardia. En seguida cien espadas salieron de la vaina y se cruzaron con estrépito: las damas huyeron asustadas gritando, y el judío, léjos de aprovechar la ocasion para escaparse, bajó arrastrando la escalera, y se ocultó detrás de una puerta de las habitaciones inferiores. Entretanto seguia la lucha casi á oscuras, pues habia cerrado la noche, y los combatientes mezclados y confundidos necesitaban gritar contínuamente para conocerse, nombrando cada cual al jefe de su respectivo bando: era con esto infernal el estruendo, sin que en realidad fuese grande el daño, pues dándose los golpes á la ventura, y estando armados casi todos los combatientes, solo resultaron muchos contusos y algunas orejas cortadas.

Sin embargo el tumulto puso en alarma á la vecindad: de pronto aparecieron en el ancho vestíbulo varios hombres con teas encendidas, con lo que se iluminó la escena, brillaron á su luz varias partesanas y arcabuces, y se oyó una voz estentórea que gritaba:

—Ténganse todos á la Santa Hermandad!

La lucha se suspendió por un momento.

—Qué es esto? dijo D. Alvaro: ¿quién ha facultado á la Hermandad para invadir mi jurisdiccion?

El que habia invocado la institucion popular se adelantó, y saludó cortesmente al señor de Castrojeriz.

—La han facultado, contestó, la reina y las córtes del reino.

—Yo no reconozco en nadie poder para violar mi fuero, repuso el señor de Castrojeriz. Dentro de estos muros soy señor absoluto, y mando yo solo, asi como la Hermandad puede ejercer su jurisdiccion en despoblado.

—Además, dijo Ramiro terciando en el debate: no puede ser

este caso de Hermandad, pues aquí solo se trata de una diversion, de un asalto de armas.

El cuadrillero que era un veterano muy versado en materia de lides, miró al jóven noble sonriéndose, y repuso:

—No dudo de vuestra palabra, señor caballero: sin embargo, me concederéis que es peligroso ocuparse á oscuras en estos nobles ejercicios; y confio en la bondad de todos vosotros, que me hareis el obsequio de suspender vuestro entretenimiento para cuando sea dia claro. Este es mi parecer, y creo que os conformareis con él para no incurrir en el desagrado de S. A. la reina nuestra señora.

Los agentes de la Hermandad, habian ido cercando poco á poco á los combatientes, de modo que si alguno se moviese podia ser preso en el acto.

Uno de los servidores íntimos de D. Fadrique habló á éste al oido, y le dijo:

—Retirémonos, señor: no provoquemos la justicia de la reina.

—Aparta, contestó en alta voz el impetuoso jóven. Yo no saldré de aquí sin haber logrado antes mi deseo.– Y esgrimiendo la espada gritó:–¡Ah de los mios!

Algunos intentaron acometer; pero al punto se vieron desarmados por los soldados de la Hermandad. El cuadrillero acabó de comprender la situacion, y acercándose á D. Fadrique, le dijo muy quedo, despues de hacer una profunda reverencia:

—No habia reparado que estuviese aquí vuestra señoría, pues de lo contrario antes os habria comunicado una órden que tengo de la reina.

Y buscando entre varios papeles, que sacó de una cartera de cuero, presentó al jóven uno, que leido por éste en voz baja, decia así:

«El muy ilustre caballero á quien será comunicada esta órden, se presentará inmediatamente en palacio.–*Yo la Reina.*»

—Pero es para mí esto? preguntó el jóven.

—No lo dudeis; y debo advertiros que es urgente, contestó el cuadrillero.

Don Fadrique meneó la cabeza con aire de disgusto, y envainando la espada, dijo á D. Alvaro:

—Un deber superior á todo me obliga á retirarme en este momento; pero nuestra partida queda aplazada.

—Id tranquilo: yo os prometo continuarla, y si me la ganais, entregaros la puesta.

El jóven salió orgulloso á la cabeza de su gente, y luego que se hubo perdido en la calle el rumor de sus pasos, el cuadrillero se acercó á D. Alvaro, y le dijo en voz baja:

—Deseo hablaros á solas, pues con este objeto he venido.

El caballero le condujo á un estremo del patio y le invitó á que hablase.

—Nuestra señora la reina, continuó el cuadrillero, me ha mandado entregaros esta órden, que no he creido prudente daros en presencia de D. Fadrique, por si acaso es reservada.

Don Alvaro tomó la órden y la guardó. El cuadrillero se despidió en seguida con mucha ceremonia, y todo volvió á su estado de calma habitual.

En aquel momento el judío asomó la cabeza con precaucion, para convencerse de la ausencia de su enemigo. D. Alvaro, que no le habia olvidado, miraba á todas partes, preguntando por él.

—Aquí estoy, señor, dijo el desventurado, saliendo de su escondite: no me desampareis.

—Ah! exclamó el caballero: temia que te hubieses huido, porque soy responsable de tí. Ven, sígueme.

Y subiendo la escalera, le condujo á su aposento particular, y se encerró con él.

Entre tanto Ramiro y el conde de Penamacor pasaban á la estancia de las damas, y despues de tranquilizarlas, conversaron con ellas sobre los lances del torneo. El cautivo portugués no hallaba palabras para encarecer la valentía y destreza de los caballeros castellanos: hizo un elogio ampuloso del señor de

Castrojeriz y de su sobrino Ramiro, y dió lugar á que éste dijese:

—Todos hemos cumplido con nuestro deber, y no por ello merecemos particular alabanza. Si hemos de ser justos, esto solo es debido al caballero incógnito, que á última hora se presentó en el palenque.

—Oh! Si; es una fuerte lanza, repuso el portugués: vale tanto como el mejor campeon de mi tierra.

—Y no se sabe quien es ese caballero? preguntó Elvira de Sandoval.

—No se sabe, contestó Ramiro. Sin embargo, de cuantas lanzas conozco, fuera de los caballeros que han tomado parte en la lid, solo Hernando del Pulgar puede hacer lo que ha hecho esta tarde el desconocido. Y presumo que es él, porque he sabido que acaba de llegar á Valladolid, y porque estando de luto por la muerte de su padre, esta circunstancia esplica su incógnito.

Elvira y Estrella se miraron con interés. No podian esplicarse la conducta estraña observada por el caballero laureado debajo de su ventana.

Ramiro continuó apoyando su sospecha con otras conjeturas, y elogiando el valor y las nobles prendas de Pulgar, á quien se complacia en dar el nombre de amigo; y así continuó la conversacion, durante la cual, el señor de Castrojeriz, despues de haber hablado un rato á solas con el judío, volvió á salir de su aposento, y llamando á uno de sus hombres de armas, le dijo:

—Tened á este hebreo bajo vuestra custodia, sin permitir que hable con nadie, ni que nadie le ofenda, y cuidad de que se le dé cuanto haya menester.

En seguida salió de su casa con direccion al real palacio, haciendo que le acompañase una corta comitiva.



CAPÍTULO V.

De como D. Fadrique hizo propósito de enmienda.

Al establecer la reina la Santa Hermandad sobre las bases, hasta su tiempo desconocidas, de una mútua alianza entre el pueblo y la autoridad suprema, se habia propuesto dos objetos: el de garantizar la seguridad personal, reprimiendo los crímenes, y el de reducir á límetes convenientes las prerogativas usurpadas por la aristocracia feudal. Esto último no se podia conseguir desde luego por medios violentos, á no ser ejerciendo un despotismo brutal ó una política traicionera como la de Luis XI; pero sin ello, en vano podia esperarse que prevaleciese la justicia sobre la fuerza. Doña Isabel tenia bastante talento para conocer el valor intrinseco de la nobleza castellana, y le sobraba corazon para llevar á cabo su árdua reforma por medio de la persuasion combinada con la firmeza: queria reedificar, sin destruir lo existente; arrancar de cuajo los vicios constitucionales de la sociedad que habia recibido; y aunque estaba resuelta á llevar

adelante sus planes con energía, encontraba obstáculos que era menester salvar con prudencia.

Para evitar el choque entre el poder soberano del trono, y la soberanía parcial de hecho que venian ejerciendo los grandes, era preciso acostumbrar á éstos á la obediencia de una ley comun, al reconocimiento del bien general, como supremo regulador de los derechos y deberes humanos. A este fin tendia la institucion de la Santa Hermandad, tribunal de justicia sostenido con la fuerza y ramificado sobre toda la faz del reino, ante cuyo fuero debia ceder toda jurisdiccion privilegiada, desapareciendo el derecho de asilo, de que se abusaba, amparando á los mayores criminales: siendo una la autoridad y una la justicia, todas las distinciones sociales quedaban sometidas á la clasificacion moral de los hombres en buenos y malos.

Claro es que semejante revolucion en los hábitos envejecidos de la edad media, por mas que fuese reconocida como buena en el seno de la conciencia íntima, debia de encontrar una vigorosa oposicion en los altivos señores, acostumbrados á obrar como otros tantos reyes absolutos en el circuito de sus dominios territoriales. Por lo mismo la reina comenzó á domiñarlos, valiéndose de suavidad y artificio.

Los primeros cuadrilleros nombrados recibieron órdenes escritas y firmadas de la real mano, como las que hemos mencionado en el capítulo precedente. Por medio de ellas, los jefes de la fuerza monárquico-popular, evitando chocar con los personages elevados, que cometian escesos, les obligaban políticamente á presentarse á la reina, siendo ellos mismos, sin saberlo, portadores de su acusacion. Este recurso ingenioso tenia la doble ventaja de inspirar la dignidad y el decoro debidos á personas llamadas á distinguirse por su ilustre cuna, y de mostrarles á la vez que la corona, como el ojo de la Providencia, estaba presente en todas partes.

Acababa de retirarse doña Isabel á su camarin particular, con ánimo de hacer las oraciones que tenia siempre de costumbre despues de cenar, cuando se presentó la marquesa de Moya en

la puerta, y permaneció allí un momento indecisa. La reina volvió la cabeza, y viendo á su amiga, la dijo:

—Qué ocurre, mi querida Beatriz?

—Señora, contestó la marquesa, acercándose: ahí está don Fadrique Henriquez, y dice que V. A. le ha mandado llamar,

—Ah! Si: decidle que entre.

Retiróse la dama, y á poco entró en el camarin el hijo del almirante. La reina le esperó sentada, mirándole con particular atencion.

—Bien venido seais, primo, le dijo: ¿dónde habeis recibido mi órden?

—La he recibido en casa de D. Alvaro de Mendoza, contestó el jóven.

—En casa de D. Alvaro! Lo estraño mucho; pues nunca supe que fuéseis amigo de ese caballero. ¿Qué hacíais allí?

—Psé! Nada: repuso D. Fadrique encogiéndose de hombros. Me entretenia en un ejercicio de armas.

—Se os conoce; porque estais agitado. ¿Y no sabeis que tengo prohibidos los duelos, y que ayer fueron presos por haber infringido la ley los condes de Luna y de Valencia? Os parece que vuestra calidad de sobrino de mi marido os faculta para quebrantar mis preceptos? Decidme, ¿qué motivos habeis tenido para reñir con D. Alvaro? Confesadme la verdad, en el concepto de que yo he de saberlo todo.

—La verdad es que D. Alvaro se ha negado á entregarme un judío que ha tomado asilo en su casa; y ese judío es un perro usurero, que se atreve á insultarme, y á quien yo debo castigar.

—Hablais de Natham Halevi?

—Ah! Le conoceis?

—Si, le conozco; y os prevengo que, si teneis de él queja, me la representeis, y os prometo castigarle como merezca. Pero volviendo á D. Alvaro, ¿le habríais vos entregado una persona que se hubiese acogido á vuestro amparo? Creeis que tuviese el derecho para arrebatárosla por la fuerza?

—Creo, señora que hay grande distancia de mí á D. Alvaro de Mendoza, y que si no por cortesía, por consideracion á quien soy, debió proceder con mas acatamiento, y poner en mis manos á ese miserable Natham.

—Don Fadrique, repuso la reina con gravedad: no hay de hombre á hombre mas distancia que la que establecen sus acciones. ¿Os parece que, delante de Dios, cuando llegue la hora del tremendo juicio, habrá una justicia para los grandes de la tierra y otra para los pequeños? Pues bien, los reyes somos vicarios de Dios en este mundo, y á nuestros ojos deben desaparecer las categorías de los hombres, quedando solo en pié, para juzgarlos, sus virtudes y sus vicios. Sois un jóven á quien amo, D. Fadrique, y por lo mismo deseo corregiros de vuestros defectos para elevaros algun dia sin escrúpulo al puesto á que sois llamado por vuestra cuna: y sabed que las faltas que cometais no serán borradas de mi memoria, pues el hallaros tan cerca del trono, léjos de atenuarlas, por el contrario las agrava. Esta es la diferencia que hay entre vos y el señor de Castrojeriz, que, por ser vos mi pariente, al cometer ambos un mismo delito, si él es culpable como uno, vos lo sois como diez.

—Dura estais conmigo.

—No, estoy justa.

—De modo, señora, que mi condicion es peor que la del último vasallo.

—Por qué! Acaso humilla al hombre la virtud? ó habeis creido que la grandeza humana consiste en poder hollar todo precepto? Cumplid vuestros deberes; sed el primer mantenedor de la ley, como sois el primero en nobleza, y tendreis derecho á ser respetado. En la escala del deber, sabedlo, yo por mi posicion, soy la última esclava: el que mas acate la justicia, ese será el primero despues de mí.

—D. Fadrique guardó silencio: su espíritu rebelde comprendia vagamente las ideas severas de la reina, que penetraban en él debilitadas por el rencor que le animaba, como la luz se amortigua y descolora al pasar á través de un agua turbia.

—Os lo repito, D. Fadrique, continuó la jóven soberana despues de una pausa: yo mido la grandeza de los hombres por sus virtudes y merecimientos; y para mí, el mas leal, el mas obediente á la ley, ese es el mas digno de aprecio.

—Y por eso me reprendeis, repuso el mancebo, cuyo carácter indómito se rebelaba contra el consejo. Es decir, que yo no merezco vuestro aprecio, por haberme opuesto á la insolencia de un hombre tan leal, que abriga en su casa á vuestros enemigos.

—¿Cómo es eso? Esplicaos.

—Si, señora, es forzoso decirlo: D. Alvaro tiene en su casa personas que os son desafectas; yo las he visto, y esta es la causa principal del ódio con que le miro.

—Quiénes son esas personas que habeis visto?

Don Fadrique sintió una repugnancia instintiva á concluir su indigna delacion, y aunque tarde se arrepintió de haberse dejado arrastrar por los celos á decir mas de lo conveniente. La reina notó su indecision y adivinando la causa, le dijo:

—Os dispenso de contestarme, porque veo que os encontrais entre dos escollos, que cualquiera de ellos puede menguar la dignidad de un caballero. No permitiré que seais delator, ni que retireis vuestra palabra.

—No tengo por qué retirarla.....

—Ea, basta! concluyó la reina.

Y señalando á la puerta de un aposento interior, añadió:

—Entrad ahí, D. Fadrique, y aguardad á que yo os llame.

Don Fadrique obedeció. La reina cerró la puerta y dió un golpe en un timbre de acero. En seguida se presentó el oficial que estaba de servicio en la cámara real.

—¿Ha venido el señor de Castrojeriz? le preguntó la reina.

—Si, señora.

—Decidle que entre.

Pocos momentos despues se presentó D. Alvaro de Mendoza.

—He sabido, le dijo doña Isabel, que teneis en vuestra casa personas desafectas á mí: quizá me han engañado, porque tal

no es creible de vuestra conocida lealtad. Por lo tanto os he llamado para que vos mismo me informeis, pues para mí nada es tan valioso como la fé de un caballero.

—No os han engañado, señora, contestó don Alvaro; pues tengo en mi poder al ilustre portugués, conde de Penamacor, conocido enemigo de V. A. Desafectos de esa especie son los que yo suelo abrigar bajo mi techo.

Esta contestacion altiva, léjos de irritar á la reina, la hizo sonreirse y responder.

—Tengo bien presente vuestro servicio, D. Alvaro, y no os he preguntado por el conde de Penamacor.

Hay además en mi casa, repuso el caballero, tres damas, que han venido á conspirar para que V. A. perdone á sus parientes rebeldes; y son, mi sobrina Elvira, hija del comendador D. Pedro de Sandoval, una hermana de éste y esposa de D. Alonso de Solís, y su hija Estrella.

—Estrella de Solís, repitió la reina: la conozco. Decid á esas damas que vengan á verme, y que el comendador y D. Alonso serán perdonados luego que se me presenten á rendirme homenage.-Otra queja tengo de vos.

—Queja! decidla.

—Sabiendo que repruebo las luchas parciales entre mis nobles, ¿cómo es que habeis sacado la espada contra D. Fadrique Henriquez?

Don Álvaro refirió fielmente todo lo que habia pasado, y concluyó diciendo:

—En suma, yo solo he defendido mi derecho, repeliendo una agresion osada y descortés, y amparando á un desvalido, cuya única tacha consiste en ser judío.

—Pero á ser cierto que ese judío ha insultado á una persona tan respetable como D. Fadrique, merece ejemplar castigo.

—El delito de Natham, señora, consiste en haber rehusado dar dinero á D. Fadrique, cumpliendo así una órden espresa del señor almirante.

—Lo sospechaba. Pues bien, señor de Castrojeriz, os reco-

miendo el secreto sobre ese particular: dejad ir libre á Natham, y prevenidle que si profiere una sola palabra ofensiva al honor de D. Fadrique, mandaré arrancarle la lengua. Y en cuanto á vos, puesto que sois hombre formal, espero que en adelante me ahorrareis disgustos, y evitareis querellas que me ofenden, y que estoy decidida á castigar severamente.

—Señora, si D. Fadrique me busca, no soy hombre que consienta ultrajar mi honor. Además yo le he prometido guardar á Natham, para hacerle justicia, y el mismo judío no aceptará una libertad peligrosa.

—Don Fadrique no os buscará: yo os lo aseguro. Y en cuanto á hacerle justicia, me parece que toda jurisdiccion acaba donde comienza mi autoridad.

—Sin embargo, señora, mis derechos señoriales.....

—¿No ha intervenido en la cuestion la Santa Hermandad?

—Ciertamente.

—Pues la Santa Hermandad representa mi persona, y no hay señor que mande al rey.

La entereza con que la reina pronunció estas palabras dió á conocer á D. Alvaro que habia incurrido en el desagrado de su soberana. Resolvió guardar silencio por el momento, pero su espíritu altivo batallaba con la idea de abjurar sus derechos señoriales ante el poder naciente de la Hermandad.

—No, decia en su interior: esa institucion abusiva y tiránica no debe prevalecer; de lo contrario ¿qué vá á ser de los fueros de la nobleza?

La reina comprendió su pensamiento, y repuso:

—Yo espero de hombres como vos, amantes de la justicia y del bien comun, el apoyo necesario para robustecer esa potestad que me representa, y que ha de dar á todos seguridad y reposo. ¿De qué os sirven, sin esto, unos derechos, que pocas veces podeis ejercer, y solo contra el débil? Hoy vuestra vida y hacienda pueden seros arrebatados por otro mas fuerte que vos: esto no sucederá cuando el rey, que á todos necesita y á nadie puede ofender sin dañarse á sí mismo, sea de hecho superior á todos,

como lo es de derecho. Una es la justicia, y para que tenga fortaleza, uno ha de ser el brazo que la ejecute. No dudo que asi lo comprendereis, D. Alvaro. Ahora os podeis retirar.

El señor de Castrojeriz hizo una profunda reverencia y se retiró caviloso. No podia decidirse á creer que conviniese á un señor de horca y cuchillo, á un casi-rey, el abandono de sus altos privilegios en manos del monarca, si bien reconocia que por este medio se afianzaba la proteccion debida á grandes y pequeños.

La reina llamó á D. Fadrique, y le habló de esta manera:

—Porque os amo como á un hijo, necesito corregiros. Habeis provocado una lucha sangrienta, movido de injusto resentimiento y arrebatada ira. Esto es mal hecho, D. Fadrique.....

—Pero, señora!.... exclamó el jóven con mal modo.

—Silencio! No me interrumpais, repuso la reina. Vuestro delito, siendo quien sois, es muy grave, y merece un severo castigo. Sin embargo, por esta vez os perdono, y solo os impongo una correccion: estareis quince dias detenido en mi palacio: si durante ellos dais muestras de arrepentimiento, os aliviaré la pena: en caso contrario, sentireis el rigor de mi justicia.

—Bien, señora, obedeceré, pero esto es vergonzoso para mí, y no creo merecer tanto rigor.

—Vergonzosa es la culpa; no lo es la pena, si tras de ella viene la enmienda. Yo os castigo porque habeis quebrantado mis mandatos provocando un combate personal, y porque habeis maltratado á un miserable judío, que os daba una leccion de honradez, rara en los de su clase.

—Cómo?....

—Si, yo lo sé todo. Vuestras locas prodigalidades, vuestros costosos desvaneos han obligado á vuestro padre á prohibir al judío Natham que os prestase dinero. Natham os lo ha negado, como debia, accion loable, que ningun avaro ejecuta, y por esto le maltratais.-Aquí estamos solos y nadie nos oye: mis palabras no os ofenden, porque son las de una reina, de una madre; y aquí os digo, que ese miserable judío vale mas que vos, como

hombre. ¿No os dá vergüenza de que asi sea? Yo espero, sin embargo, que vuestros hechos borrarán en mí esta impresion dolorosa. Retiraos ya.

Don Fadrique saludó á la reina y salió cabizbajo; pero cuando estuvo fuera del aposento real, meneó la cabeza, rechinando los dientes, se mesó los cabellos, y las lágrimas del despecho asomaron á sus pestañas.

—Juro á Dios, murmuró que me la han de pagar.





CAPÍTULO VI.

De como D. Alvaro fué hecho conde, y D. Fadrique le dió la mano.

VALLADOLID, mas que ciudad y corte, parecia un campamento. Cincuenta mil guerreros de todas clases y condiciones, habia dentro de sus muros, y aguardaban la hora de partir para la frontera de Francia.

Este numeroso ejército, que escedia mucho á las esperanzas de la reina y de su esposo, se componia en gran parte de nuevos allegados, que poco antes militaban bajo las banderas portuguesas. No pasaba dia sin que se presentase algun caudillo, grande ó simple caballero, con las gentes de su acostamiento, á rendir pleito homenage á la reina y á ofrecerla sus servicios.

Urgia mucho acudir á Guipúzcoa para rechazar la invasion francesa, que, si llegaba á dominar en algunas plazas de la frontera, podia encender de nuevo las mal apagadas teas de la guerra civil. El rey apresuró los preparativos de marcha, y una hermosa mañana del mes de julio pudo montar á caballo, y pasar

revista á sus tropas á las puertas de Valladolid, juntamente con su esposa que salió á despedirle.

Magnífico espectáculo le presentaba á la vista en las afueras de Santa Clara, camino de Burgos. Los rayos del sol naciente se reflejaban y partian en millares de lucidas armaduras, en los bruñidos y tachonados caparazones de los corceles de guerra, en las espadas desnudas y en los hierros de las picas y lanzas. Un blando zéfiro movia centenares de banderas desplegadas, y jugueteaba con los innumerables penachos de diversos colores; que se mecian gallardos sobre los cascos de los caballeros: las compactas falanges de peones, armados con lanzas, ballestas y arcabuces, los pesados trenes de artillería, y la masa desordenada de bagages, acémilas y carros provistos de víveres y municiones cerraban á lo léjos el cuadro imponente de aquel aparato marcial.

El rey cabalgaba en un soberbio caballo alazan claro, en cuyos jaeces brillaban el oro y la plata. Vestia calzas de raso celeste, llevaba encima de la coraza, una sobrevesta blanca, y un rico manto de brocado le pendia de los hombros: cruzábale el pecho la banda que le regaló su esposa, y le cubria la cabeza un ligero yelmo coronado, pendiéndole de la cimera un lloron de plumas rojas. La reina iba á su derecha montada en un palafren blanco y adornada con todo el esplendor que solia guardar para las ocasiones solemnes. Seguíanles los principales grandes de Castilla, muchos caballeros aragoneses, el cardenal Mendoza y varias damas de las mas distinguidas.

Los reyes recorrieron toda la línea del ejército que se dilataba en el espacio de media legua, saludando al pasar á los caudillos y recibiendo el homenage de los batallones, que les saludaban rindiendo los pendones y banderas, y dando al viento los sonidos marciales de las bandas y de los tambores y trompeteria.

Pasada esta revista de marcha, Isabel y Fernando volvieron á la cabeza del ejército, que se apoyaba en la puerta de la ciudad, y llegaron á tiempo que por ella salia un corto destacamento de

caballeros: los dos que marchaban delante mostraban bien á las claras que pertenecian á una elevada clase, á juzgar por su arrogante compostura y el lujo deslumbrador de sus arreos.

La reina fijó en ellos la vista, y reconociéndolos al momento, exclamó:

—Mirad, señor, mirad quien viene allí.

—Ah! Benavente! dijo el rey.

El conde de Benavente, libertado desu cautiverio por la generosidad del señor de Castrojeriz, que era el otro caballero con quien venia, llegaba en aquel momento de la frontera de Portugal, donde se habia verificado el cange entre aquel grande y el conde de Penamacor. Los dos nobles personages echaron pié á tierra, y tomando D. Alvaro de la mano al conde, lo presentó á los reyes, diciendo:

—Altos y poderosos señores: la fortuna que favoreció á vuestras altezas en la gloriosa jornada de Toro, amargó vuestra ventura, privandoos de mi noble amigo el señor conde de Benavente. Su rescate no podia pagarse con oro, porque no hay oro en el mundo para comprar á tan esforzado caballero. Yo tenia en mis manos á otro ilustre cautivo, y lo he cambiado por él, seguro de ganar y de que ganais en ello. Aceptad, señores, mi humilde servicio.

—Bien, Mendoza! contestó el rey. Os estamos reconocidos.

—Vuestra accion, añadió la reina, vale tanto como la mas heróica hazaña. Nunca la olvidaremos, conde de Castrojeriz!

—Conde habeis dicho, señora? repuso confundido D. Alvaro.

—Si, conde: ¿acaso puede ser menos el que cautiva y rescata condes?

El de Benavente se adelantó, y dijo:

A mí me toca, señora, daros las gracias por la merced que haceis á mi generoso amigo. Y como nadie está mas obligado que yo á pagar su magnánimo desprendimiento en favor mio, me apresuro á declarar aquí ante vuestras altezas y en presencia de Dios, sin perjuicio de confirmarlo por escritura pública, que yo y todos mis descendientes somos deudores á los condes

de Castrojeriz, y les acudiremos con nuestras personas y estados en cuantas ocasiones se les ofrecieren (*).

Oia estos discursos á corta distancia el jóven D. Fadrique Henriquez, libre ya, por haberse cumplido los dias de detencion que le impuso la reina; y sin mostrar visible descontento, se mordia los lábios hasta el punto de brotar sangre. Aunque don Alvaro de Mendoza no era el objeto primordial de su ódio, pues como sabe el lector, su resentimiento se dirigia principalmente contra Ramiro de Guzman, sin embargo el castigo que acababa de sufrir por su querella con aquel caballero, le habia hecho concebir un rencor profundo hácia él. Creíase humillado, y blanco de las burlas de sus enemigos; y las distinciones que se prodigaban al generoso D. Alvaro, tanto or los reyes, cuanto por el conde de Benavente, torturaban su alma, incapaz de reconocer, en su mala predisposicion, el mérito de quien las recibia.

La reina, despues de aplaudir la gratitud honrosa del rescatado conde, acordándose de la pasada disputa entre D. Alvaro y D. Fadrique, se volvió á éste y le dijo:

—Acercaos, primo, y puesto que debeis tomar parte en nuestras alegrías, hoy que el conde de Castrojeriz nos devuelve á uno de nuestros mas preciados amigos, mostradle la satisfaccion que sin duda sentís; y dadle la mano, en prueba de que no le guardais rencor. Supongo que D. Alvaro deseará tambien contar entre sus amigos á un jóven de vuestras prendas.

—Por mi parte, señora, dijo el nuevo conde, me tendré por muy honrado con la amistad de D. Fadrique, cuyo valor y gentileza reconozco.

Y se adelantó hácia el joven; el cual, cediendo á la ley de las circunstancias, se apresuró á salirle al paso, presentándole su mano, con la sonrisa en los lábios y el ódio en el corazon.

—Aquí teneis mi mano, conde, dijo: yo tambien aprecio vuestro mérito singular.

Verificada esta conciliacion, mas aparente que real, D. Fernando que veia con impaciencia levantarse el sol sobre el hori-

(*) Histórico.

zonte robándole las horas, se despidió de la reina y de sus damas y nobles.

—Adios, señora! exclamó con mal sentido pesar. Voy á vencer á los franceses, como he vencido á los portugueses, invocando vuestro querido nombre en la pelea.

—Id con Dios, señor, le contestó doña Isabel, y él os dé felicidad. Yo entre tanto acabaré de apagar los restos del incendio que ha estado á punto de devorarnos, y pediré al cielo por vos. Aquí me quedan el ilustre cardenal para el consejo; el aguerrido Benavente, el bravo Haro, el leal Castrojeriz, y multitud de jóvenes, caudillos para la accion. Con el auxilio de tan leales vasallos y con el favor de Dios, nada temo, y podeis ir tranquilo.

El rey levantó su baston de general, y el ejército entero se conmovió, como un leon fiero que sale de su letargo: pocos momentos despues la cabeza del primer escuadron rompió la marcha, ejecutando un cambio de direccion, y las dilatadas falanges, moviéndose y girando sobre la misma base, comenzaron á ondular, semejantes á una inmensa serpiente de erizadas escamas.

La reina con sus nobles y damas permaneció en su puesto, hasta que pasó el último soldado, recibiendo de todos gratas demostraciones de amor y respeto. En seguida se retiró á su palacio.





CAPITULO VII.

La reina y la muger.

Pocos dias despues de la marcha del rey estaba doña Isabel en su cámara de consejo rodeada de sus ministros y de varios letrados y guerreros, que componian el tribunal ó junta suprema de la Santa Hermandad. Veíanse allí personajes tan notobles como el cardenal Mendoza, que desempeñaba el alto cargo de gran canciller ó primer ministro, el infante D. Alonso de Aragon, hermano bastardo del rey, que habia sido nombrado superintendente y general de la Hermandad, D. Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro y condestable de Castilla, el conde de Benavente, y otros hombres de saber, como Alonso de Quintanilla, tesorero del rey y el secretario Fernando Alvarez de Toledo.

Este último estaba sentado enfrente de la reina, junto á una mesa, sobre la cual habia multitud de papeles, clasificados por órden de materias, y separados en varios grupos ó legajos. Los

demas personages ocupaban diferentes sillas, segun su categoría, mas ó menos cerca del trono.

Doña Isabel pedia indicaciones al secretario, acerca de los diversos asuntos, y señalaba aquellos de que debia dársele cuenta con antelacion. El secretario las iba dando por medio de una lista que tenia delante.

—Notas de la guerra, dijo Fernando Alvarez.

—Veamos eso, contestó la reina.

El secretario tomó uno de los legajos, y empezó á leer los estractos que habia puesto al márgen de cada parte de los últimamente recibidos.

—El ilustre señor D. Alonso de Fonseca, obispo de Avila, participa desde su campo sobre Toro, que ha descubierto un punto flaco, aunque muy peligroso por la fragosidad del terreno, para dar el asalto á la ciudad. Doña Maria de Ulloa, que la defiende, tiene fuerzas y pertrechos bastantes para sostenerse mucho tiempo. El reverendo obispo pide un corto refuerzo de caballeros y escaladores.

—No es vergüenza, dijo el condestable, que una mujer obligue á un campeon como D. Alonso de Fonseca á pedir refuerzos?

—Ciertamente que es duro trance, repuso la reina. Pero eso prueba que doña Maria es valiente, y tiene en mucho la honra de su marido. Podrá darse aviso á D. Fadrique Manrique para que acuda al señor obispo con su gente. Seguid.

—El noble caballero Pedro Arias, continuó el secretario, dá cuenta de haberse levantado con los vecinos de Madrid contra el marqués de Villena, y de haber puesto en grande apuro el alcázar, que espera rendir muy pronto.

—Bien por Pedro Arias! esclamó el conde de Benavente: no está contento con los cuarteles de su escudo y quiere mas.

—Le daremos cuantos desee, contestó la reina. ¿Pero no os parece, señor cardenal, añadió dirigiéndose al canciller que á Pedro Arias puede perderle la confianza? El arzobispo de Toledo está otra vez en Alcalá, y no dejará de acudir sobre Madrid.

—Bien puede ser que así suceda, repuso el cardenal. Ma-

drid nos importa mucho, y sería conveniente asegurar su presa.

—Anotad ahí, Fernando Alvárez, dijo la reina; que acuda el conde de Castrojeriz con cincuenta lanzas al socorro de Pedro Arias.

El secretario lo anotó, y continuó dando cuenta.

—Peñaflor se ha rendido; Cantalapiedra resiste, gracias á los esfuerzos del conde de Marialba, que no deja en sosiego á los caudillos sitiadores, y trae revuelta la comarca. Pedro de Mendaña se ha fortificado en Castronuño y es el enemigo mas temible que hoy se presenta en Castilla.

—Pues cómo, si estaba en Peñaflor? preguntó la reina.

—Ese bandido es terrible, dijo el condestable. Ha sabido abrirse paso con la espada á través de los sitiadores.

—Dejemos esto, repuso el cardenal: los pueblos de la comarca darán buena cuenta de Mendaña.

Seguid, dijo la reina al secretario.

—La condesa viuda de Medellin, doña Beatriz Pacheco, y el clavero de Alcántara de Alonso de Monroy se han concertado para hacer la guerra á V. A. en Estremadura. El país está en el mayor desórden, y muchos de sus habitantes piden que se les ampare.

—Iré yo misma á entenderme con la condesa. ¿No es esa doña Beatriz la que ha usurpado la herencia á su hijo D. Juan Portocarrero?

—La misma es, señora, contestó el cardenal. Es una mujer temible por su audacia y sus grandes recursos de hombres, y yo aconsejaria á V. A. que, dejando la pacificacion de Estremadura á cargo de cualquiera de vuestros grandes, no espusiéseis vuestra persona, yendo á un pais desafecto, donde los mas obedecen á la condesa, ó al menos la siguen, porque la temen.

—Por lo mismo, D. Pedro, replicó doña Isabel, no me está bien calcular los peligros ni las fatigas en mi propia causa. En Castilla basta por ahora la resolucion de mis pueblos: en Estremadura tengo amigos, que no debo desalentar con una timidez

intempestiva. Iré allá, y yo amansaré á esa leona que tanto aterra. Este es negocio de mujeres.-Continuad, Fernando.

El secretario tomó otro papel, y desconociéndolo, se detuvo á leerlo: en seguida se inmutó, y trató de ocultarlo; pero la reina, que le miraba, se adelantó y dijo:

—Dadme ese papel.

—Señora, repuso el secretario: es una nota insignificante.

—No importa: quiero verlo.

Fernando Alvarez se levantó, y aunque á su pesar, entregó el papel á la reina. Ésta lo examinó, y se inmutó á su vez; pero dominando la profunda emocion que sentia, dijo rompiéndolo:

—Con efecto, no vale nada. Prosigamos. ¿Qué hay de quejas y peticiones?

—Señora, continuó el secretario con voz mal segura: son innumerables las quejas de pueblos y particulares sobre los atentados que diariamente se cometen contra las haciendas y las personas; robar á mano armada, violaciones de mujeres, asesinatos, sacrilegios: aquí hay veinte súplicas de Galicia, en que aquellos habitantes piden se les ampare, pues no pueden vivir bajo la tiranía de los bandidos que se albergan en las casas fuertes. Quéjanse en particular del rico-hombre de Lugo, Alvar Yañez, que burlándose de toda autoridad y temor de Dios, acaba de acometer en su propia casa á Juan de Villandrando, pariente del conde de Rivadeo, que le persigue, y ha dado muerte á él y á toda su familia, saqueando luego el pueblo donde reside, sin perdonar la iglesia.

—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó la reina: que no pueda yo estar en todas partes!

—Ademas, con una banda de doscientos malhechores ha recorrido varios pueblos rompiendo los edictos en que se manda establecer la Santa Hermandad.

—Decidme; condestable, preguntó la reina: ¿qué clase de hombre es ese conde de Rivadeo, á quien no conozco?

—Es un valiente, que vive retirado de la corte hace años.

—Y un noble honrado á toda prueba, capaz de los mas heróicos sacrificios, añadió el cardenal.

—Y sin embargo, vive retirado! continuó la reina. Estended luego para ese conde el nombramiento de gobernador de Galicia, y acordaos de avisar á Montesino de la Isla, que se vea conmigo esta noche. ¿Qué otras quejas hay?

—La municipalidad de Ceinos pide se le ampare contra la abadía del Cerrato.

—Conozco ese negocio. Encargaos, Benavente, de arrasar esa abadía, que está cerca de vuestros dominios, y ved de modo que sus moradores tengan que refugiarse en Portugal ó en Africa.

El asistente y el ayuntamiento de Sevilla desean que V. A. pase á aquella ciudad, pare sosegar los bandos que la despedazan: dicen que no es posible contener el desenfreno de aquellos pueblos turbulentos, agitados continuamente por las casas de Guzman y Ponce de Leon, si no se obliga á estos dos grandes á deponer las armas. Los robos y los asesinatos son innumerables; y las calles de la capital son ensangrentadas diariamente por las luchas intestinas.

—Iré á Sevilla, y espero en Dios que me han de soñar los sevillanos, dijo la reina.

El cardedal meneó la cabeza, y repuso:

—Menester es ir al Andalucía, y poner coto de una vez para siempre á tantos desmanes, que son la consecuencia necesaria del estado de guerra en que nos hallamos. Pero no considero prudente que V. A. vaya por ahora á un pais donde probablemente no será respetada.

—Creo, dijo el infante D. Alonso, que tiene razon el señor cardenal. No es prudente ir á Sevilla, donde el marqués de Cádiz, tan adicto al de Villena, cuenta hoy con partidarios numerosos.

—No dudo que he de arrostrar peligros, lo mismo en Sevilla que en otras partes, amigos mios: esto lo sabía cuando eché sobre mis hombros la pesada carga del gobierno, que no hubiera aceptado si me creyese débil para obrar con la resolucion nece-

saria, y estirpar los males que convenian á nuestra patria. Pero confio en la Providencia, y espero que Dios encaminará á buen término mis justos propósitos. He aprendido ya á no temer las iras de los pueblos amotinados: ¿habrán de acobardarme los grandes rebeldes?-Continuad, Fernando.

—Aquí hay una peticion muy grave, firmada por varios magnates.

—Ya se cual es: el primero que la firma es el marqués de Santillana, repuso la reina.

—Tengo noticia de esa peticion, dijo el cardenal: mi hermano se ha empeñado en hacerla, contra mi consejo. Podeis dar cuenta de ella, señor secretario.

Los altos personages que representan, continuó el secretario, piden que no se lleve á cabo el establecimiento de la Santa Hermandad, ó al menos que no se exija su introduccion en los estados de señorío: dicen que es gravosa á los pueblos y atentatoria á los de su clase, en quienes se tiene poca confianza; y anuncian que se retirarán de la córte si no se acude á sus deseos, nombrando á cuatro de los principales para formar el consejo y dirigir los negocios.

—Que tal diga el jefe de la noble casa de Mendoza! exclamó la reina. Señor cardenal, encargaos vos mismo de contestar á esa impertinente demanda, pues lo hareis con el miramiento debido á vuestro hermano. Decidle sinembargo terminantemente, «que «la Hermandad es una institucion muy saludable para el reino, «y como tal aprobada por él; que nos es muy grata, y haremos «que prevalezca sobre todo poder: que á Nos toca determinar «quiénes deban ser promovidos á los cargos, teniendo por regla «para ello el mérito, no la calidad de las personas: que él y sus «compañeros pueden seguir á la córte, ó retirarse á sus estados, «como mejor les parezca; pues mientras Dios quiera que ocupe«mos el trono de Castilla, procuraremos no imitar el ejemplo de «nuestro hermano D. Enrique, sirviendo de instrumento en ma«nos de los nobles.» Retened bien mis palabras; porque es mi voluntad que lleguen sin alteracion á su conocimiento.

—Lo haré así, señora, repuso el cardenal, aunque temo que esto provoque una coalicion formidable; pues son muchos los que murmuraron contra las atribuciones de la Hermandad.

—No importa. Yo no temo á esas coaliciones, porque para vencerlas cuento con el amor de mi pueblo. Si hay nobles que se opongan á mi autoridad, peor será para ellos; porque les trataré como á rebeldes. Yo les brindo con mi amor y les anuncio mi indignacion: que escojan. Aprecio sus méritos y sabré utilizarlos; pero si me abandonan, porque no me dejo subyugar por ellos, buscaré otros hombres menos altaneros y los ennobleceré segun su capacidad.

—Es necesario condescender algun tanto con los altos privilegios de la grandeza, dijo el infante.

—Privilegios! replicó doña Isabel. Quien pretenda privilegios mientras yo reine, esté seguro de no acercarse á mi trono. Los grandes son mis hijos mayores, y como tales merecen mi afecto; pero no tienen derecho á que yo los quiera mas que á los pequeñuelos. ¿Por ventura, rechazo á ninguno de mi lado? El que se ofende, porque prefiero á otro mas virtuoso ó mas sábio, ese es un envidioso ignorante ó un malvado: esfuércese cada cual por merecer mi estimacion y la del reino, que yo le buscaré, sea grande ó pequeño.

Los miembros del consejo escuchaban estas palabras, mudos de asombro, y se miraban unos á otros, cual si quisiesen espresar con los ojos la idea comun que les animaba. Todos ellos pertenecian á familias mas ó menos ilustres; algunos, como el condestable, tenian parentesco hasta con la casa real; y era evidente, por lo mismo, que la reina no pretendia ofender ni despreciar á los nobles, por el hecho de serlo, puesto que de ellos se servia, y que solo basaba su predileccion ó su desagrado en las cualidades morales y en la capacidad ó inutilidad de las personas. Esto, léjos de ser un ultraje para los que merecian su distincion, era por el contrario el elogio de su saber y de sus virtudes. Asi que no podian menos de apreciar en su justo valor la sabiduría y la entereza de la reina.

El contador Alonso de Quintanilla rompió el silencio en que habia quedado el consejo por algunos momentos, diciendo:

—Nada estraño es, á mi ver, que los altos señores de Castilla miren con recelo la institucion de la Santa Hermandad, que parece desconocer sus prerogativas. Acostumbrados á mandar como príncipes soberanos, y á imponer tal vez la ley á los mismos reyes, no pueden mirar con indiferencia una potestad nueva que ligando al brazo popular con el trono, coarta en cierto modo sus fueros é inmunidades.

—Eso depende, repuso la reina del modo como la consideren: y han de tener entendido que, á mis ojos, todo el que se resiste á introducirla en sus estados, no piensa bien. ¿Qué mal se sigue á nadie de que la ley alcance al criminal en todas partes? ¿No son hoy los castillos y casas fuertes el asilo de los malhechores? Pues bien, los que reprueban la Hermandad, muestran que están dispuestos á protejer el crímen y á burlarse de la ley. ¿Qué provecho sacarán del ejercicio de sus prerogativas? Uno de dos: ó el de coligarse ellos mismos con los malhechores. mancillando sus timbres y blasones, ó el de que los malvados, engreidos con la impunidad, les roben mañana sus propias haciendas, ó les maten sus hijos. No hay mas que dos caminos que seguir: ó el de la justicia estricta y severa, que ha de dar á cada uno la libertad y el honor segun su categoría y virtud, ó el del desenfreno, que hace á los hombres tiranos unos de otros. Los que escojan el primer camino, esos me siguen. ¡Ay de los que se se aparten de él!

—Sois, señora, la suma sabiduría, dijo el cardenal, y yo espero que toda la nobleza castellana, fiel á sus tradiciones, procurará seguiros en la senda de salvacion que habeis emprendido.

—Yo tambien lo espero; y puesto que algunos grandes se me resisten por temor á mi fortaleza, ellos aprenderán muy pronto que para ser fuertes necesitan adherirse á mí.-Condestable, añadió dirigiéndose al conde de Haro: vos, como uno de los primeros gefes de la Santa Hermandad, debeis robustecer mi autoridad, engrandeciendo á la vez la vuestra. Vos no temeis á esa

institucion salvadora, porque los buenos no temen, antes aman la justicia. Establecedla desde luego en vuestros dominios, y asi mostrareis á los demas que sois mas fuerte que ellos. ¿Quién se os atreverá cuando á vuestra potestad hayais unido la mia?

—Hoy mismo daré las órdenes para complaceros, señora, contestó el condestable.

—Yo haré otro tanto por lo que toca á mis Estados, dijo el de Benavente.

—Gracias, amigos, repuso la reina: pronto me las dareis, porque honrándome os honrais.

No habiendo mas asuntos de que tratar en este consejo, la reina, que estaba impaciente por quedarse sola, despidió á sus consejeros, que se retiraron. Detúvose el último el condestable, el cual dijo:

—Señora, me he detenido, porque deseo pediros una gracia.

—Podeis hablar.

—El conde de Ureña pretende la mano de una de mis hijas, y yo le he prometido alcanzar vuestro perdon por sus pasados yerros y que le restituireis sus dominios.

—Estais seguro del arrepentimiento de D. Pedron Giron?

—Respondo de él, señora, y aun espero que atraiga tambien á vuestro servicio al maestre su hermano.

—Pues bien, disponed la boda de vuestra hija, y cuando el conde sea vuestro yerno, recibirá sus estados.

El condestable dió las gracias, y salió de la cámara real. En seguida se levantó la reina, y dirigiéndose á la puerta, la cerró por dentro: volvió luego al lado de su silla, y recogió cuidadosamente todos los pedazos del papel que habia roto, los puso sobre la mesa, y procuró colocarlos de modo que se pudiese leer lo escrito.

Quién hubiese visto poco antes á doña Isabel tan enérgica y celosa de su autoridad real, y la viese ahora ocupada en descifrar, temblando, los desunidos períodos de un escrito, sin duda la hubiera desconocido. No se notaba en ella ninguno de los rasgos propios de su alma fuerte: para tenerse en pié necesitaba

apoyar las manos en la mesa; su cuerpo se inclinaba, cual si un enorme peso la abrumase; mientras en su rostro se pintaban la ansiedad y el abatimiento.

—Dios mio! esclamó por último, arrancando de su pecho un amargo suspiro. ¿Será esto verdad?-Mi esposo, mi Fernando, el ser que mas amo y venero despues de Dios, ¿me será infiel? No: este papel miente!

Y diciendo así, dió con la mano un golpe á los trozos del papel, que se dispersaron sobre la mesa, y algunos cayeron al suelo. En seguida se desplomó en la silla, permaneciendo un rato profundamente pensativa.

Volvió despues á levantarse, á recoger los pedazos de papel y á juntarlos, y deteniéndose á leerlos, tuvo que interrumpir varias veces su penosa tarea, porque las lágrimas le turbaban la vista.

—Tiene dos hijos de ella.... murmuraba con palabras entrecortadas: el mayor se llama Alfonso, y cuenta ya siete años.... Nació el mismo año de mi matrimonio..... Ah!.... En Cervera... donde él recibió á mis embajadores Coca y Cárdenas!... Oh... Mentia, cuando les dijo que me amaba!... y despues?... El menor es una niña de cuatro años.... ha nacido durante nuestro matrimonio.... Se llama Juana, y su madre Aldonza Ibarre.... La vió cuando fué á Perpiñan, á socorrer á su padre.... ¡Dios mio, y nada me han dicho! Y yo que le creia el mejor de los esposos, y me engañaba!... No; pero esto es imposible! esto es una calumnia! Fernando me ama.... me ama á mí sola!

Diciendo esto cayó de rodillas, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—Dios mio! Cúmplase tu voluntad!





CAPÍTULO VIII.

De varios lances que pasaron en el palacio de Valladolid.

La oracion era el consuelo de doña Isabel en todas sus aflicciones. Luego que la virtuosa señora hubo llorado largamente, ofreciendo á Dios en holocausto su pena, y pidiéndole fortaleza, se levantó tranquila, enjugó sus lágrimas, y abrió una ventana para que el aire libre serenase la turbacion de su semblante. Tomó luego los trozos del papel acusador, y los rompió en menudos fragmentos; en seguida abrió la puerta de la cámara, y mandó llamar al secretario Fernando Alvarez.

El buen hombre se presentó temblando:

—Habeis cometido un grave desacato y una reprensible imprudencia, le dijo la reina con tono severo. ¿Con qué fin conservábais en vuestro poder aquella nota, que ya no existe, y cómo es que la habeis traido á mi consejo? Si os la dieron, ¿cómo no la quemásteis, deteniendo al calumniador de vuestro rey?

—Señora, contestó el secretario: juro por el alma de mis

padres, por el amor de mis hijos, por cuanto debo á V. A., que ignoro de donde ha venido ese papel, y que al encontrarlo entre los otros, mi sorpresa ha igualado á mi pesar. ¿Qué fin podia yo proponerme trayéndolo aquí, sino incurrir en el desagrado de V. A?

—Pero, ¿cómo lo teníais? Quién os lo ha dado?

—Lo ignoro, señora. Sin duda lo puso entre los demas algun enemigo mio.

—Alma ruin!... murmuró la reina. Y añadió en voz natural:

—Lo que habeis visto en aquel escrito debe quedar olvidado; porque es una ofensa al rey: el que ofende á mi esposo me ofende á mí, Fernando Alvarez, y vos debeis saber que todo eso es una infame impostura.

El secretario meneó la cabeza en señal de incredulidad. La reina le observó y repuso:

—Vos sabeis algo mas: os permito hablar, pero á mí sola, y por la última vez.

—Pues bien, señora: lo que aquel papel decia es verdad. ¡Ojalá no hubiese llegado á saberlo nunca V. A.

—Que es verdad, decís? Basta: vos hablais de oidos, Fernando; pero aunque hubiéseis visto lo que afirmais, deberíais dudarlo. Id con Dios!

El secretario se inclinó con profundo respeto, y salió. Entretanto, en la antecámara real D. Fadrique Henriquez, disputaba con otros varios jóvenes nobles: en su semblante pálido y ojeroso, y en el cinismo de sus palabras se notaban los síntomas de la embriaguez. Sus contendientes eran en particular D. Rodrigo de Mendoza, hijo, que el cardenal D. Pedro habia tenido de doña Mencía de Lesnos, dama de la reina doña Juana, y D. Diego de Ribera, hijo del adelantado mayor de Andalucía. Estos dos defendian la nobleza del nuevo conde de Castrojeriz, mientras D. Fadrique la declaraba dudosa.

—Qué me podreis oponer que yo no sepa? decia el hijo del almirante. Demasiado sé que los abuelos de D. Álvaro han ocupado el alto cargo que hoy corresponde á mi padre; pero no lo

obtuvieron, ¡vive Dios! por sus servicios, ni por la limpieza de su sangre, sino por ciertas intrigas de corte.

—No hableis de su sangre, señor D. Fadrique, contestó don Diego, porque es tan buena como la vuestra, y á ninguna cede en nobleza la de los Mendozas. El señor de Mendivil y de la Ribera, visabuelo del conde, fué vástago de mi familia, que viene de los reyes de Oviedo y de Leon.

—Yo no niego la nobleza de los Hurtados de Mendoza, dijo D. Fadrique, recalcando la palabra *Hurtados*: ya sé que descienden de un hijo adulterino de la reina doña Urraca.

—Es muy cierto, repuso el hijo del cardenal, poniéndose encendido: y ademas puedo deciros que D. Álvaro es viznieto de doña Maria de Castilla, nieta del rey D. Alonso onceno: de modo que por ambas líneas desciende de sangre real.

—Todo eso está muy bien, replicó D. Fadrique. Pero no me negareis, añadió bajando la voz, que el conde de Castrojeriz y el judío Natham Aleví son próximos parientes.

Al decir esto, el licencioso jóven soltó una carcajada, y se volvió, encontrándose frente á frente con Fernando Álvarez, que salia de la cámara real.

—Ah! exclamó de pronto: aqui viene el sábio contador y secretario de mis augustos primos, que conoce todas las genealogías de Castilla, y podrá sacarnos de dudas.

—Decidme, señores, de qué se trata, y si puedo serviros.....

—No es asunto en que debais mezclaros, señor secretario, contestó D. Diego de Ribera. D. Fadrique ha dicho una cosa, que nada tiene que ver ya con los linages ni las genealogías.

—Pues bien, Fernando Alvarez puede sacaros de la incertidumbre, repuso D. Fadrique.

—No: es asunto que toca solo á mi honor aclarar.

—No creo que vuestro honor se resienta, por cosas que á vos no atañen.

—Si atañen ó no, eso yo me lo sé, y á nadie le importa averiguarlo.

—Señores, dijo el honrado secretario: yo sé lo que son cues-

tiones de honor, y creo que en ciertos casos deben anteponerse á la vida. Sin embargo, aquí, á lo que entiendo, solo han mediado algunas palabras acaloradas, que tal vez en el fondo nada signifiquen; y es muy sensible que nazcan de ellas desavenencias y ódios entre jóvenes de vuestro valer. ¡Ea! Dejaos de disputas: nada se ha dicho, y pelillos á la mar.

—Es que se ha querido echar un borron de infamia sobre la clara estirpe del señor de Castrojeriz, replicó D. Diego, y yo no puedo consentirlo.

—Es, repuso D. Fadrique con sarcasmo, que estoy pronto á probar lo que he dicho. Ese Mendoza y su sobrino el señor de Toral, y cuantos han nacido de Tello de Guzman, abuelo del conde de Castrojeriz, tienen sangre judía en las venas.

—Mentís! prorumpió D. Diego encendido en ira.

Fernando Alvarez se puso en medio de los dos jóvenes, próximos á venir á las manos, y procurando infundirles su moderacion, les dijo:

—Señores: haya paz. Si fuésemos á examinar las mas elevadas estirpes, acaso encontraríamos muy pocos limpios de toda mancha. En el mas claro diamante aparece una sombra, pero no por esto brillan menos las luces de sus facetas puras. El hombre, mas que de sus abuelos, es hijo de sus obras, y en prueba de ello os citaré al sábio obispo burguense, que es de raza judáica por todos cuatro costados, y sin embargo merece la estimacion de nuestros reyes, y el afecto de Su Santidad el Padre comun de los fieles.

—Todo eso, señor secretario, no prueba nada en nuestra disputa, replicó D. Fadrique. La religion todo lo purifica. Lo que yo digo es que Tello de Guzman era un pobre hombre, y que los hijos de su mujer, doña Elvira, madre de D. Álvaro y doña Juana, y Nuño, padre de Ramiro, nacieron de un judío abuelo de Natham.

Mientras el jóven lanzaba esta acusacion, con la volubilidad de un hombre acalorado por la bebida, apareció en la puerta de la antecámara Ramiro Nuñez de Guzman, y avanzando el cuer-

po con la animosidad del tígre, se contuvo para oir hasta el fin.

—Y yo declaro, repuso D. Diego, que sois un villano, si no salís de aquí al momento para que os arranque la lengua.

—Estoy pronto! contestó D. Fadrique.

—Deteneos, D. Diego, dijo Ramiro interponiéndose con fria calma. No debeis hacer caso del perilustre señor D. Fadrique Henriquez; porque ha pasado la noche en una mancebía, y está borracho.

—Miserable! gritó el jóven grande. ¿Os atreveis á insultarme? De rodillas! sois mi vasallo!

—No os lo digo? repuso Ramiro, encogiéndose de hombros: está borracho.

—De rodillas, señor de Toral! Fuera esa gorra! prorumpió D. Fadrique.

Y gesticulando como un furioso, avanzó hácia su rival; pero Fernando Álvarez le detuvo.

—Ah! exlamó el jóven magnate fuera de sí. Yo castigaré tu atrevimiento: yo te arrancaré el estado, que te dió mi abuelo, y te haré morir á palos, como á villano y mal nacido.

A los gritos de D. Fadrique acudió la reina, cuya repentina presencia transformó instantáneamente la escena. Ramiro se quitó la gorra, y se retiró á un lado, quedando en actitud respetuosa: D. Diego y los demas jóvenes se inclinaron, ocultando el primero la espada desnuda, entre los pliegues de su tabardo: el secretario buscó en su imaginacion algun pretesto para disculpar á los jóvenes. Solamente D. Fadrique permaneció en medio de la estancia con los cabellos en desórden, la cabeza erguida, y las facciones descompuestas.

—Qué significa este alboroto? preguntó la reina. Quién se atreve á gritar en mi palacio?

—Señora, dijo el secretario, perdonadles. Se han trabado de palabras.... son mozos.... y no saben....

—Eh! Quitaos de aquí; vos sois el que no sabe, prorumpió D. Fadrique. Yo os diré lo que ha sido, señora vuestro protejido, el señor de Toral, ha osado insultarme con palabras soeces,

por las cuales habrá de sufrir todo el peso de mi indignacion, puesto que es mi vasallo.

—Es cierto que le habeis insultado, señor de Toral?

—Es cierto, señora, que he respondido como se debe, á quien infama mi estirpe.

—Oh! Y aun se atreve!.... esclamó D. Fadrique. Ved ahí, señora, las consecuencias de haber dado alas á estos hidalguillos. Así faltan al respeto á sus señores naturales.

—Vivís muy engañado, señor D. Fadrique, repuso Ramiro: si mis mayores, sirviendo á la patria bajo el mando de los vuestros, merecieron prémio, lo que ellos ganaron nada os debe. Soy Guzman y de sangre tan noble como la vuestra, y nunca los de mi raza tuvieron otros señores que los reyes de Castilla.

—Yo os haré ver lo contrario.

—Cese ya esta vana disputa en mi presencia! exclamó la reina. Disponed, Fernando Alvarez, una informacion jurídica de todo lo que aquí ha pasado, escuchando las quejas de los dos ofendidos y deslindando sus derechos, para hacerles justicia.

—Yo no me avengo á pleitear con un inferior mio, dijo don Fadrique, dirigiéndose á la puerta.

—Os conformareis, puesto que ambos sois iguales ante mí; y; ay de vos, si intentais algo contra el señor de Toral, á quien, como parte mas débil, pongo bajo mi real seguro, mientras se dilucida esta contienda!

—Siempre lo mismo! murmuró D. Fadrique. Si estuviese aqui el rey mi primo, no se me humillaria de esta manera.

—Don Fadríque! Ved que usamos con vos de una consideracion escesiva.

—Está bien, señora, está bien.

Diciendo esto, el indómito jóven, hizo un saludo desdeñoso, y salió de la antecámara. La reina le dejó marchar, reprimiendo la indignacion que ardía en su pecho. En seguida hizo entrar en su cámara al secretario, y á solas con él le pidió cuenta de todo lo ocurrido. Fernando Alvarez refirió el hecho fielmente, y luego que hubo concluido, le dijo la reina.

—Estended el seguro para el señor de Toral y el nombramiento del gobernador de Galicia, y traédmelos luego á firmar.

El secretario se retiró á ejecutar lo que se le mandaba, mientras que doña Isabel, paseándose á lo largo de su cámara, parecia estar poseida de la mayor agitacion. De pronto se detuvo con los puños apretados, y exclamó, golpeando el suelo con su pequeño pié:

—Habrán creido, porque soy mujer, que pueden burlarse de mí! Oh! no me conocen!..... Ese niño, ese niño, sobre todo, se ha propuesto desafiar mi poder. Temerario! Dá un paso mas, y Castilla entera sabrá, que no hay en el mundo nada que detenga la justicia de la reina.

Entretanto Ramiro de Guzman y D. Diego de Ribera conversaban acaloradamente, apartados de los demás jóvenes, en el hueco de una ventana de la galería contigua á la antecámara.

—Si vos dejais esto así, decia D. Diego, yo no lo sufriré. Mande la reina lo que quiera, yo no dejaré sin castigo la afrenta, que ese canalla deslenguado ha tenido la audacia de arrojar sobre una familia ilustre, que tiene mi sangre, y á la cual no podria unirme sin desdoro.

—Nadie está mas ofendido que yo, señor D. Diego, contestó Ramiro. Sin embargo, la reina ha intervenido, y mi deber es acatar su voluntad sagrada.

—La reina puede disponer de nuestra espada y de nuestra vida; puede, si lo consentimos, juzgar sobre nuestras contiendas; pero no tiene autoridad para mandar al honor. Yo os digo que D. Fadrique habrá de batirse conmigo cuerpo á cuerpo, ó de lo contrario le haré apalear donde quiera que le encuentre.

—No hareis tal cosa, porque yo os lo suplico. Nuestro honor no está manchado, porque no manchan las palabras de un hombre ébrio, sino al malsin que las profiere.

—Y ¿cómo quereis que deje yo sin castigo á ese insensato? ¿No veis que mi rostro se cubriría de vergüenza, si me presentase á vuestra sobrina Elvira, sin haberla vengado, puesto que á ella alcanza el baldon lo mismo que á vos? No, antes que su-

frir tal mengua, los soberbios palacios del almirante se habrán de tornar en picaderos de mis caballos andaluces: traeré la guerra al corazon de Castilla, y si el rey se opone, lucharé con el rey.

—Ved ahí lo que desea evitar nuestra prudente y hermosa reina. Dejemos en sus manos el desagravio de nuestra honra, que nadie podrá decir la hemos abandonado por cobardía.

—La reina! La reina mirará por nuestro honor, es cierto; pero cuidará de salvar al sobrino de su marido.

—No la conoceis, D. Diego. La reina no tiene amigos ni parientes. Si D. Fadrique fuera su hijo, y le considerase culpable, le castigaria del mismo modo que al último villano.

—Así será, repuso el jóven andaluz; pero eso no basta para satisfacer nuestro agravio. ¿Qué dirá de mi doña Elvira, cuando sepa que ha sido ultrajada, y no he salido á su defensa?

—Ya lo habeis hecho.... Y; por Dios! amigo D. Diego, no hablemos mas de esto; porque me obligareis á ser desleal é ingrato. ¿Creeis que mi corazon está tranquilo? No: os engañais. La violencia que me hago en este momento, es un sacrificio tan grande, que á él preferiria perder mil vidas, si las tuviera. Vos teneis el desagrado de Elvira; yo temo el de Estrella, que es la luz de mis ojos; pero sabed que una y otra desaprobarian nuestra conducta, si desobedeciésemos á la reina. Cuando han venido á implorar el perdon de sus padres, el menor desacierto de nuestra parte, sería tal vez un golpe cruel para sus mas dulces esperanzas. Dejemos pasar el tiempo, que ocasiones no faltarán de mostrar al mundo lo que cada cual vale.

Don Diego meneó la cabeza en señal de despecho, y despues de un corto intérvalo de silencio, preguntó á su amigo:

—Vísteis á doña Elvira?

—La ví, y hablamos de vos.

—La dijisteis que su padre me ha otorgado su mano?

—Se lo he dicho.

—Y qué ha contestado?

—Se echó á reir, diciendo, que aun era muy temprano para pensar en eso. Estaba delante su tia.

—Oh! No me ama.

—Quién sabe! Lo mismo digo yo de Estrella, y sin embargo su prima me asegura, que se impacienta con mi ausencia, y que se acuerda constantemente de mí.

—Es verdad, pero en el carácter grave de Elvira, esa ligereza con que os ha contestado, no me augura nada bueno. Si tuviese otro amor!.......

—La ofendeis, señor D. Diego. Elvira no piensa en nadie: me lo hubiera dicho, porque me quiere como á un hermano, y no tiene secretos para mí. Además, es todavía una niña.

La llegada de otros dos personages que pasaban por la galería, interrumpió esta conversacion. Ramiro se volvió, exclamando:

—Ah! mi querido Pulgar! Gracias á Dios que os veo! No parece sino que huís de mí.

—Huyo de todo el mundo, señor de Guzman; no puedo olvidar la pérdida de mi padre, y á no ser por este noble hidalgo, el señor de la Isla, que tiene á bien hacerme compañía, quizás me habria ya retirado á la soledad de un claustro.

—Escelente idea! exclamó D. Diego de Ribera: con eso teníais bastante para morir de fastidio.

—No faltaba mas! añadió Ramiro. Un jóven como vos, meterse fraile!

—Qué quereis? Es una idea estravagante, pero no la puedo desechar.

—Amigo mio, dijo Montesino de la Isla; si me lo permitís, mientras estais con estos caballeros, voy á ver lo que me manda la reina. Ya sabeis que me ha llamado.

—Si, podeis ir: aquí os aguardo, si no es que he venido á estorbar la conversacion de estos señores.

—Cómo estorbar! exclamó Ramiro. Venid acá, mi buen amigo, venid: hablábamos de mi linda sobrina Elvira de Sandoval. Ya veis: conversacion propia de jóvenes, que no piensan en meterse frailes.

Montesino se retiró. Pulgar tuvo deseos de seguirle; pero un

secreto impulso superior á su voluntad le atrajo hácia el jóven que acababa de pronunciar el nombre de Elvira. Su rostro notablemente alterado por los padecimientos morales, palideció mas aun, y un destello de fuego brilló en sus ojos amortiguados por el insomnio.

—Hablábais de vuestra sobrina! dijo. No sabia que esa jóven fuese sobrina vuestra.

—Si, su madre era hermana de don Alvaro de Mendoza, y prima hermana mia.

Esta sencilla declaracion, que habria parecido insignificante y trivial á cualquiera otro que á Pulgar, fué para nuestro jóven la espresion mas elocuente de consuelo que hubiera podido inventar su amigo. Con efecto, esplicar el parentesco tan cercano, que meditaba entre Elvira y Ramiro, era lo mismo que justificar sus relaciones íntimas, y despojarlas de todo carácter de un amor profano.

Ya hemos visto como Pulgar, engañado por falsas apariencias, habia creido que Ramiro amaba á Elvira; mas tarde llegó á persuadirse que la jóven le correspondia; y como él por su parte se hallaba respecto á ella en una situacion anómala, como su amor era un secreto que jamás habia salido de su pecho, y hasta carecia del apoyo moral que dá una mútua declaracion de afectos, desde aquel punto resolvió combatir una pasion, que parecia haber nacido solo para ser contrariada.

Pero esto mismo habia envenenado mas su herida; pues la flecha del amor es como el anzuelo en la boca del pez, que mas se clava, cuanto mas se forceja para arrancarla. Pulgar, aflijido por la muerte de su padre, quiso apartarse de todo trato humano: buscó en lo posible la soledad, huyendo de cuantos objetos pudiesen recordarle á la hermosa Elvira, pero este mismo empeño hacía que constantemente se le presentase delante. Mientras tuvo ocupacion activa en la guerra, mientras alimentó una esperanza débil de ganar algun dia la estimacion de la jóven, vivió distraido, sin temer que nadie le disputase una dicha que habia soñado de un modo pasagero.

Quizás con el tiempo y la ausencia habria llegado á olvidar aquella impresion del momento. Pero nacieron las sospechas de que otros ambicionaban la misma joya, y nacieron los celos: comenzó luego la resistencia del orgullo y aun de la generosidad contra el amor: pero este sagaz combatiente venció á sus enemigos con sus propias armas.–Pulgar sentia en su corazon una voz que le gritaba:–«Perdiste la ocasion que te se presentó de asegurar tu ventura, y ya es tarde para recobrarla; no pienses en ello, porque sufrirás un desaire;» y á esta voz contestaba un gemido de arrepentimiento, que no era sino el soplo para avivar la llama de su deseo.–Escuchaba otra voz que le decia:–«¿Si fuiste torpe ó descuidado, de quién te quejas? El hombre que la ama es digno de tu aprecio; debes tomar la mano de amigo que te ofrece.» Y sin embargo esta idea generosa encendía en su alma el ódio, porque le representaba tanto mas imposible su dicha, cuanto mayores eran los merecimientos de su rival. Otras veces pensaba que acaso Elvira amaba ya á otro cuando él la conoció, y entonces el abatimiento se apoderaba de todo su ser, y se compadecia á sí mismo. Siempre tenia el escollo delante: á cualquier lado que se volviese, tropezaba siempre con los cuchillos de su tormento.

Asi es que las palabras de Ramiro fueron para el enamorado jóven como el sonido de una campana para el viagero estraviado en noche borrascosa. En el primer momento sintió una alegría inmensa: poco despues volvió á nacer la incertidumbre. No eran tan próximos parientes Elvira y Ramiro, que no pudiesen casarse.

—Os creia mas enterado de cuanto atañe á Elvira, continuó el señor de Toral. Seguro es que ella no está tan ignorante de lo que á vos conviene, pues no pierde ocasion de elogiaros, como mereceis, y os considera como á uno de sus mejores y mas desinteresados amigos.

Pulgar se avergonzó de oir este elogio en boca del que creia su rival; pero en seguida sospechó que Ramiro le hablaba con ironía, y que sus palabras eran la espresion de los celos.

—No me conceptúo digno de tanto favor por parte de doña Elvira, contestó. Si esa noble jóven me favorece, como decís, sin duda es por efecto de su mucha bondad.

—Eso es ya demasiada modestia, señor de Pulgar, repitió Ramiro. Y dirigiéndose á D. Diego, añadió:—Figuraos amigo mio, que este caballero encontró á Elvira y á su padre en grave peligro de muerte, y sin conocerlos, les salvó la vida con su arrojo; que siendo adversario político de ellos, los albergó en su casa; que mas tarde me defendió con heróico valor, sacándome de entre una caterva de enemigos, y en seguida, teniendo en su poder á D. Pedro de Sandoval, usó con él de la mas fina cortesanía, protegiendo su fuga; y decidme si Elvira tiene motivos para estarle agradecida. Es mas: el hombre que hace todo esto, ni siquiera se presenta á recibir en premio de sus bellas acciones una palabra de gratitud. ¿Puede darse mayor desinterés? Cuanto Elvira y yo digamos en su elogio, es poco, y si alguna queja tenemos, será la de que desdeñe nuestro trato, como parece hacerlo.

A pesar de esta franca manifestacion, Pulgar no desechaba sus crueles recelos. «Elvira, pensó, me agradece que haya defendido á su amante.» La delicadeza le obligó, sin embargo, á contestar:

—Me ofenderíais, si creyéseis que puedo desdeñar vuestras bondades. Mis desgracias me tienen alejado, ya os lo he dicho, de toda comunicacion con las gentes.

—Pero no deberian alejaros de vuestros amigos, que os habrian consolado.

—Tiene razon mi amigo Ramiro, añadió D. Diego; y desde hoy es menester que hagais vida nueva. Si mi amistad vale algo, con todo mi corazon os la ofrezco, y creeré no poder emplearla en cosa mejor que en restituiros la alegría.

Pulgar tomó la mano que le presentaba D. Diego, y ahogando un suspiro, repuso:

—Nunca podré hacer lo bastante para merecer una amistad tan generosamente ofrecida.

—Es que no os la ofrezco sin condicion. Desde este momento podeis pensar que estais obligado á divertiros; porque yo gusto de la vida alegre, y vos no teneis cara de anacoreta. Con que así preparaos á reir y á diablear: entre los tres podremos revolver el mundo.

—No conteis conmigo por ahora, dijo Pulgar.

—Que no? Es verdad; habia olvidado que pensais haceros monje.

—No será mal monje, añadió Ramiro, siguiendo la broma, por distraer á Pulgar, el que derriba un hombre de cada cintarazo.

—Apuesto cualquier cosa, dijo D. Diego, á que nuestro amigo está enamorado: ¿Acerté?

—Bien podia ser, contestó Pulgar con amarga sonrisa.

—Sin duda es eso, dijo Ramiro; y ahora me convenzo de que tiene razon Elvira.

—Y qué sabe doña Elvira de estas cosas? replicó Hernando algo turbado.

—Ella no sabe nada; claro está: pero se le ha puesto en la cabeza que sois vos el incógnito que triunfó en el último torneo.... Cuidado, Pulgar, añadió en seguida Ramiro; viendo que á su amigo se le encendia la color del rostro;-cuidado que no trato de sorprender vuestro secreto. Esto no es mas que una suposicion de ella y mia: principalmente mia.

Pulgar se encogió de hombros, no sabiendo que decir. El era, en efecto, el vencedor laureado en el torneo; el mismo que, habiendo visto á Ramiro separarse de la régia comitiva, y sospechando que iba á rendir los trofeos ganados por él á los piés de su dama, se propuso seguirle, para satisfacer su curiosidad; el mismo, en fin, que sorprendiendo á Elvira en la ventana con una sortija en la mano, y en actitud de saludar á Ramiro, arrancó de su yelmo la diadema de laurel y siemprevivas, y la hizo pedazos.

Esta última circunstancia le retraia de confesar que él era el caballero incógnito. ¿Qué pensaria Elvira de su estraña conducta? No sería tal vez, objeto de burlas entre ella y Ramiro?

Valía mas negar la verdad que esponerse á los comentarios de una mujer amada y de un rival correspondido. Pero ¿cómo mentir? No era esto indigno de un caballero? Por otra parte las alusiones hechas á su recóndita pasion, y las referencias de Ramiro á conversaciones tenidas sobre su proceder en el torneo, parecian dar á entender que su secreto estaba descubierto, y le hacian sospechar que esta conversacion era una sangrienta burla. El pobre jóven fluctuaba entra la confusion y el despecho. Por contestar algo, dijo:

—No sé porque hubiera de avergonzarme, si fuese yo el incógnito que decís?

—Oh! por nada! replicó Ramiro. Pardiez! Un caballero, que entra solo en el palenque, cuando está mas empeñada la refriega, y casi dispersos los campeones; los reorganiza y arremete luego con los mantenedores; saca uno de la silla al primer encuentro, derriba otro al solo empuje del caballo; para con el escudo un bote de mi puño, haciéndome astillas la lanza; y en fin, logra el triunfo mas completo y legítimo; un caballero así no tiene sino motivos para blasonar de su hazaña.

—Y quereis que ese caballero sea yo!

—Lo habria jurado.

En este momento vino á sacar de su perplejidad á Pulgar la presencia de Montesino de la Isla. El hidalgo traia en la mano dos pliegos cerrados, de los cuales entregó uno á Ramiro, reservándose el otro.

Ramiro abrió el suyo, que contenia el seguro de la reina. Montesino dijo á Pulgar:

—Nos separamos, amigo mio: mañana debo partir para á Galicia.

—Tanto mejor, repuso D. Diego: así podremos disponer de nuestro amigo.

—Si, pero no por hoy, dijo Pulgar: en vísperas de ausencia me debo todo al señor Montesino.

—Es muy justo, es muy justo, replicaron D. Diego y Ramiro.

Pulgar se separó de ellos y siguió al hidalgo, llevando en su corazon el tormonto de la incertidumbre.

«Si ese hombre, pensaba, me roba la dicha, ¿qué destino fatal le hace cada vez mas digno de mi estimacion? Daria la mitad de mi vida por poder despreciarle y aborrecerle.»



CAPITULO IX.

De cómo D. Fadrique acabó de enmendarse.

La mayor desgracia de Pulgar era, con efecto, la de poseer un amigo bueno y leal en Ramiro. Su alma franca no podia decidirse á concebir que hubiese dobléz en las espresiones afectuosas y laudatorias de aquel jóven; y siendo esto así, ni aun pensar debia en disputarle el amor de Elvira: un destino fatal le condenaba á embotar las armas de la ira luchando contra su propio corazon.

El dia siguiente, despues de haber despedido á Montesino y consolado á la tierna Francisca, lo pasó encerrado en su cuarto, entregado á un rudo combate. Repasaba en la memoria todas las palabras de Ramiro, y se atormentaba sin provecho, arguyéndole la pasion con los mas sútiles sofismas.- «Ramiro no ama á Elvira, se decia, sino como á una próxima pariente y amiga; pero entonces, ¿cómo es que á cada momento la recordaba? Porqué parecia complacerse en darme á conocer su intimidad con

ella?-Si, la ama, y tiene celos de mí... Pero ¿cómo es posible, si yo no he revelado á nadie mi pasion? Quién sabe! Acaso mis imprudencias me han descubierto: acaso la gratitud que ella me tiene incomoda á su amante, y le ha hecho que sospeche la verdad. Si, esto es: por eso insistió tanto al encarecerme cuanto Elvira me aprecia. ¿Sería su objeto fondear mi corazon? Oh! en este caso se ha salido con la suya, porque mi torpeza era estremada. Pero no puede ser: él lo sabia todo; mi incógnito en el torneo, mi aventura despues debajo de la ventana.... Si, todo lo sabia.... Entonces, se ha estado burlando de mí... y el otro tambien.... Oh! Pero yo me ciego: no es posible, no: aquella ingenuidad con que hablaban; aquel calor con qué el hacia mi elogio... No cabe tanta falsía en un pecho noble.-Si yo pudiera convencerme de que él me ódia, y me brinda con una amistad mentida!... ¿Por qué no me ha cabido en suerte un rival franco, un rival enemigo, irreconciliable, audaz, que me disputase el corazon frente á frente para yo arrancarle el suyo!»

Callaba un rato, y luego esclamaba de repente:

«Pulgar! hasta qué miserable estado has descendido? Tú esclavo de un amor insensato! Ah! me avergüenzo! Yo debo olvidar á esa mujer, y ocuparme en cosas mas dignas de mi prosapia..... Olvidarla! Si pudiese estrujarme el corazon.....! Y me llaman valiente, cuando no tengo fuerzas para desechar el recuerdo de una niña.-Sí, lo tendré, ¡vive Dios! Fuera de mí, livianos pensamientos, que enervais mis fuerzas y me quitais el valor....! Mi caballo, mi espada, campo abierto y enemigos de Dios y de mi patria que combatir, esos deben ser mis amores! Y en pos de la pelea, cuando vuelva, con mi bridon rojo en sangre hasta la cincha, oir los gritos de victoria, y sentir en mi rostro el aura de las rosas y de los laureles; y que digan las damas: allí viene Pulgar, el invicto, el glorioso campeon! Y luego...... Ah! No tener un pecho amante sobre que reclinar mi cabeza....! Si, lo tendré....... Elvira será mia: lo será, porque Ramiro miente; no es mi amigo...... yo nada le debo..... Estoy loco!»

En seguida se dejaba caer abatido en una silla, y lanzaba gemidos, como un leon aprisionado.

Volvia luego á comenzar con calma sus reflexiones, y asi pasó casi todo el dia. Tristan se asomaba de tiempo en tiempo á la puerta del aposento, movia ruido procurando distraer á su señor, le hablaba sin obtener contestacion las mas de las veces, y se retiraba meneando la cabeza y diciendo:

—El demonio anda aquí, ó alguna consocia suya, como dice el doctor de mi lugar.

Al anochecer logró el leal escudero hacerle tomar algun alimento, y en seguida Pulgar se ciñó la espada, púsose un sombrero; y se dirigió á la puerta. Tristan que le observaba, sin decir nada, le echó un ferreruelo sobre los hombros, porque el tiempo amenazaba tormenta, y se apresuró á salir detrás de él, siguiéndole á larga distancia.

La noche estaba lóbrega, nubes densas y desiguales cubrian el cielo, dejando á trechos espacios blanquecinos, iluminados por el escaso resplandor de las estrellas, que no llegaba á la tierra: el aire oscilaba, perdído su equilibrio por la absorcion eléctrica, que no habiéndole aun impreso un rumbo fijo, le obligaba á moverse en ráfagas intermitentes. La luz trémula de los relámpagos, brotando de varios puntos del horizonte, hacía surgir del seno de las tinieblas las agujas de los templos, que en seguida se tragaba una oscuridad mas profunda.

Apenas transitaba un alma por las calles de Valladolid: por ellas enderezó Pulgar su paseo errante y solitario, y quien le hubiese visto marchar sin rumbo cierto, embozado en su ferreruelo negro y con la mano en la espada, le habria tomado por el espíritu de algun desesperado galan, evocado de la tumba por la tempestad. A treinta pasos de él, parándose cuando él se paraba, y precipitando la marcha cuando era necesario, le seguia Tristan.

De este modo llegaron á las inmediaciones del monasterio de San Benito. El jóven apoyó la espalda en el muro de este edificio, mirando con avidéz á una iluminada ventana de la casa

que tenia enfrente: el escudero se quedó en la esquina del monasterio.

Los rugidos del trueno sonaban ya lejanos, ya en próximas regiones, y el viento dislocado zumbaba en los campanarios, haciendo rechinar las enmohecidas veletas. En medio de este lúgubre concierto, se dejó oir la armonía de un arpa: en los vidrios de la ventana iluminada se pintaba la sombra del instrumento, y se veian, moviéndose á compás, las manos que lo tocaban. Pulgar concentró todas sus facultades, en aquel punto, y oyó á poco una voz femenil, dulce y sonora, que cantaba:

Ya vuelve de la frontera
mi caudillo vencedor;
las plumas de su cimera
mece el aura del amor.-
Caballero mas garrido
no ha nacido,
ni mas diestro campeador:
cien moros ha cautivado
mi amado batallador.

—

Bajad el ferrado puente,
que ha venido mi señor,
y he de refrescar su frente
con el aura del amor.-
Ven, mi bravo caballero,
que te espero,
cautiva de tu valor.
Descansa, que estás cansado,
mi amado batallador.

Cesó de pronto la voz y la armonía del arpa, y Pulgar exhaló un suspiro, que fué ahogado por el fragor de la tempestad. Aquella voz era la de Elvira: el jóven la reconoció, aunque la oia cantar por primera vez. Sus ojos permanecian fijos en la ventana: en el momento de concluir el canto vió acercarse rápi-

das dos sombras y confundirse en un estrecho abrazo: estremecióse de piés á cabeza, y llevó la mano á la guarnicion de la espada; pero en seguida respiró con fuerza, como si le aliviasen de un gran peso: las dos sombras, al separarse, quedaron inmóviles un momento, y Hernando pudo conocer que eran las de dos mugeres. En seguida se desvanecieron.

Mas no por esto el jóven pudo resolverse á retirarse de aquel sitio, donde parecia que sus piés habian hechado raices. Guarecido trás del ángulo saliente de una pilastra, permanecia observando, sin que la oscuridad le permitiese ver mas que el cuadro luminoso de la ventana.

Un brillante relámpago inundó de luz verdosa la plazuela del monasterio: Pulgar aunque ofuscado por el resplandor, pudo percibir la figura de un hombre, que parecia recoger un objeto del suelo: en seguida oyó un golpecito seco, cual si hubiese tirado una china á los vidrios de la ventana. El corazon de nuestro jóven palpitó con violencia. Esperó, sin embargo, dominando la cruel ansiedad que le devoraba. Pasado un corto intérvalo, una muger se acercó á la ventana, abrió los vidrios y hechó el cuerpo fuera. El contorno de aquella muger era el de Elvira. Pulgar reprimió la respiracion para oir: no podia creer lo que miraban sus ojos.

—Elvira! exclamó el hombre que aguardaba en la calle.

—Ramiro! contestó la muger.

Ya era imposible dudar: la realidad mas horrible se mostraba desnuda, bajo las deliciosas formas del amor correspondido. Pulgar empuñó la espada, resuelto á morir ó dejar en el sitio á su contrario; pero se detuvo al oir á la jóven, que decia:

—Esperad: no sé si podrá salir.

Elvira se retiró de la ventana.

—Qué es esto, Dios mio! murmuró Pulgar: seré juguete de una ilusion? Habré oido mal?

A poco apareció de nuevo una forma de muger: era la misma de Elvira, ó al menos asi pareció á Pulgar. Ella y Ramiro hablaban tan quedo, que apenas se les podia oir; sin embargo el

metal de la voz de aquella mujer no era el de Elvira. Por fin pudo Hernando percibir distintamente estas palabras:

—Perdonad, querida Estrella, si os he ofendido con mi venida. ¿Cómo queríais que yo pasase un dia sin veros, y sin escuchar la dulce armonía de vuestro acento.

Pulgar, en el frenesí de su alegría repentina, creyó estar soñando.

—Ah! soy feliz! exclamó interiormente. No es á ella! no es á ella!

Y recatándose de los dos amantes, se deslizó á lo largo de los muros del monasterio. Todavia volvió á pararse en la esquina, junto á donde Tristan estaba oculto, permaneciendo allí un rato pensativo, á pesar de la lluvia que comenzaba á caer en gruesas gotas.

Por último oyó el ruido de cerrar los vidrios de la ventana y los pasos de Ramiro que se alejaba; y ya pensaba retirarse cuando hácia el otro estremo de la calle sintió el rumor de una pelea, y voces que gritaban:

—Dale! dale! que no se escape!

—Qué es esto? exclamó Pulgar, aplicando el oido.

La trémula antorcha de la tempestad vino en su ayuda, mostrándole un caballero acorralado por seis ó siete villanos armados de palos. Inmediatamente corrió hácia el lugar de la lucha, espada en mano y gritando:

—Animo, caballero, que ya somos dos!

—Y yo tres! dijo una voz detrás de Pulgar.

Era la del fiel escudero Tristan, que habia seguido los pasos de su señor.

—Tú aquí, perillan? exclamó el jóven: no estás de sobra. Firme con ellos!

Y comenzó á dar tajos y reveses con tal brío, que en pocos momentos hizo retroceder á los villanos.

Sin embargo, éstos, fiados en la superioridad del número, pues eran siete contra dos, en atencion á que habian desarmado

al otro caballero, al tiempo de acometerle, seguian luchando con una terquedad brutal. Pero no tardaron mucho en sentir el peso de la mano del jóven contínuo, y el de la no muy ligera de Tristan. Dos de ellos cayeron aterrados, con las cabezas abiertas y pidiendo misericordia con sus gritos: los demás, temerosos de un igual contratiempo, trataron de apelar á la fuga.

Pero en aquel momento se oyó ruido de pasos precipitados, y á poco aparecieron en la oscuridad seis ú ocho embozados, que sacando algunos faroles de debajo de las capas, se dieron á conocer, al grito de:

—Ténganse á la Santa Hermandad!

Los apaleadores echaron á correr en varias direcciones, menos uno, á quien Tristan cogió por el cuello, y los otros dos que habian quedado tendidos.

—Qué ha pasado aqui? preguntó el jefe de la cuadrilla.

—Este mal-engendro lo dirá, contestó Tristan, presentando, sin soltarlo, el individuo que habia cogido.

—Suélteme, con mil diablos, dijo el villano, y no apriete tanto, que yo no tengo la culpa de nada. Yo he sido mandado.

—A ver, á ver? repuso el cuadrillero: quiénes son esos heridos?

—Son, dijo Pulgar otros dos agresores, de los que han acometido villanamente á este caballero, á quien yo he defendido, como es mi deber.

—Ah! Pulgar! exclamó el apaleado. No os habia conocido, amigo mio.

—Ramiro! Vive Dios! Lo sospechaba, contestó Hernando. Qué infamia ha sido esta?

—Recelo que esto viene de D. Fadrique Henriquez.

—Aquí tengo un cuco, que lo cantará claro, dijo Tristan, dando un empellon á su víctima, sin soltarle. Vamos á ver: canta y dinos quien te ha mandado, ó por la camisa de San Rogelio que te he de ahogar!

—Señores, contestó el villano: yo soy criado del señor almirante, y he tenido que obedecer á quien me paga.

—Mientes, canalla! El almirante no puede haberte mandado esto, replicó Pulgar.

—Pero me lo ha mandado su hijo.

—Cómo, su hijo! exclamó el cuadrillero, acercándose despues de reconocer á los heridos y dejarlos en manos de sus agentes.-Y dónde está el señor D. Fadrique? Hablad.

—No lo sé: partió esta mañana de Valladolid.

—Señores, repuso el cuadrillero: tendreis la bondad de acompañarme á casa del señor condestable.

—Con mucho gusto, dijo Pulgar; pues deseo que esta noche queden en buen recaudo estos tres malhechores. Vamos ya, que la tempestad arrecia.

En seguida se encaminaron todos á casa del condestable Haro, jefe supremo de la Hermandad.





CAPÍTULO X.

Una visita intempestiva.

Serian las diez de la noche: las nubes, despues de haber descargado, con fuertes detonaciones y torrentes de lluvia, el fluido eléctrico, de que estaban impregnadas, cubrian toda la estension del cielo, presentando una superficie igual y uniforme, y derramaban un abundante rocío.

En un aposento mediano del palacio real de Valladolid, amueblado con noble sencilléz, y cuyos objetos de mas valor eran un reclinatorio de ébano embutido de plata, con un crucifijo de buena escultura encima, y un lecho de persona con colgaduras de seda, velaban dos personas; la una recostada en la cama, la otra sentada en un sillon, leyendo el evangelio del dia, á la luz de una lámpara colocada sobre una mesa de noche. La primera era doña Isabel; la segunda, su íntima amiga la marquesa de Moya.

—Veíase dar en los vidrios de una ventana el agua impul-

sada por el viento, y el monótono ruido de la lluvia que caia en la calle, parecia convidar al recogimiento, y armonizaba suavemente con el murmullo de la lectura.

Doña Isabel escuchaba con atencion religiosa las palabras del libro santo, y como si fuesen un alivio para su corazon acongojado, cada vez que la dama se interrumpia para volver una hoja, la reina miraba en torno suyo, y exhalaba un suspiro.

La marquesa concluyó su lectura, y cerró el libro, dejando un dedo dentro.

—Se acabó ya, Beatriz? dijo la reina.

—Os ha parecido corto: ¿no es verdad?

—Ciertamente; porque nunca me sacio de beber en ese manantial de consuelos celestiales. Mi espíritu encuentra en él la sabiduría, la calma y la fortaleza.

—Os sentís mejor?

—Si; gracias, amiga mia, por tu cuidado.

—No habeis permitido que se llame al sábio doctor de Toledo....

—No: el médico del cielo es el único que entiende mi dolencia. Mi mal está, Beatriz, en el corazon: bien lo sabes; y solamente Dios dá el remedio para curarlo. ¿Ves? la palabra divina me ha confortado, infundiéndome la resignacion, la conformidad y el valor para perdonar. Ya me siento aliviada y fuerte.... Qué noche! ¿Dónde estará ahora mi Fernando?

Sonó en este momento un golpecito dado en la puerta de la estancia.

—Vé quien llama, dijo doña Isabel.

La marquesa se dirigió á la puerta y la abrió. La persona que habia llamado era una de las damas que estaban de servicio, la cual habló muy pocas palabras con doña Beatriz.

—Esperad, le dijo ésta, volviendo al lado de la reina.

—Qué ha ocurrido, Beatriz? preguntó doña Isabel, incorporándose.

—Acaba de llegar á palacio el condestable, y desea hablar á V. A.

—Que pongan luz en mi cámara, y que entre el condestable.

Doña Beatriz transmitió la órden á su compañera, y volvió á componer el tocado de la reina.

Pocos momentos despues, doña Isabel, acompañada de dos damas, aguardaba en su cámara al personage anunciado. El conde de Haro entró solo, y hecho el debido acatamiento, esperó que se le mandase hablar.

—Asunto importante debe de ser el que os trae á estas horas á mi palacio, condestable, dijo la reina.

—Importante es, señora, contestó el conde, por su gravedad, aunque no por su urgencia; pero no me ha parecido conveniente demorar el daros noticia de él.

—Qué es? Hablad.

—Señora, el apreciable jóven señor de Toral acaba de ser apaleado en las calles de Valladolid por una pandilla de hombres miserables, que cobran sueldo de vuestro primo el almirante. Ya conocereis que el hecho es grave, por cuanto esto puede ocasionar bandos terribles entre dos de las mas poderosas familias de Castilla, Henriquez y Mendoza, con sus numerosos deudos y parciales.

—Pero estais seguro de lo que decís, condestable? preguntó la reina, pasándose la mano por la frente, bañada en sudor frio.

—Tan seguro estoy, señora, como que tengo presos á tres de los agresores, dos de ellos heridos de mano de vuestro contínuo Pulgar, que llegó á tiempo para defender á Ramiro; y esos mismos agresores han confesado su culpa, como tambien que han obedecido las órdenes de D. Fadrique Henriquez.

—Y cómo no me habeis traido preso á D. Fadrique?

—Señora, nunca me hubiera estralimitado á tanto.

—Por qué no?

—Es un grande de Castilla....

—Es un criminal! prorumpió doña Isabel con los ojos chispeantes de indignacion. Es un criminal, y un mal vasallo, que

pisa mi corona; y vos teneis el doble cargo de acabar con los malvados, y de sostener el esplendor de mi magestad.

—Reconozco mis deberes, señora, repuso el condestable; pero aun asi, no me habria sido posible hacer prender á D. Fadrique, porque no está en Valladolid.

—Le habeis mandado buscar.

—Si, señora.

—Y no está en Valladolid!

—Partió esta mañana, segun dicen, para el castillo de Simancas, donde se halla su padre.

—No se me escapará, dijo la reina.

Y volviéndose á una de las damas, añadió:

—Prevenid que inmediatamente me ensillen un caballo, y que haya seis de mis oficiales dispuestos á acompañarme.

La noble dama se apresuró á obedecer; mientras el condestable decia:

—No es mi ánimo, señora, oponerme á vuestra voluntad soberana; pero, ¿á qué fin habeis de tomaros tanta molestia, y en una noche como ésta, cuando el cielo parece que se deshace en lluvia? Si quereis adoptar una resolucion activa, pronta, ¿os faltarán ejecutores fieles, sin necesidad de que vos misma salgais de vuestro palacio?

—No dudo de la fidelidad de mis servidores, conde, respondió la reina; pero ninguno me servirá en esta ocasion como yo misma. Nadie puede ser el ejecutor de mi voluntad, porque se trata de castigar á uno de los primeros grandes de Castilla, y solamente yo soy superior á él.

—Pero ved, señora...

—No insistais, Velasco: mi determinacion es irrevocable. Quedad con Dios! No puedo detenerme.

Diciendo esto, la reina se encaminó presurosa á su estancia reservada, y dijo á la marquesa de Moya, que la seguia:

—Vísteme pronto, Beatriz: quiero estar en Simancas antes de media noche.

—Mi querida señora, repuso la marquesa con tono suplicante:

¿no pudiérais dejar este viage para mañana? Oid como llueve: no estais buena, y acaso espongais vuestra preciosa vida.

—Es imposible, amiga mia. La justicia ha de ser pronta para ser saludable. Si dejase yo esto para mañana, me costaria una enfermedad: y luego, que pudiera escapárseme D. Fadrique. No, no.

—Con qué os empeñais en marchar?

—Si, es preciso.

—Pues bien, al menos hacedme la gracia de que os acompañe.

—Acompañarme tú? Para qué? No hay necesidad, amiga mia. Tengo que ir muy deprisa y no podrias seguirme... Vamos, vamos: vísteme pronto.

Una ráfaga de viento pasó silbando por los muros de palacio, y la lluvia azotó con fuerza los vidrios de la ventana.

—Dios mio! exclamó doña Beatriz: con este tiempo!... Vais á enfermar.

—Descuida... Me pondré un sombrero ancho y un tabardo de abrigo...Pero ya ves: si me ha de hacer daño la lluvia, tambien te lo haria á tí: no quiero que te espongas cuando no es necesario.-Vamos: ya estoy bien... el fieltro y el tabardo!...

Beatriz trajo las prendas que pedia doña Isabel, y se las puso con particular cuidado.

En el vestíbulo de palacio aguardaban ya seis caballeros montados, y un palafrenero tenia de las riendas el caballo de la reina, la cual, atravesando la muchedumbre de servidores suyos, que pululaban, atraidos por la novedad de aquel repentino y estraño viaje, bajó rápidamente la escalera, seguida de su amiga, y teniéndole el estribo el mismo condestable, cabalgó de un brinco.

—Si me lo permitís, os acompañaré, dijo el condestable.

—No, conde, repuso la reina: os podríais enemistar con el almirante. Adios! Hasta luego.

Y picando al caballo, pasó como una saeta por entre los oficiales, diciéndoles:

—A escape, caballeros! A Simancas vamos.

Todos los habitantes del palacio se quedaron asombrados, sin atreverse á comunicar unos con otros la profunda impresion que les habia causado la enérgica determinacion de la reina: muchos ignoraban hasta el objeto de aquella precipitada marcha, y estaban poseidos de vagos temores: los que lo sabian, temblaban al pensar en las terribles consecuencias que pudiera traer un paso tan audaz, aconsejado al parecer, por la ira. No se percibia ya el ruidoso galope de los caballos, y aun permanecian los servidores de la reina mudos de asombro, y mirándose unos á otros.

Entretanto doña Isabel, recibiendo en el rostro el azote de la lluvia, llevaba flojas las riendas del caballo, que, cual si conociese la impaciencia de su señora, la conducia con una velocidad fabulosa. En dos minutos atravesó la ciudad, y haciéndose abrir las puertas, salió al campo. Sus oficiales la alcanzaron á la salida, pero muy pronto la perdieron de vista, siendo vanos todos sus esfuerzos para igualarla en la rapidez de la carrera. Una hora bastó á la intrépida amazona para andar las dos leguas que separan á Simancas de Valladolid: la escolta llegó cinco minutos despues, y encontró á nuestra heroina esperándola y refrenando la impetuosidad de su bridon. Las fuertes torres del castillo de Simancas se dibujaban confusas en el ceniciento lienzo de las nubes, que á la sazon despedian una espesa y menuda llovizna. Los centinelas habian observado el ruido de los caballos, y se notaba movimiento detrás de los adarves.

—Flojos, andais, mis caballeros, dijo doña Isabel.-Adelántese alguno, y mande abrir la puerta de ese castillo.

Uno de los oficiales avanzó hácia el rastrillo, y á los pocos pasos se detuvo, al oir la voz de un vigilante que le gritaba:

—Quién vá!

—La reina! contestó el caballero: abrid á la reina!

Estas palabras produjeron una estraordinaria agitacion en el castillo. Apenas podian creer sus moradores que doña Isabel estuviese á sus puertas á una hora tan avanzada de la noche, y con el mal tiempo que hacia. Inmediatamente se dió aviso al

almirante, que estaba durmiendo, muy ageno de esperar la régia visita.

—La reina decís? Estais locos ó borrachos? preguntó don Alonso Henriquez incorporándose en el lecho, y mirando á sus servidores con ojos aletargados.

—No lo dudeis, señor, le dijo el alcaide de la fortaleza. Levantaos: la reina espera, y está lloviendo.

—Qué busca aquí la reina....? repuso el almirante, poniéndose á toda prisa una sobreventa larga de brocado, y calzándose unas babuchas de tafilete rojo, bordadas de oro.-Id, no la detengais..... Pero reconoced antes si es efectivamente Su Alteza.

Mientras D. Alonso acababa de vestirse, dando disposiciones para recibir decorosamente á su augusta prima, ésta, reconocida por el alcaide, pasaba con rapidéz el rastrillo, seguida de sus oficiales, echaban pié á tierra en la plaza de armas; y mandando á dos de aquellos precederla con las espadas desnudas, y á los otros cuatro que la aguardasen, tomó el camino de una escalera, sin mas ceremonia, dirigiéndose, como quien conocia bien toda la distribucion interior del edificio, á la estancia del almirante. Al llegar á la puerta, ordenó á sus dos caballeros permanecer alli en guardia, y pasó adelante. El alcaide entró detrás con las llaves del castillo en la mano.

A este tiempo salia el almirante, de su dormitorio, y apresurándose á saludar á la reina, la dijo:

—Dispensad, señora, que no se os haya hecho el debido recibimiento: vuestra llegada nos ha cogido de sorpresa.

—Estais dispensado, señor almirante.

—Si os dignais tomar asiento...

—Gracias! ¿No hay aqui nadie mas que vos de vuestra familia?

—Nadie mas, señora. Pero... podré saber á qué debo el honor de esta estraordinaria visita?

—Si, podeis saberlo, contestestó la reina frunciendo sus finas cejas y estendiendo el brazo con dignidad. Almirante de Castilla, vengo á prender á vuestro hijo!

La delicada figura de la reina parecia haber crecido en aquel momento un palmo, y se ostentaba tan gallarda y valiente, que habria merecido ser copiada por el mágico pincel de Velazquez. Su rostro azotado por la lluvia tenia un color de rosa mas encendido que de ordinario, y en sus lábios entreabiertos, y en el brillo magnético de sus ojos azules, y en la actitud imponente de su cabeza, se descubria todo el poder fascinador del génio de la magestad.

D. Alonso Henriquez, subyugado por aquel poder moral incontrastable que á su vista se levantaba sobre el frágil pedestal de una débil muger, y sorprendido por las duras palabras de la reina, quedó turbado algunos momentos, con los brazos caidos y la cabeza baja; pero luego recobrando la dignidad de su clase, dijo:

—Señora, no es posible lo que quereis.

—Y quién se opondrá? Sereis vos, por ventura? repuso la reina con una energía, que demostraba de cuanto era capaz su corazon animoso.-No lo creo, añadió en seguida con un acento noble, mezclado de severidad y dulzura. El almirante de Castilla, el primer apoyo de mi autoridad, no impedirá que yo castigue á un delincuente, aunque ese delincuente sea su hijo.

—No he querido decir, señora, contestó D. Alonso, que trate de oponerme á vuestra voluntad. Si Fadrique ha delinquido contra vos, yo, como padre y como vasallo de V. A. estoy pronto á contribuir á vuestro desagravio. Pero Fadrique no está en Simancas.

—Que no está aqui? replicó la reina, sonriéndose y moviendo la cabeza en señal de incredulidad. Permitidme que lo dude: sois su padre.

Y dirigiéndose al alcaide, que permanecia lleno de asombro, arrimado á una pared, y con las llaves en la mano, le dijo:

—A ver? Tomad una luz, é id delante de mí.

El alcaide hizo lo que le mandaba la reina, y esta registró una por una todas las habitaciones del Castillo, cuidando de hacer cerrar las puertas de comunicacion, que pudiesen servir



Quiero que todos sean iguales ante la ley.

para frustar su intento. Sin embargo, todas sus pesquisas fueron inútiles; y convencida, por último, de que D. Fadrique, ó no habia ido á Simancas, ó habia logrado fugarse, volvió á donde estaba el almirante, y se despidió de él diciéndole:

—D. Alonso; vuestro hijo ha incurrido en mi mayor desagrado: me vuelvo á Valladolid con el profundo sentimiento de no haber podido encontrarle, á vos dejo el encargo de presentármelo, y hasta que asi lo hagais, no piseis los umbrales de mi palacio.

—Tan grave es la falta que ha cometido Fadrique?

—Si, muy grave; tan grave que no se la perdonaré jamás, tenedlo entendido. Ha despreciado mi real seguro, dado de palabra y por escrito espresamente para evitar sus tropelías, cometiendo una agracion brutal é indigna de un caballero contra uno de mis mas leales vasallos.

—Ah! murmuró D. Alonso, meneando la cabeza con muestras de pesar: ese hijo... ese hijo!.... Señora, yo os prometo correjirle severamente.

—Bueno es que vos le corrijais; pero no por eso olvideis lo que os he dicho. Adios!

—Pero, señora, es posible que os marcheis, sin descansar?

—No estoy cansada. Buenas noches, almirante!

Y sin aguardar mas respuesta, salió de la estancia, bajó al patio, montó á caballo, y se volvió á Valladolid.

Al dia siguiente se hallaba la reina en la misma habitacion en que la encontramos al empezar este capítulo. Estaba en cama con alguna fiebre y el cuerpo quebrantado de resultas de la fatiga de la noche anterior. Beatriz de Bobadilla la asistia con su acostumbrado esmero y cariño: algunas otras damas la rodeaban y el doctor de Toledo, su médico de cámara, la hacia varias preguntas, para conocer su dolencia.

—No os canseis, doctor, le dijo por último doña Isabel: mi mal es conocido. «Me duelen los palos, que ha mandado dar don Fadrique contra mi real seguro.»



CAPITULO XI

De como D. Fadrique fué paseado con escolta de honor

Durante una semana no se habló de otra cosa en los círculos de la corte, y aun entre todos los habitantes de Valladolid, que de la enérgica actitud tomada por la reina en el negocio de los palos de D. Fadrique, y de la notoria desgracia en que habia caido, por esta causa, la familia del almirante, cuyos miembros, sin escepcion, no eran recibidos en palacio. El asunto se prestaba mucho á la charla, tanto por ser ruidoso en sí mismo, cuanto por la condicion elevada de las personas que figuraban en él.

Sin la conducta singular de la reina, la murmuracion y la sátira probablemente habrian hecho blanco de sus mordaces tiros al caballero apaleado; pues tal suele ser la condicion humana, que á las veces se goza en reir á costa del caido, aunque padezcan por ello la conveniencia y la justicia; pero el espíritu de los que obedecen se amolda con facilidad á las tendencias de los

que mandan, siendo estas en sí graves y justas; y la corte de Valladolid, mirando al rostro de su soberana, conoció por su seriedad, que la ocasion no era de risa, y dió á cada cual su merecido, reprobando el comportamiento audaz y villano de D. Fadrique, y manteniendo el señor de Toral en todo el goce de su estimacion.

Pero doña Isabel no se dió con esto por satisfecha: se habia cometido el escándalo, maltratando en su persona á un caballero, y ofendiéndole ademas en su honor y en la buena fama de su ilustre familia. Para ofrecer una pública reparacion de este agravio, al terminar un dia la reina su audiencia de justicia, estando rodeada de las personas mas notables de su corte, vió á Ramiro entre otros oficiales, y le dijo de modo que todos lo oyesen:

—He sabido que está aquí vuestra sobrina Elvira de Sandoval, y como me consta que vuestra familia es de los mas nobles é intachables y de las mas honradas, desearia tenerla á mi lado, como tambien á su prima Estrella de Solís. Podeis decírselo.

A consecuencia de esto Elvira y Estrella se contaron á poco en el número de las damas de la reina; y entretanto la familia entera del almirante permanecia en desgracia.

Pulgar estaba de enhorabuena: la fortuna parecia favorecerle, pues en un momento habia disipado la negra borrasca de sus infundados celos, estrechando la distancia que le separaba de su amada Elvira, y descargando su conciencia del odio que sentia hácia el mejor de sus amigos. Ya no pensaba en meterse fraile: la alegria y la esperanza renacian en su corazon.

Sin embargo, el pundonoroso jóven luchaba todavia con dos graves obstáculos, para llegar á la posesion de su dicha. La rígida disciplina de palacio le impedia acercarse á Elvira, con quien únicamente habria él comunicado su secreto pensamiento; y por otra parte su condicion humilde, comparada con la del orgulloso señor de Sandoval, le retraia de dar ningun paso, que que pudiese tal vez rebajar su dignidad. Y es que, con efecto

Pulgar, aunque no cedia en nobleza á la familia de su amada, no era bastante rico y elevado en categoría, para no esponerse á sufrir un desaire; y el orgullo, esa pasion invencible de los hombres de temperamento fuerte, hablaba muy alto en el camino de nuestro jóven hidalgo.

Por lo mismo se contentaba con aprovechar todas las ocasiones que se le presentaban de ver á Elvira, y aunque habia estrechado su amistad con Ramiro de Guzman hasta el punto de pasar con él, á veces, los dias enteros, jamás le revelaba su pasion, por masque su amigo le diese las mayores pruebas de confianza.

Ramiro le contó su amor á Estrella, su rivalidad con D. Fadrique, sus confidencias con Elvira: le consultó sobre sus rencillas amorosas, sobre sus proyectos y esperanzas, felicitándole muchas veces por la independencia en que al parecer conservaba su corazon. Pulgar le oia sin franquearse por su parte, si bien tenia en ello un verdadero placer, y hasta le estimulaba para que hablase, pues siempre en sus conversaciones se mezclaba el nombre de Elvira.

Paseaban los dos jóvenes una tarde por las márgenes del Pisuerga, entretenidos en sabrosa plática. Pulgar habia visto aquella mañana á su amada, en ocasion que ésta salia con sus demás compañeras, de oir misa en la capilla de Palacio, y habia notado en su semblante una espresion de pena muy marcada, y que mirándole con suplicante anhelo, apartó luego de él los ojos como arrepentida. Esto habia dado mucho en qué pensar al jóven hidalgo; pero su modestia no le permitia suponer que Elvira le amase, aunque estaba seguro de su estimacion.

—Tengo un peso en el corazon, amigo Hernando, le dijo Ramiro, que no me permite respirar. Acabo de ver á mi sobrina Elvira, y cuando menos lo esperaba, he oido de su boca palabras tan estrañas, que me hacen sospechar es víctima de algun secreto pesar.

—Qué me decís? exclamó Pulgar no pudiendo contenerse: yo tambien he reparado hoy en sus miradas una espresion tan sin-

gular, que, á la verdad, me ha conmovido. ¿Qué os ha dicho?

—Ya sabeis que ayer vino, por fin, su padre, á prestar el juramento de sumision á la reina. Era natural que estuviese contenta, pues quedan ya cumplidos sus mas ardientes votos. Mil veces me ha espresado, con las lágrimas en los ojos, su deseo de que se restableciese la armonía entre todos los miembros de nuestra familia; y de que no siguiesen mas que una bandera las personas que ama. Pues bien: anoche habló largamente con su padre y desde entonces, la pobre niña está inconsolable. Lo que á mí me aflige es el temor,-no lo achaqueis á vanidad,-de ser la causa involuntaria de su desgracia.

—Pero en qué os fundais para creer....? preguntó Pulgar con acento inseguro. No comprendo lo que eso significa.

—Yo tampoco; y sin embargo, es tan caprichoso el amor!

—El amor decís? Creeis que Elvira os ame?

—No quisiera creerlo, y repito que mi sospecha puede ser efecto del temor que me inspira semejante eventualidad; pero vos sabeis hasta qué punto he depositado yo en ella mi confianza, cuan íntimo y afectuoso ha sido nuestro trato. ¿Qué tendria de estraño que esta dulce amistad, este cariño tierno de hermano que yo la profeso, hubiese adquirido en el ella el carácter de otra pasion mas grave?

—Pero sabiendo que amais á su prima....

—Eso es precisamente lo que, en mi concepto, la hace desgraciada.

—Esplicaos, Ramiro.

—Si, necesito esplicaros bien mi situacion, porque deseo escuchar vuestro consejo, amigo mio: vos que teneis la dicha de ser hasta lo presente insensible á los atractivos de la hermosura, podreis juzgar con mas serenidad que yo.

—Teneis razon, yo estoy sereno... yo no debo pensar por ahora en el amor... no puedo inspirarlo... Hablad, hablad.

Y al decir esto el jóven continuo, corrian por su frente gruesas gotas de sudor frio

—Yo amo á Estrella, es verdad, prosiguió Ramiro: Elvira

lo sabe, y ha sido mucho tiempo la protectora de mi pasion; pero sabe tambien que no soy correspondido con un afecto semejante al mio: mejor que su prima, conoce ella toda la ternura que mi corazon abriga; porque yo he tenido la debilidad de comunicarla sentimientos, que no habria osado espresar á la que es árbitra de mi destino. Pues bien: hoy hablándome de cierto proyecto, que le ha participado su padre, se ha escedido hasta decirme con acento profundamente conmovido:-«La felicidad no es de este mundo; porque parece que un oculto enemigo de nuestro reposo se complace en atormentarnos, dirigiendo nuestro destino contra el rumbo de nuestras inclinaciones. Vos, por ejemplo, añadió como á su pesar, amais con frenesí á Estrella, que os estima, si; pero que no os corresponde como mereceis, y á mí me destinan á un hombre, á quien no amo, ni podré amar jamás.» -Yo quise apurar el sentido de estas palabras; pero ella, sin duda, se arrepintió en seguida de haberlas proferido, pues se encerró en la mas profunda reserva, y torciendo el giro de la conversacion, comenzó á hablarme de vos. ¿Qué pensais de esto? ¿No es verdaderamente estraño?

Pulgar no estaba para contestar, y mucho menos para dar consejos, despues de tan crueles revelaciones. Sin sospecharlo siquiera, Ramiro acababa de clavar un dardo emponzoñado en su corazon. Elvira estaba destinada por su padre á un hombre que no era de su agrado, mientras ella amaba á otro: y este otro era Ramiro, segun parecia inferirse de sus palabras.

Acontece con los caractéres francos y decididos que, cuando se ven precisados á ocultar sus sentimientos, no saben disimular, y se vuelven tímidos y reservados; y es que esta clase de temperamentos llegan á infundir miedo á los mismos que los poseen; porque enseñan á ser prudentes en proporcion igual á la impetuosidad con que tienden á manifestarse, y al mismo tiempo carecen de la calma necesaria para avezarse al disimulo. Así acontecia á Pulgar, que siguiendo el impulso de su corazon fogoso, habria roto en este momento las vallas de toda consideracion hácia un amigo, impertinente por ignorancia, pero que, temien-

do á su propio fuego, preferia sufrir interiormente, á cometer una imprudencia. Notando su silencio, continuó Ramiro:

—Conozco que mi posicion es árdua: yo daria mi vida por labrar la felicidad de Elvira; pero los gravísimos inconvenientes se oponen á cualquiera resolucion que yo quisiera tomar. ¿Cómo es posible que yo renuncie al amor de Estrella? Esto seria factible, sin embargo; pues no me ciega la pasion hasta el estremo de desconocer que Elvira vale infinitamente mas que su prima: es una jóven séria, modesta, grave en todas sus acciones y hasta en sus mas íntimos pensamientos: su cariño hará feliz para siempre al que lo merezca: su abnegacion es heróica. Sería fácil amarla, sin haberla tratado, y el que á ella una su suerte, puede estar seguro de encontrar una compañera fiel y afectuosa. Pero el hombre que la adora, y que pretende su mano, es uno de mis mejores amigos, y yo me mataria, primero que disputarle su ventura.

—Quién es ese hombre? preguntó Pulgar, haciendo un supremo esfuerzo para disimular su desesperacion.

—Qué, no lo sabeis?-Ah!-esclamó de pronto Ramiro conteniéndose. Callad, aqui viene. No hablemos de esto.

Pulgar levantó la vista, que habia tenido fija en el suelo, y vió acercarse á D. Diego de Rivera.

—El! murmuró con voz gutural.

Don Diego se acercó presuroso, y dijo tendiendo una mano á cada uno de los dos amigos.

—Camaradas, estoy quejoso de vosotros: hemos jurado una triple alianza, y no contais conmigo para nada. Esto es inaudito, y os declaro que por nada del mundo renunciaré á mis derechos.

—Siempre está de buen humor el bueno de Diego, repuso Ramiro.

—No, que seré como vosotros, que pareceis almas en pena! replicó el jóven andaluz. La alegría es el alma del mundo, y los que procúran divertirse son los sábios de la tierra.

—Dichosos los que pueden vivir alegres! dijo Pulgar: pero

yo creo que no dá pruebas de gran sabiduría ni de tener un corazon delicado el que no siente las miserias de este mundo, ni procura compartir las penas de sus semejantes.

—Vah! vah! repuso D. Diego. Queréis que llore vuestras aflicciones? Pues no me dá la gana: prefiero ahogarlas en risa.

—De ese modo piensan los que son afortunados, sin considerar que su alegría bulliciosa es un insulto para el dolor ageno, respondió Pulgar:

—Cómo! un insulto! Pues bien, que lo sea. Pero dejemos esto; ¿no sabeis las grandes novedades que corren?

—No: contestó Ramiro. Qué novedades son esas?

—Vamos! Estais en el limbo, amigos mios. Venid, venid: acaso llegarémos á tiempo.

Y diciendo esto D. Diego, tiró de sus amigos y los condujo hácia la ciudad.

—Pero contadnos lo que sucede, repuso Ramiro.

—Si, vamos andando y os lo contaré. Primeramente que don Fadrique Manrique ha tomado á Toro, y ha echado del reino al conde de Marialba: de modo que Castilla entera sería hoy una balsa de aceite, á no ser por el alcaide de Castronuño, ese demonio encarnado, que no hay quien pueda meterle el diente.

—Oh! Pues esa es un gran noticia, dijo Ramiro. Pedro Mendaña caerá al fin, pues, segun mis informes toda la tierra de Campos, y en particular un valenton de Madrigal, el bravo Juan Lainez se ha levantado contra él.

—Con todo, es un hombre de hierro, y todavía dará que hacer. En segundo lugar, el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, que como sabeis fué herido en la batalla de Toro, acaba de fallecer en Velés, y todos los grandes que pretenden sucederle en su alta dignidad andan revueltos.

—Don Rodrigo ha muerto! exclamó Pulgar: Oh! qué pérdida tan lamentable! Cuánto daria por estar al lado de mi amigo D. Jorge!

—Pues creo que se os logrará el deseo; porque segun he llegado á entender, la reina piensa partir inmediatamente á Velés.

para evitar las desavenencias, que pueden sobrevenir con motivo de la sucesion al maestrazgo.

—Graves son esas nuevas, repuso Ramiro; pues si ahora se enredan los pretendientes al maestrazgo, que serán muchos, Dios sabe lo que podrá suceder. Y qué mas sabeis?

—Oh! La gran noticia, la que sin duda os llenará de sorpresa, es de aquellas en que se necesita ver para creer.

—Vamos, decid.

—La familia Henriquez, ya sabeis, vuestra enemiga, convencida de la entereza de la reina, se ha domesticado.

—Cómo? Qué decís?

—El almirante ha venido en persona á entregar á su hijo. Por eso he corrido á buscaros, porque el suceso es notable.

—Es posible! Con que D. Fadrique....

—Se halla en poder de la reina.

—Diablos!

—No habia otro recurso para apaciguarla.

—Y qué hará con él? Oh! Yo quisiera que le obligase á desagraviarme, haciéndole pelear conmigo cuerpo á cuerpo en campo cerrado.

—Y yo seria vuestro segundo, repuso D. Diego. Pero no creo que la reina lo consienta.

Llegaban en este momento los tres jóvenes á la plazuela del Rosario, cuando vieron venir multitud de gente, y correr por todos lados innumerables curiosos, dando muestras de incredulidad y asombro. Sobre el gentío se percibia el movimiento oscilatorio de un centenar de picas, y el brillo de los petos y cascos de algunos ginetes, que abrian paso. Esta comitiva parecia dirigirse hácia la plazuela de las Angustias, donde estaba el palacio del almirante.

—Le llevan preso! exclamaban las mujeres del pueblo.-Llevan preso á D. Fadrique!

Y corrian á cerciorarse de lo mismo que decian, como si necesitasen el testimonio de sus ojos para creerlo.

—Habeis oido? preguntó Ramiro. D. Fadrique vá preso: esperemos aqui.

Diciendo esto, el señor de Toral atrajo á sus amigos hácia el portal de una casa, donde los tres aguardaron el desenlace de este inesperado episodio.

Pronto se convencieron de la realidad: el jóven D. Fadrique Henriquez, hijo del almirante de Castilla y sobrino del rey, marchaba á pié, desarmado, pero con la cabeza erguida y altivo continente, rodeado de tropas de la reina, las cuales á duras penas podian contener á la muchedumbre de curiosos, que por momentos engrosaba.

Ramiro y sus amigos dejaron pasar al preso y á su escolta, y siguieron detras, no pudiendo decidirse á creer que se llevase la severidad del castigo hasta el estremo de conducir á D. Fadrique á una prision pública. Suponian que se le llevase al palacio de su padre; pero no tardaron en ver con asombro que, pasándole por delante de aquel edificio, la comitiva continuaba su marcha por las calles de Cantarranas y Platerías hácia la Plaza Mayor.

—Qué significa esto? murmuró Ramiro.

—Significa que la reina no juega, contestó D. Diego.

—No hay mejor modo, añadió Pulgar, de hacer que se respete la ley.

—Convengo en ello, repuso Ramiro. Pero yo no debo consentir que esto pase muy adelante. Don Fadrique me ha ofendido, y dia vendrá en que él reciba la revancha de mi mano públicamente, no á traicion; mas no por eso habré de mirar con indiferencia su infortunio, y si yo puedo impedir.....

—Vah! Dejaos de generosidades intempestivas, replicó don Diego. La reina sabe donde le aprieta el zapato: ved que muestras de arrepentimiento vá dando el tal Fadrique.

—Poneos en su lugar, dijo Hernando.

—Yo en su lugar no me habria dejado prender.

Hablando así, nuestros jóvenes apretaron el paso, para no perder de vista al preso y ver en qué paraba tan estraordinario acontecimiento. Don Fadrique fué conducido con la mayor ostentacion por medio de la Plaza, y desde allí á la cárcel pública

de la ciudad. La escolta quedó guardando las puertas de su prision, y el gentío que hasta ellos le habia ido acompañando, se dispersó silencioso y consternado. Interiormente no dejaban muchos de regocijarse, pues veian que la justicia de la reina era imparcial y á todos alcanzaba; pero nadie habria osado comentar este hecho en medio de la calle, si bien por mucho tiempo no se habló de otra cosa debajo de techado.

Entre tanto Ramiro y sus compañeros regresaban por el mismo camino, dirigiéndose al palacio real. El primero iba pensativo y como pesaroso de la prision de su rival: Hernando tambien caminaba silencioso, pensando en sus desventurados amores, que cada vez se presentaban mas imposibles: solo D. Diego conservaba su tranquilidad de ánimo y su buen humor.





CAPÍTULO XII.

Las órdenes militares.

Cuando llegaron á palacio los tres amigos encontraron á sus moradores poseidos de la profunda sensacion que les habia causado la decidida severidad de la reina. Ésta, entre tanto, se hallaba encerrada con el cardenal Mendoza y otras cuantas personas de su consejo; y las damas en su departamento, y los caballeros en las antecámaras y galerías formaban mil juicios acerca del porvenir reservado á D. Fadrique.

Al ver á Ramiro, muchos le rodearon, creyendo que estuviese mas enterado que ellos mismos de las intenciones de la reina, y felicitándole por el favor de que, en su concepto, gozaba. Pero el jóven les dió á conocer que no eran muy de su agrado tales felicitaciones, y que en cuanto al pensamiento de doña Isabel sabía menos que los demás. Costaba á todos trabajo acabarse de desengañar, y comprender que en la nueva córte no

tenian cabida para nadie ni por nada el favoritismo y la privanza, y que solo la justicia y la conveniencia política daban la norma de conducta á su inflexible soberana.

Entre los otros caballeros andaba el comendador D. Pedro Diaz de Sandoval, quien al ver á D. Diego de Ribera y á sus compañeros, se vino hácia ellos y los saludó cordialmente.

—Aquí teneis al hombre de las hazañas y aventuras, dijo luego señalando á Pulgar: mozo mas afortunado no ha nacido de madre. Siempre sale bien de sus empresas, y por cierto, con gran provecho para sus amigos. Si yo tuviese mas de una hija. procuraria hacerle mi yerno.

—Me dispensais demasiado favor.... contestó Pulgar algo cortado.

—No, diantre!... Vuestro padre, que Dios haya en su gloria, tenia razon cuando me dijo que valíais mucho, y pardiez, que vos deberíais imitar la hidalga franqueza de aquel honrado anciano. ¡Lástima que haya sido víctima de nuestras fatales discordias!

Los ojos de Pulgar se arrasaron de lágrimas.

—Hablemos de otra cosa, si os place, señor comendador, interrumpió D. Diego. ¿Sabeis lo que piensa hacer la reina con su sobrino?

—No lo sé; pero hará bien teniéndole guardado, al menos mientras yo ande cerca de él; porque no respondo de sus huesos, si un dia me cogiese de mal humor.

—¡Creeis que yo se los habria dejado sanos, á no ser por este bonachon de Ramiro, que todavia le tiene lástima?

—Yo no le tengo lástima, contestó el señor de Toral; pero creo que la reina ha hecho ya lo bastante para vindicar nuestra honra; y os aseguro que si mi enemigo ha de sufrir alguna pena grave, interpondré mis súplicas para que se le dispense.

—Eso es muy noble, dijo Pulgar, y por mi parte lo apruebo completamente.

—Pues yo no os aconsejaré que lo hagais, primo, repuso el comendador; porque de ese modo se creeria humillada la al-

tivéz de D. Fadrique, y tendríais que volver á las andadas: además que la reina no os escucharia, porque necesita castigar el desacato hecho á su autoridad.

Un murmullo de atencion que se movió en la antecámara, hizo que el comendador y sus interlocutores volviesen la cabeza, quedando sorprendidos. El almirante, adornado con las insignias de su dignidad, y seguido de un brillante cortejo, atravesaba la estancia con paso grave y magestuoso, dirigiéndose á la habitacion de la reina. Todos los circunstantes no pudieron menos de hacerle el debido acatamiento.

El almirante dejó en la antecámara á los caballeros de su séquito, y entró, sin que nadie intentase impedírselo, en la cámara real. Doña Isabel estaba sentada bajo el sólio, y á sus lados ocupaban sillas en lugar inferior el gran canciller, el condestable, el infante de Aragon, D. Gutierre y D. Alonso de Cárdenas. A los piés de la reina habia en aquel momento dos lindas jóvenes en actitud suplicante, alentadas por la presencia de la marquesa de Moya, que estaba á su lado.

—Bien venido seais, primo, dijo doña Isabel al almirante: no lleveis á mal que antes de vos escuche la súplica de estas damas: oidla, pues creo que os habrá de interesar.

Y dirigiéndose á las jóvenes, añadió:

—Vamos, podeis hablar, hijas mias.

—Entonces la mas jóven de las dos, aunque en la apariencia eran de una misma edad, dijo:

—Señora: estraño habrá de parecer á V. A. el que nosotras, y yo en particular, vengamos á implorar misericordia en favor de un caballero, con quien ningun vínculo de amistad ni de parentesco nos liga. Muévenos á ello, sin embargo, la consideracion de que, habiendo sido por él ofendidos los miembros de mi familia, la pena que por ello sufra, podrá ser quizá mañana causa de inmotivados rencores. Al presenciar el rigor de vuestra justicia, señora, nuestro corazon ha temblado, y sin que nadie nos incite á ello, por un movimiento propio y espontáneo, venimos á las reales plantas de V. A. para impetrar el perdon

del señor D. Fadrique, nuestro enemigo; no dudando que tendreis en cuenta su mucha juventud, que le disculpa.

—Tendré presentes vuestros ruegos, á pesar de que la juventud, cuando es advertida, no merece que se le perdonen sus culpas. Vivid tranquilas, hijas mias, pues mi justicia será tan moderada como la desea mi propio corazon, enemigo del rigor.

—Dios bendiga á V. A.! esclamaron á una las dos jóvenes.

Y haciendo una reverencia, se retiraron turbadas, conduciénlas la marquesa.

—Ya veis, primo, dijo la reina, como se portan las personas á quienes ofende vuestro hijo en lo mas sagrado, que es el honor de las familias: esa jóven que acaba de suplicarme le perdone, es Elvira de Sandoval, sobrina de Ramiro de Guzman. La otra es prima suya, y bien la conoceis. Decidme ahora, puesto que una feliz casualidad os ha traido á tiempo para presenciar esta escena, y puesto que no se oculta á vuestra penetracion y lealtad, que sin la obediencia de los súbditos es imposible todo gobierno, ¿qué os parece de mi conducta para con D. Fadrique?

—Señora, con la franqueza de un buen vasallo y con la dignidad de un grande de Castilla, os confesaré que he venido á quejarme de la humillacion que acaba de sufrir mi familia en la persona de mi hijo. Yo os lo he presentado para que le castigueis, pero no podia esperar que se le condujese públicamente preso, como á un criminal de baja ralea. Esto es lo que mi leal ingenuidad no puede escusarse de manifestaros.

—Me parece que lo errais, señor almirante; porque, siendo vos primo hermano del rey mi marido, sería menester para humillaros, humillarme á mí misma.

—Vos sois la reina, y no os alcanza el ultraje hecho á mi honor.

—Si ha caido mancilla sobre vuestro honor, mi autoridad ha sido escarnecida; y de ambas cosas es culpable vuestro hijo: su atropellado comportamiento nos deshonra á todos: por él ha merecido el desprecio de las gentes, y mi castigo no hará mas que rehabilitarlo. ¿Acaso no es ahora mismo objeto de compasion el que ayer solo inspiraba repugnante desden?

—Es cierto, señora; y yo solo me quejo de la publicidad humillante con que se han ejecutado vuestras órdenes. A parte de esto, despues de lo que acabo de presenciar, despues de haber oido á V. A., reconozco que el desagravio de personas tan nobles por su ascendencia y por sus sentimientos, y la reparacion del desacato hecho á vuestra autoridad, exigian un severo castigo: y como no quiero aparecer á vuestros ojos menos leal que los enemigos de mi hijo, toda vez que el bien del reino lo reclame, aquí me teneis, cual otro Guzman el Bueno, pronto á sacrificarlo yo mismo, si fuese necesario.

—No pudiérais emplear mejores medios para desarmar mi rigor, primo, repuso la reina. Comprended, no obstante, que si la culpa y el desacato de Fadrique han sido públicos, pública tenia que ser tambien la reparacion, para que fuese saludable. Vuestro leal ofrecimiento me es muy grato, y para que veais que os estimo, y que no quiero que sufrais desdoro por la prision de vuestro hijo, él permanecerá por ahora donde le tengo, y vos sereis su guardador, y el depositario de mi confianza. Yo parto esta noche de Valladolid: en vuestras manos queda D. Fadrique, hasta que os lo reclame mi justicia.

—Sereis obedecida, señora; os lo juro por la fé de caballero que profeso. Sin embargo, soy padre, y no debereis estrañar que anhele saber, la suerte que reservais á mi hijo.

—Pudiera satisfaceros en este momento, porque tengo autoridad bastante para juzgar por mí sola á D. Fadrique y condenarle. Pero deseo ser clemente, porque mi objeto es corregirle: por lo mismo aguardaré la vuelta del rey para decidir este asunto: entre tanto se calmará mi resentimiento, y vuestro hijo tendrá tiempo para reconocer sus faltas y arrepentirse de ellas, en lo cual no dudo me ayudareis.

—Estad segura de que lo haré, señora, pues ademas de tener un deber en ello, me lo aconseja así el interés de padre.

Doña Isabel acababa de dar un paso que bastaria por sí solo para acreditar su gran talento político. Castigando la rebeldía de D. Fadrique, mostraba á todos que ningun poder, por grande

que fuese, estaba fuera del dominio de su autoridad suprema, y que nadie podia esperar sustraerse al imperio de la ley. Entregando al preso en manos de su padre, conciliaba con su justicia los miramientos debidos á una familia poderosa, que no le convenia tener disgustada; y al mismo tiempo que la sometia mas y mas á su obediencia, encargándole la ejecucion de sus órdenes, la daba una satisfaccion pública, desterrando toda idea de discordia entre ella y el almirante. Hizo mas: teniendo que ausentarse de Valladolid aquella misma noche, necesitaba dejar cortado el hilo de ulteriores conflictos. Si resolvia desde luego la cuestion, imponiendo una pena á D. Fadrique, podia parecer precipitada su justicia, y descontentar al culpable y á sus parientes, sin corregirlos: si lo dejaba en poder del condestable ó de otro servidor suyo, era fácil que el almirante resentido, y poseyendo en Valladolid inmensos recursos, se le rebelase en su ausencia. De ningun modo se salvaban todos los inconvenientes y se conciliaban todos los estremos, mejor que como acababa de hacerlo. La dignidad real y la del almirante conservaban sus respectivos fueros: solo quedaba humillado y vencido el delincuente, con opcion á recobrar la suya por medio del arrepentimiento y la expiacion.

—Ahora sentaos, primo dijo la reina: estábamos tratando de asuntos que convienen á la salud del reino, y en estas cosas os corresponde emitir, y á mí me agrada oir vuestro dictámen. Sabeis que ha fallecido el gran maestre de Santiago, lo cual equivale á decir que está casi encendida una guerra civil; pues tal sucede siempre, cuando es menester nombrar sucesor para esa elevada dignidad.

—Decís bien, señora, contestó el almirante. Pero ¿cómo es posible evitar esos conflictos? El nombramiento de maestre corresponde al capítulo de los Trece, su aceptacion al rey, y su aprobacion al Santo Padre.

—Lo sé; pero eso es precisamente lo que yo deseo abolir.

—Está en los estatutos de las Ordenes, señora, y no podreis abolirlo, sin sostener una tremenda lucha.

—Tambien lo sé: ved ahí los estatutos, respondió la reina mostrando unos cuadernos que habia sobre una mesa. He pasado algunas noches en vela estudiándolos, y me he convencido de que las órdenes militares no corresponden hoy al objeto de su instituto, y de que necesitan una reforma. ¿Sabeis para que fueron creados? Lo fueron para defensa de nuestra santa religion, para ayudar á los reyes y á los pueblos en sus conquistas contra el enemigo comun. Pues bien: ¿qué sucede hoy? Teneis en Castilla un rey de derecho y tres reyes de hecho, mas poderosos que él. Cuatro reyes en un solo reino, mal pueden vivir en paz, y ¡desgraciado el pais que los sustenta! ¿Necesito deciros en qué emplean los maestres de las órdenes su vasto influjo y sus formidables ejércitos? Vos que teneis mas años y mas esperiencia que yo, lo sabeis perfectamente, y no habreis olvidado que en Toro peleásteis con el maestre de Calatrava. Contad las batallas que en todo el presente siglo han ganado esas ilustres comunidades á los enemigos de nuestra santa Fé; contad las veces que se han rebelado contra sus soberanos, cubriendo de sangre y ruinas la superficie del reino, que tienen oprimida bajo una red de hierro. Sin duda encontrareis que á este lado se inclina la balanza. ¿Y puede un rey justo y celoso del bienestar y sosiego de sus pueblos consentir esa anarquía organizada?

—Teneis razon, señora: lo que habeis dicho es la pura verdad.

—Pues vengamos al dia fatal de una eleccion, al caso presente. Los trece de Santiago están reunidos para nombrar su gefe, pero no pueden ponerse de acuerdo entre sí. ¿Por qué? Porque todos trece quieren ser elegidos, y ademas hay otros catorce fuera del capítulo que pretenden lo mismo. La rivalidad comienza por el soborno y acaba por una guerra sangrienta, en que los infelices pueblos, siempre ellos, pagan muy cara la animosidad de unos cuantos ambiciosos. ¿Está eso en los estatutos de la órden? A mí, que por deber y conciencia me toca velar por el bien de todos, á mí á quien Dios pedirá estrecha cuenta de las lágrimas de mis súbditos, ¿me será lícito consentir esas

rivalidades funestas? ¿Ni qué me deben importar los intereses personales de unos cuantos hombres sedientos de poder, que mañana pondrán su planta sobre mi corona? Luego hay que considerar, que no siempre recae la eleccion en el mas digno, sino en el mas intrigante ó poderoso, el cual distribuye los encomiendos y beneficios entre gentes de su jaez, ó los vende, como ha sucedido, al mejor postor.

—No cabe duda, señora, que todos esos males y otros muchos trae consigo la organizacion actual de las órdenes: yo reconozco que necesitan una reforma; pero es difícil, si no imposible emprenderla.

—No, para mí no hay nada imposible, con la ayuda de Dios. Sé que necesito luchar, y que puedo encontrar una oposicion formidable; pero conozco el mal, y lo estirparé. No me gusta combatir de frente los abusos, porque esto provoca conflictos: sin embargo, si fuese necesario apelar á medios violentos, el que me busque, esté seguro de encontrarme. Oid lo que he pensado, á ver lo que os parece. Voy á presentarme inmediatamente en Velés, y á persuadir al capítulo de la inconveniencia de sus debates, á fin de que él mismo solicite la administracion del maestrazgo para el rey mi marido. ¿Quién mas digno que él de ocupar tan elevada gerarquía, ni quien mejor evitará la discordia? Creo que no me lo negarán.

—Comprendo el pensamiento, y lo apruebo. Pero ¿y despues?

—Despues el rey nombrará maestre á quien lo merezca, y el nombrado sabrá que depende de su soberano, y de acuerdo con él procurará reformar los vicios de la institucion, y dar los cargos por recompensa al mérito.

—Escelente idea, señora; no debeis demorar un momento el ponerla en ejecucion.

—Por eso parto esta noche. Vos, señor almirante quedareis al cuidado de esta ciudad. El señor condestable con mi hermano D. Alonso tendrán el gobierno interior de Castilla, repartiéndose los negocios de paz y de guerra, hasta la vuelta del rey.

El señor cardenal me acompaña, juntamente con nuestros amigos Cárdenes y Chacon, y el conde de Medinaceli cuidará de organizar el ejército que debe esperarme en Estremadura.

—Os empeñais en ir á Estremadura?

—Si: allí me llama mi deber: voy á terminar la guerra, y luego pasaré á Andalucia, donde necesito acabar con los revoltosos. Ya veis, señores, que yo no descanso: trabajemos todos de buena fé, y vereis como pronto hacemos de Castilla el reino mas poderoso de la tierra.

Dicho esto, la reina despidió á los señores de su consejo, y quedándose sola con el cardenal y con D. Alonso de Cárdenas, dijo al primero:

—Veo, mi querido padre, que vamos triunfando. La razon y la justicia se abren paso por medio de la persuasion en los pechos mas endurecidos. Ved ahí que el almirante aprueba mi pensamiento de anexion de las órdenes á la corona. Porque, al cabo, llegaremos á esto: ¿no es verdad?

—Indudablemente, respondió el sábio prelado: y si vos no lo conseguís, lo conseguirán vuestros nietos. ¿Qué mas dá? Ya sabeis que nuestra política no es política de un dia. Lo que hoy establezcamos, debe seguirse con perseverancia, sin lo cual es efímera la grandeza de los estados.

—Es verdad, repuso la reina. ¿Teneis ahí el documento que sabeis?

—Aquí está, dijo el cardenal, sacando un largo escrito, que estendió sobre la mesa. Doña Isabel dijo á D. Alonso de Cárdenas.

—Acercaos, último maestre de Santiago.

Don Alonso, que era uno de los que pretendian esta dignidad, se quedó sorprendido al oirse nombrar así por la reina.

—Qué, os sorprendeis? continuó ésta. Vais á ser nombrado por el rey maestre de Santiago, pero sereis el último, y con una condicion. Ved aquí este escrito: en él se especifican todos los abusos introducidos en la órden, y se prueba la incompatibilidad que existe entre la autoridad del maestre y la del rey, como tam-

bien que es imposible gobernar el reino mientras aquella dignidad resida en un particular. Esta es una memoria de conciencia que dirigís al Santo Padre, acabando por pedirle, que confiera de por vida al rey la administracion de la órden. No tiene fecha: se le pondrá á vuestra muerte: Firmad, y guardad el secreto.

Don Alonso firmó aquel escrito, y la reina se lo devolvió al cardenal, diciéndole:

—Conservadlo vos, con los demás documentos de nuestra política tradicional.

En seguida el cardenal y D. Alonso se retiraron para hacer sus preparativos de marcha. La reina debia partir acompañada solamente de algunos caballeros y de tres damas: entre aquellos iban el comendador de Santiago D. Pedro Diaz de Sandoval y Ramiro de Guzman; las damas eran la marquesa de Moya y las dos primeras Elvira y Estrella. Pulgar se quedaba en Valladolid, para marchar despues con el ejército, que debia reunirse en Estremadura.

La situacion en que se encontraba nuestro enamorado jóven era por demas desconsoladora: por segunda vez se le ausentaba la mujer en quien habia concentrado todas sus afecciones: pero en qué circunstancias!–Cuando se separó de ella en el castillo del Pulgar temia no volver á verla; y sin embargo una dulce esperanza lucía en medio de su desconsuelo, como el albor de la estrella matutina que aparece entre oscuros celages. Ahora todo parecia conspirar á destruir para siempre su soñada felicidad. Habia tenido tiempo de alimentar su pasion viendo á Elvira diariamente y sufriendo el estímulo de los celos, y al separarse de ella, la creia enamorada de un amigo suyo, de un hombre que la trataba con intimidad y con quien iba á emprender un largo viage: sabia que además la pretendia un jóven de alta posicion, rico y de gran porvenir: verdad es que ella no le amaba, pero, qué hija noble y obediente podria resistir á la voluntad de su padre? Hernando era, pues, doblemente desgraciado: perdia á su amada, sabiendo que no iba á ser dichosa. En el colmo de su desventura, se felicitaba de haber sido cauto, y resolvió hacer de

su amor un secreto impenetrable que le acompañase hasta el sepulcro.

Estando en esta disposicion de ánimo, se presentó en su habitacion Ramiro de Guzman, que iba á despedirse de él. Pulgar no pudo menos de mirarle con un sentimiento de envidia; si bien conociendo la injusticia de este involuntario impulso del corazon, se apresuró á darle los brazos, diciéndole:

—Os vais, amigo mio: cuánto daria por ser de vuestra partida.

—Cómo ha de ser, Pulgar! contestó Ramiro: yo daria cualquier cosa por quedarme con vos, y eso que tengo la dicha de acompañar á Estrella. Pero no debemos inquietarnos: pronto nos volveremos á juntar.

—Y vá tambien con la reina D. Diego de Ribera? preguntó Hernando con alguna turbacion.

—No: nuestro amigo vá á Córdoba, con el objeto de que su padre el adelantado prepare los ánimos de modo que S. A. sea bien recibida en Andalucía.-Pero, ¿qué hacemos? Oid: ya suenan en el patio los caballos de la reina, y no me puedo detener: venid, y nos acompañareis hasta la puerta. Mi primo Sandoval se alegrará de estrecharos la mano antes de partir.

Hernando estuvo tentado de escusarse, por lo mismo que le impulsaba interiormente un vivo deseo de ver á Elvira una vez mas, antes de separarse de ella: pero este mismo anhelo le hizo temer que sus escusas pareciesen sospechosas. Bajó con Ramiro al patio de palacio, donde ya estaban reunidas todas las personas que eran de la partida, despidiéndose de sus amigos. Estrella y Elvira saludaban afectuosamente á sus otras compañeras, entre las cuales se hallaba la jóven protegida de Pulgar. Durante la corta residencia de la hija del comendador en el palacio de Valladolid habia mostrado á Francisca una particular predileccion: se acercó á ella, y no se contentó con saludarla, sino que la abrazó estrechamente, como pudiera hacerlo con una hermana querida.

Pulgar observaba todo esto; pero no pudo ver, pues las som-

bras de la noche se lo impedian, las lágrimas que brotaron en los ojos de Elvira, la cual, sin ambargo, parecia no haber reparado en él.

Un momento despues bajó la reina con el cardenal y la marquesa de Moya. Ramiro y D. Pedro de Sandoval apretaron sucesivamente la mano á Hernando, y todos se apresuraron á cabalgar. Aunque el jóven contínuo permaneció al lado de sus amigos hasta el momento de partir, y por consiguiente á muy corta distancia de Elvira, ésta no volvió la cabeza, ni mostró apercibirse de su presencia.

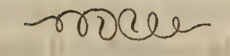
Cuando hubo salido el último de la comitiva, nuestro jóven suspiró con profunda amargura, y murmuró hablando consigo mismo:

—Yo no quiero que me ame; pero ¿he merecido su ingratitud?

Al formular esta injusta frase, notó que le tomaban la mano: volvióse y vió junto á sí á la inocente Francisca, que le dijo:

—Pulgar, ¿nos hareis esta noche compañia?

El jóven sintió refrescado el corazon por aquella aura de pureza, y siguió á la niña y á su respetable tia, que le brindaban una amistad dulce y tranquila.





CAPITULO XIII.

Que trata de algunos pormenores necesarios para la inteligencia de esta historia.

Tres meses despues, la ciudad de Sevilla preparaba grandes fiestas, para recibir á doña Isabel, cuyo nombre exaltaba las imaginaciones andaluzas, siempre aficionadas á lo estraordinario y maravilloso. La jóven reina caminaba hácia la antigua córte de San Fernando, precedida por la fama de sus hechos, que la daban el doble carácter de sábia justiciera y de intrépida heroina.

El pueblo, amigo de novedades, llenaba las calles y plazas, y se juntaba en corros, para hablar de acontecimientos recientes, que por su magnitud y transcendencia, eran objeto de los mas exagerados comentarios.

Cerca del puente que une á la ciudad con el arrabal de Triana se estaba construyendo un arco de triunfo, y multitud de curiosos contemplaban la obra, tomando el sol, cuyo calor era tanto mas-

agradable, cuanto habian aparecido ya las primeras nieves. Notábase entre los desocupados un veterano aventurero, andaluz de nacimiento, que habia servido sucesivamente á la mayor parte de los señores de su país, y era, por decirlo así, un cronicon ambulante de todos los sucesos acaecidos en España durante aquel siglo: dotado de una memoria feliz y de una facundía natural, aunque tosca, florida y amena, cifraba su mayor satisfaccion en reunir á su alrededor un numeroso auditorio, y terciándose la capa ó ferreruelo, á la manera de los modernos improvisadores italianos, contar lo que sabia y lo que no sabia, supliendo las faltas de exactitud histórica con las galas de su imaginacion metafórica.

Este hombre, notable entre los de su condicion, se llamaba Juan del Prado, apellido que no le venia de su familia, pues no la tenia, sino de habérsele encontrado, como á Homero, recien nacido en un prado cerca de Lucena. Gozaba reputacion de valiente: al menos él contaba de sí mismo innumerables proezas; jactancia que se le podria disimular, en gracia del aplomo con que mentia. Por estas y otras cualidades recomendables era tan conocido en los pueblos donde habia estado, y particularmente en Sevilla, que por do quiera que iba encontraba amigos, y los muchachos, al verle, publicaban su nombre á voces.

Réstanos decir para completar el bosquejo de este popular personage, que habiéndose criado cuando niño entre la gente de los Aguilares de Córdoba, profesaba una particular predileccion á esta familia, si bien, como hijo del azar, pretendia ser independiente de todo señorío y dominio; y que, á pesar de sus setenta y ocho años cabales, andaba derecho como un pino y sostenia con brío el peso de las armas.

En el momento en que le damos á conocer, el aventurero estaba rodeado por una docena de hombres de todas edades, que le abrumaban á preguntas.

—Vamos al cuento, Juan del Prado, le decia un espadero jubilado muy amigo suyo: tú que sirves ahora al señor D. Perafan

de Rivera, y tienes en el ejército de la reina á tu hijo Ortega, debes saber mas que nadie de las cosas que hoy pasan.

El aventurero se terció la capa, y señalando á una taberna aislada, que se veia cerca de allí á la orilla del rio, contestó:

—Si hay entre vosotros quien pague el refresco, vamos á visitar á Juanilla la Chunga, ya contaré todita la historia del mundo conocido. Si no hay eso, no me hareis hablar, porque se me pone el gaznate hecho una yesca.

—Por eso no ha de quedar, repuso el espadero: vamos allá.

Juan del Prado se dirigió hácia la taberna con aire triunfante, seguïdo de su curioso auditorio, y tomando asiento en un banco de madera junto á una mesa que habia en la puerta de la casilla, gritó como jefe absoluto á la tabernera:

—Juana, traénos aquí de lo mejor que Dios ha criado.

Mientras Juana servia un vino, rúbio como el ámbar, de la campiña de Jerez; los demás compañeros del viejo soldado se colocaron á sus lados y en frente de él, apoyando los codos en la mesa, y esperaron sus prometidas historias.

—Pues, señor, dijo por último Juan del Prado, despues de haber tosido tres veces: vosotros no conoceis al rey Luis de Francia. ¿Qué habeis de conocer, si no habeis salido nunca de la sombra de la Giralda? Pues yo sí: le he visto, lo mismo que te estoy mirando, Ruy Perales.-Y señaló con ademan enfático á uno de sus oyentes.-Un rey mas feo no lo hay en toda la cristiandad, con perdon sea dicho. Cuando estuvimos á conferenciar con él, allá en lo último de España, sobre el rio Bidasoa, lo tuve tan cerca de mí, que si llego á respirar un poco fuerte, se lo lleva el viento: yo iba en la barca con vela de brocado, que conducia al rey Enrique IV y á D. Beltran de la Cueva, y no hubiera cambiado mi coleto nuevo por toda la ropa del rey de Francia. Debe de ser tacaño como un judío: llevaba un sombrero lustroso de mugre, con una vírgen de plomo por todo joyel, un justillo de fustan raido, y una sobrevesta de paño burdo de color de ala de mosca, que no le tapaba las nalgas.

—Ya nos has contado eso cien veces, repuso el espadero. Vamos á lo de ahora.

—Qué entiendes tú de historias? contestó el veterano. Las cosas se han de comenzar por el principio.-Pues, señor, este rey Luis hizo alianza con el rey Enrique por aquello de la Beltraneja, y luego con el rey de Portugal, segun yo creo, para pescar algo en el Rosellon y Navarra, que son unas tierras, allá muy léjos, en los montes Pirineos.

—Adelante, ya lo sabemos.

—Ea, pues, si lo sabeis, me escuso de contarlo.

—No te enfades, replicó el espadero: bebe un trago, y continúa.

Juan del Prado bebió tranquilamente un vaso de Jerez, y luego dijo:

—Despues de lo de Toro, el rey Fernando salió á campaña contra el francés, que tenia sitiada la plaza de Fuenterrabía, y como es mozo muy formalote, y llevaba consigo quinientos mil hombres....

—Cómo quinientos mil?

—Quiero decir, cincuenta mil: poca es la diferencia. El francés vió que la cosa iba séria, y se avino á buenas.

—Y el rey de Portugal, que habia ido á Francia á pedir socorro?

—Ese está haciendo penitencia por sus pecados, y podeis contarlo con los muertos. Así se lo ha escrito á su hijo, que ya es rey hará ocho dias. De modo que la guerra se acaba, y por eso vamos á festejar á la reina, que viene de Medellin, donde diz que ha puesto las peras á cuarto á la condesa doña Beatriz y al clavero de Calatrava.

—Con que el rey Alfonso se ha retirado á un convento, segun eso?

—No se sabe: hay quien dice que se ha ido á un desierto de la Armenia, donde no sepan mas de él: otros aseguran que vá en romería á visitar el preste Juan de las Indias, ó á buscar

al Kan de la gran Tartaria para contarle sus desventuras; pero lo que hay de cierto es que se ignora su paradero.

—Y la Beltraneja?

—Se queda viuda y doncella por la décima vez. La *escelente* señora, como la llaman los portugueses, puede ir preparando la palma, porque yo creo que morirá vírgen y mártir. Doña Isabel tiene mucho nérvio: cuentan maravillas de ella los que la han visto en el cerro de Medellin y en la batalla de Albuhera.

—Eso es lo que se llama una hembra poderosa! dijo Ruy Perales.

—Y tan poderosa! continuó el veterano: dígalo el marqués de Cádiz, que al saber que viene á Sevilla, se ha retirado á su castillo de Jerez, para dejar que pase el chubasco; y si es el duque de Medina Sidonia, con ser amigo de la reina, no creo que las tenga todas consigo. Pero volviendo á la batalla de Albuhera, lo que allí ha pasado tiene algo de milagroso.

—Decid, decidnos eso.

—Al ruido de la guerra que se hacia contra la condesa de Medellin, habia acudido el obispo de Evora, capitan general de los portugueses, con un enjambre de finchados. Don Alonso de Cárdenas, á quien acaban de hacer maestre de Santiago, y que mandaba el ejército de la reina, salió al encuentro del obispo para darle batalla: eran casi dobles las fuerzas portuguesas, porque gran parte de las de Castilla estaban ocupadas en el cerco de Mérida. Pero aquí de los hombres arrojados! El maestre tenia consigo á Gonzalo Fernandez el hermano de D. Alonso de Aguilar, ese rapazuelo, que ayer de mañana, como quien dice, lo llevaba yo con andadores: por cierto que un dia, cuando apenas contaba dos años, quiso tomarme la daga, y porque no se la dejé, me dió un bofeton, que, (no es broma), todavia me duele. Oh! es mucho mozo el tál Gonzalo! Como todos los de su familia, pardiez! ¿Donde hay dos mas bizarros caballeros que el señor de Espeja y el conde de Cabra? Pero Gonzalo les gana. Pues, como iba diciendo, este noble caudillo andaba allí con la gente de su hermano el señor de Aguilar: la cosa se ponia fea; caian

los hombres como los pámpanos de una viña tierna cuando graniza. Los castellanos envueltos tenian cercana su perdicion. Entonces Gonzalo se volvió hácia los suyos, y les dijo:—«Aquí á triunfar hemos venido, no á dejar que nos quiten con la vida la honra. Vea cada cual que de su valor depende el salir bien librado de este aprieto, y que la reina nos mira.»—Cuidado que la reina estaba sobre Medellin: pues á pesar de esto, al punto la vieron todos al frente de los batallones, montada en su caballo blanco, y mas reluciente que ese sol que nos alumbra. ¿Qué habia de quedar un portugués? Los que no cayeron al suelo muertos de miedo, se escaparon como un puñado de moscas, y el obispo con ellos.

—Eso es lo que yo no he podido comprender, dijo el espadero; cómo la reina se halló á un tiempo en dos partes.

—Cómo? Muy facilmente: ¿cómo hizo antes para presentarse en Velés, cuando todo el mundo creia que estaba en Valladolid? La reina es santa: yo no he dicho que acudiese en persona á la batalla; lo que no se puede negar es que todo el ejército la vió, como á Santiago cuando pelea contra los moros, y que la espada de Gonzalo de Córdoba caia sobre los enemigos cien veces por minuto y movida por sí sola.

El auditorio escuchaba atónito esta relacion de prodigios, admirando á la vez el valor positivo de Gonzalo y la influencia sobrenatural de doña Isabel. No sabiendo esplicarse aquellos hombres toscos los efectos de una actividad verdaderamente asombrosa, los atribuian á milagro.

Despues de una pausa, que Juan del Prado empleó en saborear un buen trago del néctar jerezano, rompió el silencio uno de los oyentes, diciendo:

—Yo habia creido que era cosa de cuento lo que refieren de la reina; cuando apaciguó el motin de Segovia, presentando el pecho indefenso á los alborotados, y lo de la prision del hijo del almirante; pero ya veo que todo eso es nada en comparacion de lo que acabamos de oir.

—Si, cuentos, cuentos, repuso el veterano. Ya vereis lo que se prepara.

—Qué es? Qué es? preguntaron varios á un tiempo.
—Veis ese arco de triunfo que han levantado allí? prosiguió Juan del Prado estendiendo el brazo con ademan teatral: no habeis reparado cómo se aprestan danzas públicas, torneos, y otros festejos? Pues todo eso lo inventa el miedo: vosotros, y con vosotros todo el pueblo humilde de Sevilla, esperais á la reina como el agua de mayo; pero la gente gorda está temblando, porque ha llegado para ellos la hora de la justicia. No les tengo compasion, aunque tampoco les arriendo la ganancia. ¿Por qué no hacen como yo, que nací desnudo y me contento con poco? Un coleto de gamuza, una libra de pan moreno, un vaso de vino, y un rincon donde dormir, eso me basta, y estoy sano y robusto y tengo ochenta años. Pero ellos no saben vivir como no sea nadando en la opulencia y el vicio, y como Dios no les ha dado fortuna, ni han heredado de sus padres lo suficiente para saciar su avaricia, roban y esclavizan á los pobres de espíritu; y atizan la discordia, para amontonar oro, que chorrea sangre. La reina viene, y ella les ajustará la cuenta.
—Dios quiera que eso no provoque la rebelion, dijo el espadero. Si los gordos, como tu dices, se hacen fuertes en sus castillos quien les entra?
—Quién? Apuradamente la reina repara en esas pequeñeces. Basta que ella mire un castillo con ojos airados para que desaparezcan hasta las piedras. No sabeis lo que acaba de hacer en Galicia? Cuarenta fortalezas, que eran otros tantos nidos de milano, se han hundido para siempre: como si se los hubiera tragado la tierra.
—Pues qué, ha estado tambien la reina en Galicia?
—La reina está en todas partes. No ha ido á Galicia, pero como sabe buscar á los hombres de mérito, aunque se escondan, ha dado encargo de hacer sus veces al conde de Rivadeo, que es un caballero tremendo, á quien yo serví en mis mocedades; y dice el capellan de mi señor el adelantado, que es gallego, que sus paisanos bendicen á la reina y al conde, porque les han librado de un cautiverio peor que los de Egipto y Babilonia.

—Lástima que no haya hecho lo mismo en Andalucía! esclamó otro de los oyentes.

—Aquí, amigos, es mas delicado el negocio. Ni el adelantado ni el asistente de Sevilla hubieran podido meter por vereda á los enemigos del sosiego público: solamente las casas de Córdova y las de Guzman y Ponce de Leon son bastante poderosas para hacerse respetar; pero viven como perros y gatos; y dar á uno la preferencia, seria provocar la enemistad de los otros. Son lobos demasiado gordos y nadie mas que la reina puede sujetarlos.

—Dice bien Juan del Prado, repuso el espadero: habla como un doctor de Salamanca.

En esto llamó la atencion de los circunstantes una multitud de gente que se agolpaba hácia las afueras de la ciudad, mirando al campo, y señalando á un objeto, que se divisaba sobre las montañas, en el confin del horizonte.

—Qué es aquello? exclamó el veterano levantándose. Si mi vista no me engaña, es una ahumada que hacen las atalayas del asistente; y eso significa que esta tarde ó mañana tenemos aquí á la reina.

Con efecto, lo que atraia las miradas de los sevillanos, era una columna de humo, señal que en aquellos tiempos hacia las veces del telégrafo moderno, y que de muy antiguo adoptaron los pueblos de España, para darse avisos, cuando los moros se acercaban á sus fronteras. A falta de otro medio, servia esto para anunciar la aproximacion de doña Isabel á la hermosa capital de Andalucía.

La entrada triunfal de la reina no se verificó, sin embargo, hasta el dia siguiente. Fué una festividad solemne, á que asistieron juntos amigos y enemigos; pues los que por muchos años habian luchado en opuestos bandos, se aliaban ahora para rivalizar en fidelidad á su jóven soberana, cuyo rigor temian. El ayuntamiento de la ciudad salió con sus maceros ó reyes de armas á recibirla, llevando á la cabeza al asistente Diego de Merlo, á quien seguia un numeroso cortejo de caballeros, magnífica-

mente ataviados. El cabildo eclesiástico se presentó con un pálio de tisú de oro, conducido por ocho canónigos, á quienes presidia el de mas dignidad, por hallarse vacante la silla arzobispal: acompañaban á la comitiva religiosa todo el clero y las comunidades de ambos sexos, cantando el himno *Vexila regis pro deunt,* en alternados coros de hombres y mujeres. Ademas formaba parte del cortejo el adelantado mayor D. Perafan de Rivera, con los guerreros mas distinguidos que servian bajo sus órdenes.

Doña Isabel, que usaba en su vida íntima de la mayor sencillez y humilde trato, desplegó en esta ocasion, como solia hacerlo en semejantes casos, toda la pompa régia, capaz de infundir respeto y admiracion aun á los mas poderosos: en su trage brillaban el oro y la pedrería: sus damas y caballeros mas parecian reyes que vasallos. La muchedumbre corria de todas partes á contemplarla, y al ver su gracioso y afable rostro, su cuerpo delicado, que no parecia hecho para soportar la fatiga, se preguntaban unos á otros, cómo sin un particular favor de la Providencia podia desplegar tanta fortaleza una muger tan débil: aumentábase el asombro, cuando algunos observaban el abultado talle de la reina, pues contando los meses desde que don Fernando se partió para Vizcaya, era de notar que se hallaba en cinta y muy avanzada, no habiéndole servido esto de obstáculo para emprender rápidos viages, ni para esponerse á los azares y peligros de una activa campaña.

Recibida la reina en las afueras antes de llegar á Triana, fué rogada para que entrase bajo el pálio, que no admitió, contentándose con el honor, y se dirigió á la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo: las campanas de todas las iglesias la saludaron á un tiempo con alegres repiques, y al pasar el puente, poblaron el aire las armoniosas notas de la música de varias orquestas, conducidas en barcas empavesadas, que flotaban en las tranquilas aguas del Guadalquivir. Otras barcas habia llenas de damas y caballeros, que agitaban los pañuelos y los gorros á impulsos del entusiasmo. La reina contestaba á todos con gra-

cioso ademan, y las personas de su comitiva mostraban en sus semblantes la satisfaccion que sentian al presenciar aquel espectáculo: el cardenal Mendoza se hacia notar por su vivacidad inquieta; la marquesa de Moya iba radiante de hermosura, y sin embargo no era la mas bella de las muchas damas que acompañaban á doña Isabel. En los rostros de los guerreros sombreados por el sol de los campamentos, se dibujaba una sonrisa de noble orgullo: Pulgar iba allí, mas hombre ya que cuando por primera vez le conocimos, con la faz varonil poblada de crecido bozo negro: el comendador Sandoval, el maestre de Calatrava y su hermano el conde de Ureña, con otros nobles recientemente sometidos, seguian tambien los pasos de su señora. Pero entre tantos héroes y personages, cuya brillantéz ofuscaba la vista, los sevillanos echaban menos á un jóven, al valiente caudillo Gonzalo Fernandez de Córdoba, y unos á otros preguntaban por él. Habia quedado en Estremadura con el nuevo maestre de Santiago para proveer á la seguridad de la frontera.

No hacemos una prolija descripcion de los festejos con que la reina fué obsequiada. Dirémos solo que esto, despues de visitar la catedral, se retiró al antiguo alcázar, y que durante una semana hubo torneos, lidias de toros á la usanza mora y otros juegos en que lucieron su valor y rivalizaron en gentileza y galantería los caballeros castellanos y andaluces.

Doña Isabel no asistió, sin embargo, sino á muy pocas de estas fiestas, que en su honor se celebraban: estaba triste y ocupada en graves pensamientos. Varios mensages, que habian llegado, unos antes, otros despues de ella, de diferentes puntos del reino, la tenian en un estado de ansiedad por una parte, y de agitacion por otra. En el momento de entrar en su cámara reservada, encontró allí algunos pliegues que la habian precedido: examinólos por fuera con precipitacion, y no viendo entre ellos el que buscaba, dejó caer los brazos con señales de abatimiento, y murmuró:

—Ninguno es de él.

Pero este movimiento de afanoso deseo al principio y de pe-

sar despues, fué, sin embargo, tan rápido y concentrado, que apenas repararon en él D. Pedro de Mendoza y sus secretarios Álvarez de Toledo y Hernando de Zafra, que estaban presentes. Pero no pasó desapercibido para la marquesa de Moya, que andaba cuidando de la colocacion del equipage de su señora.

Esta, para mejor disimular su pena, volvió á tomar los pliegos, y los abrió por su mano, pasándolos luego al cardenal, despues de enterarse de su contenido.

—Ved, aqui nos dan una buena noticia, dijo entregando el primero: el alcázar de Madrid se ha rendido, y el arzobispo Carrillo parece estar inclinado á entrar en tratos.

—Mucho me alegraría de que se le hiciese buen partido, contestó el cardenal, para que viese mi compañero que yo no influyo contra sus intereses.

—Ya veremos eso, repuso la reina, leyendo con ansiedad otra carta.-Oh! qué desgracia! esclamó de pronto con los ojos arrasados de lágrimas. Maldita guerra!

—Qué ha sucedido? preguntó el cardenal con prontitud.

—Mirad: mi querido poeta Jorge Manrique ha muerto en Cañavete, peleando con el marqués de Villena. ¿Quién me resarcirá de esta pérdida?-¿Recordais sus dulces endechas á la muerte de su padre?

—Y las guardo como un tesoro, dijo el cardenal. Ese jóven era una de nuestras mejores esperanzas.

La reina permaneció un rato suspensa, y pasándose luego la mano por la frente, murmuró:

—Hay que hacer la paz pronto, aunque sea menester imponerla, aunque tengamos que ceder algo en bien de los vasallos rebeldes: todos son nuestros hijos, y cada uno que muere es un diamante arrancado á nuestra corona.

—Como que esta guerra intestina debilita nuestro poder, sin darnos ninguna ventaja, repuso el cardenal. Si al menos fuese dirigida contra los infieles, daríamos fuerza al reino, haciendo méritos para con Dios.

La reina tomó otra carta, y despues de leerla, exclamó:

—Por fin! Hé aqui algun fruto de nuestros afanes. El conde de Rivadeo corresponde á mis esperanzas: treinta fortalezas, guaridas de ladrones, han sido arrasadas: doscientos criminales han caido bajo el poder de la justicia, y mas de quinientos se han internado en Portugal, huyendo de la Hermandad. Montesino de la Isla ha preso á Yañez de Lugo.

—No le ha valido el oro, dijo el cardenal.

—El oro solo corrompe á quien se deja corromper. Zafra, añadió la reina, dirigiéndose á su secretario: escribid al gobernador de Galicia, que active el proceso de Alvar Yañez, y me lo remita para dictar yo misma la sentencia. Las riquezas de ese hombre pudieran hacer que declinase la justicia.

Las demás cartas eran de poca importancia: solo participaban la rendicion de algunos castillejos y poblaciones insignificantes, y la destruccion de varias partidas de bandoleros, enmascarados con la capa de partidarios de doña Juana.

Pasaron algunos dias, durante los cuales la reina recibió otros muchos mensages, favorables los mas, algunos adversos á su causa y á la realizacion lenta y progresiva de sus planes de reforma. Pero aunque esto la distraia y la daba ocupaciones útiles, no disipaba su tristeza. Siempre que llegaba algun emisario al régio alcázar, sentia una viva emocion, y el feto que alimentaba en sus entrañas se removia, como impulsado por la agitacion maternal. Estos movimientos eran de amor y esperanza, pero pronto cedian al desengaño. Los mensageros ó bien venian de parte de los gobernadores y alcaides de los pueblos de Castilla, ó bien de parte de los grandes personages de Andalucía, que se apresuraban á felicitarla y á ofrecerla sus servicios.

Un dia ya no pudo resistir su inquietud: se hallaba á solas conferenciando con el cardenal, á quien acababa de presentar para la silla arzobispal de Sevilla, y le dijo:

—No habeis recibido noticia ninguna del rey, desde que nos envió el nombramiento del maestre de Santiago?

—Sí, señora: he sabido que S. A. está en Cataluña.

—Y qué hace el rey en Cataluña? Cómo es que ya no ha vuelto?

—Interesa mucho su presencia en aquel país. El rey su padre tiene mas de ochenta años, y es menester que los catalanes y aragoneses se acostumbren á respetar y querer al que pronto habrá de sucederle en el trono.

Doña Isabel meneó su linda cabeza, como poco satisfecha de esta esplicacion.

—Lleva ya mas de seis meses de ausencia, dijo: es demasiado tiempo, y yo quisiera que estuviese aquí antes de mi alumbramiento.

—Le escribiré, señora, y no dudo que vendrá cuanto antes. Os ama mucho.

—Lo creeis así, D. Pedro? preguntó la tierna esposa con vivacidad.

—No lo dudeis: en sus cartas siempre me habla de vos con palabras del mas acendrado, cariño.

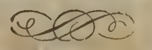
—Y sin embargo, hace un mes que no me escribe.

—Tal vez medita volver, y quiere daros una grata sorpresa.

Doña Isabel dió muestras de tranquilizarse, y se entregó con un afan ardiente á los negocios del gobierno, como si por este medio tratase de adormecer ú olvidar las penas de su corazon. Sin embargo, cuando á las altas horas de la noche se encontraba sola en su lecho, no podia cerrar los ojos, y dos nombres salian involuntariamente de sus labios.

—Aldonza! Fernando! murmuraba.

Pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se quedaba dormida pronunciando la oracion dominical.





CAPITULO XIV.

De lo que pasó á Pulgar por ser callado.

La prision del rico hombre Alvar Yañez de Lugo llegó pronto á noticia de doña Lucía de Meneses, quien al punto la puso en conocimiento de su sobrina Francisca.

La hermosa menina lloró al recuerdo de su madre bárbaramente asesinada, pero luego se alegró pensando que pronto habria de abrazar á su padre: no pasó por su mente el pensamiento de la espiacion que aguardaba al criminal, pues su corazon de paloma era inaccesible al rencor.

Durante el tiempo de la campaña de Estremadura, Francisca y Elvira de Sandoval habian estrechado mucho los vínculos de su amistad. Libres casi enteramente de los cuidados y de las ceremonias de la córte, mientras la reina se ocupaba en las árduas disposiciones de sitios y campamentos, ellas aprovechaban todos los ratos de ócio para entregarse sin reserva á una intimidad peligrosa. Sus conversaciones recaian siempre sobre las be-

llezas de la creacion, objeto digno de sus almas elevadas, y sobre el valor heróico y los generosos hechos de algunos caballeros. Francisca no podia tocar este punto, sin hablar de su libertador, á quien miraba como á un ser dotado de cualidades divinas: á sus ojos nādie habia tan valiente, tan leal, tan caballero como Pulgar: ninguno era mas gallardo, mas pronto en esponer su vida por hacer bien, ni mas indiferente á las alabanzas.

Elvira encontraba un dulce desahogo en escuchar á su tierna amiga, y en confirmar sus juicios apasionados con la relacion de las heroicidades del jóven guerrero. Cien veces se habian repetido mútuamente la historia de los servicios que á Pulgar debian, y de las demás hazañas que se contaban de él; otras ciento se habian separado, llevando cada vez mas grabada la idea del merecido afecto que le dispensaban, y siempre estaban dispuestas á contar y á oir sin desagrado la misma relacion.

Y sin embargo, entre estas dos jóvenes no llegó á nacer el desacuerdo de la rivalidad: parecia que sus corazones se habian fundido en uno, para amar á un solo objeto. Elvira, como de mas edad, no dejaba de llevar intencion, cuando comunicaba á Francisca sus sentimientos respecto á Pulgar. Habia observado que éste padecia, ó al menos estaba resentido por su aparente desvío, y no podia resistir al deseo de revelarle de algun modo que era injusta su queja: necesitaba merecer, sino el amor, á que renunciaba, la estimacion del jóven, y al espresar sus íntimos afectos, alimentaba la esperanza de que llegase á conocerlos él por la mediacion de su amiga, en quien no veia una rival, sino una niña agradecida. Francisca, por su parte, consideraba muy natural el entusiasmo de Elvira, y si de algo se resentia, era de parecerle á veces reservado ó poco fervoroso aquel entusiasmo. pues todo elogio de su protector era escaso para ella.

De este modo las dos jóvenes, sin abrigar desconfianza, ni descubrirse el fondo de su corazon, se habian habituado á reposar la una en la otra, fomentando, sin pensarlo, el afecto comun á entrambas; que servia de lazo á su mútuo cariño. Siempre que algun motivo de pena ó de alegría reclamaba de cualquiera de

ellas la espansion del ánimo, se buscaban para llorar ó regocijarse juntas. Asi fué que Francisca, no bien supo el feliz éxito que habia tenido la comision arriesgada de su padre, y que éste debia regresar en breve espacio, hallándose sola en su aposento, lo encontró estrecho para dar cabida al júbilo que sentia, y salió á participar á Elvira la noticia.

Elvira, entre tanto, estaba mas que nunca necesitada de consuelo, y acaso habria revelado á Francisca sus mas ocultos pensamientos, si en aquel instante hubiese podido comunicárselos. Verdad es que ningun fruto hubiera sacado de esta revelacion, pues su destino estaba ya decretado: sin embargo lo deseaba; porque la esperanza nunca nos tiende con mayor anhelo sus manos, que cuando está próxima á separarse de nosotros.

Las dos amigas salieron casi á un tiempo de sus habitaciones respectivas; pero en el momento de abandonar Francisca el corredor estrecho donde estaba la suya, se encontró con Pulgar, que paseaba mústio y cabizbajo.

La menina dió un grito de alegre sorpresa: el caballero se dirigió maquinalmente hácia ella.

—Qué os sucede, Francisca? le preguntó. A dónde vais, querida niña?

—Sois muy curioso, señor mio, contestó la jovencita con zalamería.

—Si no quereis decírmelo, yo no tengo empeño en saber vuestros secretos.

—Mis secretos, Pulgar! repuso Francisca poniéndose colorada y séria. Yo no tengo secretos para mi hermano. Vos si, que nunca quereis confiarme vuestras penas. Como soy una niña!....

—Yo no tengo penas, amiga mia, contestó Pulgar esforzándose por sonreir.

—Me engañais, señor de Pulgar. Pues qué, ¿no veo yo que estais siempre triste, y suspirais?

Hablando asi Francisca habia retrocedido, conduciendo á Pulgar hácia su cuarto. El jóven la dijo:

—No son mis penas tan graves que merezcan vuestro cuida-

do, amable niña. Pero, ¿qué háceis? Por mí no os volvais: id á donde íbais.

—Ya no es menester, repuso Francisca con vivacidad: iba á dar á mi amiga Elvira una buena noticia; pero habeis venido vos, y es lo mismo. Entrad, entrad.

Hernando siguió á la jóven, que le hizo sentarse á su lado, y la preguntó:

—Veamos, qué buena noticia es esa, que lo mismo puedo yo saberla que vuestra amiga?

—Me lo preguntais de un modo, que me dan intenciones de no decíroslo. Vos no me amais, Pulgar; si me amáseis, no podríais sospechar que cabe en mí para vos ningun secreto.

—Que no os amo, decís? repuso Hernando, algo desconcertado con esta salida verdaderamente infantil, que no esperaba.- Es posible qué tal creais?

—Si, lo creo: yo no soy para vos mas que una niña, que os debe agradecimiento: no veis en mí otra cosa que un objeto encontrado por acaso, y á quien protegió vuestra generosidad; pero no pensais en mí, como yo en vos. Verdad es que no merezco ya vuestro interés, porque ya no soy tan desgraciada como antes, ni tampoco tengo derecho á vuestro cariño; pero mi gratitud me autoriza para exigir que se crea en el mio, y aun algo mas...

La jóven se detuvo. Pulgar la instó para que concluyese su pensamiento.

—Pues bien, lo diré, continuó Francisca. ¿Por qué me ocultais vuestros pesares, que no podeis negar? Es porque dudais del interés con qué los miro? Eso seria injusto. ¿Es por falta de confianza en mi sigilo? Miradme bien: soy ya una mujer.

El jóven contempló con cuidado, no exento de algun sobresalto, á su tierna amiga, y conoció que tenia razon; que acostumbrado á tratarla como á una niña, no habia observado lo bastante los progresos del tiempo. Las palabras apasionadas que acababa de oir, le hicieron temer que, acaso involuntariamente, estuviese labrando la desgracia de aquella criatura.


CARNICERO

* * * *

—Es cierto, amiga mia, dijo, que me aflige un pesar; pero es un secreto, que no puedo confiaros todavía, no porque desconozca vuestra discrecion, sino porque aprecio como debo vuestro cariño.

—No entiendo eso, Pulgar: si me quisiérais como yo á vos, con el afecto de un hermano, me confiaríais vuestros mas ocultos pesares, seguro de que yo haria cuanto pudiese por remediarlos.

—Y si eso fuese imposible, ¿no os causaria una pena inútil? Ya veis que os amo verdaderamente como á una hermana.

—Oh! no: los hermanos se comunican sus aflicciones, y si no pueden remediarlas, se consuelan mútuamente sintiéndolas juntos.

—Dulce amiga mia! exclamó Pulgar estrechando una mano de Francisca, y procurando distraerla de su infantil capricho. No os atormenteis con pensamientos quiméricos. Mi pena es hija del aislamiento en que vivo: es un mal que curará el tiempo.

—Luego no hallais contento en nuestra amistad?

—Oh! no digais eso. Vuestra amistad, vuestro cariño puro y sincero, es la única ventura que disfruto en el mundo. Creedlo, Francisca: ¿y cómo podia ser otra cosa, siendo vos quizás el único ser que me ama?

—En el momento de pronunciar Hernando estas palabras, se agitó levemente el tapiz que cubria la puerta, y se percibió en la pieza que servia de antecámara un ligero ruido de pasos. Francisca exclamó sobresaltada:

—Habeis oido?

—Sin duda, contestó el jóven: alguien habia detrás de esa cortina.

Y levantándose presuroso, corrió á la antecámara; pero no halló á nadie: se adelantó hasta la puerta, y vió en el estremo del corredor parte de la falda de un tabardo de muger, que doblando la esquina desapareció en el acto. Nuestro jóven sintió palpitar con fuerza su corazon: en los colores de aquel vestido habíale parecido reconocer á la que lo llevaba: precipitóse rápido en el corredor, llegó hasta la galería en que aquel desembocaba, miró á uno y otro lado, pero en vano: la gentil aparicion se

habia desvanecido. Pulgar dudó si habia sido realidad, ó efecto de la imaginacion lo que acababa de oir y ver, y volvió mas cabiloso que antes al lado de Francisca.

Pero no le habian engañado sus sentidos ni el instinto de la pasion: una mujer estaba detras de la cortina cuando él pronunció su protesta de cariño á la jóven menina, y esta mujer era Elvira de Sandoval. La habia conducido allí el deseo de llorar con su amiga, de quien debia separarse muy pronto, y quizás para siempre. Su padre acababa de anunciárselo así aquella misma mañana.

Para que se comprenda esta inesperada resolucion, necesitamos esplicarla. El enlace proyectado entre los padres de Elvira y D. Diego de Ribera ofrecia considerables ventajas al comendador, pues por este medio reparaba el grande menoscabo sufrido en su fortuna durante la guerra de sucesion, y antes de ella, por efecto de las luchas intestinas. El adelantado mayor era la persona de mas influencia en la frontera, y D. Pedro de Sandoval, su amigo de infancia, esperaba, entroncando en su familia, ganar nuevos estados de los que se quitasen á los moros vecinos. Solicitado por el jóven D. Diego, le habia prometido la mano de Elvira, y el orgulloso noble no habria faltado á su palabra por nada del mundo, aunque no mediase el poderoso aliciente de la posicion y las riquezas.

Pero el comendador habia encontrado en su hija una repugnancia marcada á ceder á sus deseos, tanto que llegó á sospechar la verdadera causa de esta resistencia pasiva, impropia del carácter dócil y sumiso de la jóven; mas no pudiendo averiguar quien fuese el caballero á quien ella se inclinaba, habia resuelto alejarla de la córte, para quitar con la ocasion todo peligro.

Elvira, si bien acataba esta resolucion de su padre, no podia desconocer el motivo que la dictaba; y al mismo tiempo que se sometia con dolorosa resignacion á una forzada ausencia, veia en ella el triste consuelo de poder olvidar, ó al menos el de vivir en la soledad, refugio fiel de los corazones afligidos. Sin embargo, no era este el pensamiento del comendador, y su misma

hija reconocia interiormente, que alimentaba una esperanza vana; pues que toda su oposicion al enlace que se la proponia, era preciso que cediese tarde ó temprano á la fuerza de la autoridad paternal y á la consideracion de su propio decoro. Por esto se hallaba inconsolable, y aunque no tenia bastante audacia para resistirse abiertamente, formaba en su interior el propósito de permanecer soltera el resto de su vida.

Pero cuando oyó las últimas palabras de la conversacion de Pulgar con Francisca, un vértigo de dolor y despecho se apoderó súbitamente de su alma: corrió á ocultar en su aposento la agitacion que la dominaba, y creyendo encontrar en sí un valor de que carecia, se apresuró á decir á su doncella:

—Busca inmediatamente á mi padre, y dile que deseo verle en este momento.

Y apenas quedó sola, exclamó:

—Nécia de mí! Cómo no he conocido antes, lo que ahora veo tan claro? Ah! Y es posible que haya contrariado la voluntad de mi padre, por seguir un loco devaneo? Afortunadamente aun puedo reparar mi pasado yerro: D. Diego será mi esposo: debo aceptarlo. Es el hombre que cuadra á mi condicion.

Diciendo esto daba largos pasos por la estancia: dejóse caer luego en un sillon, donde permaneció un rato pensativa, y apoyando la frente en la mano, comenzó á derramar abundantes lágrimas.

—Pero, ¿cómo he delirado tanto, Dios mio! murmuró despues: cuando le ví por primera vez en aquellas montañas, cuando le encontré en las azoteas del castillo, ¿no me decian sus miradas y su cortado acento que me amaba? Cuando salvó á Ramiro y á mi padre, no parecia querer enviarme noticias de su cariño? Y mas tarde ¿quién fué el desconocido, premiado en el torneo de Valladolid? Cómo se hallaba él debajo de mis ventanas la noche de la traicion de D. Fadrique? Y cuando yo partí para Velés, ¿no estaba él allí abrumado de pesar? Y no le he visto mil veces en los sitios donde podia encontrarme, fijos en mí sus ojos, y obligándome á bajar los mios? Sin embargo no me

ama; porque ama á otra.... He sido ciega, y solo he visto lo que me fingia la imaginacion.

Al formular estas ideas, creyó sentir pasos que se acercaban, y se estremeció.

—Será mi padre! dijo. Ah! Y habré de casarme con un hombre á quien no puedo amar?

Pasado el primer momento de acalorado despecho, Elvira se arrepentia ya de haber llamado á su padre, vacilaba entre su amor y su instantánea resolucion.

—Pero qué importa? añadió en seguida: puesto que no he de ser nunca feliz, debo sacrificarme á la felicidad del que me ha dado la vida.

Formado este generoso propósito, la jóven se levantó con energía, su rostro estaba encendido, pero las lágrimas se habian secado.

En este momento llegó D. Pedro de Sandoval.

—Me habeis llamado, Elvira? dijo, haciendo un ademan á la doncella para que se retirase.

La jóven no sabia que contestar: tanta era su turbacion.

—Si, señor, repuso por último: os he llamado para haceros una súplica.

—Será, por ventura, que os cueste repugnancia tambien el abandonar la córte? Ved que ya es tarde; pues tengo pedida una audiencia á la reina para que os permita seguirme.

—No es eso, señor: por el contrario, deseo que partamos cuanto antes.

—Pues bien, si no es eso, decid lo que quereis.

—Deseo que me perdoneis, padre mio.

—Que te perdone, hija de mi alma, repuso el comendador, mudando de tono. Ah! Ya sé lo que esto es: has meditado, has pensado bien lo que te tengo propuesto: conoces que por un capricho, sin ejemplo, no debes oponerte á mi voluntad; que sería una locura renunciar á un enlace tan digno de tí: en una palabra, comprendes al cabo que, obedeciéndome, labras tu felicidad y la mia. No es eso?

—Si, señor, contestó Elvira con voz ahogada por los sollozos.

—Bien, bien, Elvira! dijo el comendador, abrazando á su hija. No podia yo esperar menos de tu docilidad. Pero lloras? Me harás creer que te sacrifico, ó que alguna villana pasion....

—No, no, padre mio: estas lágrimas son de arrepentimiento. Conozco que no he debido oponerme á los deseos de un padre que tanto me ama; esto me hace llorar.

—Vah! No pensemos ya en lo pasado, Elvira mia. Oye, tu prima Estrella celebra su enlace con Ramiro dentro de ocho dias: yo pediré á la reina que os nombre padrinos, y os casareis juntos.

—Cómo! Pues no decíais que íbamos á partir?

—Eso será despues: cuando estés casada irémos á celebrar las bodas en nuestro castillo de Baena. Con que, adios, querida mia. No debemos perder el tiempo.

Don Pedro abrazó segunda vez á su hija y salió á dar la buena nueva á D. Diego de Rivera y á disponer lo necesario para apresurar la boda. Elvira le acompañó hasta la puerta, y en seguida retrocedió vacilando, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

—Dios mio! Qué es lo que he hecho!

Seis dias despues se estaba disponiendo la marcha de una embajada, que debia ir á reclamar del anciano rey moro Abul-Hacem el pago de cierto tributo anual, que los reyes de Granada se habian obligado á dar á los de Castilla, como condicion para mantener treguas entre los dos pueblos enemigos. Este tributo habia dejado de pagarse hacía trece años, desde que ocupó el trono granadino aquel fiero monarca, y hallándose exaustas las cajas del tesoro real castellano á consecuencia de las guerras interiores, y mas aun por el despilfarro escandaloso del reinado precedente, doña Isabel determinó pedir todo el atraso, que era una suma considerable. Al efecto acababa de comisionar á un caballero de los mas valientes y distinguidos, llamado D. Juan de Vera, que, durante el largo tiempo de la tregua, muchas

veces habia tomado parte en los torneos que celebraban los moros en la misma córte de Granada.

Varios jóvenes nobles deseaban acompañar al embajador, por ver aquella ciudad tan celebrada, último baluarte de la dominacion agarena: entre ellos Pulgar lo solicitó con tal instancia, que la reina no pudo negárselo, siendo ésta la primera gracia que le pedia.

Pocas horas antes de partir, el jóven contínuo quiso despedirse de su amigo Ramiro, y pasó á verle.

—No me hableis, le dijo el señor de Toral. Estoy muy quejoso de vos.

—Quejoso de mí! repuso Hernando con fria calma. No creo haberos dado motivo.

—Sabiendo, como debeis saber, que dentro de dos dias celebro mi matrimonio con Estrella, es por demas estraño que hayais solicitado ir á Granada en estos momentos. Me quitais de ese modo la mitad de la dicha que yo esperaba gozar.

—Si hubiese podido creer que mi presencia os era tan grata, no dudeis que habria sacrificado mi gusto al vuestro.

—Eso es decirme que solo atiendo á mi conveniencia; pero yo no habria imaginado siquiera que me sacrificaba, deteniéndome á presenciar vuestra felicidad.

—Ya sé que sois muy generoso: yo, amigo mio, no tengo tanta abnegacion.

—Eh....! No digais eso. Pero reconoced que no habeis sido bastante consecuente con nosotros en esta ocasion. Mi primo, Elvira, Estrella, D. Diego, todos hemos sentido vuestra determinacion: pero en cambio os prometemos no faltar á vuestras bodas.

—Os agradezco la atencion; pero yo no me caso.

—Cómo no? Pues Elvira me ha dicho que teneis amores; y ella debe saberlo.

—Se ha equivocado, repuso Pulgar reprimiendo su emocion. Mas, decidme, ¿se casa contenta? No aborrrece ya el matrimonio?

—Qué se yo? Es una niña muy singular. Hasta hace pocos dias he creido que era víctima de alguna secreta pasion, y aun llegué á presumir que hubiese yo tenido la desgracia de inspirársela; pero no hay nada de esto. Mi enlace con Estrella parece ser el objeto esclusivo de su contento, y en cuanto al suyo lo contrae resignada, pero sin violencia. Vendreis á despediros de ella antes de partir, si quereis verla por la última vez; pues no ha consentido en desposarse, sino con la condicion de alejarse inmediatamente de la córte.

—Tendria en ello sumo placer, pero me es imposible, porque marchamos dentro de dos horas. Decidla qne deseo su felicidad.

Pulgar abrazó á su amigo, y se retiró con el corazon traspasado de pena, y el alma poseida de vagas sospechas. El cambio de conducta repentino de Elvira, la alusion hecha por ella á unos supuestos amores, su deseo de alejarse de la córte, le hacian arrepentirse, aunque tarde, de su nimia circunspeccion. Pero no era ya tiempo de remediar las omisiones pasadas: el matrimonio de Elvira estaba definitivamente resuelto, debiendo verificarse bajo la proteccion de la reina y en la capilla de palacio. Era una fiesta cortesana que no podia revocarse, sin escándalo de los convidados.

Al salir de Sevilla la embajada de la reina, seguida por las miradas de multitud de gentes, que le deseaban feliz suceso, Pulgar se volvió, y murmuró, fijando la vista en el régio alcazar.

—Adios para siempre, amor! mi esposa será la gloria!



CAPÍTULO XV.

Los dos leones.

El placer y el dolor no reconocen clases ni condiciones entre los mortales: lo mismo está sujeto á su dominio el mísero pordiosero, que el rey mas poderoso.

Los breves dias del invierno pasaban lentos é interminables para doña Isabel, cuyo corazon padecia al recuerdo constante de su esposo, que ausente en lejanas tierras, acaso la olvidaba por el amor de otra mujer.

Cada vez que salia el sol, le traia con su fúlgido resplandor una nueva esperanza, pero llegaba la noche, y entonces la amante esposa contaba los dias pasados y las esperanzas idas.

Servíanle empero de solaz y esparcimiento los graves quehaceres del gobierno: auxiliada por sus sábios ministros, por su confesor fray Hernando de Talavera, por la junta permanente de las córtes y por los magistrados de Sevilla, se ocupaba en la reorganizacion del consejo supremo de Castilla, procurando cons-

tituirlo de modo que no fuese, como hasta entonces, un cuerpo aristocrático y clerical, sino que componiéndose de algunos nobles y clérigos, preponderase en él la clase de jurisconsultos. Era esta una reforma, no solo conveniente para la buena y acertada administracion de justicia, sino tambien política y civilizadora; pues al mismo tiempo que contenia el desbordamiento de los fueros privilegiados, indicaba á la nobleza el camino por donde podia elevarse á la magistratura suprema; esto es, el estudio y el saber:

Ademas trabajaba sin descanso en activar una informacion pedida á las autoridades de Sevilla, para poder juzgar á todos los que se habian enriquecido en poco tiempo á la sombra de las revueltas y motines, apoderándose con violencia y astucia de bienes agenos y de los pertenecientes á la ciudad y á la corona. Tenia establecido su tribunal gratuito en una de las salas principales del alcázar, donde con gran solemnidad y afable compostura daba audiencia pública los viernes de cada semana, pasando ya de ciento las personas de todas categorías que de valde habian obtenido la justicia, que antes no pudiéran conseguir á ningun precio, y de cincuenta los reos condenados á diferentes castigos.

Pero estas y otras graves atenciones no bastaban á distraer el pensamiento de la reina; que como el dardo al blanco, partia rápido á fijarse en el distante objeto de su cariño. El cardenal y la marquesa de Moya, que conocian su triste ansiedad, participaban de ella, y procuraban consolarla, sin dejar de estrañar el prolongado silencio del rey.

Por fin una mañana llegó á Sevilla un mensagero de Valladolid, con cartas para doña Isabel y una para el cardenal, quien reconociendo el sello del rey, la abrió presuroso y leyó estas pocas líneas:

«Con el pié en el estribo mando escribiros, amigo D. Pedro, «para deciros, que recibí vuestras cartas, de cuyo contexto me «holgué mucho; y mas holgárame si estar pudiera cabe mi se«ñora la reina. Decidla vos, aunque se lo escribo, que habré

«de verla antes de su alumbramiento, asi Dios me ayude. Hoy «parto para Castronuño, que espero rendir, si su duro alcaide «no quisiére darse á partido; y por no detenerme, ni dejar de- «tras este pertinaz enemigo, haré cualquiera cosa. Rogad á «Dios por mí, como yo lo hago por vos. De Valladolid á quince «de enero.-*Ferdinandus, rex.*»

El cardenal corrió á ver á la reina, y la encontró llorando de alegría.

—Dadme albricias, señor obispo de Sigüenza y arzobispo presunto de Sevilla, le dijo con la vivacidad de una niña.

—Bien puedo dároslas, señora, contestó el cardenal. Ya sé que el rey está en Valladolid, y pronto estará en Sevilla: S. A. misma me lo escribe. Creereis aun que os olvida?

—Oh! no: el rey no puede olvidarme; pero se distrae.

Quince dias mas pasaron antes que la reina tuviese el inefable gozo de abrazar á su marido. Para apresurar la hora de esta reunion deseada, y poder asistir al parto que por momentos se acercaba, D. Fernando, no pudiendo vencer la resistencia del terrible Pedro Mendaña, sino á espensas de un largo y costoso sitio, habia consentido en capitular con él, permitiéndole sacar sin armas, pero libre, toda la guarnicion de su castillo fuerte, y dándole siete mil florines, bajo su palabra de retirarse á Portugal, y no volver mas á inquietarle. Se podia fiar en las promesas de aquel audaz aventurero, que por espacio de muchos meses habia desafiado todo el poder de Castilla dentro de los muros de Castronuño?

La reina llevó á mal, sin embargo, que se hubiese capitulado de aquel modo con un bandido; no por la pérdida de los siete mil florines, sino por el mal ejemplo, y por el descrédito que caia sobre la potestad real. Ella, que habia domado la osadía del hijo del almirante y de los hermanos del cardenal, arrostrando las iras de dos familias tan poderosas, no podia comprender que un rey valiente transigiese con un bandolero. Verdad es que este bandolero era muy capaz de sostener el peso de una corona.

Departiendo acerca de esto y otros asuntos relativos á Castilla se hallaban D. Fernando, su esposa y el cardenal, á quien la gente solía llamar *el tercer rey de España*, cuando se oyó ruido de caballos y murmullo de pueblo. El cardenal se acercó á una ventana, que daba al patio del alcázar, y vió entrar en él al embajador D. Juan de Vera y á su lucida cohorte de caballeros, con algunos moros y moras que, de rebato, (lo cual, segun la costumbre admitida no era quebrantar la trégua), habian cautivado en algunos pueblos del tránsito.

—Mala respuesta le han dado á Juan de Vera en Granada, dijo D. Pedro de Mendoza, acercándose á los reyes; pues trae moros cautivos.

—Nunca esperé que se la diesen tan buena como la necesitamos, repuso la reina, pero ni tan mala, que no le permitiese volver con las manos ocupadas. Ved si sube.

El cardenal se acercó á la puerta de la cámara y la abrió. A poco resonaron sobre el pavimento las espuelas del recien llegado caballero.

—Entrad, D. Juan, entrad, le dijo el gran canciller.

El embajador era un arrogante caballero de mediana edad y despejado continente. Presentóse á los reyes con gallardía, pero sin audacia, y habiendo hecho el debido acatamiento y besádoles las manos, aguardó que le mandasen dar cuenta de su cometido.

—Qué nuevas nos traeis de Granada? le preguntó el rey: os ha recibido bien el viejo Muley?

—Pluguiera al cielo, muy poderosos señores, contestó don Juan, que hubiese yo tenido á mis órdenes siquiera doscientas lanzas! Granada, con sus mil torres y sus cincuenta mil combatientes, habria visto lo que vale un caballero castellano, á quien se trata con altanería.

—Cómo es eso! esclamó la reina: contadnos lo que os ha pasado.

—Llegué á Granada, y acampando á sus puertas, envié á Garci-laso con un heraldo, á participar al rey moro mi presencia en

la Vega, y la órden que llevaba de vuestras altezas, para verle y hablarle en calidad de embajador. Dos dias se pasaron sin obtener respuesta, durante los cuales muchos caballeros de las familias de los Gomeles, Abencerrages y Venegas salieron á visitarme y ofrecerme sus casas, por si me queria hospedar en alguna de ellas, y me obsequiaron con presentes y agasajos, á mí y á mis compañeros: eran todos conocidos mios, y deseaban saber el objeto de mi embajada: por sus palabras conocí que sospechaban cual fuese; pero les dejé en la duda.

«Por fin, al tercer dia volvió mi mensagero, y con él algunos oficiales moros llegaron al campo. El rey Muley-Hacem me permitia comparecer en su presencia: los habitantes de la ciudad, conmovidos y curiosos, salian á las calles y á los miradores para vernos pasar; mientras algunos mutfies y otros fanáticos adoradores de Mahoma desde léjos levantaban las manos hácia el cielo, y se apartaban de nuestro camino, para no encontrarse con nosotros.

«El rey moro habia querido, sin duda, ostentar fuerza y poder á nuestros ojos; asi que nunca ví en Granada mayor aparato guerrero, ni á los nobles y magnates de la córte vestidos con tanta magnificencia: los altos muros de los tres recintos de la antigua Alcaraba se veian cubiertos de soldados, como tambien las torres Bermejas y la encumbrada fortaleza de la Alhambra, donde está el principal palacio del Muley. En el tránsito, desde la puerta Bib-el-Beira, hasta la de Bib-el-Aujar, hormigueaba una muchedumbre de personas principales á pié y á caballo, que deslumbraban con el fausto de sus vestidos de seda y oro, y con el brillo de sus armaduras damasquinas.

«Llegamos á la Puerta Judiciaria, donde el cadí del rey oye las quejas de sus vasallos, la cual dá entrada al último recinto de la fortaleza, y allí se nos mandó detener. Preguntóseme si era de paz ó de guerra la mision que llevaba, y contesté al ministro que tal demanda me hacia: -Cuando hable tu señor, él dirá de lo que soy mensagero: paz le traigo, si la quiere, y si apetece

la guerra, se la haremos. No es á tí, sino á él á quien debo dar cuenta de mi cometido; y advierte que ya me canso.

—Bien contestado! dijo el cardenal.

—Pero algo duro, añadió el rey: Proseguid, Vera.

—Hiciéronme aguardar tres horas mortales, y al cabo de ellas vino un gefe del consejo con muchos caballeros, y me dijo que podia entrar, pero solo. ¿Qué me importaba ir solo ó acompañado? Dejé mi escolta fuera, y en seguida me introdujeron en el palacio y en la opulenta sala de Comáresch, en cuyas caladas paredes brilla el oro en fondo de azul y púrpura. El rey estaba sentado en su trono singular, formado con arte de lucidos arneses y bajo un pabellon de lanzas y saetas, cimitarras y gumías: él mismo tenia puesto bajo el manto real un pesado coselete, y sobre sus sienes brillaba un yelmo coronado: apoyaba la mano izquierda en la empuñadura de oro y perlas de su espada, y los piés en una piel de leon. Rodeábanle sus ministros, cubiertos de seda y oro, y su hijo bastardo Muza, á la cabeza de treina caballeros, la flor de Granada, que formaban ala desde el trono hasta la puerta de la régia estancia.

— «Habla, cristiano, y sé breve, dijo el rey Abul-Hacem.

Y yo, que previa el resultado de mi embajada por el bélico aparato y las altaneras palabras del rey moro, fuí tan breve, que solo le dije estas mismas palabras.-«Los altos y poderosos reyes de Castilla, Leon y Sicilia, mis señores, á tí me envian, rey de Granada. Trece años hace que no les pagas el tributo que les debes, y que se impuso tu padre por conservar el reino que gobiernas y el trono que ocupas. En tanto tiempo no te han molestado, ni han roto las concertadas treguas, por mostrarte su generosidad y largueza. En tu mano tienes ahora la continuacion de la tregua, que hace prosperar tus estados, ó su inmediato rompimiento: eres rico, y puedes pagar la paz, como la pagó siempre tu antecesor Ismail. Escoge, pues entre lo que mas aprecies, entre el oro que debes y la tranquilidad de tus pueblos.»

—Y que contestó á ese discurso? preguntó D. Fernando.

—Una cosa que me abochorno de repetir, y que no sé como tuve paciencia para escucharlo.

—Decidla sin empacho, repuso la reina. Nosotros podemos oirlo todo.

—Pues bien: continuó Juan de Vera. El Muley miró á sus consejeros, revolviendo á uno y otro lado sus ojos torvos, y fijándolos luego en mí,-¿has concluido, cristiano? me preguntó. -He concluido, le contesté.-Pues aprende á ser lacónico, repuso: dí á tus señores, que *las fábricas de Granada no baten ya moneda, sino acero.*»

—Brava respuesta! exclamó D. Fernando con irónica frialdad. Y que replicásteis á eso?

—Buen metal es, le dije, y ahora lo tomaria, sino me faltasen acémilas.

—Tambien es buena, repuso el rey.

—El anciano Abul-Hacem, prosiguió el caballero, se levantó en seguida, y gruñendo un «Alah te guarde!» se dispuso á salir de la gran cámara. Entonces le volví la espalda, sin ceremonia, dado que me desairaba, y fuí á reunirme con mis compañeros, que ya me aguardaban impacientes. La ciudad estaba agitada: el populacho habia llegado á traslucir el objeto de mi mensage, y pedian á voces la prision de los *nazarenos*.

—Querian prenderos! exclamó doña Isabel, que habia permanecido pensativa.

—Si, señora.

—Insolentes por demás están esos perros enemigos de Dios! dijo el rey. Habrá que atarlos corto.-Y qué hicieron?

—Nada, señor. Yo cabalgué al momento, enderecé mi camino por medio de la ciudad, con mi comitiva en ala, cuanto lo permitia el ancho de las calles, y me quedé á retaguardia. Los perros moros nos seguian, ladrando en tumulto: de trecho en trecho me volvia, y les gritaba:-¡Chucho!..-Pero no llegaron á morder.

«Ya fuera de Granada, conocí que era mengua el volverme con las manos vacías, y hemos traido á cuenta del tributo veinte moros y moras, cogidos á la vista de la ciudad, para ofrecerlos á vuestras altezas.

—Os los cedemos, D. Juan, dijo la reina: podeis repartirlos entre los caballeros que os han acompañado, encargándoles que los traten bien, para que se conviertan á nuestra santa fé. Pero cuidad que las mujeres pasen al servicio de damas. Ahora id á descansar, y ya premiaremos vuestra lealtad.

El caballero se retiró, despues de hacer una profunda reverencia, y habiendo quedado solos el rey y la reina con el cardenal, dijo el primero:

—El viejo Muley nos provoca, y esto me place; porque nos abre el camino para cojer su *Granada de rubíes*, como la llaman sus poetas. Solo que nos faltan las acémilas de Juan de Vera para cargar el acero.

—Tuviéramos oro, dijo el cardenal, que gente hay de sobra en Castilla para humillar la soberbia del insolente moro. Pero la empresa es árdua, y ha de ser costosa: el reino de Granada es como esos mónstruos fabulosos, pequeños en cuerpo, pero inmensos en fuerza que nos pintan los árabes en sus cuentos. En poco territorio encierra innumerables riquezas, y una poblacion apiñada en multitud de ciudades y villas fortificadas: los dos tercios de sus habitantes son serranos, gente ágil y dura, como sus caballos de Africa, de donde pueden recibir pronto socorro en caso necesario. Son menester muchos tesoros para mantener grandes ejércitos en tierra, y numerosas naves en la mar; y desgraciadamente carecemos de dinero.

—Y habremos de sufrir el ultrage del granadino, y perder la ocasion que nos ofrece, por falta de dinero? dijo la reina. No veis que nos amenaza, y que entrará por nuestras tierras, si conoce nuestra flaqueza? Oh! no: si nos falta dinero, yo empeñaré mis joyas, que algo valen, y mis nobles imitarán mi ejemplo.

—Para qué empeñar nada? repuso el rey. Haremos alquimia.

—Cómo, señor! vos creeis?... Murmuró doña Isabel.

—Sí, haremos alquimia: quemando todos los judíos que hay en España, algun oro saldrá de ellos.

—No digais eso, ni aun en chanza, señor, contestó la reina. Me haceis estremecer.

—Ea! pues imaginad un modo mas espedíto de hacer oro. Parece que teneis lástima á los judíos, enemigos de Dios: emprended la guerra con su dinero prestado, y al acabarla serán ellos los dueños de la conquista, porque se llevarán todo el provecho.

—Sin embargo, quemarlos sería una crueldad inhumana. Yo emprenderé la guerra con mis nobles, y resarciré sus gastos con los tesoros mismos de la conquista: entre tanto, mis pecheros, libres de las turbaciones de sus señores, aumentarán con su trabajo pacífico las riquezas del reino: daremos reglamentos que protejan la industria y desarrollen el comercio: ensancharemos fuera con una mano el campo de la gloria y del engrandecimiento para la nobleza, y abriremos con la otra los cauces de la prosperidad, en lo interior de nuestros reinos, fomentando la agricultura, las artes, y las letras, al abrigo de la paz y la justicia: Esta es la verdadera alquimia, señor: esto nos hará grandes, poderosos é invencibles.

—Vah! vah!.... Todo eso es muy bueno, replicó el rey: no lo niego; pero se necesita tiempo para que pase de ilusion á realidad, y no se hace sin dinero abundante para empezar. Además, la insolencia del moro reclama un pronto correctivo.

—Es verdad! exclamó la reina con triste acento. Se necesita dinero, y no lo tenemos: pero no importa: Dios próveerá.

Desde este dia no cesó de pensar doña Isabel en los medios de allegar cuantiosos recursos en un breve plazo, para poder dar principio á sus grandiosos planes. Ante todo, conociendo que la prodigalidad y el escesivo lujo arruinaban á los grandes y enriquecian á los usureros, hizo montar su casa bajo el pié de la mas estrecha economía, y prohibió el uso de la seda y del oro en los vestidos que debian reservarse solo para los mas altos personages y para los dias de gran solemnidad; y previno á todos los que ejercian destinos públicos, diesen el ejemplo de la moderacion y la templanza, bajo pena de perder sus cargos. Ella misma vestia diariamente de sarga de lana, tegida en Castilla; y con una sabiduría superior á su siglo, al mismo tiempo que favore-

cia la introduccion de las ciencias y de los adelantamientos industriosos de los otros paises, coartaba el consumo de frutos y artefactos estrangeros, iguales ó semejantes á los que se producian en España.

Los sábios de nuestro tiempo han criticado las leyes suntuarias de doña Isabel, y algunos han considerado su sistema de comercio como un tejido indigesto de libertad y restriccion; pero, si se atiende á las circunstancias del tiempo en que vivió esta gran reina, y se juzgan sus actos sin prevenciones de escuela, se conocerá, que sus ordenanzas contra el lujo eran una medida política y salvadora del momento, el medio mas eficaz para moralizar á una nobleza estragada, enriqueciéndola, sin peligro de que se abandonase á los deleites, y preparándola para ayudar á la conquista: en cuanto á su sistema comercial, digan lo que quieran los economistas visionarios, y salvos algunos errores de poca monta, está de acuerdo con la sabiduría práctica de todos los siglos.

Mientras la reina preparaba estas saludables reformas, sobrevino un acontecimiento que llenó de júbilo su corazon; dió á luz un hijo, á quien se puso por nombre D. Juan, y que por muchos años fué la alegría y la esperanza de los buenos españoles. Con tan fausto motivo hubo en Sevilla magníficas fiestas, á que acudieron todos los nobles de Andalucía, y sirvió esta ocasion para reconciliar con la reina y entre sí mismos á las grandes enemistades y desafectos. El conde de Cabra y D. Alonso de Aguilar, jefes de las dos ramas de la casa de Córdova, que habian vivido en contínua discordia, depusieron sus ódios. El duque de Medina Sidonia, D. Enrique de Guzman, que era casi un rey en Andalucía, pues costeaba un fuerte ejército y una considerable flota en el mar, consintió en hacer las paces con su rival, el intrépido bastardo y heredero de la casa de Arcos, D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, la mejor lanza del reino de Sevilla. Este, que habia favorecido indirectamente la causa de la Beltraneja, como cuñado del marqués de Villena, se sometió

á la reina, sirviéndole de medio decoroso para ello un lance característico de la época, que merece relatarse.

Celebrábase un torneo, despues de restablecida doña Isabel, la cual lo presidia con su esposo y toda la córte. La lid fué muy reñida, por haber tomado parte en ella la flor de los caballeros andaluces, castellanos y aragoneses; pero entre todos habia llamado la atencion, y merecido los aplausos de la brillante multitud de damas y caballeros que ocupaban los andamios y balcones del palenque, un arrogante campeon, que permanecia encubierto, cual si fuese insensible á los halagos de la vanidad. Muchos de los espectadores pronunciaban en voz baja su nombre, suponiendo que era un personage muy conocido en Sevilla, pero nadie podia sostener la seguridad de su aserto.

Este paladin ganó un premio, que consistia en una magnífica flor de lis de oro, cuajada de rubíes y pendiente de su tallo una cinta con un lema, objeto de alabanza para el vencedor. El caballero tomó la flor, y atándola en la punta de su lanza, se dirigió á un estremo del palenque, donde habia una dama principal, notable por su hermosura, rodeada de galanes admiradores de su belleza, y poniendo su trofeo á los piés de ella, la dijo con singular mesura:

—Flores y cintas me dan, señora mia: tomad la flor vos que sois la reina de ellas, y dadme el lazo, símbolo de las prisiones en que deseo vivir para vuestro servicio.

La dama tomó la flor y devolvió la cinta, no sin escitar el despecho y la ira de sus rendidos galanteadores. Uno de ellos, mas audaz que los otros, se adelantó hácia el campeon, y le dijo en altas voces:

—Vuestra ofrenda, señor encubierto, es tan osada, como intempestiva. Debiérais cuidar que esta dama está bien servida, sin necesidad de que la obsequieis vos, á quien no se ha visto el rostro.

—Pues quejaos á ella, señor indiscreto, respondió el galante paladin, que yo sé lo que debo y lo que hago.

—Si tan bien lo sabeis, ya D. Fernando de Robles, veinti-

cuatro de Sevilla, os reto por atrevido y felon, y lidiaré con vos cuando sepa quien sois.

—Vedlo, pues! replicó el encubierto levantándose la celada.

Un murmullo de sorpresa se abrió entre los espectadores de esta escena, y el nombre de D. Manuel Ponce de Leon corrió de boca en boca. Los que mejor le conocian, daban ya por muerto al veinticuatro de Sevilla. La dama se sonrió con maliciosa complacencia.

—Y ya que me conoceis, prosiguió D. Manuel, no llevareis á mal que ahora mismo pidamos á la reina el permiso para efectuar el paso de armas á que me retais, ni que yo imponga las condiciones del duelo.

—Estais en vuestro derecho, contestó el veinticuatro. Vamos á hablar á la reina.

La atencion general se habia distraido de la arena, para fijarse en este particular episodio, y mas aun cuando se vió á los dos caballeros encaminarse hácia el tablado que ocupaban los reyes. Don Manuel echó pié á tierra, y llegó á las gradas del trono antes que su adversario; pero le aguardó, y luego que le tuvo á su lado, dobló una rodilla y dijo:

—Señora, D. Manuel Ponce de Leon, hermano del marqués de Cádiz viene á impetrar de V. A. la real vénia, para combatir con el noble caballero D. Fernando de Robles, conforme á las leyes del honor: he sido retado, y aunque hubiera de sufrir la cólera celeste, no cederia un punto de lo que mi honra demanda. Ruego pues á V. A. se digne otorgarme la gracia que solicito.

La reina oyó con gusto esta peticion, que era una muestra de acatamiento y homenage de parte del hermano del marqnés de Cádiz, y aunque no pensaba otorgar la vénia que se le pedia, contestó:

—Debeis saber D. Manuel, que tenemos prohibidos los combates singulares: sin embargo, como no desconocemos lo que las leyes del honor exigen, os permitimos arreglar las condiciones de la lid, y despues que me las presenteis escritas, veremos si

conviene concederos lo que demandais. Entre tanto, sabed que habeis incurrido en nuestro desagrado, vos y ese caballero vuestro retador, y os condenamos á pagar una tercera parte de los gastos de la fiesta de mañana.

Los dos caballeros se retiraron á la tienda de los mantenedores, y habiendo elegido acompañados para el duelo, procedieron en el acto al arreglo de las condiciones. Don Manuel, como retardo, las propuso en estos términos singulares:

—El campo de la lid será el puente de Triana sobre el rio Guadalquivir: los dos combatientes montarán caballos en pelo, é irán completamente desnudos de cintura arriba, y no llevarán mas armas ofensivas y defensivas que lanzas con hierros agudos (*).

—Eso es eludir el combate, dijo D. Fernando.

—No, vive Dios! exclamó el tremendo Ponce de Leon. Si las condiciones no os placen, id á la reina, y que os dispense del reto; pues sin este requisito, por mi ánimo os juro que, obténgase ó no el permiso real, iré al puente tal como he dicho, y os aguardaré allí de sol á sol, y si no compareciéreis, ataré vuestro retrato á la cola de mi caballo, y os pregonaré por cobarde.

—Nadie llamará cobarde á Fernando de Robles, sin que le cueste la vida, contestó el veinticuatro. Pero yo no acepto esas informales condiciones.

Y así diciendo, se salió de la tienda disgustado. Los adjuntos estendieron, sin embargo, el acta de la conferencia, para presentarla á la reina.

Cuando ésta vió las estrañas condiciones impuestas por don Manuel, holgóse mucho, pues le autorizaban para no consentir el duelo. Negó por consiguiente su vénia, pero al mismo tiempo impuso doble multa á D. Fernando, por no haberlas aceptado. Con esto quedó satisfecho el valiente Ponce de Leon.

Al dia siguiente se debian rejonear unos toros, terminando la

---

(*) Este D. Manuel tuvo un lance, tal como el que aquí se refiere con un caballero francés en París. Su competidor no aceptó el combate, y se acogió al rey de Francia para que se lo dispensase.

fiesta con una lucha entre varias fieras, que habia ofrecido á la reina el duque de Medina Sidonia. Don Manuel, en pago de la pena que se le habia impuesto, presentó un magnífico leon de Numidia, regalo del famoso alcaide moro Alí-Athar, hecho á su hermano el marqués de Cádiz.

La primera parte de la fiesta no tuvo todo el interés ardiente que solia ofrecer esta clase de espectáculos; porque la reina, llevada de un sentimiento nada comun en aquella época semi-feroz, habia mandado poner astas dobles á los toros sobre las suyas naturales, á fin de prevenir las desgracias que tan frecuentes eran, á causa del escesivo ardor de los lidiadores. Sin embargo, estos dieron mucho que reir; porque confiados en lo innócuo de sus enemigos, cayeron muchas veces rodando á impulsos de las testas poderosas, sufriendo la grita y las bromas de la multitud.

Pero en cambio, la lucha de las fieras prometia ser un episodio sangriento y dramático. La mayoría de los espectadores, inclinados unos á favor del duque de Medina Sidonia y otros al del marqués de Cádiz, parecian dispuestos á renovar sus antiguas discordias con motivo de esta lid, solo porque tomaban parte en ella animales de ambas casas. Habíanse atravesado grandes apuestas de dinero en pro y en contra del leon de Numidia, destinado á pelea con un soberbio tigre de Fez, y anticipadamente se empeñaban inútiles disputas sobre el valor respectivo de ambas fieras, como si se tratase de un caso de honor entre sus dueños. Estos no dejaban de interesarse, como sus parciales, en el éxito del combate, y en particular el duque miraba como cuestion de orgullo personal el triunfo de su tígre. Hallábase en un tablado junto al de los reyes con un séquito numeroso de caballeros y criados, y su competidor estaba enfrente en una grada, cerca de un balconcillo ocupado por la dama de sus pensamientos, la cual jugueteaba con un ramo de flores naturales, que tenia en la mano.

Comenzó la lucha por un simulacro de caza: varios ojeadores

vestidos con vistosas libreas aparecieron en la arena llevando traillas de perros: en seguida se presentaron doce monteros, ginetes en magníficos caballos ricamente enjaezados, los cuales recorrieron el palenque, gallardeándose y ostentando destreza. El montero mayor del rey dió la señal de esperar la caza, y habiéndose replegado los demas á un estremo, se dejó escapar un ciervo de diez cuernos, que al principio huyó despavorido sin direccion fija; pero acosándole los caballeros, tomó carrera en redondo de la valla: en el acto se soltaron los perros, y el combate presentó un espectáculo divertido. El ciervo, siguiendo su curso circular, tenia un campo infinito que recorrer, y los sabuesos, yéndole á la pista y contenidos por los caballos, solo podian vencerle, escediéndole en constancia y agilidad. El público animaba ya al uno, ya á los otros con gritos y ademanes, formando concierto con las tocatas de los cornetas. Por fin el cansancio empezó á rendir al mísero fugitivo, que tendió sobre la espalda su ramosa cornamenta, mostrando una gruesa lágrima en un ojo, y pronto le alcanzaron sus fieros perseguidores, que hicieron presa en él con sangrienta furia. La reina hizo una señal para que se le salvase la vida, y fué retirado, quedando los perros por dueños del campo.

Siguió al ciervo un javalí, que atravesó el palenque dando bufidos y corcovos: la traílla se lanzó en su persecucion, recorriendo en mil líneas diversas la marcha irregular de la fiera, y sufriendo sus rabiosos dentellados: seis perros quedaron tendidos, pero al cabo, abrumado por el peso y la furia de los otros, cayó abatido el cerdoso animal, y los monteros le sacaron medio muerto, retirándose de la arena.

Presentáronse luego una pantera y un oso, cuyo combate fué débil; porque acobardándose la fiera africana, su enemigo se retiró satisfecho. ¡Entonces gritó D. Manuel Ponce desde su asiento.

—Echadles el leon, á ver si los anima!

A esta voz todos los interesados en la lucha se agitaron en

diferentes sentidos: los parciales de D. Enrique de Guzman la interpretaron como una baladronada insultante; y sus contrarios temieron que se comprometiese el éxito que apetecian.

Pero antes que se diese órden alguna en contrario, apareció en la arena el rey de las selvas, cuya presencia hizo callar todos los rumores. En el primer momento se adelantó con paso mesurado, paróse luego, estiró las garras, levantó en arco el espinazo, y se esperezó sacudiendo la melena: en seguida movió lentamente la cabeza observando á los espectadores con mirada estúpida y meneando la cola, y se lanzó en dos saltos al encuentro de las otras fieras. La pantera y el oso, poco antes contrarios, se unieron para defenderse del enemigo comun, pero á pesar de su alianza, despues de un corto, aunque reñido combate, sucumbieron, destrozados por el leon, que estremeció el palenque con un espantoso rugido.

El duque de Medina Sidonia arrugó el ceño, y habló precipitadamente con sus caballeros, levantándose para observar con mas cuidado las peripecias de la lucha.

—El tigre! el tigre! gritaron de todas partes.

—El terrible africano salió al campo, tambaleándose con feroz blandura, como si pisase con piés de lana. Dió algunos paseos sin rumbo cierto, haciendo ondear como una bandera su ágil y jaspeado cuerpo, antes de reparar en su contrario; el cual le aguardaba tranquilo, sentado de ancas delante de las otras fieras, que acababa de vencer. Pero apenas le vió el tigre, se abrió de brazos, humilló la cabeza, esponjó el cerro y la encorvada cola, y fuése hácia él: llegado á una distancia conveniente, dió un gran salto, y cayó violentamente sobre el leon. En el momento resonó en todo el ámbito del circo un furioso bramido, y los dos hijos del desierto se ocultaron á la vista del público detrás de una densa nube de polvo. Un profundo silencio de espectacion siguió al instantáneo ataque, oyéndose solo un áspero rumor, semejante al del mar embravecido, en el lugar misterioso de la pelea. Al mismo tiempo una liviana exclamacion partió de uno de los balcones, y se vió caer á la arena un ramo de flores. Don

Manuel Ponce de Leon miró el ramo y luego á su dama, y observando que ésta no lo tenia, se lanzó á recogerlo, sin reparar en el inmenso peligro que corria.

Ya en esto se habia despejado el torbellino de polvo que ocultaba á los feroces combatientes: D. Enrique de Guzman dió una patada de ira, que hizo retemblar todo el tablado, sobre el cual estaba, y por todas partes sonaron exclamaciones en sentidos encontrados. El tígre yacía muerto: su poderoso enemigo, habiéndole aguardado á pié firme, le habia desgarrado los hijares en el momento de la acometida, sacándole enredados los intestinos entre las corvas garras, y despues de cebarse en su sangre, le abandonaba con desprecio.

La fatalidad hizo que, al pisar D. Manuel la arena, dirigiese el leon su marcha triunfal hácia donde estaba el ramo de flores. Nadie habia reparado, hasta entonces, en la accion temeraria del caballero: un grito de sorpresa y terror se escapó involuntariamente de todos los pechos, al ver á un hombre sin mas defensa, que una daga en la mano, y cubierto de blanda seda, frente á frente á la terrible fiera, que á su encuentro iba con los ojos encendidos y la ancha boca ensangrentada y babeando.

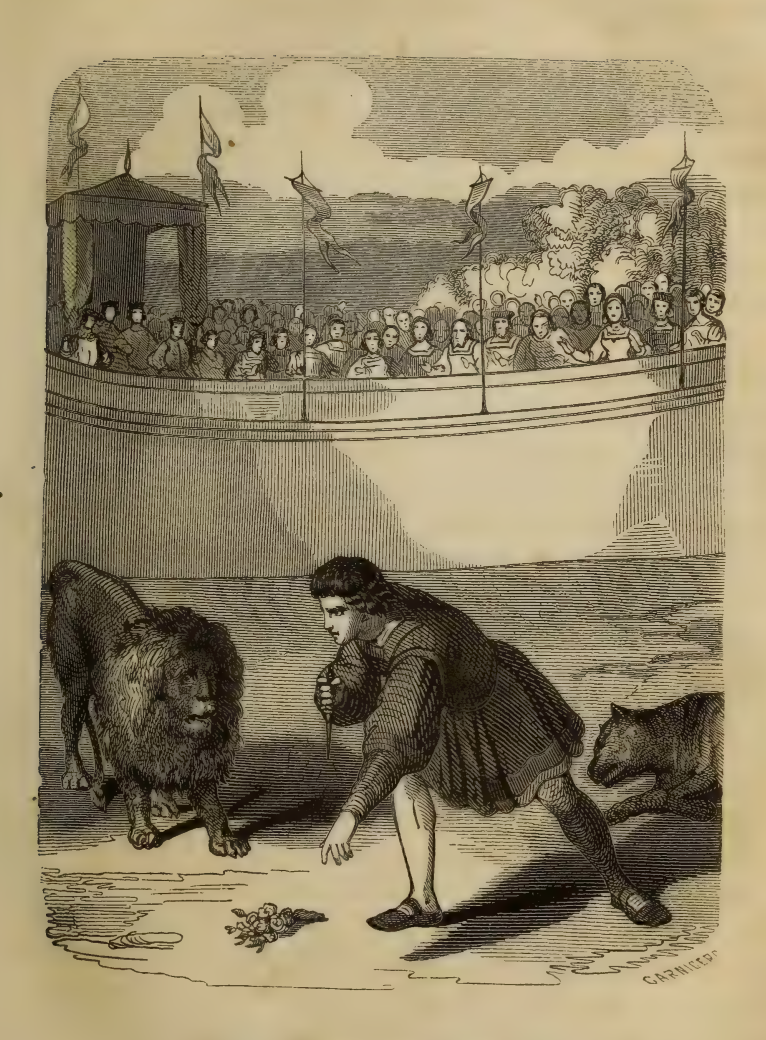
—Huid! huid! exclamaron muchas voces á un tiempo.

Pero el valiente caballero continuó avanzando con imperturbable serenidad, hasta colocarse junto al ramo de flores. La fiera quedó un momento sorprendida de tanto arrojo, y ya sea que reconociese á su dueño, ya que tan estraordinario valor le inspirase respeto, permaneció inmóvil, mientras D. Manuel recogia su codiciada presa, y la levantaba en aire de triunfo.

Una nutrida exclamacion de aplauso resonó en todo el ámbito del palenque, y la reina, que no habia dejado de observar el descontento de D. Enrique de Guzman, le dijo:

—No podeis estar quejoso, primo duque; si un leon os ha ofendido, otro leon os desagravia.

La retirada de D. Manuel era mas peligrosa que su audaz empresa. Conociólo así el denodado jóven, y se acercó á la barrera lentamente, sin perder de vista al fiero leon, que recobrado



La fiera quedó sorprendida de tanto arrojo.

de su asombro, y aprovechando un instante que aquel se detuvo á recoger la gorra, que se le habia caido, comenzó á rugir y á seguirle los pasos.

—Guarda! guarda! gritaron los espectadores.

Pero antes que la fiera le alcanzase, D. Manuel poniendo una mano sobre el valladar, y apoyándose en él, saltó de un brinco á la grada. En aquel momento llegó el leon, y en su furioso ímpetu, despedazó con las garras una tabla del cercado.

El caballero subió á donde estaba su dama, en cuyo rostro sonrosado y bello no se descubria otro sentimiento que el de la vanidad satisfecha, y notándolo él, la dijo.

—Tomad, señora mia, vuestras flores, y cuidad mas de ellas otra vez, por sino halláseis quien os las recoja.

—Guardadlas para vos, que vuestras son, contestó la dama.

Entre tanto la reina hablaba en voz baja con el asistente de Sevilla y con el duque de Medina Sidonia, á quien habia llamado cerca de sí: los dos caballeros convenian en que los Ponce de Leon, aunque enemigos suyos, eran personas de estremado valor y dignos de particular estima.

Doña Isabel, aquella misma noche, hizo comparecer en su presencia al jóven D. Manuel, y despues de elogiar su heróica hazaña, le regaló una cadena de oro en memoria de ella, y le espresó el disgusto que le causaba el desamor con que la trataba su hermano.

Por este medio se reconcilió con su soberana el temible marqués de Cádiz, el cual se presentó á poco en Palacio con dos ó tres criados, cuando menos se le esperaba, y contribuyó á negociar la sumision de su cuñado D. Diego Lopez Pacheco.



CAPÍTULO XVI.

La justicia es la libertad.

No todo era regocijo y fiestas en Sevilla: tambien habia llanto y desesperaciones. El tribunal de nuestros reyes no cesaba de funcionar, y cada dia se descubrian nuevos desafueros y crímenes: la Santa Hermandad acababa de establecerse en Andalucía, y su activa persecucion no dejaba esperanza ni asilo á los delincuentes. Las sentencias que recaian contra ellos, eran ejecutadas inmediatamente con el mayor rigor, y como habia muy pocas familias que no tuviesen algun pariente culpable, llegó á difundirse un vago temor entre ellos, y comenzó á emigrar mucha gente.

Los buenos vecinos de Sevilla, los que, personalmente al menos, no habian manchado sus manos con sangre, ni usurpado lo ageno durante las tumultuosas discordias de los bandos señoriales, lloraban ó temian por algunos de sus deudos ó amigos, y juntándose los principales, determinaron implorar la clemencia de

la reina, confiando en su buen corazon. Al efecto redactaron una fervorosa súplica, que en pocos dias recogió multitud de firmas, y nombraron para presentarla al asistente Diego de Merlo, y á Fray Alonso de Ojeda, prior del monasterio de dominicos de San Pablo.

Estos dos hombres gozaban reputacion de católicos ardientes y caritativos, aunque el primero encubria con capa de religion una desenfrenada codicia, y el segundo era mas fanático que religioso, y no estaba exento de ambicion. Desde que la reina llegó á Sevilla, habian procurado introducirse en la córte, donde no tardaron en adquirir alguna influencia, como personas piadosas y no faltas de saber. Ellos habian contribuido en gran manera al descubrimiento de los culpables, y estaban por consiguiente en posicion de inclinar la justicia real hácia la misericordia.

La reina les recibió en particular, y oyó afable la súplica de los sevillanos: decian éstos que para producir un escarmiento saludable, bastaban los castigos impuestos; que temerosos de la severidad de la justicia, eran ya cerca de cuatro mil los individuos que habian huido á los vecinos reinos de Granada y Portugal, y que Sevilla se despoblaria, si continuase el rigor; y por último, se obligaban á hacer que fuesen devueltos los bienes usurpados, si se les concedia un indulto general.

La reina contestó de palabra, que no queria esterminar á sus súbditos, ni ser temida por su rigor; que su corazon aborrecia la sangre, y se inclinaba á la clemencia; pero que necesitaba convencerse de los buenos efectos de su justicia, antes de otorgar el indulto que se la pedia.

Y como se oyese á la sazon ruido de muchachos que jugando estaban debajo de las ventanas del alcázar, se levantó como inspirada por un súbito pensamiento, y diciendo al prior que la siguiese, miró por una de aquellas y dijo:

—¿Veis aquel pobrecillo enfermizo y desarropado, que toma el sol, sin osar mezclarse en el juego con sus compañeros?

—Ya le veo, señora, contestó el prior: es un infeliz idiota, que todos los dias recibe la sopa en nuestra santa casa, cuenta ya

quince años y parece un niño: todos le conocen, y los muchachos le maltratan á veces.

—Pues bien, repuso la reina, sacando un bolsillo con algunas monedas de plata. Dad á ese desdichado este dinero; mandadle recorrer las calles mas peligrosas de Sevilla con él en la mano y sonándolo, hasta la noche, y advertidle que, si se lo quitan, vuelva y le dareis otro tanto, con tal que reconozca al ladron.

Tomó el reverendo padre el dinero, y sin comprender bien á buenas lo que se proponia doña Isabel, bajó á ejecutar su mandato. La reina permaneció observando en la ventana y vió al pobre idiota, que con una sonrisa vaga y una actitud medrosa se acercaba al prior: en seguida notó como abria desmesuradamente los ojos, para comprender las instrucciones que aquel le daba, y como por último recibió la bolsa, y echó á correr sonándola, y gritando con salvage alegría. El religioso volvió á subir, y doña Isabel le entretuvo, juntamente con su compañero, consultándoles un proyecto que meditaba para estirpar el feo vicio de la apostasía, generalizado entre los judíos conversos, y el escándalo con que muchos se mofaban de la religion cristiana, despues de haberla abrazado aparentemente; lo cual influia sobremanera en la relajacion de las creencias y buenas costumbres.

El asunto no podia ser mejor escogido para enardecer el celo, un tanto estraviado, de los dos fanáticos. El pensamiento de la reina era fundar planteles de misioneros sábios y virtuosos, que se dedicasen esclusivamente á predicar contra la apostasía, y á instruir á los conversos en las doctrinas del cristianismo, procurando á la vez reavivar la amortiguada fé de los malos cristianos. Pero el padre Ojeda veia el asunto de otra manera.

—No es posible conseguir nada por medio de la persuasion y la dulzura, señora, dijo: el espíritu malo está encarnado en esos enemigos de Dios, y trabaja sin tregua para perder las almas. Inútilmente sudo y me afano en el púlpito y en el confesionario por persuadir á los tibios, que huyan del contacto de la lepra judaica, y de la peste de Viclef: cuando creo haber tocado el corazon de mis ovejas estraviadas, las veo luego encenagarse en

el lodazal de la heregía. Puedo revelar á V. A. un secreto de confesion, callando el nombre del pecador: hay en España, y acaso en todo el orbe cristiano, una asociacion tenebrosa, obra de Lucifer, organizada de tal manera, y con tan diabólico artificio, que no es posible descubrir á ninguno de sus miembros, como no sea por sus obras, y si alguno revela el secreto, están los demas obligados á matarle, aunque sea su padre, madre ó hermano. Esta hermandad tiene su núcleo en la mala raza judía, y aspira nada menos que á establecer el reinado de Israel entre nosotros, y sobre nuestra ruina; para lo cual los verdugos de N. S. Jesucristo no perdonan medio: seducen á los cristianos y los atraen á su conciliábulo infernal con la hermosura de sus hijas, y con los hechizos que saben confeccionar esos hijos de Satanás; fingen convertirse muchos de ellos, para obtener altos cargos de república y ganar influencia, y en secreto se entregan á sus abominaciones; procuran tener algun agente astuto al lado de los reyes y poderosos, para corromperlos y conocer su política, y por último, allegan riquezas con insaciable codicia, para con ellas hacerse necesarios y ganar las conciencias.

—Ese, ese es el punto mas importante! exclamó Diego de Merlo. No hay firma de general, que valga el sello real, dice el adagio; y á bien seguro que toda la elocuencia de un San Pablo, como no viniera el bendito santo en persona, no evitará en un año, los estragos, que puede hacer en una hora un centenar de doblas de buena ley. El dinero mal empleado es la perdicion del mundo, y desconsuela el corazon de los buenos cristianos el ver que, casi todo el que hay, lo tienen esos perros judíos y sus afiliados. No sé como se las componen; pero ello es que, sin trabajar, con sus tratos y malas artes, recogen todas las riquezas del reino, y empobrecen á los verdaderos hijos de Dios. Son la esponja de nuestro sudor. Asi vemos que despues que han arruinado á una noble familia, creen hacerla un favor, manchando su sangre por medio de vergonzosos enlaces. ¿No es un espectáculo que contrista el de tanto y tanto católico de las mejores casas de Andalucía, como han emparentado con la mala sangre

de Judá, por evitar el oprobio de la pobreza? Pues quién duda que nada de esto sucederia, si esa pícara raza pereciese, volviendo sus inmensos tesoros á manos mas dignas?

—No cabe duda, repuso el prior; y por mi parte, creo firmemente que sería una obra muy meritoria á los ojos de Dios, el esterminio del judaismo y la heregía, como tambien que no habrá paz en España mientras subsistan. Es una necesidad de nuestra época depurar la sociedad de todo veneno impío, y para que no se corrompa el cuerpo entero con la gangrena de un miembro, es indispensable el cauterio.

—Eso es, añadió el asistente: como se hacía en otros tiempos. Al fuego, al fuego con ellos, hasta que se purifiquen.

—De ese modo los exasperareis, sin corregirlos, dijo la reina: podreis acabar con todos, pero no atraer sus almas al buen camino. Además, sería demasiada crueldad, obrar así con unos desgraciados, á quienes debemos tener mas compasion que ódio.

—Demasiada crueldad, señora! exclamó el fraile dominico, en tono de asombro. Compasion tratándose de los enemigos de Dios! ¿Pues no están condenados al fuego eterno? Qué importa el pasagero tormento que puedan sufrir en vida, si se compara con el que les aguarda de mano del mismo Dios?

—Pero asi acelerais la hora de su condenacion eterna, sin darles tiempo para arrepentirse; y enviais almas al infierno, en vez de ganarlas para el cielo.

—Señora, repuso el fanático religioso: no conoceis bien la negra pravedad de la maldita raza de Judá, cuando asi hablais: nunca se conseguirá de ella un arrepentimiento sincero, si se la dá tiempo para recaer en la impureza. Por el contrario, viéndose á las puertas de la muerte, ¡cuántos recibirán en aquel trance la clara luz de la verdad, y ganarán por un instante de dolor el eterno premio de los justos! La hoguera será para ellos la puerta del purgatorio. ¡Qué inmenso bien no se les hará, librándoles asi de las llamas perdurables! Además, aunque perezcan para siempre, ¿no es ese su destino? En todo caso, ¿no se obtiene el supremo bien de purificar al mundo de esa peste negra, impidiendo el contagio?

—Tendreis razon, repuso doña Isabel con impaciencia y angustia. Pero eso mismo puede conseguirse por medios suaves. Mézclese, si se quiere algun rigor contra los relapsos, pues castigo merece siempre el que quebranta la fé jurada; y mucho mas en cosas tan graves: castíguese sin misericordia á los que conspiren, pública ó secretamente, contra la ley de Dios; pero una proscripcion en masa.... un esterminio completo.... eso es horrible, y no puede ser grato á los ojos de Dios, que espiró en la cruz perdonando á sus enemigos.

—Señora, sin duda me he esplicado mal, replicó el padre Ojeda, reprimiéndose. Lo que vos quereis, es lo mismo que yo he propuesto. El castigo de los relapsos y contumaces, obligándoles á que confiesen sus culpas y denuncien á sus cómplices, puede servir de escarmiento saludable; y si despues insisten otros en sus abominaciones, la espada del Señor no debe descansar, hasta su completo esterminio.

—Y sobre todo, añadió el asistente, los judíos deben perecer en las llamas, confiscando sus tesoros, que son el instrumento de corrupcion de que se valen, y el incentivo de sus falsas conversiones y apostasías. ¿No es una mala vergüenza, que mientras ellos nadan en oro nuestro, con el cual pierden el reino, tengamos que sufrir los insultos del agareno, que nos reta, por falta de recursos? Con el oro de los judíos pudiérase conquistar á Granada, y concluiríamos de una vez con todos los enemigos de Cristo.

—Esa es la mia, dijo el rey, que entraba á la sazon: no hay mejor cosa que hacer alquimia de judíos y herejes.

—Hablemos de otra cosa, repuso la reina, pesarosa ya de haber promovido esta conferencia. Este asunto es demasiado grave para tratarlo con ligereza.-¿Sabeis algo de Portugal?

—Corren voces, dijo el asistente, de que el rey Alfonso, á quien creian muerto para el mundo, se ha presentado de pronto en Lisboa, cayendo sobre su hijo como una casa que se hunde; pues ya no le esperaba.

—Segun eso vuelve á cobrar la corona?

—Justamente: parece que el rey de Francia le ha hecho mudar de resolucion.

Doña Isabel sabía todos los pormenores de este suceso; pero hablaba de él, solo por distraer la atencion de sus interlocutores.

En esto se oyeron en la calle unos gritos destemplados, y el padre Ojeda reconoció en ellos al pobre idiota. El infeliz habia perdido su bolsa, y venia en busca del fraile para que le diese otra, segun lo prometido; pero no encontrándole donde le dejó, se puso á llorar, dando gritos como un berraco, y estaba rodeado de una multitud de muchachos que se burlaban de él.

El reverendo prior bajó á consolar al afligido mozo, y en el camino hizo que le acompañasen, de órden de la reina, un cuadrillero y cuatro soldados de la Santa Hermandad, los cuales debian seguir las indicaciones que diese el idiota, para descubrir y prender al que le habia robado el dinero.

Apenas apareció en la puerta del palacio el fraile, corrió hácia él, dando brincos, el pobre tonto, y como de sus ojos no habia brotado una lágrima, á pesar de su sentido llanto, apareció su rostro risueño, pero con aquella risa indolente que le era peculiar.

—Vamos á ver, ¿qué has hecho de la bolsa que te dí? le preguntó el prior.

El muchacho le miró espantado, abriendo mucho sus redondos ojos, que casi se escondian en una espesa maraña de cabellos lácios, y despues de rascarse la mollera, como si quisiese despertar su tarda inteligencia, contestó:

—El bolsico....! Ya no le *teno*.

—Pues quién le tiene?

—Toma....! Los *lairones*.

—Te le han quitado?

El idiota hizo muy de prisa un signo afirmativo con la cabeza.

—Pues no te doy otro bolsico, repuso el prior, sino me dices quien te le ha quitado.

El infeliz bajó la cabeza con muestras de profunda afliccion, y luego dijo, dando un castañetazo con la lengua:

—Eso no: para que me zurren otra vez!

—Hola! Tambien te han pegado? Pues bien, descuida, que no te pegarán mas.

—Entonces..... vamos, replicó el idiota, dando espresion á la palabra con un movimiento impulsivo de todo el cuerpo.

—Seguidle, dijo el prior al cuadrillero; y no volvais sin los ladrones: ese bolsillo que le han robado es de la reina.

—Vamos allá, contestó el cuadrillero. ¿Cuándo se acabarán los amigos de lo ageno? Yo tengo ochenta años, y estoy robusto. Nunca he necesitado mas que un pedazo de pan moreno, un vaso de vino y un coleto de cuero. ¿Para qué sirve robar á nadie? Vamos, echa adelante, Reduan!

Este era el nombre que daban las gentes del pueblo por ironía al enfermizo idiota.

Nuestros lectores habrán ya conocido al cuadrillero, Juan del Prado, viendo en la hermandad un elemento mas propio de su orígen y carácter que en el servicio de un gran señor, habia conseguido ocupar esta plaza por recomendacion del adelantado mayor.

El prior de San Pablo dió cuenta de lo ocurrido á la reina, la cual dijo á él y al asistente:

—Ya veis que todavía no han bajado bastante las aguas del Diluvio: la paloma ha vuelto al arca por falta de seguridad. Esperemos algunos dias mas, y entonces concederé lo que me piden los sevillanos.

Y en seguida les despidió.

Tres dias despues, en la esplanada del castillo de Triana se agolpaba un inmenso gentío, para presenciar la ejecucion de un reo, que debia morir asaeteado; y segun lo gritaba el pregonero, aquel hombre era criado del asistente de Sevilla, y moria por haber cometido robo con violencia contra el idiota Reduan: otro compañero suyo habia sido condenado á galeras.

En el acto de la ejecucion llegaban á la ciudad cuatro viageros, que al parecer venian de lejanas tierras, los cuales se pararon mudos de asombro al escuchar el pregon.

—Mal agüero es este para nuestro amigo Alvar, dijo uno de los viageros, que parecia letrado, á otro de los que con él venian.

—Y tan malo! contestó éste último. Si el asistente de Sevilla no ha podido libertar á su criado, teniendo tan poco delito, no sé que podamos nosotros alcanzar perdon para nuestro cliente.

—Vah! No hay que desanimarse, repuso el primer abogado. El asistente no habrá querido gastar dinero por su criado, y nosotros traemos carta blanca para emplear el que se quiera; y además, que Alvar Yañez es un rico-hombre. Procuraremos entendernos con el rey.

Diciendo esto, los viageros entraron en la ciudad.

Hacía ya algun tiempo que el ruidoso proceso del rico-hombre de Lugo estaba en el tribunal de la reina, quien, despues de oir el dictámen de los miembros de su consejo, habia tomado el trabajo de examinar por sí todas las piezas para convencerse de la culpabilidad del reo. Las pruebas presentadas contra él no dejaban lugar á duda, y hasta sus declaraciones altaneras y contradictorias dejaban entrever la lucha entre el orgullo aun no domado, y los remordimientos de la conciencia, revelando el crímen de parricidio cometido por él tres años antes en la persona de su prima doña Mencia. Para complemento de prueba, iba unida al proceso una escarcela de cuero, conteniendo papeles de Alvar Yañez, la cual estaba toda ella chamuscada y ennegrecida por el fuego, escepto en un estremo, donde se veia estampada la mano de la víctima. La reina decidió en su conciencia la condenacion del rico-hombre.

Para ganar tiempo y poder negociar un indulto ó conmutacion de pena, se habian propuesto algunas escepciones y nulidades, y esta era la causa de que aun estuviese pendiente la sentencia definitiva. Los abogados que hemos visto llegar á Sevilla no traian otro objeto que el de entretener el negocio, y valerse de mediadores y de leyes caducas para obtener el perdon de la vida, pagando una cuantiosa suma. No dejaron de encontrar valedores entre las personas mas allegadas á la reina, y aun el mismo rey les dió oidos.

Un jueves por la noche, víspera del dia en que debia fallarse el proceso, se presentó D. Fernando en la cámara particular de su esposa, la cual estaba dando el pecho al príncipe D. Juan. El rey se acercó á ella mas solícito que de costumbre, la besó y besó á su hijo.

—Qué hermoso es! murmuró con paternal complacencia.

La reina suspiró: su pensamiento, por una coincidencia de ideas muy natural, habia volado á Cervera.

—Estais triste, Isabel? preguntó D. Fernando. No es esta la primera vez que os oigo suspirar, desde que vine de Aragon.

—Fernando! exclamó la reina, mirando con amor á su esposo. Si deseais mi felicidad, no violenteis vuestro corazon. Esto os hará padecer, y yo vivo contenta con veros dichoso.

El rey se inmutó.

—Ese lenguaje, señora, dijo, me llena de admiracion, es el lenguaje de los celos.

—No os ofendais, señor y esposo mio: mi queja es justa, bien lo sabeis; pero hace mucho tiempo que os he perdonado.

—No comprendo....

—Acaso estoy en un error. Oh! si fuese cierto! Pero no: ¿Los hijos de Aldonza son tan hermosos como los mios?

—Quién ha sido el traidor que os ha dicho eso?

—Lo ignoro, señor; y por quien soy, que á saberlo, el osado habria sufrido el peso de mi indignacion; pues no sufro yo impunemente que nadie ofenda á mi marido. El traidor, bien decís, introdujo su delacion infame, como un puñal, entre varios documentos que yo debia ver; y poco faltó para que todo el consejo se enterase.

Don Fernando daba vueltas entre tanto á su imaginacion, para descubrir quien podia haber descubierto este secreto, pues á nadie habia él revelado el nombre de su querida mas que á su primo el almirante y era increible que esta hubiese abusado de tal manera de su confianza. Pero se acordó de las desavenencias de la reina con D. Fadrique, y como éste pudo haber sorprendido una correspondencia dirigida á su padre, en que se ha-

cia mencion de todo, al momento que le ocurrió esta idea, sospechó de él,

—Pues bien, Isabel, dijo por último: es cierto que han existido esas relaciones, pero no fueron mas que un estravío de jóven, antes de conoceros, y ya están olvidadas.

—Ah! exclamó la reina llevada de un impulso irreflexivo. No me engañes, Fernando!

—Por qué habré de engañarte, mi dulce amiga?

Doña Isabel guardó silencio: se acordó de que Aldonza tenia dos hijos; pero no quiso herir la delicadeza de su marido. Este la colmó de caricias, y luego dijo:

—Tengo que pediros una gracia.

—Cuál? Decid.

—Es menester que perdonemos la vida á ese Alvar Yañez.

—Pedís un imposible, señor.

—Qué hay de imposible para nosotros?

—La injusticia! El cielo está clamando por el castigo de ese hombre.

—Vamos: dejémonos de eso, y hablemos ahora como políticos. Concedo que Alvar Yañez no merece perdon. Pero, acaso, ¿no tenemos poder para concedérselo?

—Mi mayor delicia consiste en perdonar. Pero me han hablado ya de eso, y lo he negado.

—Y si pensándolo mejor... Suponed que ese perdon trajese por otro lado bienes considerables al reino; que por esa medida de clemencia obtuviésemos los medios de emprender cuanto antes el desagravio de la ofensa que nos ha hecho Muley Hacem; ¿deberíamos despreciar tan buena coyuntura, por no hacer una cosa que se vé todos los dias?

—Comprendo lo que me quereis decir, señor: nos han ofrecido darnos cuarenta mil doblas de oro para ayudar á la conquista de Granada.

—Y os parece poco? Eso me basta, con la ayuda de los nobles, para echar á Muley del trono.

—Pero perderíais el vuestro.

—Cómo?

—Decidme, Fernando, ¿cuánto valdreis?

—El rey se quedó sorprendido al oir esta pregunta.

—Sí, ¿cuánto valdreis? repitió la reina. Y ¿cuánto valdré yo? porque nos quieren comprar. ¿Valdremos los dos juntos cuarenta mil doblas? No creo que os tengais en tan poca estima.

—Ciertamente, no; pero veis las cosas de una manera estraña, dijo D. Fernando.

—Las veo tal como son, señor y esposo mio: se nos solicita para que vendamos la justicia por dinero. Esto es la verdad desnuda. Si hubiesen venido á mí los hijos de Alvar Yañez contritos y aflijidos; si les hubiese yo visto á mis piés implorando clemencia y perdon para su padre, sin duda lo habrian alcanzado. Pero ofrecerme dinero cuando mas lo necesito; añadir al crímen el desacato y el insulto, es atarme las manos para que no pueda perdonar.

—Es decir, señora; que haceis de este asunto una cuestion de orgullo.

—No, Fernando, no! Es una cuestion de libertad y de autoridad para el trono. Desdichado del rey que vende la justicia! El oro que le dan por ella es una pesada cadena, que le esclaviza para siempre. Si nuestra justicia puede comprarse por cuarenta mil doblas de oro, decidme, ¿no autorizamos al último alcalde de aldea para venderla por cuatro?

—Eso no; porque los demás jueces no tienen nuestras prerogativas.

—Pero sí nuestro ejemplo.

—Además, Isabel, segun las antiguas leyes de Castilla, las penas pueden ser rescatadas, y hay una tarifa arreglada á los delitos y á la clase de los delincuentes.

—Lo sé; pero esas leyes no están en uso. Y ya que de leyes me hablais, os diré que no solo nos quieren comprar, sino que tratan de engañarnos. Por la muerte de Alvar Yañez, todos sus bienes pertenecen á la corona; porque además del crímen de

parricidio, ha cometido el de fuerza contra nuestras autoridades y el de sacrilegio.

—Ah! exclamó el rey cambiando súbitamente de parecer. En ese caso no digo nada.

—Sin embargo, continuó la reina penetrando el pensamiento interesado de su esposo: yo no aprovecharé el beneficio de la ley. Los bienes de Alvar Yañez pasarán íntegros á sus hijos (1).

—Cómo! Y qué ganaremos con eso?

—Ganaremos crédito de justos y de incorruptibles, lo cual es una mina de tesoros inagotables. ¿Queréis que digan, que hemos sido severos con el criminal, por aprovechar el mezquino interés de su hacienda? No lo permita Dios! Sepan todos que no basta el oro del mundo para vencer el fiel de nuestra justicia, y entonces hasta el miserable Reduan será libre y respetado de los demás: entonces no habrá quien ose atentar á los derechos agenos, y al abrigo de un saludable temor, prosperarán las artes, la agricultura y el comercio; y enriqueciéndose nuestros pueblos, nos enriquecerán, y podremos legar á nuestros nietos un estado floreciente. ¿Qué vale un puñado de oro, que luego se gasta, comparado con esta permanente riqueza?

—Pardiez! Teneis razon, Isabel. Me habeis convencido.

El príncipe D. Juan, que durante este diálogo, no habia cesado de mamar la leche de su madre, afanándose, como si la encontrase mas sabrosa que otras veces, soltó de pronto el pecho, y volvió el tierno rostro hácia su padre.

Pero lo retiró de nuevo, al oirle decir:

—Me habeis convencido, y por lo mismo deseo que el castigo alcance á todos los culpables. A mi paso por Castilla, ví á mi sobrino D. Fadrique en la fortaleza de Arévalo.

—Sí, mandé trasladarle allí para mayor seguridad y decoro, hasta que resolviésemos juntos sobre su destino.

---

(1) Como pudiera parecer invencion del novelista este rasgo magnífico de Isabel, el autor debe decir que, en todo lo relativo al proceso de Alvar Yañez de Lugo, no ha inventado mas que la forma.

—Pues bien: su padre me escribe, pidiéndome su libertad. Pero yo no creo conveniente concedérsela todavía, y por el contrario, le impondría mayor pena.

El rey obraba en este caso movido de resentimiento y rencor.

—Todo se puede conciliar, Fernando, repuso la reina. Le daremos libertad, y le desterraremos á Sicilia. Allí, bajo la custodia y direccion de D. Iñigo Lopez de Mendoza, podrá Fadrique corregirse, y hacerse un perfecto caballero.

Esta decision no agradó mucho al rey; pero la aceptó, reservándose dar instrucciones severas al gobernador de Sicilia.

Poco tiempo despues, se habia ejecutado la sentencia de muerte dictada contra el rico-hombre de Lugo; los sevillanos obtuvieron el indulto general que deseaban; y mientras la reina emprendia un nuevo viage á Estremadura, para tratar de un arreglo de paz, con la infanta Doña Beatriz, su tia, y cuñada del rey de Portugal, D. Fernando partia para Barcelona, donde le llamaba su padre enfermo.

Las negociaciones de paz tuvieron feliz término; y aunque se procuró aplazar el cumplimiento de lo tratado por las bellas negociadoras, la perseverancia de doña Isabel en sus operaciones militares, le aseguró al cabo la pacífica posesion del trono de sus mayores. Al mismo tiempo se verificaba la union de los reinos de Castilla y Aragon, por la muerte del rey D. Juan el segundo.

Doña Juana *la escelente* se consagró á Dios, tomando el velo de religiosa en el convento de Santa Clara de Coimbra; y el novelesco rey de Portugal D. Alfonso, que no habia perdido la aficion á los hábitos monacales, murió de repente en Cuitra, yendo á vestir el de franciscano en el monasterio de Varatojo.





LIBRO TERCERO.

LUZ Y TINIEBLAS.

CAPITULO PRIMERO.

Los cuentos de Juan del Prado.

España gozaba las dulzuras de la paz; libres sus habitantes de los sobresaltos de la guerra y seguros, sino de ladrones y malhechores, de obtener pronta y cumplida reparacion y justicia, se entregaban sosegados en lo interior del reino á las faenas útiles y á las labores de sus oficios respectivos. Veíanse reverdecidos los campos, que antes eran yermos, resonaba en las calles y montañas la esquila de los ganados, y en las frondosas selvas, apenas abandonadas por los foragidos, sesteaban recostadas á la sombra las mansas ovejas, dormitando al sonido de la zampoña con que se solazaban los tranquilos pastores. A los gritos de alarma y á los lamentos de muerte habíanse sucedido en los pueblos y en despoblado el rumor del martillo y la sierra, los golpes de la

azada y el arreo de los traficantes. Montábanse talleres, trabajábase por forzados y gente libre en la composicion de los caminos reales, echábanse puentes sobre los rios y se abrian á estos desagües para fecundizar la tierra.

Entre tanto, solo en la frontera de los moros habia contínuas algaradas y rebatos, y en las demás partes del reino, las cuadrillas de la Santa Hermandad, cada cual encerrada en su respectivo distrito de cinco leguas, se ejercitaban en el manejo de las armas, y tal cual vez salian de su reposo activo, al percibirse el toque de alarma, dado por las campanas de los pueblos, para lanzarse en seguimiento de los criminales, que nunca escapaban de sus manos.

A dos leguas al norte de Sevilla, en la ribera derecha del Guadalquivir, y sobre una eminencia poblada de monte bajo, se habia construido una cabaña, que servia como de atalaya á las tropas de la Hermandad. Un destacamento de cuarenta hombres situado en Sevilla enviaba diariamente á este punto una cuadrilla, para estar en contacto con otras de los pueblos, comarcanos. Al pié de la cabaña se estendia un prado que bajaba en suave pendiente hasta bañarse en las aguas del rio.

Era una tarde del mes de setiembre, templada y apacible, como lo son todas, por lo comun, bajo el magnífico cielo de Andalucía. El ardor del sol se despuntaba en las frescas brisas, y sus rayos, jugando con las ondas del rio, engendraban en ellas millares de bulliciosos hijos que las vestian de oro.

Mientras en la cabaña vigilaba un soldado, en la falda de la pradera se divertian los otros tres, presenciando los ejercicios de un recluta, que tomaba lecciones de su gefe. Y es que no carecia de atractivo el espectáculo, si se atiende á la índole de los actores. El recluta era nuestro conocido Reduan, y el gefe que le instruia el anciano aventurero Juan del Prado. El idiota estaba desconocido: con el dinero que le dió el prior de San Pablo le habian comprado un vestido nuevo, una coraza de baqueta y un coleto de gamuza. En menos de un año habia crecido un palmo y envaronado, merced al buen trato que le daba la tropa

popular, pues era, como los perros de regimiento, que engordan con las sobras de todos, y tienen tantos amos como soldados. Sin embargo, Reduan conservaba su aspecto grotesco, y apenas medía cuatro pies de estatura. Formaba por lo tanto un singular contraste con la figura esbelta y marcial, con el aire inteligente y en cierto modo venerable del anciano cuadrillero, que á pesar de sus ochenta años estaba fuerte y colorado, y llevaba y esgrimía las armas con la soltura de un mancebo de veinte.

—Por vida de la mujer de mi padre! dijo el honrado veterano, acariciando su larga barba gris: hemos de hacer carrera de este avestruz; pero es un poco torpe.-Vamos á ver, Reduan: ponte tieso, mas tieso; como yo, pardiez! Levanta la cabeza, y no me mires con esos ojos de mochuelo.

El idiota tomó un aire marcial estremadamente risible, alzando mucho la cabeza y pegando los brazos al cuerpo.

—Veamos si has olvidado ya el manejo de la ballesta, continuó el cuadrillero, poniendo en manos del recluta el arma que tenia en las suyas, y colgándole al costado izquierdo una aljaba con saetas.-Por allí van los ladrones!

—Dónde están? dónde están? preguntó el idiota, volviéndose á todos lados con aturdimiento.

—Calma y serenidad! Míralos: allí están emboscados entre aquellos chopos, repuso Juan del Prado señalando á un bosquecillo que habia en la orilla del rio.-¿Qué es lo primero que se hace?

Reduan sacó una saeta y se bajó para ponerla en el arco, y enganchar la cuerda en la clavija, y gritando al mismo tiempo.

—Eh! Alto ahí! Todos á tierra!

—Perfectamente! exclamó el instructor aplaudiendo con las manos.-Pero qué haces parado? No ves que te se escapan los ladrones? Apúntales pronto, pronto!

El pobre idiota se echó la ballesta á la cara, sin cuidar de retener la saeta, la cual se le cayó en el acto de disparar, pasando entre los brazos y el cuerpo. Los soldados entonaron un coro de carcajadas.

—Vamos, no hay que reirse, dijo el cuadrillero. A todos nos ha pasado algo de esto. Vuelta á empezar, y cuidado con no aturrullarse.

Reduan repitió la misma operacion; pero aturdido con el mal éxito de la primera prueba, esta vez apuntó con tanta precipitacion, que sacó la saeta de su lugar, y la hizo saltar por encima de su hombro.

—Por vida de San Borondon! exclamó el veterano dando una patada en el suelo. Ea! dejemos esto por hoy.

—¿Qué santo es ese que invocais siempre, seor Juan del Prado? preguntóle uno de sus soldados. No debe de ser santo español ese San Borondon, pues no recuerdo haberle oido nunca nombrar.

—No es estraño, amigo Matalobos, porque nunca has salido de la sombra de la Giralda, contestó el veterano, cuyo saber y larga esperiencia le hacian mirar siempre con cierto desden la ignorancia de los demás. Si hubiéses ido siquiera hasta el puerto de Palos de Moguer, sabrías quien es el famoso San Borondon ó San Brandan, (que en esto del nombre hay discrepancia de pareceres); y tendrias noticia de la isla maravillosa que lleva su nombre, y que está allá, en lo mas remoto del mar Océano, hácia poniente.

—Ya sé, repuso Matalobos, que tambien se preciaba de instruido. Esa será la isla que llaman de las Siete Ciudades, porque tiene, segun cuentan los que la han visto, siete magníficas poblaciones cercadas por murallas de oro macizo, las cuales fueron fundadas por otros tantos obispos, que salieron de España cuando la invadieron los moros. Y diz que esos santos varones viven todavía, y vivirán en aquella isla, que es donde estuvo el Paraiso terrenal, hasta que sean espulsados del todo los sarracenos de vuestra tierra; y entonces vendrán á buscar aqui sus iglesias, para ser enterrados en ellas.

Juan del Prado escuchó esta relacion con una sonrisa de superioridad, y luego que hubo concluido su compañero de armas, dijo:

—Te equivocas completamente: esta isla de las Siete Ciudades no es la misma que la de San Borondon, en la cual he estado yo, y no hay tales murallas de oro macizo, sino otras maravillas de mas precio.

El veterano habia estado en la famosa isla, objeto de mil fábulas, consejas y suposiciones entre los marinos de su tiempo, lo mismo que en el Paraiso terrenal; pero su imaginacion pintoresca le habia hecho contraer la costumbre de apoyar todas sus relaciones de historias verdaderas ó ficticias con el testimonio de sus ojos: y era tal la fuerza de esta costumbre, que muchas veces creia él mismo de buena fé haber visto lo que solo imaginaba. Matalobos y los otros soldados le miraron con cierto respeto supersticioso, y el primero dijo:

—¿Es posible que hayais estado en esas prodigiosas regiones?

—Tan posible como que estamos ahora sentados á orillas del Guadalquivir, y á media legua de la *Cruz sangrienta*, donde fué crucificado el niño Ignacio Alonso por el converso Simon de Utrera y la bruja de Cazalla.

—Líbrenos Dios de ella! exclamó Matalobos santiguándose, (y lo mismo hicieron sus compañeros): por lo demás nadie puede afirmar quien crucificó al niño Ignacio, pues no está averiguado.

—Lo afirmo yo, porque lo he visto.

—Cómo! ¿Vos visteis crucificar al cristianito y no matásteis al converso y á la pícara bruja?

—Es decir, repuso el veterano un tanto cortado, conociendo que su aseveracion era algo atrevida: yo ví al niño en la cruz, y sé toda la historia de este sacrilegio.

—Si quisiérais contarnos esa historia y la de la isla de San Borondon?...

—Con mucho gusto, dijo Juan del Prado. Pero antes subid uno á la cabaña y traed la bota, que no es bueno hablar mucho tiempo, teniendo seco el paladar.

Uno de los soldados corrió á traer la bota, y luego que hubo vuelto con ella, sentáronse todos en piedras alrededor de su jefe, y hasta Reduan vino á recostarse á sus piés como un perro, apo-

yando los codos en la ballesta, y mirándole con atencion respetuosa.

—Pues, señor, dijo el veterano, tomando la actitud de orador, que solia en tales casos: hace cosa de diez años, me hallaba yo en Palos, cuando el famoso navegante Martin Alonso Pinzon volvió de un largo viage á las costas de Guinea. Entre sus marineros habia un tal Felipe Ardales, antiguo amigo mio, el cual me contó, como habiéndose detenido unos dias el buque de su patron en la Gran Canaria, observó que habia grande agitacion en aquella isla, con motivo de haber visto algunos de sus habitantes una tierra lejana, que se divisaba en lo último del mar; y me dijo que su amo pensaba emprender una espedicion secreta para descubrir aquel país desconocido, el cual se suponia fuese la isla de San Brandan ó San Borondon.-Entráronme ganas de ser de la partida; comuniqué mi deseo á Felipe, y convinimos en que él me avisaria oportunamente, para que yo estuviese en la carabela en el momento de marchar. Así lo hicimos, y una mañanita con viento fresco salimos al mar, dejando yo á mi señor, que era entonces el conde de Arcos, padre del actual marqués de Cádiz.

«Muchos dias navegamos, sin encontrar mas que agua y cielo, y habíamos llegado á unos mares tranquilos, donde no soplaban los vientos ni se movian las olas, cuando el piloto acobardado á vista de una calma tan estraordinaria, opinó que debíamos retroceder. Y no le faltaba razon: la mar, cerca de nosotros parecia una plancha de acero bruñido; á lo léjos se confundia con la bruma plomiza del cielo, y al ponerse el sol era como un inmenso lago de fuego. Sin embargo, yo no me acobardaba y hacía por infundir alientos á los demás.

—Era una temeridad, dijo Matalobos; porque siguiendo por esos mares infinitos, solo se puede llegar á los abismos del infierno.

—Pues nosotros íbamos en busca del Paraiso, y al cabo lo encontramos. Una mañana vimos aparecer sobre las aguas montes de topacio, rodeados de selvas magníficas; y millares de pájaros mansos vinieron á cantar sobre nuestros hombros. Nunca

he visto animales mas hermosos: arribamos á una playa, cuyas menudas arenas eran de plata y oro: en lugar de piedras habia perlas y diamantes como el puño; vimos tres rios que bajaban de una motaña; el uno era de leche, el otro de miel y el otro de vino riquísimo: á la sombra de los árboles, cuajados de frutas siempre maduras, dormian juntos los lobos con las ovejas. Quisimos aprovechar algunos de aquellos tesoros, pero al momento salió de un bosque vecino, el gigante Mildum, que es tan alto como diez veces yo, y tiene los cabellos y pelos del pecho tan gruesos como mi brazo, y cada ojo como la puerta de la catedral de Sevilla: sus pasos hacian estremecer toda la isla.

«Todos echaron á temblar, menos yo, que tuve valor para decirle:—No nos mates, que somos cristianos.—Entonces el gigante se sonrió y dejó caer la enorme clava, que traia ya levantada, para aplastarnos á todos de un solo golpe.

—Conque ese gigante es cristiano?

—Y de los buenos: cuando el glorioso San Borondon, abad de tres mil monges salió de Escocia en busca de infieles que convertir, arribó milagrosamente á esta isla, y encontró al gigante muerto: lo resucitó y le bautizó, poniéndole por nombre Mildum; y despues de haber dicho misa en un altar de piedras, que allí está todavia con su cruz de madera, el santo se volvió, encargando al gigante que guardase la isla. Esto nos lo contó él mismo, y al concluir, nos dijo:-«Porque sois cristianos tengo compasion de vosotros; pero embarcaos pronto, si no quereis perecer.»

«Inmediatamente nos retiramos á la carabela, y sentimos un ruido de huracan, que venia de la montaña: alzamos la cabeza y vimos á Elias y Enoch en su carro de fuego. Despues todo desapareció: la isla se habia sumergido en el Océano y nuestro barco vogaba hácia España á velas tendidas.

Tal es la relacion de la isla maravillosa, que hizo á sus compañeros Juan del Prado, atribuyéndose el mérito de haber visto lo que referia la tradicion, algun tanto exagerada por él, res-

pecto á la existencia de unos paises admirables, que el vulgo suponia situados en el confin del Océano.

Escusado es decir que los soldados dieron entero crédito á esta peregrina historia.

Despues de un rato de silencio, dijo Matalobos:

—Qué buena falta hacia en España ese gigante Mildum, para acabar con los judíos y los herejes!

—No hará falta, repuso el veterano: si son ciertas las voces que corren, pronto no quedará uno solo de esos malditos enemigos de Dios, que crucifican á los niños cristianos, y seducen á las esposas de Jesucristo.

—Y añadid que hechizan á los buenos católicos, y los atraen por arte del demonio para chuparles el dinero y la sangre, y envenenan las aguas para producir la peste, y hacen otras mil abominaciones, que dá horror el pensarlas. ¿Qué, os parece que las benditas monjas faltarian á sus sagrados votos, ni habria grandes titulados y hasta santos Padres que se dejasen arrastrar á vicios feos, si no fuera por los sortilegios y maleficios de los perros judíos.

—Así es la verdad, repuso Juan del Prado; y aunque aquí, para entre nosotros, las mas de las veces esos vicios feos y tratos criminales son nacidos de la mala índole humana, sin embargo, hay mucho de las artes del demonio en lo que sucede. Y si no, ¿cómo podria ser que nuestra santa reina, siendo tan cristiana y tan enemiga de los malos, se opusiese, como diz que se opone, al establecimiento del Santo Oficio?

—¿Creeis que los herejes y judíos hayan hechizado á la reina?

—No diré yo tanto; pero sé que es posible lo hayan intentado, ó que algun espíritu malo tenga el encargo de ofuscar el claro entendimiento de S. A. Sin embargo, el ángel de su guarda y el glorioso santo Domingo, rayo de la heregía, velarán por la reina, y no permitirán que prevalezca la astucia de Lucifer. Por eso digo que pronto no quedará uno de los enemigos del nombre cristiano, de esos que no beben vino, ni aderezan las viandas con

lardo, y visten camisa limpia los sábados, ni de los que llevan sus hijos á cristianar, y luego en sus casas los limpian y conjuran para que nada les quede del agua del bautismo, y se burlan de los divinos misterios de la misa (*).

—Qué horror! Menester es que esos malvados perezcan por el fuego, como decia el último domingo el reverendo padre fray Lucas Dávalos, predicando en la iglesia de San Pablo. Por cierto que allí estaba el converso Simon de Utrera, y no puso muy buena cara.

—Ya lo creo, repuso Juan del Prado: como que le olería el cuerpo á chamusquina; pues si llega ese caso,-y llegará, Dios mediante,-no sería él de los últimos que cayeran en el garlito: veríamos si entonces le libraban los conjuros de la maldita bruja de Cazalla.

Diciendo esto, el cuadrillero tomó la bota, y la empinó largo rato, como para protestar de su ninguna participacion con moros ni judíos. En seguida, como los nombres que acababa de pronunciar despertasen la curiosidad de sus inferiores, á instancias de estos, comenzó asi la historia tenebrosa y cruenta que les habia ofrecido:

—La bruja es una vieja de mas de doscientos años, dijo; pero con la virtud de unos polvos que le dió Satanás, tiene el poder de volver jóven y hermosa, tomando la figura que mejor le parece; y de este modo atrae á los hombres mas distinguidos y los enamora, hasta volverlos locos. Su mayor gusto consiste en pervertir á los jóvenes cristianos, fingiéndoles cariño, y en atormentarlos hasta hacer que se desesperen, luego que ha conseguido enamorarlos. Cuando llega este caso, si el que ha caido en sus diabólicos lazos es un caballero, ó persona de distincion, la bruja conserva su forma prestada, ó bien se infunde en el cuerpo de la mujer cuya semejanza ha tomado, y hace que su amante engendre hijos malditos, que perpetuen su raza infer-

(*) No se debe estrañar este género de acusaciones, ni estas ideas en un hombre como Juan del Prado. Los cronistas, los sabios de su tiempo, pensaban del mismo modo.

nal: si es un monge ó un prelado le induce á pecar, y luego desaparece; y si es un villano, ha de abjurar la ley de Dios, ó de lo contrario le conduce á las ruinas de la torre del Espectro donde ella tiene su morada, y le obliga á bailar alrededor del fuego, hasta que muere condenado.

—Jesus! Dios nos libre de ella!

—Amen! respondieron todos.

—Cuéntase, continuó el viejo bajando la voz, que esa maldita es hija del marqués de Villena el de la redoma y de una monja, y madre de la condesa de Medellin, que, como todo el mundo sabe, es bastarda del difunto D. Juan Pacheco. Además, bien recordareis aquella hermosa dama, que dejó caer las flores en el palenque, donde luchaban las fieras.....

—Sí, dijo Matalobos, doña Brianda de Sotomayor, riquísima heredera de no sé quien, por la cual estuvieron á punto de matarse D. Manuel Ponce y D. Juan de Robles.

—La misma: pues bien, esa dama, por quien se han dado ya de cuchilladas mas de veinte hijosdalgo, diz que nació de la bruja y de un padre dominico, al cual sedujo la perversa. Si esto es verdad, la doña Brianda es digna hija de su madre: tanto ella, como el opulento viejecito Pedro de Sotomayor, que se dice su tio, pasan por buenos cristianos, y Dios sabe lo que serán. En cuanto á la bruja no ha tenido nunca mas que un hijo varon, y éste le nació de legítimo matrimonio. Segun la tradicion,-continuó el veterano, que á pesar de su buen juicio, daba mas valor á lo maravilloso que á lo verdadero,- un dia llegó á España un jóven peregrino, que volvia de visitar los Santos lugares, y le cogió la noche cerca de la torre del Espectro. Hacía un tiempo borrascoso, y el buen peregrino se dirigió á la torre buscando un asilo contra la tempestad, cuando se le apareció la bruja en forma de una linda penitente, y valiéndose de sus conjuros y sortilegios, consiguió enamorarle, como hacía con todos.-El jóven traia consigo un relicario con un pedacito de la Veracruz, el cual debia librarle de los artificios del demonio; pero hubo de dejarlo mientras cenaba en la maleta, donde iba

encerrado, y la bruja aprovechó aquel descuido para hacer de las suyas. Pasaron juntos algunos dias, y al cabo de ellos, el peregrino, temeroso de ofender á Dios, declaró á su amada su resolucion de abandonarla, si no los unia el santo lazo del matrimonio.-Viendo ella que se le escapaba su presa, y cediendo sin duda al poder misterioso de la reliquia, consintió en ello, aunque con ánimo de arrebatársela y quemarla cuando le viese descuidado. Bajaron á la inmediata aldea, y un sacerdote los desposó, despues de lo cual volvieron á su soledad.-El novio, siguiendo su costumbre, antes de acostarse puso la reliquia debajo de la almohada del lecho nupcial, sin que lo advirtiese la bruja; hasta que sintiendo ésta en sus entrañas el tormento de una criatura concebida en gracia de Dios, abandonó de pronto el disimulo y apareció á la vista de su esposo tal como era. El peregrino, diz que huyó aquella misma noche, y no se supo mas de él. Pero la bruja dió á luz á su tiempo un niño, á quien atormentaba cruelmente desde el dia mismo en que nació: por supuesto que no lo llevó á bautizar, antes al contrario, no bien la criaturita comenzó á balbucear, su pícara madre le enseñaba á invocar á Moisés y á Belcebú.

«Sin embargo, lo que es de Dios, vuelve á Dios. Apenas el niño supo andar, se escapó de la torre maldita, y fué á buscar á un santo ermitaño, para que le enseñase la doctrina cristiana, y le echase el agua del bautismo. Su madre rabiaba como una loba hambrienta, desque por medio de sus artes malignas averiguó donde estaba su hijo, y lo que con él pasaba. En seguida, el primer sábado se presentó en el aquelarre toda desgreñada, retorciéndose los brazos y mordiéndose las manos, como una poseida. Dió cuenta de todo, y el cornudo presidente de la reunion decidió que el cristianito fuese crucificado. Así se hizo, sacándolo la infame bruja del asilo donde estaba, y clavándolo ella misma en la cruz, que todavía se conserva allá bajo. Corrieron voces de que los judíos habian sido los autores de esta heregía, y es muy probable que tuviesen parte en ella, como tambien el converso

de Utrera; y entonces fué cuando hubo aquel famoso levantamiento, en que perecieron mas de seis mil rabìnos. Justo castigo de Dios!

Calló Juan del Prado, y sus oyentes poseidos de un terror fanático, no se atrevieron á levantar las cabezas. Era ya de noche, y la luna saliendo por detrás del bosquecillo de chopos, proyectaba á lo largo del terreno las sombras de estos, que se movian como fantasmas. Pero no habian transcurrido dos segundos, cuando se oyó un comprimido suspiro, seguido de una voz de mujer, que con acento solemne decia:

—Concluiste ya tu cuento, Juan del Prado?

Mudos de terror y asombro volvieron todos la cabeza, y vieron detrás de ellos, una figura humana, vestida de tosco sayal, que estaba en pié con los brazos caidos, en la actitud de una resignacion dolorosa. Tenia un báculo en una mano, y cubria su cabeza un ancho sombrero de peregrino. Juan del Prado hizo la señal de la cruz, como sus demás compañeros, y fué el único que, á pesar de sus años, tuvo valor para levantarse, y dirigir la palabra á la fantástica aparicion.

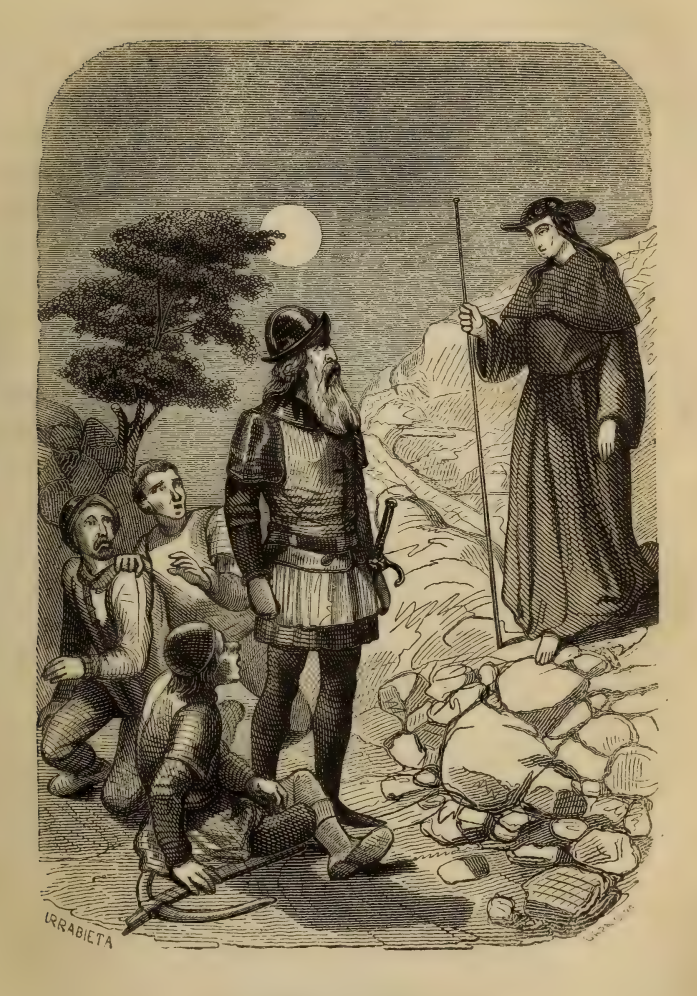
—Qué quieres de mí? preguntó: quién eres?

—No os alarmeis, amigos, contestó la aparecida con estóica dulzura. ¿Temeis acaso que os haga daño Inés la solitaria?

Este nombre y la voz de la mujer que lo pronunciaba restituyeron al punto la serenidad y la calma á los soldados. Inés la solitaria era conocida en toda la comarca por su virtud ascética, y por sus benéficas acciones, como Juan del Prado lo era por su habilidad para contar historias. Teníasela en el concepto de santa, y sus conocimientos especiales en el arte de curar por medio de simples, la habian grangeado la gratitud de muchas familias pobres y la fama de milagrosa.

—Dichosos los ojos que os ven, santa mujer, dijo el veterano. Nuestra sorpresa ha sido muy natural. Figuraos que hablábamos de la maldita bruja de Cazalla, cuando nos hemos apercibido de vuestra presencia.

—Conoceis á la bruja de Cazalla?



Qué quieres de mi? quién eres?

—Líbreme Dios! Nunca la he visto.

—Lo mismo dicen todos, y sin embargo, todos hablan de ella y la maldicen.

—Como os bendicen á vos, santa madre. A cada cual su merecido.

—¿Quién sabe si son tan justos los hombres conmigo, como con esa desgraciada! exclamó Inés con un acento singular. Esta noche hará diez y seis años que fué sacrificado el niño Ignacio Alonso: ved si tengo presente la historia que contábais á vuestros amigos. Sin embargo, el tiempo no ha hecho mas que dar solidéz á la calumnia. Cuanto habeis dicho de esa desventurada madre, es pura invencion del demonio.

—Cómo! decís que nó es verdad? Pues quién crucificó al niño cristiano?

—Eso no lo diré yo; porque la caridad nos manda ser indulgentes hasta con nuestros enemigos. Solo os daré un consejo: cuando oigais hablar mal de alguno, suspended vuestro juicio, y apelad al testimonio de los ojos: despues de haber visto, palpad, porque os pueden haber engañado los ojos; y despues de palpar, dudad todavía.

Diciendo esto, aquella mujer singular dió algunos pasos para alejarse en la direccion del rio. Juan del Prado intentó detenerla.

—No os vayais aun, santa mujer, la dijo: esplicadnos al menos nuestro error.

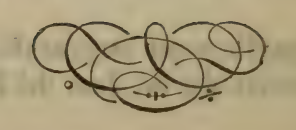
—Me lo prohibe mi conciencia. Quedad con Dios! contestó la solitaria.

Y siguió su camino.

Todavía hubiera querido el veterano insistir en su empeño de aclarar la verdad; pero en aquel momento se oyó la voz de alarma, dada por el vigilante, que estaba en la choza, y todos, incluso Reduan, se apresuraron á subir á la cumbre de la colina. En todo el circuito del horizonte se veian luminarias, y á lo léjos sonaban campanas tocando á rebato, y dando ciertas señales,

para marcar la direccion en que iban los delincuentes á quienes se perseguia.

Juan del Prado se lanzó al valle con su gente, mientras la mujer solitaria seguia con paso firme por la orilla del Guadalquivir. Media hora despues habria podido vérsela de rodillas, abrazada á la Cruz Sangrienta. Los rayos de la luna se reflejaban á un tiempo en las plateadas aguas del rio, y en las lágrimas que corrian por las hundidas mejillas de aquella misteriosa mujer.



CAPITULO II.

Los hermanos de la Cruz Verde.

ACABABAN de dar las diez de la noche en el reloj de la catedral de Sevilla, único que habia en la ciudad. A esta hora estaban desiertas las calles, y solo de trecho en trecho se veia pasar por ellas algun bulto silencioso.

Los mas de estos bultos se encaminaban hácia el monasterio de dominicos de San Pablo, cuyas puertas cerradas, conservaban un postigo entreabierto.

Acerquémonos á este postigo, y podremos ver lo que pasaba dentro del edificio.–A dos pasos de la puerta habia un robusto lego, con una linterna en la mano izquierda, y en la derecha un acerado puñal, cuya hoja se ocultaba en la manga del hábito.

Un embozado de los que andaban por la calle se acercó al postigo y lo empujó, encontrándose enfrente del lego, el cual le presentó la luz de la linterna á la altura del pecho, diciendo:

—*Exurge Domine!*

El embozado apartó el ferreruelo, dejando su cuerpo descubierto, y mostrando una cruz de paño verde, que llevaba al pecho, cosida en la ropilla, contestó:

—*Judica causam tuam!*

—Bien venido, hermano! repuso el lego; y le dejó pasar.

Despues de este embozado se presentaron otros, hasta doce, y habiendo entrado, prévias las mismas formalidades, fueron conducidos por otro lego á la iglesia del monasterio.

Entre tanto, en la sacristía de la misma conferenciaban tres personages, de los cuales uno vestia el hábito de Santo Domingo, otro llevaba traje de caballero distinguido, y el tercero, que estaba sentado en medio de los anteriores, en muestra de respetuosa deferencia, usaba ropa de seglar, pero toda ella negra. Nuestros lectores tienen ya noticia de los dos primeros; pues eran el reverendo prior de San Pablo y el asistente de Sevilla: no así respecto al último, por lo cual nos permitiremos decir algo de su persona. Era éste un hombre de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, rostro largo y anguloso, y mirada penetrante: su frente espaciosa, terminada en una calva lisa y reluciente, habria parecido venerable, á no ser por cierta depresion de la parte superior, que daba al todo de aquel rostro un aire de astucia, semejante al de la zorra: llevaba la barba afeitada por los lados, menos el bigote y la pera que caia en forma de cola de pescado, á la usanza de los juristas. El acento de su voz era italiano, así como el corte de su ropilla modesta y cerrada hasta el cuello revelaba á un curial de Roma.

—Conque decis, señor Domingo Centurion, preguntaba el prior al hombre de la perilla; decis que Su Santidad ha espedido ya la bula?

—Ciertamente, contestó Centurion: así me lo escribe, para que os lo participe, el venerable Niccoló Franco, mi señor, nuncio de Su Santidad en estos reinos. Verdad es que la reina permanece reácia, y so pretexto de sus reformas de rentas, de leyes y tribunales, que la traen ocupada, quiere dar largas al negocio

mas importante de la cristiandad. Sin embargo, el reverendo padre Fr. Tomás de Torquemada que está en Toledo, no la deja un momento, y sus laudables gestiones y ardiente celo acabarán por vencer esa repugnancia pueril, que detiene á S. A. Por otra parte, al cabo ha comprendido el cardenal arzobispo los intereses de la religion, y esto unido á las buenas disposiciones del rey, hará que consigamos nuestro deseo.

—Pero qué dificultades puede oponer la reina á una bula del Santo Padre? exclamó como escandalizado el asistente. Le toca mas que bajar la cabeza y obedecer?

—Ahí teneis, repuso Domingo Centurion: los príncipes dotados de algun talento son á veces una calamidad para la religion; porque el demonio del orgullo los ciega, y les hace creer que de todo entienden y que todo lo pueden.-No es decir que yo censure la conducta de la reina doña Isabel, santa y virtuosa señora, á quien respeto.-Sin embargo, continuó el delegado del nuncio, espiando el efecto que producian sus palabras: los reyes suelen estar mal aconsejados, y si son algo audaces, cometen los mas crasos errores, creyendo servir á la fé. Aqui en España teneis introducidos ciertos abusos, hijos del desórden de los tiempos: la disciplina eclesiástica está muy rebajada: cuesta trabajo hacer que se reconozca la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, y si no se aleja este mal, rotos los vínculos de conciencia, se romperán todos los demás.

—Es cierto, es cierto, murmuró el padre Ojeda.

—Pues bien: observad lo que sucede, continuó Centurion mas animado: vaca la iglesia de Zaragoza, quiere el Santo Padre proveer la vacante en persona digna, y el difunto rey D. Juan se opone, y la dá á un niño, al hijo de la concubina de su hijo don Fernando. ¿No es un escándolo esto?-Muere el cardenal obispo de Tarazona, nombra el papa un sucesor, y el rey Fernando lo rechaza, poniendo en su lugar á D. Pedro Mendoza, que reune ya tres sillas. ¿Qué significa esto, sino el empeño de dominar á la Iglesia de Dios, como á todo lo demás? Por eso no debeis estrañar que la reina reciba una bula pontificia, y haga despues lo que

se le antoje.-Y cuidado, señores, que no hablo así por el interés de la curia romana; volved la vista alrededor vuestro, y vereis que la política de vuestros príncipes vá encaminada á someter á la suya toda jurisdiccion. Ya han dado varios golpes mortales á la de la nobleza: ¿creeis que conservará el clero mucho tiempo la suya?

—No, ciertamente, repuso el prior: ya se ha visto el escándalo y mal ejemplo de no ser respetado el santo asilo del claustro por los soldados de la Hermandad; y hemos presenciado la disolucion de la abadía del Cerrato allá en Castilla, cuyos respetables monjes han sido perseguidos como fieras, en lugar de someterlos á un tribunal de fé, y en fin la córte pretende intrusarse en todo lo que toca á la disciplina interior de las iglesias y comunidades.

—Convenis conmigo en que hay esa tendencia dominadora? continuó Centurion. Pues bien, hoy se toca á la jurisdiccion y á la disciplina; culpa de los obispos, que no cuidan de mantener sus prerrogativas: mañana se pensará en atacar el dogma. Y en qué tiempo, Dios mio! Cuando las heregías antiguas levantan su asquerosa cabeza; cuando el cisma de Wideff sienta la planta en Europa; cuando en España misma, un teólogo de Salamanca, se atreve á sostener que el Soberano Pontífice puede cometer errores en sus decisiones, y que los sacerdotes no tienen poder para perdonar los pecados! ¿Paréceos que tales proposiciones se escribirian, si se dejase obrar, como es debido, á la cabeza visible de la Iglesia? Es verdad que el arzobispo de Toledo ha convocado un concilio para condenar las máximas depravadas y heréticas del lector Pedro Oxemense; pero, ¿es eso lo que hace falta? No: mil veces no. El glorioso Santo Domingo de Guzman, desde la eterna mansion de los justos, donde todo es felicidad, verá con dolor tanta tibieza. No: es el fuego, el fuego estermi-nador lo único que merecen estos blasfemos!

—Esa es la mia! exclamó Diego de Merlo: y no sé como la reina desconoce una cosa tan sencilla y tan necesaria.

—La reina cederá, amigos mios, no lo dudeis: tiene ciertos

escrúpulos, pero cederá. No hay mas sino que, como el veneno del judaismo se ha infiltrado en las mas de las familias nobles, inclusa la del rey, no faltan consejeros que la disuadan: el mas poderoso está ya vencido, que es el cardenal; pero quedan otros secundarios, como son el maestresala Cárdenas, la marquesa de Moya y el obispo Fr. Alonso de Búrgos: estas gentes todo lo estorban, pues como dice la coplilla que por allí se canta,

«Cárdenas y el Cardenal,
la Marquesa y fray *Mortero*,
traen la córte al retortero.»

—Y es verdad! exclamó el padre Ojeda.

—Y no son ellos solos, continuó el abogado romano: tambien meten su cucharada los secretarios Fernan Alvarez y Pulgar el cronista; y como el diablo es pérfido y no duerme, hay hasta obispos de reconocido celo y virtud, que se oponen al establecimiento del santo tribunal de la fé, considerándolo atentatorio á su jurisdiccion. Por fortuna son los menos, y los mas pobres de espíritu. La oposicion de alguna importancia está entre la nobleza.

—Oh! Eso se comprende bien, repuso Diego de Merlo: en Andalucía por lo menos los nobles y los ricos serán los que mas se resistan, como que tienen porque temer. Pero eso mismo exige de nosotros la mayor perseverancia en nuestro santo propósito: el espectáculo impío y repugnante que ofrecen los cristianos de mas distincion, mesclándose con la mala raza de Judá, debe desaparecer, y esto será de nuestra parte y para con ellos mismos, una obra de misericordia. Les dolerá al principio, como duele al enfermo el tumor que se le corta; pero luego que se vean sanos de la lepra, nos bendecirán.

—Oh! si, es preciso limpiar la cizaña, que amenaza sofocar al trigo: hay que separar el tizon del infierno antes que pudra toda la era. Y ahora que me acuerdo, señor prior, continuó el abogado: ¿teneis ya reunidas las listas y genealogías de familias contaminadas, de que hablamos el otro dia?

—Tengo algunas, pero se está trabajando sin levantar mano en descubrir toda la inmundicia, contestó el P. Ojeda. Resultan cosas increibles, amigo mio. Pero, si os parece bien, dejaremos esto para luego: los hermanos legos de la Santa Cruz deben de estar aguardándonos, y probablemente nos traerán nuevos informes, que podremos reunir con los que ya tenemos.

—Sí, decis bien: pasemos á la iglesia.

Los tres jefes de esta liga religiosa se levantaron y salieron de la sacristía.

Si el lector recuerda la asamblea de la Perpétua Noche, descrita en la primera parte de esta historia, tendrá una idea del aspecto lúgubre que presentaba el templo gótico de San Pablo en esta ocasion. Una sola lámpara pendiente del arco toral delante del altar mayor difundia en el aire una luz opaca, é incapaz de disipar las tinieblas que se amontonaban en el fondo de la imponente nave; á un lado del crucero habia una gran mesa cubierta de negro tapiz, sobre la cual ardían cuatro velas de cera amarilla; en medio de estas se veian un crucifijo velado con un crespon, y delante una gran cruz de madera pintada de verde. Al otro lado y á lo largo de la nave divisábanse confusamente multitud de figuras humanas, unas sentadas en bancos, otras arrodilladas orando devotamente; unas vestidas con el hábito de Santo Domingo, y otras envueltas en túnicas moradas, y cubiertos los rostros con antifaces del mismo color, en forma de chias, que les cobijaban toda la cabeza.

El prior de San Pablo y sus dos compañeros avanzaron hasta los asientos, que se les habian preparado junto á la mesa, cuyos estremos ocupaban ya otros dos religiosos á guisa de secretarios, y despues de haberse arrodillado y orado un corto rato, se levantó el primero y pronunció con voz solemne y en tono de salmodía la fórmula convenida:

—*Exurge Domine!* (Levántate, oh Señor!)

Todos los congregados contestaron en coro, poniéndose en pié.

—*Judica causam tuam!* (Juzga tu causa!)

En seguida el prior hizo seña con la mano para que se sentasen los que quisiesen. Él permaneció en pié, teniendo á su izquierda á Domingo Centurion, que á su vez daba la suya á Diego de Merlo, quedando en medio de los dos.

—Hermanos nuestros en Jesucristo, dijo el reverendo padre: *Beati qui ambulant invias Domini*! Dichosos los que andan por el camino del Señor; dichosos los que cultivan su santa viña; dichosos vosotros, los que viviendo en el mundo, no os dejais arrastrar por sus pompas y vanidades, y abrazando la santa cruz, poneis en ella vuestra esperanza. Vosotros doce en número, como aquellos felices pescadores, que siguieron las huellas del Divino Maestro, estais destinados á pescar apóstatas y hereges, como los otros pescaban gentiles. La iniquidad ha velado la faz del Salvador; la penitencia y el santo celo por la exaltacion de la fé, pueden solo rasgar el velo que la cubre, y vosotros sois los instrumentos escogidos para entresacar la cizaña, que maltrata los sembrados del Señor. El dia de la justicia se acerca: *Dies ire*! Pero aun tenemos que luchar contra los ardides del demonio. Venid uno á uno, y renovad el juramento de secreto.

Los enmascarados fueron llegando á la mesa en buen órden y sin equivocar ninguno el turno que le correspondia, pues se hallaban constituidos á la manera de la tenebrosa hermandad de los judíos, que se suponia existente, y cuyos estatutos habian sido revelados al padre Ojeda por un penitente en el artículo de la muerte: cada hermano tenia su número, y nadie los conocia mas que el prior. Por este medio se queria evitar que ninguno de ellos fuese víctima de la animosidad herética, dejándoles plena libertad de obrar, sin temor á ningun compromiso: este sigilo aseguraba además el resultado de las investigaciones secretas, pues nadie sabia quien podia ser su acusador ante el terrible tribunal que se proyectaba.

El prior pronunció la fórmula del juramento, teniendo en la mano la cruz verde y presentándola á los hermanos, que venian á postrarse de rodillas delante de ella.

—Este es el signo de nuestra redencion: su color es el sím-

bolo de la esperanza; porque esperamos restituir su brillo y esplendor á la santa religion, única verdadera. ¿Jurais, hermano, sobre esta cruz, guardar secreto fuera de aqui con todo el mundo, incluso vuestro confesor, acerca de cuanto aqui veais, oigais y entendais, y de cuanto averigüeis que pueda interesar á la exaltacion de nuestra santa fé, y estirpacion de las heregías?

—Lo juro! contestaba el hermano.

—Si lo cumplis, continuaba el prior, sea premio de vuestra fidelidad la eterna bienaventuranza: si faltais á la fé jurada, que caigan sobre vos y sobre vuestros hijos todas las maldiciones del cielo; que vivais solo y errante sobre la haz de la tierra; que os nieguen el pan y el agua y todo trato humano, y que las llamas perdurables del infierno devoren, sin consumirla, vuestra alma, juntamente con vuestro cuerpo. Y si yo fuese el perjuro, que lo mismo me suceda.

—Amen! clamaba con sordo acento la asamblea entera.

De este modo juraron los doce primeros agentes ó familiares de la Inquisicion; despues de lo cual, y habiéndose tomado tambien juramento colectivo á la comunidad, continuó el padre Ojeda:

—Hoy, hermanos nuestros, es un dia fausto para los fieles cristianos.-Y añadió señalando al delegado del nuncio:-Tenemos en nuestra compañía al ilustre señor Domingo Centurion, abogado romano; quien os dirá cuanto place á nuestro Santísimo Padre Sisto cuarto el celo que demostramos por la purificacion de la fé.

—Amados hermanos, que asi puedo llamaros, dijo Centurion: el paternal corazon del Soberano Pontífice, al mismo tiempo que se ha contristado amargamente en vista de la relajacion de las buenas costumbres cristianas en estos reinos, se ha llenado de santo júbilo al saber que algunos buenos hijos de la Iglesia, poseidos de ardiente celo, han emprendido la grande obra de la estirpacion de la herética pravedad y apostasía. Su Santidad, consultado por los reyes de Castilla, acaba de espedir una bula, declarando que será obra piadosa, católica y grata á sus ojos, la

del establecimiento del santo tribunal de la Inquisicion.–Mas os diré, amados hermanos: el Soberano Pontífice, nuestro señor, intercede con Dios, para que favorezca esta empresa, y concederá indulgencia plenaria y remision de sus pecados á los que con celo la sirvan. Aparte de esto decide, que los bienes de apóstatas, judíos relapsos y hereges, se pueden y aun deben ocupar por los buenos católicos, sin cargo, antes con satisfaccion de sus conciencias, siempre que se destinen á personas y objetos dedicados al servicio de la fé.

Un murmullo de aprobacion reveló el contento que sentian los miembros de la hermandad. El delegado continuó:

—Sin embargo, aun faltan dificultades que vencer: todavía tenemos que luchar contra los ardides del demonio, como ha dicho muy bien el reverendo padre prior. Pero el sol desvanece las tinieblas, y el trabajo lento y constante abrillanta la tosca piedra. No ceseis de trabajar; ganad prosélitos para la causa del Señor, y con su ayuda venceremos.

—Asi sea! exclamó el prior.–Y añadió dirigiéndose á los hermanos:

—Ahora veamos el fruto de vuestros trabajos, durante la semana que acaba de espirar.

Los sócios fueron acercándose á la mesa y depositando en ella cada uno dos listas, marcadas con sus números respectivos.

Terminada la entrega de estos documentos, que contenian, los unos acusaciones, y los otros nombres de personas adictas al establecimiento de la Inquisicion, dijo el prior con acento solemne:

—Dios premie vuestros afanes, hermanos! Elevad los espíritus al Señor, para que os ilumine en las vias de su santo servicio.

Y se arrodilló: todos los demás le imitaron, permaneciendo un largo rato en oracion mental, mientras un lego de la órden apagaba las velas y la lámpara, reservando solo una luz, que fué á ocultar dentro de la sacristía.

En medio de la profunda oscuridad en que quedó el templo sonaron tres palmadas, y en seguida se efectuó un movimiento

sordo, como si cada individuo buscase en las tinieblas un lugar aislado y de antemano conocido. Cuando se restableció el silencio, resonó en las bóvedas la voz grave y robusta del prior, que entonaba el salmo *Miserere mei Dómine.*

—Un súbito estruendo muy semejante al del granizo, cuando en espeso turbion azota un cañaveral, siguió el primer versículo de aquel imponente cántico, á tiempo que toda la congregacion respondia con el segundo: *Et secumdum multitudinem.....*

Y este ruido seco y confuso continuó sin interrupcion hasta la conclusion del salmo. Entonces cesó de repente, y mientras el prior entonaba una antífona y una oracion, no dejó de percibirse un murmullo, como el que harian muchas personas vistiéndose á un tiempo.

Despues de un corto intérvalo apareció de nuevo el lego con la luz, y encendió la lámpara: todos los hermanos estaban en los mismos puestos que ocupaban antes de esta escena tenebrosa: faltaban empero muchos frailes, como tambien el prior, y sus dos compañeros, que se habian retirado á la sacristía: los demás fueron saliendo uno á uno, luego que concluian sus devociones.

Cuando el templo quedó desierto, el lego lo recorrió todo, mirando con cuidado las baldosas del pavimento, y limpiando con una esponja húmeda várias de ellas, que estaban salpicadas de sangre. Los fanatizados hermanos de la Cruz Verde se habian desgarrado sus propias carnes con los azotes; y era menester que fuesen hombres capaces de atormentarse á sí mismos, por ciego espíritu de religion, los que debian perseguir sin misericordia á los enemigos de la misma.

Entre tanto el padre Ojeda miraba con júbilo la cosecha de acusaciones y prosélitos que le habian recogido los hermanos.

—La obra marcha, decia; y marchará mas desde hoy. Vuestra presentacion, señor abogado, ha sido muy oportuna, y la bula de Su Santidad producirá buenos efectos. A ver si la reina se decide, y entonces podremos dar ostentacion á nuestros actos, y temblará el infierno.

—Para eso, contestó Centurion, pueden servir de mucho las noticias que me habeis prometido.

—Voy á entregaros ahora mismo las que tenemos reunidas. Pasemos á mi celda.

Diciendo esto, el prior recogió las listas que habia puesto sobre la mesa y guió á sus compañeros. Luego que llegó con ellos á la celda les hizo tomar asiento, y abriendo un armario, sacó de él un gran legajo de papeles, que desató y estendió encima de su escritorio.

—Ved aqui, dijo, lo que á fuerza de estudio y de profundas indagaciones ha descubierto hasta hoy nuestro hermano el padre Dávalos.-Estas son las genealogías de las principales familias de Castilla y Aragon: pocas hay que no estén contaminadas por la mala sangre, y es preciso convencerse bien de que el tiempo y la virtud las han purificado. Empezando por las mas ramificadas y poderosas, tenemos aqui, primero: la de Pacheco, que hoy abraza el marquesado de Villena, el de Villanueva del Fresno y el condado de la Puebla de Montalvan, por los tres hijos varones del difuuto D. Juan Pacheco, los cuales descienden línea recta de Ruy Capon, judío almojarife (*), por parte de padre; y por la madre de un moro convertido que se llamó Fernando Alonso: no tienen por donde el diablo los deseche. Además, el dicho D. Juan Pacheco casó nueve hijas entre legítimas y bástardas, y alguna de éstas se presume que sea nacida de mala parte, pues no se ha podido averiguar su madre.-Aqui hallareis los comprobantes por separado, y en esta otra carpeta los árboles de las doce casas que han emparentado con la de Pacheco, y son de las mejores, como Aguilar, Córdova y Ponce de Leon en Andalucía, Pimentel, Mendoza y otras en Castilla.

—Esto es terrible! murmuró Centurion examinando con ávido interés los documentos.

—Todo está probado, continuó el prior. Ved aqui ahora la otra rama de la misma familia: comprende al conde de Ureña

(*) Recaudador de rentas reales.

y al maestre D. Rodrigo Giron, que tienen tambien la tacha de Ruy Capon. Del mismo parece que proceden los condes de Castro Gonoz de Sandoval, y los Manriques de Nájera.–Observad otro escándalo mayor, prosiguió el reverendo padre, desdoblando un gran pliego:–El obispo de Palencia D. Pedro de Castilla, tuvo en una manceba llamada Isabel Droklin, judía, dos hijas, Constanza y Catalina: con ellas se enlazaron Ulloas y Sarmientos, y de aqui descienden por derivacion inmediata, los Lunas de Galaes y de Fuentidueñas, los Henriquez de Alcañices, los Bazanes, los Fonsecas de Toro y algun otro. Además, de la misma cepa nació un hijo, que fué llamado D. Alonso de Castilla, y de él proceden esta multitud de familias que llevan su apellido.

—Bien habeis dicho, que esto es escandaloso.

—Esperad, repuso el reverendo, cuyos ojos ardientes de entusiasmo, parecia iban á salirse de sus órbitas.–Ahora vereis cosas mas recientes: D. Alvaro de Zúñiga, prior de San Juan en Toledo, tiene una hija reconocida y se sabe que la madre es una conversa solapada de Consuegra, llamada la Sub. Esta hija ha casado con el conde de Fuensalida.–*Item*: ¿conoceis al secretario de la reina Fernan Alvarez de Toledo? su mujer es hija del doctor Talavera de Salamanca, el cual tiene otra casada con el señor de Cerralbo, y ambas se cree que son nada limpias: esto es muy interesante.–¿Y qué os parece del señor Pedro Arias y de su hermano el obispo de Segovia? son hijos de una judía, tabernera de Madrid.

—Amigo, exclamó Centurion: veo que sois digno de ser nombrado inquisidor general.

—No digais eso: ¿cómo he de ser digno, yo, miserable gusano, de tan alta gerarquía! exclamó el P. Ojeda con el tono de la mas profunda humildad. Y volviendo á sus mamotretas, continuó:–«Tambien son de suma importancia estas noticias, que me ha comunicado el reverendo padre fray Pedro Arbues de Zaragoza. Ved qué abominacion! El hermano bastardo del rey, D. Alfonso de Aragon, ha tenido trato con una judía, llamada María Juncos, por sobrenombre *la Coneja*, hija de un judío á

quien decian el Conejo; y de este coito impuro ha nacido un hijo, á quien han hecho conde de Rivagorza. ¿Qué os parece?-Aparte de esto, hay en Aragon, como podeis ver, otras nobles descendencias de Mosen Chamorro, converso dudoso, y de un trapero judío, llamado Beltran Cascon, de orígen francés (*).

Para no fatigar al lector, no seguiremos al padre Ojeda en sus minuciosas investigaciones genealógicas: bastará lo dicho para conocer el ardiente celo con que el buen prior de San Pablo habia emprendido sus tareas inquisitoriales, aun antes de ser nombrado inquisidor. Mientras él daba cuenta de sus trabajos preparatorios, el abogado iba recogiendo los papeles y empaquetándolos, como pudiera hacerlo un avaro con las onzas de oro, si bien procuraba disimular el júbilo que asomaba á sus ojos.

Concluida la enumeracion de estos curiosos descubrimientos, el prior comenzó á leer las listas que le habian entregado los hermanos de la Cruz Verde, cuyas revelaciones, ora razonables, ora descabelladas y absurdas, inflamaban el entusiasmo mas ó menos ortodoxo de los tres compañeros.

En el vecino pueblo de Alcalá del Rio, decia leyendo el padre Ojeda, falleció anteayer Lupian Sanchez, judío converso, y al morir, volvió el rostro hácia la pared.....

—Fatal indicio! esclamó Diego de Merlo. Ese Lupian era judío relapso.

«Su familia, continuó el prior, lavó el cadáver con agua caliente.

—Qué mas prueba? interrumpió el asistente: toda esa familia tiene rabo.

«Se ha observado, prosiguió el reverendo padre, tomando otro papel, que no sale humo por la chimenea de D. Pedro de Sotomayor los viernes por la noche, lo cual indica que no deja lumbre en su casa.

—Ese D. Pedro hace un año que vino de Portugal, observó

(*) Estos datos están tomados de una memoria escrita en el siglo XVI por el obispo de Búrgos, que los sacó de los archivos de la Inquisicion.

Diego de Merlo, y siempre me ha parecido sospechoso. No pertenece á los Sotomayor de Castilla, y su opulencia y boato revelan la mala sangre. Ademas tiene en su casa una sobrina, que viste con mas lujo que una reina, y que sin duda con hechizos y sortilegios, (porque no puede ser de otra manera) trae revueltas las cabezas de toda la noble juventud de Sevilla. Ella fué la que dió aquel escándalo en las fiestas que se celebraron por el nacimiento del príncipe D. Juan; la que arrojó el ramo de flores al palenque, para que las fieras devorasen á un tan buen caballero como D. Manuel Ponce de Leon. Es menester no perderles la pista.

El prior siguió leyendo para sí, y de pronto arrugó el ceño y le tembló la mano.

—Qué tenemos? Otro descubrimiento importante? preguntó Centurion, acercándose á mirar por encima del hombro del religioso.

Este habria querido esconder el papel; pero era ya tarde, y repuso:

—Si, es importante; porque prueba el celo de nuestros delegados. Oid! oid!

«El reverendo Padre fray Alonso de Ojeda, prior del monasterio de dominicos de San Pablo, tuvo en sus mocedades trato con una judía llamada Raquel, en la cual enjendró una hija.»

—Pero eso será falso, dijo el asistente.

—No, amigos mios, es verdad; y el hermano que me acusa, merece por su valentía ser nombrado primer familiar del Santo Oficio.

—Pero vos.....

—Sí, yo cometí ese horrible pecado! Por él fuí á pié y descalzo á postrarme á las plantas del Santo Padre, y obtenido el perdon, vine á llorar mi culpa en este claustro. Veinte años hace que rompí los lazos que me tendió el demonio, y aun hoy recuerdo esa historia, como una espantable pesadilla: todavia no se ha tranquilizado mi conciencia; y si la mujer que me perdió viviera, y si el fruto maldito de su vientre apareciese, yo mismo sería su

juez, yo entregaria á las llamas la madre y la hija; y si esto no bastase, me sacrificaria con ellas, en expiacion de mi delito!

Pronunciaba el prior estas palabras con una exaltacion frenética: temblábale la barba, y los ojos inflamados le giraban en las órbitas: era su acento el de la conviccion; diríase que su espíritu, mucho tiempo atormentado por terrores supersticiosos, ansiaba en aquel momento desatarse de los lazos de la carne.

Domingo Centurion y el asistente procuraron tranquilizarle, pero en vano; pues el recuerdo de aquel periodo lejano de su vida parecia presentarse á su imaginacion como una estela sangrienta, y acaso era el motivo que mas le enardecia contra la raza de Judá. Por último, deseando quedarse solo, el prior hizo un esfuerzo de voluntad, y dijo con voz serena:

—Es ya muy tarde, amigos mios: si quereis quedaros á dormir en esta santa casa, se os dispondrán buenos lechos; pero no os detengais mas por mi causa. Otro dia os contaré despacio la historia de mi abominable juventud, y vereis que necesito para borrarla llorar lágrimas de sangre. Hoy es ya tarde.

El abogado reiteró sus palabras de consuelo, asegurando al prior que el arrepentimiento y la penitencia bastan para borrar el pecado, y se despidió de él, cuidando de recoger sus papeles. El asistente le apretó la mano con espresion bruscamente afectuosa, y ambos se retiraron.

Luego que el Padre Ojeda quedó solo, permaneció mucho tiempo sentado en su sillon con el rostro apoyado en las manos y las manos sobre el bufete. Al cabo se levantó con violencia exclamando:

—Carne rebelde! Todavia pretendes dominarme! Qué demonio del infierno me ha traido ese odioso recuerdo?

En seguida se puso á rezar, paseando, y luego se acostó; pero no pudo dormir en toda la noche.

Quedaba algo del hombre en aquel ser petrificado para el sentimiento.

—



CAPITULO III.

Ni cristianos ni judíos.

NADIE sabia la verdadera historia de Pedro de Sotomayor; y por lo mismo desde el asistente de Sevilla hasta el mas miserable zapatero, todos hablaban de él, suponiendo acerca de su vida y costumbres, lo que no habian podido averiguar.

Tenia empeño este hombre en vivir aislado del mundo, y el mundo parecia empeñado en sacarle á su tumultuosa palestra.

Poco mas de un año hacía, en esta época de nuestra historia, que se presentó en Sevilla con una jóven de ventiun años, hermosa como un sol; encontró una vieja casa inhabitada, por miedo á los duendes, que diz habian establecido en ella su morada, la cual estaba en un estremo de la ciudad cerca del rio; compróla por poco dinero, le hizo algunos reparos, y se encerró allí, á pasar la vida tranquila. Solamente los domingos y dias de fiesta salia por la mañana temprano á oir misa en un oratorio cercano, acompañado de la hermosa jóven y de dos venerables dueñas, que habia traido consigo, juntamente con un esclavo negro: éste iba

despues á cumplir con la obligacion religiosa, y los lúnes compraba las provisiones necesarias para toda la semana. Lo demás del tiempo la casa permanecia cerrada y silenciosa, como un sepulcro.

Pedro de Sotomayor vivia feliz de esta manera, y no parece que haya razon para que nadie lo estrañase, ni mucho menos para que se pusiese empeño en estorbar su gusto, que tenia sobre otros la ventaja de no molestar á ningun alma viviente. Sin embargo, es condicion de la naturaleza humana la tendencia á la tiranía: todos queremos que se nos deje completo nuestro libre alvedrío, y cuanto mas gozamos de él, tanto mas nos incomoda la liberad agena, mientras abusamos de la nuestra. El hombre pasa la vida en romper yugos y en forjar cadenas, y esta es la tela de Penélope, la historia de todos los siglos. Pedro de Sotomayor no pudo disfrutar mucho tiempo de su rara felicidad.

Los muchachos dieron en llamar á su puerta, solo porque la veian cerrada, y en tirar piedras á su jardin, porque su única diversion èra tenerlo limpio y bien labrado. No le gustaba que ojos profanos, y en particular de gente baja, se recreasen mirando á su linda compañera; y por lo mismo, ya que el celoso manto la cubria cuando á misa iba, mozuelos atrevidos asaltaban las tapías de su huerto, para sorprenderla cuando por él triscaba gozosa. Parábase la gente á oirla cantar, que lo hacía con mucho primor, aunque por lo comun en una lengua estranjera, y al concluir la remedaban con groseros ahullidos.

El vulgo, amigo de zaherir lo que se resiste á su penetracion, aventuraba las mas estravagantes suposiciones acerca de los forasteros, y siempre que salian á la calle, los rodeaba con impertinente curiosidad. Pedro de Sotomayor era un anciano de ochenta años, que habria merecido respeto por sus canas y noble porte en cualquiera otra circunstancia; pero habiéndose revestido de misterio, se reparaba en su pequeña estatura y en el largo balandran que le cubria; chocaban sus crecidas y encrespadas cejas, que casi le ocultaban los ojos; su mirada profunda y recelosa se tenia por de mal agüero, y hasta su desmedida

barba gris era objeto de comentarios. Decian unos que tenia trazas de usurero, y aun el epíteto de judío se escapaba de algunos labios: hubo quien advirtiese que usaba gorro puntiagudo, (acaso para taparse la calva), y se inferia de aquí que debia de ser astrólogo, con sus puntas de hechicero. Esta suposicion adquirió crédito por algun tiempo, y no faltaron personas que se compadeciesen de la hermosa doncella, que llegó á ser elevada hasta el rango de princesa encantada. El esclavo Etiope y las dos dueñas contribuian á mantener esta singular ilusion.

De aquí provino que acudiesen, como las moscas á la miel, muchos jóvenes *desfacedores de entuertos*, á desencantar á la dama misteriosa, siendo ellos, por su desgracia, los que salieron encantados.

El buen viejo conoció muy pronto que por querer aislarse del mundo, iba llamando sobre sí todas las miradas, y resolvió lanzarse á su torbellino, para confundirse entre la multitud, y poder gozar en medio de ella de su ansiada soledad. Presentóse en todas partes: llevó á la jóven á los espectáculos públicos, trató con afable cortesanía á sus galanteadores, dejando á la prudencia de ella el tenerlos á raya; y á los que desearon satisfacer su curiosidad, les dijo: que se llamaba Pedro de Sotomayor, que era hidalgo portugués, y tio de la jóven, la cual tenia por nombre doña Brianda; que muertos los padres de ésta, y siéndola nocivo el clima de Portugal, habia vendido sus bienes y venido á establecerse al saludable pais de Andalucía.

Tales eran las noticias que de sí mismo y de su familia daba aquel hombre singular. Mas á pesar de esto y de la aparente franqueza con que se entregaba al trato social, no consiguió verse libre del asedio que la malicia humana habia puesto á su libertad interior. Sus riquezas despertaron la envidia de los hombres, y la hermosura de doña Brianda encendió el ódio de las mujeres. Dudóse de cuanto se sabia de ellos por ellos mismos: el fanatismo religioso de la época se mezcló con otras pasiones mas profanas para acusarles de faltas imaginarias, y en el concepto del vulgo de alto rango, el anciano era algun judío espulsado

de otros reinos por su avaricia, y la princesa encantada se convirtió en una linda hechicera que pervertia con sus maleficios á los jóvenes nobles cristianos. Preciso es reconocer que aquella jóven tendria muchos envidiosos y rivales.

Ya hemos visto en los capítulos precedentes que, segun Juan del Prado, eco fiel de los rumores populares, suponíase que doña Brianda fuese hija de la bruja de Cazalla, pues por ella se volvian locos los hombres; como tambien que un hermano de la Cruz Verde habia observado que no salia humo por la chimenea de Pedro de Sotomayor los viérnes por la noche; prueba clara de que no dejaba lumbre para el sábado. Acusaciones mas terribles pesaban ya sobre el amigo de la quietud solitaria.

Decíase, que doña Brianda de Sotomayor no amaba á ninguno de sus adoradores, proponiéndose solo atormentarlos, que el viejo del balandran compraba corderos y otros animales para matarlos en su casa y comer su carne: indicio vehemente de judaismo; y que si frecuentaba la iglesia con su familia, era para encubrir su mal pecado y burlarse de los misterios de la fé cristiana, ó acaso para cometer mayores abominaciones.

Para saber lo que habia de verdad en todo esto, menester será que nosotros contrariemos tambien la voluntad de Pedro de Sotomayor, penetrando en el sagrado de su hogar doméstico.

Cuando el asistente de Sevilla despues de despedirse del padre Ojeda, se retiraba á su palacio, seguido de un brillante acompañamiento de hombres armados, oyó al estremo de una calle ruido de espadas, y recelando algun trágico suceso, corrió para evitarlo hácia el lugar de la lucha. Pero llegó tarde, y solo alcanzó á ver á la luz de la luna, próxima á terminar su carrera en el occidente, la figura de un embozado, que dirigia sus pasos presurosos hácia el Guadalquivir: mandó á los de su escolta que le siguiesen; hiciéronlo así, mas al llegar á la orilla del rio, no encontraron á nadie, y únicamente observaron, como indicio del fugitivo, una ligera barca, que hendia las aguas, cortando la corriente; un hombre remaba, y otro iba en pié sobre el esquife.

Entre tanto, Diego de Merlo hacía levantar del suelo á un jó-

ven bien portado, que yacía herido, y al parecer sin vida: y reparando que alentaba todavía, mandó llamar á la casa mas inmediata, para que se le administrasen algunos auxilios. Aquella casa era la de D. Pedro de Sotomayor.

A los golpes que daba en la puerta uno de los criados del asistente, salió el negro y abrió, no sin dar antes aviso á su señor; el cual se presentó solícito, al saber lo que pasaba, y con un celo caritativo, que nadie habria esperado de su ágria catadura, se apresuró á ofrecer su propio lecho para el herido, á quien examinó préviamente con la atencion de un hombre esperto en el arte de curar.

Durante este exámen, Diego de Merlo fijó la vista en las facciones contraidas del jóven, y exclamó:

—Ira de Dios! Es mi sobrino Adriano!

—Tranquilizaos, señor asistente, dijo el viejecillo: poseo algunos conocimientos en medicina, que aprendí en la universidad de Coimbra, y espero salvar la vida á vuestro sobrino.

Éste fué conducido á la habitacion de Pedro de Sotomayor, el cual tuvo cuidado de impedir que subiese mas gente de la indispensable, pretestando el silencio y la quietud que necesitaba el herido, y habiéndolo colocado en la cama, despidió á todos, quedándose solo con el asistente.

—Descuidad, descuidad,-le decia con voz muy queda, mientras descubria la herida y la vendaba, vertiendo en ella algunas gotas de un bálsamo, que habia sacado de un armario de cedro. -Entiendo algo de esto, y me parece que no hay grave peligro. -¿Veis? Ya abre los ojos, y quiere hablar; pero no conviene que se esfuerce en este momento.

—Sin embargo, repuso Diego de Merlo: es menester que nos diga el nombre del agresor. Adriano, hijo mio: ¿quién te ha herido?

El jóven hizo una seña negativa con la cabeza.

—No lo sabe, prosiguió el anciano. Dejadle, dejadle reposar: mañana podrá deciros lo que sepa.

El asistente se apartó del lecho, y saliendo á la estancia de

D. Pedro, la examinó con ojo investigador. Nada vió en ella que debiese causarle estrañeza: muebles machuchos, como se usaban en aquella época, un estante con gruesos libros en fólio, una mesa de estudio, tapices historiados, representando varios pasages de la Biblia, y el armario de cedro cerrado, que contenia medicamentos, era todo cuanto allí habia. Sin embargo, el preocupado instigador de la Inquisicion observó tres cosas. 1.ª Que los ornamentos de la cama y del amueblage en general eran demasiado ricos: 2.ª que su dueño practicaba las ciencias naturales; y 3.ª que faltaba un crucifijo sobre la mesa ó en la alcoba, omision imperdonable para un buen cristiano. En cambio reparó que en el estante, y entre Aristóteles, Plinio y Avicena estaban el *Nuevo Testamento* y la *Suma* de Santo Tomás, lo cual no dejó de parecerle una profanacion, aunque por otra parte atenuó el mal efecto producido por la falta del crucifijo.

El anciano interrumpió á Diego de Merlo en sus investigaciones: presentóse con el dedo índice en los labios y andando de puntillas, para recomendar el silencio, y reiterando al asistente en voz baja la seguridad de la cura, le obligó con buenos modos á despedirse.

Luego que se vió libre de huéspedes importunos, D. Pedro volvió con mucho tiento á la alcoba y observó al herido. En seguida salió á la pieza de estudio y comenzó á pasearse con impaciencia, murmurando palabras ininteligibles. Por último se sentó echándose de codos sobre la mesa, con aire meditabundo, y exclamó:

—Santo Dios de Abraham! Qué nuevas tribulaciones guardas á tu humilde siervo Isahak Sephardi....? Señor, señor! Ten misericordia de mi! He pecado en tu presencia; he apartado mis pasos del Tabernáculo santo y entrado en la casa del falso Mesías; pero tú, Señor, conoces mi intencion, y la malicia de los hombres.

Al decir esto se levantó sobresaltado: un suspiro del herido era la causa de su agitacion.

—Me habrá oido? murmuró.

Y entró de puntillas en la alcoba; pero encontrando al enfermo tranquilo, y dominado por el sopor que le habia producido la medicina, volvió á salir con semblante sereno.

—Desgracia! desgracia mia! exclamó luego. Si ese mozo fallece, me atribuirán su muerte: si le salvo, cundirá la fama de mi ciencia, y esos ignorantes que me acusan de hechicero verán en ella el fundamento de sus vanas quimeras. Hombres! hombres! Solo uno he hallado en el mundo: aquel honrado genovés, aquel Cristóbal Colon, que buscaba la ciencia por ser ciencia, y que era cristiano cual ninguno, sin ser fanático. ¡Lástima que tuviese la manía de encontrar la supuesta Antilla de Aristóteles ó la isla de San Borondon! Pero era un hombre! Espíritu elevado, corazon de ángel.... Los demás.... ¿qué son? Miseria y vanidad!

Durante este monólogo empezó á clarear el dia. Isahak Sephardí, (pues asi habremos de llamar al anciano, ahora que conocemos su nombre), abrió la ventana de su aposento, y dijo, mirando al cielo:

—Bendita sea la luz y quien nos la envia!

Y prosternándose con profundo recogimiento, rezó las oraciones de la mañana. En seguida tomó del estante el libro, que aparecia rotulado como si fuese el *Nuevo Testamento*, lo besó y leyó largo rato en hebreo. Aquel libro era el *Talmud* ó ley judaica, disfrazado, como su dueño, con un nombre cristiano. Isahak confiaba mucho en la ignorancia de los hombres, y no temia que hubiese alguno capaz de descifrar los caractéres caldeos de aquel libro escrito de su mano.

Acababa el mísero anciano su lectura, cuando llegaron á su oido los alegres gorgeos de una jóven, que cantaba como los gilgueros al primer albor de la mañana.

—Que hace esa desdichada Noemí! prorrumpió Isahak cerrando el libro. Quiere perderme?

Y se dirigió hácia la puerta de la estancia: pero en aquel momento se oyó en la alcoba un gemido, acompañado de algunas palabras entrecortadas; y el pobre viejo se quedó indeciso en el umbral. Por último resolvió acudir primero al herido. Al

verle éste, fijó en él sus ojos inflamados por la fiebre y exclamó:

—Ah! Sois vos? A dónde me han traido?

Y el nombre de Brianda espiró en sus labios.

—Calma! calma, jóven, dijo Isahak: si os quereis morir, tiempo tendreis de sobra. Dejaos curar ahora.

—No quiero morir, no, repuso el jóven. ¿No es *ella* quien cantaba hace poco?

—Estais delirando, replicó el viejo: si teneis ganas de vivir, no hableis una palabra.

Y esto diciendo tomó un estracto que habia puesto la noche antes sobre una mesa, y administró al herido algunas gotas de el como bebida; hecho lo cual, permaneció observándole, hasta que vió que cerraba los ojos, y que un sudor copioso le bañaba la frente. Salió entonces del dormitorio, y se dirigió á la puerta de su aposento murmurando:

—Esto solo nos faltaba, santo Adonay! Ese botarate es uno de los zánganos que pretenden á Noemí.

Sin detenerse un momento Isahak pasó á lo largo de un corredor, y se encaminó á un pabellon saliente, situado en el estremo opuesto del edificio, con ventanas al jardin; y á medida que á él se aproximaba, crecia su impaciencia, porque se oia mas clara y distinta la voz de la jóven cantora. Cuando llegó á la puerta, mas bien corria que andaba, y dando en ella un golpe precipitado, hizo cesar el canto de repente.

Aunque estaban dentro las dos dueñas que servian á Noemí, ésta fué quien abrió. Nunca la imaginacion ni el pincel podrán reproducir exacta la imágen de aquella linda criatura, tal como apareció á la vista del anciano. Seria fácil pintar su cuerpo esbelto y perfectamente formado, sus facciones de una regularidad clásica, sus magníficos ojos negros y hasta el caprichoso abandono de su trage y tocado; pero no la gracia, la vivacidad, la desenvoltura fina y centellante de toda su persona; ese no sé qué admirable y arrobador que está dentro del ser viviente, que irradía en el semblante, en la palabra y en los movimientos; el alma de la belleza, en fin, que se escapa á todos los es-

fuerzos combinados del arte, y que es como la agitacion de la llama, como el curso de una fuente, como la onda trémula de un sembrado de lino en flor.

Noemí dormida ó muerta habria parecido una obra maestra de Apeles: Noemí viva y despierta era la belleza ideal.

El avinagrado rostro del anciano cambió instantáneamente de aspecto al contemplarla, como un dia de invierno se torna risueño y alegre al disipar el sol las nieblas.

—Bendita seas, hija de Raquel, dijo Isahak Sephardí.

Noemí le abrazó con una coquetería encantadora, y él la besó en la frente, despues de lo cual, hizo un ademan imperativo á las dueñas, que se apresuraron á salir.

—Estás hermosa, continuó el anciano, como la palma de Lion, como la azucena fragante, cuando abre su cáliz al amanecer. Oh! Dios te libre de mal, hija mia!

Y al decir esto, volvióse á nublar la faz del viejo.

—Qué mal puede sucederme, abuelito mio, mientras vos me vivais? preguntó la jóven, acariciando á Isahak.

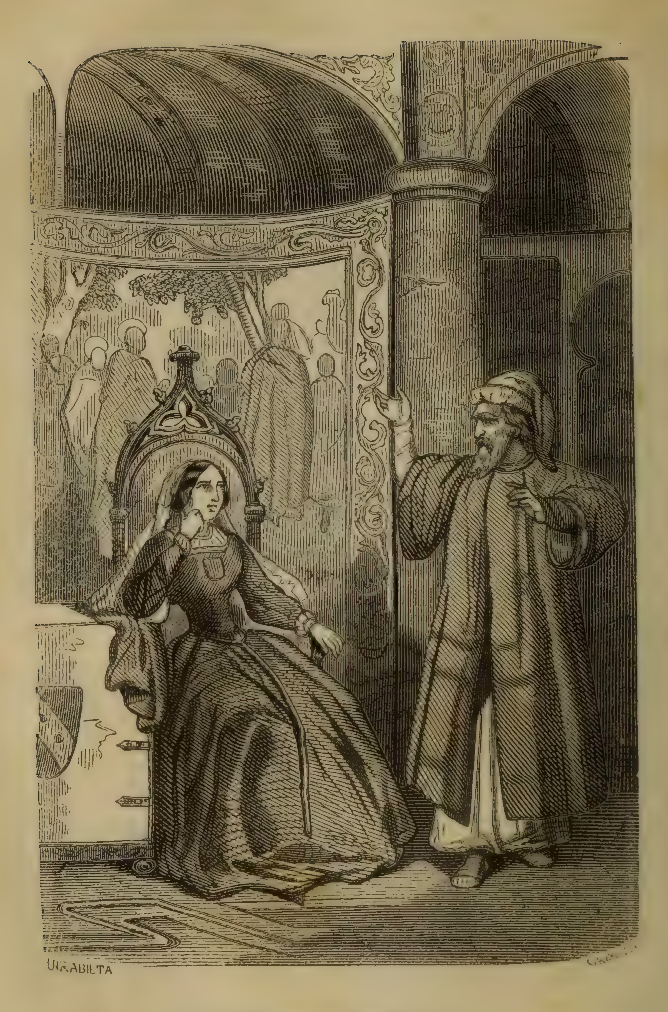
—No quisiera afligirte, Noemí, porque tu alegría es el consuelo de mi ancianidad. No tengo mayor dicha que la de ver deslizarse tu vida, placentera y libre de cuidados, hija de mi alma; pero es preciso que me oigas alguna vez con seriedad. Nuestra posicion en el mundo es la de la hoja desprendida del árbol, que el menor viento la arrastra.

—Oh! Estais melancólico esta mañana, repuso la jóven atrayendo á su abuelo hácia su tocador, y arreglándose el cabello. ¿Quién piensa en lo porvenir? Hoy nos alumbra el sol radiante y puro, las aves cantan, el aura murmura en las hojas.... Vivamos felices amándonos. Venid y os cantaré el *Triunfo de Judit*, que tanto os agrada.

Y se dirigió hácia una magnífica arpa de ciprés con embutidos de nacar y oro, que habia en un estremo de la estancia. Pero Isahak corrió á detenerla, diciendo:

—No cantes, Noemí, no cantes.

—Por qué no, señor? Pues qué sucede?



Nunca hallaremos paz, hija mia.

—No has oido cuchilladas esta noche? No has sentido llamar á nuestra puerta?

—Las finas cejas de la jóven sufrieron una rápida contraccion, que fué seguida de un ligero encogimiento de hombros.

—Ven, hija mia, continuó el anciano. Siéntate, y óyeme con atencion.

Hizo Noemí lo que le mandaba su abuelo, el cual prosiguió de esta manera:

—Noemí, tú sabes una parte de nuestras desventuras; sabes que el deseo ardiente de acabar mis dias cerca del lugar donde reposan las cenizas de mi padre, me ha hecho venir á Sevilla, despues de un largo destierro; y sabes, en fin, que siendo buenos israleitas en el fondo del alma, nos vemos obligados á vivir separados de la comunion hebrea, y á fingir que somos cristianos, para evitar el rigor de las leyes, que pesan sobre nuestra raza: pero ignoras, hija mia, las causas que nos han traido á tan deplorable estado.

—Esas causas no nos importan ya. ¿De qué sirve recordar las penas pasadas?

—Sirve para precavernos de su repeticion en lo venidero. Nunca tendremos paz, hija mia; nunca habrá para nosotros reposo, mientras no consigamos engañar á los hombres con apariencias frívolas: ellos lo quieren así; ellos, que en su soberbia, pretenden subyugar la conciencia. Escúchame y aprende: antes que tú nacieses era yo sacerdote y juez de mi pueblo en la aljama de Córdoba. Por aquel tiempo las persecuciones y las apostasías de algunos sábios rabinos habian exasperado el celo, tal vez imprudente, de nuestros hermanos, que comenzaron á vengar la bárbara opresion que sufrian, sacrificando á su furor víctimas inocentes. En Sepúlveda, en la Guardia y otros puntos fueron crucificados varios niños cristianos, sacándoles el corazon: yo reprobé tan horribles actos de barbárie, y esto me atrajo el ódio de los fanáticos. Se habia fundado una vasta hermandad para sostener la religion de nuestros mayores, y resistir enérgica-

mente los ataques de sus enemigos: entré en ella, como era mi deber, y me ligué con terribles juramentos.

«Tu madre era entonces una jóven hermosa como tú. Mi amor hácia ella era estremado.» ¿Pudo Dios castigarme por esto? Sin duda, pues fuí débil con ella, hasta el punto de consentirla un amante de la raza enemiga. Pero, ¿qué habia de hacer? Cuando lo supe, ya vivias tú en el seno de Raquel. Sólo puse mi cuidado en ocultar la flaqueza de mi hija: en vano intenté obligarla á renunciar á sus amores: me contestaba que antes se haria cristiana, que dejar de amar á su cómplice. A poco naciste tú, y crecieron mis tribulaciones: era menester sustraerte á las iras de un pueblo intolerante. Mi fiel esclavo Aberroes, ese pobre negro que tanto nos quiere, buscó para tí un asilo en la sierra de Cazalla.

«Pasó algun tiempo: David, hijo de Abraham, rabí de Sevilla solicitó á Raquel por esposa, y se la negué. David me acusó ante el consejo de los ancianos de conspirar contra los judíos: descubrió los amores de tu madre y el consejo declaró que, si en el término de treinta dias no me sinceraba de los cargos que se me hacian dando la muerte al amante de Raquel, muriese ésta, y yo fuese arrojado del seno de Judá. Oh! No quiero afligirte, Noemí; pero es preciso que sepas cuantos males cayeron sobre nosotros por el desliz de tu madre. La hermandad en que estaba yo afiliado tenia las mas terribles atribuciones: los padres debian sacrificar á sus hijos infieles á la causa del pueblo hebreo, y yo no podia sustraerme á este bárbaro deber: el veneno y el puñal aleboso estaban suspendidos sobre nuestras cabezas. Para salvarme, necesitaba quitar la vida á tu padre ó hacerle abjurar su fé, y ni aun así aseguraba la existencia de Raquel; porque la sospecha y la duda nos perseguian siempre. Ella intentó inclinar el ánimo de su amante hácia nuestras creencias: no pudo conseguirlo, y entonces le reveló el peligro que le amenazaba, y le aconsejó que huyese.

—Y dejó á mi madre abandonada!

—Él no sabia el riesgo en que se hallaba tu madre, ni podia

salvarla aunque lo hubiese sabido: la ley cristiana condenaba á los dos á la hoguera. Se ocultó, pasaron los treinta dias, y se me comunicó la sentencia cruel del Gaon de Castilla, mandándome envenenar á mi hija en presencia del consejo de los ancianos, y salir inmediatamente del reino. En tan duro trance concebí el pensamiento de oponer á la crueldad el engaño. Pedí que me concediesen un dia y una noche para llorar á mi hija, y dejarla sepultada en el sepulcro de sus abuelos; pero me contestaron que solo podian permitir que estuviese una noche el cadáver sobre la tierra bendita del cementerio, debiendo ser luego arrojado al rio, para pasto de los peces. Me conformé, y dí á beber á tu madre un narcótico, cuyos efectos aparentes en nada difieren de los de la muerte. Pero, cuánto sufrí al ver á mi amada Raquel pasar por los trances de la agonía! Ella, ignorando mi ardid, padecia mas que yo, creyendo recibir la muerte de mi mano. Los ancianos presenciaban este bárbaro sacrificio con semblante sereno.

«Ah! Con razon aborrezco á los hombres de mi raza! continuó el anciano, exaltándose. No quiero trato con ellos, pero deseo vivir y morir en la ley de mis padres. Yo pude, abjurando esta ley, como tantos otros, acojerme al amparo de los cristianos, pero jamás incurriré en la maldicion de Dios, aunque me cueste la vida. Y luego, ¿qué habria conseguido? No son hoy mas aborrecidos de nuestros opresores los conversos que los mismos judíos?

—Y por último, señor, dijo Noemí: ¿pudísteis salvar á mi madre?

—No, hija mia: cuando á la madrugada fuí á buscarla, para huir con ella, no estaba ya en el panteon, donde habia quedado depositada. Sin duda la arrojaron al rio, antes que yo llegase.

Dijo el anciano estas palabras sollozando, y la veleidosa Noemí prorrumpió en amargo llanto.

—Lloras, Noemí querida! exclamó Isahak. Oh! Por qué he venido á turbar tu alegría, que es la felicidad de mis postreros años? En veinte que han pasado desde aquel acontecimiento fu-

nesto mucho he sufrido, pero nunca tanto como ahora que te veo afligida. Pero era preciso que acabases de comprender lo anómalo de nuestra situacion: yo te recogí niña de dos años, contigo pasé á Granada, luego á Italia, despues á Portugal, y en todas partes fuí mal recibido de mis hermanos, y tuve que huir del ódio y el desprecio de mis enemigos; enemigos á quienes nunca hice mal. Rechazado de Israel, dejé de frecuentar la Sinagoga; ni judío, ni cristiano, adoré á Dios, segun su Santa ley, en el fondo de mi conciencia, y me aparté de los hombres porque todos mienten delante de él. Pero, hija mia: ¿de qué sirve buscar la quietud en la soledad? Los hombres, que no consienten nuestra compañía, no quieren sufrir tampoco nuestro aislamiento. Por eso vivimos solos en medio de su muchedumbre, despreciándolos y lisonjeando su vana ignorancia.

—Y yo vivo contenta, señor, dijo Noemí, rodeando con un brazo el cuello de se abuelo, y jugueteando con su cana barba. No creo que ya turbe nadie nuestro reposo.

Isahak meneó la cabeza con aire de duda.

—Esa era mi esperanza cuando me decidí á volver á Sevilla. Me habian hablado de una reina benéfica, santa y justiciera, que protegia la tranquilidad de todos sus súbditos, y amparaba á los débiles: y no dudé que respetando yo las leyes civiles y religiosas, se respetaría mi independencia. Pero, ¡ay! Los pecados de nuestro pueblo tienen irritado al Señor, y todo me anuncia grandes calamidades. Mis antiguos hermanos ya no me conocen; pero los *egipcios* me señalan con el dedo. Un rumor de tempestad se levanta, y el rayo de la cólera divina está próximo á caer sobre los tránsfugas de Israel. Por eso, hija mia, nunca mas que ahora necesitamos obrar con prudencia.

—Decidme lo que debo hacer: bien sabeis que soy esclava de vuestra voluntad.

—Lo sé, amada mia: pero los deberes que yo te impongo son muy duros para una jóven hermosa. No podemos dar un paso sin que importunos admiradores de tu belleza nos asedien, y la fatalidad los introduce en nuestra propia casa.

—No es mas que eso? replicó la jóven con una franca sonrisa. Dejadles penar. Yo me burlo de sus amores.

—Quiera Dios que siempre pienses asi, repuso el israelita; pero eso tambien tiene sus peligros: la pasion desespera, y el amor se trueca en ódio. Si entre esos jóvenes encontrásemos un protector poderoso, sería menos precaria nuestra suerte.

—Uno hay, señor, que es gallardo y leal, y á poderoso pocos le ganan.

—Su nombre..... dime su nombre.

—Don Manuel Ponce de Leon.

El anciano respiró como si le aliviasen el corazon de un gran peso.

—No piensa en el herido. dijo para sí.-Pero, repuso en alta voz; ese D. Manuel no se acuerda mucho de ti: hace bastante tiempo que no le veo.

—Es verdad, contestó la jóven con distraccion.

—Mas vale así, repuso el viejo alegremente: al cabo, el amor de un cristiano solo podria traernos desgracias, y tú no debes renunciar á la dicha de perpetuar nuestra raza. Serás una vírgen consagrada al Señor en holocausto, para que nos perdone nuestras culpas. Soy rico; mis tesoros no se agotarán en toda tu vida, y aunque yo falte, la pasarás feliz.

Asi este viejo singular, amando estraordinariamente á su nieta, la sacrificaba á su egoismo y á su tenacidad religiosa, pues nada le habria sido mas fácil, para vivir tranquilo, que renegar sínceramente de su fé, y abrazar el cristianismo sin doblez. Pero acaso era esto un imposible para su conciencia, y preferia el aislamiento y los contínuos sobresaltos á la felicidad tranquila y á la estimacion pública. ¿Era esto virtud? era una estravagancia! Júzguelo quien tenga creencias, aunque sean erróneas, hondamente arraigadas en el corazon.

—Si, hija mia, continuó Isahak, debes despreciar á los hombres, porque no hay ninguno que sea digno de tí. Ahora escucha: esta noche pasada han herido á un jóven cerca de aqui:

ese jóven está en casa, y ha sido confiado á mis desvelos: es menester que te prives de cantar por algunos dias: no vayas tampoco á mi aposento, pues con el ruido pudiera peligrar la vida del enfermo. ¿Entiendes?

Qué fastidio! No poder cantar! exclamó Noemí. Está bien, señor: haré lo que me mandais.

Seguro el anciano de la obediencia de su nieta, la besó con mucho mimo, y se retiró al lado del jóven herido, que dormia, soñando con Brianda de Sotomayor.





CAPITULO IV.

En que el autor pierde y vuelve á encontrar el hilo de esta historia.

Faltan algunas hojas al antiguo manuscrito, de donde hemos estractado este periodo de nuestra historia, y no sabemos si el padre Ojeda contó á sus amigos lo que les habia prometido. Es probable que asi lo hiciese, mas por nuestra parte no lo podemos afirmar, ni negar, pues terminado el episodio que dejamos transcrito en el capítulo precedente, encontramos una página en que se lee lo que sigue:

«Aquel anyo, que era el de 1480 de nuestra salvacion, el «noble cavallero Diego de Merlo, asistente de Sevilla fizo una en-«trada por tierra de moros, é la cosa passó de esta manera. Fué «assi que andando los moros de Ronda é del Val de Cártanea «muy desasosegados, facian danyos cuantos podian en los cris-«tianos; é no lo pudiendo sufrir este cavallero, ca es muy hon-«rado y temeroso de Dios, ayuntó muncha gente darmas de su «acostamiento, é salió á *merodear*, entrando de rebato, á hurtos

«y acometiendo de improviso. E magüer las treguas que habia «concertado por el conde de Cabra, combatió á Villarluenga. «que es lugar muy fuerte en la Serranía, é púsose delante de «Ronda, é derribó una torre que y estaba fuera del muro, é tor- «nóse á Sevilla con grand presa que ganó é munchos cativos; «todo lo cual fizo en buena ley, ca non assentó Real, nin llevó «banderas tendidas, nin sonó trompetas, nin combatió castillo «ó fuerza por mas de tres dias; como es lo mandado en tiempo «de treguas; que de no seer estas mayor estrago ficiera en ser- «vicio de Dios...... E con el dicho senyor asistente iba en esta «entrada su sobrino Adriano, aquel mozo que firieron meses «atrás en celada de amoríos, bien que esto non está acredi- «tado.....»

Y luego continua el manuscrito hablando «de cómo el senyor Domingo Centurion passó á Toledo, é de lo que trabajó en pró de la Sancta Inquisicion.» Pasemos tambien nosotros á Toledo, siguiendo al bien informado historiógrafo, mientras no hallamos medio de reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia.

Muy animada estaba la ciudad imperial, con motivo de las córtes estraordinarias que allí se celebraban: habian sido llamadas ellas por convocatoria especial, no solo los procuradores de las ciudades y villas que tenian voto, y los miembros del alto clero, sino tambien, y con particular encargo, los grandes y señores de todo el reino, desde Galicia hasta Cádiz. Y era porque en aquellas córtes que un historiador llama «cosa divina para reformacion y remedio de los desórdenes pasados,» además de haber de establecerse magníficas instituciones, como el supremo Consejo de Hacienda y otros, iban á darse leyes y á decretarse reformas, que interesaban inmediatamente á la nobleza y á los poderosos.

En la casa que habitaba el nuncio de Su Santidad Niccoló Franco habia tambien gran concurso de prelados y altos eclesiásticos, que iban y venian, para tratar de un negocio importante.

Una noche, despues de sus laboriosas conferencias con estos

y otros personages influyentes de la córte, el Nuncio llamó á su secretario íntimo Domingo Centurion, que acababa de llegar de Sevilla, y á quien aun no habia podido hablar reservadamente. Se encerró con él, y habiéndole mandado sentarse á su lado, le dijo:

—Gracias á Dios que podemos hablar sin testigos. ¿Qué me contais de aquella gente?

—Aquella gente, respondió el secretario, queda admirablemente dispuesta. El prior es un San Pablo en lo fervoroso y en lo arrepentido, y no habrá nada que él no acometa por merecer las bendiciones é indulgencias del Santo Padre, y en cuanto al asistente será capaz de promover un levantamiento, si se deja á los perros hereges y judíos poseer las riquezas que necesita la Iglesia de Dios. Ambos trabajan cuanto pueden, y en particular el padre Ojeda ha prestado grandes servicios á la cristiandad.

—De esto queria precisamente hablaros, repuso el Nuncio. ¿Traeis esos documentos de que me habeis hecho mencion en vuestras cartas?

—Permitidme ir por ellos.

Centurion salió del despacho, y volvió á poco trayendo un grueso legajo de papeles.

—Aquí teneis, señor, dijo, esos curiosos é importantísimos datos.–Y empezó á mostrar las genealogías y noticias que le entregó el padre Ojeda.–Será menester entresacar algunos, antes que el rey los vea; porque es muy desconfiado y pudiera recelar alguna cosa.

—El rey es nuestro principal apoyo, como que espera conquistar á Granada con el oro de los judíos, no solo por medio de las confiscaciones, sino tambien por los donativos que harán los ricos medrosos. Además de esto, como el Santo Tribunal es institucion antigua en Aragon, bien que haya decaido mucho, Fernando lo mira con ojos apasionados. La gran dificultad está en la reina, y es necesario vencerla con razones de alta conveniencia política, pero estos documentos la harán mucha fuerza.

—Y sin embargo, repuso Centurion sonriéndose, y golpeando

los papeles con la mano: aquí está el secreto de nuestro poder.

—Cómo?

—Yo, señor, continuó el astuto abogado, considero de poco momento las rentas que la Santa Iglesia romana vá á ganar con las confiscaciones de la Inquisicion: lo que para mí tiene una inmensa importancia es el encumbramiento á que llegará esa misma Iglesia con el concurso de todos los hombres; el esplendor antiguo de la Religion, la supremacia de derecho divino, que nunca se ha podido introducir de un modo seguro en este pueblo indómito, serán una verdad en adelante, y los ángeles se regocijarán viendo renacer en estos dominios el Santo temor de Dios, y cantarán en las alturas el *Quare fremuerunt gentes*, alternado con el *Gloria in exelsis.*

—Dejaos de amplificaciones y sutilezas, señor rábula, y hablad claro, replicó el Nuncio. Yo no soy el asistente de Sevilla ni el prior de San Pablo.

—Pues bien, monseñor, la cosa es muy clara: en este país se tiene un ódio rabioso á la raza de Judá, y apenas se encontrará una noble familia que no esté inficionada por la mala sangre: aquí tenemos las pruebas, y otras vendrán despues;-lo cual es altamente dañoso á la Santa Religion....

—Convenido: adelante, adelante.

—El Tribunal de la fé debe atacar lo primero esos abusos, á fin de purificar á la nobleza, é impedir que se mezcle en lo sucesivo con los enemigos de Dios.

—Estamos de acuerdo. Pero, ¿adónde vais á parar?

—Esto producirá desde luego un saludable terror, y bastará hacer media docena de escarmientos ejemplares, para que toda la nobleza se adhiera al Santo Oficio, como la vid al árbol.

—No cabe duda en eso.

—Ahora bien: la potestad real trabaja sin descanso en despojar á la vid de sus sarmientos viciosos, y fortalecerse á su costa. La unidad religiosa es la base indispensable de la unidad política, que tanto anhelan los reyes de España.

—Y qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que los reyes de España no reprobarán el que se reprima la irreligion de sus grandes vasallos, porque de arriba viene el ejemplo. Es positivo.

—Y como esos grandes vasallos tienen el orgullo cifrado en la limpieza de su linage, y hay pocos limpios, adheridos por honor y por interés propio al Santo Tribunal, este será un segundo poder, tan fuerte como el de los reyes.

—Añadid algo mas fuerte, porque reposa en la fé y en la conciencia. Mas no por eso los actuales reyes de España se dejarán arrebatar sus esenciones y regalías.

—Y qué nos importan los actuales reyes? repuso el sagaz secretario. Probaremos, y si nada se consigue con ellos, se conseguirá con sus hijos. Nosotros les ayudamos ahora á fundar una monarquía fuerte: los que la hereden serán vanos y descuidados como lo son siempre los hijos de padres ricos. Entonces el Tribunal de la fé dominará á los reyes, á los nobles y al pueblo, y el Soberano Pontífice dominará al Santo Oficio. ¿Comprendeis ahora? Pues todo ese brillante porvenir de la Iglesia está encerrado en estos papeles. Hemos de ver, (ó nuestros nietos lo verán), á los altivos nobles castellanos y aun á los reyes envanecerse de llevar las insignias de la Inquisicion, como ahora blasonan de llevar las armas reales.

—Nada mas santo y bueno, amigo Domingo. Además, eso recompensará á los grandes de las pérdidas que ahora sufren, pues las córtes los van dejando como al gallo de Moron. Ya les han privado de la facultad de usar los distintivos de alta justicia: se les prohible llevar macero y guardia, labrar moneda y otras cosas que hacian á la manera de príncipes soberanos. La religion será con ellos mas generosa. Guardad mucho la especie que acabais de comunicarme: yo cuidaré de que seais recompensado como merece vuestro talento. Ahora examinemos despacio estos papelotes.

Mientras Niccoló Franco y su secretario se ocupan en su enojoso exámen de genealogías, pasemos al régio alcázar, don-

de hallaremos á la reina entretenida en revisar unas cuentas, que le presentaba un reverendo padre gerónimo. Doña Isabel ocupaba el lado ancho de una mesa; en frente de ella estaba el fraile, y á su izquierda en uno de los estremos el cardenal Mendoza arzobispo de Sevilla.

«Al señor Almirante Henriquez, decia el padre gerónimo, le he revocado de las mercedes que tiene recibidas doscientos cuarenta mil maravedís de renta anual, que volverán á la corona.

—Mucho me parece, repuso el cardenal.

—Mucho mas le queda, contestó el fraile secamente. Con cincuenta mil ducados de renta bien puede mantener el lustre de su casa. La rebaja está hecha conforme á las bases propuestas por vuestra eminencia, y me parece que los servicios del almirante quedan sobradamente recompensados.

—Está bien, dijo la reina. Pasemos á otro.

—El Sr. duque de Alba, continuó el fraile, dejará quinientos setenta y cinco mil maravedís.

—Eso si que me parece exorbitante, observó la reina.

—No puede ser menos, Señora. Este magnate ha recibido, como otros varios, muchas mas mercedes de las que en justicia correspondian á sus servicios, y tambien le quedan sobre cincuenta mil ducados, renta excesiva.

—Tiene razon el padre Hernando de Talavera, dijo el cardenal. La casa de Toledo ha sido de las favorecidas.

—Como la vuestra, monseñor, continuó el severo monje. A vuestro hermano el duque del Infantado le rebajo trescientos veinte y cinco mil maravedís, y la mitad á D. Iñigo, conde de Tendilla.

—Está perfectamente, repuso el cardenal.

—La partida que sigue, dijo el confesor de la reina, os parecerá sin duda muy cuantiosa: pero la he puesto segun mi conciencia: dos millones de maravedís á D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque.

—No es mucho, contestó D. Pedro de Mendoza.

—Sin embargo, dijo la reina; D. Beltran nos ha prestado eminentes servicios en la última guerra. Se le puede rebajar algo.

—Se hará lo que mandeis; pero advertid, señora, que don Beltran no tenia, cuando le trajo á palacio don Juan Pacheco, nada mas que su linda persona, y la habilidad para jugar á la pelota con el rey vuestro hermano.

—Con todo, le sirvió siempre con lealtad, y peleó por él valientemente en Olmedo, cuando otros grandes le deshonraban. Dejadle, pues, la cuarta parte de esa suma.

Fray Hernando de Talavera corrigió la partida del duque, y continuó:

—Al marqués de Villena se le revocan un millon seiscientos mil maravedís, y es lo menos que se puede, gracias á la guerra que ha hecho á V. A., en atencion á que su padre abusó escandalosamente del favor del rey.

—Está bien, está bien, dijo el cardenal: aun así le quedarán mas de sesenta mil ducados, tanto como al condestable.

—No habeis calculado mal, repuso fray Hernando.-El marqués de Moya D. Andrés de Cabrera, tiene recibidos de mas ochenta mil maravedís.

—Pues bien, que los pierda, contestó la reina.

De este modo siguió el confesor enumerando todas las rebajas de las rentas adquiridas indebidamente, hasta llegar á una que decia así:

«A D. Abraham Señor, judío de Segovia, por vales que tiene comprados, cuyo importe se le satisfará, ciento cincuenta mil maravedís de renta.

—Borrad esa partida, exclamó la reina.

—Cómo, señora! Esos vales proceden de contratos leoninos hechos en perjuicio de las rentas reales, y se ha dispuesto recoger cuantos existan, pagando á sus poseedores lo que les costaron.

—Sin embargo, yo no puedo pagar á Abraham lo que le cuestan esos vales: ha hecho por mí ese judío sacrificios de tanta

monta, y en circunstancias tan azarosas para mí, que puedo asegurar no es mal ganada la renta que cobra, y aun necesito añadir á ella mi agradecimiento. Sé que ningun príncipe puede enagenar su patrimonio, y por lo mismo recobro unas rentas que la codicia y el abandono arrebataron á la corona; pero esto no ha de impedirme emplearlos en aquello para que Dios nos las ha dado: en recompensar la adhesion de nuestros amigos, y hacernos temer de nuestros enemigos.

—Y contais al judío Abraham en el número de vuestros amigos? preguntó el cardenal.

—Es uno de los hombres que mas fielmente me han servido en los tiempos de mi adversidad; y si algunas veces me acuerdo de su calidad de judío, es para rogar á Dios le ilumine, y le traiga á la verdadera fé.–Borrad esa partida, padre Talavera: no puedo, en conciencia, pasar por ella.

El confesor de la reina hizo lo que ésta le mandaba, y continuó dando cuenta del delicado arreglo que las córtes habian confiado á su probidad, con no poca honra de las mismas, pues ya hemos indicado que se componian en su mayor parte de las mismas personas á quienes perjudicaba la revocacion de las mercedes.

Terminado el exámen de las rebajas parciales, quiso saber la reina cuanto importaban las rentas devueltas al tesoro real.

—Deducido lo que hay que pagar por vales enagenados, dijo fray Hernando, la renta líquida suma poco mas de treinta millones.

—Y cuánto es lo que teníamos? preguntó doña Isabel.

—Unos veintisiete millones.

—De modo que podemos contar con sesenta millones aproximadamente?

—Algo mas, señora: segun el catastro que se ha formado de órden de V. A., calculo que ascenderán á ciento para el año que viene, y acaso escedan de esta suma; pues apenas entre á funcionar el Consejo de Hacienda, lucirán triple las rentas reales, que hasta hoy se han quedado pegadas entre las manos de los

recogedores y *cobradores* judíos, á parte de lo mucho que dejaba de pagarse, por ódio á esos mismos funcionarios (*).

—Oh! qué felicidad! exclamó la reina. Y todo esto podrá hacerse sin gravámen de nuestros pueblos!

—Muy al contrario, con notable alivio de ellos, repuso el cardenal.

—Cuántas gracias debo á Dios por tamaño favor! continuó doña Isabel. Los príncipes, cuanto mas ricos son, mayores bienes pueden derramar sobre sus súbditos. Ved qué fortuna, amigos mios: con cuatro mil maravedís me sobra dinero para mantener mi casa un año: todo lo demás puede emplearse en el pago de servicios y en vastas empresas de utilidad pública; y sin advertirlo, mis pueblos verán centuplicarse en poco tiempo, y en provecho suyo, y honra mia, los tributos que me dan. Haremos construir muchos caminos y puentes, muchos edificios magníficos para hacer justicia, muchos templos y hospitales, muchos puertos y buques para seguridad del comercio; crearemos establecimientos para socorrer en sus necesidades á los labradores pobres.... Oh! Bendita sea la mano de la Providencia!

Eran ya las doce de la noche: la reina despidió á sus leales consejeros, y habiendo quedado sola se ocupó dos horas mas en estudiar su leccion de lengua latina, que no habia podido aprender cuando niña, rezó sus oraciones y se entregó al descanso. Pero ni aun el sueño dejaba completo reposo á la mas ilustre y laboriosa princesa de cuantas han nacido: soñando creyó ver que el cielo se rasgaba, y que un ángel, cabalgando en un caballo de fuego, la tomaba de la mano; y remontándola sobre las nubes, la hacia recorrer todos sus estados, y se los mostraba florecientes, y á sus vasallos felices, descansando de sus faenas, y entregados á ocupaciones devotas y placeres inocentes.

(*) La esperiencia vino muy pronto á justificar el acierto con que calculaba fray Hernando de Talavera, pues á los dos años de planteadas estas sábias reformas, á pesar de haberse suprimido algunas contribuciones y gabelas gravosas para el pueblo, las rentas reales pasaban de ciento cincuenta millones; seis veces mas de lo que producian al tiempo de ascender Isabel al trono.

Luego se sintió transportar á un pais montañoso, cruzado de amenísimos valles y guarnecido de innumerables fortalezas y poblaciones opulentas: delante de ella iba una cruz refulgente, ante cuyo resplandor prodigioso caian las altas torres y huian despavoridos los habitantes de aquel ameno pais. Mas allá se estendia una tiniebla densa, de cuyo seno lóbrego brotaban rayos cárdenos, y salia ruido de maldiciones y lamentos. Otra cruz flotaba en el espacio; pero la rodeaban llamas caliginosas.

El ángel habia desaparecido. La reina despertó sobresaltada.





CAPÍTULO V.

El sueño de Torquemada.

AL dia siguiente consultó la reina con su confesor el sueño estraordinario que habia tenido la noche precedente, no porque fuese supersticiosa, sino porque hallando en sus propios pensamientos la esplicacion de una gran parte de aquellas visiones fantásticas, su espíritu profundamente religioso se hallaba asaltado por esperanzas y temores de indefinible naturaleza.

—No me creo digna de recibir de Dios inspiraciones directas, dijo; ni doy á los sueños en general mas valor del que tienen esas aberraciones del entendimiento. Pero, padre mio, ¿no se ha dignado algunas veces su divina Magestad comunicarse en sueños con los mortales, cuando estos regían los destinos de los pueblos? Aquel rey pagano de Egipto que admitió á su servicio al patriarca José, ¿no tuvo una revelacion misteriosa? Lo que yo he soñado esta noche, sea don del cielo, sea fascinacion del espíritu, tiene un fondo de verdad, y no merece despre-

ciarse. Por una parte he presenciado el espectáculo de mis pueblos prósperos y dichosos, que es uno de mis ardientes deseos; por otra he visto hundirse las torres mahometanas como si el fuego divino las derritiese, y campear triunfante sobre ellas el estandarte de la Cruz, que es tambien mi pensamiento mas querido. Todo esto me lo esplico perfectamente, y puede ser efecto natural: pero la tercera vision, que me aterra todavía, no sé lo que puede significar; porque no tengo idea ninguna semejante á ella. ¿Qué representa aquel caos espantoso, imágen del infierno, en cuanto salen de él lamentos y maldiciones; y cómo se vé allí la Cruz rodeada de horribles llamas?

—Ese sueño, contestó el sábio director espiritual, puede ser, con efecto, un aviso del cielo; y tiene una esplicacion natural: las tinieblas de la heregía rodean á la Santa Cruz, y el fuego de la iniquidad la ataca sin llegar á consumirla. Es decir que á V. A. está reservado luchar contra enemigos poderosos de la religion, y que muchos caerán en el abismo maldiciendo; pero sin que os sea dado vencerlos enteramente y sacar triunfante el signo de nuestra redencion. Acaso signifique la guerra misma que los hereges preparan contra nuestra santa fé, y esto es solo un aviso para que os dispongais á combatirlos.

—No puede tener este sueño alguna relacion con el Tribunal de la fé? preguntó la reina.

—Así parece, señora; pero en el sentido que os he esplicado.

—Segun eso, es la voluntad de Dios que la heregía se depure con el fuego? Ah! No puedo conformarme con es idea: me parece horrible!

—No demos á un sueño mas importancia de la conveniente, señora, repuso el honrado fray Hernando. El Tribunal de la Inquisicion es de una necesidad reconocida por todos los sábios teólogos y políticos; pero cuidado no nos dejemos cegar por ilusiones fanáticas. Admitido está el castigo de los hereges por el fuego, y en esto no se hace innovacion ninguna. Sin embargo, es menester mucho tacto, mucha prudencia para no in-

currir en estremos dañosos á la misma mitad de la fé. Indudablemente debe ser grato á los ojos de Dios todo cuanto conduzca á dar esplandor y firmeza á su Religion Santa, y esta obra magnífica parece reservada á V. A. Pero cuidado, repito, que, si en todo tribunal de justicia es necesaria la templanza, en ninguno debe brillar tanto esta virtud, como en un tribunal de fé. Yo, por mi parte, os confieso mi insuficiencia para poder decidir, de pronto, y sin maduras reflexiones, lo que la Suprema sabiduría os ha querido revelar, si efectivamente es una revelacion ese sueño; pero si se refiere al Santo Oficio, me inclino á creer que os anuncia un peligro. Con todo, el sueño puede no ser mas que una quimera.

Por estas palabras se conocerá que el virtuoso sacerdote fluctuaba entre la verdad y el error. En igual caso se hallaba la reina: educada de modo que no podia permitirse la menor libertad de pensar en materias religiosas, fuera de aquello que le dictasen sus directores espirituales; rodeada de hombres áusteros, que no todos tenian la mansedumbre del padre Talavera; conocedora de los estragos que en los sentimientos cristianos y en las buenas costumbres de muchos españoles habia hecho el roce contínuo y trato con judíos y moros, y persuadida interiormente de que era necesario adoptar una medida fuerte que consolidase las creencias, y cortase en su orígen los errores heréticos importados de Alemania, su corazon se resistia, sin embargo, á consentir el establecimiento del Tribunal de la fé; pero esta repugnancia nacía esclusivamente del sentimiento, el cual estaba en lucha desigual con su conciencia. Su razon no tomaba, no podia tomar parte alguna en este combate interior.

Y fuera de esto, si con entera independencia de espíritu nos trasladamos al siglo de Isabel, si examinamos con filosófica mirada el caos de aquella sociedad que salía de la edad media para entrar en una nueva era, ó robustecida por los principios, ó desquiciada por la anarquía; si consideramos por una parte las ideas dominantes de la época, y por otra, que para vigorizar aquella misma sociedad, era condicion indispensable depurarla de los

elementos eterogéneos y estraños á su fé constitutiva, reconoceremos que el pensamiento que presidió al establecimiento de la Inquisicion fué sábio y político en el fondo: no lo fué, sin embargo, en la forma; es decir, en el medio que se adoptó para imponer la unidad de las creencias, y menos aun en los instrumentos de que se sirvió.

El tribunal de la Inquisicion está ya juzgado, condenado y muerto: ha sido la prueba mas terrible de santidad divina por que ha pasado la religion del Redentor del mundo; el ataque mas fuerte de que ha salido vencedora; pero es menester no perder de vista que, en nuestros dias, lo juzgamos por lo que llegó á ser, no por lo que debió haber sido, segun la mente de los mejores consejeros de la reina Isabel; como tambien que fué en gran parte provocado por el fanatismo indiscreto y cruel de la raza hebrea, que llegó á chocar con el no menos ardiente y sanguinario del pueblo dominante; y aconsejado por la necesidad de corregir los abusos de religion: asi es que sus primeros golpes se dirigieron contra los conversos ó cristianos nuevos, que realmente abominaban la misma fé que habian abrazado en apariencia, y que cubiertos con la égida del cristianismo, estaban en posicion de minar sus fundamentos en el ánimo de la sociedad española. Reconozcamos asimismo, que se vino á parar á este deplorable estremo por un encadenamiento de hechos fatales, nacidos del ódio innato y tradicional que existía entre las dos razas rivales, habitantes de un mismo suelo. Los judíos aspiraron siempre, y por todos los medios imaginables, á la posesion de los derechos sociales concedidos á los demas hombres, y al dominio, siquiera fuese indirecto, de un pais, del cual se creian los primitivos y legítimos señores: consideraban al pueblo cristiano como los israelitas de Moisés á sus opresores los egipcios, y los aborrecian, sin agradecer ni aun los beneficios que de sus dominadores recibieran. Éstos miraban con celos el lujo de aquel pueblo singular, y las riquezas que amontonaba por medios lícitos é ilícitos: los reyes de Castilla y de otros reinos de España, unas veces los protegieron, otras necesitaron dictar las leyes

mas tiránicas, para reducirlos á estrechos límites y coartar á la vez su ambicion y los desmanes del populacho. Pero la perseverancia y la sagacidad de aquellos hombres burlaron siempre las leyes mas severas, que por otro lado resultaban contradictorias. El fanatismo, santificando la codicia y la inhumanidad, ensangrentó muchas veces las calles de las aljamas ó juderías; y en particular á fines del siglo anterior y durante el que nos ocupa, el sentimiento público exacerbado, con razon ó sin ella, condujo á las turbas á la matanza y el saqueo. Esto era ciertamente mas insoportable que la Inquisicion misma. Infinidad de judíos se convirtieron; pocos por convencimiento, los mas de mala fé: la animosidad popular descargó entonces sobre estos últimos, respetando, sin embargo, á los buenos conversos. Pero llegaron las cosas á un estado en que no era posible distinguir á los fieles de los apóstatas, y en este caso el tribunal de la fé, hasta pudo ser, y fué con efecto, un dique contra las turbulencias religiosas, en que lo mismo podian pasar los inocentes, que los culpados.

Nada justificará, sin embargo, el error de querer imponer la religion todo amor y mansedumbre á fuerza de sacrificios humanos, cosa incompatible con ella; ni los escesos y abusos á que dió lugar aquella institucion reprobada. Fué además altamente impolítico y de funestas consecuencias al revestir á una clase, la mas influyente del Estado, de un poder discrecional y superior á la autoridad soberana.

Despues de las leales, aunque indecisas esplicaciones del padre Talavera, la reina se quedó pensativa.

—Un peligro, dijo por último: sí, mi corazon me anuncia un peligro; pero ¿en qué consiste? de qué lado puede venir? Y quién soy yo, pobre mujer ignorante, para decidir con acierto lo que mas convenga en esas árduas cuestiones de fé? Vos mismo vacilais, y sin embargo me decís que es de absoluta y reconocida necesidad el establecimiento del Santo Oficio: lo mismo me dicen los mas sábios doctores, y hasta el Santo Padre lo aprueba y me alienta, para que lleve á cabo esta empresa. ¿Cómo es que

á pesar de todo vacilo? ¿Cómo es que me arredran esos castigos de fuego?

—Efectivamente son una cosa terrible, señora; pero el peligro no está en eso, sino en el abuso que haga de ello un celo estraviado. El temor que infunda esa pena formidable, y la seguridad de que existe siempre en vela un ojo investigador para descubrir la iniquidad, arrebatará indudablemente millares de almas al infierno; y ya veis que un mal grave viene á evitar otro infinitamente mayor. El escollo está en la eleccion de las personas que han de juzgar á los desgraciados apóstatas y hereges: si estas personas reunen á una virtud cristiana é incorruptible una sábia templanza para moderar sus fallos, cuidando de que sean ejemplares, podrán ser pocas las víctimas, y ópimos los frutos. En otro caso, ¿quién sabe? Solo Dios conoce lo porvenir.

En este momento se entreabrió la puerta de la cámara real, y un oficial anunció al padre Prior de Santa Cruz de Segovia; apareció en ella un fraile dominico, cuyo aspecto imponia un involuntario respeto mezclado de terror. Era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, pálido, de mirada sombría y vaga, la mas rígida austeridad reflejaba en su semblante demagrado por la maceracion y el ayuno, resaltando por esta causa su nariz y barba prominentes y sus lábios gruesos que llevaba habitualmente apretados.

—La paz sea en esta casa! dijo al aparecer en el umbral.

—Seais bien venido, padre Torquemada, contestó la reina.

Fray Tomás de Torquemada, prior del monasterio de Santa Cruz de Segovia, hombre de indisputable virtud monástica y de rígida conducta como religioso, habia sido confesor de doña Isabel.

—Nunca podíais llegar á mejor ocasion, le dijo el padre Talavera: vuestra sabiduría podrá venir en ayuda de mi insuficiencia, para descifrar un enigma, que trae inquieto el ánimo de S. A.

—Es verdad, añadió la reina: sentaos, que bien podeis hacerlo, habiendo sido mi juez espiritual, y hablaremos.

—Si os dignais decirme de lo que se trata, daré mi humilde parecer, repuso Torquemada.

La reina repitió la relacion de su simbólico sueño, sin ocultar los escrúpulos que la asaltaban: y luego que hubo concluido, dijo el sombrío dominico:

—Ese sueño es efectivamente una revelacion de Dios: yo he tenido esta noche otro sueño, que esplica el de V. A. La tierra era un campo cubierto de lozanas espigas, entre las cuales vagaba un gusano roedor, pintado de sucios colores; las espigas iban cayendo una á una tronchadas por el diente invisible del asqueroso insecto, y los granos del trigo tornábanse reptiles, cuyo aliento fétido empañaba la claridad del dia. Poco á poco fué creciendo el gusano, hasta tomar la forma de un dragon monstruoso, con escamas de oro, alas de azor y cola de raposa: de su boca fluia un veneno sutíl, dulce como la miel, cuyas gotas congeladas parecian diamantes de inestimable precio: cayeron sobre un manto de púrpura y una corona real y los abrasaron. Entonces las tinieblas del Tártaro ciñeron la tierra, y ví en la oscuridad muchedumbre de pueblo, caballeros de insigne nobleza, sacerdotes y prelados, que corrian en tumultuoso desórden hácia el monstruo, y lo adoraban, profiriendo en su honor horribles imprecaciones: y en medio de aquel lóbrego torbellino sonaban carcajadas infernales, ayes y lamentos; y oí una voz como de trueno que me decia: *¡Exurge et júdica!* ¡Levántate y juzga!-Y un ángel arrancó de sus bases mi convento, y transportado en él, como en una nave, me ví lanzado en medio del caos: en mi mano habia una Cruz de fuego; y al verla, hondo bramido surgió de entre la frenética turba: pero muchos corrieron hácia la flotante nave, y se salvaron en ella. Esclareciose la densa oscuridad; las espigas que habian quedado sanas levantaron sus gallardas cabezas, y sobre ella se estendió ileso el manto régio, y la corona subió del abismo, elevándose hasta la cúpula del cielo.

Tales eran las fantásticas visiones que habia representado á Torquemada su imaginacion exaltada por el ascetismo y el fer-

vor religioso. Creíase este hombre llamado por Dios á ser el azote de la irreligion y la heregía: las fascinaciones de su espíritu ardiente parecíanle avisos del cielo: dotado de un temple de alma duro, que le habia dado fuerza para ahogar en su corazon todas las pasiones mundanas, era intolerante con los demás hombres, y le faltaba la sabiduría necesaria para reconocer que á cada cual nos dió la naturaleza un temperamento diferente. Y como no hay defectos mas incorregibles que aquellos que revestimos en nuestra conciencia con el manto de la virtud, este mismo hombre desconocia el inmenso orgullo que le dominaba, y del cual era consecuencia legítima su intolerancia. Las personas que le trataban mas de cerca tampoco podian juzgarle con la imparcialidad debida; pues admirando en él su rigorismo de principios, confirmado por el ejemplo, nada encontraban en su conducta que no mereciese respeto. Sin esto, y sin las ideas dominantes de aquella época, tal vez su parabólico sueño habria sido susceptible de una doble y contradictoria interpretacion.

—Con efecto, dijo la reina: existe una notable semejanza entre esa vision y la mia. Solo que la vuestra es mas clara y espresiva.

—Ved, sin embargo, repuso el prior de Santa Cruz, lo que liga y esclarece ambas revelaciones.

Y esto diciendo, sacó de entre los hábitos un legajo de papeles, y lo mostró á la reina.

—Ved, aquí, continuó con acento inspirado, las llamas infernales, que atacan en vuestro sueño al Santo signo de la Cruz, y la lobreguez que lo rodea. Tiemblan las carnes, herízase el cabello, al contemplar tanta degradacion, tan hondo estrago! Apenas hay una noble familia en Castilla, que no tenga en sus venas la mala sangre de Judá. Aquí, en estos documentos se demuestra, y se vé con horror, señora, que hasta vuestros mas leales servidores, los hombres de vuestra confianza, los parientes mas cercanos del rey, sugetos que de cristianos se precian, y que por la fé de Jesucristo deben morir, viven mezclados con las hijas de los judíos y de los apóstatas judaizantes. Ahí teneis, repito,

las tinieblas y el fuego voraz, en cuyo seno yace la Cruz abandonada, esas son las espigas que producen reptiles asquerosos; esa la baba emponzoñada, que con apariencia brillante, amenaza destruir vuestra realeza; y esos, en fin, los caballeros y prelados que adoran al mónstruo.-*Exurge*, *exurge!* os diré yo con el profeta. Levantaos, señora, y juzgad la causa del Omnipotente! ¿Qué haceis, que no acudís pronto al remedio de tantos males? Aguardareis que el cuerpo entero de la sociedad se corrompa y que sea imposible detener la gangrena?

Conociendo la sociedad de aquellos tiempos, era preciso convenir en que habia un fondo de verdad en las atrevidas metáforas del intolerante dominico. La reina, cuya natural bondad habia resistido hasta este momento las repetidas solicitaciones de muchos hombres respetables y las de su propio marido, tembló al pensar que su obstinacion pudiera ser causa de que se estinguiese la fé cristiana entre sus principales vasallos.

—Dadme esos documentos, dijo, sin embargo, con calma: necesito examinarlos.

La lectura de las genealogías y notas recogidas por el padre Ojeda, produjo en la reina el efecto que habia previsto Domingo Centurion. A medida que avanzaba en su exámen, se fortalecia en su espíritu la idea de que era indispensable cortar de una vez para siempre toda relacion entre su pueblo y los de las otras religiones. Cuando acabó estaba plenamente convencida de que solo el rigor del castigo, y la nota de infamia podian retraer á la nobleza de unas alianzas que, si no daban el triunfo á las creencias hebreas y mahometanas, porque esto era imposible, producirian sin remedio, tarde ó temprano, el peor de los males para un pueblo, la incredulidad, el ateismo.

La razon habló en este caso con verdad á su claro entendimiento, pero no pudo conducirla mas allá del punto en que la detenia el valladar de su conciencia. Sin embargo, no olvidó enteramente los consejos de su confesor, ni las miras interesadas del rey.

Al dia siguiente convocó al cardenal y á los padres Talavera

y Torquemada, y en presencia de D. Fernando espuso su convencimiento, y los escrúpulos con que todavía luchaba su corazon.

—Veo que es necesario, dijo, establecer el Santo Tribunal de la fé; pero es mas necesario todavía fijar en sus constituciones principios de humanidad y de justicia. Vos, señor cardenal, los dictareis; y aunque reconozco mi insuficiencia para decidir en estas cuestiones, os indicaré algunos de mis pensamientos.

—Decid, señora, repuso el cardenal.

—Primeramente conviene que la moderacion y la caridad presidan á los fallos del Tribunal; que en sus juicios no domine, ni aun intervenga el rencor.

—Eso es natural que así sea, dijo Torquemada, toda vez que los jueces han de ser ministros del Altísimo.

—Como tales deseo que juzguen, prosiguió la reina: en segundo lugar, es menester que cuiden de reconciliar con nuestra santa Madre la Iglesia el mayor número posible de culpables, de modo que sean muy raras las penas graves que se impongan.

—Eso dependerá de la pertinacia y criminalidad de los reos, contestó el rígido fraile.

—Convengo en ello, repuso la reina: no es mi ánimo que la clemencia dejenere en lenidad, pero sí que predomine.

Torquemada meneó la cabeza y apretó los lábios, como diciendo:-Allá veremos.

—Además, continuó doña Isabel; como sería tal vez impío y ageno de la mansedumbre sacerdotal el que los padres inquisidores impusiesen las sentencias de muerte, conviene qne los reos convictos é impenitentes pasen luego de juzgados al brazo de la justicia secular.

La enunciacion de esta idea, concebida con el fin benéfico de mitigar el rigor de las penas, que pudiera imponer el celo clerical estraviado, produjo tres pensamientos diferentes en las personas que escuchaban.

Fray Hernando de Talavera se sonrió con santo celo por el honor de su clase.

Torquemada apretó mas los lábios y arrugó el entrecejo, porque vió que se coartaba la autoridad de los inquisidores.

El rey fijó en la reina su aguda mirada, y se apresuró á decir con estraordinaria viveza:

—Eso está admirablemente pensado.

—Y no puede ser de otra manera, añadió el cardenal, de acuerdo con la reina y Talavera.

Pero lo que pensaba el rey era que, interviniendo el brazo secular, no se podria fácilmente ocultar las confiscaciones que se hiciesen á los reos.

—Tambien convendrá, continuó doña Isabel, que se respete la fé síncera de los judíos, en tanto que estos no conspiren contra la nuestra, sea procurando entibiar el fervor de los cristianos, sea buscándolos para atraerlos á su falsa creencia, ó de cualquier otro modo.

—No es factible, lo que pretendeis, señora, dijo el rey: los judíos conspirarán siempre.

—Pues bien, que se les castigue, cuando realmente delincan: esto es justo. Pero no por ser judíos se les condene, mientras se limiten á creer en lo que creen, respetando esteriormente la verdadera fé.

—Ah! Señora! exclamó Torquemada, no pudiendo contenerse: ¡Cómo os ciega el espíritu maligno! Acaso el judío negando á Jesucristo, el moro adorando á Mahoma, el herege creyendo en sus errores, ¿no delinquen delante de Dios? ¿no insultan de hecho á nuestro divino Salvador?

—No me opongo; pero entre ellos los hay de buen corazon: castigad á los malos y compadeceos de los buenos, y asi podreis atraerlos al gremio de los fieles: las moscas se cogen con miel, mas no con hiel.

Torquemada no replicó, pero en su semblante se conocia que no estaba convencido.

—Por último, prosiguió la reina, no se confiscarán bienes ningunos, sino en el caso estremo de que el reo carezca de herederos legítimos, ó de que éstos sean condenados con él.

—Eso es inadmisible, dijo el rey. Yo creo, por el contrario, que se deben confiscar los bienes de todo reo, aun cuándo no se le condene á la última pena; aunque se le reconcilie.

—No alcanzo, señor, porque sea indispensable la confiscacion, repuso doña Isabel.

—Os lo diré: nosotros no podemos desconfiar de las personas á quienes nombremos inquisidores, porque las buscaremos que sean íntegras é incorruptibles; pero por lo mismo debemos evitarles la tentacion del soborno, que daria en tierra con la institucion. Además, despues de estos hombres vendrán otros que podrán no ser tan seguros. Pues bien: ¿cómo se logrará la mas recta imparcialidad de los jueces? Sabiendo éstos que el delincuente apenas pisa el tribunal no tiene nada que ofrecer, ni mucho menos que dar, porque sus riquezas no le pertenecen.

—Os comprendo, señor: pero en ese caso tropezamos con otro escollo. Como quiera que el tribunal participaria de las confiscaciones, la codicia pudiera hacer, lo que no hiciese el soborno, aunque en sentido inverso.

—No os creia tan sutíl, señora, repuso el rey algo picado: sin embargo, ese mal siempre sería menor que el de la posible venalidad de los jueces; la cual, en un tribunal de esta especie, haria mas daño á la fé, que la misma heregía.

—Otro tanto opino de las confiscaciones, insistió la reina: primero, porque envuelven una idea de interés mundano y ruin; y segundo, porque si escitasen la codicia, darian lugar á la crueldad y al ciego encono.

—Esos argumentos carecen de base: nadie dirá que un interés ruin y mundano es el móvil de una decision tan justa, cuando se vea que una parte de esas riquezas se destina generosamente al esplendor de la Iglesia, y la otra para emprender obras piadosas, como la guerra santa. En cuanto á la crueldad, ¿quién dudará que todo rigor es poco, tratándose de infieles y hereges?

—Pensad como querais en este punto, concluyó doña Isabel. No creo que necesitemos esos tesoros para nada, cuando Dios derrama sus bienes á manos llenas sobre nosotros. Ya veis señor,

que me ha bastado hacer un llamamiento á la lealtad de mis nobles castellanos, para que al punto entreguen de buen grado una parte de las rentas que poseian. Por mi parte rehuso el precio de la sangre, y no consiento esas confiscaciones en Castilla. Podreis hacer lo que os plazca en Aragon.

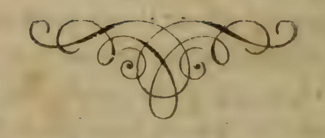
—Permitidme una observacion, señora, dijo el cardenal. En mi concepto las confiscaciones y demás penas pecuniarias son medidas de doble importancia política y religiosa: el oro es á la vez el instrumento corruptor de las conciencias, y el orígen de las falsas conversiones. Por lo mismo conviene debilitar ese poder bastardo, que fascina y subyuga, enseñando á los hombres á despreciarlo ante los tesoros de la salvacion eterna, y los temporales del honor. Esas riquezas en vuestras manos serán un elemento de prosperidad y gloria; en manos de los enemigos de la fé son la palanca de nuestra ruina. Este es mi parecer; y en cuanto á la idea que acabais de emitir, opino que unos mismos principios deben regir en Castilla y Aragon: de lo contrario no conseguiremos dar unidad á los estados diversos que ha puesto la Providencia bajo un solo cetro. No debemos olvidar que la mayor ventaja del Santo Oficio, tal como hemos pensado constituirlo, consiste bajo el punto de vista político, en la concentracion del fuero ecelsiástico bajo la jurisdiccion real.

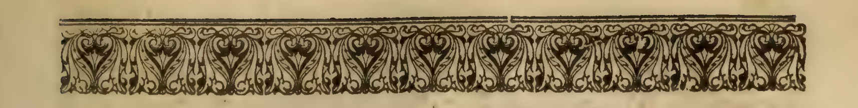
—Convengo en eso, repuso la reina. Sin embargo, no doy tanta importancia al oro, que no se le pueda vencer por medios mas elevados. Continuemos despertando de su pasagero letargo el honor y la fé de nuestros nobles, al paso que arrojemos la infamia y el castigo sobre la opulencia descreida, y conseguiremos sin sombra de bajeza nuestros altos fines.

Así esta ilustre princesa, que habia sido vencida en una lucha de conciencia superior á su razon, defendia palmo á palmo el terreno de la templanza y la justicia. Doña Isabel pudo errar, ignorando la política subterránea y los planes, que se desarrollaban al nacer el pensamiento de la Inquisicion, y conociendo solo sus ventajas; pero ni aun en este caso se desmintió su mag-

nánimo carácter; y si se rindió, fué cediendo á una necesidad fatal y reconocida de su tiempo.

El Tribunal de la fé no quedó, sin embargo, definitivamente decretado. La reina, siempre temerosa del abuso, mandó nombrar jueces pesquisidores, para que funcionasen por via de ensayo; dando instrucciones al mismo tiempo al clero, á fin de que, por medio de la persuasion y con la mas asídua constancia procurasen ir cautivando la voluntad de los apóstatas y falsos cristianos, y enseñándoles las verdades de la fé católica. Pero el primer paso estaba dado, y el sueño de Torquemada comenzaba á realizarse.





CAPÍTULO VI.

Refiérese lo que vió y oyó el judío Isahak, por lo cual se hizo mas devoto que antes.

VOLVAMOS á Sevilla.

La hermandad de la Cruz Verde celebraba el triunfo de su instituto con solemnes procesiones y fiestas religiosas, declarando públicamente su profesion de fé: las reuniones nocturnas en el convento de San Pablo eran mas frecuentes que antes; y los juecs pesquisidores, congregados diariamente bajo la presidencia del padre Ojeda trabajaban sin levantar mano en la formacion de procesos para la estirpacion de la heregía. En los templos y en las plazas públicas veíanse á cada paso ardientes predicadores, rodeados de numerosa muchedumbre, los cuales exaltaban las pasiones de sus oyentes, ora con elogios inmoderados á la institucion del Santo Tribunal, ora con enérgicas imprecaciones contra los delitos de irreligion, aludiendo de un modo claro y comprensible á personas conocidas. Otros mas templados y menos impacientes enaltecian las escelencias del cristianismo, afeando la incredulidad y la apostasía, y al terminar sus sermones, invitaban á los fieles remisos y á los estraviados á

reunirse bajo su direccion para fortalecer su fé, y les repartian ejemplares impresos de un *catecismo* de la doctrina cristiana, que acababa de componer el cardenal Mendoza de órden de la reina. Por desgracia estos últimos predicadores eran los menos estimados del pueblo.

Por otra parte los judíos, los conversos judaizantes y mudejares, viendo la tempestad que se formaba sobre sus cabezas, hacian esfuerzos inútiles para concertarse y acudir á la comun defensa: divididos entre sí por los mismos ódios de religion que los separaban del pueblo cristiano, se miraban mútuamente con prevencion y desconfianza, de modo que solo podian estrecharse con vínculos seguros aquellos que pertenecian á una misma comunion. Los judíos puros acusaban á los conversos de haber atraido con sus apostasías la cólera del cielo sobre toda su raza. Los apóstatas de Judá y los de Mahoma dudaban unos de otros, como personas que no tenian seguridad en su propia fé. Pero todos estaban conformes en aborrecer tanto mas el nombre de Cristo, cuanto mas cercana veian la persecucion.

Los judíos renovaban sus juntas y conciliábulos, y pronto se entendieron y concertaron: el Gaon ó gefe supremo de Castilla recorrió las principales juderías, dando á todas el plan de conducta que convenia observar, reducido á las siguientes bases: obediencia pasiva á las leyes del reino; tregua con los cristianos; desprendimiento de las riquezas en obsequio de éstos, ayudándoles generosamente en sus empresas; separacion completa de todo individuo en quien recayesen sospechas de apostasía. Este plan era el mas cuerdo que podia seguirse en aquellas circunstancias.

Durante algun tiempo, ningun acto público vino á confirmar los temores de los enemigos de la fé cristiana: la calma renacia en sus espíritus y el desenfado en sus acciones. Habia, sin embargo, muchos que temblaban en secreto como si un presentimiento agoviase sus corazones, y entre éstos se contaba nuestro conocido Pedro de Sotomayor. Su posicion excepcional le permitia traslucir los planes que se tramaban, sin descanso en el

convento de San Pablo, y conocer que la tormenta condensada en silencio estallaria con estrépito de un momento á otro.

El viejo Isahak alimentaba, no obstante, una esperanza de salvacion, aunque muy vaga é incierta. El nombre del padre Ojeda, oscurecido hasta este tiempo entre los de otros mil frailes de diferentes órdenes, habia comenzado á propagarse y hacerse popular; y este nombre sonaba en los oidos del atribulado judaizante, como la campana de un lugar de refugio en caso estremo. Pero habia esperimentado tantas decepciones, y tan grandes cambios en el corazon de los hombres, que aun suponiendo que el inquisidor de Sevilla fuese cierto amigo antiguo suyo, (de lo cual no estaba muy seguro), dudaba que esta circunstancia le salvase, si por una fatalidad llegára á descubrirse el secreto de su vida. Veintidos años antes habia conocido y tratado con intimidad á un jóven que se llamaba, como el prior de San Pablo, Alfonso de Ojeda; pero aquel jóven era un estudiante enamoradizo, y al parecer nada inclinado á la vocacion monástica; lo cual desvirtuaba mucho la presuncion de que el escolar de antaño y el reverendo padre fuesen una misma persona.

Momentos habia en que, meditando el viejecillo sobre este particular, fluctuaba entre su débil esperanza y un nuevo y mas fundado temor.—«Si efectivamente, decia para sí, es ese fraile intolerante aquel Alonso que yo conocí, ¿quién me asegura que, reconociéndome, tendrá piedad de un pobre anciano, que tanto ha padecido por él? Porque al cabo, ese hombre debe de haber sufrido una gran transformacion en su espíritu, cuando ha llegado á ser el prior de su convento, y es el principal instigador de la persecucion de los judíos. Sin embargo, ¿seria posible que no tuviese un recuerdo afectuoso para el padre de su Raquel? Aunque hubiese perdido el corazon, ¿no cubriria con un manto de misericordia al abuelo de su hija? ¡Oh! Quién fia en el afecto de los hombres?—Si yo me presentase á fray Alonso, quizá el temor de verse envuelto en mi desgracia le inspiraria la idea de apresurar nuestra perdicion: y si no fuese el que yo pienso, sino otro de igual nombre, me delataria yo mismo. No, por ningun

concepto debo acercarme á ese dominico fatal: debo, por el contrario, esquivar su presencia, ocultarme de él en las entrañas de la tierra.

De este modo cabilaba el anciano Isahak Sephardi, á solas en su gabinete de estudio, una tarde fria y nebulosa del mes de enero de 1481. Y como no somos inclinados á dar tormento á los lectores, poniendo á prueba su curiosidad con importunos misterios, nos hemos apresurado á comunicarles el anterior soliloquio, que acabamos de hallar en el consabido manuscrito. Por él habrán acabado de comprender lo que ya en otros capítulos sospecharían: que la hermosa Noemí era la hija de la judía, con quien el padre Ojeda tuvo trato en sus mocedades, segun la delacion de uno de los hermanos de la Cruz Verde.

La resolucion que acababa de tomar Isahak no podia ser mas acertada, pues ya sabemos la disposicion de ánimo del fanático religioso. En aquel momento se presentó el esclavo negro en la puerta del aposento, y como si respondiese al pensamiento de su amo, dijo con voz gutural:

—Señor, la muerte está en Sevilla. Nuestro fin es seguro, si no buscamos asilo en tierra estraña.

—Qué has sabido de nuevo, mi buen Aberroes? le preguntó el anciano, mirándole con ojos espantados.

—Ah! señor: ¿qué puedo yo saber, que vos no sepais? El leon ruge, y pronto estenderá la garra: pero vos no teneis ya confianza en vuestro fiel Osmin, y le llamais Aberroes.

—Qué significan esas quejas, Osmin? Cuándo he desconfiado de tí, ni qué importa el nombre con que te llame? Ah! Sería posible que tú me abandonases?

—Osmin no abandona á su bienhechor Isahak: Osmin era un gran gefe en su tierra; los moros le sorprendieron y aprisionaron, y habria muerto en su cautiverio, cuando Isahak le compró y le trató como á un hombre: le vió enfermo, y le sanó, y le habria dado la libertad, si él quisiera aceptarla. Osmin sabe morir, hoy, mañana, no importa cuando: pero no sabe hablar, ni ser traidor. ¿Por qué os encuentro en todas horas pensativo y reservado?

—Te comprendo, pobre Osmin: estás quejoso porque no te consulto mis temores y penas. Es, amigo mio, que hace algun tiempo tengo miedo á mis propios pensamientos: es que tú no puedes remediar ni detener los males que nos amenazan; porque la ira de *Barcelay* (1) ha desencadenado los rayos, y los arroja sobre la desolada Jerusalen.

—Lo sé: por eso acudís á la *Tefilá* (2), para conjurar su malicia; pero es en vano. El mancebo de la herida gana el corazon de la hija del estudiante, y el estudiante es ahora gran *cohen* (3) de los cristianos.

—Estás cierto de lo que dices? ¿Noemí se aficiona al sobrino del asistente?

Osmin hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Y sabes positivamente, prosiguió Isahak, que el prior de los dominicos es el mismo Alonso de Ojeda que sedujo á Raquel?

—Sí, es el mismo, y no debemos esperar á que nos reconozca; porque si él pudiese tener misericordia de vos, no la tendrian sus compañeros ni el asistente.

—Dices bien. Pero, ¿qué haremos?

—Huir de Sevilla. ¿No escuchais ese vago rumor que zumba en el aire?

—Con efecto: suenan trompetas y gritos de pueblo. ¿Qué puede ser eso?

—Es el rugido del tígre, que ronda la cabaña; el grito de Barcelay, que despliega sus falanges.

El rumor que acababa de indicar Osmin se iba acercando y haciendo mas perceptible por intérvalos: oíase primeramente un lúgubre sonido de trompetas y chirimias; cesaba luego todo ruido tumultuoso, percibiéndose solo un murmullo leve, y despues de largo rato estallaba de pronto un fuerte clamoreo, que ora sonaba nutrido é imponente, ora vago y confuso, como las ondulaciones del trueno. Esta sensacion auditiva se repitió muchas veces, adquiriendo una intensidad gradual, hasta que por

(1) El demonio.
(2) La oracion.
(3) Sacerdote.

último se oyó el estruendo de la trompetería y del bullicio á muy corta distancia. Isahak se levantó, dirigiéndose hácia una ventana que daba á la calle, al mismo tiempo que Noemí, sorprendida tambien, acudia preguntándole:

—Qué ruido es ese, abuelito mio?

—Calla, calla! exclamó el miserable anciano. Veamos sin que nos vean: escuchemos sin que nos oigan.

Y entornando las hojas de la ventana, se puso á observar por un resquicio: Noemí se asomó por encima de su hombro, y el etiope se quedó detrás con los brazos cruzados. En esta forma, los dos primeros vieron ir llegando y detenerse á la puerta de su casa, primero seis hombres montados en caballos con gualdrapas listadas de blanco y negro, los cuales tocaban sendas trompetas y chirimias de sonido lúgubre, adornadas con pendoncillos verdes; en seguida otro ginete vestido con trage talar negro y sombrero de anchas alas, recogidas sobre la copa con un cordon, trayendo en la mano una banderola morada, cuya divisa era una cruz verde con rayos dorados, y debajo de ella una espada y una palma cruzadas: detrás fueron llegando, igualmente montados, un notario, tres frailes dominicos, el asistente de Sevilla y una numerosa escolta de hombres de armas, seguidos de una inmensa muchedumbre de pueblo.

La escolta formó círculo alrededor de los personages principales de esta escena: callaron las trompetas, despues de tres toques enérgicos, dados para imponer silencio, y entonces el notario leyó con voz campanuda un edicto, que no trasladaremos aquí por su mucha estension. Declarábase en él que los reyes de Castilla, por decreto y de acuerdo con el Santo Padre, y en atencion á la pertinacia de los apóstatas y hereges, que persistian en sus errores á pesar del amoroso celo con que se les llamaba al seno de la verdadera fé, habian dispuesto establecer en sus reinos el Tribunal de la Inquisicion, tal como existia en los Estados de Italia, Sicilia, Francia y otros: que al efecto quedaba constituido el Santo Oficio por las personas que habian nombrado sus Altezas; y que el Tribunal requeria, mandándolo en caso

necesario, so pena de incurrir en su desagrado, á toda clase de personas, para que le ayudasen á prender y acusar á cuantos supiesen ó sospechasen ser culpables de heregía. Garantizábase el secreto á los acusadores, y para que ninguno tuviese por qué temer, se les autorizaba para presentar sus delaciones en cualquiera forma, de palabra ó por escrito, dando ú ocultando su nombre: se conminaba con las penas destinadas á los hereges, á quien conociendo delitos de esta especie, no los revelase al Tribunal, aunque el culpable fuese su mismo padre ó madre, su esposo ó su hermano. Y por último se ofrecia la absolucion á los que confesasen sus errores dentro del término de treinta dias.

Acabada la lectura del edicto, que Isahak oyó temblando y sin perder una sílaba, el porta-estandarte dió varios vivas á la Religion á los reyes, al Santo Padre y á la estirpacion de la heregía, ondeando su banderola, y las turbas contestaron con frenéticos gritos. En seguida un soldado fijó el edicto en la pared de la casa de Isahak, y la comitiva siguió su marcha, entre el estridente sonido de los instrumentos y las vociferaciones de la multitud entusiasmada.

—Qué significa todo esto, señor? preguntó Noemí.

—Desdichada hija de Raquel, ¿no lo comprendes? repuso el anciano, atrayendo hácia sí á su nieta, y abrazándola, con las lágrimas en los ojos.—Oh! Tú no comprendes el bramido de las fieras, ni los ayes del dolor! Eso significa que estamos condenados á padecer por nuestras culpas, y que el pueblo de Dios vá á ser borrado de la tierra.

—Pero, señor, dijo la jóven acariciando á su abuelo: ¿qué mal hacemos nosotros á los hombres? Por qué habrán de perseguirnos, siendo buenos con ellos, y no pidiéndoles en cambio mas que la quietud de nuestra casa?

—De nuestra casa! exclamó Isahak con amargura. Nosotros no tenemos casa, hija mia, porque carecemos de patria: somos menos afortunados en esto que las golondrinas; pues ellas, vagando de uno en otro pais, hallan siquiera hospitalidad en el

asilo que escogen; nosotros tenemos que purgar el pecado de tu madre.

—Dios nos salvará.

—Solo él puede hacerlo, hija mia. Porque, ¿quién está ya seguro de morir en su lecho? quién se verá libre de un delator fanático, ni de un enemigo encubierto?

—Nosotros no tenemos enemigos, señor, ni escandalizamos con nuestra conducta.

—Qué no tenemos enemigos! Por qué han venido á publicar ese edicto á la puerta de nuestra casa? El asistente de Sevilla es nuestro enemigo, y tú la causa de su encono.

—Eso es imposible, contestó la jóven con alguna turbacion. El asistente no debe aborreceros, pues salvásteis la vida de su sobrino.

—Sí, es verdad, replicó el viejecillo, clavando en la jóven su penetrante mirada; pero tú te compadeciste de él, Noemí; permitiste que te viera, contraviniendo á mis instrucciones, y él no te ha olvidado: hé aquí un crímen, que no te perdonará Diego de Merlo. Todas las noches rondan espías nuestra casa; se nos vigila, se nos acecha, y Dios sabe lo que será de nosotros.

—Pues bien, señor; huyamos de Sevilla: el mundo es grande, vámonos á otro pais, replicó el esclavo.

Noemí bajó los ojos y ocultó las lágrimas.

—Sí, nos iremos, repuso el anciano vacilando: pero todavía no. Esperemos algun tiempo... aun nos dan treguas. Yo no viviré mucho: cuando muera, Osmin embalsamará mi cuerpo y lo ocultará, diciendo que he partido para un viage, me llevará á reposar junto á las cenizas de mis padres, y despues marchareis todos al Africa, donde podreis vivir seguros.

El negro meneó la cabeza en señal de desaprobacion.

—Qué decis, Osmin? prosiguió Isahak ¿no apruebas mi pensamiento?

—Señor, contestó el esclavo: lo que Isahak dispone, está bien dispuesto; y Osmin no tiene mas que una vida, y una vez ha de morir: sea hoy, sea mañana; no importa cuando.

—Es decir, que no confias en lo porvenir?

—Como vos, señor: la voluntad de Isahak es la voluntad de Osmin.

—Pues bien: Dios escuchará las oraciones de su siervo. Redoblaremos nuestras precauciones, y que *Saday* (1) nos proteja.

Desde aquel dia no hubo cristiano alguno que frecuentase la iglesia mas asiduamente que el judío Isahak: muy á menudo se le veia en el rincon de un cofesionario cargado con un enorme rosario, haciendo como que rezaba; pero si por acaso pasaba cerca de él algun fraile dominico, escondia el rostro entre la espesura de su barba, inclinando el cuerpo y la cabeza en actitud devota.

(1) El Dios inmenso.





CAPITULO VII.

De cómo el hombre no siempre vé lo que vé, sino lo que piensa ver.

Pasaron los dias tétricos del mes de enero, y vino su inmediato sucesor, que fué aquel año mas revuelto y veleidoso que sus semejantes. El cielo parecia estar tan descompuesto como los entendimientos humanos: pasaban las nubes rotas y fugitivas de uno á otro estremo del horizonte, derramando turbiones momentáneos, y dejando á trechos aparecer el sol, que calentaba como en el mes de mayo; mientras de las montañas descendian ráfagas de viento helado, que traspasaban los huesos. Por las mañanas y tardes una niebla delgada y negra, semejante al humo de la paja, se estendia sobre Sevilla y su dilatada campiña.

Los hombres entendidos en la ciencia de los astros pronosticaban grandes calamidades; pero como estos hombres pertenecian, por lo comun, á la raza proscrita de Judá, se guardaban de hacer notorios sus augurios, por temor de incurrir en el desagrado de los cristianos. Sin embargo, corrian entre el pueblo

voces alarmantes, aunque vagas, de futuros y desconocidos desastres. Aquella niebla sutíl que cobijaba diariamente á la ciudad, como un sudario de crespon, daba lugar á los mas sombríos comentarios; y hubo mas de cuatro individuos supersticiosos que, achacándola á los conjuros y maldiciones del pueblo judío, se acercaron al monasterio de san Pablo, pidiendo el pronto desagravio de la cólera divina.

Entre estos instigadores del celo inquisitorial habia un hermano de la Cruz Verde, hombre que tenia dadas las mayores pruebas de exaltacion religiosa: el mismo que llevó su severidad hasta el punto de acusar al padre Ojeda, y el que denunció la falta del humo, que se observaba ciertas noches en la chimenea de Pedro de Sotomayor.

Reunido con el prior y con Diego de Merlo se encontraba el osado hermano una tarde á la caida del sol, en la sala del tribunal de la fé, que acababa de instalarse en el convento de dominicos. Era un hombre de corta estatura, rubio azafranado, de mirada suspicaz é inquieta.

—No tengais la menor duda, reverendo padre, decia, que la niebla maldita sale todas las noche de la casa de Pedro de Sotomayor: ese hombre perverso tiene trato diario con los demonios; y la prueba es que vive tranquilo en un edificio habitado por duendes, segun es pública voz y fama. ¿Quién, sino un brujo condenado, pararia un momento en una guarida de diablos?

—Pero ¿qué hombre es ese, de quien estoy oyendo hablar hace un año, y sobre quien pesan las mas graves acusaciones? preguntó el prior.

—Tanto valdria preguntar por Lucifer, dijo el asistente. Nadie sabe quien es Pedro de Sotomayor, ni lo que hace, ni de donde ha venido. Yo que, por desgracia, he tenido ocasion de entrar en su casa, no sé de él mas, sino que profesa las ciencias ocultas, y que entre él y su sobrina Brianda han hechizado á mi pobre sobrino Adriano, que está desconocido.

—Creeis que esa gente se valga de hechizos y artes malignas para perder á los hombres?

—No es posible que sea otra cosa, reverendo padre, repuso el rubio. ¿Cómo, sino, levantarian esa niebla, que, segun los inteligentes anuncia mortandades? Además, lo que ha dicho el señor asistente, me recuerda un rumor que corre entre el vulgo, y que sin duda tiene algun fundamento. Se asegura que doña Brianda, ó como se llame, es hija de la bruja de Cazalla: de modo que esta circunstancia esplica perfectamente los lazos en que caen jóvenes de tanto mérito como el señor Adriano de Merlo.

El padre Ojeda se quedó profundamente pensativo: el nombre de Cazalla le recordaba su antiguo estravío. Despues de un corto intérvalo de silencio, dijo:

—Seria menester adquirir la certidumbre de que la niebla negra sale de la casa de los duendes.

—Nada es mas fácil que eso, reverendo padre, contestó el hermano. La noche se acerca: subamos, si gustais á la torre de la iglesia, y podreis verlo por vuestros ojos.

Una invitacion de esta especie no podia ser desoida por dos personas tan infatuadas y supersticiosas como el prior de San Pablo y Diego de Merlo. Inmediatamente subieron ál campanario, y se pusieron á observar el fenómeno anunciado.

El sol tocaba ya en el lindero del horizonte, y por una circunstancia casual, y efecto de los celages vespertinos, el astro poderoso, medio oculto detrás de las lejanas montañas, aparecia desde el punto de observacion al otro lado de la casa sospechosa, y rodeado de una atmósfera roja, cual si estuviese sumergido en un mar de fuego. La casa parecia negra, como un tizon, sobre aquel fondo refulgente; y los reflejos del rio, que á su espalda se deslizaba manso y tranquilo, completaban la fantasmagórica ilusion de un incendio sobrenaturál, propio para dar pábulo á los antojos de imaginaciones visionarias.

La filosofía de los escépticos tenia indudablemente su fundamento en la esperiencia y el estudio de la naturaleza humana: el hombre no vé lo que vé, por mas paradójica que parezca, *á priori*, esta proposicion absoluta: los objetos sensibles, pasando por

el órgano de los sentidos, no llegan al espíritu, las mas de las veces, sino despues de modificados por el prisma *proteico* de la imaginacion, donde toman la forma que quiere darles á su antojo esta facultad caprichosa, receptáculo de todas las preocupaciones. Así se esplica la infinidad de errores, que ha sancionado como verdades la ciencia humana, en el transcurso de los siglos; y así se comprende cómo hombres pensadores llegaron á dudar de la realidad de las cosas, y hasta de su propia existencia.

Predispuestos los ánimos del prior y el asistente contra Pedro de Sotomayor, el espectáculo grandioso de la naturaleza, rodeado de accidentes sencillos, que á la vista tenian, les pareció desde luego una imágen del infierno; y esta ilusoria idea se fortaleció y tomó cuerpo á medida que, fijos en ella sus ojos por algun tiempo, se les concentraba en el alma.

—Qué horrible aspecto tiene esa casa! exclamó el prior. Parece que arde entre las llamas del infierno.

El hermano rubio hizo un gesto, semejante á una sonrisa, y hubiérase dicho que gozaba en la credulidad del dominico.

—Ciertamente hace daño el mirarla, dijo el asistente. Pero no veo la niebla negra.

—Esperad, esperad que comience á anochecer, repuso el rubio. Mirad la casa fijamente, hasta que yo os avise, y vereis la niebla.

Si en aquel momento la preocupacion no hubiese tenido tan absortos al fraile y á su compañero, y hubieran reparado en el semblante del hermano, iluminado con vigorosos toques por los rojizos rayos del sol, habrian creido ver en él la imágen de Satanás. Habia en aquel rostro una complacencia feroz, que lo revestia de cierta sublimidad horrible.

—Mirad, mirad, les decia señalando con el dedo: parece que los malos espíritus danzan alrededor de la casa. Eso espanta: muchas veces lo he contemplado y luego por la noche he tenido calentura. ¿No advertís que brotan chispas de los cimientos? Jesus nos valga, y su madre Santa María!... Pronto aparecerá la niebla: no aparteis la vista un momento del edificio maldito... Vedla allí!

—Es cierto! Es cierto! exclamaron á la vez los dos fanáticos.

La niebla se levantaba del Guadalquivir, que como ya hemos dicho, corria casi lamiendo las tapias del jardin de la casa del judío Isahak. La ilusion óptica continuaba, mantenida con asíduo empeño por el hermano rubio, quien haciendo que las miradas de sus dos ilusos compañeros permaneciesen fijas en aquel edificio, conseguia impedir que observasen el mismo fenómeno nebuloso formándose en toda la ondulante línea del rio. Los ojos veian el sutíl vapor elevarse sobre la casa, y la imaginacion completaba el convencimiento de que realmente salia de ella.

—No quiero ver mas! exclamó el padre Ojeda. El demonio está metido en esa casa.

—No os lo decia? repuso el asistente.

—Ya lo veis, reverendo padre, añadió el hermano. En esa guarida del diablo se fragua la perdicion de Sevilla.-Y continuó suspirando.-¡Ay! Yo conozco, por mis pecados, las artimañas de esos enemigos de Dios nuestro Señor. Ahí se reunirán con el hechicero Sotomayor, los hijos de Lupian Sanchez y la bruja de Cazalla, aquella maldita que crucificó á su hijo en el sitio llamado la Cruz Sangrienta, y todos juntos evocarán al príncipe de las tinieblas. Cuantas gracias debo dar á Dios por haber abierto mis ojos á la luz! Cuando sucedió el cruento sacrificio del cristianito Ignacio Alonso, ya habia yo abjurado mis errores. ¡Bendita sea la misericordia divina!

Hablando de este modo, bajaba de la torre el hermano rubio en pos del asistente y del prior, que le precedian cabilosos.

—Decidme Simon de Utrera, preguntó fray Alfonso, parándose en medio de la escalera: vos que habeis tenido la desgracia de tratar con esas gentes perversas, ¿no sabríais valeros de tretas, para sorprender al viejo hechicero y á los demás en el acto de sus abominaciones?

—Reverendo padre, contestó el maligno converso: los que de todo corazon nos arrancamos de los lazos del demonio, no tenemos ya poder para penetrar, sin ser sentidos, en el seno de esos conciliábulos. El espíritu maligno se ahuyenta y desaparece con

todos los suyos, apenas le dá el olor del agua bendita. Lo que yo puedo hacer es introducirme con algunos fieles amigos en la casa endiablada, entrando por un súbterráneo que existia en otro tiempo, y que es probable subsista, y puede ser que descúbramos algun indicio favorable á nuestros santos fines. Pero antes habeis de darme vuestra bendicion, y alguna reliquia que me proteja.

—Tendreis lo uno y lo otro.

—En ese caso, reverendo padre, no demoremos la santa empresa: hoy es sábado, y esta misma noche podemos dar el golpe atrevido.

Mientras esto pásaba en el convento de san Pablo, el espectáculo mismo del sol poniente producia otra sensacion muy diversa en el ánimo de una jóven, que lo observaba desde una de las ventanas, que daban al jardin de la casa de Isahak. Noemí contemplaba los rojos matices del cielo con arrobamiento poético: su espíritu seguia con las alas de la imaginacion el curso del astro rey, que se le representaba como un globo de oro encendido, sumergiéndose en un piélago de fuego.

Un pensamiento triste vino á mezclarse con las ideas de la doncella, durante su contemplacion estática.

—Si ese magnífico luminar se hundiese para no volver jamás, que horrible seria la vida!

El sol desapareció detras del horizonte: Noemí continuó mirando con placer, no esento de alguna impaciencia, los bellos celajes, que de rojos se tornaron naranjados, luego dorados con ráfagas violáceas, y por último aparecieron lívidos y empañados por el sudario nebuloso que cobijó todo el cielo.

La jóven permaneció todavía en el balcon, á pesar de la oscuridad y el frio, como si aguardase alguna cosa. De pronto se estremeció, y apretó sobre su corazon un objeto, que habia tenido encerrado en la mano: acababa de sentir el ruido que hacia una persona rozando con su cuerpo las tapias del jardin.

Ligera y silenciosa, como un deseo casto de amor, se retiró la hermosa doncella de su puesto de observacion, cruzó su per-

fumado aposento, y bajó de puntillas una escalera, que terminaba en una estancia del piso inferior: allí abrió una ventana enrejada, y se asomó á ella. El leve ruido que hizo atrajo hácia aquel sitio el bulto de un embozado, que aguardaba no léjos de allí, arrimado á la pared.

—Brianda! se oyó exclamar ténuemente á una voz varonil.

—Adriano! Sois vos? repuso la jóven.

—Yo soy, vida de mi vida! contestó el mancebo avalanzándose á la reja. Temia no veros, encanto mio; pues ignoraba si habríais recibido mi carta, y dudaba si os dignaríais acceder á mis ruegos.

—Sí, Adriano, la he recibido: cayó á mis piés, cuando la tirásteis esta mañana por encima de aquel muro, metida en una sortija, y aqui la tengo: pero, si he bajado, es solo para deciros que nunca volvais á confiar de ese modo vuestro pensamiento á un papel, que no sabeis á que manos puede llegar.

—Ah! no me riñais ahora, querida Brianda: cuando tiré mi carta, estaba seguro de que vos sola podíais recogerla, porque os habia visto en este jardin desde un alto, del otro lado del rio: además poco me importaba que la encontrase cualquiera de vuestra familia, con tal que no fuese perdida para vos. Mi mayor interés era el de revelaros un terrible secreto.

—Un secreto?

—Si, amada mia: un secreto, que he llegado á descubrir y que os importa mucho saber. Vuestra vida y la de vuestro tio están en inminente peligro. No sé de que os ocusan: se habla de crímenes imaginarios, de hechicerías que se os atribuyen, y estais á punto de caer en manos del tremendo tribunal de la fé.

—Qué me decís! exclamó la jóven desolada. Oh! Mi abuelito lo temia.

—Vuestro abuelo? Quién? D. Pedro es vuestro abuelo?

—Si, amigo mio. Pero, ¿qué importa eso?

—Con efecto, eso nada importa. Lo que ahora interesa es salvaros, y no se debe perder un momento. Los espías del tribunal os acechan; yo los he visto rondar esta casa de noche: os

siguen á donde quiera que vais, y es preciso burlar su vigilancia y escapar de sus garras.

—Dios mio! Y qué haremos?

—Escuchadme, Brianda mia. Es menester que esta misma noche os pongais en salvo: mañana quizá seria tarde. Yo tengo ya fletadas dos barcas muy capaces para conduciros en pocas horas de aqui á San Lucar: además nos acompañarán cuatro criados fieles. Vuestro equipage puede pasar por las bardas del jardin para embarcarlo, y cuando todo esté dispuesto, vos y vuestra familia, vendreis á reuniros conmigo por el mismo camino: al efecto traigo aqui una doble escala de cuerda, no conviene que salgais por la puerta, porque os pudieran sorprender. En llegando á la costa de España, fletaremos un barco, que nos lleve á Portugal, á Granada, al Africa, á las islas Fortunadas, á cualquiera parte del mundo, en donde podamos vivir tranquilos y ser felices.

—Ah! Mi buen amigo! No en vano me decia mi corazon que érais digno de ser amado. Pero temo que mi abuelito no consienta en aceptar vuestro leal ofrecimiento.

Al hablar asi, la jóven habia abandonado una mano con que tenia asido un hierro de la reja, y que Adriano estrechaba entre las suyas.

—Y por qué no habrá de acceder, ángel mio? preguntó el enamorado mozo. Rogádselo vos, y es imposible que resista á vuestras súplicas: decidle que vuestra vida está en peligro, y no titubeará un momento.

—No lo sé, Adriano: hay un misterio fatal en nuestra familia, el cual hace que mi abuelo desconfie de vos, como vos mismo desconfiaríais de mí, ó me abendonaríais, maldiciéndome, si supiéseis quien soy.

Sonó en este momento detrás de Noemí una especie de gemido sordo y gutural. La doncella volvió sorprendida la cabeza, pero nada pudo ver en la oscuridad profunda de la estancia.

—Desconfiar yo de vos! Maldeciros, alma de mi alma! exclamó el jóven, llevando á sus lábios la mano que tenia asida. Si hay

un misterio en vuestra familia, yo lo respetaré siempre. ¿Qué me importa saber quien sois? Con tal que pueda veros, beber la vida en el aliento que emana de vuestros lábios, llamar mio vuestro corazon, ¿qué mas necesito? Yo os amo tal como os he conocido, y no dejaria de amaros, aunque fuéseis mi mayor enemiga. Sé que sois un ángel en forma humana, y esto me basta: por vos abandonaré gustoso mi patria, mi familia, mi porvenir; porque todo mi mundo, todas mis esperanzas se encierran en vos sola. Dicen que me habeis hechizado. Si es acaso verdad, solo deseo que el hechizo dure tanto como mi vida.

—Hechizos! Qué entiendo yo de hechizos? dijo Noemí con acento melancólico y dulce. Si hay hechizos en el mundo, ¿no podria yo acusaros tambien de habérmelos dado? Yo me burlaba del amor y de los hombres: solo uno habia llamado mi atencion, de un modo pasagero y superficial, acaso porque me fingia desden: pero D. Manuel Ponce os hirió por mi causa, y desde entonces le aborrezco. ¿Necesito deciros que mi corazon no es ya libre?

—Brianda! Encanto mio! Cómo podré pagar la felicidad que me dispensais en este momento?

Los dos amantes habian llegado, sin darse cuenta de ello, á esa cumbre resbaladiza del país de las ilusiones, desde donde se descubre por un momento el paraíso con todas sus delicias, y donde las almas se atraen, para fundirse en una. Insensibles á los objetos esteriores, y arrastrados hácia un centro comun, por la poderosa corriente de la felicidad, sus dos pechos se estrecharon á través de la reja, y los lábios del jóven depusieron el gérmen de la vida en la megilla de la doncella, que privada de fuerzas, no se atrevió á resistirlo.

Otra vez se oyó aquel estraño gemido que poco antes habia sorprendido á Noemí: la cadena magnética del amor se rompió instantáneamente por la interposicion de un hálito ageno á su naturaleza, y los jóvenes, cayendo despeñados de la dicha al abismo de la realidad, se desprendieron el uno del otro.

—Habeis oido, preguntó Adriano.

La jóven miró á su alrededor y contestó.

—Habrá sido el viento.

—El viento, que se lleva nuestra felicidad! repuso el doncel con amargura.

Noemí suspiró.

—No debemos perder el tiempo, continuó Adriano: la noche avanza, y es menester aprovechar sus horas. Adios, amada mia! Os aguardo al pié de las tapias.

—Adios, Adriano! Hasta luego.

Los dos amantes se apretaron mútuamente las manos y desaparecieron; él entre las sombras del jardin, ella en la lobreguez de la estancia. Pero Noemí permaneció un corto rato observando, hasta que oyó un golpe sordo, que le anunciaba el salto de su amado al otro lado de la tapia: entonces retrocedió, y lanzó un grito de sorpresa y terror.

—Nada temais, señora, dijo una voz gutural en la oscuridad. Soy yo: todo lo he oido.

—Ah! Osmin! Estabas aquí?

—Si: Osmin vela siempre, y todo lo sabe.

—Mas vale así, amigo mio: vamos, y me ayudarás á persuadir á tu señor: es preciso que partamos esta misma noche.

—Vamos.

—Isahak estaba ocupado en leer el *Talmud*. Al entrar en su aposento, la jóven y el etiope, levantó la cabeza y los miró con ojos indignados.

—Qué me quereis? Les preguntó: ¿porqué me interrumpís? Habeis olvidado que hoy es el santo dia del sábado?

—No lo hemos olvidado, señor, respondió Noemí: ya hemos hecho nuestra *tefilá*.

—Eso no basta: es menester pasar todo el dia consagrado al Señor en el recogimiento y la contemplacion.

Noemí tembló al pensar que habia pasado una hora conversando con su amante. ¿Qué diria el rígido israelita cuando lo supiese? Sin embargo, era forzoso revelarle el terrible peligro que le amenazaba.

—Señor, dijo despues de algunos momentos de indecision: Dios, que no quiere nuestra ruina, ha permitido que yo infrinja su santa ley, para darnos á conocer un golpe que nos amaga, y ofrecernos los medios de salvacion.

—Estás delirando, hija mia? El infractor de la ley divina no merece nunca premio. Eso de que hablas te lo ha sugerido el demonio.

—Ah! No, señor. Escuchadme, y no me condeneis: estamos perdidos, y un alma generosa nos avisa y nos quiere salvar.

—Un alma generosa! Dónde está ese? Quién es?

—Adriano, aquel jóven á quien salvásteis la vida, reconocido á vuestro favor, ha venido á decirnos que la Inquisicion nos acecha: que tal vez nos prenderán esta noche; y os ofrece dos barcas para huir inmediatamente de Sevilla: todo está dispuesto, señor, y si nos damos prisa podemos llegar antes del dia á las costas de España, y salvarnos en algun pais remoto.

—Adriano! prorrumpió Isahak con voz sorda: el sobrino del asistente, que será un fanático como su tio! y le has recibido en mi casa, Noemí? has hablado con él?

—Y en mi presencia, dijo el esclavo.

—No, no! exclamó el anciano uniendo á la palabra un ademan negativo con el dedo índice. Yo no aceptaré los servicios de ese hombre: Dios me castigaria por esto solo! Vosotros profanais el dia santo, hablando con un egipcio maldito, y ¿no temeis que eso baste para atraernos la cólera del Señor?

—Abuelito mio, juzgais mal á Adriano: es un jóven bueno y leal, como aquel Colon que conocimos en Lisboa.

—No: como Colon no hay otro. El amaba su ley, como yo la mia: yo quise convertirlo y él á mí; pero nunca nos aborrecimos. ¿Quién puede compararse con él? Ese Adriano quiere perdernos y nos tiende asechanzas.

—Oh! No digais tal, señor! Vos no le conoceis.

—Mejor que tú, porque tú le amas.

—Y él á mí, bien lo sabeis. ¿Cómo querrá mi perdicion?

—Es verdad, murmuró el anciano.

—Señor, dijo el esclavo: yo he oido las palabras del jóven de la herida; su aviso es amistoso, su ofrecimiento es leal, su consejo bueno; y Osmin nunca se equivoca.

—Pues bien, repuso Isahak con indecision: si Dios lo quiere, partiremos; pero no esta noche.

—Si esta noche no, puede ser tarde mañana.

—Que lo sea, Osmin: si es la voluntad del Señor que muramos, moriremos; pero que sea obedeciendo nuestra ley. Hasta pasada la media noche no intenteis hacer nada contrario á los divinos preceptos.

—Y si nos falta el tiempo? dijo tímidamente Noemí. Hay que disponer el equipage y trasladarle á bordo.

—Se hará mañana! exclamó el fanático Isahak con energía. No pretendas hacerme quebrantar el precepto del sábado.

La jóven y Osmin bajaron la cabeza, no hallando nada que contestar contra el mandamiento religioso.

—Vosotros lo habeis quebrantado ya, continuó el anciano. ¿Sabeis si lo que Dios nos prepara no es el castigo de esa culpa? En vez de ocuparos en la salvacion del cuerpo, preparaos á purificar el espíritu. Dediquemos al Señor las últimas horas de este dia, y luego que se cumpla su voluntad. Tú, Osmin, lleva un cordero sin mancha al lugar del sacrificio; tú, Noemí, toma el harpa y baja conmigo á cantar las glorias de Israel: haz que te acompañen Sara y Jamelica, y descalzaos los pies antes de entrar en el sagrado recinto.

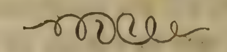
El esclavo y Noemí salieron cabizbajos del aposento. Isahak sacó del armario de cedro unos ornamentos sacerdotales, se revistió con ellos, y tomando una lámpara de mano, se dirigió al corredor contiguo, abrió allí una puerta secreta, y bajó una larga y tortuosa escalera, que terminaba en una soberbia bóveda subterránea, de aquellas que solo se han construido en la Edad Media, y que parecen obra de titanes.

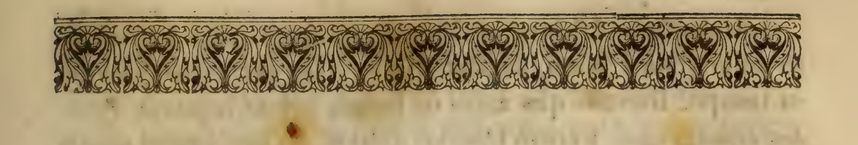
En un rincon de la pieza cuadrangular, á donde primero llegó Isahak, se veian hacinados muchos instrumentos de hierro, enmohecidos, y que parecian los restos de una fábrica de fundi-

cion: examinados de cerca se habria podido reconocer que habian servido para labrar moneda. El anciano *cohen* pasó de largo, sin reparar en aquellos objetos, que sin duda tenia olvidados, y que esplicaban la tradicion de los duendes, atribuida por el vulgo á la casa en que vivia: dirigióse á un testero de la estancia y abrió con llave otra puerta que tambien estaba cerrada, penetrando en un espacioso salon cuadrilongo, de cuya bóveda pendia una lámpara de plata encendida: en el fondo de esta pieza se habia levantado una estrada, formando sobre ella un segundo recinto, cubierto con tapices de brocado.

Isahak se postró al entrar, y besó la tierra: en seguida se descalzó y marchó hácia la estrada, haciendo tres reverencias: subió á ella, separó los cortinages, y volvió á postrarse humildemente. Allí estaba el santuario, ó lugar consagrado á Dios. Entró el sacerdote en él, y sin dejar la lámpara de la mano encendió con ella los siete mecheros de un candelabro de otros tantos brazos, que habia sobre una mesa de maderas preciosas; preparó los vasos sagrados, y limpió el ara y el cuchillo de los sacrificios.

Entre tanto fueron llegando el esclavo con la víctima, Noemí con su harpa y las dos dueñas. Isahak encendió el fuego sagrado, quemó perfumes olorosos en un braserillo de oro, y tomó en una mano el cuchillo, y con la otra puso el cordero atado sobre el ara. La jóven preludió una armonía mística y entonó los cantares de Israel.





CAPITULO VIII.

Que Dios ayuda al que se ayuda, y al que no, le desnuda.

Tenebrosa era la noche: la niebla negra impedía ver los objetos á seis pasos de distancia.

Dos barcas amarradas á la orilla del Guadalquivir, flotaban en su corriente.

Adriano aguardaba impaciente al pié del muro del jardin de Isahak: habia pasado algunas horas en aquel sitio, y se abrigaba cuanto podia con su ferreruelo, para resistir al frio húmedo que le penetraba los huesos. De pronto percibió ruido de pasos: prestó atencion, requiriendo la espada, y oyó á dos hombres que hablaban con sigilo, y que llegaron á pararse á corta distancia de él. Su memoria le queria recordar el metal de la voz del uno, que decia:

—Pronto ha de quedar desalojado nuestro antiguo asilo: la casa de los duendes ha de ser para los duendes, no para ese maldito brujo, que nos ha echado de ella con sus conjuros.

Estremecióse Adriano al oir estas palabras: pues á pesar de su valor y buen juicio, pagaba tributo á las preocupaciones de su tiempo. Recordó que antes de Isahak habian habitado duendes aquella casa, y creyó tenerlos delante. La prevencion misma que tenia el vulgo contra el mísero anciano y su familia llegó á penetrar por un momento en su espíritu; sin embargo, el sentimiento del honor caballeresco, propio de la época, le infundió nuevos bríos, y pensando en Brianda, se dispuso á luchar aunque fuese con vestiglos infernales. Se pegó á la pared, y continuó escuchando.

—Lástima de guarida! contestó el segundo interlocutor al primero: merece el perro hechicero que le tuesten vivo, por lo que nos ha hecho perder.

—Ya se recobrará con creces, repuso el primero: lo único que se puede sentir son los cuños y troqueles y los demás instrumentos que se habrán estraviado, ó estarán ya comidos de orin. Pero yo procuraré sacar de la mina para adquirir otros.

—Silencio! exclamó el segundo. ¿No habeis oido algo, Simon?

—No es nada: parece ser alguna barca de pescador que anda en el rio. Sin embargo, seamos cautos: con la Santa Inquisicion, chiton. Ya no deben de tardar mucho los soldados de la fé.

Los dos interlocutores invisibles se alejaron rio abajo, y Adriano se quedó sin poder comprender del todo lo que tramaban aquellos hombres, si bien se convenció de que no eran duendes, aunque aspiraban á poseer, en calidad de tales, la casa de Pedro Sotomayor.

—Esta gente, dijo para sí, han de ser monederos falsos, á lo que entiendo, y quieren recobrar su taller, que estaria sin duda en algun subterráneo de esta casa. Pues bien, se les vá á lograr su gusto; porque los inquilinos se marchan.... Pero, Dios mio! En qué consiste tanta tardanza?

Y comenzó á dar paseos á lo largo de la tápia, para desentumir sus miembros. Al cabo de un rato, perdida la paciencia, tre-

pó á las bardas por la escala de cuerda que tenia echada y sujeta de un árbol, y observó con profundo terror que no se veia una luz, ni se percibia el menor ruido en toda la casa: únicamente parecióle oir una música deliciosa, pero muy lejana, y como si saliese de las entrañas de la tierra.

Entre tanto los dos desconocidos seguian su marcha silenciosa: no tardaron en reunírseles otros seis hombres armados con espadas y arcabuces ligeros, que salian de la ciudad, y que guiados por los primeros, se encaminaron á un parage de antemano reconocido, en la lengua misma del agua: los piés tocaron allí tierra blanda y removida, y uno de los que guiaban, dijo:

—Cuidado que no caiga alguno: aquí es. Seguidme todos.

Y comenzó á bajar, hasta que se sumergió en la tierra: detrás de él entró su compañero, hombreton de talla gigantesca, y uno á uno todos los demás.

El que iba delante sacó eslabon y piedra, y encendió lumbre, y con ella y una torcida de azufre prendió fuego á una antorcha, y la dió á su segundo: éste y él iban vestidos de negro, con capas largas y máscaras: en la ropilla llevaban cosidos unos escudos, que tenian por armas una cruz, una espada y una palma. Los soldados iban descubiertos, y llevaban el mismo escudo al pecho.

El lugar donde se encontraban era una profunda y larga mina labrada toscamente de sillería, y tan baja, que casi se tocaba con la cabeza en el techo: el primer familiar no corria, sin embargo, este peligro, pues era de ruin estatura: no así el segundo, que necesitaba ir encorvado.

Largo rato caminaron los agentes del Santo Oficio por aquel lóbrego y tortuoso subterráneo, hasta desembocar en una especie de habitacion ovalada, en cuyo estremo habia una escalera de piedra. La forma de aquel recinto era la mas á propósito para condensar y reproducir los sonidos: los soldados de la fé se sobrecogieron de pavor al oir el eco de sus mismos pasos, que resonaban como una vibracion metálica. Pero fué mayor su sorpresa cuando percibieron una dulce armonía, ora melancólica, ora

enérgica y desgarradora, como el llanto de un guerrero cautivo, que parecia venir del techo. El primer familiar les hizo un ademan para que guardasen silencio, y todos pudieron oir distintamente el salmo setenta y nueve de David, cantado por diferentes voces. Pocos entendieron la letra, pues el hebreo en que estaba, solo era conocido de los dos enmascarados, y como la generalidad de nuestros lectores no se hallarán en este caso, bueno será que les demos una traduccion libre para su inteligencia.

Cantó primero una voz sola de tan dulce timbre y tan armoniosa, que habríasela creido salida de la boca de un ángel, y decia:

«¿Hasta cuando, Señor, Dios poderoso,
Contra tus siervos estarás airado?
¿Por qué nos das tu pan dulce y sabroso
Con lágrimas acerbas amasado?»

Y un coro de mujeres en que se mezclaba la áspera voz de un hombre contestaba:

«Señor, Dios de las virtudes,
Vuelve á nosotros tu faz;
Para que salvos seamos
De triste cautividad.»

—

LA VOZ DE ANGEL. *(Con tristeza)*.

«Pusístenos en pugna desastrosa
Con los que eran, ¡oh Dios! nuestros hermanos;
Y sufrimos la befa ignominiosa,
Y el ódio de los pueblos comarcanos.»

EL CORO.

«Señor, Dios de los ejércitos,
Armaos de vuestro poder,
Y destrozad las cadenas
Que oprimen al pueblo fiel.»

LA VOZ DE ANGEL.

«Acuérdate, ¡oh Señor! que trasladaste
Tu viña que en Egipto padecia;
Y á través del desierto la llevaste,
Y tu presencia le sirvió de guia.»

EL CORO.

«Señor, que asientas tu trono
En alas de querubines;
Arma la potente diestra,
Para proteger tus vides.»

—

LA VOZ DE ANGEL. *(Con creciente brío).*

«Para darla el vigor que le faltaba,
En tierra fértil la plantó tu mano;
Y los mas altos montes cobijaba
Su grata sombra, su verdor lozano:
Por encima del cedro se elevaba
El tallo de tu vid pujante y sano;
Y del Éufrates á la mar bravía
Sus vástagos pomposos estendia.»

EL CORO.

«Mas arrogante que el cedro
Fué la viña de Sion:
Pero ha descargado en ella
La cólera del Señor.»

—

LA VOZ DE ANGEL. *(Con profunda melancolía).*

«¿Y ahora la dejas, Labrador divino,
Rota la cerca, los jugosos frutos
Pasto de cuantos van por el camino,
Cebo de fieras y de torpes brutos!

¡Ay....! Tú que ves su mísero destino,
Protégela, Señor! No haya mas lutos!
Mira que el fuego á devorarla empieza,
Y nada quedará de su grandeza!»

EL CORO.

«Romped ya nuestras prisiones,
Omnipotente Jehová!
Y volved á vuestro pueblo
Su antigua felicidad.»

Durante este cántico los soldados de la fé no se atrevian á respirar: el sabor religioso de aquellas armonías embargaba sus espíritus, por otra parte sometidos al poder mágico de una aprehension supersticiosa. El familiar permaneció arrimado á la escalera, y luego que cesó la música, dijo á sus auxiliares en voz baja:

—Seguidme sin meter ruido, y nada temais: la presa vá á ser magnífica, y no se nos puede escapar.

Y subió la escalera delante de todos. En lo alto de ella estaba cerrado el paso por una enorme losa cuadrada.

—Vengan dos aquí, para sostener este peso, continuó el primer familiar. Apoyad las palmas de las manos en la juntura de esta piedra, y recibidla cuando se desprenda, á fin de que no caiga de golpe: ella misma bajará como una trampa.

Dos soldados se apresuraron á ejecutar esta órden: el familiar comprimió un resorte, y la piedra sostenida por aquellos, bajó conforme habia dicho, dejando espedito un hueco suficiente para dar paso á una persona. Un triple grito de sorpresa y terror sonó sobre sus cabezas, repitiéndose mas enérgico, al aparecer sobre el pavimento la siniestra figura de los dos enmascarados, y detrás de ellos el reflejo de las armas.

—En nombre del santo Tribunal de la fé, daos á prision! dijo el primer familiar.

Encontrábase éste con sus satélites en el centro mismo del

vasto subterráneo donde Isahak celebraba con su familia las ceremonias de su religion. A un lado de aquella oculta sinagoga, estaban las tres mujeres arrodilladas y abrazadas unas á otras con los cuerpos retirados hácia atrás por un movimiento de pavura y repulsion: al pié de la estrada se veia al negro en pié, pero encogido, con el pecho avanzado, las manos levantadas á la altura de él y los ojos chispeantes, en la actitud de un tígre que ansía devorar una presa; y por último, junto al ara, en la cual se quemaban los últimos restos de la víctima, estaba Isahak revestido de los ornamentos sacerdotales, silencioso y consternado, pero con ademan digno y tranquilo. Allí no habia del hombre débil y medroso nada mas que un recuerdo: el sacerdote de Israel, celoso del decoro de su ley se sobreponia al simple mortal. Osmin le miraba y alternativamente á los intrusos, como si aguardase una señal para arrojarse sobre ellos y castigar su atrevimiento. Isahak le comprendió y dijo:

—Cálmate, Osmin: no profanes tú tambien el tabernáculo santo. Que la voluntad del Eterno sea cumplida.

Los soldados avanzaron á una seña del primer familiar, y entonces el *cohen* estendió su brazo derecho y exclamó con voz tonante:

—Atrás, sacrílegos! No intenteis acercaros al Santuario de Dios! No temais que me escape. Yo no niego mi fé, ni me sustraigo á morir por ella. El Todopoderoso es quien me castiga, no vosotros, por haberla disfrazado.

Y hablando asi, rasgó sus vestiduras, tomó un vaso de vino y con él apagó el fuego que ardía en el ara; bajó del santuario y se puso en manos de los soldados. En seguida miró á su alrededor y dijo:

—Noemí, sé digna hija de tus abuelos! Que no vean tus verdugos flaqueza ni temor en la raza de Sephardi.-Osmin, sé fiel á tu señor.-Jamelica, Sara, desdichadas, poned en Dios vuestros pensamientos: él os dará fortaleza. Hijos mios, es llegada la hora de prueba para el pueblo de Israel: seguidme á conquistar la palma del martirio.

—Silencio, blasfemo! dijo el segundo familiar. Tiempo tendrás de dar cuenta de tus abominaciones.

Isahak guardó silencio, pero miró al enmascarado con ojos de desprecio. Sin embargo, un momento despues se le saltaron las lágrimas, al ver á los soldados atar los brazos á la delicada Noemí.

Aprisionados todos, los sacaron del subterráneo, subiendo con ellos al piso principal de la casa, y los metieron en un cuarto con centinelas de vista, mientras los familiares inventariaban y sellaban todos los objetos, cerrando las puertas de las habitaciones y poniéndoles un sello de cera verde con las armas del tribunal.

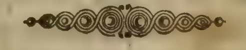
Hecho esto, pusieron á cada uno de los presos una mordaza en la boca, y los condujeron fuera del edificio por la puerta principal, que dejaron cerrada, y se llevaron las llaves.

Era casi amanecido, cuando el sobrino del asistente, perdida ya toda esperanza, y receloso de lo que habia pasado, abandonó la ribera del rio volviéndose á la ciudad. Paróse un momento delante de la casa de Isahak, y contemplando aquella puerta cerrada, un frio glacial circuló por sus venas.

—Qué ha pasado aquí, Dios mio! exclamó: Brianda, si alguna fatal calamidad ha caido sobre tu cabeza, te juro por Dios vivo que adonde quiera que tu destino te lleve, allí te seguiré.

Dicho esto se acercó á la puerta, la besó, y se internó en las calles de la ciudad, que comenzaba á esperezarse.

Las aves tempranas saludaban la venida de la nueva aurora, y la niebla negra, mas espesa que nunca, estendia sus alas de gasa sobre el apiñado caserío.





CAPÍTULO IX.

De como el padre Ojeda vió al demómio, y de sus resultas tiró el diablo de la manta.

Ocho dias empleó el tribunal de la fé en tomar declaraciones á mas de cuarenta testigos que se presentaron ó fueron llamados á deponer contra la familia de Pedro Sotomayor: durante este tiempo los reos permanecieron incomunicados en profundos calabozos, adonde no penetraba nunca la luz del dia, sin ser llamados á comparecer ante sus jueces.

Eran estos dos dominicos de Castilla espresamente nombrados y el padre Ojeda que, como decano, hacía de presidente, y además un fiscal letrado y dos notarios clérigos, que juntos componian el tribunal. En presencia de todos quedó plenamente probado que Pedro de Sotomayor, su sobrina y sus criados eran herejes judaizantes, lo cual estaba demostrado hasta la evidencia, con saber todo el mundo que frecuentaban la iglesia, y con haberles encontrado en el acto mismo de celebrar los ritos de la religion hebrea: los objetos destinados á este culto, las vestidu-

ras sacerdotales de Isahak y hasta el harpa de Noemí se hallaban depositados en el tribunal. Pero lo que es mas sorprendente, tambien se habia probado por testimonio de personas fidedignas, que el viejo era hechicero y su sobrina bruja, que ambos tenian ó debian tener relaciones con la de Cazalla y pacto con el demonio; y por último que con sus maleficios habian producido la niebla negra para infestar á Sevilla.

Solamente un testigo se atrevió á defender á los acusados, en cuanto se lo permitieron las preguntas vagas é indeterminadas que le fueron hechas: era un jóven de veintitres años, y habiéndole interrogado sobre la profesion de fé religiosa de los acusados, dijo que siempre los habia tenido y tenia por buenos cristianos; sobre las relaciones que á ellos le ligaban, manifestó que las de la gratitud y las de la mas merecida amistad. Preguntósele si habia tomado de ellos algun alimento sospechoso, ó dejádose hacer alguna operacion por ensalmo; á lo cual contestó que solo habia recibido medicinas y la salud de sus manos; pero no otra cosa, ni por medios supersticiosos. Últimamente, habiéndose querido saber qué clase de inclinacion sentia hácia la jóven Brianda, se evadió de dar respuesta. El Tribunal le tuvo compasion, y reputándolo hechizado, mandó encerrarle en una celda del convento para que hiciese penitencia, y que se le aplicasen exorcismos diariamente, para ahuyentar de su cuerpo los malos espíritus. El jóven se resignó sin hablar palabra.

Pudiéramos muy bien hacer un libro de medianas proporciones y no escaso de interés solo con seguir el curso de este proceso, y acaso no haríamos sino una cosa necesaria; pero además de faltarnos el espacio suficiente, nos ahoga el aire de las cárceles y habremos de pasar muy de ligero por este campo de espinas, limitándonos á tocar los puntos mas indispensables de nuestra dolorosa historia.

Llegó el dia señalado para el exámen de los acusados, y se comenzó por las dos dueñas Sara y Jamelica: las desdichadas no pudieron negar lo que habian visto los agentes del Tribunal; pero á las preguntas que se les hacian acerca de las demás acu-

saciones, solo contestaron bendiciendo la bondad natural de sus señores, y derramando torrentes de lágrimas.

Despues de las dueñas se hizo comparecer al negro: la prision sufrida por el fiel esclavo no habia hecho mas que exaltar su primitiva fiereza: sus ojos calenturientos despedian un fuego sombrío.

—Cómo te llamas? le preguntó el primer inquisidor.

—En mi tierra Osmin: aquí Aberroes, contestó el negro.

—Qué ley sigues?

—Adoro á Dios, amo al que me hace bien, y aborrezco á quien me hace mal.

—Eso no es contestar á la pregunta del Tribunal: ¿eres judío?

El etiope se encogió de hombros con desden.

—Responde, insistió el juez.

—Osmin no habla: Osmin no es traidor.

—Qué hacía tu amo todas las tardes?

—Osmin no tiene amo: es un gran gefe.

—Conoces á la bruja de Cazalla?

El negro miró con desprecio á los jueces, y soltó una carcajada sardónica.

Otras varias preguntas se le hicieron; pero el idómito esclavo guardó á todas un despreciativo silencio.

—Esa obstinacion te pierde, le dijo el padre Ojeda: solo una confesion franca y un arrepentimiento síncero pueden salvarte.

—Osmin ha de morir, contestó el negro: no importa cuando.

El inquisidor hizo una seña al alcaide del Tribunal, y éste con dos guardias se apoderó del negro y le condujo á la sala del tormento.

A poco se presentó Noemí: su belleza centelleante y vivaz estaba amortiguada; pero no parecia menos hermosa bajo el sello del dolor. Al recibir la luz, aunque escasa, escesiva en comparacion de la oscuridad en que habia yacido, se cubrió los ojos con la mano: pero apenas pudo mirarla, volvió la cabeza hácia la ventana por donde aquella entraba, y su rostro se iluminó con

una aureola pasagera de felicidad. Los jueces no se atrevian á contemplarla fijamente.

—Decidnos vuestro verdadero nombre, preguntó el padre Ojeda.

—Noemí, contestó la doncella.

El prior de San Pablo se estremeció, y compuso alrededor de su rostro la capucha del hábito.

—Vuestro apellido? continuó con voz algo trémula.

—Lo ignoro.

—Vuestros padres?

—No los tengo.

—Qué parentesco os liga con el llamado Pedro de Sotomayor?

—Soy su nieta, hija de su hija.

—Sabeis como se llamaba vuestra madre?

—Raquel Sephardi.

El prior quiso hacer otra pregunta; pero le faltó la voz. Al cabo de un breve rato de silencio, se volvió hácia uno de los otros inquisidores, y le dijo:

—Interrogadla vos: me siento algo malo.

El segundo inquisidor continuó preguntando:

—Donde está vuestra madre?

—Murió y nunca la he visto.

—No conoceis á la que llaman bruja de Cazalla?

—No sé quien es.

—Decid la verdad, porque de lo contrario habreis de confesarlo por fuerza.

—Nunca he sabido mentir.

—Quién fué vuestro padre?

—Jamás me han revelado su nombre: solo sé que era cristiano.

El inquisidor meneó la cabeza, y miró á sus compañeros: el rostro del padre Ojeda estaba pálido y desencajado.

—Y vos, ¿sois cristiana? preguntó éste último.

—No: soy judía, y judía quiero morir.

—Insolente! exclamó el segundo inquisidor. Modera tu lengua!

—Os he dicho la verdad, repuso Noemí con dignidad. ¿Porqué me insultais?

—No te toca hacer cargos, sino contestar humildemente á lo que te preguntemos. Te se acusa de hechicerías: ¿es cierto que has hecho uso de ellas para someter á tu influjo á varios jóvenes nobles, entre ellos al sobrino del asistente.

—Lo ha dicho él? preguntó á su vez Noemí.

—Pecadora, no debes interrogar: contesta.

La jóven bajó la cabeza, y ocultó las lágrimas entre sus manos.

—Te arrepientes de tus gravísimas culpas?

—No hay nada en mi conciencia, de que deba arrepentirme delante de Dios, contestó la doncella con firmeza, pero sin arrogancia.

Los jueces se consultaron en secreto.

—Es rebelde por demás é incorregible, dijo el segundo inquisidor.

—Y está convicta, añadió el tercero. Hay que arrancarle á todo trance el secreto de sus maleficios.

—Creo efectivamente que nos oculta algunas circunstancias importantes, repuso el padre Ojeda. Sin embargo, no me parece del todo perdida, y acaso tratándola con dulzura y á solas, se conseguirá con ella mas que por la fuerza. Opino que conviene volverla á su calabozo, y esta noche procuraré yo sondearla, oyéndola en confesion.

—Guardaos de ella, replicó el segundo. Yo creo que hay mucha malicia bajo esa apariencia de candor. Al presentarse aquí, os habeis puesto malo repentinamente, y ahora mismo teneis el rostro cadavérico.

—Tranquilizaos, dijo el prior: esto no ha sido nada, y ya se me ha pasado. Si me sobreviniese una desgracia, la sufriré por Dios.

En seguida hizo seña para que llevasen á la jóven á su prision.

—Tambien soy de parecer, continuó fray Alonso, que suspendamos por hoy esta informacion, hasta que yo hable á solas con esa desdichada, y pueda obtener algunas noticias que nos faltan.

—Como gusteis.

Disuelto el tribunal, el padre Ojeda mandó llamar á Simon de Utrera, con el objeto de interrogarle acerca de Noemí, y mientras aquel venia, se encerró en su celda.

La situacion en que el prior se encontraba era horriblemente trájica: veíase constituido en juez de su propia hija, y asediado entre el bárbaro deber de su conciencia, y el compromiso no menos cruel que su calidad de inquisidor, y mas aun de fundador del tribunal le creaba respecto á sus compañeros. Recordaba cuanto habia trabajado para establecer aquella institucion, y cómo habia venido á parar, por un camino desconocido, por una pendiente misteriosa y fatal, á ser el verdugo de su propia sangre. Sin comprender como esto sucedia, pasaban por su mente las fantásticas sombras de otros padres colocados por un decreto inexorable del destino en situacion semejante á la suya: Idomeneo, Jephté, Virginio, Leovigildo, en diferentes épocas y situaciones, pero impulsados todos ellos, como algunos otros, por una fuerza superior á su voluntad, habian sacrificado tambien sus hijos, ya en las aras de la religion ó de la patria, ya ante el ídolo implacable del honor. Pero ninguno se habia encontrado tan fatalmente compelido como él; ninguno habia dispuesto con tanta perseverancia y empeño el instrumento de su accion; ninguno llegó á crearse obligaciones tan formales é indisolubles ante Dios y los hombres.

Habia otras circunstancias en el drama misterioso del inquidor, que atormentaban como rabiosas furias su corazon, y al mismo tiempo lo enlazaban como serpientes al potro de su martirio. Aquella hija que tan inopinadamente se le presentaba culpable de heregía, de judaismo y de hechicería, era el fruto de su pecado: nadie acaso, ni aun ella misma, sabia que él fuese su padre, y sin embargo, en la primera entrevista se lo habia dicho

con la sencilléz de la inocencia, con la espontaneidad ignota de la revelacion: sus afanes de mucho tiempo para castigar los delitos religiosos, parecian ordenados por una mano invisible, para caer de improviso y sin remedio sobre su cabeza. Para un hombre de sus ideas, ¿no tenia todo esto mucho de providencial? Así es que se paseaba por su celda furiosamente agitado, y murmurando sin cesar.

—Expiacion! Expiacion! Castigo de Dios!

—De pronto se paró con el entrecejo fuertemente contraido. la mirada fija en el suelo y los puños apretados.

—Qué es esto? se preguntó á sí mismo. ¿No soy yo quien dijo, aquí, en este sitio, que si apareciese el fruto maldito de mi pecado, lo sacrificaría en holocausto de expiacion? Lo dije, cuando no podia esperar que sucediese: lo he repetido en mi corazon; y ahora que la mano de Dios me lo muestra, y lo somete á mi juicio, ¿por qué tiemblan mis carnes? No es la ira del Señor; es su misericordia la que me ofrece la ocasion de probar mis fuerzas y reparar mi culpa. Sí, perezca la hija maldecida del crímen! Yo la engendré en pecado, y el fruto ha salido igual á la semilla. Oh! Cuánta abominacion, cuánta maldad en tan pocos años! Hereje, judaizante, hechicera!.... Pero, esto es imposible!... No: aquella niña que yo tomaba en mis brazos con amor; que tenia en su rostro infantil toda la dulzura de un ángel, no puede ser nada de esto! Sin duda soy víctima de una horrible pesadilla.... Necesito hablarla y convencerme de que no hay remision para ella.... ¿Qué estoy diciendo?

Al pensar así en alta voz, el fraile se apretó rabiosamente con ambas manos, primero las sienes, luego el pecho, y mirando con la fijeza de un loco á la puerta de la celda, prorumpió, como si hablase con algun ser allí visible:

—Atrás! Atrás! Huye de mí, espíritu infernal! Yo te conjuro!..... Retírate, maligno tentador! ¿Quiéres mi alma? No la tendrás, no; porque Dios me dará fortaleza para triunfar de tí.... Pretendes engañarme!..... Jah! jah!.... Te aborrezco! Aborrezco mi pecado y todo cuanto de él procede!.... La ho-

guera!.... La hoguera!.... El fuego eterno!.... Una hija mia! Oh! esto es horrible!..... Apártate! apártate, demonio tentador!....

El espíritu venció al hombre en esta terrible lucha de afectos encontrados. Entreabrióse la puerta, y apareció en ella Simon de Utrera. El prior cayó al suelo sin sentido, derribado por el huracan del fanatismo: habíasele representado el demonio en la figura de aquel hombre.

Simon se acercó á él pausadamente, le contempló con una sonrisa infernal, y murmuró:

—Tambien á tí te ha llegado la hora del sufrimiento.... Aun es poco!.... Tú has hacinado la leña para el sacrificio..... yo te he traido la víctima..... y ahora te asusta la hoguera!.... Falta todavia que tú la ocupes con tu amada Raquel.

Diciendo esto, se acercó á la mesa, tomó una campanilla que habia en ella, y saliendo al corredor, se puso á tocar y á pedir socorro.

En un momento acudieron multitud de frailes y otras personas, que por casualidad se hallaban en el convento: entre estas se presentó un cuadrillero de la Santa Hermandad, anciano de tantos años como su siglo, pero robusto y derecho como un cedro, al cual seguia un mozo imberbe y de mirada estúpida. Tambien acudió el jóven Adriano de Merlo, á quien acababa de dejar momentáneamente libre el religioso que le guardaba.

En aquellos primeros instantes todo fué confusion. El converso de Utrera corria de una parte á otra dando disposiciones para socorrer al prior: los frailes unos lo sostenian, otros le hacian aire con el escapulario; cual pedia agua y vinagre, cual tomaba agua bendita de una pila que habia en la celda y se la esparcia en el rostro. Entre tanto, Adriano reconcentraba su memoria para acordarse donde habia oido pocos dias antes la voz del hermano rubio, á quien ya conocia. De pronto se dió un golpe en la frente, y palideció; pero guardó silencio.

—Reverendos padres, dijo á este tiempo el cuadrillero: lo que tiene su paternidad es un desmayo. Para eso no hay mejor

remedio que un vaso de vino de Jerez. Yo tengo ochenta y un años: nunca he tomado otra medicina, y estoy robusto.

No fué menester, sin embargo aplicar la panacea del cuadrillero, pues el prior comenzó á volver en sí al poco rato, y miró alrededor, como asombrado de ver tanta gente.

—Dadme agua, dijo.

El cuadrillero hizo un gesto de desagrado. Despues que el prior hubo bebido el agua, y sintió renacer sus entorpecidas ideas, dijo:

—Deseo estar solo. ¿No ha venido Simon de Utrera?

—Aquí estoy, reverendo padre, se apresuró á contestar el rubio.

El cuadrillero se santiguó, y mirando fijamente al converso, exclamó:

—Qué hace aqui ese hombre perverso entre tanto siervo de Dios?

—Eso mismo pregunto yo, dijo Adriano: ¿qué hace aquí un monedero falso?

Simon de Utrera quedó solo en medio del círculo que formaron los frailes y enfrente de sus acusadores.

—Sin duda os equivocais, señores mios, dijo; y me confundís con otra persona.

—Equivocarme yo! repuso el cuadrillero. Juan del Prado tiene buena memoria. Ese hombre es Simon de Utrera el mismo que en compañía de la bruja de Cazalla crucificó al cristianito Ignacio Alonso.

—Y el mismo que, hace ocho dias, paseándose por la orilla del Guadalquivir, deseaba recobrar la casa de Pedro Sotomayor donde habia tenido su fábrica de moneda, añadió Adriano.

—Qué contestais á esos cargos? preguntó el prior á Simon.

—Reverendo padre, digo que estas son alucinaciones del demonio. Esos hombres mienten.

—Qué es mentir! exclamó el cuadrillero con enerjía: pues qué, ¿no conozco yo al converso Simon de Utrera? Digo mal,

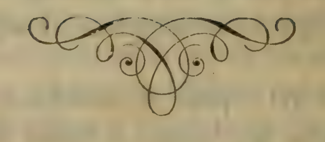
añadió, iluminándosele vigorosamente los ojos: este hombre se ha llamado David ben Abrahem.

—David ben Abrahem! prorrumpió el prior poniéndose en pié de un salto. Aver? Prendedle.

—No se me escapará, repuso el cuadrillero.

Y echándose sobre el converso, le agarrotó los brazos á la espalda, sujetándoselos con las manos. Reduan acudió á dar auxilio á su gefe, soltándose la correa del cinto para atar al preso.

Simon de Utrera fué aherrojado y metido en uno de los calabozos de la Inquisicion.





CAPÍTULO X.

Aclaraciones.

David ben Abrahem (*) se llamaba, segun podrá recordar el lector, aquel judío, hijo de un rabí de Sevilla, que solicitó de Isahak la mano de Raquel, y que, no habiéndola obtenido, reveló á la Perpétua Noche los amores sacrílegos de aquella muger sin ventura con el estudiante Alonso de Ojeda, y acusó al *cohen* de Córdova de conspirar contra el pueblo hebreo. Jamás habia conocido el padre de Noemí á su rencoroso rival; pero muchas veces le oyó nombrar en su juventud, y el nombre de David vivia en su memoria, indeleble como todo recuerdo de afliccion.

Cuando, á consecuencia del cruento sacrificio del niño Ignacio Alonso, se amotinó el pueblo de Sevilla contra los judíos, el rabí Abrahem pereció con toda su familia, y nadie creia que David se hubiese salvado de la matanza; pues la saña popular habia caido sobre él principalmente, atribuyéndole la muerte

(*) David, hijo de Abrahem.

de aquella criatura: pero fué asi, que habiendo recibido muchas heridas mortales, no sucumbió á ellas, sin embargo; y recobrando los alientos vitales durante la noche que siguió al dia de la catástrofe, logró esconderse y sanar, fugándose luego al reino de Granada.

Los judíos encontraban mas proteccion y reposo entre los moros que entre los cristianos, pero no tanto lucro; pues el pueblo árabe era laborioso y rico, al revés del castellano guerreador y pródigo del tiempo: David echó menos en Granada las mil sacaliñas y estafas con que brindaba Sevilla á la gente ingeniosa y aplicada de su raza; y pasados algunos años de su destierro, determinó volver á su pais natal. Tenia la barba y el pelo negros; compuso una mistura con varios ácidos y tornóse rubio azafranado: mudó de nombre, se presentó muy contrito á un clérigo de Utrera, y tornóse cristiano, haciéndose llamar Simon. Con esto pudo vivir sosegado, y entregarse libremente á sus malas mañas, que en poco tiempo le enriquecieron.

Sin embargo, el pueblo, ya fuese por haber notado rasgos de semejanza entre el converso Simon de Utrera y David ben Abrahem, ya por ese instinto inesplicable, que le revela muchas veces el crímen oculto, ya en fin porque la conducta de aquel hombre le inspirase un sentimiento repulsivo, dió en mirarle de reojo, y en propalar la voz de que habia tenido parte en la crucifixion del niño Ignacio. Él, por otro lado, hizo cundir entre el vulgo, el cuento que refirió Juan del Prado, atribuyendo toda la culpa á la bruja de Cazalla. Y como Juan del Prado era el repertorio ambulante de todas las tradiciones populares, juntó en su imaginacion á la bruja y al converso.

Al formular el cuadrillero su acusacion, quizá no estaba seguro de lo que afirmaba; pero como no habia sino contradecirle, para producir en su ánimo la conviccion de sus asertos, al verse descaradamente desmentido, sostuvo su palabra; y asi, por un acaso, brotó la verdad de su espíritu comprimido. No hubiera quizás pronunciado el nombre de David, que tan mal efecto hizo al prior, si acosada su perspicaz inteligencia, no hubiese recibido

en aquel momento el auxilio de la memoria, para reconocer al antiguo judío á pesar de sus pelos rojos.

La revelacion de Adriano concurrió muy oportunamente á fortalecer las persuaciones de culpabilidad contra el converso, pues desde luego aparecia, que habia obrado movido por espíritu de venganza y por otras causas profanas en el asunto de Pedro de Sotomayor. Y con efecto, aquel malvado profesaba un ódio inestinguible al padre Ojeda, á Isahak, y á toda su familia: probablemente, despues del tiempo transcurrido, y á pesar de su carácter vengativo y sañudo, se habria retraido de cometer el vasto crímen que meditaba, siquiera fuese solo por miras de propia conservacion. Pero sobrevino un incidente que le irritó de nuevo, y otro que le facilitaba los medios de accion, dejándole en salvo de todo riesgo; y entonces fué cuando alimentó en el alma su plan de venganza.

El deseo de vivir aislado del mundo llevó á Isahak á establecerse en la casa de los duendes, y sin pensarlo, espulsó de ella á David, que ya sabemos en lo que la ocupaba. Él divulgó las mil voces que arrebataron la tranquilidad al anciano *cohen*, y firme en su propósito de perderle, se introdujo en la Hermandad de la Cruz Verde, como hacen por lo comun los criminales astutos, que procuran vivir de acuerdo con los tribunales de justicia.

El descubrimiento repentino de tanta maldad encubierta suspendió por algunos dias el curso del proceso formado á Isahak, pues la prudencia acensejaba que, antes de continuarlo, se depurase la verdad respecto al acusador. El padre Ojeda aprovechó este tiempo para hablar á solas con el anciano judío y su nieta; pero estas entrevistas no dieron ningun resultado favorable á los reos.

Fray Alonso tenia miedo de permanecer mucho rato al lado de Noemí: limitándose á exhortarla para que confesase sus culpas y abjurase el judaismo, sentíase á su pesar enternecido muchas veces, y huia de ella, para no dejarse vencer, como él pensaba, por las tentaciones del demonio. A Isahak solamente le

hizo dos visitas: en la primera llegó á dudar de la realidad, y sospechó que el viejo y su nieta, sabedores de su antigua historia, sea por relacion de alguien, sea por medio de averiguaciones cabalísticas, se habian propuesto esplotarla, para sustraerse al castigo.

Isahak habia envejecido diez años en los pocos dias de su prision, tanto que el inquisidor no le reconoció al verle, y le dirigió algunas preguntas indeterminadas, con el fin de arrancarle su secreto.

—Anciano, le dijo: tengo compasion á tus canas: un enemigo tuyo, que yace contigo en estas prisiones, y tus propios delitos te han traido á este deplorable estado. ¿Deseas tu salvacion?

—«Mi salvacion está en Dios, en quien confio», contestó el prisionero, con las palabras del salmista.

—No tienes ninguna esperanza en los hombres?

—«Todo hombre es falaz,» repuso el hebreo con el texto de Salomon. No hay esperanza ni misericordia sino en Dios.

—Judío, repara que soy tu juez, y que puedo ser tu salvador.

—No me salvarás tú, si no está decretado de lo Alto; y si lo hicieres, no harias sino cumplir el precepto divino: haz bien por bien; no olvides el beneficio de tu hermano.

—Esplícate claro, judío: ¿cuándo me has hecho bien?

—Corta es tu memoria, fray Alonso; pero la memoria de Dios es eterna. ¿No te acuerdas ya de Raquel?

Fray Alonso se estremeció de piés á cabeza. El juez se encontraba convertido en reo de ingratitud, y el interrogador en interrogado.

—Si, contestó: me acuerdo bien que he cometido un horrible pecado, y que necesito espiarlo con una vida de remordimientos y penitencia. ¿Es ese el beneficio que he recibido de tí?

—Raquel dió su vida por conservar la tuya.

—Y aunque eso sea, ¿qué fruto pretendes sacar de las obras agenas?

—Disimulas en vano, Alonso de Ojeda, repuso Isahak: Raquel te salvó y se perdió, por haber yo tenido misericordia de

tí: mi ley, mis juramentos me imponian el deber de dar la muerte al burlador de mi hija: sin embargo, yo te cubrí con mi manto, y dí lugar á que te escapases de la saña de mi pueblo. No pretendo sacar ningun fruto de tí, pues no poseo la virtud ni la vara de Moisés: te recuerdo mis propias obras, no las agenas, para que aprendas en ellas.

—Anciano, replicó fray Alonso con gravedad sombría: el estudiante libertino de Córdoba no es el prior de dominicos de San Pablo; el amante de la judía no es el juez inquisidor de Sevilla: entiéndelo bien. Pero si te obstinas en evocar los recuerdos de lo pasado, no olvides que Isahak Sephardi sacrificó bárbaramente á su propia hija, y enseñó al jóven inesperto á odiar con todo su corazon á la raza maldita de Judá.

Isahak lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Es decir que algo has aprendido de mí: yo sacrifiqué á mi hija, y tú por ódio á mi raza, sacrificarás la tuya!

—Te comprendo: quieres conmover mi corazon con sagaces argucias; pero te engañas. El ministro del verdadero Dios permanecerá inmóvil como la roca en medio de las tempestades. No hay comparacion posible entre nosotros dos. Yo, sacrificando á mi hija infiel y hechicera, seré el instrumento de la justicia divina: tú, sacrificando á la tuya fuiste el verdugo servil de la iniquidad, y el dogal de la venganza humana.

—Oh! esclamó el mísero anciano sollozando? Conque no hay salvacion para Noemí? Ah! Desventurada hija de mi dolor! Paraiso de mi vejez! Qué mal has hecho á los hombres, para que así te maltraten? Señor Dios de las virtudes,-continuó el desdichado arrodillándose y juntando las manos:-vos que veis los corazones, haced que caiga sobre mi cabeza todo el peso de vuestra indignacion; pero no castigueis en ella los pecados de sus padres! Piedad, Dios mio, piedad para ella!

—Isahak, dijo el prior, conmovido á su pesar: os he dicho que deseo vuestra asalvacion.

—Si lo deseais, ¿para qué es decírmelo? Si quereis mi bien, ¿porqué me atormentais?

—Os lo digo, porque de vos depende vuestra vida; porque además de la vida pasagera de este mundo, hay la salvacion ó la condenacion eterna, que os doy á escoger. Si confesais vuestras culpas con un corazon contrito; si abjurais vuestros errores, en vez de la muerte, puedo hacer que se os imponga una penitencia.

El apego á la vida hizo pensar á Isahak en una abjuracion aparente.

—Y en qué consistirá esa penitencia? preguntó.

—Segun la gravedad de vuestras culpas se os conmutaria la hoguera por una prision perpétua.

—Déjame, mónstruo! exclamó el viejecillo con los ojos chispeantes de ira. Una prision perpétua! Prefiero la muerte, y conservar pura la fé de mis mayores.

—En ese caso, replicó el Prior indignado, perecerás, y tu nieta contigo.

—Bárbaro! Y no tendrás compasion de tu hija?

—Yo no tengo ninguna hija: mis hijos son todos los fieles cristianos; los enemigos de Dios son mis enemigos.

—Pues bien, smoos enemigos: tú nos acompañarás á la hoguera; porque revelaré tu pecado, y te condenarán tus hermanos.

—Mi pecado está ya absuelto por el Santo Padre: solo Dios tiene poder para castigarlo.

—Ah! Cruel destino! exclamó el anciano, mordiendo la cadena que le sujetaba las manos. Perezca yo mil veces! Qué me importa esta vida; que ya me abandona? Pero ella, la infeliz!... Oh! Ella puede morir, pero tú no te salvarás! Te acusaré, y horrorizados los hombres de tu crímen, te condenarán por parricida!

—Isahak, no conoces mi situacion. Si llegas á proferir ante el tribunal una sola palabra, que me acuse, me privas de los medios de salvarte y salvar á Noemí; porque al absolveros yo, pronunciaria mi sentencia de muerte. Vé, pues, lo que haces. No tienes mas recurso que el de abjurar tus errores.

—Triste recurso que nos brinda con un destino mil véces

peor que la murte! La prision y el remordimiento! Vete! Déjame con mis penas, y obra como te dicte tu conciencia. Dios nos juzgará á los dos!

La segunda entrevista se redujo á una lucha estéril, en que el prior agotó su elocuencia, para conseguir la conversion del judío; pero sus esfuerzos fueron tan inútiles con él, como con Noemí. Ambos estaban resignados á morir.

Entre tanto el inquisidor sufria interiormente un combate horrible entre su corazon y su conciencia. Perdió el sueño, y cada dia que pasaba era mayor el tormento de su alma. El destino inhumano que le sujetaba sobre el carro triunfal de la muerte, no habia querido permitir que, como otros padres, ejecutase él su sacrificio en un arrebato de celo ó de indignacion, ni tampoco á ciegas ó por ignorancia: queria, sí, que obrase subyugado por el fanatismo y la preocupacion, pero tambien con pleno discernimiento y á sangre fria. Por esto, á medida que el tiempo le daba lugar á la reflexion, crecia su ansiedad de padre, juntamente con sus escrúpulos é intolerancia. Temia que llegase la hora de juzgar á Noemí; temblaba al pensar que le seria imposible absolverla, y mas aun al presumir que le faltase valor para condenarla: este último pensamiento le cercaba de dobles terrores, unos espirituales y otros mundanos. La cólera de Dios y la severidad de los hombres, el fanatismo y el egoismo ponian á un tiempo la planta sobre su cuello, y lo aterraban.

Cuando se trató de interrogar á Simon de Utrera, previendo que el converso procuraria comprometerle, dispuso que nadie presenciase su declaracion, mas que él y sus dos compañeros, haciendo uno de estos de secretario. Pero Simon lo negó todo: su primitivo nombre, los delitos que le imputaban y el conocimiento mismo de las personas á quienes habia acusado. Pretendia por este medio sustraerse al castigo; pero ignoraba que en su propio rostro iba apareciendo un testimonio irrecusable contra él: faltándole el específico de que hacia uso para teñirse de rubio la barba y el cabello, estos comenzaban á ser negros hácia la

raiz. El prior lo notó, y mandó raparle toda la cabeza, sometiéndole luego á la cuestion de tormento.

David no pudo resistir seis vueltas de torniquete: poseido de rabia, confesó todos sus crímenes, pero sosteniendo á la vez que el arrepentimiento y el deseo de hacer méritos para con Dios eran los únicos móviles de sus acusaciones contra Isahak: en su desesperacion reveló tambien los amoríos del padre Ojeda, con ánimo de perderle. Habló de la bruja de Cazalla, como la principal culpable del sacrificio del niño Ignacio, y prometió prenderla, si le permitian salir en su busca. Tal vez se proponia seducir á los jueces, para tener una ocasion de fugarse, por lo cual no se le concedió lo que deseaba.

Vuelto el reo á su calabozo, el prior habló con los otros inquisidores y les dijo:

—Ya habreis conocido toda la perversidad de ese hombre: lo que ha dicho contra mí es cierto; pero hay mas: la hija de mi pecado está bajo mi justicia, por permision de Dios: en vano he trabajado para volverla al camino de la virtud. Ella y su abuelo Isahak permanecen irreconciliables é impenitentes: los entrego á vuestro rigor, y el dia del juicio votaré con vosotros. Obrad como ministros de Dios y jueces de la fé.

Los inquisidores quedaron un momento consternados al oir esta revelacion; pero pasada su sorpresa, se dispusieron á obrar. Agotados los medios de persuacion, acudieron á la violencia contra los reos. Sara y Jamelica declararon en el tormento cuantos delitos imaginarios se atribuian á sus señores. Isahak y Noemí confesaron su fé judaica y su culpa de heregía, en el hecho de frecuentar la iglesia; pero á todo lo demás no hicieron sino implorar la misericordia de Dios.

El negro, no sabiendo que hacer para no comprometer á sus amos, se encerró en el mas obstinado silencio: cuatro veces fué puesto en el potro, y otras tantas se le retiró moribundo, sin poder arrancarle una palabra: su terquedad irritó la cólera de los jueces, y el infeliz pereció en el tormento, víctima de su obcecada fidelidad.



CAPITULO XI.

Se demuestra, que la bruja de Cazalla era invisible, y se tragaba los hombres vivos.

UNA partida de veinte hombres á caballo, mitad soldados de la fé, y otros tantos de la Hermandad, salia una mañana del Pedroso, lugar situado en la sierra de Cazalla, con direccion á una enriscada cumbre, que no léjos de alli se divisaba. Iban mandando la espedicion un oficial del Santo Oficio, Juan del Prado, y el gigantesco familiar que acompañó á Simon de Utrera, en el acto de prender á Isahak Sephardi.

Al emprender la caminata pidieron en el pueblo un guia, que les condujese á la torre del Espectro, pero no encontraban á nadie que se hallase dispuesto á subir hasta aquella fortaleza endiablada. Un anciano les dijo:

—Si vuesarcedes quieren creerme, desistan de su empresa temeraria, y no tienten al diablo. Desde hace quince años, que se nos vino á vivir en estas cercanías la bruja de Cazalla, continuó santiguándose, ninguno de cuantos han subido á la maldita torre, han vuelto para contar lo que alli les ha pasado.

—Creeis que la bruja se trague los hombres vivos? preguntó el familiar.

—Eso creo, repuso el anciano; y ojalá fuera mentira, que un nieto mio, enamorado de una hidetal de este pueblo, llamada la Jacinta, y cansado de sus desdenes, fuése desesperado á buscar á la bruja, para pedirle hechizos con que rendir el desamor de la taimada mozuela: treinta meses hará de esto por Pascua florida, y todavia no ha vuelto el cuitado. Por cierto que era un mozo como unas platas, y que no valia la Jacinta para descalzarle.

—Vah! dijo Juan del Prado. Apostaria un jarro de Jerez á que ese muchacho se ha hecho soldado.

—Todo podria ser, replicó el viejo lugareño. Pero, ¿qué me direis del cazador Iginio Pastraña, que habiendo andado un dia entero por el monte, sin encontrar una pieza, cometió la temeridad de entrar en la torre, persiguiendo á un javato, que se metió en ella á boca de noche? Tampoco no ha vuelto á salir; y un compañero suyo, que fué á buscarlo al dia siguiente, se quedó por allá.

El familiar se encogió de hombros; pero Juan del Prado y el oficial menearon las cabezas con aire preocupado.

—Si eso es verdad, dijo el familiar, por lo mismo debeis prestarnos auxilio para coger á la bruja; pues la santa Inquisicion se ha propuesto libraros de ella.

—Gran servicio nos prestaria el Santo Tribunal, repuso el viejo, pues no tenemos hora de reposo: este invierno pasado hizo una noche de viento que levantaba las casas: todos los vecinos del pueblo oimos unos ahullidos infernales en las chimeneas, y en algunas se esparció la lumbre y la ceniza. Una jóven se atrevió á cerrar la ventana que el viento habia desencajado: en seguida le dió un dolor agudo en el pecho y murió á los tres dias: otras varias personas perecieron del mismo mal. Pero, amigos, no creo que nadie se atreva á daros el auxilio que necesitais, como no sea la bendita mujer Inés la Solitaria, que vive retirada en esas alturas, y que, por un favor de Dios, no recibe

daño alguno de la maldita hechicera: muy al contrario, suele remediar los que hace á los demás.

—Y no habrá tampoco quien nos guie á la mansion de Inés la Solitaria? preguntó el cuadrillero.

—Eso sí: con mil amores. Y si no fuera por mis achaques, yo mismo iria con vuesarcedes, aunque solo fuese por ver á mi bienhechora; pues gracias á ella, esta primavera no estoy postrado en la cama.

—Lo creo, y mucho mas que me dijérais, repuso Juan del Prado: como que es una santa; y en toda la comarca desde aquí hasta Sevilla no habrá quien no la bendiga. Lo que no comprendo es, cómo vive en esas montañas sin temor á la endiablada bruja, que puede una noche llevársela por los aires y arrojarla en el mar.

—Inés la Solitaria no teme á nada de este mundo.

—Ya: pero la bruja no es de este mundo.

—Los diablos huyen de su presencia. Lo mismo entra ella en la torre del Espectro, que si fuera en la Iglesia. Cuando amenazan tempestades, y vemos peligrar nuestras mieses ó nuestros ganados, vamos á suplicar á la Solitaria que ahuyente de estos contornos el espíritu malo, y ella lo hace, penetrando sin riesgo alguno en la torre maldita.

Parecerá inverosímil tanta credulidad; pero estamos en pleno siglo XIX, siglo de análisis y de positivismo, en que apenas se cree mas que en el poder del oro; y sin embargo, hemos conocido brujas y quien acudiese á consultar sus conjuros, y santas embaucadoras, y duendes, y personas ilustradas que buscaban tesoros ocultos con ayuda de una vela misteriosa, y grandes de España que han ido á perder el reposo de sus espíritus y la tranquilidad de sus familias á casa de una charlatana, que les revelaba los destinos de su vida, escritos en una baraja. Todo esto y algo mas hemos visto á los treina años, de nuestra vida actual. ¿Qué mucho que hubiera gentes sencillas que creyesen otros prodigios mayores en el último siglo de la Edad Media?

Inés la Solitaria no era, sin embargo, una visionaria, ni una

embustera. Transigia con las preocupaciones vulgares, porque de este modo consolaba muchas veces á los afligidos, y porque tratar de desengañarlos, habria sido, dado que lo consiguiese, arrebatarles sus ilusiones y esperanzas. Vivia para hacer bien, y empleaba en esto indistintamente, todos los medios que le ofrecian la naturaleza y la sociedad. Era una mujer sábia y virtuosa, que sanaba las dolencias del cuerpo con yerbas y bálsamos salutíferos, y aliviaba los padecimientos del alma con oportunos consejos.

Apenas se trató de ir á ver á la benéfica Solitaria, un mozo del lugar, que, entre otros, habia oido la conversacion, se prestó voluntariamente á servir de guia. La partida emprendió en el acto el camino de las montañas, siguiendo los pasos de aquel jóven, que con su conocimiento del terreno, y su charla interminable, fué de no poco provecho para salir con bien de la espedicion. A cada paso se encontraban obstáculos que parecian insuperables; bosques densos, barrancos y precipicios, tan peligrosos, por lo menos, como la bruja de Cazalla. De cuando en cuando se descubrian los agujereados murallones de la torre del Espectro, al parecer suspendidos en el aire sobre las cabezas de los viandantes; luego se ocultaban por largo trecho, para mostrarse de nuevo á larga distancia, como si realmente hubiese allí algun poder oculto empleado en burlarse de los mortales.

—Ved allí, decia el guia; señalando á un profundo valle, que se descubrió á la traspuesta de una colina:-Ved allí el rio Viar, en donde la bruja lava los huesos de sus víctimas, y luego los pone á secar al sol.

—Pero eso no lo hará con sus amantes, observó Juan del Prado.

—Todo el que pisa el umbral de su vivienda sufre igual suerte, repuso el guia: es decir, que desaparece para siempre: si todos mueren, ó si algunos quedan vivos para servirla de distraccion, eso nadie lo sabe.

—Pero la habeis visto vos alguna vez? preguntó el oficial.

—Yo verla! Líbreme Dios! Si la hubiese yo visto, no estaria aquí para contarlo.

—Cosa mas estraña! dijo el familiar. Pues yo he de verle las barbas á esa dueña, hoy mismo, si Dios me ayuda; ó he de poder poco.

—Nada es mas fácil, replicó el guia: la puerta de su casa está siempre abierta para todo el que llegue. Lo difícil es la salida.

—Vah! Seria la primera bruja, que me hubiese metido miedo. Veremos si sabe volar, cuando le chamusquen las alas en el arrabal de Triana.

Siguiendo de este modo la conversacion, evitando tropiezos y malos pasos y trepando breñas, llegaron, por fin nuestros espedicionarios á dominar la parte occidental de aquellos montes ocultos y pocas veces hollados por la planta humana. El horizonte se desarrollaba inmenso, perdiéndose en lontananzas de lontananzas, y ya se divisaba la torre del Espectro asentada sobre un pelado tajo, en cuyas quiebras profundas anidaban los mochuelos y otras aves agoreras. Aquel ruinoso edificio parecia inaccesible, y en efecto lo era por el lado que la tropa lo contemplaba; pero rodeando la roca se llegaba, no sin grandes dificultades, primero á la mansion de Inés la Solitaria y despues á la cumbre del peñasco.

La tradicion daba una respetable antigüedad á la carcomida fortaleza: creíase que habia sido fundada por uno de los terribles gefes de aquella raza húngara, que á principios de la quinta centuria invadió la Bética, mudando su nombre en el de Vandalicia ó Vandalucia; y que poseida por los descendientes del fundador, linage feroz y sanguinario hasta el siglo octavo, quedó en lo sucesivo patrimonio de duendes y malos espíritus, que cuidaban de su conservacion. Observándola estaban nuestros viageros, cuando el familiar exclamó de repente:

—No decíais que la bruja era invisible? Pues vedla alli, en lo alto de aquel torreon.

Con efecto, acababa de aparecer una figura humana encima de la torre; pero en seguida desapareció.

—Esa no es la bruja, contestó el guia: es el espectro de la

desgraciada Riquilde, hija del último señor de la fortaleza, que fué despeñada por su padre desde la cumbre de esa roca. Si fuese la bruja, desdichados de nosotros!

Declinaba ya el sol hácia el occidente, cuando la columna espedicionaria llegó á la boca de una gruta sombreada por algunos árboles, que comenzaban á florecer: á un lado manaba entre las piedras y se deslizaba sobre menudas guijas un manantial de agua cristalina: un poco mas arriba de la caverna se alzaba una cruz, hecha de toscos maderos, al pié de la cual habia una calavera y dos huesos humanos, y un targeton de pergamino con esta letra:

«Mortal, lo que soy serás.»
«Tú que amas la vida, no pases de aquí: la Cruz es tu salvacion.»
«Fuera de ella está la muerte.»

Este aviso místico y simbólico, que parecia salir de la boca de un muerto, hizo que se estremeciesen los mas fuertes de los que alli estaban. ¿Era solo el recuerdo de la nada humana y la protesta del cristiano, que señala el único camino de la vida eterna, ó significaba la existencia de un peligro inminente y material mas allá de la cruz? Ambas cosas parecian deducirse de aquellas misteriosas palabras.

El guia las interpretó en este último sentido: Juan del Prado y el oficial se inclinaron á creer que significaban las dos cosas.

El familiar opinó que no significaban nada.

—Esto no es mas que un rótulo, como otro cualquiera, dijo: lo que nos importa es saber donde está la Solitaria, para que nos indique el sendero de la torre, ó nos dé instrucciones, á fin de apoderarnos de la bruja.

—Mucho temo que la santa mujer esté ausente, repuso el guia: pues de lo contrario ya la habríamos visto salir á recibirnos. Probablemente ha ido á la aldea de Almaden, porque anteayer se rompió una pierna el hijo del herrador, y ella siempre acude á donde hay desgracias que remediar

—En ese caso, vamos arriba, concluyó el familiar. Dejemos aquí atados á estos árboles los caballos, que no podrán subir, y seguidme.

Los soldados comenzaron á ejecutar lo que disponia su principal gefe, y ya habia éste traspasado el lindero de la Cruz, secundado por algunos de los mas valientes, cuando se oyó una voz, que salia de la profundidad de la cueva, diciendo:

—Deteneos, temerarios!

—La Solitaria! La Solitaria! exclamaron á un tiempo Juan del Prado y el guia.

Inés apareció en la entrada de la gruta: su rostro pálido y severo estaba revestido á la vez de autoridad y dulzura.

—Lo que intentais, continuó la Solitaria, es irrealizable. Nadie ha hecho presa jamás en las fantasmas del espíritu.

—Creeis que sea imposible prender á la bruja de Cazalla? preguntó el familiar, acercándose á Inés.

—Si, es imposible; porque nadie ha visto ni verá lo que no tiene cuerpo.

—Segun eso, es un espíritu.

—Es el espíritu de la calumnia, la impostura del crímen, el velo de la desgracia, la sombra monstruosa de un delirio, un nombre que aterra, una fantasma que fascina; todo esto es, y nada.

—Por Dios que no os comprendo buena mujer, repuso el familiar.

—Ni aunque os lo esplicase lo comprenderíais. Básteos saber que intentais lo irrealizable. La bruja de Cazalla vivirá y dominará á los hombres mientras dure la ignorancia sobre la tierra.

—Santa mujer, dijo Juan del Prado: nosotros sabemos que nadie sino vos, por la virtud que Dios os ha dado, teneis poder para entrar en la torre maldita, y subyugar á la diabólica persona que en ella mora. Sabed que somos enviados por el Santo Tribunal de la fé; y os digo esto, porque, como buena cristiana, no dudo que nos ayudareis: se trata nada menos que de castigar el horrendo crímen cometido hace diez y siete años contra

el cristianito Ignacio Alonso, y ya está preso, gracias á mi buen ojo, el converso Simon de Utrera, por otro nombre David ben Abrahem, principal autor de aquel bárbaro sacrilegio.

Un rubor repentino asomó á las megillas de la Solitaria, al oir los nombres del cristianito y de David; pero en seguida huyó toda la sangre de aquel rostro, que se tornó pálido como la cera.

—Justicia de Dios! exclamó Inés cruzando las manos, y mirando al cielo.–En seguida, como todos los soldados se habian agolpado alrededor de ella, y la contemplaban con ávida curiosidad, titubeó un momento antes de preguntar:

—Cómo es que ha sido preso David?

El familiar hizo una seña á los soldados para que se retirasen, y habiéndose quedado solo con el cuadrillero y el oficial cerca de Inés, la dijo:

—Los secretos del Santo Oficio no se pueden revelar á nadie; pero vos estais en posicion de prestar un gran servicio á la religion, y por esto os diré lo que pueda sin comprometerme. David se habia introducido, fingiéndose buen cristiano, en el Tribunal de la fé; y era el hombre de confianza del reverendo padre fray Alonso de Ojeda, cuando este honrado cuadrillero que aquí veis, le reconoció, descubriendo que él en union con la bruja fué quien crucificó al cristianito.

—Y ya veis, añadió Juan del Prado, cuanto importa atrapar á la pícara hechicera, que llevó á su propio hijo para crucificarlo.

—Eso es falso! exclamo Inés: eso es una calumnia de David.

—Pues bien, tanto mejor: así se esclarecerá la verdad, repuso el familiar. Y luego, nada se pierde con que la bruja sea quemada; pues, segun de público se dice, la niebla negra que aparece todas las noches sobre Sevilla, es obra de ella y del judío Isahak Sephardi.

—Isahak Sephardi! ¿Dónde está Isahak Sephardi? preguntó la Solitaria, reprimiendo su violenta emocion.

—Ya está en lugar seguro: David le delató, y es probable

que le quemen vivo uno de los primeros viernes de cuaresma, juntamente con su nieta, que tambien es hechicera.

—Hombres nécios y bárbaros! prorrumpió Inés con vehemencia. ¿De dónde habeis sacado esos crímenes imaginarios? Cuando ha tenido el hombre poder para producir un solo átomo de niebla, ni cómo ha de ser el judío Isahak cómplice de la bruja de Cazalla, si esa bruja solo existe en vuestros cerebros vacíos?

—Buena mujer, cuidado con lo que decis, contestó el familiar: nosotros hemos venido aquí á pediros auxilio, en nombre del Tribunal de la fé, no á que nos insulteis.

—Yo no hablo con vos, pobre hombre, repuso Inés; y si acaso os ofendí, os pido perdon. Yo acuso la ignorancia y la barbarie del género humano. ¿Se ha creado ese Tribnnal para quemar hechiceros? Si asi es, ¿qué aguardais, que no me prendeis? Yo sano los enfermos, sin ser médico; á mí acuden todos los que pretenden imposibles, y escuchando sus ruegos, conjuro las tempestades del cielo, y las del corazon, que son mas difíciles de calmar. ¿Por qué no me prendeis?

—Si haré, dijo el familiar; pues voy creyendo que sois vos la bruja de Cazalla.

—No hareis tal, repuso Juan del Prado, poniéndose al frente de sus soldados: yo conozco bien á Inés la Solitaria: es una santa en la tierra, y primero me dejaré hacer pedazos, que consentir se la toque á un solo cabello.

—Pues yo os digo, replicó el familiar, que si esta mujer no es la bruja en persona, tiene íntimo trato con ella; y que no he de volver á Sevilla, sin llevarla atada como á un Cristo.

—Haced la prueba, y sabreis quien es Juan del Prado.

El familiar se dirigió con el oficial, á ponerse al frente de los suyos, y en un momento la partida se encontró separada en dos bandos y pronta á venir á las manos.

—Hombres! ¿Hasta cuando habeis de malgastar vuestro vigor en fútiles querellas? exclamó la Solitaria. ¿Tan despreciable es vuestra sangre, que hayais de buscar pretestos para der-

ramarla? No disputeis por mí: yo estoy pronta á seguiros, si deseais prenderme; pero, ¡ay de vosotros, si tal hiciéseis! No llegaríais vivos á Sevilla, como no fuese por mi voluntad!

—Habremos de ver eso, dijo el familiar: voy á buscar á vuestra compañera, que estoy seguro de haberla visto: y á la vuelta me hareis el gusto de acompañarnos.-Y añadió, dirigiéndose á sus soldados.-Quédense aquí dos, guardando á esa mujer, no sea que se escape, y síganme los demás.

—Detente, hombre sin fé, repuso la Solitaria: no subas á la torre, porque caminas á tu perdicion.

—Adelante! gritó el familiar á su gente. ¿No conoceis que pretende intimidarnos?

Inés no cesó de exhortarles para que se volviesen, hasta que ya no pudieron oirla. Entonces entró en su gruta, y se perdió de vista en la oscuridad.

Juan del Prado, habiendo visto á los soldados de la fé desaparecer hácia la cumbre de la montaña, dijo á los suyos:

—Muchachos, vamos arriba tambien nosotros, no se diga que nos hemos quedado detrás por cobardía. Veamos en lo que esto para.

Y comenzó á trepar por aquellas breñas: solo quedaron á la boca de la cueva los dos centinelas de la fé y el guia. Entre tanto el familiar continuaba su ascension peligrosa, teniendo que vencer grandes obstáculos, pues el terreno era cada vez mas quebrado é intransitable á proporcion que se avanzaba en altura. El peñasco sobre que estaba la torre era una mole informe de granito calcáreo, que tenia el color de la ceniza mezclada con carbones: alguna revolucion subterránea habia variado su configuracion primitiva, destruyendo el camino que en otro tiempo conduciria á la fortaleza, y del cual se descubrian vestigios, de trecho en trecho, interrumpidos por grietas y quebradas profundas: la poca tierra que se encontraba, traida por el viento y depositada en los hoyos de la roca, solo producia cardos espinosos y algun esparto.

El corpulento familiar mandó á su gente cojer de estas yer-

bas para formar hachos, á fin de poder alumbrarse si les cogia la noche antes de volver de la torre, pues ya el sol ocultaba su disco detrás de las lejanas montañas. Pero antes fué necesario hacer uso de ellos: el antiguo edificio presentaba por fuera el aspecto de la mayor desolacion: no tenia puertas, y en su lugar habia un boqueron irregular abierto en el grueso muro, grieteado en mil partes. Entrando por él se encontraba una especie de pátio lleno de escombros y ruinas, y rodeado de altísimas murallas: la que miraba á poniente estaba toda partida, y por su ancha hendidura penetraban los últimos rayos del sol. En el paño del norte habia una puerta: los espedicionarios entraron por ella en una vasta sala profundamente oscura. Para ver fué necesario encender los hachos de esparto. En medio de esta sala habia un círculo de piedra, levantado algunas pulgadas del suelo, y en el techo, correspondiendo con él, una abertura redonda que debió haber servido de chimenea: las paredes estaban negras de humo: algunos murciélagos espantados por la luz, revoloteaban junto á la bóveda.

Mientras el familiar y sus ocho compañeros contemplaban con asombro esta estraña habitacion, llegó Juan del Prado con los suyos.

—Camaradas, dijo el cuadrillero, soy de opinion que nos volvamos. Inés la Solitaria es un oráculo, y no podremos encontrar, sino la muerte, en esta casa del diablo.

—Pues bien, contestó el familiar, prenderemos á la Muerte y asi estaremos libres de ella.

Y así diciendo, penetró por una puertecilla de arco que acababa de encontrar en un estremo de la gran sala negra. Todos los demas le siguieron, bajando una lóbrega escalera, que les condujo á una estancia pequeña, alumbrada por una ventana sin maderas, en la cual habia un hornillo con fuego, y sobre una tosca mesa de piedra multitud de vasijas y frascos de vidrio, conteniendo sustancias líquidas estrañas.

—Qué os parece de todo esto? preguntó el familiar. Hay

bruja, ó no hay bruja? Quédense aquí algunos para cortarle la retirada, y vamos á ver si la cojemos de las greñas.

La única salida de este aposento estaba en el suelo. Por ella se lanzó el familiar delante de todos con un hacho encendido en una mano y la espada desnuda en la otra. Los demas se santiguaron antes de bajar. Al fin de una escalera espiral encontraron una pieza oblonga, irregular, que parecia cortada en la roca: veíanse en los muros gruesas argollas y restos de cadenas casi destruidas por el tiempo; un ruido sordo y contínuo zumbaba, y frecuentes bocanadas de aire tíbio sacudian la llama de las antorchas.

Todos los soldados se sentian poseidos de un profundo terror, y varios intentaron volverse.

—Cobardes sois, pardiez! dijo el familiar, no muy seguro ya de su valor.

—Aquí no hay ningun cobarde! exclamó el oficial! Pero es temeridad el pasar adelante.

—Yo pasaré, y aunque esté aquí el diablo, he de cojerle por los cuernos.

Diciendo esto se precipitó hácia un pequeño arco, que habia en el aposento, cuya clave estaba toda grieteada. Juan del Prado, el oficial y algunos soldados le siguieron, pero les fué forzoso retroceder, á causa de una bocanada de viento que arrancó multitud de chispas de la antorcha, que llevaba el familiar. En aquel momento oyeron un espantoso grito, seguido de un golpe sordo y de siniestros chillidos; y aun no habian vuelto de su estupor cuando vieron salir en tropel muchas aves nocturnas, de las cuales algunas les azotaron los rostros con las alas.

Siguióse á esto un profundo silencio: los espectadores de esta escena lúgubre aguardaban con un ánsia fácil de comprender algun indicio que les revelase la suerte del familiar; pero ni una voz, ni un gemido vino á sacarles de su perplejidad. Solamente percibian aquel ruido confuso acompañado de los frecuentes hálitos del viento, y el aleteo de las aves agoreras, que buscaban un asilo donde esconderse. Cada individuo en particular se encomendaba al santo de su devocion.

—Qué hacemos, camarada? preguntó Juan del Prado en voz baja al oficial.

—Qué hemos de hacer, sino salir de aquí, si Dios nos ayuda? repuso éste.

Los soldados estaban mas muertos que vivos. Fué menester que el cuadrillero les enseñase la puerta por donde habian entrado. Cuando se vieron todos fuera de la torre maldita, se arrodillaron, dando gracias á Dios que les habia librado del horrible peligro, y ya de noche volvieron á dar cuenta á los que quedaron en la gruta de la Solitaria, de cómo la bruja de Cazalla se habia tragado en cuerpo y alma al familiar del Santo Oficio.

Juan del Prado quiso ver á Inés la Solitaria, para que les diese su bendicion. Entró con luz en la gruta, y no encontró á nadie. La santa mujer habia desaparecido sin salir de su vivienda.

Nunca fué mayor la consternacion de nuestros aventureros: no sabian qué hacer, si regresar al Pedroso á pesar de los peligros del camino y de la noche, ó si quedarse allí, espuestos á los tiros del espíritu malo: Juan del Prado llegó á sospechar que la bruja, tomando la forma de Inés la Solitaria, era quien habia conversado con él aquella tarde. Sin embargo, mientras todos estaban perplejos, le ocurrió la idea de que podrian salvarse, acomodándose como mejor pudiesen alrededor de la Cruz, para pasar allí la noche. Así se hizo, y durante las primeras horas de ésta, se vió pasear una luz entre las ruinas de la torre del Espectro; pero llegó la nueva aurora, sin que ninguna desgracia sobreviniese á los que estaban guarecidos al pié de la Cruz.





CAPÍTULO XII.

Continúan los hombres no viendo lo que ven, y viendo lo que no ven.

GRAN agitacion habia en Sevilla. La peste negra de Levante comenzaba á desarrollarse con la entrada de la primavera, y hacía ya estragos notables. El pueblo estaba alarmado, y espresaba su inquietud y descontento con sordos murmullos en las calles y plazas. Los soldados puestos á las órdenes del Asistente recorrian unas y otras, cuidando de mantener la tranquilidad, que parecia próxima á ser alterada.

Era miércoles de ceniza: las campanas de las parroquias llamaban á los fieles á rogar, con sonidos pausados y plañideros. De la catedral salió una larga procesion, en que iban los religiosos de ambos sexos de todas las órdenes, el clero de todas las iglesias con sus cruces, los gremios y cofradías de todas clases con sus banderolas, multitud de personas de distincion vestidas de luto, y los cabildos municipal y eclesiástico. Muchos individuos marchaban descalzos, con sogas atadas al cuello y las cabezas cubiertas de ceniza; otros llevaban cilicios á raiz de la

carne, y otros arrastraban pesadas cadenas. Los párrocos, á la cabeza de sus feligreses, recitaban las letanías de los santos, á cuyos nombres contestaba la muchedumbre con humildes y devotas preces.

La gente de poco valer que no componia parte de la procesion, se agolpaba detrás ó iba siguiéndola por ambos lados entre compungida é irritada. Las mujeres levantaban las manos al cielo, como pidiendo á la vez misericordia y venganza.

Era ya la caida de la tarde: las comunidades, conforme llegaban á las puertas de sus conventos, desfilaban silenciosas entrando en ellos. Cuando tocó su turno á la de los padres dominicos, dificilmente pudieron estos atravesar el apiñado gentío, que bullia delante del monasterio de san Pablo.

Los clérigos al pasar repitieron tres veces:

—*Sancte Dominice!-Ora pro nobis!*

La efervescencia popular, mucho tiempo comprimida, estalló de pronto, prorumpiendo en desaforados gritos.

—Mueran los enemigos de Dios! Mueran los hechiceros!.... Mueran los hereges!....

Pronto cundieron estas voces entre la muchedumbre, y la inflamaron, como las chispas de un proyectil incendiario producen la esplosion, cayendo sobre un almacen de pólvora. La gritería se convirtió en bramido, y el bramido en tempestad. La procesion continuó, sin embargo, su carrera, si bien con paso mas presuroso: algunos frailes se mezclaron entre las turbas exaltadas y dieron pábulo á la hoguera: otros mas cuerdos intentaron en vano mitigar sus furores, siendo auxiliados por los arcabuceros y ginetes del asistente, que se colocaron en las bocascalles, aunque en actitud pasiva y espectadora. Esto contenia los actos de violencia, que sin duda se preparaban; pero no la escitacion febril del pueblo, que se propagó en pocos momentos á toda la ciudad.

Los amotinados penetraron en el pátio principal del convento, y alli pedian á gritos el castigo de los hereges presos, y en particular de los hechiceros Pedro y Brianda de Sotomayor, fau-

tores de la peste. Un padre dominico se asomó á un balcon del pátio, y luego que á duras penas pudo hacerse oir de la muchedumbre, dijo con voz estentórea:

—Sosegaos, hijos mios; el Santo Tribunal está deliberando, y no dudeis que decidirá lo que sea mas agradable á Dios. Para ello necesita calma y recogimiento de espíritu: salid y no perturbeis sus deliberaciones: absteneos de cometer todo género de tropelías, que serian castigadas por la autoridad, toda vez que hay, por la misericordia Divina, un Santo Tribunal para castigar á los perversos enemigos del nombre cristiano. Idos, hijos mios: pronto sabreis el fallo de los jueces.

La multitud feroz quedó un momento apaciguada con este discurso, y desalojó el patio del convento, cuyas puertas se cerraron detrás de ella; pero fuera de allí, dificilmente podia la fuerza armada contener la efervescencia de las pasiones. Sabíase ya el fin desastroso del familiar que fué á prender á la bruja de Cazalla, cuyas fechorías y maleficios, abultados monstruosamente por la imaginacion, se suponia tuviesen ramificaciones tenebrosas entre todos los hereges y judíos, conjurados para perder á Sevilla.

Una hora despues, y mientras rugía el huracan de las pasiones populares, los jueces inquisidores, reunidos en tribunal, votaban la sentencia de diez y siete reos convictos, contra quienes el fiscal habia pedido la pena de muerte en hoguera: entre ellos estaban de los primeros Isahak y su nieta. La votacion se hizo por bolas blancas y negras: terminado el escrutinio, resultó que los jueces habian estado unánimes; pero se echaron menos dos bolas blancas, entre las sobrantes, y fué imposible encontrarlas despues: el padre Ojeda se las habia tragado antes de votar, para librarse de caer en una mala tentacion.

En seguida se comunicó la sentencia á la justicia ordinaria, para que pudiese hacerse cargo de los *relajados*, y aplicarles la pena; y antes de anochecer se pregonaba en los parages mas públicos, al son de timbales y trompetas, y con todo el aparato posible, el fallo tremendo del Tribunal de la fé; designando pa-

ra su ejecucion el viernes inmediato. Las iras del pueblo se convirtieron de pronto en un regocijo brutal: los instintos sanguinarios estaban satisfechos, pero no calmados. La muerte habia puesto su trono sobre Sevilla, y como todos los tiranos, recibia culto y servil adoracion de sus esclavos. Diez y siete víctimas ofrecidas al mónstruo bastaban por el momento para entretener su voracidad.

Para ser jutsos é imparciales, debemos decir que las clases elevadas y distinguidas de Sevilla, en general y con raras escepciones, desaprobaban estas feroces tendencias del pueblo bajo, que falto de discernimiento y de direccion sensata, se dejaba arrastrar por un sentimiento estraviado y por ideas erróneas; pero tambien es cierto que aquellas clases obedecian por su parte á un instinto de terror, nacido de sus simpatías y relaciociones con la raza hebrea, y eran por lo tanto incapaces de contener el desbordamiento de las preocupaciones vulgares.

Mientras se repetia el pregon en calles y plazas, y la noticia de él se divulgaba, pasando de boca en boca y en oleadas de murmullos, entró en Sevilla una mujer de rostro pálido y fascinadora mirada. Vestía un trage oscuro de penitente, y llevaba en la mano un báculo y en la cabeza un ancho sombrero de peregrina: su calzado roto, sus piés ensangrentados y el polvo que la cubria, eran indicios de que acababa de hacer una precipitada caminata. Con efecto, aquella mujer venia de la sierra de Cazalla, y los hombres á caballo mandados por Juan del Prado y el oficial de la Inquisicion, que salieron de allí casi al mismo tiempo que ella, solamente le habian ganado algunas horas de delantera.

Inés la Solitaria se mezcló con las turbas, y escuchó con aire sombrío y actitud silenciosa los descabellados propósitos que les inspiraba su barbárie. La penitente parecia no prestar á las palabras del vulgo mas atencion que la de una curiosidad desdeñosa: seguramente ansiaba oir una revelacion de interés mas positivo que aquellas vagas y monstruosas declamaciones, abortos engendrados por el terror y la ferocidad.

Hubo entre el gentío alguno que la reconociese: al momento se oyó decir con el júbilo de la esperanza:

—La santa! La santa! Dios nos favorece!

Inés se vió rodeada de curiosos y admiradores, que anhelaban oir de su boca palabras de consuelo.

—No soy santa, les dijo: soy una pecadora arrepentida, y Dios no hace milagros por mi intercesion. Si los hiciera, le pediría que remediase vuestra locura, y confundiese á los que os estravian por el sendero del mal.

—Pedidle que nos libre de la peste, que han traido sobre Sevilla las maldiciones de Pedro de Sotomayor y de la bruja de Cazalla.

La Solitaria se encogió de hombros, y repuso:

—Haced penitencia y desterrad la ira de vuestro corazon. Una conciencia tranquila y un espíritu resignado son los mejores lenitivos de la cólera divina. Vuestros pecados han traido la peste, y vuestra exaltacion frenética la fomentará.

—Dice bien la santa! exclamó una mujer: somos muy pecares. Necesitamos hacer penitencia, para que Dios se apiade de nosotros; pero tambien es menester que mueran los hereges y hechiceros que han envenenado el aire.

—Pronto lo purificarán con el calor de sus cuerpos malditos, repuso un carnicero: diez y siete serán quemados vivos pasado mañana, segun el pregon que acabo de oir.

—Decidme, preguntó la Solitaria: ¿habeis oido nombrar entre ellos al judío Isahak Sephardi?

—No: los relajados son todos herejes y hechiceros: no hay ningun judío mas que el converso de Utrera. Pero haremos buscar á ese que habeis nombrado.

Como la saña popular solo designaba á Pedro y Brianda de Sotomayor, declarándoles autores de la peste, el nombre de Isahak, generalmente desconocido, no figuraba en el pregon de los reos. Inés la Solitaria no sabia quien era Pedro de Sotomayor.–La muchedumbre acogió con entusiasmo las palabras del carnicero.

—Sí, sí! esclamaron varios á un tiempo. Busquemos á ese judío Isahak! La santa lo ha nombrado! Él ha traido la peste!

Inés miró con ojos indignados, á los que la rodeaban y prorumpió enérjicamente, diciendo:

—No! Estais locos! Yo no he dicho que Isahak sea culpable!.... Isahak no ha cometido, ni puede cometer el crímen que le imputais; y ¡ay de vosotros, si atraeis el castigo sobre la cabeza del inocente!

Al pronunciar estas palabras con acento amenazador, la Solitaria se abrió paso entre el gentío, que mirándola aterrado, no pensó siquiera en detenerla.

Era ya entrada la noche. Inés marchó directamente al convento de san Pablo; pero encontró las puertas cerradas: se retiró al átrio de la iglesia, y se arrodilló, permaneciendo mucho tiempo en oracion: la gente que pasaba, se descubría y santiguaba, sin reparar en ella. La luz de la aurora la encontró en aquel sitio: aquella mujer estraordinaria no necesitaba descanso.

Apenas se abrieron las puertas del convento, entró en él preguntando por el prior.

—Su paternidad ha pasado muy mala noche; y está descansando, le contestó el lego portero. Venid mas tarde.

Retiróse Inés y volvió á medio dia. Encontró algunos novicios en los claustros del pátio y volvió á preguutarles por el prior.

—No es posible ver hoy á su paternidad, le contestaron: se halla muy ocupado en los preparativos del auto de fé. ¿Venis á delatar alguna heregía? Se pasará recado á alguno de los notarios.

—Yo no delato á nadie: me basta pensar en mis propias culpas.

—En ese caso, id á la iglesia, buena mujer: alli encontrareis confesores que os absuelvan.

—No son confesores lo que necesito. Busco á fray Alonso de Ojeda.

—Hoy ni mañana es imposible que le hableis, y guardad mas

respeto á su reverencia, respondió el decano de los novicios, volviéndole la espalda.

—Bien pudiérais vos ser mas atento con la desgracia, repuso Inés.

Pero los novicios no la oyeron: se iban alejando hácia el coro.

La Solitaria se sentó en la última grada de la escalera. Un fraile que bajaba la vió, y le dijo con tono áspero:

—Qué haceis aquí? No sabeis que las mujeres no pueden estar en este recinto?

—Lo ignoraba, reverendo padre, contestó Inés humildemente.

Y levantándose, bajó la cabeza y salió. De allí se dirigió á la iglesia, y permaneció en ella durante el rezo de la tarde. Pero concluido este, vino el llavero y la echó fuera. Entonces sacó de un zurron un pedazo de pan, y lo comió sentada en la puerta de la iglesia, donde pasó la segunda noche.

Amaneció el viérnes. Desde muy temprano comenzó á notarse un estraordinario movimiento: iban y venian alguaciles, agentes de justicia, comisarios, familiares y operarios de la Inquisicion: llegaban al convento eclesiásticos y seglares vestidos de negro llevando pendientes del cuello ó bordadas en los pechos veneras y placas, unas con las insignias del Tribunal de la fé, otras con la cruz flordelisada blanca y negra de santo Domingo. La Solitaria observaba todo esto con mirada indolente: pero su corazon estaba agitado, y su espíritu inquieto seguia con impaciencia á las personas que tenian el privilegio de penetrar en aquel edificio.

Cansada de tanto esperar, ó agitada por un fatal presentimiento, se acercó á un hombre de los que entraban, el cual vestia el mismo trage que el familiar, con quien habló en su gruta, y le dijo:

—¿Cómo podria yo ver al reverendo padre prior de este convento?

—Mal dia es hoy para eso, buena mujer, contestó el fami-

liar. Sin embargo, si fuese cosa de interés para el Santo Oficio?....

—Sí, lo es, repuso la Solitaria: deseo hablar sin testigos al padre Ojeda acerca de vuestro compañero el que fué á prender á la bruja de Cazalla.

—Ah! Vos sabeis noticias de él? Seguidme, seguidme!

Inés fué introducida, sin dificultad en un aposento bajo, á manera de locutorio, donde quedó aguardando, mientras el familiar iba presuroso á buscar al prior. A poco rato volvió aquel, y la dijo:

—Venid, venid; su reverencia se digna recibiros en su celda.

La Solitaria siguió al familiar con paso inseguro y vacilante: en la penunbra del ala de su sombrero, brillaban sus ojos como si despidieran rayos. Aquel cuerpo era un tronco carcomido por la polilla del dolor, pero encerraba un espíritu indestructible y vehemente.

Fray Alonso de Ojeda no estaba solo en su celda: le acompañaba un notario del Tribunal, que aguardaba sentado con una pluma detrás de la oreja. El prior de pié en medio del aposento, vió entrar á Inés con una indiferencia sombría: la esclerótica de sus ojos, inyectada de sangre por la fiebre y el insomnio, habia perdido el color nacarado, y estaba roja como el fuego. La Solitaria le miró fijamente y se estremeció: en seguida pareció inquietarse de no hallarle solo.

—Decid quien sois, y á lo que venis, dijo el prior.

—No sois vos quien ha mandado buscar á la bruja de Cazalla? preguntó Inés.

El inquisidor la miró con atencion y sobresalto: parecíale sentir en el fondo de su alma un eco remoto de la voz que acababa de vibrar en sus oidos.

—Sereis vos por ventura esa desdichada? preguntó á su vez.

La Solitaria se sonrió de un modo triste, y repuso:

—A mí me llaman Inés la Solitaria, me apellidan la Santa; y soy la única persona que habita en la torre del Espectro, y la única tambien que conoce sus misteriosos secretos.

—Cómo! Vos sois esa mujer maravillosa que se cita como un pasmo de sabiduría y santidad? Vos habitais la torre maldita? Entonces quién es la bruja de Cazalla?

—Es una quimera inventada por el crímen, robustecida por el error y la ignorancia, y prohijada por la debilidad de una mujer: un hombre, que vá á morir, la inventó para cubrir su iniquidad y arrojar sobre mí la execracion humana: el vulgo sencillo la engrandeció en sus ensueños delirantes; yo la dejé crecer para librarme de la venganza del impostor y de la injusticia de los hombres.

El notario iba escribiendo las preguntas y respuestas: el prior, para darle tiempo, continuó despues de una pausa:

—Que uso hacíais de la torre?

—Durante muchos años me ha servido de refugio y de laboratorio para sustraerme á la persecucion de un malvado, y para componer sustancias medicinales, á que las gentes atribuian propiedades milagrosas.

—Erais vos, segun eso, quien estaba en la torre, cuando llegaron cerca de ella los agentes del Santo Oficio?

—Yo era: me ocupaba en sacar el estracto de unas yerbas, y habiéndoles sentido y visto, bajé á mi gruta por una comunicacion subterránea, de mí sola conocida.

—Quien os ha enseñado esa senda?

—Un piadoso anacoreta, que habitó la gruta antes que yo, y guió mis pasos por el camino de la virtud, me la mostró antes de morir.

—Todo esto no esplica la muerte desastrosa del familiar Pedro Ardales.

—Ese hombre se despeñó: murió víctima de su vanidad y de su mala fé, cayendo por una quebrada volcánica, al fondo de un torrente subterráneo. Yo le anuncié el peligro, y le insté muchas veces para que desistiese de su empresa loca y temeraria; pero no quiso creerme.

—Y cómo no le detuvísteis mostrándole el precipicio?

—Quise hacerlo y lo intenté; pero llegué tarde. Yo no podia

esplicarle lo que él era incapaz de comprender, esponiendo acaso mi propia existencia.

—No me habeis dicho quien es ese hombre criminal, que os ha obligado á guardar el secreto de la torre.

—Os he dicho que vá á morir: Dios le perdone, como yo le he perdonado en medio de sus persecuciones.

—Debeis contestar con claridad y franqueza á mis preguntas. ¿Quién es ese hombre, y por qué os perseguia?

—Yo he solicitado hablaros á solas, repuso Inés mirando al notario.

—Retiraos, dijo el prior á este último, que se levantó y salió de la celda.

Inés le acompañó hasta la puerta, y la cerró por dentro. El prior no se atrevió á impedirlo, aunque lo miró con disgusto y asombro: estaba como fascinado por el influjo magnético de aquella mujer.

—Hablad, y hablad pronto, la dijo: la campana de la parroquia suena ya con el toque de agonía: dentro de una hora será el auto de fé; y no debo, ni puedo faltar á él.

—Siéntate, Alonso de Ojeda, repuso la Solitaria con acento imperioso. Siéntate, y óyeme despacio: yo no tengo ya prisa.

—Quién sois, para que oseis hablarme así? preguntó el prior retrocediendo.

'Inés se quitó el sombrero, arregló con la mano sus desordenados cabellos encanecidos, y dando á su rostro pálido y demagrado una espresion halagüeña, se acercó al fraile, y le dijo con dulce acento:

—Mírame bien, Alonso: ¿no me reconoces?

El prior retrocedió hasta caer en su sillon, exclamando:

—Aparta! aparta, ilusion engañosa!... Tú no puedes ser ella, no: Raquel murió hace ya ventiun años!

—Es verdad! dijo ella con melancólica espresion: Raquel murió para el mundo: Yo estoy viva. Raquel era hermosa y judía: yo soy cristiana y me llamo Inés la Solitaria.

—Mujer ó espíritu, ser viviente ó emanacion de un sepulcro,

¿qué quieres de mí? ¿Eres acaso la sombra de Raquel, ó la forma corpórea de mi conciencia? Dí, ¿quién eres? qué pretendes de mí?

—La forma de tu conciencia? Sin duda no la tienes tranquila. Cálmate, hombre, y escúchame con serenidad. Yo no he venido á exaltar tu imaginacion con pueriles terrores. Vengo á pedirte cuenta de mi padre y de tu hija.

El prior se agitó con un temblor convulsivo.

—Yo no conozco á tu padre! Yo no tengo ninguna hija! exclamó con voz apagada.

—No los conoces? No conoces tampoco á Raquel?.... Pues bien, conocerás á Isahak Sephardi y á su nieta Noemí, que gimen aherrojados de órden tuya en los calabozos de la Inquisicion. Yo vengo á reclamártelos en nombre de Dios, como hija y como madre.

—Qué nombres has pronunciado? Vete, demonio tentador! Yo cumpliré hasta el fin el destino que me ha marcado la mano del Omnipotente!... Vuelve, vuelve al sepulcro de donde has salido, y déjame acabar la expiacion de mi pecado.

—Ah! Destino cruel! ¿Qué estás diciendo, padre sin corazon! ¿Será posible que el fanatismo cristiano te haga asesinar á tu hija, como el fanatismo hebreo hizo crucificar á tu hijo!

—Quien?.... Qué hijo?.... Quiéres volverme loco?

—No recuerdas un ángel, que llevaba tu nombre? No has oido hablar del cristianito Ignacio Alonso?

—Si; pero ese niño era hijo de la bruja de Cazalla, y fué crucificado por su propia madre.

—Ese niño era hijo tuyo y mio. Te he probado que la bruja de Cazalla es una quimera, una invencion diabólica de David ben Abrahem: te lo he probado para que conozcas cuan injusta es la acusacion de hechicería que pesa sobre Isahak y Noemí. ¿Por qué te obstinas en creer lo imposible? Por qué das oidos á la impostura del criminal? Es que el demonio te ha poseido?.... Alonso! Alonso! Vuelve en tí! esclamó la Solitaria, pasando del mas exaltado sarcasmo á la mas patética dulzura.—Desecha las

visiones supersticiosas, que dominan tu espíritu. Yo no soy ningun ser sobrenatural: soy una pobre mujer, débil y combatida: soy tu Raquel, la madre desventurada de tus hijos!.... Ah! Por qué me miras con esos ojos irritados? Qué motivo tienes para aborrecerme? Yo no vengo á reanimar en tí el fuego de las apagadas pasiones: mira mi cuerpo consumido por el llanto y la penitencia. Por tí me hice cristiana y busqué á Dios en la soledad; por tu amor purifiqué á tu hijo con las aguas del bautismo; por tu amor lo perdí para esta vida, y lo gané para el cielo. He llorado sin cesar: he pedido un millon de veces al ángel mártir que ruegue á Dios por sus verdugos al igual que por su padre! Serás tú menos misericordioso conmigo? Alonso! Alonso! No me escuchas?

El prior callaba: parecia estar poseido de un vértigo, que embotaba las facultades de su entendimiento: miraba á la Solitaria con ojos espantados, y solo daba indicios de sensibilidad al oir algunas de sus palabras, y al escuchar de cuando en cuando el toque pausado y melancólico de la campana de agonía, ó los murmullos de la plebe impaciente.

—Calla! Calla! murmuró, al proferir Inés su nombre. Todo eso es imposible. Raquel murió.... yo no he tenido nunca ningun hijo.

—Dios mio! exclamó la Solitaria con un supremo esfuerzo. ¿Es menester que yo acuse á mi enemigo? Escúchame, hombre obstinado! Hace veintiun años fuí sacrificada por haber salvado tu vida: yo estaba sin conocimiento de mi propio ser, cuando abrí los ojos y ví en la bóveda del cielo el astro de la noche, semejante á una lámpara funeraria: solo habia tumbas alrededor mio, mi cuerpo estaba vestido con el trage de los muertos y en mi cabeza sentí el frio de una corona de muerta. Dí un grito de espanto, y apareció á mi vista un hombre, que me impuso silencio.....

—Acaba! Acaba! exclamó el prior interrumpiéndola. No oyes esa campana fúnebre? No percibes el ruido de la muchedumbre que me aguarda?

—Qué me importa esa campana? Qué tengo yo que ver con el mónstruo hambriento de víctimas?

El prior calló, estremeciéndose de piés á cabeza: la Solitaria prosiguió con calma:

—David, (porque aquel hombre era David), me sacó del cementerio y me condujo durante la noche á un lugar desierto de las montañas, donde habia una ermita abandonada: me contó que mi padre, mi hija y tú habíais muerto; intentó hacerme creer que su solicitud me habia salvado la vida, y quiso exigir de mí el amor en recompensa. Oh! Mi corazon era de otro, y David solo me inspiraba repugnancia y ódio. Cansado de rogar, apeló á la violencia; pero Dios me dió fuerzas para resistir su temeridad. Sentia ya en mis entrañas un nuevo fruto de mi desventurada pasion, y pensé con terror en la suerte que le aguardaba. Esto me dió valor para arrostrar peligros desconocidos: un dia, mientras mi tirano habia ido á buscar el alimento que me daba, salí de la ermita, y encaminé mis pasos á la ventura. El Señor me condujo á la mansion de un piadoso anacoreta, que me dió asilo y escuchó la confesion de mis dolores. Allí nació mi hijo, y el venerable Ignacio lavó su alma y la mia con las aguas de un puro manantial que brotaba en la puerta de su gruta. Él nos reveló las verdades consoladoras de la fé cristiana, y nos enseñó á esperar en la misericordia divina. La madre y el hijo aprendieron á bendecir al Dios de los afligidos, que murió en una cruz por redimirnos.

«Cuatro años despues, continuó la Solitaria con acento conmovido, el santo anciano dió su espíritu al Criador: nos dejó en herencia su morada, su cruz y el ejemplo de sus virtudes: yo le abrí su sepultura, y mi hijo iba todos los dias á rogar á Dios en ella. Oh! cuán dulces y consoladoras eran para mí aquellas plegarias de la inocencia!

El padre Ojeda escuchaba este relato como distraido del mundo real, con las manos cruzadas y la cabeza baja.

—Sigue, sigue, dijo, mientras la Solitaria se enjugaba las lágrimas.

—Quise ofrecer á Dios aquella tierna criatura, y bajé al vecino pueblo de Cazalla: un sacerdote bendijo al niño cristiano, y su madre lo presentó al Redentor de los hombres. El Señor aceptó la ofrenda!-Mi enemigo me habia visto, y á los pocos dias desapareció mi hijo.... ¿Necesito contarte lo demás? Tú debes ya saber que David lo entregó á los doctores de su ley; que éstos le juzgaron y condenaron por ódio á tí y á la religion que yo le habia enseñado, y que por último, le crucificaron inhumanamente, sacándole el corazon. David mismo fué á contármelo, cuando todavia humeaba la sangre del mártir, y me condujo al lugar del sacrificio. Pero faltaban todavia mas víctimas á su rencor: unos traginantes que pasaban suspendieron su puñal, levantado ya sobre mi pecho. Entonces huyó, y la cólera de Dios cayó sobre toda su familia: yo me retiré á mi soledad con el cuerpo de tu hijo, y no volví á ser inquietada por el mónstruo, que al desaparecer habia dejado sembrada la calumnia contra mí. Oh! Nada de esto me inquietaba ya: mi espíritn estaba con Dios, y la vida me era indiferente; pero la amaba, porque todas las noches venia el ángel mártir á consolarme, sentado en un rayo de la luna.

Los murmullos del pueblo crecieron en este momento con una entonacion impetuosa, y la campana sonó como un fatídico recuerdo de la muerte. Fray Alonso apartó con rabia una lágrima que le velaba la vista, y se levantó diciendo:

—Cúmplase la justicia de Dios!

—A dónde vas, Alonso? le preguntó la Solitaria, intentando detenerle. Ya conoces la historia de la bruja de Cazalla, y el rencor infernal del hombre que ha delatado á Isahak Sephardi y á su nieta. Ya sabes que no pueden ser culpables, y que solo la calumnia y la venganza los han conducido ante tu tribunal. Vuélvemelos para que yo los abrace. No salgas de aqui, sin haberme prometido antes su libertad.

—Su libertad! murmuró el prior, con acento profundamente sombrio. Déjame: huye á tu retiro, desventurada, y no tientes mi conciencia! Vete!

—Que me vaya, dices? No me iré, no, sin que me des mi padre, sin que me devuelvas mi hija!

—Sabes lo que me pides! prorumpió el prior fuera de si: me pides tu muerte y la mia! Me pides mi condenacion eterna!

El rumor popular crecia por momentos. Sonaron golpes precipitados en la puerta de la celda, y una voz dijo desde fuera:

—Vamos, reverendo padre. Os aguarda el Santo Tribunal.

—Oh! No te vayas! exclamó Inés deteniendo al Prior. Dime siquiera que no morirán.

—Yo no puedo decir eso! Es ya tarde. Es imposible!.... gritó fray Alonso con desesperacion.

—Imposible! Tarde! Qué palabras has pronunciado?

—Si, es imposible salvarlos! Están condenados! Los he condenado yo mismo!

—Ah! Bárbaro!....

Inés no pudo pronunciar mas palabras: privada por el dolor del uso de sus sentidos, cayó al suelo como herida de un rayo.

El prior abrió rápidamente la puerta, y dijo á varios frailes que habia en el corredor, señalándoles á Inés:

—Cuidad de esa mujer.

En seguida corrió á juntarse con los otros jueces, que le aguardaban en el patio del convento con toda la fúnebre comitiva.

Entretanto en otra celda contigua á la del prior, habia un jóven, que despreciando las amonestaciones de un religioso, que le guardaba, y contestando á sus mandatos con amenazas, se obstinaba en tener abierta una ventana, y en mirar por ella lo que sucedia en la calle. Vió destacarse un piquete de soldados á caballo, parte de ellos de los llamados de la fé, parte de las tropas del Asistente, con los estandartes de Castilla y del Santo Oficio. En seguida marchaban silenciosos y en dos filas los familiares eclesiásticos y legos, vestidos de negro y con sus veneras al cuello: detrás iban los comisarios con placas bordadas en los pechos, ó cruces flordelisadas de Santo Domingo: luego los jueces calificadores, con placas, y llevando en las manos varas al-

tas de justicia: en pos de estos aparecieron dos notarios en trage de curia, conduciendo entre ambos un arquilla forrada de terciopelo negro, dentro de la cual iban las causas de los reos. Seguian los notarios que habian entendido en ellas, é inmediatamente despues dos jueces inquisidores, detrás de estos el fiscal, y por último el decano, todos con grandes placas y veneras, y varas altas de justicia.

El jóven observaba todo aquel lúgubre aparato sin apenas respirar, y apartando con la mano al religioso que le exhortaba para que se retirase de la ventana. De pronto dió un grito sordo, apretando convulsivamente las fauces y los puños. Acababa de presentarse el Asistente á caballo, haciendo las veces de alcaide de la Inquisicion, y á su espalda salian en dos filas los penitenciados, vestidos con el sambenito y la coroza, maniatados, descalzos y sostenidos cada uno por un sacerdote exhortante. Los dos primeros eran Isahak y Noemí.

El anciano judío llevaba la cabeza erguida, mirando al cielo con resignacion tranquila. Noemí no mostraba tanto valor: cabizbaja y llorosa, solo atendia de cuando en cuando á cubrir con el rico manto de sus cabellos sueltos la desnudez de sus brazos; miraba distraida la cruz de aspa, las llamas y las figuras de diablos pintadas en el saco que le habian puesto, y repetia maquinalmente las palabras del sacerdote.

Adriano dejó de ver todo lo demás: el universo entero habia desaparecido á sus ojos, y hasta su propio espíritu quedó como el vilano próximo á ser arrancado de la flor seca por el viento del estío, para volar á rejiones desconocidas. Fijo en la contemplacion de aquella víctima, que le robaba el alma, no vió las otras que la seguian, entre quienes iba con aire sombrío y rencoroso el malvado David; ni reparó en un ataud, que contenia el cadáver de un negro; ni en la escolta que cerraba el fúnebre cortejo; ni en la innumerable muchedumbre, que bullía, como un enjambre de insectos voraces al saciarse en un cuerpo muerto.

El religioso que acompañaba al jóven le vió dos ó tres veces avalanzarse á la ventana, y le sugetó agarrándole del brazo; pero él le decia:

—Dejadme, dejadme! Yo he jurado seguirla, y la seguiré.

—Vamos, pobrecito, vamos, le contestaba el religioso: tranquilizaos, y pensad en Dios, que os ha de juzgar.

Pero Adriano hacia poco caso de sus palabras, y á no ser por el cuidado del religioso, habria caido á la calle, sin que en este acto tuviese parte alguna la voluntad. La fúnebre y silenciosa comitiva desapareció en la revuelta de una esquina; mas no por esto se apartó Adriano de la ventana, desde donde seguia mirando, como si viese el objeto de sus ansias á través de los edificios. ¿Y quien sabe si realmente lo veria? Cuando el alma se aisla, y recobra toda la potencia que le absorbe la materia, desaparecen ante su esencia divina la distancia, el tiempo y la impenetrabilidad de los cuerpos: nada se oculta á su intuicion; lo remoto, lo pasado y lo porvenir, todo es presente para ella.

Mucho rato permaneció Adriano absorto en aquella contemplacion profunda, mientras no se oia mas que el sonido lúgubre de la campana y el murmullo lejano de las turbas. De pronto se percibió una fuerte gritería, dos veces repetida, y apareció en el aire una nubecilla negra, que se iba ensanchando por momentos. Entonces el jóven dió un grito agudo, y cayó de espaldas al suelo. Estaba muerto.

Pasemos al teatro de las terribles ejecuciones. Fuera de la ciudad, en el parage donde mas tarde se construyó el quemadero de piedra, que ha existido hasta en nuestro siglo, se habian levantado seis piras de troncos secos y resinos, alrededor de unos palos clavados verticalmente en el suelo, y destinados á recibir las víctimas.

Ya estaban estas amarradas de dos en dos á cada madero despues de haber pasado de manos de la autoridad secular á las de los verdugos; las piras comenzaban á arder, el tribunal y su comitiva presenciaban el acto, los notarios estendian el testimonio de la ejecucion, un religioso de la órden de Santo Domingo predicaba á los relajados desde una especie de púlpito erigido á un lado de la tremenda escena, y los soldados contenian á la innumerable muchedumbre que se agolpaba en derredor, cuando

se oyó el grito desgarrador, é imponente de una mujer, que decia:

—Paso! Paso á la bruja de Cazalla!

El apiñado gentío dió un alarido de espanto, que fué el primero que oyó Adriano de Merlo, y abrió calle tumultuosamente á la mujer que habia pronunciado aquel terrible nombre, la cual vestia una simple túnica de sayal, y llevaba la cabeza descubierta y sueltos los cabellos.

Inés la Solitaria, no bien hubo recobrado el uso de sus sentidos, con el auxilio de los frailes, á quienes la confió el padre Ojeda, logró intimidar á estos, que no tenian instrucciones ningunas para detenerla, y escapándose del convento, acababa de llegar al sitio de las ejecuciones. Allanada la insuperable barrera que le oponia la muchedumbre, penetró sin obstáculo alguno en el espantoso recinto; miró á todas partes con ojos dovoradores, y reconociendo á su padre, que estaba atado de espaldas con Noemí, corrió hácia ellos, antes que los espectadores pudiesen volver de su asombro.

—Detened á esa mujer! exclamó el padre Ojeda. Pero su voz fué tan ahogada y balbuciente, que pocos la oyeron y nadie la obedeció.

Inés, entretanto, trepó á lo alto de la inflamada pira: el cadalso retembló bajo sus firmes pasos. Miró fijamente á su padre y á su hija, y prorumpió diciendo:

—Isahak, mírame bien! Yo soy Raquel! Noemí! Yo soy tu madre!

Y estrechando á los dos en un solo abrazo, los besó alternativamente.

Isahak y Noemí correspondian insensiblemente á estas caricias en aquel momento supremo.

—Valor! Valor! exclamó la Solitaria con enérgica vehemencia. La muerte no es mas que el tránsito á la vida eterna! Esperad en Dios, que os ha de salvar, y no maldigais á vuestros verdugos.

—Raquel! Raquel! murmuró Isahak con voz desfallecida.

—Madre mia! exclamó Noemí. Retiraos: ¿no veis el fuego?

—Padre mio!... Hija de mi corazon!... No temais nada: ya estamos todos reunidos. Creed en Dios! Creed en Jesucristo, que murió inocente por salvar á los hombres! Esperad en él, que es el verdadero Mesias!

En seguida, separándose un poco, sin dejar de estender el brazo hácia ellos, tomó una actitud sublime, y exclamó levantando una mano y los ojos al cielo:

—Perdónalos, Señor, pues no saben lo que hacen!

La figura imponente de Inés se destacaba en este momento sobre el fondo de humo de las otras hogueras. Junto á ella estaba tendido en una caja el cadáver de Osmin.

Despues de su piadosa esclamacion, la Solitaria cayó de rodillas al pié del madero, y abrazó las piernas de su padre y de su hija. Un torbellino de humo y llamas envolvió á los tres. Entonces prorumpió la muchedumbre en el segundo grito que oyó Adriano.

El predicador continuó desde su púlpito predicando sobre el Juicio final, hasta que las piras se desplomaron, convirtiéndose en un monton de ascuas y tizones humeantes. Entonces volvió el Tribunal en procesion al convento de San Pablo. El padre Ojeda ocultaba debajo del escapulario su mano derecha, que estaba ensangrentada. Durante el auto de fé se habia despedazado el pecho con las uñas.

Cuando se reconoció que el jóven Adriano estaba muerto, fué necesario averiguar si habria tomado veneno, para negarle ó concederle la sepultura en sagrado. Hecha la autopsia de su cadáver, se le encontró el corazon corroido por una llaga. Todos cuantos lo vieron, exclamaron poseidos de compasion:

—Lástima de jóven! Le han asesinado con hechizos!....

* * *

Al dia siguiente fueron acometidas en Sevilla del bubon epidémico mas de trescientas personas, y en el transcurso del año perecieron de la peste unas quince mil solo en el casco de la



Perdónalos, Señor, pues no saben lo que hacen!

ciudad. El vulgo atribuyó esta calamidad á venganza de los judíos y hereges, y el Santo Tribunal continuó quemándolos, aunque tuvo que trasladar el lugar de sus sesiones á la villa de Aracena.

El padre Ojeda, vuelto en sí de una especie de marasmo intelectual, que le dominó por muchos dias despues del primer auto de fé, desplegó un celo inaudito y rabioso contra los hereges. Fray Tomás de Torquemada, nombrado por este tiempo inquisidor general de España, vino á sostenerle en su piadosa resolucion.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



LIBRO CUARTO.

LOS AMORES DE COLON.

CAPITULO PRIMERO.

El banquete de Pascuas.

A ser verdadera la doctrina de los antiguos filósofos acerca de los años climatéricos, en el número de estos habríamos de contar el de 1481; año calmitoso, como pocos, y todo él escaso de buena ventura. La peste apareció con las flores de su primavera; el hambre devoró al pobre en la estacion de las cosechas; el granizo destruyó los frutos de Octubre, antes que llegasen á madurar; vino el invierno frio y lluvioso, y cual si el cielo irritado quisiese mostrar á la tierra su enojo, tempestades impropias del tiempo helado paseaban su estruendoso carro so-

bre el manto plomizo de las nubes. Lóbregas y medrosas eran las noches, y si alguna luz las alumbraba, era la del rayo, cuyo ronco fragor se confundía con el intermitente bramido de los vientos desencadenados.

Los alfaquies y santones de Granada habian formado mas de un *jofor* ó pronóstico lamentable sobre las tetricas señales que veian en el cielo, y los cristianos en sus tierras y hogares repartian el tiempo, unas veces invocando el patrocinio de santa Bárbara, abogada contra rayos y centellas, otros cantando villancicos al monótono son de instrumentos pastoriles, en celebridad del natalicio del Hijo de Dios.

Esto acontecia por lo menos en la ciudad de Arcos y demás pueblos hasta el estrecho de Gibraltar. donde gracias á la generosidad del esforzado caballero D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, y de su contrario el duque de Medinasidonia, no faltaba pan á los pobres. Aquel rincon de Andalucía estaba preservado, si no del todo, en parte, de las miserias comunes; pues los dos poderosos adversarios, que tantas veces habian desolado la tierra con sus terribles bandos, no queriendo ceder en nada el uno al otro, se proponian ahora rivalizar en desprendimiento, socorriendo largamente á sus respectivos vasallos.

Así pasaban estos alegres las Pascuas de Navidad, y los de Arcos eran sin duda mas felices que su señor. Reducido el turbulento marqués á una forzada quietud por la severa disciplina de la reina Isabel, haciá ya mucho tiempo que aguardaba una ocasion en que poder esplayar su carácter belicoso; y faltándole á su alma el pábulo de la agitacion que necesitaba, se consumia de fastidio en el castillo de aquella ciudad. Para completar su descontento y mal humor, las lluvias contínuas le impedian ocuparse en el ejercicio de la caza, y no bastando á distraerle la compañia de su esposa doña Beatriz Pacheco, ni la de sus hermanos, habia invitado á varios alcaides y caballeros para pasar con ellos las fiestas. Esperaba tambien á un alto personage, recien llegado al Andalucía, con quien deseaba estrechar amistad, á fin de obtener del mismo la mano de una sobrina huérfana

que le acompañaba, para su hermano menor D. Beltran Ponce de Leon.

El dia de los Inocentes debia llegar al castillo de Arcos este huesped importante, y de antemano se habian hecho grandes preparativos para obsequiarle con un espléndido banquete; pero la furia del temporal alejaba toda esperanza de que nada de esto se realizase, y así el marqués se consumia, devorado por la impaciencia.

Sentado al gran hogar de sus abuelos en un magnífico sitial blasonado, movia con la punta del pié los leños que se quemaban en la chimenea, mientras sus parientes y amigos procuraban distraerle con variada conversacion. Cualquiera que le hubiese visto rodeado de aquel cortejo de guerreros, á quienes trataba con suma familiaridad, le habria reconocido superior á todos, mas por la naturaleza que por la fortuna. Brillaba en sus miradas una entereza varonil, una energia de voluntad nada comun á los demas hombres, y la robustez de sus miembros, endurecidos por las fatigas, parecia hecha para imponer la sumision á sus mandatos.

—Aprieta! Aprieta! exclámó de pronto el bravo marqués, oyendo el ruido que hacia el vendaval. Si esto sigue, temo que voy á morir de cansancio, encerrado en este castillo, como un zorro en su madriguera. ¿No os parece, hermanos y compañeros, que la broma es ya algo pesada?

—Paciencia, señor, dijo el anciano alcaide de Arcos Nicolás de Rojas. Todo es mudable en el mundo, y yo espero en Dios, que á la entrada de la primavera, podremos repetir las aventuras del Madroño y de Cardela.

El semblante de D. Rodrigo se animó con una orgullosa complacencia. Las palabras del veterano alcaide le habian recordado dos de sus mas famosas hazañas. La primera contaba ya veinte años de fecha, pues solo tenia él diez y ocho cuando venció en batalla campal, con gran desbarate de gente, al infante moro Muley Abul Hacem, ahora rey de Granada: la segunda era mas reciente, y le valió la toma de una villa fuerte y el apresamiento de muchos cautivos y riquezas.

—Larga es vuestra esperanza, dijo sin embargo, el marqués. De aquí á la primavera falta un siglo, y ya pueden habérsenos podrido las armas. Lástima de año el que hemos pasado en la inaccion! Y si nosotros no hacemos algo para sacudir la modorra, no creo que nadie determine moverse; pues en Castilla solo se piensa en esterminar infieles con ejércitos de frailes y tropas de inquisidores.

—Todo sirve para algo, hermano, repuso D. Juan Ponce; y no debemos hablar con desprecio del Santo Oficio.

—Teneis miedo á los reverendos padres? replicó el marqués. Cuidad de que ellos no lo sepan, porque nos tratáran como si fuésemos un hato de ovejas. Pardiez! Yo os juro por la santa fé de nuestros padres, que si tratasen de averiguar la vida á alguno de nuestra familia, puede que no escapasen bien librados de mi inquisicion! Fueran ellos mejores de lo que son, y así convertirian mas infieles, que no con sus hogueras.

—Sin embargo, hermano, dijo D. Manuel Ponce: no provoqueis la venganza de los inquisidores, y sobre todo os recomiendo la prudencia, cuando hableis con Diego de Merlo.

—Diego de Merlo es mi amigo, y aunque valiente caballero, es un fanático y un pobre hombre, y yo sé bien como he de tratarle. Pues no ha querido hacerme creer que la peste ha sido producida por los conversos?

—Y acaso lo dudais, señor? preguntó Juan de Robles, el alcaide de Jerez.

—No lo dudo, porque no creo semejante desatino. La peste ha venido, porque Dios se ha servido enviarla, y acaso no habria hecho tantos estragos sin las emanaciones infectas de las hogueras.

—Mejor es que no hablemos de esto, dijo D. Manuel Ponce, visiblemente afectado por el recuerdo de Brianda de Sotomayor.

—Sí, repuso el marqués: lo mejor es dejarlo, aunque no faltarán alborotos y cosas mayores, si se da en la maña, como parece, de inquirir los antecedentes de la nobleza. Ya el marqués de Priego se ha rebelado contra el nuevo tribunal, y si se arma la marimorena, me tendrá á su lado.

Siguióse á estas palabras un rato de silencio, durante el cual solamente se oia el ruido sordo de las llamas en la chimenea y el zumbido esterior del temporal. De pronto levantó el marqués la cabeza, y dando un golpecito en el hombro á su hermano don Beltran, le dijo:

—Me parece que tu futuro tio nos deja burlados. La noche se acerca, y él no viene.

—Tarde es ya, con efecto, repuso Nicolás de Rojas. Sin duda el adelantado le ha temido al mal tiempo.

—Que diablo! exclamó D. Rodrigo. Aunque el bueno de don Pedro Henriquez tuviera los huesos de sal!.... Yo no falto jamás á una cita, así lluevan venablos de punta. Si hubiera de acompañarle su sobrina Beatriz, se comprenderia su tardanza. ¿Qué dices á esto, D. Beltran?

—No dudeis, contestó el jóven, que á D. Pedro le detiene algun motivo mas poderoso que la lluvia.

—Bien haces en defender al tio de tu prometida. Pero yo no sé que hayan entrado moros en nuestra tierra.

—Quien sabe? repuso D. Lope, otro de los hermanos del marqués. No hace dos horas he oido decir á vuestro adalid, el morisco Luis Amar, que esta mañana se ha visto bajar por el Guadalete algunos cadáveres de cristianos mutilados.

—Seria posible! murmuró D. Rodrigo, en cuyo rostro brilló un destello de ira.-Pero no, repuso en seguida: esos cadáveres serán los de algunos infelices arrebatados por la corriente brava del rio.

Mientras así departian los caballeros, avanzaba la noche, y sus sombras, anticipadas por la cerrazon de la atmósfera, destruian por completo la esperanza de ver llegar al adelantado. El marqués, conociendo por su estómago cual seria el apetito de sus compañeros, se llevó á los labios un silbato de plata que le pendia de la cintura, y tocó en él. A poco se presentó en la puerta de la estancia el senescal del castillo.

—Me ha llamado vuestra señoría? preguntó.

—Sí: disponed el banquete lo mas pronto posible: no aguardamos ya á nadie.

—Todo está preparado, y puede vuestra señoría sentarse á la mesa cuando guste.

—Vamos allá, señores, dijo el marqués. Venguémonos en los manjares de lo mucho que nos ha hecho esperar el adelantado, que por esta vez no acredita su cargo.

Esta determinacion fué acogida con visibles muestras de contento: habia hombre allí capaz de devorar un toro. Inmediatamente se trasladaron todos á la sala del banquete, donde se les reunió la marquesa con sus damas, y cada cual ocupó el puesto que le correspondia, segun su calidad, intercalándose las señoras con los caballeros para ser de ellos asistidas, como lo reclamaban las leyes de la galantería, tan observadas en aquellos tiempos. Una turba de pages y criados, vestidos con lujosas libreas, rodearon la mesa, disponiéndose á cumplir sus respectivos oficios bajo las órdenes del senescal y del repostero mayor, mientras varios músicos, retirados en un aposento contíguo, recreaban los oidos tocando dulzainas y otros instrumentos de agradable armonía.

El banquete comenzó con la mayor animacion: aunque no hubiese habido el estímulo de un apetito voraz, la escelencia de las viandas, la innumerable variedad de manjares, las esquisitas golosinas preparadas por las manos hábiles de monjas y dueñas, la profusion de vinos generosos, habrian escitado á los estómagos mas apáticos. El marqués cumplia su palabra, vengándose del adelantado, y parecia dispuesto á no abandonar la partid, basta dar fin al ejército de platos, que avanzaban en buen orden ante su vista.

Cuando mas engolfados se hallaban los comensales en su agradable tarea, y mas dispuestos parecian á secundar las buenas disposiciones de don Rodrigo, se oyó á deshora una señal, que anunciaba la llegada de nuevos huéspedes al castillo.

—Pardiez! Quien nos viene á estas horas? exclamó el marqués. Si es don Pedro Henriquez, tendrá que resignarse con su suerte. A ver, amigo Rojas,-añadió dirijiéndose al alcaide de Arcos:-tomaos la molestia de averiguar qué gente es esa, y si

fuere nuestro amigo el adelantado, pasadme aviso, para recibirle cual corresponde.

Nicolás de Rojas se apresuró á salir, mientras la servidumbre procuraba reparar los estragos hechos en los primeros ataqués dados al banquete; pero pronto volvió el alcaide, y desvaneció la efímera esperanza del marqués.

—Señor, dijo: no es el adelantado quien ha venido, sino un cuadrillero de la Santa Hermandad y un hijo suyo, capitan de escaladores, que sirve á las órdenes de Diego de Merlo. Dicen que desean comunicar á vuestra señoría un asunto de la mayor importancia.

—Mandadles entrar: y nosotros, señores, prosigamos nuestra tarea.

Poco despues se presentaron en la estancia dos veteranos, conducidos por el alcaide. El uno era nuestro conocido Juan del Prado: el otro era alto y derecho como él, tenia ya la barba gris, y gozaba fama de intrépido y mañoso entre los guerreros de su tiempo, por mas de una hazaña peligrosa y audaz que habia llevado á feliz término en las pasadas guerras del Rosellon y de Portugal.

—Hola! hola! insigne Juan del Prado! esclamó el marqnés, reconociendo á su antiguo servidor: ¿qué nueva aventura te trae á mi casa? Estás ya cansado de servir á la Hermandad?

—No por cierto, mi ilustre señor, contestó el cuadrillero, escurriéndose con la mano el agua de que estaban empapados sus cabellos, y mirando con ansia los manjares que cubrian la mesa. -Ni es aventura, sino desventura la que nos trae á mí y á mi hijo Juan Ortega del Prado.

—Ah! Ese veterano es el famoso escalador Juan Ortega? Qué me place. A ver, dad á cada uno de estos valientes un vaso de vino de mi cosecha, y luego nos contarán su desventura.

Un copero sirvió á los dos recien llegados un escelente vino de Jerez, y luego que hubieron bebido, dijo el capitan de escaladores:

—Ilustre señor, aunque venimos rendidos de fatiga y calados hasta los huesos, no podremos detenernos.

—Decid, pues, á lo que venís; pero no os ireis de mi casa sin comer. Eso no, por vida de Barrabás!

—Señor, continuó el capitan; somos portadores de una mala nueva, que es posible hayan traido antes que nosotros algunos mensageros mudos, conducidos por las turbias aguas del Guadalete.

—Ira de Dios! exclamó el marqués, rechazando el plato que tenia delante. ¿Será cierto lo que sospechábamos? Acabad! Acabad pronto!

El festin quedó suspendido, mientras Juan Ortega referia en pocas palabras las tristes nuevas de que era portador.

—El rey moro Muley Hacem, dijo, ha entrado de rebato y á escondidas en nuestra tierra. El segundo dia de Navidad, anteayer á media noche, acampó sigilosamente al pié de la hiniesta roca, donde se alza la fortaleza de Zahara, y á favor de las espesas tinieblas y del furioso vendaval, lograron sus guerreros arrimar las escalas, y trepar á lo alto de los muros, antes que pudieran sentirles los soldados de aquella escasa guarnicion. Los gritos ahogados de los moribundos y el tropel de las guardias, que corrian á las armas á oscuras y en desórden, dieron al desventurado alcaide Gonzalo Arias de Sahavedra la primera noticia de esta sorpresa; pues los maldecidos alarbes herian y mataban en silencio, contra su costumbre. A duras penas pudo aquel reunir diez ó doce de sus dispersos valientes, y sin mas armas que la espada para su defensa, intentó en vano conjurar el peligro, y sucumbió abrumado por la muchedumbre de sus enemigos. Por último, señor: Zahara es un esqueleto que el moro guarda: sus defensores, destrozados por el alfange, unos son pasto de las fieras y yacen insepultos entre los peñascos; otros han sido arrastrados al mar por la corriente del rio: sus casas quedan saqueadas y las mas destruidas por el hierro y el fuego, y sus habitantes inofensivos, hombres, mujeres y niños van casi desnudos hácia Granada, cargados de cadenas, y espuestos á las injurias de los bárbaros infieles. Algunos se han salvado, arrojándose por las murallas, y estos nos han contado su infortunio:

algunos otros han quedado en el camino del cautiverio, muertos de frio y de cansancio.

Calló el capitan, y todos los que le habian oido guardaron un doloroso silencio, mientras la ira y el deseo de venganza se agitaban en sus pechos. El marqués se levantó y dijo con acento solemne.

—Caballeros, parientes y amigos: ya visteis que el moro ha venido á insultarnos á las puertas de nuestra casa. ¿Podemos sufrir, sin deshonor, tamaño desacato? Necesitamos aguardar que nos manden volver por nuestra patria y nuestra religion ultrajadas?

—No! No! exclamaron á un tiempo todos los caballeros levantándose.

—Pues bien, escuchadme, repuso el marqués: plato de baldon nos ha servido el infiel, y esta cena me amargaria, si la continuase, antes de haberla sazonado con la salsa del desagravio. ¿Estais todos dispuestos á seguir mi ejemplo?

—Sí, sí! gritaron los demás.

—En ese caso, nadie toque ya los manjares de esta amarga cena. La mesa quedará puesta, y no se alzarán los manteles, hasta que podamos volver á terminar nuestro banquete con honra. Cuando las ruinas de Zahara hayan caido, como fuego del cielo, sobre el corazon mismo del reino de Granada, y podamos hacernos servir por nobles doncellas moras, entonces encontraremos agradables estas viandas, que ahora son ásperas y desabridas.

Todos los circunstantes aplaudieron este arranque de ardor caballeresco. El marqués se volvió hácia los mensageros y les dijo:

—Qué se han hecho los fugitivos de Zahara? Sabeis si ha ido alguno á Medinasidonia.

—Nadie ha ido á informar á los Guzmanes, contestó Juan del Prado, interpretando el pensamiento de D. Rodrigo. Algunos han marchado hácia Sevilla, á dar cuenta al señor Asistente.

—Bien! esclamó el marqués con alegría. Es menester que

nadie mas que vosotros sepa mi pensamiento: quiero que de las márgenes del Guadalete salga la restauracion completa del pueblo cristiano, ya que en ellas se hundió en otro tiempo su poderío; y el que intente robarme esta gloria, ese será mi enemigo.— Caballeros, hagamos que sepa la reina la caida de Zahara al mismo tiempo que el castigo de sus invasores. Corred á juntar todas mis gentes, y no les digais adonde van. Tú, D. Manuel, vuela á Marchena, y avisa á Martin Galindo para que apreste mis mesnadas: pasa luego á Carmona, y haz que acuda Sancho de Avila con sus valientes. Tú, D. Beltran, irás á Sevilla y á Lucena, y harás que nos ayuden el adelantado Henriquez, y nuestro cuñado Martin Fernandez de Córdoba. Vosotros, añadió, dirigiéndose á Juan del Prado y su hijo, quedais aquí á mis órdenes, y vais á ganar cien escudos de oro cada uno, tan pronto como me descubrais una plaza fuerte y rica, que esté situada en el riñon del pais moro, y se pueda tomar por sorpresa en una noche.

—Me parece, dijo el cuadrillero, que están ya ganados los doscientos escudos. La plaza que necesitais es Alhama ó Málaga.

—Buenas son las dos, repuso el marqués sonriéndose. Pero ¿quién les clava el diente?

—Pardiez! replicó el cuadrillero. No se cogen truchas á bragas enjutas.

—Tienes razon. Ea, pues, id que os den de cenar, y preparaos á partir mañana temprano, á fin de averiguar cual de esas dos plazas está mas desguarnecida. Mi adalid Luis Amar, que es morisco y práctico en la tierra, os acompañará, y á ver cómo antes de ocho dias me traeis á Sevilla buenas noticias.

—Las tendreis, señor, contestó Juan Ortega. Pero antes deseo pediros una gracia.

—Pedidla.

—Yo renuncio los cien escudos que me habeis ofrecido, con tal que me prometais ir á la cabeza de los escaladores, que han de entrar los primeros en Alhama.

—Yo renuncio tambien los mios, dijo el cuadrillero, si se me permite ser de la partida.

—Concedido, repuso el marqués; y además os prometo sentaros á mi mesa, el dia que terminemos este banquete.

—Bien! soberbio! exclamó el anciano cuadrillero, frotándose las manos con alegria.

El resto de la velada se pasó en hacer preparativos de marcha, y al amanecer del dia siguiente muchos de los habitantes del castillo de Arcos partieron en diferentes direcciones. Juan del Prado, su hijo y el adalid Luis Amar se encaminaron hácia Levante, llevando trages de moros á prevencion, para disfrazarse con ellos cuando traspasasen la frontera.

El marqués de Cádiz habia recobrado su actividad, y con ella su buen humor.





CAPÍTULO II.

La batalla tenebrosa.

Para llevar á feliz término una empresa tan temeraria como la toma Alhama ó Málaga era menester reunir fuerzas considerables y gente de muchos brios; pero no habia obstáculos capaces de detener el arrojo y decision del marqués de Cádiz, mucho menos cuando todos los capitanes á quienes comunicó su pensamiento lo acogieron con entusiasmo. No fué posible, sin embargo, arrojarse á obrar con la prontitud que él deseaba, y hubieron de pasar dos meses antes de tener disponible un ejército de cuatro mil peones y tres mil caballos.

Y es digno de notarse que, mediando este tiempo, y habiéndo tantas personas ocupadas en la comun empresa, no llegó á traslucirse siquiera el menor indicio de lo que se estaba ejecutando. Los jefes solamente conocian el objeto de sus miras; los caudillos subalternos transmitian y cumplian sus órdenes, sin examinarlas ni discutirlas, y los soldados aprestaban sus armas y ca-

ballos, sin cuidarse de averiguar á donde iban, y descansando en la confianza que les inspiraban los nombres del marqués de Cádiz, del Asistente y demás capitanes.

El dia veinticinco de Febrero al anochcer se reunieron las diferentes banderas convocadas en un valle entre Sevilla y Marchena. D. Rodrigo Ponce de Leon contó allí cien caballeros esforzados de su familia y casa. Los alcaides de Arcos y Jerez mandaban cada uno ciento cincuenta ginetes y tres cientos peones: Martin Galindo llevaba el solo otros tantos: Sancho de Avila, el alcaide de los alcázares de Carmona se presentó con cuatro cientos arqueros y falconetes y cien lanceros montados á la ligera. D. Pedro Henriquez acudió con mil hombres de su adelantamiento; mayor número trajo Diego de Merlo entre soldados de la casa real, tropas regulares de la Hermandad y caballeros independientes, y pocos menos el conde de Miranda, D. Pedro de Zúñiga. Juntábanse á estas fuerzas otras irregulares, compuestas de voluntarios reclutados por las ciudades y villas, que militaban bajo las banderas de las mismas. Juan Ortega del Prado mandaba, segun se le habia prometido, una compañía de dos cientos escaladores, pero se hallaba ausente á la sazon, y Martin Galindo hacia sus veces. Los espedicionarios esperaban que se les reuniesen mil hombres mas en el camino, entre los que llevase el hijo del conde de Cabra D. Martin Fernandez de Córdoba, y los que servian á las órdenes del alcaide de Archidona Pedro de Valdivia.

Algunos de los jefes habrian querido dar participacion en la empresa al duque de Medinasidonia, como el auxiliar mas poderoso de aquella tierra; pero el marqués de Cádiz se opuso á ello: no podia sufrir que su antiguo rival viniese á disputarle una gloria que anhelaba para sí solo.

Despues de hecho el alarde y tenido consejo, las tropas emprendieron la marcha silenciosamente y á la desfilada. Los caudillos llevaban adalides sabedores del camino que debian seguir, para que ninguna hueste se desbandase, y durante la noche se vieron llegar de trecho en trecho varios hombres, que á manera

de sombras se acercaban á la cabeza de las columnas, retirándose despues de conferenciar brevemente con los jefes: eran los escusañas ó espías, colocados de antemano en puntos convenientes para descubrir, si observaban, algun movimiento del enemigo.

Al amanecer llegó el ejército á un valle cerrado de espesos bosques, entre ásperas montañas, no léjos del rio Yeguas, teatro en otro tiempo de la primera hazaña, de D. Rodrigo Ponce de Leon. Aunque por aquella parte se estendian los dominios de Castilla hasta Antequera y Archidona, los aventureros detuvieron su marcha, para continuarla á la noche siguiente. Allí se les juntó D. Martin Fernandez de Córdoba, y se recibieron noticias circunstanciadas de Alhama.

Ortega del Prado, que habia ido segunda vez á reconocer el estado de aquella plaza y los puntos por donde podia ser atacada con menos peligro, acababa de volver de su espedicion, al mismo tiempo que Luis Amar venia de observar si se sospechaba alguna cosa hácia Granada. Los dos esploradores se encontraron antes de entrar en el campamento, y ambos se presentaron juntos al marqués de Cádiz, quien exclamó al verles:

—Hola! Mis valientes! Ya me teníais con cuidado, pardiez! Vamos á ver: contadme lo que habeis visto. ¿Qué hay de Alhama? Reposan todavía sus guardadores, confiados como los de Zahara?

—Tan confiados estan, señor, contestó el capitan Ortega, que yo solo con mis escaladores me comprometo á tomar el castillo.

—Mucho decir es. Con todo, tomar un castillo no es tomar una villa tan populosa y fuerte como es aquella.

—Tengamos cogida la cabeza, y no será difícil cortar los brazos. Además que esa gente de Alhama no es de armas tomar: mercaderes, tejedores, artesanos y en una palabra, canalla ruin acostumbrada al regalo de sus riquezas.... Eso no vale nada. Lo principal es el castillo, y ya se me figura que estoy dentro.

—Tan desguarnecido lo tienen?

—Figuraos que no hay nadie que lo defienda. Guarnicion no

falta, pero su alcaide acaba de partir á unas bodas que se celebran en Velez. Con este antecedente, bien podeis presumir que no espera nuestra visita.

—Por vida de san Borondon, como dice vuestro anciano padre, que esa noticia vale bien esta cadena! exclamó el marqués loco de contento, quitándose del cuello una que llevaba, y dándola al capitan.-Y tú, Luis Amar, ¿qué nuevas me traes de tus paisanos los granadinos? Están muy alarmados?

—Mucho que lo están, señor, contestó el morisco.

—Pues cómo? Cuidado no me engañes, porque te cortaré las orejas.

—La alarma de los granadinos, señor, no es porque sepan vuestra determinacion, sino porque presienten su ruina. La sorpresa de Zahara les tiene aterrados, como si hubiese caido sobre su propia ciudad.

—No comprendo eso. ¿Conque les asustan los triunfos de su rey?

—Os diré lo que es: hay en Granada un santon venerable y austero, el cual vive retirado en una cueva que llaman de la Hera, y á quien todo el mundo acata y escucha con profunda veneracion. Este hombre, que sin duda goza del don de profecía...

—Estás loco? interrumpió el marqués. ¿O has olvidado ya que eres cristiano? Ese moro caduco será tan profeta como Mahoma.

—Perdonad, señor. Quise decir que Alí Macer, (que asi se llama el santon), es adivino, si por artes del diablo ó por industria de los astros, él se lo sabrá; pero ello es que todos tiemblan al oirle presagiar desventuras y calamidades. Pues bien, cuando el rey Abul Hacem volvió de su temeraria correría, y mientras los nobles de la corte de Granada le felicitaban por su fácil victoria, entró Alí Macer en el salon de Comáresch. Todos se volvieron hácia él, esperando que saldrian de sus lábios alabanzas para el vencedor; pero quedaron mudos de asombro y consternados, cuando le oyeron exclamar con el tono del mas vivo desconsuelo:-«¡Ay! ay! ay de tí, Granada!.... Ya oigo sonar la

hora de tu desolacion! Las ruinas de Zahara caerán sobre tí, Granada, y te cubrirán como la losa de un sepulcro!... Quedarás como la viuda, que llora al pié de un sauce á su esposo y sus hijos, muertos en la batalla; y no habrá quien te consuele.» -Al oir esto el rey, ardiendo en ira, se volvió á sus cortesanos, y les dijo:- «Echad de aquí á ese loco, antes que me obligue á cortarle la chocha cabeza».

—Oh! Pues no es tan loco ni embustero ese santon como me habia parecido, repuso el marqués. ¿Y qué sucedió luego?

—Alí Macer se retiró á su cueva, y Abul Hacem mandó disponer grandes fiestas en celebridad de su triunfo. Hace tres dias, deseando yo adquirir las mejores noticias, me introduje en Granada: la flor de sus caballeros estaba en Bib-Rámela, y el rey con la Zoraya se divertia en presenciar los juegos de cañas y otros brillantes ejercicios de la caballería. Nunca vi tanta gala y compostura, ni tanto regocijo, y sin embargo, el rey moro parecia estar pensativo y sombrio. Quise saber la causa, y me contaron que la reina Aixa la Horra (*) estaba presa con sus dos hijos, por sospechas de conspiracion contra su infiel marido. Un anciano me habló al oido, mostrándome á la hermosa Zoraya:- «Esa mujer tan bella, me dijo, traerá la desolacion sobre Granada: su sangre cristiana inficiona la de nuestro rey; su hermosura le hará perder la razon y la energía, y los odios engendrados en la familia real por el amor que inspira, se estenderán, como fuego que abrasa, entre todos nosotros. ¡Ay! Nuestro fin se acerca! Lo ha dicho el sábio Alí Macer!»

«Estando en esto, entraron en la plaza dos magníficas cuadrillas de Zegríes y Venegas, partidarios de la Zoraya: traian libreas amarillas y azules, y penachos blancos y azules, que es la divisa de los Abencerrajes. Otras dos cuadrillas de éstos y de los Atares y Almoradies, parciales todos de la sultana, les salieron al encuentro, y trabóse entre ellos una vistosa escaramuza. Los Abencerrajes tiraban á derribar los penachos azules de los bonetes de sus contrarios: distinguíase por su apostura gallarda

(*) La honesta.

el jóven Zair ben Atar, hijo de Alí el especiero de Lucena y cuñado del príncipe Abú-Abdalá (*). Contáronme que este Zair andaba enamorado de Celima, la hija del alcaide de Alhama, y que sus bodas estaban concertadas para la próxima luna.

—Holgárame de ser su padrino, dijo el marqués á esta sazon: y si Dios me ayuda, no se harán en Alhama las bodas del arrogante Zair y de la hermosa Celima. Pero dejemos esto, y acaba, que deseo saber el término de esas fiestas.

No fué tan alegre como de los principios se esperaba, repuso Luis Amar. Los Zegries, enemistados con los Abencerrajes, llevaban, en vez de cañas, lanzas con hierros agudos y encubiertos con vistosos lazos, y armas ocultas debajo de las marlotas y jaiques: sus adversarios lo sabian, y tambien iban prevenidos. Así, cuando mas enredada estaba la zambra y todo el mundo se divertia en ver la destreza de los campeones, y el ingenioso laberinto del simulado combate, sonaron gritos de alarma y airados denuestos, que al pronto parecian ser un ardid, fingido y concertado para imitar bien la lucha. Pero, no tardó en venir el desengaño: el capitan Malique y Zair ben Atar estaban heridos, y arremetiendo con sus compañeros á sus enemigos, mataron á Mahomad Zegri, gefe de las cuadrillas contrarias, y á otros varios hirieron; y fuera dia de gran luto aquel para Granada, á no ser por el valor y autoridad del infante Ábu Abdalá el Zagal, hermano del rey, y del capitan Muza Abul Gozan, que intervinieron cada uno por un bando, y separaron á los furiosos combatientes. La Zoraya se desmayó, y el rey por esto, y temeroso de alguna traicion encubierta contra su persona, hizo entrar á la dama en una litera, y se retiró con ella á la Alhambra. Y al subir la cuesta de los Gomeres, siendo ya anochecido, pudo muy bien oir las voces de Alí Macer que, rodeado de innumerable gente, decia en la plaza Nueva — « ¡Ay!.. Ay! Ay de tí, Granada! En fiestas pasas el tiempo, bella sultana del ocaso! ¡Ay de tí, que ries vestida de gala, y tus hijos rompen, jugando, tus

(*) Boabdil. Alí Atar, general famoso y padre de Morayma, esposa de Boabdil, habia vendido especias en Lucena.

velos, y los mancillan con la propia sangre! ¡Ay de tí, Granada de rubies! La intriga y el rencor van royendo tus opulentos palacios! Tus bravos campeones caerán al filo de la espada enemiga, como los robles bajo el hacha del leñador. Ya veo tus mancebos y tus doncellas sumidos en duro cautiverio. Zahara me dice lo que será Granada!»

—Curiosas nuevas me traes, Luis Amar, dijo D. Rodrigo. Y el rey no mandó castigar al osado profeta?

—El rey, si le oyó, no hizo caso de sus profecías: iba demasiado inquieto por su real pellejo, para que pensase en otra cosa. Encerróse en la Alhambra y dejó pasar el chubasco, aguardando, sin duda, mejor ocasion para enseñar los dientes. Pero aun no estaba todo concluido: aquella noche, mientras el rey dormia, la sultana Aixa llevó á cabo un proyecto que de antemano tenia concertado con sus parciales los Abencerrajes. Hizo una cuerda con sus velos y almaizares y los de sus mujeres, y con ella descolgó al príncipe Abú-Abdalá por un agimez de la torre donde le tenia preso su padre. Una tropa de caballeros Abencerrajes le aguardaba al pié de los muros, y le han conducido á Guadix, donde es probable le aclamen rey, segun las voces que anteayer corrian en Granada.

—Sabeis que no hemos podido escoger mejor coyuntura para nuestra empresa? Estoy contento de tí, Luis Amar, y te prometo la octava parte de lo que me corresponda en el botin de Alhama.

Dicho esto, el marqués mandó llamar á los otros gefes, y en presencia de ellos hizo repetir á Juan Ortega y al adalid las noticias que traian. Desde aquel momento la impaciencia se apoderó de los ánimos: todos deseaban dar vista á las murallas de Alhama.

Llegada la noche, se levantó el campo y emprendió de nuevo la marcha, con mas sigilo y precauciones que la anterior: la luz del nuevo dia les alcanzó entre Archidona y Antequera, y se escogió un parage oculto, cerca de la Peña de los Enamorados, en la línea misma de la frontera, donde reposar hasta la vuelta de las tinieblas.

Cumplian exactamente los dos meses despues de la sorpresa de Zahara, y por una coincidencia que pareció de buen augurio, el cielo que habia estado despejado y sereno aquellos dias, cubrióse al anochecer de espesos nubarrones, y de cuando en cuando la luz tétrica de los relámpagos venia á reflejarse en la tortuosa línea de acero bruñido, que recorria silenciosa el estrecho camino abierto en las montañas. Aquellos resplandores momentáneos daban un aspecto fantástico á los guerreros, cuyos penachos aparecian inquietos, agitados por fuertes ráfagas de viento.

El activo marqués, conociendo las ventajas que le ofrecia aquella noche tormentosa, para llevar á cabo su proyecto, se centuplicaba, espoleando su caballo á través de riscos, breñas y precipicios, á fin de estar en todos los puntos de la línea, é impedir que nadie se desbandase.

Faltaban tres horas para amanecer, cuando el ejército llegó al ameno valle de Dona, distante una corta milla de Alhama. Entonces se comunicó la órden de hacer alto, y convocando á los caudillos subalternos, habló con ellos el marqués y les dijo:

—Camaradas: ya habreis reconocido por el camino que traemos, que vamos á Alhama. La opulenta villa de recreo de los granadinos, el ojo derecho de su capital, como la llaman, está casi desguarnecida: su alcaide ausente, ha ido á celebrar unas bodas. Fiados en la altura y seguridad de los muros, sus soldados dormirán, como los de Zahara. Valor, y Alhama es nuestra! La noche tenebrosa, la tempestad rugiendo, y vosotros denodados, todo nos favorece para vengar el ultraje que han hecho los muslimes á nuestra patria. Nombre imperecedero y el mas rico botin que hayan visto los nacidos, serán la recompensa de vuestro arrojo. Decidlo á vuestros soldados, y encargadles el silencio, porque importa. No os detengais, pues la luz del nuevo dia ha de ver la cruz plantada en la mas alta torre del castillo de Alhama.

Este discurso, cien veces repetido, corrió de boca en boca, é inflamó de entusiasmo los animos de los soldados.

Fué menester que los cabos y caudillos desplegasen toda su prudencia para que el ardor bélico no dejenerase en tumulto, y comprometiese el éxito de la empresa.

Ortega del Prado seguido de sus escaladores, y los alcaides de Marchena y Archidona, cada uno con cien hombres de su regimiento, marcharon los primeros hácia la villa, cubriendo su marcha cautelosa con los escarpados ribazos de un barranco previamente reconocido por el capitan. Trás de ellos se lanzaron hasta cincuenta caballeros jóvenes, ganosos de adquirir fama, entre los cuales iba D. Beltran Ponce de Leon. El marqués de Cádiz destacó una fuerza de observacion, á las órdenes de Nicolás de Rojas y Sancho de Avila, los cuales debian colocarse en la vertiente de una colina, casi á la vista de la poblacion, para apoyar á sus compañeros en caso necesario; y él con el grueso de la caballería y del ejército se quedó de reserva en el profundo valle. La tempestad, que habia venido amontonándose durante la noche, estalló en estos momentos con horrible furia, y el céntuplo estampido y fragor estrepitoso de los truenos era tan contínuo, que no permitia oir el ruido sordo de los pasos en la tierra mojada; mientras que los relinchos de los caballos espantados se confundían con los alaridos del viento.

Así fué fácil al capitan Ortega llegar, sin ser sentido, hasta el parage que habia reconocido como accesible, y aplicar las escalas á los muros del castillo, al parecer desiertos. Rápido como el rayo que surcaba las nubes sobre su cabeza, el audaz escalador trepó hasta el adarve, llevando entre los dientes la daga desenvainada; pero al poner los piés en la muralla, sintió una mano estraña que le aferraba la gola, y el movimiento de empuñar una gumía. Mas ágil que su invisible adversario, el capitan descargó un golpe con su daga, y en seguida se aflojó la mano que le sujetaba, y se oyó pronunciar un *¡Aláh Akbar!* y caer un cuerpo desplomado.

Ya estaban junto á Juan Ortega Martin Galindo con dos de sus escuderos y Pedro de Valdivia, el alcaide de Archidona: en pos de ellos iban apareciendo sobre las almenas al resplandor de

los relámpagos, y como una série de fantasmas de acero, multitud de valientes: tomáronse las precauciones indispensables para proteger la retirada, y mientras crecia por momentos el número de los invasores, comenzaron á precipitarse, unos detrás de otros, en los recintos interiores de la fortaleza.

Nadie ha podido describir lo que allí pasó, pues nadie pudo verlo á causa de la oscuridad; por lo cual se llamó á esta lucha nocturna *la batalla tenebrosa.* La escena de la sorpresa de Zahara se repetia con muy semejantes detalles: los defensores del castillo, despertando sobresaltados y oyendo los gemidos é imprecauciones de algunos de sus compañeros, corrian á las armas precipitadamente y medio desnudos: percibian rumor de gente, chasquidos de golpes asestados en la oscuridad, exclamaciones y ayes de muerte, respiraciones agitadas, y tropel de guerreros que afluian sin cesar como una innudacion creciente, y daban gritos, demandando ayuda é invocando los nombres de Aláh y de Mahoma; pero sus voces, que ahogaba el huracan, les entregaban al acero de sus enemigos. De vez en cuando la luz sulfúrea de los relámpagos reflejaba en los cascos y corazas, mostrando á los aterrados muslines centenares de espadas y dagas desnudas, que á sus ojos brillaban con resplandor siniestro; luego las tinieblas envolvian todo esto, y los cristianos mismos para reconocerse, necesitaban gritar invocando á Santiago y la Vírgen.

A los pocos minutos habia veinte combates parciales trabados en veinte puntos diferentes del castillo, y en todas partes la lucha era obstinada: los moros sucumbian sin rendirse, los cristianos daban y recibian estocadas, tajos y puñaladas ganando terreno. Los primeros, conociendo mejor las posiciones que defendian, lograron replegarse hácia al alcázar ó recinto central, en número suficiente para oponer una desesperada resistencia; pero no pudieron hacerlo con bastante prontitud para cerrar trás de sí las puertas, y las dos razas enemigas, traspasando juntas y en tropel los umbrales, se vieron allí confundidas, y unos á otros se abrazaban para darse la muerte. A cada momento llegaban nuevos soldados del ejército andaluz, y su mu-

chedumbre arrolló en breve espacio cuanto se le ponia delante, penetró en el alcázar rompiendo puertas, y haciendo retemblar las bóvedas con alaridos de triunfo.

Allí estaba el jóven caudillo D. Beltran Ponce de Leon; allí el alcaide de Marchena, Martin Galindo, y sus bravos escuderos Toledo y Estremera, esgrimian las armas con sus manos agitadas por el ardor del combate, aunque no tenian ya enemigos que vencer; allí Ortega del Prado, con sus intrépidos escaladores, tomaba posesion de las estancias suntuosas, labradas con estuco, y llenas de dorados muebles, que habian servido mil veces de mansion y regalo á los monarcas moros. Nicolás de Rojas y Sancho de Avila, no pudiendo contener el ímpetu de sus soldados, habian tenido que traspasar las órdenes del marqués de Cádiz, conduciéndolos al asalto desde el punto de observacion que se les habia señalado, y recorrian con los demás las habitaciones del castillo.

La luz del alba comenzaba entonces á disipar las tinieblas, y la tempestad se replegaba hácia el Nordeste impelida por las brisas de la madrugada. Los soldados se ocupaban en hacer prisioneros y en despojar á éstos y á los muertos de cuanto poseian que tuviese algun valor. Don Beltran se acercó á una puerta que aun permanecia cerrada, y no pudiendo abrirla, mandó romperla con hachas: los soldados de Nicolás de Rojas invadian al mismo tiempo aquella parte reservada del alcázar por otro lado. Al hundirse la puerta, el jóven caudillo quedó por un momento deslumbrado, al ver la magnificencia de aquel aposento, y embriagado por los gratos perfumes que del mismo emanaban. Precipitóse dentro, seguido de multitud de guerreros, y al punto se vió salir de un alhamí ó alcoba una hermosísima jóven, que semejante á una mariposa espantada por muchachos traviesos, comenzó á vagar desalada por la estancia, buscando un asilo donde refugiarse: habia despertado con sobresalto, y apenas tuvo tiempo para cubrir sus bellas formas con una nube de chales y transparentes velos: hubiérase dicho que era Vénus, saliendo de las espumas del mar.

Un multiplo grito de alegria hizo retemplar la estancia en presencia de esta bella aparicion. La jóven, queriendo huir, se enredó en sus almaizares, y cayó al suelo, implorando compasion, pero la soldadesca, sorda á sus clamores lastímeros, intentó apoderarse de ella. Entonces D. Beltrán cruzó su espada, y protegiendo á la mora con su cuerpo, esclamó:

—Nadie toque á esta dama, si no quiere sufrir el castigo de mi brazo.

Y tendiendo la mano á la jóven, añadió:

—Alzaos, hermosa cautiva, y nada temais: este aposento será respetado mientras yo aliente.

La mora, aunque no entendió las palabras del caballero, conoció por sus ademanes la proteccion que le ofrecia, y cubriéndose el pecho ruborizada, se levantó, y dió las gracias á su libertador con una inclinacion de cuerpo afectuosa. En seguida se retiró á su alhamí.

En este momento sonaron gritos penetrantes, y aparecieron en la perfumada estancia muchas mujeres, que venian fugitivas, como palomas desbandadas. Los soldados de Nicolás de Rojas, habiéndolas encontrado en otros aposentos interiores, las perseguian para apoderarse de ellas. Don Beltran, interpuso tambien esta vez su autoridad, y salvó de vergonzosos ultrages á las amedrentadas moras. En seguida el generoso caballero mandó despejar todo el recinto de las mujeres, y puso guardias en las puertas para que nadie osase ofenderlas.

La bandera de Arcos ondeó en la torre del homenage, y los clarines y trompetas anunciaron desde las murallas la toma de posesion del castillo. El marqués de Cádiz, ébrio de contento, avanzó con sus compañeros hasta una colina cercana, desde donde dominaba la villa con su vista.

Entretanto los pacíficos habitantes de Alhama iban despertando de su tranquilo sueño, y apenas podian dar crédito al testimonio de sus sentidos, cuando vieron el ejército cristiano acampado al pié de sus murallas, y el castillo en poder de enemigos. En un momento cundió la alarma, y aquella gente solo acostum-

brada al trabajo mecánico y al regalo, comenzó á salir á las calles armada con cuantos instrumentos de muerte se hallaban á la mano, y sublevando los ánimos de sus compatricios con atabales y gritería.

No habia calculado el capitan Ortega lo que es un pueblo que lucha por su libertad y por conservar sus hogares. En brevísimo tiempo se juntaron numerosas turbas de hombres de todas edades, que armados de arcabuces y ballestas, corrian á espulsar del castillo á sus invasores. Fué preciso aprestarse para la defensa: el enemigo, desprovisto de corazas y demás armas defensivas, peleaba á pecho descubierto y ofrecia seguro blanco á los tiros de los cristianos; pero su arrojo rayaba en frenesí, como su desesperacion, y hubo que acudir á rechazarle de la puerta, donde se agolpaba, siendo inútil pelear á cubierto desde las almenas. Arrojados de aquel punto, los moros enfilaron la entrada del castillo, con tan certeros fuegos y tal lluvia de saetas, que sus contrarios quedaron como sitiados y cautivos en la misma fortaleza de que eran dueños.

Dos horas duraba ya esta obstinada lucha: las puertas de la villa estaban cerradas y provistas de defensa; las murallas vigiladas: la empresa podia fracasar por falta de tiempo, sin un acto de temerario arrojo. Entonces el valiente veterano Nicolás de Rojas gritó á los soldados:

—La puerta es estrecha para combatir con ventaja al enemigo. Ayudadme, muchachos, y abajo esta muralla.

Y tomando él mismo un pico, empezó á derribar el muro. En poco tiempo quedó abierta una espaciosa brecha, y por ella se precipitaron en la villa Rojas y Sancho de Avila con los hombres de su mando.

Ambos caudillos cayeron atravesados por un centenar de flechas y balas de arcabuz: los soldados retrocedieron, y una enorme masa de moros se arrojó en su seguimiento; pero á su vez fueron rechazados por los intrépidos escaladores de Juan Ortega, que peleando al arma blanca, los espulsaron de la brecha.

Tres veces se repitió este ataque, y otras tantas los desespera-

dos muslimes se vieron forzados á retroceder, pero sin abandonar sus posiciones, y recibiéndo contínuos refuerzos. En situacion tan apurada, el jóven D. Beltran hizo seña á su hermano para que se acercase á una de las puertas de la villa, y poniéndose á la cabeza de veinte caballeros, ordenó una salida general por la brecha, para distraer al enemigo; y adargándose cuanto pudo, se lanzó con sus compañeros hácia la puerta que habia designado. Llovian sobre estos veinte héroes piedras, ladrillos, agua y aceite hirviendo y cuantos objetos sabe aprovechar la desesperacion para dar la muerte. Pero nada les arredraba: iban decididos á morir, ó á salir airosos con su empeño. La puerta quedó franqueada á despecho de sus defensores, que todos mordieron el polvo, y la caballería del marqués penetró en la villa; mas no por esto se habia conseguido el triunfo.

Seria imposible describir todos los episodios sangrientos de aquel terrible dia. La resistencia de los musulmanes fué espantosa: cada calle de Alhama costó una reñida batalla, y para poder avanzar, fué necesario construir tortugas ó paveses de tablas, que cobijasen á los guerreros y les defendiesen de los proyectiles arrojados desde las casas por mujeres y niños. A la caida de la tarde, los defensores de la villa que tenian armas, quedaron encerrados en la mezquita. Sus enemigos hacinaron en las puertas leña y los muebles arrojados contra ellos, y les prendieron fuego. Mas todavia hubo valientes en aquel pueblo de artesanos y labradores, que se arrojaron á conquistar la libertad, ó á vender caras sus vidas, muriendo como héroes. Sin embargo, fueron vanos sus sacrificios. Aquella noche quedó Alhama por el marqués de Cádiz, y á la misma hora en que este valeroso campeon reposaba de las fatigas del dia, hubiérase podido oir en las calles de Granada el clamoreo de los alfaquíes, que gritaban llorando:

—¡Ay de mi Alhama!

El rey habia recibido la noticia fatal por algunos fugitivos, y al que tuvo atrevimiento para dársela, mandó cortarle la cabeza

Inmenso fué el botin recogido por los vencedores: los cauti-

vos pasaban de seis mil; pero entre tantas y tan ricas presas nada fué para el marqués de mayor aprecio que la hermosa jóven guardada por su hermano. Era Celima, la hija del alcaide, y prometida esposa del Zaír ben Atar. D. Rodrigo llamó á su adalid Luis Amar, para que le sirviese de intérpetre, y dijo á la bella cautiva:

—Pláceme mucho, hermosa doncella, teneros en mi poder, porque debo favores de amistad al valiente guerrero Alí Atar, que sé os estima, y deseo pagárselos, obsequiando vuestra persona. No sereis mi prisionera, sino yo vuestro servidor, y como tal os ofrezco mi castillo de Arcos, para que en él esteis tranquila y segura de los peligros de la guerra. Despues quedareis libre, cuando gusteis.

Dió la mora las gracias al caballero con sentidas palabras y disimulàndo las lágrimas : llamó luego el marqués aparte á su hermano D. Beltran, y le dijo:

—A nadie sino á tí puedo fiar la custodia de esa noble dama: quiero que la conduzcas á Arcos, y la presentes á la marquesa, como trofeo que rindo á sus plantas y testimonio de nuestra hazaña. Mañana partirás, antes que acudan enemigos á molestarnos.

Hízose así como lo mandaba el marqués. D. Beltran partió al amanecer con veinte caballeros, acompañando á la bella cautiva y á sus criadas; y no habia traspuesto los montes de Poniente, cuando ya en los del Norte se divisaban esploradores moros, que precedian al rey Abul Hacem.

Así es como empezó la famosa guerra de Granada.





CAPÍTULO III.

De cómo el duque de Medinasidonia venció al marqués de Cádiz.

Al mismo tiempo que D. Beltran Ponce de Leon, salieron de Alhama otros muchos emisarios de los diferentes caudillos, que habian concurrido á la toma de aquella plaza, con el objeto de comunicar á sus familias el éxito de su espedicion arriesgada, y llevar á las damas algunos presentes de las joyas recogidas en la conquista, como grato recuerdo de hazaña tan señalada. Tambien partió un caballero con carta para los reyes de Castilla, que á la sazon estaban en Medina del Campo, participándoles el brillante hecho de armas ejecutado en su servicio, y anunciándoles la resolucion de conservar á todo trance la villa conquistada.

El jóven D. Beltran, además del encargo de ofrecer á la marquesa de Cádiz el presente de su marido, llevaba el de ir á tranquilizar á doña Beatriz Henriquez, la sobrina del adelantado, que habia quedado en Córdoba; pudiendo volverse luego

á la villa de Alhama con la primera espedicion que saliese, como seria menester para dar apoyo á los conquistadores. No se desconocia que el rey de Granada, estando tan cerca, y pudiendo juntar en pocos dias sesenta ú ochenta mil hombres de pelea, intentaria recobrar la magnífica joya, que acababan de arrebatarle.

Así lo comprendieron los alcaides fronteros y los grandes señores de toda la Andalucía, y desde el momento en que les fué comunicada la nueva del atrevido golpe de mano, consideraron aquel asunto como cosa comun, y comenzaron á juntar sus gentes; pues no dudaban que muy en breve las habrian menester, aunque solo fuese para acudir á su propia defensa. Don Alonso de Aguilar recibió desde luego un aviso directo, pidiéndole refuerzos; de modo que, cuando llegó á Córdoba D. Beltran, despues de haber dejado en Arcos á la hermosa mora, encontró aquella ciudad muy agitada, y á doña Beatriz Henriquez bastante inquieta por las noticias que habian venido últimamente de Alhama.

Conviene advertir que el jóven y galante caballero se habia entretenido en Arcos mas tiempo del necesario, hasta dejar á la bella Celima consolada, y eran ya pasados diez dias despues del de la batalla tenebrosa, cuando se presentó, un domingo á medio dia, en casa de su prometida.

Doña Beatriz Henriquez era una jóven mas agraciada que hermosa, y pasaba de los treinta años; pero su vivacidad y su talento la daban una distincion á que otras con mas belleza y juventud habrian aspirado en vano. Sin embargo, el esposo que la destinaban no era bastante sensible á estos atractivos, y á decir verdad, solo por compromiso de honor estaba resignado á casarse con ella. Tampoco la noble huérfana encontraba al novio de su gusto; pareciéndole demasiado jóven y superficial para que su matrimonio con él pudiera hacerla feliz; pero estaba ya en una edad en que las mujeres no pueden elejir á su placer, y se acomodaba sin desagrado á la voluntad de su tio.

Don Beltran fué recibido por su futura esposa en presencia de varias dueñas, y con toda la delicadeza ceremoniosa, propia

de una doncella honesta y noble. Acaso no pesó de esto al jóven, pues temia una entrevista en que hubiese de violentar su corazon franco, espresando sentimientos que no abrigaba, y mucho menos despues de haber conocido y tratado á la hermosa Celima.

—Mucho agradezco la atencion que habeis tenido de venir, aunque algo tarde, á tranquilizarme, le dijo doña Beatriz. Por desgracia no es posible que mi espíritu recobre la calma, mientras continuen las nuevas alarmantes que tenemos de Alhama, y solo la satisfaccion de veros libre del peligro, pnede atenuar mi natural sobresalto.

Don Beltran habia andado tan distraido aquellos dias, que ignoraba lo que queria decirle su dama.

—El tierno interés que os tomais por vuestro noble tio y por mí, contestó, seguramente os hace concebir alarmas infundadas, pues no creo que haya todavia ningun peligro grave para los valientes conquistadores de Alhama.

—Ojalá digais verdad, repuso la jóven; pero, sin duda, no habeis tenido tiempo de saber lo que pasa.

—Francamente, no sé que pase nada de importancia, replicó el caballero con alguna confusion.

—Si es cierto lo que hoy me han dicho,-y debe de serlo, puesto que el rey viene á Córdoba á marchas forzadas y don Alonso de Aguilar está disponiéndose á toda prisa para partir, -el granadino está delante de Alhama desde el dia cinco de este mes con un ejército formidable: no sé si son cincuenta y tres mil hombres los que, dicen, ha llevado en tan breve plazo, para rescatar su villa predilecta. ¿No es esto suficiente motivo para alarmarnos? Qué pueden hacer nuestros caballeros contra un poder tan grande, con solos siete mil soldados? Ya veis que mis temores no son infundados.

Con mas razon habria debido alarmarse doña Beatriz, si hubiera podido saber, que en aquel momento mismo, en que ella hablaba, se estaba dando en Alhama una sangrienta batalla entre los cristianos y el numeroso ejército moro, el cual intentaba y conseguia cortar el agua del rio, para privar de ella á los si-

tiados, y obligarles á rendirse por sed. Pero la dama no sabia esto, y el galante D. Beltran le dijo para tranquilizarla:

—La muchedumbre de infieles no debe arredraros, hermosa señora, estando allí vuestro tio, y mi noble hermano, que á la edad de diez y ocho años supo derrotar con poco mas de mil hombres á ese mismo rey Abul Haçem, que llevaba quince mil. Y esto fué en campo raso, y sin los reparos y defensas que tiene una plaza como Alhama.

No obstante la seguridad que parecia tener el caballero de que sus parientes y amigos triunfarian del poder inmenso del moro, su espíritu no estuvo ya sereno, desde que conoció, por las noticias de la dama, el terrible aprieto en que aquellos se hallaban. Asi es que abrevió cuanto pudo su visita, y pasó á verse con D. Alonso de Aguilar.

Este caballero, uno de los mas renombrados y terribles de Andalucía, trabajaba con la mayor actividad en reunir fuerzas considerables para ahuyentar al rey moro del sitio de Alhama. El espíritu de la religion y de la patria, el sentimiento del honor caballeresco y de la gloria vivamente despertados en todos los ánimos por la imponente hazaña del marqués de Cádiz, ahogó en el suyo la profunda enemistad que tenia con su primo el conde de Cabra, á quien él mismo habia invitado para acudir al socorro de sus compatriotas, deudos y amigos. Aprestábanse al mismo tiempo para tomar parte en la comun empresa otros caballeros ganosos de fama, tales como el Alcaide de los donceles, tambien de la familia de Córdoba, el corregidor de la ciudad de este nombre Garci-Fernandez Manrique, los dos hermanos Giron y el conde de Buendia.

Todos querian ganar al rey la palma en aquel trance de honra, pues habian oido decir que D. Fernando anhelaba llegar antes que nadie al socorro del marqués de Cádiz; y aquellos orgullosos campeones de la Edad media, esclavos del sentimiento, si ante el trono doblaban la cerviz obedeciendo á la ley del feudo, en los momentos de peligro querian portarse como reyes, siendo cada cual el primero.

Esta emulacion de gloria, este generoso anhelo que por espacio de siete siglos habia salvado al imperio cristiano en España en medio de las mas desastrosas luchas intestinas, menester es reconocerlo, se encendia en la ocasion presente con nuevos y desusados brios, merced al gobierno sábio y justo de la reina Isabel. Las semillas de honor, de lealtad y patriotismo sembradas por aquella princesa, germinaban en secreto, y solo aguardaban un momento propicio para desarrollarse, crecer y fructificar. Este momento habia llegado: la sangre vertida en Zahara fué como un rocío que debia acelerar la madurez de aquel gérmen, y producir héròes á millares.

D. Beltran era uno de los que deseaban merecer este título: con tan noble ambicion, y con el afan de socorrer á sus hermanos, ayudó al de Aguilar en los bélicos preparativos, y no se apartó de su lado hasta salir con él á campaña. Era ya mas que mediado el mes de Marzo; apremiàba cada dia mas la necesidad el acudir á los de Alhama, cuyo triunfo podia de un momento á otro convertirse en sangrienta catástrofe: los cordobeses no aguardaron á los demas nobles convocados, sino emprendieron la marcha, designándoles un punto de reunion. En estos momentos llegó un mensagero de la marquesa de Cádiz, que hizo mudar de pensamiento al jóven caballero.

Decia la noble dama á su cuñado D. Alonso de Aguilar (era casado con su hermana), que se hallaba sitiada en Arcos por los moros de Ronda; pero que, no por esto dejase de socorrer á su marido, antes importaba mucho que lo hiciese sin la menor tardanza; pues ella sabría sostenerse contra todo riesgo en su castillo, y no y echaria menos los defensores. D. Beltran decidió volverse al lado de la marquesa, cuya situacion era realmente mas apurada de lo que ella misma habia querido pintarla por medio de su mensagero.

Cuatro dias despues, nuestro jóven con un centenar de aventureros, que logró reunir en el camino, dió vista desde una altura á la villa de Arcos. De una ojeada conoció la imposibilidad de salvar á la marquesa con tan poca gente, y aun de introdu-

cirse en el castillo, como no fuese de noche y sorprendiendo al enemigo. Tenia este asentado su campo en debida forma, y contaba unos dos mil combatientes. D. Beltran adoptó la resolucion arriesgada de aguardar á que oscureciese, para caer sobre los moros, alarmarlos y á favor del desorden que esta sorpresa produjese, abrirse paso hasta entrar en la villa, á fin de ayudar á sus escasos defensores.

Mientras se acercaba la noche pudo el jóven observar con viva inquietud, que no cesaban de llegar nuevos enemigos, y que estos hacian preparativos de asalto á vista y paciencia de la plaza; lo cual demostraba la debilidad de los recursos con que contaba la marquesa. Y con efecto, apenas habria dentro trescientos peones capaces de manejar las armas, contando entre ellos muchas mujeres animosas, dispuestas á seguir el ejemplo de su señora, y á morir con ella.

Conmenzaban á prolongarse las sombras, y la del castillo de Arcos cubria ya parte del campamento de los sitiadores, cuando el jóven D. Beltran temió la aproximacion de un nuevo y mas inminente peligro. Desde la altura en que se hallaba situado, pudo ver á lo léjos y á la parte del Mediodía un poderoso ejército, que avanzaba con rapidez, procurando ocultar su marcha entre los repliegues del terreno. Al pronto concibió una esperanza de socorro, pues observó que eran cristianos los que venian: envió un hombre de su confianza para que se acercase á ellos y los reconociese, y para en caso de ser amigos, poder darse la mano y prestarse recíproco apoyo. El esplorador partió cubriéndose con las montañas, para no ser visto, y volvió al cabo de media hora diciendo:

—Todo se ha perdido: el duque de Medinasidonia es quien viene al frente de veinte mil hombres, poco mas ó menos. Si no se propone ayudar á los moros, y apoderarse de Arcos en union con ellos, su intencion no puede ser otra que la de dispersarlos y hacer suya esta presa.

—Lo veremos! esclamó con generoso ardimiento D. Beltran. Somos pocos, pero mucho podemos hacer, si el arrojo no nos fal-

ta. Emprendamos una hazaña increible, y venceremos. Caigamos de rebato y en buen órden sobre el campo moro, aprovechando la ocasion en que se acerque D. Enrique de Guzman, y haremos creer al enemigo que somos, no ciento, sino cien mil: la astucia vence á la fuerza, compañeros. Seguidme, y vereis como entramos en Arcos, antes que nuestros contrarios vuelvan de su sorpresa.

Este proyecto atrevido se puso en ejecucion inmediatamente. A la espalda del castillo se estendia un vasto parque, cuyos arbolados espesos ocultaron la marcha de nuestros aventureros, que lograron acercarse, sin ser vistos, á un tiro de ballesta del enemigo. De pronto avanzó el bravo caudillo, lanza en ristre, y á carrera tendida, gritando:

—Santiago! Santiago! Ponce de Leon!

Y se metió con sus cien valientes en medio de los musulmanes, que en los primeros momentos de sobresalto, se dejaban acuchillar, sin saber que hacer, ni á donde acudir. Pero pronto, recobrados de su asombro, corrieron á las armas, y en breve espacio cargaron con ímpetu sobre sus audaces agresores, atronando el campo con gritos de alarma. Los sitiados, reconocieron á sus amigos, y les prestaron ayuda desde las murallas, pero estos se vieron obligados á ceder ante la superioridad del número, y se replegaron hácia el bosque. Sin embargo, los moros rondeños no se atrevieron á perseguirles, temerosos de alguna celada, y en vano lo habrian intentado; pues en aquel momento vieron lanzarse sobre su espalda una nube de caballeros cristianos, que llegaban á escape gritando:

—Santiago y Guzman!

Los habitantes de Arcos y del castillo se limitaron á ser meros espectadores de la sangrienta lucha que se trabó enseguida al pié de sus muros. Se complacian en ver á dos enemigos, igualmente temibles para ellos combatirse y debilitarse; pero no tardaron mucho en concebir serios recelos, al observar la muchedumbre de soldados del duque de Medina, que coronaban las alturas. Era evidente la derrota de los musulmanes, pero tambien parecia inevitable la perdicion de Arcos.

En menos de treinta minutos quedó el campo despejado de enemigos: los moros corrian en desórden hácia su frontera, buscando salvar las vidas: muchos las perdian por el pecho ó por la espalda, segun sus alientos. D. Enrique de Guzman, con su brillante caballería, no dejó de perseguirlos hasta la noche.

D. Beltran aprovechó esta ocasion para entrar en la plaza, y dar á sus amigos algun aliento. La marquesa le abrazó con efusion de cariño, y ambos se pusieron á observar en qué paraba aquella aventura. Desconfiaban, como todos, del duque, y se disponian á rechazar sus ataques, cuando llenos de asombro le vieron acercarse al pie de los muros, y mandando tocar trompetas para que se reuniese toda su gente, hacer alarde de ella. Luego que todo el ejército estuvo junto, se oyó la voz del poderoso caudillo que gritaba:

—Victoria! Victoria por la marquesa de Cádiz!

El ejército contestó á una voz victoreando á la noble dama, que no podia decidirse á dar crédito á sus oidos.

—Eso es un ardid para engañarnos, dijo D. Beltran.

No lo creais, hermano, repuso la marquesa. Guzman es nuestro enemigo, pero es leal. Démosle una prueba de confianza, y no me importa que abuse de ella. No lo temo, añadió con decision; porque en tal caso labraria él mismo su deshonra.

Diciendo esto, doña Beatriz Pacheco mandó abrir las puertas de la villa al ejército vencedor. Pero este se mantuvo quieto en el campo, y solo entró el duque con algunos caballeros. La marquesa se adelantó con sus damas á recibirle hasta las puertas del castillo: todas iban cubiertas de pesadas lorigas y con las espadas en el cinto.

—Guzman, dijo doña Beatriz al duque; obrais como quien sois, y como yo esperaba de vos: confiada en vuestra lealtad, no he admitido los socorros de mi cuñado el de Aguilar, y el suceso ha venido á probarme que un caballero como vos no abandona á una dama que se encuentra en peligro. Entrad y reposareis bajo mi techo.

—Por mostraros que soy atento con las damas, he aceptado

la invitacion que me habeis hecho de entrar en este castillo, señora mia, contestó D. Enrique; pero me dispensareis de permanecer en él mas tiempo del necesario para complaceros; pues debo partir esta misma noche.

—Cómo tan pronto? Descansad al menos hasta mañana. ¿Qué urgencia os impide aceptar mi hospitalidad?

—Noble marquesa, repuso con sencillez el duque: no ignorareis, presumo, el terrible aprieto en que se halla vuestro marido.

—Ah! exclamó doña Beatriz con alegria: ¿vais á socorrerle!.. Guzman! Guzman! Sois grande sobre todos vuestros iguales! Poco es ofreceros mi casa, cuando acabais de ganar mi corazon. Dadme los brazos.

Y la noble dama se arrojó en ellos, sin disimular las lágrimas de admiracion y agradecimiento que asomaron á sus ojos. El duque recibió conmovido esta muestra de síncera amistad, y consintió en detenerse hasta tomar algunos refrescos, que le sirvió la marquesa por sus propias manos. En seguida se despidió de ella, y dejando á sus órdenes y las de D. Beltrán suficiente número de soldados para precaverse de alguna nueva agresion de parte de los moros, continuó su marcha hácia Alhama.

Dos dias despues el ejército de Guzman estaba en Antequera: inquiriendo noticias de los conquistadores sitiados, supo el generoso caudillo que se encontraban reducidos al mayor estremo por falta de agua, y que los socorros de D. Alonso de Aguilar habian tenido que volverse, por haberles cortado el paso las tropas de Muley Hacem. Inmediatamente dió aviso á los demás capitanes convocados por aquel caballero, para que se le reuniesen, y aguardó su llegada, para poder atacar al enemigo con seguridad de buen éxito.

Ya se hallaban juntos los principales jefes de aquella empresa, y la impaciencia de D. Enrique de Guzman no tenia límites, cuando llegó de improviso al ejército un mensagero del rey don Fernando, que estaba ya en Córdoba, y mandaba al duque dete-

nerse y esperarle para ir juntos al socorro de Alhama; pero le fué contestado que se dignase S. A. perdonar la desobediencia, pues no admitia treguas al apuro de los sitiados.

Entretanto la situacion de estos era en estremo comprometida: cercados por fuerzas siete veces superiores á las suyas, reducidos á la necesidad absoluta de pagar con sangre la poca agua, que podian coger del rio, saliendo á buscarla por una mina, cuya boca enfilaban los fuegos concentrados del enemigo; perdida toda esperanza de recibir prontos auxilios, veian acercarse el momento en que, para salvar siquiera el honor, seria preciso arrojarse á morir matando en medio de los escuadrones y batallas de los musulmanes. El valiente marqués de Cádiz habria preferido, en último caso, este desesperado recurso, antes que abandonar su presa, con tanta gloria ganada; pero no todos tenian sus alientos ni su elevado corazon.

Veintiocho dias hacia que se hallaba en posesion de Alhama, y cinco menos que sufria un sitio riguroso, sin poder dormir una hora seguida, resistiendo con ánimo esforzado los frecuentes ataques y las privaciones de todo género. No le faltaba solo el agua: los víveres comenzaban á escasear, porque en el momento de su triunfo, los soldados habian destruido muchos de los mantenimientos que encontraron almacenados. Para colmo de angustías las municiones y armas arrojadizas se iban concluyendo, y no quedaba mas recurso, que rechazar los asaltos del enemigo á viva fuerza de brazos. En tal estado varios capitanes se acercaron al alojamiento del marqués, y representándole el malestar y descontento de las tropas, le propusieron el abandono de la plaza.

—¿Necesitais decirme lo que veo y siento mejor que vosotros? les contestó: no ignoro las calamidades que padecemos; pero al emprender esta conquista, nunca pensé gozar comodidades y placeres. Así que no espereis de mí vuelva cobardemente la espalda al infortunio; que el valor y esfuerzo de los buenos caballeros, no tanto se prueba en los asaltos y combates, cuanto en la firmeza y constancia para soportar los reveses de la guer-

ra. Si os faltan brios para sosteneros algunos dias, mientras llegan nuestros hermanos, que sin duda vendrán en nuestra ayuda, no seré yo quien os detenga. Podeis iros cuando gusteis: yo me quedo, y aunque sea solo, sabré morir, antes que ver empañada la honra de Castilla por mi flaqueza.

Este discurso avergonzó á los caudillos, que proponian la retirada, y les infundió alientos para permanecer al lado de su valiente gefe. Sin embargo, algunos soldados comenzaron á desertar.

Llegó la noche y con ella el continuo sobresalto de alarmas y combates: el rey moro sabia bien el estado á que se hallaban reducidos sus contrarios y se proponia inquietarlos constantemente, prolongando el sitio, para que la estenuacion y la fatiga se los entregasen á discrecion. Pero al rayar el alba observaron los centinelas de las murallas un movimiento súbito de retirado en el campo enemigo. Apenas podian dar crédito á sus ojos, y aun los gefes, á quienes se participó esta novedad inesperada, recelaron que se tratase de atraerles fuera de las puertas, para caer sobre ellos de improviso por otra parte y derrotarlos. La rapidez y el buen órden con que el enemigo ejecutaba sus movimientos parecian confirmar esta sospecha.

Toda la guarnicion de Alhama estaba sobre las armas, viendo alejarse las banderas musulmanas: de pronto se alzó una gritería de júbilo, al observar á los rayos del sol naciente los reflejos de las armas de otro ejército, que avanzaba por la izquierda de los sitiados, y que en breves momentos vino á desplegar sus columnas delante de la plaza. Era el que conducia el duque de Medinasidonia.

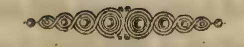
El marqués de Cádiz mandó abrir inmediatamente las puertas, y salió á recibir á su libertador á la cabeza de sus estenuados guerreros. Los dos caudillos se abrazaron en presencia de ambos ejércitos, que aplaudieron esta reconciliacion con unánimes aclamaciones de entusiasmo.

—Señor duque, dijo D. Rodrigo: lo que no ha conseguido el moro con todo su poder, lo ha hecho vuestro corazon magnáni-

mo con solo un rasgo de su grandeza: me habeis vencido, rindiéndome á discrecion, y ganando para vos solo el lauro que he deseado adquirir, aunque fuese á costa de mi vida. Pero pongo á Dios por testigo de que los triunfos mas eminentes me serian menos gratos que esta feliz derrota.

—Yo bendigo á mi buena estrella, señor marqués, contestó D. Enrique, por haberme favorecido hasta el punto de coger una parte de vuestros laureles á muy poca costa. Solo deseo que la fortuna nos halle unidos por muchos años, y que la victoria corone con una sola mano nuestras sienes ante las aras de la patria. Si algun dia hemos sido rivales, nunca hemos dejado de ser cristianos y caballeros, y desde hoy no debe haber en nosotros mas que un pensamiento y un corazon.

Despues de estas nobles satisfacciones, los dos guerreros entraron en la villa con sus ejércitos mezclados; se proveyó lo conveniente para traer víveres en abundancia, y por espacio de algunos dias se celebró con fiestas y regocijos la llegada de los auxiliares. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que fuese turbada aquella tranquilidad por el estruendo de las armas; pues el rey de Granada volvió á poco, provisto de artillería y acompañado de fuerzas mas poderosas.





CAPÍTULO IV.

Trata de las discordias que tenian entre sí los moros, y de que Múley Hacem perdió el trono.

GRANADA no es ya una sombra de lo que fué: la prediccion del santon Alí Macer se ha cumplido: quien ahora visite á la ciudad famosa, que mereció de los árabes el simbólico nombre de *Garb-nat* (reina ó señora del Occidente), no encontrará mas que el panteon de una antigua grandeza, fundado sobre jardines de eterna y melancólica lozanía. Granada es una sultana caduca que descansa indolente sobre el sepulcro de sus amores, y cuyos vestidos y galas yacen á sus pies, ó se caen á pedazos, desgarrados por las injurias del tiempo.

Entrad por su magnífica vega, taza inmensa de esmeralda, vergel frondoso, donde aparecen reproducidas las delicias de la primera mansion del hombre, y apenas podreis distinguir los treinta pueblos que allí reposan, adormecidos por el aroma de sus flores, tendidos á la sombra de sus sotos encantados: solo

admirareis los prodigios de la naturaleza en aquella vegetacion lujuriosa; el corte pintoresco y variadas tintas de las montañas que le sirven de cerca; los millones de aves canoras que acuden á sus arbolados, produciendo una armoniosa algarabia, y comunicando al aire vibraciones sonoras en el silencio de la noche. Pasad á la ciudad y encontrareis en ella cristianas árabes de negros ojos y voluptuosa mirada; creereis que la vara de un mágico ha derribado en un momento los muros de un vasto harem, y que las odaliscas emancipadas salen á gozar de la luz y la libertad como un enjambre de mariposas: vereis por todas partes brotar entre flores las fuentes cristalinas en tazas de alabastro, y si subís al soberbio alcázar de los Alhamares y desde allí la contemplais, os parecerá un jardin sembrado de ruinas.

Pero no busqueis en su vega las mil torres fuertes, á la vez recreo de las nobles damas moras y asi lo de los labriegos contra las correrías de las cabalgadas cristianas; no pregunteis por los sotos de moreras, donde se criaba seda para vestir á todos los pueblos del Oriente; no imagineis hallar aquella raza de labradores inteligentes y activos, que bordaban la tierra, transformándola en mullido lecho de la Abundancia. No existen ya los fuertes muros ni los arrogantes torreones, que circundaban y defendian la opulenta ciudad; de su antigua Alcazaba, de sus airosas puertas fortalecidas no quedan ya mas que algunos restos carcomidos; y hasta sus palacios de filigrana, envidia y admiracion de los estraños, se van desmoronando, ante el indiferentismo prosáico y la incuria de la edad presente.

Así, que para ver la escena donde se representó uno de los mas brillantes cuadros del drama de nuestras glorias nacionales, hay necesidad de mirarla con los ojos de la imaginacion al traves de los siglos que pasaron.

Granada, en medio de su esplendor maravilloso, presentia la hora de su desolacion: las facciones de los partidos fermentaban en aquel Eden terrenal, preparándose á devorar el corazon de la patria. «Estaba escrito que el poder musulman fenecería en España», dirán los fatalistas mahometanos.—Está

escrito, decimos nosotros, que haya de perecer todo pueblo dividido.

Era la estacion de las flores: la naturaleza, vigorosa y precoz en aquel pais meridional aparecia ya revestida con todas sus galas, y enjambres de amores revoleaban entre las selvas misteriosas de la Alhambra y en las márgenas feraces del Darro y del Genil. Sin embargo, Granada estaba triste, porque faltaba en ella la flor de sus caballeros.

El rey Abul Hacem habia vuelto á salir á campaña; pero la estrella de Islam parecia estar oscurecida, y todos los esfuerzos del monarca moro y de sus aguerridos campeones se estrellaban contra los muros de Alhama. Continuamente se recibian noticias poco halagüeñas del teatro de la guerra, y este motivo de inquietud y zozobra daba impulso al descontento de la plebe, que instigada por los partidarios de la sultana Aixa, creian ver en la escasa fortuna de las armas granadinas, una señal de la cólera celeste, irritada por los vicios de su rey.

La preocupacion popular no distaba ya mucho de convertirse en desaliento, cuando una tarde los habitantes del Albaicin y demas barrios altos divisaron á lo léjos la inmensa polvoreda que levanta en su marcha un ejército numeroso: dudaban los vecinos de Granada si aquellas tropas serian de amigos ó enemigos; pues algunos dias antes habian entrado cristianos en la bega, talando y destruyendo sus sembrados, hasta las puertas de la ciudad. Las guardias de la murallas se apresuraron á tomar las armas, y en las torres del alcázar se colocaron vigías para reconocer las fuerzas que se acercaban.

Pronto se vió llegar hácia la puerta del Pescado un arrogante moro, seguido de algunos arqueros, cuya presencia bastó á serenar los ánimos alarmados. Era el valiente Reduan Venegas, hermano del Wazir Abul Cacim, primer ministro del rey: su nombre, de todos conocido, corrió de boca en boca, y la multitud se agolpó á las calles de la ciudad, por donde debia pasar aquel guerrero, dechado entre los musulmanes de valor y gentileza. Presumíase con fundamento que fuese precursor del ejér-

cito mandado por Muley Hacem, y Granada entera tenia interés en saber si este volvia ó no vencedor.

Pero el aspecto sombrío del noble caballero no revelaba la satisfaccion de un triunfo: sus soldados le seguian con aire pensativo, y la via un tanto escusada que eligió para dirigirse á la Alhambra, era indicio de una derrota, ó al menos de una segunda retirada.

Nadie osaba preguntar lo que todos presentian, y el descontento público iba cundiendo, hasta el punto de manifestarse en acalorados murmullos.

Entretanto, en una de las salas mas apartadas del palacio real de la Alhambra, cuyas vistas daban al Darro y Generalife, hablaban rápidamente dos personas de diferente sexo: La mujer contaria unos treinta y ocho años, pero conservaba rasgos de una belleza singular; y su mirada altiva, la finura de sus labios delgados y la palidez mate de su rostro revelaban á un tiempo en ella el hábito del mando y un carácter duro y vengativo: era de medianas carnes y estatura, y estaba recostada sin dejadez en un lecho de almohadones de terciopelo carmesí, con flocaduras de oro, teniendo echado en la falda un niño de diez años, al parecer dormido. El hombre que le dirigia la palabra en actitud respetuosa, estando en pié delante de ella, podria contar su misma edad: este moro tenia un aire de dignidad afable, que hipócritamente ocultaba un gran fondo de cautela y astucia: pocas veces alzaba los ojos para mirar de frente á una persona; su cabeza figuraba un cono irregular é inverso teniendo por base el turbante y por cúspide la puntiaguda barba, rogiza y clara. Un fisonomista práctico habria reconocido en aquel hombre los rasgos de la avaricia y la traicion, hábilmente disfrazados con el velo de una benevolencia sencilla. Tal era el wazir Aben Comixa, valido de Muley Hacen, que desempeñaba el cargo importante de alcaide de la Alhambra.

—Sultana, decia el wazir á la dama: la voluntad de Alah se declara en sus obras, y yo debo doblar mi frente á sus preceptos. Si el rey tu esposo no torna vencedor de sus enemigos, el

pueblo se levantará contra él, y yo veré en esto el castigo de sus acciones. Cuenta entonces conmigo.

—¿Puedo creer en tus palabras, Aben Comixa? preguntó la sultana, fijando en el moro su penetrante mirada. ¿No has venido por órden de mi tirano á sondear mis pensamientos?

—Sultana, no pienses mal de mi lealtad. Yo te amé siempre con respeto y veneracion, como á mi reina y señora: las estrellas me obligaron á ser tu carcelero, mas nunca he abusado de las facultades que me concede mi penoso cargo. Somete, si te place, mi fidelidad á una prueba; pero no exijas de mí nada, que yo no pueda hacer, hasta que se cumpla lo que está escrito.

—Dia vendrá, y acaso no esté muy distante, en que podrás demostrarme tu adhesion, repuso la sultana. Cuando llegue la hora, si eres fiel á tu reina y á tus príncipes, larga será mi recompensa: entretanto, nada quiero de tí.

—¿Sabes ya que mi señor, el príncipe Abú-Abdalá, ha sido proclamado rey en Guadix?

Aixa se sonrió, disimulando su alegre sorpresa, y dijo:

—¿Cómo quieres que una cautiva sepa lo que pasa fuera de los muros de su prision? Yo no sé mas sino que dí la libertad á mi hijo: esto era cuanto podia yo hacer. Si despues le han proclamado rey, no me pesa; pero lo ignoro.

—Pues bien, señora, tenlo por seguro: tu primogénito es ya rey á despecho de su padre y de la Zoraya.

—No me nombres á esa mujer, háblame de mi hijo.

—Tu hijo vendrá pronto á Granada: si las estrellas le favorecen, creeré que se ha mudado en próspero el signo fatal que presidió á su nacimiento, y entonces me tendrás á tu lado para ayudarte.

—Las estrellas mienten á veces, Aben Comixa, repuso la sultana. El Zogoibi (*), como llaman al príncipe, será venturoso, yo te lo juro; y los hijos de la manceba del rey no reina-

(*) El desventuradillo. Asi apellidaban los moros á Boabdil ó Abú-Abdalá, porque al nacer le pronosticó un astrólogo una vida desastrosa.

rán en Granada. Puedes, si quieres, decirlo así á tu señor Muley Abul Hacem, pues no temo sus iras.

—Oh! señora! Que mal me conoces! No hay en Granada ni fuera de ella quien desee como yo la prosperidad de mi señor Abú-Abdalá; y si él faltase, lo que no permita el santo Alah, ese noble infante Abul Haxig, que duerme en tu regazo, le sucederia primero que los hijos de la renegada.

Oyóse en este momento el murmullo del pueblo, cuyo rumor penetró en la suntuosa estancia por las caladas ventanas de la cúpula.

—Qué ruido es ese? preguntó la sultana incorporándose, pero sin levantarse, por no despertar al infante. ¿Sabes si procede del Albaicin?

—No son tus amigos del Albaicin los que murmuran, contestó el wazir: es todo el pueblo de Granada, que aguarda descontento á su rey.

—Ah! Vuelve ya el rey

—Sí, sultana: se retira segunda vez de ante los muros de Alhama. Si volviese vencedor, habria enviado emisarios que anunciasen su triunfo.

Un leve resplandor de alegría siniestra brilló en los ojos de la sultana.

—Vé, pues, dijo con acento sarcástico; vé y anuncia á la Zoroya la vuelta de su amado. La hermosa renegada estará impaciente, y un buen servidor no debe hacer esperar á su señora.

—Mi señora eres tú, y solo por servirte iré donde me mandes, replicó el moro, aparentando humildad.

—Yo mandarte! Qué puede mandar una prisionera? No, Aben Comixa: yo no acepto los servicios sino de quien me sirve á mi sola, y tú obedeces á mi tirano.

Iba el wazir á contestar, pero se detuvo llevándose un dedo á los lábios, al oir el creciente rumor del pueblo, y pasos precipitados en la inmediata galeria.

—Sultana; dijo á media voz, tu esclavo soy: pronto no obedeceré á nadie mas que á tí. Alah te guarde!

Y haciendo una profunda reverencia, hasta tocar el suelo con la mano besándola despues, salió de la estancia, que cerró en pos de sí. Un oficial de la guardia del palacio le esperaba en la galeria para pedirle órdenes; pues Reduan acaba de entrar en la Alhambra, dejando á su espalda al pueblo irritado, y el rey con su ejército estaba ya casi en las puertas de la ciudad. Aben Comixa y Reduan Venegas se encontraron á la entrada del alcázar. El alcaide tendió ambas manos al caballero, y le dijo:

—No necesitas hablar, valiente amigo: tu rostro me dice que Alah no ha concedido el triunfo á las armas musulmanas: no veo en tus ojos el contento de la victoria, ni del arzon de tu silla pender cabezas de cristianos.

Reduan era un jóven, que apesar de sus pocos años, llenaba toda la Andalucía con la fama de sus proezas y galantes aventuras: hermoso y bien formado, y teniendo en sus venas mezclada la sangre árabe con la española, era el tipo caballeresco de ambas razas y merecia la estimacion de toda clase de personas, y en particular de las damas, que le apreciaban por su valor y gentil cortesanía.

—Verdad has dicho, Aben Comixa, contestó el jóven, entregando su corcel á un escudero. La estrella de Granada palidece. ¿Sabes porqué? Porque hay traidores que venden á su rey, y conspiran á la ruina de la patria. Pero, si está escrito que haya de sucumbir el imperio de los Alhamares, los caballeros de hidalga sangre y pecho levantado sabrán morir con honor entre sus escombros.

—Tal es el deber de los buenos muslimes, repuso Aben Comixa. Pero dime, valiente Reduan: ¿qué ha hecho el rey en Alhama?

—Condúceme al camarin de la reina, y allí sabrás lo que ha pasado.

El alcaide precedió al caballero, introduciéndole en los aposentos fastuosos del palacio árabe, donde parecia que la imaginacion oriental hubiese realizado sus mas deliciosos ensueños: el pavimento de mármol blanco de Macael brillaba como un es-

pejo en los patios, reflejando la labor afiligranada de las paredes y las olorosas flores, profusamente colocadas en torno de los estanques y fuentes murmuradoras: entrando en las misteriosas habitaciones del harem, la media luz que penetraba por los agimeces, velados con celosías y riquísimos tapices de seda y oro, iluminaba ténuemente los dorados arabescos, las geométricas grecas y elegantes inscripciones entalladas en los muros sobre fondo de púrpura, verde y azul, dándoles un colorido fantástico. Allí no sonaba el ruido de los pasos, que se desvanecia en el blando piso de las alfombras persas: respirábase un aroma dulce y sabroso, que embriagaba los sentidos y adormecia los pesares del corazon.

La estancia habitual de la sultana Zoraya, elegida entre las mas suntuosas del palacio, estaba adornada con una magnificencia de que dificilmente pudiera darse idea: era una pieza cuadrada, no muy espaciosa, que tenia comunicaciones visibles y ocultas con todas las demás del edificio, y en particular con los aposentos reservados al rey moro. En aquel voluptuoso recinto, que parecia construido por manos de hadas,-tanta y tan delicada era la profusion de sus primorosas labores,-apenas podia distinguir los objetos quien de repente entrase, viniendo de la luz del sol; pero habituándose luego la vista, percibia toda la incomparable riqueza de un templo dedicado al amor y á los deleites: bajo un dosel de plumas, entretejidas con hilos de oro y perlas menudísimas, habia un lecho de almohadones de raso con franjas y flocaduras en que estaban mezclados los metales y piedras de mas precio. En este trono reposaba lánguidamente la reina del harem, la hermosa renegada, que, no habiendo nombre en lo humano para espresar su belleza, habia merecido el de Zoraya, ó sea, Lucero de la mañana. Varias doncellas nobles la rodeaban, como las estrellas forman el cortejo de la luna, y distraian á la jóven soberana, ora tañendo dulces instrumentos, ora contándole anécdotas y tradiciones maravillosas. En medio de la estancia habia dos esclavas negras, como el ébano, las cuales, arrodilladas junto á un perfumero de oro,

mantenian constantemente la atmósfera tibia y aromatizada, echando en él las gomas olorosas mas agradables de la Arabia.

Reduan fué anunciado por el wazir, que siendo el favorito del rey tenia entrada franca en las habitaciones mas recónditas del palacio. Zoraya mandó á una de sus doncellas descorrer una cortina, y la luz, penetrando por ella, inundó su trono voluptuoso, quebrándose en la brillante pedrería y dando nuevo esplendor á su deslumbradora belleza.

El jóven caballero se inclinó tres veces al entrar, tocando el suelo con la mano derecha, y besándola luego, segun la costumbre de su nacion.

—Vuelve ya mi señor? le preguntó Zoraya.

—Sultana, contestó Reduan: el príncipe amado y favorecido de Dios, el grande entre los grandes, el piadoso, el magnífico señor Muley Abul-Hacem á tí me envia, para decirte, que muy pronto bañará su espíritu sublime en las fuentes de tu hermosura.

—Viene vencedor?

—Confúndame tu grandeza, sultana y señora mia! No puedo darte buenas nuevas de la guerra. El poderoso rey nuestro señor ha visto caer bajo el hierro enemigo á muchos de sus mejores campeones: el honor de Granada no se ha empañado; pero Alhama queda en poder de los cristianos.

La sultana suspiró, y repuso:

—Alah Akbar! Dios es grande! Venga mi señor con salud, y su sierva embalsamará las heridas de su corazon. Vé, noble Reduan: dí al rey que le aguardo como la flor sedienta al benéfico rocío.

El jóven se retiró, repitiendo sus reverencias, y la sultana pasó á su tocador, para hermosearse, á fin de parecer agradable á Muley. En seguida, hizo traer á sus dos hijos Cad y Nazar, preciosos niños de ocho y seis años, y recostándose con ellos en el mullido lecho, aguardó tranquila que llegase el rey.

Entretanto el fiero sultan cruzaba un barrio de la ciudad al frente de su ejército aguerrido, cuya presencia no bastaba para

imponer respeto al pueblo disgustado: los granadinos le miraban pasar sin hacer ninguna de las demostraciones de reverencia tan esenciales entre musulmanes, y muchos volvian el rostro con desden y menosprecio. Y es que en aquellos tiempos el valor lo era todo; y un monarca, cuanto mas déspota fuese, tanto mas perdia de la estimacion pública, cuando tornaba de la guerra sin traer en pos de sí los trofeos de la victoria.

Muley Hacem revolvia sus torvos ojos, inyectados de sangre por la ira, no atreviéndose sin embargo, á castigar el desacato de sus vasallos. Sentíase humillado ante su misma conciencia, y esto le embargaba el brazo para descargar el golpe de la venganza.

Como el perro acometido de hidrofóbia, que ansioso de morder, huye, no obstante, de la presencia de sus compañeros, el irritado sultan marchó precipitadamente hasta las puertas de la Alhambra, despidió allí á sus guerreros, y quedándose solo con algunos de los generales de su confianza, y con las tropas nobles de su guardia, entró en la fortaleza. Iban con él su hermano el Zagal y su hijo Muza, el wazir de Granada y primer ministro Abul Cacim Venegas, el veterano Mohamad ben Hacen, guerrero de gran fama y de virtud intachable, Azaator el Zegrí, esforzado caballero que imponia respeto á los mejores caudillos castellanos, y el Manfot con otros varios nobles de merecido renombre.

Muley Hacem necesitaba en aquellos momentos una víctima cualquiera sobre quien descargar su cólera comprimida. Mandó á todos los personages que le acompañaban quedarse en el patio del Estanque, y llamando el alcaide Aben Comixa, se dirigió con él solo á la torre donde estaba presa la sultana Aixa.

—¿No has oido los insolentes rumores de mi pueblo? preguntó el rey á su privado, antes de entrar en la torre.

—Los he oido, señor, contestó Aben Comixa. Pero ¿quien repara en murmuraciones de gente villana y ruin? Tu alteza, señor, haria bien, despreciando á semejante canalla.

—Oh! Es que esa canalla debe de ser instigada por Aixa.

—Pudiera ser, si no fuese yo el alcaide de esta fortaleza; pero la sultana no se ha comunicado con nadie durante tu ausencia. Creo mas bien, señor, que el pueblo mira con desagrado el valimiento de que goza el wazir Abul-Cacim, por cuanto es hijo de cristiano.

—Hija de cristiano es tambien Zoraya, el astro de mis amores. Hay quien se atreva á reprobar el cariño que la tengo? Nómbrame al traidor que la ofenda, y su cabeza caerá al filo de mi cimitarra.

—Oh! señor! Enemigos tiene, y muchos, la escelsa hija de Sancho de Solís, bien lo sabes; pero si en Granada hubiese alguno capaz de ofenderla, mi brazo estaria pronto á castigarle.

—Tengo confianza en tu lealtad, Aben Comixa: sin embargo, no estoy tranquilo respecto á la repudiada, mientras yo no la vea y examine.

Diciendo esto, hizo ademan al wazir para que abriese la puerta de la cámara, donde estaba encerrada la sultana, y mandándole quedar fuera, entró él solo.

Aixa permaneció inmóvil en su divan, como si no hubiese reparado en la presencia del rey: únicamente le dirigió una mirada, que respiraba ódio y desprecio. Las damas y esclavas que la acompañaban, se retiraron.

—Debes de estar contenta, sultana, dijo Abul Hacem: tus parciales te sirven fielmente, y gozan en el vilipendio de mi magestad.

—Pues qué han hecho mis buenos vasallos? preguntó la sultana.

—Por ventura lo ignoras? No eres tú, con tu oro, quien seduce á las turbas y las levanta contra mí? No eres tú quien ayuda al hijo para que se rebele contra su padre? No eres tú quien dispone de los Abencerrages y Aliatares, de los Almoradies y Alaveces, para armarlos contra mi trono?

—Sin duda has equivocado la puerta de la estancia, donde debes exhalar tus quejas, rey de Granada, repuso Aixa con frio y acerado acento. Vé y cuéntale tus cuitas á la Zoraya, que es la causa de todo.

—Refrena tu lengua, sultana, y no provoques mi cólera.

—Yo desprecio tu cólera de tirano. Quieres mi vida? Venga en ella los desaires que la fortuna te hace: ¿que me importa? Solo me falta una poca sangre de mis venas para derribar tu cabeza.

—Oh! Me desafías! balbuceó el rey, trémulo de ira. Pues bien, morirás, como aleve y traidora!

Y esto diciendo, sacó el puñal de la vaina, con ánimo de herir á la sultana; la cual, levantándose de un salto, abrió los brazos y le presentó el pecho con denuedo, diciendo:

—Hiere!.... Veamos quien muestra mas valor; tú, matando á una mujer indefensa, ó yo recibiendo el golpe sin estremecerme.

El rubor de la vergüenza subió al rostro del rey, que, sin embargo, habria consumado su bárbaro designio, á no impedirlo el infante Abul Haxig. El tierno adolescente habia despertado al tiempo de levantarse su madre, y viendo la actitud amenazadora de su padre, se puso entre los dos llorando sobresaltado. El feroz monarca retrocedió por instinto, y como vencido por aquel grito acusador de la inocencia: estaba junto á un agimez, cuyas vistas caian al torrente, que separa la Alhambra del Generalife, y sin reflexionar, arrojó por allí con esfuerzo el puñal desenvainado.

—Sultana, dijo: Yo sé que conspiras contra mí. No provoques mi indignacion.

—Tú has provocado antes la mia; y puesto que me has traido al palenque, lucha y vénceme, si puedes. Pero de mí no aguardes flaqueza ni cobardía.

—Pues bien, lucharemos, replicó el rey, saliendo de la estancia.

Y volviendo adonde habia dejado á sus capitanes, les dió orden de reforzar las guardias y mantener dispuesto el ejército, para castigar á los granadinos parciales de Aixa, si por acaso se levantasen: previno tambien á Aben Comixa que encerrase á la sultana prisionera en lugar mas estrecho, dejándole solamente

dos mujeres para su servicio; y dominado aun por el despecho y la ira, entró en las encantadas habitaciones del harem.

Zoraya hizo, al verle, un movimiento de complacencia y alegria; pero el sultan no la permitió levantarse, y con una mirada mandó salir de la estancia á las doncellas y esclavas que asistian á su hermosa dama. Esta le atrajo hácia sí tendiéndole una mano, mientras con la otra acariciaba á sus hijos, recostados en su regazo.

—Ven, señor, ven, dijo la hechicera jóven, con un acento mas dulce que la miel. ¡Cuanto has tardado! Hace mucho tiempo que te espero.

—Perdóname, amor de mis amores, Lucero de la mañana, contestó Abul Hacem, esforzándose para suavizar su áspera voz, enronquecida por la cólera.

—Qué habré de perdonarte, señor y dueño mio, cuando tu presencia me dá la vida? repuso la jóven. Si has afligido mi corazon con la tardanza, tambien ahora es para mí mas agradable tu vista. Pero, por qué no te sonries? Por qué miro anublado el sol de mi ventura? No me amas ya, señor?

—Zoraya! No permita el grande Alah que yo deje de amarte: desde muy niña te he visto crecer en mi palacio, y siempre hallaste favor en mi corazon; porque eres bella, como el cisne en fuente clara, y graciosa como el jazmin que el aura mece. Cautiva viniste á mi corte, y yo aparté la desgracia de tu cabeza, y te elevé al rango de princesa y de esposa mia. Si dejar de amarte pudiese yo, Zoraya, te mataria; porque tendria celos aun despues de aborrecerte.

—Oh! que nunca pueda desagradar á mi señor! Ven, amado mio; ven y calma tus pesares en el seno de tu espósa y de tus hijos.

Como el canto fascinador de la sirena embriaga los sentidos y rinde dulcemente á quién lo escucha, así las palabras amorosas de Zoraya fueron adormeciendo poco á poco las embravecidas pasiones del viejo Muley, que en breve rato se olvidó de sus contratiempos y disgustos, para entregarse sin reserva al placer de ser amado.

Pasaron algunos dias, durante los cuales el rey, confiado en la fidelidad de sus servidores, solo pensó en apurar la copa de la dicha en los brazos de su querida. El mes de Mayo habia entrado, revestido con toda la pompa deleitosa que la naturaleza prodiga en el pais privilegiado de Granada. El vigoroso Muley estaba enervado por el aroma de las flores; y entretanto el huracan de la rebelion se agitaba sordamente á los piés de su trono.

En las márgenes encantadoras del Darro tenian los reyes de Granada un sitio de recreo llamado los Alijares: allí estaba Muley Hacem una tarde con Zoraya y sus hijos aspirando por todos sus poros la felicidad tranquila de su amor no disputado, y el balsámico perfume que saturaba la atmósfera transparente. A través del espeso velo que formaban los jazmineros y rosales trepadores en las calles de árboles fondosos, divisaba el orgulloso sultan las fuertes torres de su palacio, donde gemía prisionera la reina Aixa; el rojo alcázar parecia de color sangriento, iluminado por los últimos rayos del sol, que se hundia en el Ocaso. La servidumbre real preparaba ya vistosas linternas de colores y de escasa transparencia, para iluminar los magníficos jardines, por si acaso al monarca le placia pasar en ellos la noche; y mientras esta llegaba, las mas hermosas doncellas granadinas y los mas apuestos y galanes caballeros obsequiaban á sus soberanos, cantando romances amorosos y marciales al compás de moriscos instrumentos; ó bien se solazaban, concertando alegres y divertidas danzas.

Cuando mas absortos estaban los ánimos por el apacible recreo, percibióse un rumor lejano, que por grados fué dominando el murmullo de los árboles y fuentes, el sonido de los instrumentos y la alegria de los cortesanos. Aquel rumor tardó muy poco en convertirse en estruendo, y pronto se conoció que la tempestad de la revolucion, formada en las prisiones de la Alhambra y en los conciliábulos del Albaicin, paseaba su carro de triunfo por las calles de la ciudad.

Reduan Venegas y el veterano Mohamad ben Hacem llegaron de los primeros á ponerse á las órdenes del rey.

—Qué sucede Mohamad? Reduan, porqué veo pálido tu rostro? preguntó Muley mirando alternativamente á los dos caballeros. ¿Están los cristianos en la Vega? Ha sorprendido el rey Fernando á Granada? Responded.

—Pluguiera el cielo que fuese lo uno ó lo otro, señor, contestó el anciano guerrero. Tu hijo ha entrado en el Albaicin, y Granada le aclama con el título de rey.

—Eso es imposible, Mohamad! Qué traidor ha podido franquear la entrada á mi hijo?

—Señor, no es imposible: ignoro quien ha sido el traidor que ha robado tu puñal para entregarlo á tu hijo. Con él han sorprendido á los gefes de las guardias de las murallas y puertas, los cuales se han dejado desarmar, creyendo obedecer á una órden tuya. Tarde han conocido la traicion, y en estos momentos unos pocos leales resisten con esfuerzo los ataques de un ejército aguerrido y de las turbas desenfrenadas.

—Pronto, pronto, Reduan, Mohamad, haced tocar trompetas: que se junten mis guerreros, y que la cabeza del rebelde Abu-Abdalá caiga bajo el peso de mi indignacion.

Mientras así hablaba el rey, multitud de caballeros de la nobleza principal acudian en tropel á proteger su persona. Cada cual traia diferentes noticias de la rebelion, segun el punto de donde venia; pero todos estaban contestes en asegurar, que la vida del rey corria un inminente peligro: la Alcazaba Cadima, los principales castillos y fuertes se hallaban en poder de los sublevados, y el príncipe recorria las calles reuniendo partidarios ó arrollando y matando á los que osaban oponerle alguna resistencia. El puñal que Muley Hacem arrojó algunos dias antes por un agimez de la torre de la Cautiva, habia sido recogido por un amigo de la sultana Aixa, que constantemente velaba disfrazado de molinero al pie de aquellos muros, para recibir avisos de la prisionera y transmitirlos á sus parciales: aquel puñal en manos de Abu-Abdalá, vino á ser como un firman ó decreto del rey, con el cual se franqueban á sus guerreros todas las puertas.

—Estais espuesto á perecer, señor, dijo á Muley el wazir

Abul Cacim Venegas. Tu hermano y yo nos pondremos al frente de tus soldados y reprimiremos la rebelion ; pero tú sálvate : los fuertes muros de la Alhambra protegerán tu sagrada persona y las de mi señora la sultana y los infantes.

—Mi persona! Qué importa mi persona, cuando se trata de castigar á los rebeldes? Pronto, un caballo, y armas! Que mis bravos zegríes me vean en medio de ellos, y no habrá poder que resista á su poder. Tú, Abul Cacim, quédate aquí para proteger á mi esposa y mis hijos, y condúcelos á la Alhambra.

En este momento sonó en lo alto de la real fortaleza una estruendosa gritería, oyéndose distintamente las voces que aclamaban rey de Granada al príncipe Abu-Abdalá el Chiquito, y Muley vió atónito tremolar en la torre del homenage una bandera que no era la suya.

—Infierno! infierno! gritó ronco de rabia y mordiéndose las manos: Aben Comixa es aquel que arbola en mi régio alcázar el pendon de los traidores! — Caballeros, ya sé que estoy perdido, pero sabré morir vengándome, y vosotros no me abandonareis. Pronto, seguidme! Que aprenda Granada á respetar á su rey.

—Magnífico y poderoso señor, dijo el veterano Mohamad. Yo sé tambien morir por no perder la honra; pero escucha, te ruego, la voz de la esperiencia, que habla por mi boca. No aventures tu vida en un incierto lance; guárdala para una ocasion en que puedas descargar sobre seguro el golpe de tu venganza. Granada no te ofrece un asilo fuerte ni recursos bastantes para resistir á tus enemigos. Retírate ahora, que tiempo tendrás de recobrar lo perdido. En Málaga está el invencible Hamet el Zegrí con sus gomeres africanos, y en Almería el príncipe Cid Hiaya, tu primo, que te protegerán, y con su ayuda podrás volver y castigar á los rebeldes. Ahora solo caminarias á una muerte desastrada.

—No es esa mi opinion, dijo el infante Abdalá el Zagal, hermano del rey. Si ahora volvemos las espaldas, nunca mas nos respetarán los granadinos.

—Á las armas! á las armas! añadió el ardoroso Reduan. Acorramos á nuestros amigos, que luchan en defensa del rey. No seria noble abandonarlos en el peligro.

—Sí, teneis razon! exclamó el rey. Yo no debo temer la muerte, cuando me roban el honor y la corona.

Y así diciendo, ciñóse apresuradamente una coraza y un alfange, púsose un casco y montó en el primer caballo que le presentaron. Esperaba sofocar la rebelion, con solo aparecer en medio del pueblo: pero se engañaba. No bien dió vista á la plaza Nueva con su escolta ordinaria y unos cien caballeros que se le habian juntado, conoció su debilidad y el rigor de su adversa suerte: una lluvia de flechas y una descarga cerrada de mosquetería diezmó en un momento las filas de sus defensores, haciendo titubear á los mas valientes.

—No hay que detenerse! gritó Muley: luchemos cuerpo á cuerpo y hagamos temblar á la canalla.

Y empuñando la cimitarra, dió él mismo el ejemplo, arrojándose con denuedo entre sus rebeldes vasallos, y acuchillándolos desapiadadamente.

Abdalá el Zagal, mas feroz y sanguinario que su hermano, le seguia ébrio de carnicero entusiasmo: cada golpe de su brazo inmolaba una víctima. Los demás caballeros se mostraban dignos del alto renombre que habian alcanzado con su valor y señalados hechos. Pero la muchedumbre aparecia mas compacta á cada paso, y apoyada por los escuadrones de los valientes Abencerrajes, que cubrian la plaza, comenzó á pelear con doble esfuerzo, dando fieros alaridos, y avanzando con ánimo deliberado de apoderarse del rey.

Entretanto las fuerzas de éste se engrosaban con nuevos campeones, que de todas partes acudian, y la refriega vino á ser en breve tiempo verdadera batalla, cuyo resultado era imposible prever. Muley ocupaba la márgen derecha del Darro y parte de la plaza; pero sus contrarios destacaron fuertes batallones de arcabuceros y ballesteros, que apostándose en las alturas de la Antequeruela y márgen opuesta del rio, le pusieron en duro es-

trecho. Cualquiera fuerza que bajase del Albaicin y le cogiese las espaldas, podia obligarle á rendirse á discrecion.

Previólo así el veterano Mohamad, y repitió á Muley el consejo que antes le habia dado. El desesperado monarca tuvo que retroceder, y luchando sin descansar, logró con gran trabajo ganar las alturas del cerro del Aceituno. Era ya muy entrada la noche: desde aquel punto se oian los mil rumores de la ciudad, los gritos de victoria de los parciales de Boabdil ó Abu-Abdalá, y el estruendo de los diversos combates empeñados en parages distantes entre sí, los cuales iban amortiguándose por grados.

—Oh! pueblo mísero y voluble! exclamó el destronado rey. Yo castigaré tu insolente desacato!

En esto se le reunió el wazir Abul Cacim con la sultana Zoraya y los infantes Cad y Nazar, que habian sido salvados por él de la furia popular, y en aquel momento se emprendió la marcha para Málaga, caminando por vias escusadas y ocultas entre montañas y selvas.

Todavia, sin embargo, la desesperacion inspiró al rey una empresa temeraria. Dejó marchar delante á la sultana con el grueso de la gente de armas que le seguia, y llamando á unos veinte caballeros de los mas esforzados, retrocedió con ellos y entró en Granada por sorpresa, la tercera noche despues de su derrota. El rencoroso sultan no queria mas que saciar su sed de venganza, que le quitaba el sueño y le devoraba el corazon: silencioso y audaz, como la hiena, hizo presa en cuantos transeuntes encontraba por las lóbregas y tortuosas calles de la ciudad: una mujer sacó una luz por una ventana, y viendo en medio de la oscuridad á aquellos hombres sanguinarios, que parecian fantasmas infernales, y oyendo los gemidos lúgubres de sus víctimas, dejó caer el farol que en la mano tenia, exclamando:

—Malditos seais vosotros, que enseñais á los cristianos el camino de nuestra perdicion!





CAPÍTULO V.

De qué manera Hernando del Pulgar quebrantó su propósito de no casarse jamás.

Mientras ardía en Granada el fuego de la guerra civil, en los dominios de Castilla se formaban cruzadas y se hacian bélicos preparativos, para llevar adelante la empresa comenzada por D. Rodrigo Ponce de Leon, y vengar los insultos y tropelías de Muley Abul Hacem. Doña Isabel y D. Fernando estaban en Córdoba, y en rededor de ellos se juntaban, trayendo refuerzos de hombres y dinero, los señores andaluces, y los soberbios magnates que los años atrás habian combatido ó defendido su trono peleando en opuestos bandos.

La antigua capital del imperio de Ab-el-Rahman encerraba en su seno los mas brillantes jóvenes y guerreros de la orgullosa nobleza española. Todos los dias se ejecutaban certámenes de armas, para mantener el vigor del espíritu, la agilidad y las fuerzas del cuerpo; y como estas luchas eran dispuestas por la reina, y en ellas solamente dominaba una fervorosa emulacion patriótica, los aceros embotados no causaban las funestas des-

gracias que tantas veces habian enrojecido con sangre humana la arena de los palenques. Buscábanse con preferencia para combatirse los parientes y los amigos mas íntimos. Así es que se veia por lo comun entrar en liza, y disputarse el triunfo cuerpo á cuerpo á los dos hermanos gemelos D. Rodrigo y D. Alonso Tellez Giron, jóvenes tan hermosos, que cuando niños los llamaban *los dos ángeles*, y tan parecidos, que no era posible distinguir al uno del otro, si vestian igual trage: la naturaleza los habia hecho de tal manera simpáticos entre sí, que cuando en la cuna dormian juntos, segun cuenta un cronista de su casa, se les unian los rostros, y les costaba llanto el separarlos. El arrogante alcaide de los donceles D. Diego Fernandez de Córdoba, señor de Espeja y Lucena, tenia gusto especial en combatir con su primo hermano Gonzalo, el héroe calumniado por novelistas y poetas, conocido en la historia con el nombre de el Gran Capitan, cuyo carácter, nada impetuoso ni temerario, sino reflexivo y valiente, iba marcado en el emblema de su escudo (*): los dos eran mañosos y diestros en el pelear. El marqués de Villena, D. Diego Lopez Pacheco, solia tener por adversario á su cuñado D. Alonso de Aguilar, que, como el marqués de Cádiz, estaba casado con una hermana suya. El mismo D. Rodrigo Ponce de Leon, y el duque de Medinasidonia, vueltos de Alhama, y tan amigos como contrarios habian sido, se buscaban con frecuencia, y era cosa digna de ver, que siempre acababan su combate abrazándose como hermanos. Pulgar, nuestro valiente amigo, no podia competir con estos elevados magnates; pero entre los caballeros de mas baja esfera buscaba indistintamente bravos mantenedores, que certificasen de su esfuerzo y cortesania. El conde de Castrojeriz, aquel D. Alvaro de Mendoza, primo del señor de Toral, de quien hemos hecho especial mencion en otra parte, no se desdeñaba, sin embargo, de luchar con él, y aun solia decir, que anhelaba tener la honra de vencer á un jóven tan escelente. Los condes de Tendilla y de Coruña, de la ilustre

(*) Gonzalo Fernandez de Córdoba tomó por divisa de sus empresas una ballesta movida por una polea, con esta leyenda: *Ingenium superat vires;* ó sea: «Mas vale maña que fuerza.»

familia de Mendoza, el de Cifuentes, D. Luis Portocarrero, el hijo, (pues el padre tenia la guarda de Alhama), modelo de virtud austera y caballerosa cultura, y otros muchos nobles, títulos y grandes llenaban de su esplendor la ciudad, que parecia un ascua de oro en las ocasiones solemnes.

Una de estas se presentó, mientras se hacian por la reina diligencias activas para emprender la guerra formalmente, á lo cual le incitaba por una parte el deseo de completar la obra comenzada por Pelayo, y por otro el fervor de sus súbditos, ansiosos de medir sus fuerzas con los moros granadinos.

Queriendo la reina dar una muestra de su gratitud al marqués de Cádiz, y al adelantado de Andalucía D. Pedro Henriquez, habia dispuesto que se celebrasen, bajo sus auspicios y especial patrocinio, los desposorios de D. Beltrán Ponce de Leon y doña Beatriz Henriquez: y como este enlace debia ocasionar una honrosa emulacion entre los jóvenes caballeros, no se escaseó medio alguno de hacer ostensible la proteccion que le dispensaban los reyes.

Hubo, por consiguiente, antes de celebrarse las bodas, fiestas espléndidas, banquetes y torneos, en que presidieron por turno las damas nobles mas hermosas de la corte. Una entre todas atraia las miradas de los mas gallardos caballeros, no solo por su estremada belleza, sino tambien por su modesta esquivez, y habitual melancolía. Era esta jóven la protegida de Pulgar, doña Francisca Monte de la Isla, que contaba ya diez y nueve años, y estaba, por lo tanto, en la plenitud de su hermosura.

El dia que tocó á la sensible huérfana presidir el torneo, el rey mismo, por mas honrar á su vasallo el marqués de Cádiz, tomó parte en la lid, midiendo sus armas con las del duque de Medinasidonia, que era un rey en sus estados. Claro está que ninguno de los dos campeones consintió en vencer al otro: ambos mostraron su destreza y bizarria, y juntos llegaron á recibir premio á los piés del trono de la hermosura: pero D. Fernando se presentó el primero, y al tomar de manos de doña Francisca

un joyel de brillantes, la dijo en voz tan baja, que solo de ella pudo ser oida:

—Reina de las hermosas podeis llamaros sin vanagloria, que lo sois y mucho, mi graciosa señora; y os juro, á fé de caballero, que este joyel tiene para mí mas precio que si fuera una corona.

La jóven se ruborizó al oir estas palabras escesivamente corteses, para ser dichas por un rey; pero contestó sin descubrir su turbacion:

—Vuestra Alteza me honra mucho, al aceptar con tanto aprecio esta pequeña muestra de lo que merece vuestro valor.

—Antes soy yo el honrado, añadió el rey con mas cautela: pues solo por merecerlo de vuestras manos he tomado parte en la lid.

La reina observaba desde su estrado esta escena, y como conocia el lado flaco de su marido, no dejó de sentir alguna inquietud; pero se tranquilizó luego que vió al rey retirarse, haciendo un saludo cortés á doña Francisca y á las otras damas que la acompañaban. Sin embargo, determinó vivir sobre aviso, porque apreciaba mucho la honestidad de la jóven y su propio decoro, y no queria dejarla espuesta á los peligros de una pasion imprudente, ni consentir en que por descuido suyo se originasen dentro de palacio intrigas escandalosas.

Terminada la fiesta de aquel dia, y encontrándose á solas doña Isabel con el rey, hizo recaer la conversacion sobre la hermosa menina, encareciendo su beldad y el despejo con que habia desempeñado su papel de reina del amor y de la hermosura.

—No me parece tan digna de elogio esa muchacha, como vos decís, repuso don Fernando: es guapita, sí; muy modesta, sobre todo: pero tiene poco desembarazo y es algo dengosilla. Si se acostumbrase á brillar, acaso mejoraria de condicion, aunque creo que siempre se resentirá de la cortedad propia de su orígen humilde.

No necesitó mas la Reina para comprender que su marido miraba con aficion á la menina: conociendo el carácter de este un tanto solapado, y recordando que, cuando vió á doña Fran-

cisca por primera vez, despues de la batalla de Toro, quedó admirado de su innegable belleza, no pudo menos de estrañar la indiferencia con que ahora hablaba de ella, faltando evidentemente á la verdad.

—Decís bien, contestó, sin embargo, doña Isabel, que es algo corta y desdeñosa; pero sin duda se despertará y será una magnífica dama, luego que se case. Y hemos de pensar en darla un marido.

—No sabemos si ella querrá casarse, replicó el rey con intencion: ¿la obsequia algun caballero?

—Eso sí, muchos: como que es muy linda. Pero ignoro si ella se ha decidido por alguno.

El rey torció de intento el giro de la conversacion, lo cual acabó de confirmar las sospechas de doña Isabel.

Aquella misma noche, al tiempo de acostarse, la reina hizo que la sirviese doña Mencía de Meneses, á quien habló largamente de su sobrina, procurando indagar si esta tenia amores. La honrada dueña protestó con el mayor ahinco, que en su presencia nadie se habia desmandado á cortejar á la jóven encomendada á sus desvelos; pero instada para que declarase si ella habia pensado en algun caballero digno de obtener su mano, dijo por último, aunque con todas las salvedades imaginables, que la linda menina era víctima de una pasion, que procuraba esconder en lo mas hondo de su pecho: y hablando en toda verdad, añadió, que solo en sueños le habia revelado la jóven aquel afecto de su ánimo, pues nunca desde que fué mujer, mostró aficion á ningun hombre. Preguntóle la reina si conocia al galan afortunado, y doña Mencía nombró á Pulgar.

—Pulgar! exclamó doña Isabel. Cuanto me alegro! Cabalmente habia yo pensado en él para enlazarlo con Francisca.

La noble dueña se retiró loca de contento; pues la conversacion que acababa de tenerle la reina era equivalente á una promesa de favor para su sobrina.

Entretanto el rey, por su parte, hacia las mismas investigaciones, con su acostumbrada sagacidad, y no faltó algun envi-

dioso que, no habiendo podido alcanzar los favores de la menina, le descubriese su intimidad con el jóven contínuo. El rey decidió en su interior alejarlo de la córte, y buscar algun otro caballero menos pundonoroso, que se encargase de dar á doña Francisca el título de esposa, recibiendo en premio de su condescendencia honores y mercedes.

Muy agenos estaban Pulgar y su enamorada amiga de las altas cábalas que se combinaban acerca de sus modestas personas, cuando un acontecimiento de distinta índole vino á precipitar el desenlace de sus románticas relaciones.

Al dia siguiente llegó á Córdoba un correo de Alhama, pidiendo prontos socorros y un cambio de guarnicion; pues la que allí habia, estaba cansada de sufrir frecuentes asedios y calamidades, y era de temer que se insubordinase, tal vez en los momentos de mas peligro. El nuevo rey de Granada, necesitando adquirir popularidad, habia decidido ponerse sobre aquella villa, y no levantar el sitio hasta rendirla: escaseaban dentro los mantenimientos, y el enemigo fuera, de nuevo amenazaba cortar el agua á los sitiados. Túvose un consejo de guerra en presencia de los reyes, y á propuesta de doña Isabel, quedó resuelto hacer una entrada por la Vega de Granada y cercar alguna villa ó ciudad, á fin de distraer al moro y subdividir sus fuerzas, sin perjuicio de enviar nueva guarnicion á Alhama. Pero, como importaba mucho dar alientos á los cristianos que sostenian aquel punto, para que no desmayasen, en tanto que se les enviaban socorros, se pensó en mandar á este fin un caballero audaz, y bastante diestro para introducirse en la plaza, aunque le fuese menester pasar por medio del campo enemigo.

Apenas se indicó esta idea, el rey propuso á Pulgar para el desempeño de una comision tan arriesgada. Nadie contradijo la idoneidad de la persona, y nuestro caballero recibió instrucciones aquel mismo dia para llevar esperanzas á los de Alhama, y ver el modo de introducirles algunos víveres.

No se ocultó á la reina la torcida intencion de D. Fernando: inmediatamente llamó á Pulgar y en presencia de su tio D. Luis

Osorio, que poco aficionado á la vida militar, acababa de recibir órdenes sagradas, le dijo:

—Hernando, me parece que estareis contento, pues se os confia un encargo peligroso, en el cual podeis ganar mucha honra.

—Señora, contestó el jóven: siempre recibiré honor acudiendo á donde quiera que V. A. me mande. Pero sin duda se me dispensa en esta ocasion mas confianza de la que merezco, y debo por ello estar muy agradecido.

—Decidme, repuso la reina: ¿no dejais, por ventura, en la córte alguna persona, que se aflija por vuestra ausencia?

Pulgar se acordó al momento de doña Francisca, con quien era ciertamente mas ingrato de lo que ella merecia; pero su delicadeza y el interés con que miraba el honor de su jóven amiga, le impidieron nombrarla.

—Mi ausencia señora, dijo, no puede ser motivo sino de alegría y de plácemes para mis amigos. Fuera de estos, no tengo ningun pariente ni allegado, que deba aflijirse.

—No hablo de vuestros parientes y amigos. ¿Acaso no hay alguna dama entre las mias, por quien se interese vuestro corazon? Sed franco, pues tengo acerca de vos cierto proyecto, y deseo favoreceros.

—Señora, repuso Pulgar con alguna turbacion: puedo asegurar á V. A. que estoy completamente libre de todo compromiso de esa especie.

—Bien, lo creo: pero, si os diesen á escojer esposa entre las doncellas de mi córte, ¿á cual elegiríais? Yo conozco alguna, que os estima, como á su protector y buen amigo.

—Es verdad, señora, contestó el jóven, que doña Francisca Monte me dispensa mas afecto del que yo he merecido. Pero os juro que nunca he sido para ella mas que un hermano, y que como tal defenderé su honestidad contra cualquiera que la ponga en duda.

—Y os pesaria de tenerla por mujer? Yo os la doy, Hernando; y puesto que vais á donde podreis alcanzar honra y prez con

vuestros servicios, segun sean estos, procuraré daros haciendas para sostener con decoro vuestro nuevo estado.

Pulgar ahogó un suspiro, que brotó de su pecho, al recuerdo de su antigua pasion, aun no estinguida, y como las afectuosas palabras de doña Isabel envolvian una órden, contestó bajando los ojos:

—Muy ingrato sería, señora, á vuestras bondades, si reusase los favores que me dispensais. Disponga V. A. de mí, como mas le plazca.

Don Fernando, entre tanto, se habia procurado un narcótico y una llave; el primero para burlar la vigilancia importuna de doña Mencia de Meneses, y la segunda para obtener una entrevista á solas con doña Francisca: ya varias veces habia repetido á la jóven sus insinuaciones amorosas, pero nunca con la libertad necesaria para hacerse escuchar de ella; y esto le irritaba, é iba convirtiendo en verdadera pasion su inconsiderado capricho. Las virtuosas prácticas establecidas por la reina en el régimen interior del palacio, le imponian respeto á él mismo, y no le era dado traspasarlas, sino valiéndose de astucia y sigilo.

El tercer dia despues de aquel en que se recibieron las noticias de Alhama, estaba ya Pulgar provisto de lo necesario para emprender su marcha: se le habian dado algunos hombres de armas, aparte de los que servian á sus órdenes en clase de escuderos; y además llevaba cartas para que los alcaides de Archidona y Antequera le facilitasen víveres, carros y acémilas para transportarlos, y los guias y refuerzos que necesitase: D. Luis Osorio, como hombre de esperiencia y seso, debia acompañarle, á fin de templar con su prudencia la impetuosidad del jóven guerrero. El calor arreciaba ya en esta sazon; por lo cual, y para que la espedicion fuese mas sigilosa, se dispuso emprenderla de noche.

Aguardaba el rey con impaciencia el momento de la partida; pues desde que fué advertido, no dejó de observar que Pulgar era un vigilante demasiado embarazoso, y que apenas se apar-

taba un momento del lado de la menina. Y es que, con efecto, el jóven de contínuo frecuentaba, de dos dias á aquella parte, mucho mas que antes el trato de su dulce amiga; cosa muy natural, estando resuelto á desposarse con ella.

Y cuán afortunado era Pulgar en tomar por mujer á la niña, que una feliz casualidad le hizo encontrar en momentos desastrosos! Doña Francisca, ya lo hemos dicho, habia contraido desde un principio, hácia su generoso y valiente protector, uno de esos cariños respetuosos y nacidos de la gratitud, que templan el corazon sin encenderlo, y que lenta y progresivamente van propagándose en la sangre, hasta fomar parte inseparable del ser humano: aquella niña contempló siempre á su amigo con admiracion, y cuando con la edad presintió de un modo vago los peligros de su ternura, se replegó tímidamente en sí misma, como si se asustára de abrigar esperanzas, que, sin embargo, eran ya una necesidad de su vida. Pulgar estaba en ella; formaba la mitad de su espíritu: él solo era capaz de infundirle fortaleza; fuera de él no habia para Francisca mas que el vacío con toda su insondable soledad.

Así es que, cuando la noble dama doña Mencia le reveló la determinacion de la reina, sensaciones desconocidas se despertaron de pronto en su corazon de vírgen: brilló la alegria en sus ojos, y el rosicler de la felicidad coloreó con pasageros matices sus transparentes megillas; hablaba de cosas indiferentes y frívolas, sin pensar lo que decia, ni acordarse de ello un momento despues; y repentinamente suspendia la risa que rebosaba en sus lábios, para enjugarse una lágrima que asomaba á sus arqueadas pestañas.

Era que lo pasado, lo presente y lo porvenir se chocaban y confundian en el palenque de su alma pura y sensible. La dicha de apoyarse, como flor delicada, en el firme sosten de su valiente caballero, le traia á la memoria recuerdos de dolor, y al mismo tiempo le representaba las penas de la ausencia y los peligros de la guerra, á que habria de hallarse espuesto su amado.

Llegó la noche de la partida: en un patio del palacio que habitaban los reyes, casa de D. Alonso de Aguilar, aguardaban al jóven hidalgo sus escuderos y los otros hombres de armas que habian de acompañarle. Tristan de Montemayor tenia del diestro el caballo de su amo, y juntamente una hacanea, enjaezada y dispuesta como para conducir á una dama.

El rey se paseaba en su aposento, ensayando á solas el discurso que pensaba enderezar aquella misma noche á doña Francisca: habia ganado con dádivas á una doncella de esta, por medio de un criado suyo, confidente de quien se valía para su intriga, y esperaba el momento oportuno para llevar á cabo su dañada intencion. Era ya tarde, y el palacio estaba silencioso; asi que un golpecito dado en la puerta de la estancia, hizo estremecerse á D. Fernando, como acontece á todo el que tiene la conciencia intranquila.

—Eres tú Bernal? preguntó el rey, creyendo que fuese su confidente quien llamaba.

La puerta se entreabrió, y apareció en ella la venerable cabeza del maestresala Covarrubias.

—Qué me quereis? preguntó entonces D. Fernando con tono algo áspero.

—Señor, contestó el maestresala inclinándose profundamente. Mi señora la reina desea ver á V. A.

—Qué le habrá ocurrido ahora? murmuró el rey para sí.– Bien: decid á S. A. que voy á complacerla.

Covarrubias hizo otra reverencia como la primera, y se retiró: el rey se acercó á una ventana, mirando por ella á las del aposento de doña Francisca, que desde allí se veian; y observando la mucha tranquilidad y falta de luz que se notaba en aquella parte del edificio, concibió las mas sólidas esperanzas de ver realizados pronto sus deseos. En seguida se encaminó al cuarto de la Reina.

Muy ageno estaba de encontrar allí á la jóven que le habia trastornado el seso. Vestida con su sencillo trage habitual, doña

Francisca brillaba entre otras damas por su hermosura, y por un ligero resplandor de modesta felicidad que animaba su semblante: algunos caballeros se acercaban á ella, y doblando una rodilla sobre un cojin que habia delante de sus piés, segun era costumbre de hablar á las damas en el estrado de los reyes, la felicitaban en voz baja y con el miramiento debido á la magestad real: á sus lados estaban doña Mencía y la mujer del señor de Aguilar, y retirados en un ángulo del fondo de la cámara, la contemplaban D. Luis, vestido con el trage sacerdotal, y Pulgar cubierto con su armadura, y llevando al cinto la espada de su padre. La reina ocupaba su silla; cerca de la cual se hallaban la marquesa de Moya, D. Gutierre de Cárdenas, elevado á la dignidad de comendador mayor de Leon, y D. Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilar.

El rey quedó sorprendido al ver aquella reunion inesperada, y acercándose á la reina le tomó afectuosamente la mano y se sentó á su derecha.

—Tendreis á bien decirme lo que esto significa? le preguntó en voz baja.

—No lo adivinais? repuso doña Isabel sonriéndose. Como esta noche marcha Pulgar para una empresa arriesgada, he querido antes satisfacer un legítimo deseo de su corazon, casándolo con su linda protegida; y hé aquí, que os he llamado, para que recibais en mi compañia los homenages de su gratitud.

La palidez de la ira y el despecho cubrió las mejillas de Don Fernando; se encontraba burlado por la penetracion de la reina. Sin embargo, se sonrió y repuso:

—Mucho me place que lo hayais dispuesto así; pero advertid que Pulgar no se puede detener un momento. De la prontitud de su marcha depende quizás la conservacion de Alhama.

—Es muy cierto, señor: por eso no aguarda Pulgar mas que vuestro beneplácito, para marchar inmediatamente con su esposa.

—Cómo! Con su esposa! Buena cuenta daría de su comision! Es imposible que le siga esa dama.

—Claro está que es imposible, señor: Pulgar lleva consigo á Francisca, para dejarla de paso por Alcalá la Real, en poder de su padre: me ha parecido muy conveniente disponerlo así.

—Ah! Eso es otra cosa; y me parece bien, muy bien; replicó el rey, mordiéndose los lábios.

—Ya sabia yo que esto mereceria vuestra aprobacion, repuso doña Isabel: y volviéndose á los jóvenes desposados, les dijo:

—Pulgar, Francisca, hijos mios, venid á besar las manos al rey vuestro señor.

Hicieron ellos lo que la reina les mandaba, llegando á postrarse á los piés del rey, asistidos por sus padrinos, que lo habian sido el señor de Aguilar y su esposa, y habiendo besado las manos á doña Isabel y D. Fernando, éste se quitó una cadena de oro del cuello, y poniéndola en el de doña Francisca, la dijo:

—Me ha sorprendido tan de repente este suceso, que no he podido disponer un regalo conforme á la buena voluntad que os tengo: pero aceptad esta joya en memoria mia.

—Nada podeis darme, señor, que sea para mí de mas aprecio que este recuerdo, contestó la jóven balbuceando, y sin atreverse á levantar la vista del suelo.

—Ea, Pulgar! No os detengais, repuso el rey: á ver como recibo pronto buenas nuevas de vuestro valor.

Pulgar se levantó dando la mano á su esposa, y hechas las debidas reverencias, se retiró de la cámara, siguiéndole D. Luis Osorio, la dueña y algunos amigos. Pocos momentos despues sonaban en el patio del palacio las herraduras de los caballos, que partian rápidamente.

Habíase dispuesto el casamiento de Pulgar con tanto secreto, que, hasta el momento de efectuarlo, nadie tuvo noticia de él mas que la reina, los dos cónyuges y D. Luis Osorio, que les dió las bendiciones. Cuando el rey volvió á su aposento particular, encontró á su confidente Bernal, que ignorando lo que habia pasado, le dijo:

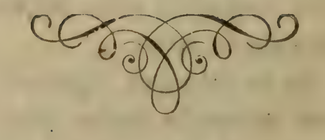
—Señor, albricias!

—Albricias! de qué? le preguntó el rey con ira.

—La dueña tiene ya el narcótico en el cuerpo.

—Pues bien, déjala dormir, y quítate de mi presencia con mil diablos, si no quieres que te dé yo á tí otro sueño, del que nunca despiertes.

Y sin mas, entró en su habitacion, cerrando la puerta con violencia. Bernal se quedó fuera santiguándose, como quien vé visiones.





CAPÍTULO VI.

Que trata de los primeros y de los segundos amores.

Sigamos á Pulgar en su arriesgada espedicion, que nos ha de dar materia para referir mas de un lance aventuroso, y dejemos en suspenso por ahora lo de las bodas concertadas entre D. Beltran Ponce de Leon y doña Beatriz Henriquez, las cuales parecia estar decretado del cielo que no hubieran de celebrarse con entera felicidad; pues aconteció, que observando la dama demasiada frialdad en su prometido, y sospechando que esto naciese de algunos amorios ofensivos á su honor, llegó á descubrir que, con efecto, D. Beltran andaba muy apenado por la mora Celima. Mediaron con este motivo serios altercados entre el adelantado y el marqués de Cádiz; y á pesar de los compromisos formales y públicos que se habian contraido, á propuesta de doña Beatriz, quedó aplazado el matrimonio, hasta tanto que la mora fuese restituida á su padre, y ella estuviese plenamente satisfecha del afecto y fidelidad de su esposo. Para cubrir las aparien-

cias, y no dar qué decir, la dama pretestó una enfermedad, y toda la familia del marqués se mostró muy sentida de este fingido contratiempo.

Mas afortunada doña Francisca Monte, iba camino de Alcalá la Real, segura del amor de su marido, que si no era tan ardiente como ella deseara, bastaba por lo menos á satisfacer las ansias de su corazon. Toda la noche caminaron los jóvenes esposos entretenidos en sabrosa plática, pues D. Luis Osorio, dejando marchar delante de ellos parte de la gente, se colocó él mismo á retaguardia de la restante, so pretesto de precaver la desercion de alguno que pudiera ocurrir. Así Pulgar y Francisca quedaron solos, en plena libertad para entregarse á las dulces confianzas, que aquella singular noche de novios les permitia. Enlazadas las manos, por las cuales mutuamente se comunicaban las almas; hablando los dos á un tiempo, y sin atender ninguno de ellos mas que á lo que el otro decia; ébrios, en fin, de una felicidad nueva, desconocida y en que no habian podido soñar, les sorprendió la luz de la aurora, pasado el pueblo de Castro, á las orillas del rio Guadajoz, que por aquella parte lleva cristalino tributo al caudaloso Guadalquivir. Doña Francisca suspiró entonces y dijo:

—Dios mió! Qué corta ha sido la noche! No es posible que sea ya de dia.

Pulgar apretó suavemente la mano de su esposa, y por toda respuesta la acercó á sus lábios, dándola un casto beso.

—Hernando! exclamó la doncella, retirando su mano por un movimiento de pudor: ¿qué haceis, hermano mio? Ved que nos miran.

—Perdóname, alma mia! contestó el jóven lleno de confusion, como el niño que acaba de ser sorprendido robando una golosina. Lo hice sin pensar.

Tanta era la pureza de aquel corazon indomable y fiero; mezcla de tímida inocencia y de vigor bravio, que dificilmente habrá quien la comprenda en nuestros tiempos.

Un espectáculo bellísimo se presentó á la vista de los tiernos

esposos, distrayéndoles algunos momentos de sus amorosos delirios. El rio, contra cuya corriente caminaban, hacia un ancho remanso de Sur á Norte, formando un espacioso lago de tres millas cuadradas: era un estancamiento casual, producido por el movimiento de las arenas, que habian arrastrado las avenidas del pasado invierno. Las aguas estaban completamente limpias y claras, y solo las rizaba el ténue soplo de la brisa matutinal: en medio de este lago habian quedado tres ó cuatro islotes cubiertos de verdor florido, y en la ribera opuesta á la que seguian nuestros caminantes, se alzaba un escarpado monte, sobre el cual descansaban los cimientos de un fuerte castillo, á cuyos piés, como las plantas débiles, al abrigo de un árbol frondoso, se estendian las modestas casas de una poblacion señorial. Mas léjos en perspectiva desigual se veian otras montañas elevadas; y todo esto parecia pintado en el brillante lienzo de nacar y oro, que formaba el cielo, iluminado por la blanca luz de la aurora. Otro cielo, otras montañas, otro castillo y pueblo aparecian con rasgos trémulos y prolongados en el espejo transparente del lago, que, por decirlo así, daba vida á un mundo imaginario.

Pulgar y Francisca lanzaron á la vez una esclamacion de sorpresa y alegria: aquel cuadro maravilloso se les habia presentado de repente, al revolver de una colina: maquinalmente detuvieron sus caballerias para contemplarlo, y lo mismo hizo Diego de Baena, el ex-bandido de Torozos, mientras los demás continuaban la marcha, ó indiferentes, ó distraidos.

—Sabrás decirme, amigo Diego, qué castillo es ese, que estamos viendo? preguntó Pulgar al escudero.

Este dió un suspiro, y contestó moviendo la cabeza con triste ademan:

—Demasiado bien conozco esa fortaleza y todas sus cercanías. Eso es lo que D. Pedro Diaz de Sandoval llama su castillo de Baena: el pueblo que está á sus piés se llama Castrillo, y es una dependencia del estado de Castro, que venimos atravesando. Allí nací yo: Baena se ve desde aquellas alturas.

Pulgar no escuchó toda la relacion del escudero: al oir el

nombre del castillo y de su dueño, acudieron á su memoria y á su corazon recuerdos que deseaba olvidar, y apartó con dolor la vista de aquel delicioso panorama. Ya le parecia que iba á ver á doña Elvira de Sandoval, descender por la senda tortuosa del monte, ó surgir de entre las cristalinas aguas, montada en aquel fogoso caballo que, en otro tiempo, la llevaba á un precipicio. El virtuoso hidalgo tuvo miedo á los asaltos de su mal apagada pasion, sobre todo ahora, que un doble deber le mandaba olvidar. Doña Francisca reparó en la turbacion de su marido; pero segura de su lealtad, le dijo:

—No es ahí donde vive retirada mi amiga Elvira? Oh! Cuanto me alegraria de poderla dar un abrazo!

—Ojalá pudiese yo complacerte, amada mia, contestó Pulgar; pero bien sabes cuanto importa que caminemos con diligencia.

—Cómo ha de ser! repuso la jóven: pero mucho lo siento; pues aunque Elvira ha sido la causa de que hayas tardado tanto tiempo en comprender mi cariño, la quiero, como á una hermana, y la querré toda mi vida.

—Quien te ha dicho..... balbuceó Pulgar, sin atreverse á concluir la frase.

—Vah! Una mujer enamorada no necesita que le digan esas cosas. Pero, atiende, amigo mio, y vé si tengo firme confianza en tí: desde el dia en que Elvira determinó casarse, comprendí, no solo que la amabas, sino tambien que eras correspondido. Y sin embargo, nunca te lo he dicho, porque yo tambien te amaba; y ahora te lo digo, porque soy tu mujer, y tú eres Pulgar.

—Dejemos esto, y sigamos nuestro camino, sin pensar mas en cosas que pasaron, replicó nuestro jóven héroe con entereza. Hoy ya no tengo mas que un amor, ni tú tienes otra rival que la patria. Y es tirana, ¡pardiez! pues me arranca de tus brazos, cuando empiezo á conocer lo mucho que gano en poseerte, vida mia.

Doña Francisca se puso triste y quedó pensativa; pero agitando en seguida su graciosa cabeza, exclamó, esforzándose por parecer alegre.

—Cosa mas singular! Estaré destinada á querer bien á todas mis rivales? Las dos que hasta hoy conozco, me han hecho llorar muchas veces, y á pesar de esto las amo.

Acababa de pronunciar estas palabras la hermosa jóven, cuando alzándose Pulgar en los estribos, llamó su atencion hácia una gran polvareda que, enfrente de ellos y en el mismo camino por donde iban se levantaba, oscureciendo el esplendor del sol naciente, como si fuera una nube. Mirando con cuidado, se observaban de cuando en cuando reflejos de armas, y era fácil reconocer que venian á encontrarse con nuestros viageros.

—Alto! gritó Pulgar á su gente: y á esta voz acudió D. Luis Osorio, que como muy habituado á viajar á caballo, fué sorprendido en lo mejor de un apacible sueño.

—Qué hay? Qué hay? preguntó el buen capitan arcediano, (que esta doble dignidad obtenia).

—Señor, dijo Pulgar: ved allí aquella polvareda que hácia nosotros avanza: me ha parecido que brillan armas entre ella. No sea, con mil santos, alguna zalagarda de moros, y cogiéndonos desprevenidos, nos den un mal rato. Quereis que salga yo á reconocerlos?

—No; tú no! exclamó doña Francisca, acercando cuanto pudo su montura al caballo de Hernando.

—Lo que debemos hacer, dijo D. Luis, es ocultarnos en este soto que tenemos á mano derecha, y enviar un adalid que reconozca é esa gente; y si son enemigos, segun el número de ellos, así obraremos.

—No pueden ser enemigos, dijo Diego de Baena; porque seria demasiado atrevimiento meterse en estas tierras tan pobladas de castillos, donde velan constantemente los capitanes fronteros y adelantados, y donde residen las familias de Fernandez de Córdoba, Ribera y Sandoval.

—Sin embargo, no está lejos de aquí la vega de Lucena, repuso D. Luis; y contra todo el poder del conde de Cabra y del alcaide de los donceles, se mete por ella, cuando se le antoja, el viejo Ali-Atár, á quien por esto llaman los moros el jardinero

de Lucena. Lo mas prudente es emboscarnos, y pronto; pues aunque sean muchos, podremos derrotarlos, si los cogemos de sorpresa, y si los encontramos en este camino, estamos perdidos.

Pulgar miró con pena á doña Francisa, como si esta fuese un obstáculo á sus deseos. En seguida, encogiéndose de hombros, murmuró con disgusto:

—Hágase lo que mejor os parezca, señor; pero á ver quien sale á reconocer el campo.

—Yo iré, señor, contestó Diego de Baena. Conozco bien el pais, y no corro ningun peligro.

Toda la gente de armas, y los espingarderos y ballesteros, que llevaba Pulgar, se entraron en el bosque; y mientras se tomaban disposiciones oportunas para defender á la dama y atacar al enemigo en caso necesario, el escudero andaluz se metió por entre unos ribazos, que le ponian á cubierto, y avanzó con la confianza de un hombre esperto en el conocimiento del terreno.

A poco se oyó hácia el parage por donde aquel habia desaparecido una ruidosa carcajada, y el galope de un caballo. Pulgar se asomó al camino y vió á Diego de Baena, que volvia riendo.

—Salid, señor, salid, dijo: no es cosa de cuidado. Son unos pocos cristianos que vuelven seguramente de tierra de moros; y lo que tanto polvo levanta es un rebaño de carneros, que aquellos traen.

Pulgar descargó un terrible golpe con su manopla en la empuñadura de la espada, y prorumpió diciendo:

—Reid, reid de mi simplicidad! Juro á Dios y á esta cruz, que no he de volver á esconderme jamás, así vengan mil moros contra mí solo!

—Eso es jurar en vano, sobrino, le contestó D. Luis; porque es jurar sobre lo imposible. Si conociéseis bien el género de guerra que usan los moros granadinos, sabríais que, no siendo en combate singular de caballero á caballero, ó en batalla campal de poder á poder, hay que andar siempre con ellos en celadas y estratagemas, para poder triunfar de su táctica endia-

blada. El moro, por lo comun, ataca impetuosamente y huye, se revuelve contra su enemigo, ceja y le vuelve á embestir, hasta que lo rinde con sus rápidas evoluciones, sin haberse puesto una sola vez á tíro. Entonces aprovecha la ocasion, y desplega todas sus fuerzas, que suele tener emboscadas, y acaba de un golpe con su contrario. Es como el tábano, que fatiga al mas poderoso caballo, para luego descansadamente chuparle la sangre. Cuando encontreis una pequeña algarada en un camino, antes de acometerla, mirad á los costados y á la espalda; porqne allí, no al frente, suele estar el peligro; y es menester observar mucho y guardar continuamente el cuerpo, para no dejarse envolver.

Mientras el prudente arcediano daba esta leccion de táctica militar á su sobrino, que atentamente le escuchaba, llegaron á su encuentro los guerreros que habia anunciado Diego de Baena: eran efectivamente cristianos, y venian cargados de botin. Uno que, entre los demás, parecia gefe, á juzgar por la magnificencia de sus armas, pues traia echada la visera, corrió hácia Pulgar, tendida la lanza, pero en ademan de rendirla. Nuestro jóven, recelando algun engaño, ordenó su gente con prontitud, puso á doña Francisca en seguro, y saliendo, lanza en ristre, al medio del camino, gritó:

—No paseis adelante, caballero, quien quiera que seais, si no quereis descubriros el rostro, ó decir vuestro nombre.

—Pardiez! contestó riendo el encubierto: ¿de cuando acá los novicios hacen cara á los caballeros? Decidme, amigo Hernando, añadió, haciendo con la cabeza y la mano un movimiento significativo hácia la dama: ¿por fin os metísteis fraile?

—Ribera! exclamó Pulgar.

—El mismo soy, contestó el marido de doña Elvira, descubriéndose el rostro, y haciendo una galante cortesía á la dama.

Hernando se acercó á su afortunado rival, y sin apearse del caballo, le dió los brazos. Entonces reparó que aquel traia colgada del arzon una cabeza de moro principal, segun por las tocas del turbante se conocia.

—La fortuna me trae, sin duda, á vuestro encuentro, dijo D. Diego de Ribera, pues me ofrece ocasion de evitaros un peligro, y el placer de que descanseis en mi casa.

Ningun peligro puede hacer que me detenga, respondió Pulgar: de lo contrario, aceptaria con gusto vuestra generosa oferta.

—Es decir, que la rehusais? Pues yo no consiento que, estando vos á mis puertas, paseis de largo, sin tomar siquiera un almuerzo. Y luego, ¿á donde quereis ir? Sabed que el viejo Alí-Atar, un demonio de noventa años, con quien tarde ó temprano hareis conocimiento, anda por esa sierra. Le he jugado una mala pasada, y viene siguiéndome la pista: no podeis hoy proseguir adelante, sin tropezar con él.

—Dice bien el señor de Ribera, repuso don Luis: es conveniente que descansemos, para continuar la marcha á la noche. Y puesto que nos ofrece su casa, no debemos rehusarla.

—Como que me haríais una ofensa, replicó D. Diego.

Y mandando tocar trompetas, se oyó en seguida repetir la señal en el castillo, y de la márgen opuesta del rio se destacó una barca de poco calado, movida por cuerdas y garruchas, y bastante capaz para transportar cien caballos de una vez: mas que barca, era una especie de puente de madera, sobre el cual, sin necesidad de desmontarse, pasaron al otro lado los ginetes: doña Francisca fué colocada entre su marido y D. Diego para precaver cualquiera desgracia que la pudiese ocurrir. En otros dos viages quedaron trasladados los peones, acémilas y ganados, y estando ya todo en salvo, comenzaron los dos caballeros á hablar de sus aventuras, mientras subian la cuesta del castillo.

—Mucho tiempo hace que no nos hemos visto, amigo Hernando, dijo el jóven Ribera.

—Para cinco años va, segun mi cuenta, respondió Pulgar.

—Justo y cabal, repuso D. Diego, y la prueba es que nos separamos cuando yo iba á casarme, y mi Fernando ha cumplido ya cuatro años,

—Ah! Teneis un hijo?

—Tengo una alhaja, que se llama Fernando, en memoria del

rey. Por cierto, amigo Pulgar, que si no hubieseis estado ausente de nosotros todo este tiempo, y si yo no tuviera seguridad completa en la virtud de Elvira, podria estar celoso de vos.

—De mí? No sé por qué.

—Sí, porque mi chico es vuestro vivo retrato: la misma cara, y la misma condicion. Y yo estoy contento, pardiez! Cuantos padres desearian que sus hijos se os pareciesen, al menos en el carácter y el valor? Eso sí: mi Fernando, si Dios me lo conserva, será tremendo. Ved qué juguete le llevo.

Y señalaba á la cabeza del moro, que pendia del arzon, lívida y ensangrentada.

—Paréceme que ha de haber sido moro de cuenta ese cuya cabeza traeis, dijo D. Luis.

—Sí, lo era. No queria tanto á sus hijos Zair y Alí, el viejo Alí Atar como á este Ibrahim Zafarjal, el mejor de sus capitanes: y os confieso que yo le habria perdonado la vida; pero el perro,-¡Dios le perdone!-se obstinó en creer que yo era hermano del marqués de Cádiz; y aunque le desengañé, me replicó que mentia: estaba puesto en quitarme la vida, por vengar no sé qué agravio de D. Beltran Ponce, y tuve que tomar la suya.

Continuando así la conversacion, dieron vista al castillo nuestros caballeros, despues de haber trepado la montaña. Doña Francisca iba temblando de emocion, al recuerdo de su buena amiga, y con lo que habia oido de la estraña semejanza del niño Fernando con Pulgar.

—Un favor nos habeis de hacer, señor de Ribera, dijo; y es que nos dejeis aquí, hasta que hayais prevenido á Doña Elvira de nuestra llegada. Yo sé que se ha de alegrar mucho de verme, y no quisiera cogerla de sorpresa.

—Se hará como gusteis, contestó D. Diego.

Y picando al caballo, echó delante, seguido de sus ho
de armas, escuderos y soldados.

La gente del castillo estaba ya toda en movimiento
cibir á su señor. Doña Elvira salió hasta el rastrill
y con ella sus criados y dos niños: uno de cuat

racho y hermoso como un ángel y otro mayor. Eran estos su hijo Fernando y un sobrino, hijo de su hermano D. Pedro, primogénito de su casa.

Don Diego echó pié á tierra en cuanto vió á su esposa, y corrió á darle los brazos. La hermosa dama lloraba de alegría, y tocaba á su marido, como para cerciorarse, mejor que con los ojos, de que volvia sano y salvo de los peligros de la guerra. Su hijo por otro lado le abrazaba las piernas con infantil alborozo.

—Qué cansado vendrás, amado mio! decia doña Elvira.

Y entre tanto el niño Fernando le preguntaba:

—Me traes muchos moros?

—Sí, te traigo uno, que vale por veinte, le contestó su padre, dándole un beso en la fresca megilla. Pero vamos adentro. y me quitaré estos arreos.

—Sí, vamos, dijo doña Elvira, ciñendo con su brazo la cintura de su esposo, el cual apoyaba el suyo en los delicados hombros de ella.

De este modo pasaron á una estancia principal del castillo, á donde les siguió un page de armas, y poco despues Fernando con su primo, haciéndose llevar la cabeza del moro, que echaron á rodar sobre la alfombra con risa y algazara. El uno le tiraba de las barbas ó le alzaba los bigotes, descubriéndole los dientes; el otro remedaba el gesto fiero que, á pesar de la muerte, aun conservaba aquel rostro desfigurado; y mientras ambos se regocijaban en su bárbaro entretenimiento, D. Diego, á quien el page desarmaba, parecia gozar en aquel espectáculo, y mas aun en el blando apoyo de doña Elvira, que mirándole con apasionada dulzura, le dirigia las frases mas cariñosas. Estraño con-
raste de sentimientos, muy comun en aquella época, y que ape-
ncibe hoy la imaginacion como pudieran hermanarse!
es que tampoco nos es dado comprender todo el vigor
aquellos corazones, lo mismo para la ternura que para

aguardó á que su jóven esposa hubiese desaho-
s afectos hácia él, para decirla:



Estraño contraste de sentimientos, muy comun en aquella época.

—Todos mis afanes los doy por bien empleados, amiga mia, por merecer tus tiernos halagos. Y esta vez me parece que estarás contenta de mí: te traigo magníficas joyas y preseas de gran valor, que Ibrahim Zafarjal habia cogido en los pueblos del conde de Cabra: no te traigo cautivos, porque eran cristianos los que apresé al moro, y les dí libertad; pero voy á presentarte, si me das licencia, otros huéspedes, que sin duda no esperas, ni adivinarás quienes son.

Diciendo esto, se volvió al page, que acababa de servirle ropas limpias, y le habló pocas palabras en voz baja: el page hizo una señal de inteligencia, y salió. Don Diego se sentó y doña Elvira á su lado, cruzando ambas manos sobre su hombro.

—Unos huéspedes? le preguntó. Con efecto, no adivino quienes pueden ser. ¿Acaso tus hermanos? Mi padre?...

—No.

—Ea, pues! Dímelo, y no me impacientes.

—Fernando, hijo mio, dijo D. Diego: ven acá.

El niño se acercó, vivo como una centella, y montó á caballo en el muslo de su padre.

—Mira bien á este calaverilla, continuó D. Diego. Lo ves bien? Pues uno de los que vienen es el original de este retrato. ¿A ver si te acuerdas?

Doña Elvira habia notado, mas quizá que su esposo, la semejanza de su hijo con Pulgar, semejanza que era uno de esos estraordinarios efectos de la sensibilidad y de la imaginacion, que no esplicarán satisfactoriamente los fisiólogos; pero de los cuales se han presentado numerosos ejemplares: sin embargo, bajó los ojos y repuso:

—Don Diego, si vuestro hijo se aparece á alguien, que no seais vos, bien sabe Dios que me pesa.

—Tontuela! esclamó el ingénuo caballero, abrazándola. Pues no sé yo, que esa semejanza es un estraño capricho de la casualidad? Pero, en fin, ¿no adivinas?

—No.

—Es nuestro leal amigo Pulgar, y le acompaña su esposa...

—Mi amiga Francisca! No es verdad:

—Has acertado: una escelente pareja.

—Y dónde está?... dónde está Francisca?

—Vas á verla.

En este momento abrió el page la puerta de la estancia, y apartándose á un lado, dejó pasar á los recien desposados, y al grave arcediano de Astorga. Doña Elvira dió un grito, que en otra situacion habria despertado celos crueles en el corazon de D. Diego, y corrió á echarse en los brazos de su amiga. Pero no se atrevió á mirar á Pulgar: tampoco este tuvo bastante serenidad para contemplarla sin conmoverse.

—Oh! exclamó por último doña Elvira, con severa tranquilidad; cuántas veces he pensado en vos, Pulgar, al acordarme de la que hoy es vuestra esposa; y cuántas he predicho que llegaríais á enlazaros con ella!

—Admiro vuestra prevision, señora, contestó Pulgar con voz algo trémula. Mas ¿cómo habeis podido adivinar que llegaria este caso?

—Si supieseis, como yo, cuanto os ama Francisca, no me hariais esa pregunta. Era imposible que no triunfase de vuestra indiferencia, una dama que, poseyendo vuestra amistad, como ella, poseyese tambien su corazon y sus bellos sentimientos.

Estas palabras, hijas de la mas noble generosidad, no dejaron de penetrar el alma de Hernan Perez, pues parecia que encerraban un doble sentido, una reconvencion á su conducta pasada: sin embargo, el jóven rechazó esta idea, porque habria sido ofensiva á la honestidad de doña Elvira. Su amiga, que, movida de una curiosidad muy natural, se entretenia en acariciar al niño Fernando, para observar atentamente su semejanza con Pulgar, se volvió, diciendo:

—Muy bien, señora, muy bien: os divertís á mi costa.

—Digo la verdad, Francisca, y no lo ignorais, contestó doña Elvira.

—Ea, señores! dijo la recien desposada: aunque yo aquí no mando, me tomó la libertad de suplicaros que despejeis el cam-

po: necesitamos decirnos muchas cosas mi amiga y yo, y tenemos poco tiempo de que disponer.

Don Diego condujo á Pulgar y á D. Luis á otro aposento, dejando solas con los niños á las dos damas. La conversacion de estas fué al principio un desahogo de afectuosos recuerdos, hasta que doña Francisca preguntó:

—Dime, Elvira, ¿eres muy feliz con tu marido? Es decir, ¿le amas mucho?

—No he de amarle, si es un ángel? contestó Elvira.

—Y Pulgar ¿qué será?

—No lo sé, amiga mia: la esperiencia te lo dará á conocer.

—No hablabas así de él en otro tiempo: ¿habrás mudado de opinion respecto á su mérito?

—Francisca, todos los tiempos no son unos. Cuando éramos libres, podíamos hablar con íntima franqueza de ciertas cosas, que hoy sentarian mal en nuestros labios. Ya no debemos abrir la boca, mas que para honrar y bendecir, tú á tu marido, y yo al mio. Roconozco las virtudes de Pulgar, y no tengo motivos para creer que haya cambiado de carácter; pero no está bien que yo le elogie, sobre todo en presencia de su mujer.

—Oh! Siempre buena y generosa conmigo! exclamó Francisca, estrechando las manos de su amiga.

—Generosa! Por qué, ó cuándo? preguntó Elvira con inquietud.

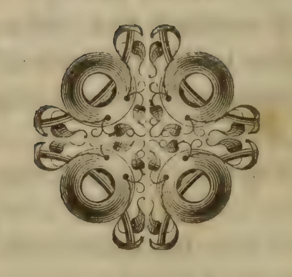
—No hablemos de esto; no hablemos de esto! dijo por último Francisca, abrazando á Elvira.

Largo rato permanecieron de este modo, y lágrimas tranquilas se deslizaban por las megillas de entrambas. Una y otra eran dichosas en sus respectivas situaciones, pues eran amadas.

Aquel dia los castellanos procuraron obsequiar á sus huéspedes con agasajos dignos de un dia de bodas, pasándolo alegremente y sin una sombra de disgusto; y aunque allí habia elementos para producir una combustion violenta, llegó la hora de la despedida y á todos causó sentimiento. Pero allí habia tam-

bien virtudes, y la prudencia, que es su capitaña, las tenia en concertado y contínuo ejercicio.

En el momento de hundirse el sol en el Occidente, Pulgar y su esposa, con las demás personas que les acompañaban, ponian el pié en tierra en la márgen izquierda del rio. Sus amigos les saludaban desde una alta torre del castillo, despues de haberles dado adalides, para que les guiasen fuera de peligro hasta la villa de Alcalá la Real.





CAPÍTULO VII.

Prosigue la historia de Pulgar el de las hazañas; y se refiere cómo este hidalgo no tenia agua para beber, pero sí para regalar.

AQUELLA misma noche tuvo Montesino de la Isla el doble placer de abrazar á su hija y de ser sorprendido alegremente, viéndola casada con el hombre mas digno de su estimacion y cariño.

Poco nos detendremos en casa del honrado viudo, pudiendo presumir el lector lo que allí pasaria entre un padre amante y sus hijos, que despues de algun tiempo se veian en tan solemne y venturosa ocasion, y entre dos jóvenes desposados, que por primera vez se entregaban á las delicias del amor conyugal.

Pero, ¡cuán corta fué esta felicidad! Todo lo mas que Pulgar consintió en permanecer al lado de su tierna esposa, fue hasta la tarde del dia siguiente. Doña Francisca pasó de repente desde la cumbre de la dicha al abismo del dolor: muchas veces se habia separado de Hernando; muchas veces habia sentido el

horrible vacío de la ausencia; pero nunca le pareció tan cruelmente amarga la separacion como en estos momentos. Ella, tan tímida y delicada, no obstante que iba á quedar bajo el amparo de su padre, sentia flaquear su valor, al pensar que pronto le faltaria el amado de su corazon; y sin embargo, no la arredraban los peligros de la guerra, siempre que hubiese de compartirlos con él.

—No! exclamó en el esceso de su afliccion. Yo no te dejaré ir, sino en mi compañía. Soy bastante fuerte para soportar las fatigas: cubriré la debilidad de mi sexo con el arnés de los caballeros, y te seguiré á todas partes.

—Eso es imposible, amada mia, le contestó Pulgar. El cuidado de velar por tu preciosa existencia, me robaria la atencion necesaria para conjurar los peligros: por el contrario, estando tú segura y pensando yo en tí, seré invencible.

—Bárbaro destino! repuso la jóven con desaliento. Al menos prométeme llevarme á tu lado, tan pronto como afirmes la planta en el pais conquistado. Aunque haya riesgos allí, no me importará nada, con tal que yo te vea á cada momento.

—Eso sí, te lo prometo: nos avecindarems en Alhama.

Ya D. Luis Osorio estaba impaciente, y vino á poner término á esta escena. Pulgar abrazó á su esposa y á Montesino, y se apartó de ellos bruscamente. Tristan le tenia el caballo de las bridas: de un salto montó en él nuestro gallardo campeon, y sin detenerse mas tiempo que el necesario para volverse y hacer un afectuoso saludo, partió á escape, con el ansia de recobrar el tiempo perdido.

En aquella tarde y la noche siguiente la marcha de nuestros aventureros fué tan rápida, que á pesar de haber necesitado dar un largo rodeo para no meterse en tierra de moros, entraron al amanecer en Archidona. En este pueblo se quedó el arcediano para acopiar víveres, segun las órdenes que llevaba, y fiado en el valor intrépido de su sobrino, y en la prudencia y pericia de algunos de los guerreros que le acompañaban, le dejó partir con setenta hombres denodados.

Los primeros albores de la mañana todavia no alumbraban, cuando Pulgar llegó á la vista de Alhama, y dejando el grueso de su gente resguardado en la honda cuenca de un barranco, avanzó, con solos sus escuderos Tristan y Diego de Baena, hasta una cumbre, distante de los muros de la villa un tiro de flecha escaso: iban estos tres valientes á pié, para no hacer ruido, y llevaban además de sus armas habituales, una ballesta de mucho alcance y saetas largas y delgadas.

Pulgar distinguió en la oscuridad los fuegos del campo moro, que ocupaba una gran estension de terreno á su mano derecha, y oyó las voces de alerta, en lengua arábiga, que sonaban de trecho en trecho por casi todo el circuito de la plaza, siendo contestadas desde las murallas con gritos de *vela! vela!!* y algunos tiros de espingarda.

—La distancia es corta, dijo Pulgar á sus compañeros en voz muy baja; y si conseguimos ponernos de acuerdo con los sitiados, podremos entrar en Alhama al rayar la aurora. Dadme acá una saeta, y probemos.

Tristan le presentó la flecha, y sacando Pulgar de entre la cota y el coselete un pliego, que contenia órdenes de la reina, y una pequeña imágen de la Vírgen, los ató á la estremidad posterior de aquella. En seguida se la entregó á Baena, que tenia en sus manos la ballesta y era buen tirador, y aguardando el momento en que se repetian las voces de alerta, dijo:

—En el nombre de Dios! Tira, Diego!

La saeta partió rasgando el aire, y sin duda fué á caer dentro de la villa; pues se oyó gritar á los de adentro, haciendo fisga y burla á los moros; indicio de que no habia herido á nadie.

Pasóse un cuarto de hora, durante el cual nuestro jóven héroe temblaba de impaciencia, porque no veia ninguna señal de inteligencia en la plaza, y recelaba que la órden de la reina y la imágen hubiesen caido en manos de los moros. Pero no tardó en aparecer en un ángulo de la muralla una luz, que Pulgar tomó al momento por contestacion á su aviso: apenas tuvo tiempo, sin embargo, para calcular bien el parage donde aquella qnedó co-

locada; pues casi en el acto se oyó una fuerte detonacion, y la luz desapareció arrebatada por una bala de mosquete.

—Parece que estos perros no se duermen, dijo Pulgar; pero no importa. Me basta que nuestros compañeros nos hayan entendido.

En seguida bajó de aquella altura con los dos escuderos, encaminándose al sitio donde aguardaba la demás gente, y les dijo:

—Camaradas, pronto á caballo: embozaos en los capellares, que vamos á relevar las guardias de los moros.

Los hombres de armas que oian este breve discurso, se miraban unos á otros asombrados de la temeridad que se les proponia.

—Qué, teneis miedo? repuso Pulgar. Pues bien, volveos, los que no esteis dispuestos á seguirme, que pocos me bastan para llevar adelante mi empresa.

Todos callaron: Pulgar continuó:

—Bien sabeis á lo que hemos venido: nuestros compañeros de Alhama tienen ya noticia de nuestra llegada, y nos esperan. ¿Qué puede detenernos? Antes que la luz del dia permita que nos reconozcan los enemigos, atravesemos con serenidad el campo, como si fuésemos una de las muchas partidas de relevo, que pronto andarán al rededor de la plaza, y así burlaremos su vigilancia.

Pareció bien á todos el plan, á pesar del inmenso riesgo que habia en su ejecucion, pues el menor accidente podia desbaratarlo; y emprendiendo la marcha con precaucion, se adelantó Pulgar á los demás, á fin de espiar el momento propicio para llevar á cabo su intento. Desde la misma altura donde poco antes habia estado, percibió el movimiento de algunos piquetes, que iban á paso precipitado relevando los puestos.

—Ahora es la mia! exclamó interiormente.

Y volviendo á colocarse á la cabeza de sus compañeros, se santiguó devotamente, y les dijo:

—Poned los corazones en Dios, seguidme sin hablar, y haced lo que me veais hacer.

Invencion fabulosa pareceria esta hazaña temeraria, si no la viésemos certificada en la historia con testimonios y documentos irrecusables. Aquellos setenta hombres, guiados por Pulgar, que él mismo desconocia el terreno que pisaba, desfilaron tranquilamente por el flanco del campamento moro, cruzaron puestos de observacion y vigilancia; y sin que nadie pensase en detenerlos, -¡tan increible y estraordinaria era su decision!-llegaron al pié de los muros de la villa, cuando apenas rayaba el dia. El jóven se quitó de pronto el capellar que cubria sus armas, para darse á conocer á sus amigos de dentro, que ya empezaban á recelar de alguna sorpresa, y lo mismo hicieron los que le seguian. Algunos moros de los mas cercanos observaron este movimiento de los valientes aventureros, y dieron la voz de alarma.

—Castilla! Santiago y la Vírgen! gritó Pulgar con toda la fuerza de sus pulmones.

Y oyendo que contestaban á este grito los cercados, mandó á Diego de Baena que adelantase con la mitad de la fuerza y se hiciese abrir un postigo, y él con la otra mitad volvió grupas, á fin de rechazar á los enemigos y defender la entrada.

En breves momentos cundió la alarma á todo el campamento moro, y los soldados muslimes corrian á centenares á colocarse en torno de sus respectivas banderas, que creian amenazadas. No podian figurarse siquiera lo que estaba pasando, sino pensaban que los sitiados querian hacer alguna salida, y se aprestaban á rechazarlos.

Esta feliz equivocacion, efecto natural de la inverosimilitud de la empresa que acababa de acometerse, dió tiempo sobrado para consumarla sin el menor obstáculo, y cuando los moros comprendieron su torpeza, estaba ya Pulgar en los brazos de D. Luis Portocarrero, que le recibió como á su libertador.

Y, con efecto, bien merecia este nombre nuestro jóven guerrero; pues su llegada reanimó desde luego el espíritu abatido de la guarnicion: su presencia sola, sabiéndose que venia enviado por la reina, bastó para infundir esperanzas de socorro, y el valor estraordinario desplegado por un puñado de aventureros, pro-

dujo una emulacion saludable y un vivo deseo de distinguirse.

Pulgar aprovechó esta favorable disposicion de los ánimos para fortalecer su crédito y corresponder á la confianza que en él habia depositado el rey. Pasaba mucha parte del tiempo en observacion, estudiando desde la fortaleza las posiciones del enemigo, á fin de reconocer los puntos por donde podria combatírsele con ventaja, y aquellos que ofrecian medios de burlar su vigilancia; y luego que se consideró bastante instruido, aguardó que se le presentase ocasion de acometer señaladas hazañas.

Ninguna era mas esencial que la de introducir en la plaza los bastimentos que estaba reuniendo el arcediano de Astorga. Los sitiados habian habilitado una antigua mina, que encontraron en parte destruida y soterrada, con el fin de meter de noche algunos víveres; pero los moros, conocedores del pais, como que tanto tiempo habian dominado en él, descubrieron aquella entrada, y la combatian constantemente. Pulgar concibió la idea de chasquear al enemigo, fingiendo una absoluta necesidad de pasar por aquel punto, y distrayendo hácia él su atencion, mientras se verificase la introduccion deseada por una de las puertas mas inmediatas al castillo.

Comunicó su plan á D. Luis Portocarrero, y una vez adoptado, despachó á Gerónimo de Aguilera, uno de sus escuderos, con cartas para el arcediano, á quien recomendaba que de allí á tres noches procurase estar á la vista de Alhama, y pronto á entrar en ella por donde le guiase el mensagero, cuidando de avisarle de su venida por medio de una ahumada, puesta en cualquiera de los montes circunvecinos.

Tres dias despues, luego que las sombras envolvieron la tierra, Pulgar se puso en atalaya en la torre mas alta del castillo. Seria la media noche, cuando divisó en el horizonte una lucecita; que á poco tomó cuerpo, hasta convertirse en llama clara. Inmediatamente bajó de la torre, y llamando á doscientos hombres que tenia escogidos, se dirigió con ellos á la mina, llevando los caballos de las riendas.

—Compañeros, les dijo: tengo esperimentado que la auda-

cia acrecienta las fuerzas y el miedo los peligros. Metamos mucho ruido y llevemos la alarma, si es posible, hasta la tienda del rey moro. Animo, pues, y á ellos! Nada temais, pues nos guardan las espaldas.

Y acabando de hablar, el temerario jóven dió una carrera, y salió con ímpetu violento al campo, donde multitud de moros acechaban, y le saludaron con una espesa lluvia de flechas y espantosa griteria. Rápido como el pensamiento montó á caballo: diez ó doce de sus compañeros estaban ya á su lado, y sin aguardar que los demás se le juntasen, cargó intrépido á los enemigos, atropellándolos con su arrojo.

—Sús, mis capitanes! gritaba: moved esos escuadrones, que esta noche hemos de prender al rey Baudilá (*).

Los moros mas cercanos que tal oyeron, y que no dejaban de entender la lengua castellana, llegaron á persuadirse que algun ejército se habia introducido en el campo, y corrieron desbandados, llevando la alarma por todas partes. En pocos momentos retemblaban los montes con el estruendo de los tambores y trompetas, de tal modo que parecia hundirse el mundo.

—Bien, compañeros! decia Pulgar: esto va mejor de lo que yo esperaba.

Y distribuyendo su gente en grupos de quince ó veinte hombres, para ocupar mucho espacio en un radio convenido, les mandó atacar siempre retrocediendo, y girando en todas direcciones, pero sin perder el punto de apoyo del escuadron que él mandaba.

No tardaron en acudir enormes masas de enemigos, los que al oir las diversas voces de mando, que osadamente daban sus contrarios, no pudiendo reconocer su número á causa de las tinieblas, avanzaban con precaucion. Esto contrariaba los designios del jóven Pulgar, que hubiera querido atraer sobre sí á

(*) Los cristianos, en su algarabia, nunca pronunciaban bien los nombres árabes. Así vemos que los autores contemporáneos designan al último rey de Granada con varios nombres, llamándole, unos Boabdalá, otros Baudili, ó Baudeli, ó Baudilin; otros Abohardil, y por último Boabdil. Su verdadero nombre parece que era Muley Abu-abd-Alah, por apodo el Zogoibi.

toda la morisma, y que aguijoneado por la impaciencia, se arrojó á provocar el ataque, dando furiosos gritos y lanzadas descomunales. Su impetuoso ardor le llevó mas léjos de lo que él mismo pudiera pensar; pues engolfado en la sangrienta refriega, llegó á meterse en el campamento, dejando atrás las primeras falanges musulmanas.

—Seguidme! Seguidme á la tienda del rey moro! gritó entonces á los que le acompañaban.

Y tocando una corneta, que llevaba, dió la señal á las partidas dispersas para que se le juntasen, esquivando las fuerzas del enemigo. Ejecutada esta evolucion, volvió á tocar, y al momento coronó las murallas de la plaza una diadema de fuego, y se oyó el estruendo de la arcabucería. Don Luis Portocarrero era quien de este modo aterraba á los moros, puestos al alcance de sus tiros por la intrepidez de Pulgar.

Este corria entre tanto el campo, sin hallar enemigos que combatir; pero seguro de encontrarlos, pues la alarma no cesaba, llegó hasta las tiendas y derribó algunas de ellas. De pronto se vió atacado por fuerzas numerosas, á tiempo que hácia el lado por donde entraba el convoy se oyó estruendo de armas y gritería. Los moros se encontraron perplejos, sin saber á donde acudir, y aprovechando Pulgar estos instantes de indecision, cargó sobre ellos introduciendo en sus filas tal desórden, que unos á otros se mataban con sus propias armas.

Dos horas duraba ya esta lucha, en que la audacia y el ardid casi triunfaban de la superioridad numérica, cuando retumbó la fuerte detonacion de una lombarda, disparada en el castillo de Alhama. Era la señal convenida para anunciar á Hernando que ya podia retirarse. Hízolo este sosteniendo con brios los ataques de que era blanco y tendiendo un hombre de cada cuchillada, hasta que logró poner en salvo su gente al abrigo de las murallas: alli encontró á un soldado muslime, disperso de sus banderas, el cual se le arrodilló pidiéndole la vida. Miróle el jóven riéndose de su terror, y mostrándole una copa de plata que en la mano traia, le dijo:

—Vuélvete á los tuyos, miserable, y diles que Pulgar es quien ha estado á visitarlos esta noche: que no hallando en sus tiendas buena acogida, he tomado este vaso de una de ellas para recuerdo; y que los aguardo aquí, cuando quieran devolverme la cortesía.

La pequeña hueste dirigió su marcha triunfal hácia el castillo. El alcaide y D. Luis Osorio aguardaban al jóven campeon, y apenas le vieron llegar, le abrazaron con muestras de regocijo. Gracias á su osada estratagema, la guarnicion estaba provista de víveres para un mes.

Traia Pulgar el rostro arañado con hierros de picas, la cota ó sobrevesta hecha girones y manchada de sangre, que manaba en abundancia de su cuerpo. Luego que fué desarmado, se vió que las heridas y contusiones eran numerosas, pero ninguna de gravedad.

En el trascurso de muchos dias no aconteció hecho alguno digno de particular mencion. Los moros aguardaban vencer á fuerza de tiempo; los cristianos tenian puesta su confianza en los auxilios de sus compatriotas.

Una tarde, á principios de julio, se observó gran ruido y algazara en el campamento de los sitiadores, y á poco se vió llegar hácia la plaza un caballero cristiano desarmado y conducido por una escolta de moros principales: uno de estos desplegó una bandera de parlamento; visto lo cual, se le franqueó la entrada en el castillo, juntamente con el prisionero que traia.

Este fué desde luego reconocido por D. Luis Portocarrero, que le dijo:

—De donde venís así, Juan Diaz? Y vuestro señor el noble marqués de Cádiz?

—No todo ha de ser prosperidades, señor D. Luis, contestó el prisionero: las armas cristianas acaban de sufrir una derrota junto á la Loja; y este moro, que me ha cautivado, me trae, para que sea yo mismo quien os certifique de nuestra desgracia. Pluguiera á Dios, que antes se me hubiese caido la lengua!

—Contadnos como ha sucedido eso, dijo el arcediano.

—Señor, continuó Juan Diaz: el rey D. Fernando dispuso entrar por tierra de moros, con ánimo de tomar alguna plaza que sirviese de apoyo á esta en que nos hallamos; y con mas ardimiento que prudencia, puso sus reales sobre Loja. ¡Nunca lo hubiera intentado! Llevaba solo veinte mil hombres, fuerza escasa para tamaña empresa, y eligió puestos, que aunque buenos para el ataque, no lo eran para la defensa. Mi ilustre señor, juntamente con el marqués de Villena, y el gran maestre de Calatrava fortificaron la altura de Albohacen, que domina la ciudad: tres dias estuvimos allí. El veterano Alí-Atar intentó una salida: volamos á su encuentro, y él, sin aguardarnos, volvió grupas precipitadamente. Le seguimos, y esto fué nuestra perdicion.

—Habia emboscada! esclamó D. Luis Osorio.

—Y terrible: multitud de caballeros moros se apoderaron de nuestro campo, tomando hasta las gruesas lombardas, que habíamos puesto en bateria. Volvimos entonces á recobrar nuestras posiciones: la lucha fué tremenda, y duró mas de una hora: muchos de nuestros hermanos cayeron muertos peleando, y entre ellos el valiente maestre de Calatrava, que fué atravesado por dos saetas. Dios le tendrá en su gloria!

—Lástima de caballero! esclamó el alcaide de Alhama. Pero en fin....

—Al cabo fueron desalojados los moros; pero al dia siguiente recibimos órden de levantar el campo. Ali-Atar observó este movimiento, y antes que pudiésemos apercibirnos, ocupaba con su gente la altura de Albohacen. Las tropas del real que vieron á los infieles en la cumbre, y á nosotros que bajábamos de ella, creyeron que íbamos derrotados, y en vez de auxiliarnos, se llenaron de sobresalto y comenzaron á huir.

—Ah! Cobardes! gritó Pulgar apretando los puños.

—Aconteció entonces lo que era natural, prosiguió el prisionero. El general moro cayó sobre nosotros con todas sus fuerzas, y gracias al valor intrépido del rey, de mi señor el marqués de Cádiz, que salvó dos veces la vida de S. A. y á otros

muchos esforzados caballeros, no fué completa la catástrofe. Los infieles perdieron al cabo la esperanza de romper aquel muro de corazones leales y retrocedieron en buen órden hácia su ciudad. Pero el condestable Haro recibió tres heridas en la frente, el duque de Medinaceli quedó debajo de su caballo, de donde casi exánime le sacaron sus gentes; al rey le mataron el suyo, al atravesar con la lanza el cuerpo de un moro; el conde de Tendille fué muy mal herido, y yo, con otros, he tenido la mayor desgracia de caer prisionero, para contaros este desastre.

Acabó de hablar el caballero cautivo, y el moro que le acompañaba, conociendo por la tristeza de los semblantes el pesar que á todos agoviaba, se adelantó y dijo:

—Cristianos: duéleme de vuestro quebranto, y os lo juro por la fé de Mahoma; que aunque enemigo vuestro, yo soy Mohamad Meguet el malagueño, y me precio de cortés y misericordioso con los afligidos. No quiero vuestro daño, y por lo mismo vengo á proponeros lo que mas os conviene. Los que os dicen que los creyentes del Profeta estamos divididos, no os declararán la verdad entera; pues nuestras discordias se olvidan, cuando se trata de combatiros: en prueba de lo cual, sabed que mi señor el rey Abul Hacem va en seguimiento del vuestro, derrotado por Alí Atar. Inútil es que prosigais aquí, haciendo una resistencia temeraria: daos á partido y evitareis la muerte.

—Moro, contestó D. Luis Portocarrero: agradecemos tu buena intencion; pero has de saber que nosotros, los que aquí estamos, hemos recibido encargo de guardar esta plaza, y la guardaremos, contra todo el poder de los reyes de Granada. Si nuestro rey ha sido vencido, esa es una razon para que no le abandonemos.

Quiso insistir el moro; pero el alcaide le cortó la palabra, convidándole á cenar en su compañia. Mohamad aceptó la invitacion, y no habló mas del asunto. Dióse le un espléndido banquete, para demostrarle que habia en Alhama abundancia de provisiones, y se le despidió luego, haciéndole magníficos rega-

los. Juan Diaz le siguió como su cautivo, fiel á la palabra de caballero.

La resolucion de los cercados y la provision de víveres de que dió testimonio Mohamad, decidieron á los gefes del campo á darles treguas, esperando que la necesidad les apurase. Pasó así un mes, durante el cual solo cuidaron los sitiadores de cortar el agua del rio. El desaliento y la desesperacion volvieron á apoderarse de los cristianos: tenian el enemigo á la vista, y tan bien pertrechado y fortalecido, que no era posible combatirle en sus posiciones. Pulgar y otros valientes hacian algunas salidas, y arrebataban á veces el alimento á los mismos musulmanes; pero el agua era tan escasa y mala, que diariamente habia que arrojar por las murallas los caballos muertos de sed.

En tan deplorable situacion se acercó á la villa el alférez del pendon real de Granada Muley el Bexir, intimando la rendicion á los cristianos; á cuyo fin les ponderó la clemencia de su rey, la imposibilidad en que estaban de ser socorridos, y la muerte inevitable que les aguardaba, si persistian en sostenerse, sin agua que beber en lo mas recio de los calores de agosto.

Jnntáronse los capitanes para deliberar, y casi estaban inclinados á ceder, conociendo cuan cierto era todo lo que habia dicho el moro. Pulgar, aunque fué llamado á este consejo, permanecia en pié junto á una ventana, sin tomar en él aparentemente parte alguna, y entreteniéndose en hacer rayas con la punta de su daga en una copa de plata que tenia en la mano. De pronto, y notando la tendencia de los otros caudillos, envainó la daga, y dijo:

—Señores: ¿quereis autorizarme á mí solo para contestar al Bexir? Yo os prometo que lo haré dignamente, y mal cumple á caballeros de vuestra fama.

—No es ocasion esta de valentías, sobrino, le respondió don Luis Osorio. Tenedlo en cuenta, porque realmente, si de aquí á tres dias no somos socorridos, moriremos de sed.

—Con el respeto debido á vuestra dignidad y esperiencia, señor tio, repuso Pulgar, os contestaré que no soy del mismo pa-

recer: si el enemigo tiene tanta seguridad de rendirnos, como presume, ¿qué hace que no nos ataca? Dejadme obrar, os lo ruego, que si agua necesitamos, yo iré por ella.

—Decidnos, al menos, vuestro plan.

—No digo nada. ¿Teneis en mí confianza? Sí, ó nó.

—Sí, sí, haced lo que gusteis, contestaron varios caudillos.

—Qué agua nos queda? preguntó Pulgar.

—Tan poca, repuso el alcaide Portocarrero, como que hoy se ha repartido á cuartillo por cada seis soldados, y para el pueblo no ha quedado nada. Para nosotros hay un cántaro.

—Ya sobra, replicó el jóven. Dadme ese cántaro de agua.

—Qué pensais hacer con ella? preguntó el arcediano.

—Pardiez! prorumpió Pulgar con impaciencia. Qué he de hacer? Regalarla á los moros!

Esta original ocurrencia produjo un movimiento de admiracion. Todos los capitanes dieron á nuestro campeon amplias facultades para arreglar aquel asunto como mejor le pareciese.

Pulgar llamó á su escudero Tristan de Montemayor, y le mandó cargar con el cántaro de agua, llevando además unas cuerdas para atarlo. Apenas salió á la muralla, multitud de gente se agolpó detrás de él, pidiéndole por Dios y con gemidos y clamores una gota de aquel agua. Nunca se vió el intrépido mozo en mayor apuro: partíasele el corazon al oir los lamentos de los ancianos, mujeres y niños, que traspasados de sed, abiertas las secas fáuces y con los ojos enrojecidos por la fiebre, le seguian implorando su caridad.

—Apartaos! Apartaos, les gritaba con voz trémula de emocion y afectando una dureza muy agena de su carácter.-Esto no es para vosotros. Retiraos pronto, y no me impacienteis, porque mataré á alguno.

Y al proferir estas palabras, volvia el rostro á otro lado, para ocultar sus ojos enternecidos.

La muchedumbre de sedientos se cansó de suplicar, y dejó ir á nuestro jóven, profiriendo contra él, aunque en voz baja, denuestos y maldiciones. Solamente le siguió hasta el adarve

una pobre mujer con un niño en los brazos y una taza de barro en la mano: tenia los ojos desencajados, los labios blancos y escamosos, y la criatura que llevaba no queria tomar sus pechos exhaustos y lácios.

—Noble señor, decia la infeliz con voz desfallecida: una gota..... una no mas; que se muere mi hijo!

Pulgar y el escudero seguian su camino aparentando no escucharla, y sin atreverse á repeler aquel angustioso lamento de una madre. El primero volvió la cabeza, y viendo que los demás sedientos estaban léjos, dijo á Tristan:

—Llénale la taza, y despacha pronto.

El escudero no se hizo repetir esta órden, y dió agua á la mujer, que sentándose en el suelo, vuelta de espaldas contra el adarve, se puso á beber con ansia: su hijo queria quitarle la taza de la boca; pero ella no pensaba ya mas que en sí.

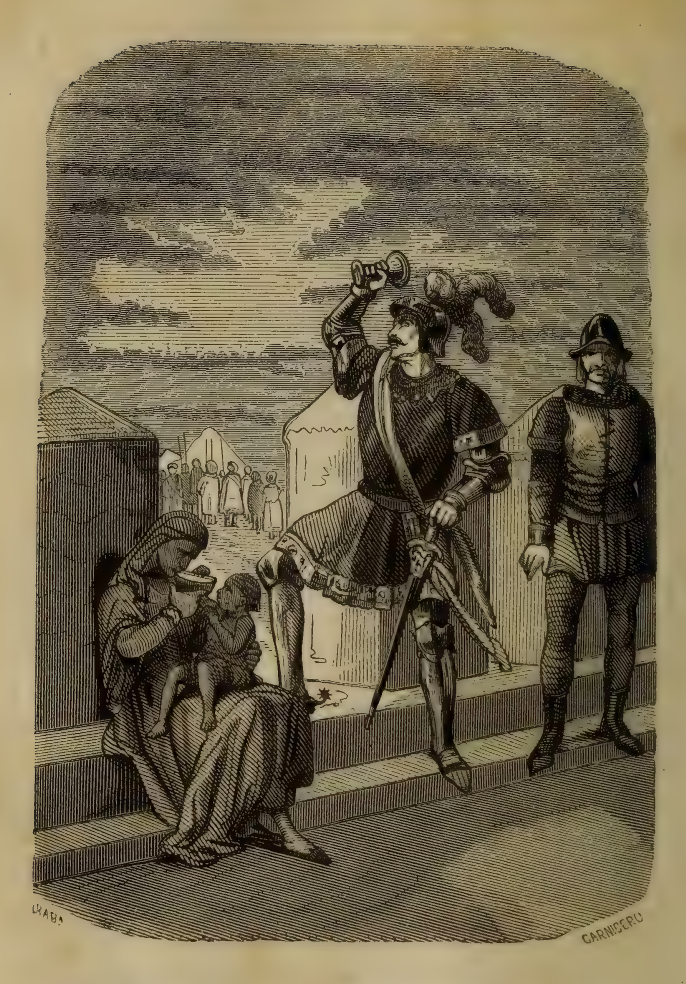
Muley el Bexir estaba al pié de la muralla, rodeado de una fuerte escolta de caballeros, aguardando la contestacion á su mensage. Pulgar le hizo seña para que se acercase, y luego le dijo:

—Las amenazas con que amedrentarnos quereis, señor alferez, no hacen mella en nuestros corazones; solo nos acrecientan la codicia que de ser combatidos tenemos. Así podeis certificar á su alteza, de cuya parte venís, que á defendernos estamos apercibidos, si es que se decide á usar de la fuerza y dejar el ruido y las palabras. Y porque veais que os engañaron los que os dijeron que la sed nos rinde, aquí os traigo agua fresca y limpia, cogida esta mañana de la fuente, que os sabrá bien, pues el calor arrecia.

Diciendo esto, mandó á Tristan descolgar el cántaro por el adarve, mientras el moro respondia:

—Os agradecemos el obsequio del agua que nos dais, aunque falta no nos hace; y os repetimos que mireis bien lo que os conviene, pues el combate no se hará esperar, y no alcanzareis misericordia.

Hernando sacó entonces la copa de plata que traia consigo,



Ya os he dado agua, moros: ahora os regalo esta copa porque me deis combate.

y en la cual habia grabado su nombre con la daga, y mostrándola á los moros, les dijo:

—Albricias merece ciertamente lo que me decís. Ya os he dado agua, moros: tomad ahora esta copa por la promesa del combate; y guardadla bien, que de vuestros reales la saqué.

Y la arrojó al campo, con gran satisfaccion de Tristan, que por esta vez, al menos, no le pesó de la generosidad de su amo.

De allí á dos dias todos los moradores de Alhama, llamada *la Seca* desde entonces, así la gente ordinaria, como los guerreros, padecian una sed rabiosa, que les ponia en el estremo de acometer las mas desesperadas acciones. Pulgar sufria como los demás; pero disimulaba, y juntando á sus compañeros de privaciones, les arengó, mostrándoles cuanto importaba á su honra y á la salvacion de sus vidas no aflojar en el apuro grande en que se hallaban, sino romper con los enemigos, ya que ellos, no atacándoles, daban testimonio de temerles. Con estas y otras pláticas acrecentó los brios de los menos animosos, que á voces pedian salir á combate. Y quiso la buena estrella de nuestro héroe que, en los momentos de mayor furia, con no menos denuedo acometiese el moro á la plaza; pues la defensa de ella en aquel trance fiero, le aseguraba, con la victoria, la fama de invencible y la autoridad de caudillo.

En todos los puntos por donde atacó fué rechazado el enemigo, y como viese Pulgar desde el adarve gran tropel de gente que de léjos venia, trayendo desplegado el pendon morado de Castilla,

—Sús, mis valientes! gritó á los que de cerca le ayudaban: el socorro teneis á la puerta: gozaos, que el rey no olvida á sus leales defensores. Seguidme, que hoy hemos de recobrar mi taza de plata, para que el rey beba en ella.

Unos seiscientos hombres de á caballo se lanzaron fuera de la plaza, en seguimiento de Pulgar. ¿Quién podia resistir aquel impetuoso torbellino de acero? Los primeros escuadrones enemigos, que encontró el denodado caudillo, quedaron desbaratados: él y sus caballeros desaparecieron en seguida envueltos en

tre el polvo y una espesa lluvia de flechas; la arcabucería tronaba por todas partes; pero aquellos héroes parecian invulnerables. De pronto los atabales y trompetas de los moros tocaron á recoger.

—A ellos! A ellos, que se nos escapan! gritó Pulgar.

Y cerró con un brillante escuadron de nobles, que marchaban á proteger el real amenazado. El caudillo que los mandaba era un jóven de la misma edad de Pulgar, arrogante, magnífico, cuyos ojos y barba negros hacian resaltar la estraordinaria blancura de sus megillas.

—Alah Akbar! Alah Akbar! gritaba este guerrero con varonil acento.

Y viendo llegar hácia él al caudillo cristiano, le arrojó la lanza con tal furia, que á poco le pasa: el agudo hierro y dos palmos del asta se hundieron en la tierra, y lo restante quedó vibrando, como si aun permaneciera en la fuerte mano de donde habia partido. Pulgar corrió al encuentro del moro, y con su lanza le atravesó el caballo por los pechos, derribándole en el suelo. En seguida echó pié á tierra, y presentándole la punta de la espada, le intimó que se rindiese.

—Mátame, cristiano, que tuyo soy, dijo el moro en buen castellano: mátame, pues nací para ser desventurado.

Alegróse Pulgar, creyendo que tenia prisionero al rey de Granada. Preguntó su nombre al vencido, y este le dijo:

—Soy Zair-ben-Atar, cuñado del rey. Vine aquí buscando en quien vengar mis propios agravios, y todo me sale mal; pues no hallé á quien buscaba y tú no quieres quitarme la vida.

—No te pese, valiente Zair, repuso nuestro campeon, ayudando al moro á levantarse. La vida no es nunca despreciable, mientras no la mancille la deshonra.

—Es que yo vivo ofendido, y estoy cautivo.

—Te comprendo: necesitas vengar alguna afrenta. Pues bien, serás libre.

Habian quedado solos los dos guerreros: sus dos huestes, empeñadas en una lucha cuerpo á cuerpo, se habian alejado, y

ya el rey moro, levantado su campo precipitadamente, se retiraba hácia Granada, mientras los cercados saludaban con aclamaciones de júbilo á un ejército libertador, que conducia el rey D. Fernando.

Pulgar, gozando modestamente de su triunfo, se apartó á un lado con Zair y le dijo:

—Ya tienes mi palabra de ser libre; solo espero de tí, que te presentes en Córdoba á la reina mi señora, y le digas que Pulgar te envia á saludarla, y que volviendo luego por Alcalá la Real, des noticias de mí á mi esposa doña Francisca Monte de la Isla. Tambien espero que, si tu resentimiento es con algun caballero cristiano, lo entregues al olvido.

—Generoso Pulgar, contestó el moro; haré lo que me mandas, salvo lo que me manda el honor. Yo no puedo perdonar al aleve, que llevándose cautiva de ese castillo á la que debia ser mi esposa, la ha seducido, hasta el punto de hacer que reniegue de su fé. Lo único que puedo prometerte es castigarle en buena lid, como es ley de caballeros.

Segun las costumbres de aquel tiempo no habia nada que oponer á esta exigencia razonable. Pulgar dejó ir á su cautivo, despues de acompañarle á larga distancia, para evitarle cualquier contratiempo, y luego se volvió á Alhama, donde ya el rey habia entrado con gente de refresco, y puesto por alcaide al conde de Tendilla, dispodiendo que Pulgar, en premio de los servicios que acababa de prestar, obtuviese el cargo de contador de la villa, y cuantiosas haciendas para sustentarlo con decoro.

Aquí le dejaremos, para continuar la relacion de otros personages no menos importantes de esta historia.





CAPÍTULO VIII.

Viuda y doncella.

Aleccionado el rey D. Fernando con el descalabro de Loja, luego que hubo guarnecido y abastecido la villa de Alhama, dió treguas á la guerra, para recorrer sus reinos, y juntar un ejército y pertrechos mas formidables que los empleados anteriormente. Los grandes y señores andaluces, y los adelantados de la frontera quedaron encargados de sostener el honor de la nacion, oponiéndose á las algaradas y sorpresas de los muslimes, y haciéndoles á su vez al daño que pudiesen.

Gozábase por consiguiente, en los reinos de Sevilla y Córdoba de una tranquilidad negativa. No se podia decir que hubiese guerra; pero el rey Muley Abul-Hacem, desde Málaga, entró por tierra de Algeciras y Gibraltar, y taló muchos campos, cautivó cristianos y robó ganados: otros guerreros de Granada hicieron correrías por la parte de Lucena y Lorca: sus contrarios se desquitaban cuanto podian, y el marqués de Cadiz recobró á

Zahara; con lo cual, y estando desagraviado, ya que no satisfecho, pensó en terminar su interrumpido banquete de Pascuas, celebrando en esta ocasion las bodas de su hermano D. Beltran, cuyas desavenencias con doña Beatriz Henriquez iban á terminar felizmente.

Convocados estaban á esta fiesta los personages que participaron del primer convite y que no habian sucumbido en la guerra, y además otros muchos caballeros, parientes ó deudos del marqués, y su antiguo rival D. Enrique de Guzman.

Ya estaba en Arcos el adelantado D. Pedro Henriquez, quien por razon de su cargo no residia en Córdoba por este tiempo, sino en los pueblos de la frontera de Sevilla: y se esperaba á su sobrina doña Beatriz, á quien habia ido á buscar D. Beltran, desposado con ella, para hacerla compañia por el camino. Pero sin duda pesaba alguna fatalidad sobre este proyectado matrimonio, pues nunca se llegó á consumar, como veremos adelante.

Caminando hácia Ecija iba la noble desposada el primer dia de su viage: la escoltaban, además de su esposo, diez hombres de armas y escuderos, y la seguian con un cuantioso equipage seis doncellas y dueñas, todas ellas de sangre hidalga. Conversaban amistosamente D. Beltran y doña Beatriz, algo adelantados de sus gentes, y el primero decia:

—No dudeis, mi estimable señora, que todo fué artificio de algun mal intencionado enemigo de nuestro reposo: afortunadamente, veo con placer desvanecidos vuestros recelos, aunque algun escozor os queda; y esto quisiera yo que no fuese, pues tengo dadas pruebas de la lealtad con que os sirvo.

—Mal me está, D. Beltran, repuso la dama, recordar hechos que á mi honor ofenden. Pero ya que á tanto me obligais, decidme, ¿por qué Celima se ha decidido tan de repente á entrar en un convento? No es cosa estraña en una mora?

—Celima, ó mejor dicho Isabel, que asi se llama por la gracia de Dios, ha dispuesto hacerse religiosa despues que supo la desgraciada muerte de su padre, que pudiendo aceptar la generosa amistad de mi noble hermano, prefirió dar alientos á su

rencor, y recibió el castigo que merecen los soberbios y vengativos.

—Ah! Perdonad, amigo mio, mi injusta sospecha: no sabia yo que el padre de Isabel hubiese muerto, ni que esta fuese la causa de su piadosa resolucion.

—Pues no ha sido otra, señora mia: Ibrahim Zafarjal, padre de Celima, era un hombre rencoroso y feroz, que no queria deber nada á la benevolencia de un enemigo: muchas veces habia puesto asechanzas á mis hermanos y á mí, y creyendo combatir contra alguno de nosotros, peleó cerca de Lucena con D. Diego de Ribera, el cual le cortó la cabeza.

Mientras los desposados se daban estas múluas satisfaciones, que á la verdad no eran muy sínceras de parte de D. Beltran, vieron venir por el mismo camino, con direccion á Córdoba, un hombre modestamente vestido, y caballero en una mula que, por las trazas de sus arreos, parecia ser cabalgadura de fraile. Antes que llegase á su encuentro, doña Beatriz reparó en él, y mirándole con una atencion singular, como si en su persona hubiese algo que la fascinase, dijo:

—Don Beltran, ved ese hombre que viene hácia nosotros. ¿Qué notais en él de particular?

El jóven se encogió de hombros despues de un ligero exámen, y contestó:

—Veo de particular en él, señora, que es muy jóven todavia para tener los cabellos canos, y que su presencia es arrogante, á pesar de la pobreza que revelan su rostro enjuto y su humilde vestimenta.

—No es nada de eso, amigo, repuso la dama. Es un no sé qué, un aire de dignidad abatida por la desgracia, una cosa, en fin, que no acierto á esplicar, y que me da miedo. Se me figura estar viendo á un rey destronado y fugitivo de su patria.

—Esa sí que es una idea singular! replicó el jóven.

Llegó en esto el solitario viagero, y quitándose la caperuza, descubrió su frente, que era espaciosa y elevada, y saludó cortesmente, pero sin el menor indicio de humillacion. Hubiérase

dicho que aquel hombre, si no era rey, estaba acostumbrado á tratar con reyes de igual á igual. Viéndole entonces mas de cerca, doña Beatriz, que no volvia de su admiracion, observó que tenia el cútis blanco y sonrosado, aunque algo pecoso, la nariz aguileña, y los ojos grises y muy animados: el conjunto de su fisonomía le pareció agradable, y sobre todo revestido de bondad é inteligencia espresivas.

Los desposados contestaron al atento saludo del viagero, y don Beltran por satisfacer la curiosidad de su señora, le preguntó:

—A donde bueno se camina?

—Voy á Córdoba, señor caballero, le contestó el desconocido, cuyo acento y pronunciacion descubrian su orígen italiano. Así vuestra señoria me hiciese la merced de decirme, si voy bien encaminado, y si es verdad, como me han dicho, que ha de venir allí pronto la corte.

—El camino de Córdoba es este, repuso D. Beltran. De la venida de la corte nada os puedo decir, estando ahora los reyes en Guipúzcoa.

El viajero miró al cielo con resignacion, y volviendo á saludar, continuó su marcha.

Los desposados siguieron adelante, y estarian á la mitad de su jornada y á unos dos mil pasos del estranjero, cuando súbitamente se vieron sorprendidos por treinta moros á caballo, que salian con ímpetu de un bosque inmediato al camino. El gefe que los capitaneaba era un arrogante mozo, de blanco cútis, ojos negros y poblada barba: traia sobre la armadura martola y capellar morados y amarillos, plumas azules en el almete, y en la adarga pintados un tigre y un leon luchando por una flor, que el segundo pisaba, con este lema en caractéres arábigos: *Hasta morir!*

Don Beltran viendo la gravedad del peligro que amenazaba á su señora, dió trazas para que esta se retirase inmediatamente con sus criadas y recámara detrás de unas peñas que allí cerca en un alto estaban empinadas, y ordenando los pocos hombres

que tenia para su defensa, esperó al moro, que con triples fuerzas avanzaba. El cual, luego que estuvo cerca, refrenó el caballo, y mirando con ceño altivo y fiero á D. Beltran, le dijo:

—Cristiano, ¿me conoces?

—No sé quien eres, ni eso puede importarme, respondió el jóven desposado. Bástame saber que vienes contra mí con fuerzas muy superiores á las mias y que me asaltas como un malhechor, para que vea en tí un enemigo, á quien debo disputar la vida.

—Cristiano, repuso el moro con energía: el estado de guerra en que se encuentran tu nacion y la mia, y el hallarme yo en tierra estraña, me autorizan para buscarte y combatirte, si quiero, con fuerzas superiores. Pero no abusaré de tu debilidad. Prepárate á defenderte cuerpo á cuerpo contra mí solo, y que cada uno de tus hombres elija un campeon entre los mios: la lucha será de igual á igual; el premio de la victoria, esa dama que conduces.

—Esa dama es mia, replicó D. Beltran, y si te venzo, no tienes qué darme.

—Que no? Yo soy Zair-ben-Atar: si me vences, lo que no temo, dama por dama, no vale la tuya mas que Celima.

—Valiente Zair, dijo D. Beltran, bajando su lanza y adelantándose; modera tu injusto rencor, y escúchame: No rehuyo el combate que me propones, y si quieres luchar con toda tu gente contra mí, tambien lo acepto. Pero entiende que la razon no está de tu parte. Yo encontré á Celima abandonada, y la protejí contra los ultrajes de los soldados: la conduje al castillo de Arcos y supe respetarla; y si tú me la hubieses pedido, te la hubiera entregado sin rescate. Hoy mismo puedes recobrarla, si ella quiere seguirte. ¿Necesitas mas amplias satisfacciones?

Una amarga sonrisa contrajo los labios del moro, el cual repuso:

—Aunque yo no despreciase ya á la renegada Celima, no me bastaria recibirla de tu mano, para quedar satisfecho. Necesito además tu corazon, y eso es lo que vengo á disputarte. Apercí-

bete pronto para la defensa, porque quiero vengar la sangre de Ibrahim Zafarjal, muerto por causa tuya.

—Moro, por última vez te ofrezco la paz: yo no he tenido nada que ver en la muerte del padre de Celima.

—Ni yo tengo ya paciencia para escucharte, replicó el moro.

Y tomando campo, se apercibió para el combate: lo mismo hizo D. Beltran, y sus diez hombres le imitaron: otros diez moros salieron al frente, buscando cada cual un adversario, y los veinte restantes se colocaron á larga distancia, como meros espectadores de la lucha. El viajero cano, que desde léjos habia oido el tumulto de la sorpresa, movido por un impulso de generosidad, retrocedió por fuera de camino, para prestar auxilio á las damas, si acaso lo necesitasen, y llegó á donde estaba doña Beatriz angustiada y temblando, en el momento de comenzar la refriega.

Tremendo fué el encuentro de los combatientes: en el primer choque algunas de las lanzas saltaron hechas pedazos, y uno de los moros cayó al suelo, atravesado de parte á parte, siendo reemplazado en el acto por otro de sus compañeros. D. Beltran y Zair aprendieron á respetarse mútuamente, pues ambos sintieron en el escudo y adarga la fortaleza igual de sus brazos; pero ninguno de ellos quedó herido, y volviendo á encontrarse con mayor furia, el moro, cuyo caballo era sumamente ligero y fogoso, esquivó el choque, y dando de través un bote de lanza, hirió en el costado á su enemigo.

De que el valiente Leon se sintió herido, antes que Zair tuviese tiempo para acudir al reparo, le embistió, tomando una corta carrera, y le falseó la adarga y atravesó la jacerina de Fez que llevaba debajo de los vestidos, metiéndole el acero en el vientre. Al revolverse D. Beltran perdió la mitad de la lanza, quedándose con la otra mitad en la mano. Furioso por este contratiempo, arrojó el pedazo del asta, usando de él á manera de dardo, y con tan buen acierto, que la aguda punta de la astilla fué á clavarse debajo del pretal del caballo de Zair, enredándosele el cuento entre las manos. Espantado el fogoso bruto, co-

menzó á dar corcobos, y habria comprometido en aquel punto la vida de su dueño, si éste, con estraordinaria destreza no le hubiese retirado, aprovechando su misma impetuosidad.

Entre tanto los otros diez combates personales seguian con furioso encarnizamiento, y casi todos los campeones de ambas partes habian recibido heridas mas ó menos graves: unos, perdidas las lanzas, peleaban con las espadas y cimitarras; otros, desmontados, por haber muerto sus caballos, luchaban á pié, y los que habian roto las espadas contra los acerados yelmos ó corazas, esgrimian dagas y mazas ó hachas de armas.

Doña Beatriz, en medio de sus damas, contemplaba la espantosa refriega, rogando á Dios por el triunfo de sus caballeros, y á cada golpe favorable ó contrario daba gritos de esperanza ó terror: el viagero de los cabellos canos estaba junto á ella y la sostenia, infundiéndola valor, al mismo tiempo que seguia con la vista enagenada las peripecias de la lucha, y llevaba de cuando en cuando la mano á su cintura, como si echase menos un arma para entrar con ella en la lid.

—Animo, noble señora, decia: que si el bárbaro infiel alcanzase la victoria, lo que Dios no permita, yo estoy aquí para sacaros ilesa del peligro, aunque me cueste la vida.

Zair, entre tanto, no pudiendo sosegar á su caballo, tendió la lanza y la arrojó al de su enemigo para desmontarle. Don Beltran sintió el golpe antes que el amago, y conociendo por el estremecimiento de su bridon, que al caer muerto éste podia cojerle debajo, se desembarazó de los estribos, saltó en tierra, y fuése, espada en mano, al encuentro del formidable moro; el cual ya le aguardaba desmontado, dejando ir su caballo, que al verse suelto, dió á correr por el campo, con la crin erizada y las narices humeantes.

Los dos guerreros continuaron entonces la lucha con nuevos brios, á pesar de faltarles muchas fuerzas por la sangre que perdian: el almete del moro quedó destrozado á los primeros golpes del cristiano; pero éste resbaló en su propia sangre, al tenderse para dar una estocada, y cayó al suelo. Un agudo grito de

doña Beatriz le infundió brios para levantarse; pero el peso de las armas le embarazaba, y al ver venir sobre sí al infiel decidido á matarle, hizo un supremo esfuerzo, y se abrazó con él. Las armaduras de ambos campeones crugian, y rechinaban; confundíanse en uno sus alientos agitados, y la sangre de sus heridas, brotando á borbotones, se mezclaba, antes de coagularse en la tierra. Zair resbaló á su turno, y cayó de espaldas abrazado con su enemigo.

Gritos de triunfo y de rábia sonaron á la vez en el refugio de las damas y en las filas de los musulmanes, que habian quedado en observacion; los cuales se precipitaron al socorro de su gefe. Pero no llegaron á tiempo de salvarle. Don Beltran levantó el brazo armado con la daga, y dió á Zair una puñalada en el cuello: quiso repetir el golpe, y el arma se le escapó de la mano. Se habia desangrado durante la lucha, y acababa de exhalar su espíritu, á una con su enemigo.

Entonces la mas frenética rábia se apoderó del ánimo de los muslimes, que sin guardar ya ningun género de consideracion, cayeron en tropel sobre los fatigados campeones cristianos. Las damas, viéndose perdidas, volvieron los ojos al estrangero, como el único amparo que les quedaba, exclamando:

—Salvadnos! Salvad, al menos á nuestra señora!

Doña Beatriz habia perdido las fuerzas y estaba como desfallecida bajo el peso de su desgracia.

—Huyamos! huyamos! dijo el desconocido viagero: yo procuraré libraros de la cautividad.

Todas las mujeres siguieron el consejo, menos doña Beatriz, que parecia no haberle oido. El estrangero tomó las bridas de la bestia que montaba la dama; pero viendo que ésta vacilaba, como si la faltase el aliento, con un esfuerzo que demostró el vigor de sus brazos, la trasladó sobre su mula, y partió á escape.

La resistencia que los hombres de armas de D. Beltran oponian á sus numerosos contrarios, no podia librarles de la muerte ó el cautiverio; pero dió tiempo suficiente para que los fugitivos se pusieran en salvo. Sin embargo, algunos de los moros se

lanzaron en su seguimiento, y alcanzaron á cuatro de las mujeres que caminaban mas despacio, por querer salvar el equipaje y las joyas de su señora: las otras dos se desbandaron aturdidas, y tambien cayeron en poder de los enemigos. Solamente doña Beatriz logró escapar de aquel peligro, merced á los auxilios del generoso desconocido, el cual metiéndose por la espesura de un bosque, continuó su marcha con direccion á Córdoba, guiándose por el curso del sol.

Pero éste declinaba ya mucho hácia el Ocaso; hacía una hora que nuestros fugitivos caminaban á la ventura por sendas estraviadas, y la dama, privada de conocimiento por las violentas emociones de terror que habia sufrido, reclinaba lánguidamente su cabeza en el hombro del estrangero: mirábala él con atencion afectuosa y delicada, y suspiraba de pena, pensando que no podria prestarle los auxilios que su situacion requeria, y que, por no conocer el pais, estaba en peligro de perderse con ella, sin encontrar antes de la noche un pueblo ó casa, donde le diesen asilo.

Apenas doña Beatriz volvió en su acuerdo, se incorporó, y asombrada de verse sola con un hombre á quien no conocia, y viajando fuera de camino, asaltaron nuevos terrores á su corazon. Miró al estrangero, y haciendo un movimiento para arrojarse de la mula, preguntó:

—Adonde me llevais? Qué intencion es la vuestra?

El hombre de la cana cabellera se turbó como un niño, al oir estas palabras, que encerraban una sospecha injusta, y respondió:

—Noble señora: yo mismo ignoro á donde voy: ahora que, felizmente, os veo recobrada de vuestro sobresalto, iré probablemente á donde vos me mandeis.

—Dios mio! exclamó la dama: pero si yo no sé donde estamos! Y mis criadas, qué se han hecho?.... Vos sois aquel generoso viagero, que vino á consolarme en los momentos de la horrible desgracia..... Oh! noble corazon! Vos no me abandonareis, ni sereis capaz de abusar de mi situacion desastrosa. Lo conozco

en vuestro noble porte, que revela en vos una persona distinguida, por mas que seais desgraciado como yo.

El estrangero escuchaba á doña Beatriz ruborizado, como una doncella, de oir sus propios elogios, y satisfecho al mismo tiempo de que su aspecto bastase á inspirar confianza á una mujer abandonada á su probidad.

—Señora, dijo: vuestras criadas han sido presa del bárbaro musulman; pero podeis estar segura de que haré cuanto pueda por merecer vuestra estimacion: No siento mas, añadió suspirando, que, siendo estrangero y pobre, no podré serviros como mi voluntad desea.

—Gracias, hombre bondadoso. Pero decidme: ¿no sabeis dónde estamos?

—Me parece, y no creo equivocarme, que vamos caminando hácia Córdoba. He tenido que meterme en estos bosques, para evitar que os siguiesen vuestros enemigos. Por desgracia, esta es la primera vez que visito estos lugares, y á la verdad, por tierra no soy muy ducho. Si fuésemos por mar, os conduciria, sin temor de equivocarme, á cualquiera parte del globo que me designáseis; aunque fuese menester ir al Catay, ó á mi soñada isla de Zipango.

—Segun eso, sois marino?

—Entre las inquietas ondas del mar he pasado mi juventud, y ellas han arrullado con su murmullo imponente y sublime las mas bellas ilusiones de mi vida. Marino soy, señora, y marino deseo morir; porque en el mar se ve á Dios frente á frente: allí todo es grande, como la mano poderosa, que guia el carro del sol del uno al otro emisferio; allí sondea la imaginacion exaltada los abismos de la eternidad; alli, en fin, concluyó el viagero con tristeza, están mis esperanzas de gloria, y el blanco de todas mis aspiraciones.

—Y yo que, al veros, repuso la dama con ingenuidad, os tuve por un rey destronado!.... ¿De qué pais sois?

—Génova, la opulenta rival de Venecia y Barcelona en el

imperio de los mares, Génova, no ha mucho tiempo, emporio del comercio del mundo, es mi patria querida.

—Sin duda pertenecereis á una familia patricia: ¿quereis decirme vuestro nombre.

—La nobleza heredada, señora, es mucho, para quien sabe ser digno de ella; es nada para el que carece de virtudes, y aun puede ser un borron para el malvado: mas es la que alcanzamos por nuestros méritos. Mi familia, segun he oido decir á mis padres, fué célebre en Italia por las proezas de sus claros varones: yo mismo he servido á las órdenes del invencible Colombo, almirante de la República, que era pariente mio; pero mi padre era un honrado cardador de lana, que no hubiera trocado su virtuosa medianía por todos los títulos de nobleza del mundo. Yo, pobre como él, y heredero de su honradez, me llamo Cristóbal.

Hubiera querido el genovés preguntar á su turno su nombre y calidad á la dama, á quien ya miraba con ese tierno afecto, que á los grandes corazones inspiran los seres débiles ó desgraciados; pero un sentimiento de respeto y delicadeza le contuvo; y así continuaron su marcha estravagante estos dos personages, hablando cada vez con mas intimidad, y como si toda la vida se hubiesen conocido.

Pero la noche se acercaba; la mula, rendida de cansancio hacía fatigosos esfuerzos para conducir su doble carga, y entre tanto no se descubria pueblo alguno ni habitacion donde reposar. Doña Beatriz comenzó á concebir sérios temores, y su compañero, no por él, sino por ella, se afligía, sin atreverse á manifestar su inquietud, por no entristecerla. Por último la dama, viendo como las tinieblas se condensaban, exclamó:

—Dios mio! No vamos á llegar nunca! Estais cierto, Cristóbal, de que caminamos hácia Córdoba?

—No os apureis, señora, contestó el genovés: si esta noche no llegamos á Córdoba, Dios nos deparará algun asilo.

—Conque estamos perdidos!

—Perdidos, no. Tenemos la tierra que nos sustenta, y el cielo que nos cobija.

—Y yo sola en estos desiertos!

—Sola! esclamó el genovés, con un arranque de enojo: no digais que estais sola, estando á vuestro lado Cristóbal Colon. ¿O es, por ventura, que habeis perdido la confianza en mí?

—Ah! Perdonad, Cristóbal, mi buen amigo, repúso la dama, tocando ligeramente la mano con que Colon la sostenia por la cintura. Pero es tan triste nuestra situacion!

—No ofendais al cielo con vuestras quejas, señora mia, replicó el genovés con dulzura. No hace tanto tiempo que estábais destinada al cautiverio, y sin embargo, sois libre, y teneis un amigo..... si es que merezco este nombre, que generosamente me dais.

—Oh! sí, vos mereceis ese título; porque ¿quién, sino un amigo, ó un hombre digno de serlo, habria hecho lo que vos?

La noche cerró enteramente: doña Beatriz temblaba de frio, y tal vez de necesidad, pues no habia tomado ningun alimento desde aquella mañana. Colon no se atrevió á cobijarla con su capa, sino despues de haberla pedido permiso para ello. En tal estado, el cansancio, la reaccion natural de las fuertes emociones del dia, y el suave calor restablecido por el abrigo produjeron á la dama un pesado sueño; y si bien ella luchó largo rato para no dormirse, al cabo cerró los párpados involuntariamente, y quedó recostada en el hombro de su compañero. Este sentia contra el suyo los latidos de su corazon, fuertes y acelerados unas veces, tranquilos otras, como las blandas oleadas de un lago en calma.

Pero este sueño duró poco: de pronto despertó doña Beatriz sobresaltada, preguntando:

—Todavia no hemos llegado?

Colon suspiró, meneando la cabeza: no sabia qué responder.

La luz de la luna, que se alzaba magestuosa detrás de los montes, iluminaba en aquel momento unas ruinas situadas á un lado de la estrecha senda por donde iban nuestros viageros. Colon se detuvo y propuso á su compañera pasar allí la noche; pero el instinto del pudor se rebelaba en ella contra la idea de quedarse en aquellas soledades con un hombre, de quien no te-

nia mas noticias que las que él mismo habia querido comunicarle. Verdad es que no podia quejarse ni dudar de su delicadeza; pero no era á sí misma, sino al mundo, á quien necesitaba satisfacer.

—Colon, dijo: yo no quisiera que nos detuviésemos: apresuremos mas el paso, y puede que encontremos pronto alguna aldea.

—Válgame Dios, señora! contestó el genovés. He perdido la esperanza de encontrar posada esta noche, pues no descubro luz por ninguna parte; y no podemos exigir mas de esta pobre cabalgadura. Si no os diese sueño, yo me bajaria para caminar mas aprisa.

—Oh! No: quedémonos aquí, ya que Dios así lo dispone!

Las ruinas eran los restos de una antigua ermita, que debió de haber sido residencia de algun piadoso anacoreta: se conservaba un trozo techado, que ofrecia bastante abrigo. A un lado brotaba un cristalino manantial. El genovés recogió hojas secas de los árboles de que estaba cubierto el suelo, y con ellas hizo un lecho á la dama y proveyó de alimento á la mula. Encendió fuego para calentarse, y sacando algunas pobres provisiones que traia, las presentó á su compañera, diciéndola con cortedad:

—No tengo otra cosa que daros, señora mia: yo quisiera ofreceros los mas esquisitos manjares.

Doña Beatriz le miró con los ojos arrasados de lágrimas, y el alma llena de gratitud. Cada sencillo rasgo de aquel hombre estraordinario hacía crecer su admiracion y su afecto hácia él.

—Colon, le contestó: yo aprecio esto mas que si me sentaseis á la mesa de un rey. Cenemos, amigo mio.

—Ah! Yo no tengo apetito, repuso Colon.

Y sin embargo, aquellas provisiones eran el alimento con que debió haber pasado el dia. Doña Beatriz no consintió en probar bocado, si su libertador no la acompañaba: este accedió al cabo, pero procurando engañarla; y terminada la pobre cena, tendió su capa sobre el lecho de hojas diciendo:

—Ya veis, señora, como Dios provee á todas nuestras necesidades: tenemos un albergue y un hogar; hemos comido, y aunque en humilde cama, podeis gozar las delicias del sueño.

Doña Beatriz miró la cama que acababa de prepararle su amigo, y viendo que este se habia despojado por ella de todo cuanto tenia, y que estaba dispuesto á pasar la noche poco ménos que á la intemperie, respondió sonriéndose:

—Con efecto, nada me hace falta; pero entre tanto, ¿qué va á ser de vos?

—Yo debo estar en vela, mientras vos descansais: no paseis pena ninguna por mí, señora. Conozco ya las fatigas y las privaciones, y nada me incomoda. Dormid tranquilamente hasta mañana.

—Cuanta abnegacion, Dios mio! murmuró la dama. Colon, os advierto que no podré dormir tranquila, si al menos no recobrais vuestra capa: os vais á helar con el frio que hace.

—Señora, replicó el genovés con ardimiento: ¿para qué necesito ese débil abrigo? Yo he pasado las noches en claro, sobre los mástiles de una galera, mientras el huracan soplaba impetuoso, y el granizo helado era mi única cobija: he corrido las borrascas del mar, en pié, con la mano puesta en la caña del timon, y durante muchos dias ha huido el sueño de mis ojos: he visto destrozarse mi nave, como frágil cáscara de nuez que un tosco villano pisa, y he disputado mi vida á las olas encrespadas y frias, que por todas partes me acosaban, para hundirme en los abismos. Dormid, señora, dormid, y no os inquieteis por el endurecido marino, á quien no pueden ya molestar las inclemencias del cielo.

Contemplaba doña Beatriz, recostada en el lecho, el rostro y el continente magestuosos de Colon, que iluminados por la trémula luz de la hogera, parecian revestidos de un hechizo incomparable. Las palabras del entusiasta marino inflamaban su imaginacion, y le hacian mirarle como á un ser sobrenatural y superior á los hombres: el prestigio del genio la dominaba, desvaneciendo ante su vista las huellas destructoras, que los años

y los padecimientos habian impreso en el semblante de aquel mortal estraordinario: representábasele jóven, y hasta las ondulosas canas que le caian sobre los hombros, tenian para ella la apariencia de una blonda cabellera.

Bajo el influjo de esta fascinacion, doña Beatriz sentia vagos terrores, figurándose que el hombre á quien llamaba su amigo, y que tan pronto habia conquistado su estimacion y cariño, podia ser algun encantador, de aquellos que poseian la ciencia de contrastar los elementos y torcer las leyes de la naturaleza. Sin atreverse á replicarle, se acostó, pero con propósito firme de no pegar los ojos en toda la noche. Hizo como si durmiese, para observar mejor á su prodigioso compañero, y pronto creció su admiracion hácia él, cuando le vió arrodillarse y orar fervorosamente levantando las manos al cielo, y alzándose luego lleno de confianza, mirarla con la complacencia de un padre, taparla los piés sin tocárselos, y retirarse lejos de ella con mucho tiento, para no turbar su reposo.

—Será un ángel este que me habeis enviado, Dios mio! pensó la noble dama.

Con esta consoladora creencia se quedó dormida, y soñó lo que jamás habia visto: el mar, con todas sus maravillas se estendia infinito ante sus ojos: las olas encrespadas salpicaban el cielo con su espuma, y sobre ellas andaba Colon, cercado de una resplandeciente aureola, y sostenido por blancas alas de ángel. De las dos estremidades del mar surgieron espaciosas regiones, pobladas de gentes diversas. Colon estendió ambas manos, y aquellos paises se acercaron, hasta quedar uno en frente del otro como las dos riberas del Guadalquivir: el genio que produjo esta maravilla se sentó luego á la mesa de los reyes, que le trataban con cariño y admiracion; pero despues se formó una tempestad, y aquel apareció de nuevo en una barca combatida por los vientos y cargado de cadenas. Doña Beatriz dió un grito, y despertó; y buscando á Colon con la vista, le halló sentado en una peña junto al fuego, vueltos hácia ella los ojos con inquietud. En seguida se levantó, y fue á sentarse á su lado: estaba

temblando, como si acabase de salir de algun gran peligro.

—Poco habeis dormido, señora, le dijo el genovés. ¿Os habeis puesto mala?

—No, amigo mio, no: ya estoy tranquila. Soñaba cosas maravillosas, cuando de pronto os ví aprisionado y en peligro de muerte; pero ya veo que fué mentira.

Colon era hombre sumamente susceptible de impresiones repentinas: dotado de un espíritu fuerte y obstinado para arrostrar los peligros, vigoroso para vencerlos, tenia al mismo tiempo la sensibilidad y el candor de una doncella, y como se habrá conocido por lo que llevamos delineado de su carácter, á los cuarenta años de edad conservaba la pureza de sentimientos y el entusiasmo de un niño, cualidad que le acompañó hasta el sepulcro. Era naturalmente irascible y enojadizo, aunque incapaz de guardar rencor á nadie, y la mayor lucha que sostuvo en su azarosa vida, fué la que empleó constantemente en dominarse, hasta ser apacible y comedido con cuantas personas trataba.

El delicado interés que mostró por él doña Beatriz, le tocó en el corazon, tanto que mirándola al rostro, y reparando que ella misma estaba turbada por lo que habia dicho, se estremeció y bajó los ojos sin saber qué contestar. Por último se aventuró á decir:

—Pues qué soñábais?

Doña Beatriz le refirió su sueño, y antes de concluir, la interrumpió Colon exclamando:

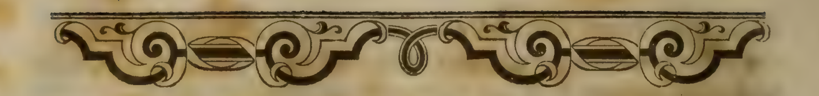
—Es mi propio pensamiento! Es el delirio de mi vida! No, dije mal: es la realidad, que el vulgo no comprende; que yo veo clara, y por la cual me llaman visionario y loco! Dios mio! Dios mio! Y vos me ratificais vuestra promesa por la boca de un ángel!

Diciendo esto, enagenado, cayó de rodillas á los piés de doña Beatriz, y la besó las manos: sus ojos brotaban lágrimas de alegria.

—Qué haceis Colon? preguntó la dama, creyendo que soñaba todavia. Levantaos: reveladme el secreto de vuestra vida.

—Sí, vos sois digna de saberlo todo: vos podeis aliviar mi corazon, repuso el Genovés.

Y volviendo á sentarse, contó á la dama su historia, dando asi tiempo á que llegase el dia.



CAPITULO IX.

Cuenta el genovés su historia y conduce á doña Beatriz á su casa, todo en un capítulo.

Nací en Nervi aldea cerca de Génova, dijo Colon; pero las necesidades propias de un artesano, hicieron que mis padres se trasladasen á la ciudad, cuando apenas contaba yo seis años. Era entonces un muchacho inquieto y revoltoso, y recuerdo que algunas veces mi buena madre, para librarme del castigo que merecia por mis travesuras, me hacia salir del taller, y me enviaba á las playas cercanas. Esta era mi mayor delicia: en vez de ponerme á jugar con otros niños de mi edad, pasaba las horas absorto, contemplando las agitadas olas, que venian rugiendo á estrellarse á mis piés; y si amagaba tormenta, me subia á los fragosos montes, y desde allí gozaba de un salvaje placer, viendo los rayos que parecian salir de entre las amarillentas aguas, y oyendo el estridor de los truenos y los roncos bramidos del mar.

«A los diez años ya era yo el mejor nadador de toda la costa, y gracias á los desvelos de mi madre, sabia leer y escribir con

tal perfeccion, que empecé á ganar el sustento sacando copias de libros. Pero esta ocupacion me incomodaba, y solo me parecia llevadera por el gusto de lo que aprendia: deseaba que llegase el domingo, para ir por la tarde, despues de los oficios divinos á recrearme en mi diversion favorita. Mis padres, viendo esta aficion decidida al mar, determinaron dedicarme á la marina; pero deseaban que adquisiese estudios, para abrirme carrera en el arte de la navegacion, y aguardaban á tener juntos algunos ahorros, con que enviarme á la universidad de Pavia.

« Muchas veces habia oido yo hablar de un corsario de mi apellido, terrible perseguidor de los berberiscos, tanto, que las moras lo nombraban para amedrentar á sus hijos. Una tarde, hallándome cerca del muelle, fué anunciada una flota, que á velas tendidas enderezaba su rumbo hácia el puerto: el pueblo acudida en tropel, para ver llegar al famoso corsario, que volvia enriquecido de despojos africanos. Mi corazon daba saltos de entusiasmo, y cuando oi tronar los tiros en las galeras vencedoras, y los gritos de la muchedumbre, que aclamaba á Colombo, parecíame ser á mí á quien aquellos aplausos se tributaban; y soñando despierto, imaginaba ser almirante, ó por lo menos capitan de una galeota. De pronto me sacó de mi delirio un grito desgarrador que partió de una chalupa. En el momento de ir á desembarcar, habíasele escapado de los brazos de una africana cautiva un niño que criaba. La mar estaba recia; los buques muy juntos: era peligroso lanzarse en medio de ellos; pero yo no pensé en nada: escapándome de mis padres, que en vano intentaron detenerme, corro á la ribera, de un brinco me zambullo vestido en las aguas, y –Dios lo quiso!– mis manos tropezaron en seguida con la criatura; la levanto en mis brazos, y sin que ningun daño me viniese, la presento á su madre. Si hubiéseis visto que contenta se puso la infeliz! Yo lloraba de gozo, y no podia oir los vítores del pueblo.

« El corsario presenció la accion: se hizo informar de quien yo era, y aquella misma noche vino á nuestra casa. Yo, al verle, me reí de él: era un hombre de vulgar apariencia, y tenia el

rostro surcado de cicatrices; pero le miré con respeto, cuando dijo su nombre.

« Una semana despues, me hallaba estudiando en la universidad de Pavia, mantenido á costa de la República y recomendado á los mas sabios profesores en las ciencias útiles para la navegacion. Allí empezó á fortalecerse en mí, este deseo ardiente de marchar en busca de lo desconocido por las vias de los descubrimientos geográficos, deseo que ya habia sentido sobre las escarpadas rocas de Génova, y que crece con mis años: los jóvenes, lo mismo que los sabios encanecidos, disputaban á todas horas sobre las obras de Plinio, Estrabon, Aristóteles y otros autores mas modernos, recientemente desenterrados del polvo de de las bibliotecas de Oriente: se hablaba en particular, y yo me procuré una copia, de las magníficas descripciones de diversos paises remotos, hechas por el veneciano Marco Polo, que visitó la China y el Catay, la Gran Tartaria y la isla famosa de Zipango..... Pero os hablo de cosas, que os darán tedio, señora, y no quisiera abusar de vuestra bondad.

—Oh! No digais tal, amigo mio: jamás oí narracion alguna, que me interesase tanto como la vuestra. Continuad: os lo ruego.

—En aquel gran centro de las ciencias, prosiguió Colon, traté con intimidad á un jóven mayor que yo y de mis mismas inclinaciones, llamado Pablo Toscanelli: hoy es uno de los primeros sabios que honran á Italia. Los dos juntos componíamos un alma perfecta: él era el juicio raciocinador, lógico, inflexible; yo la imaginacion viva, penetrante, á veces adivinadora, disparatada en ocasiones; pero entusiasta siempre: sus estudios y los mios, despues de largas disputas, venian á formar un solo cuerpo de doctrina: él moderaba el ímpetu de mis osadas concepciones; yo daba vida á sus combinaciones matemáticas. ¡Cuántos sistemas inventamos y destruimos sobre la configuracion de la tierra, sobre el curso de los astros, sobre la estension de los mares y la posibilidad de penetrar en la zona tórrida! ¡Cuántos sueños de ambicion y de gloria se abrigaron en nuestras jóvenes cabezas!

« No habia yo cumplido diez y ocho años, cuando tuve que separarme de mi amigo y del bullicio de las aulas, para continuar mis incompletos estudios en una escuela práctica. Mi protector me llamó para que hiciese mi aprendizage marítimo bajo su mando en una espedicion arriesgada, y corrí á obedecerle con el corazon henchido de entusiasmo y el espíritu animado por las mas lisonjeras esperanzas. Tratábase de una empresa caballeresca y bizarra, capaz de inflamar un pecho jóven y ansioso de gloria. El príncipe Juan de Anjou, duque de Calabria, intentaba restituir la corona de Nápoles á su destronado padre Renato : nuestra República le daba su apoyo, suministrándole buques y dinero, y nosotros íbamos á entrar en la lid que se preparaba, como representantes del poder de nuestra patria, y como campeones de la magestad abatida.

« Cuatro años duró esta lucha : en los dos primeros aprendí á moderar los vuelos de mi presuncion, pues conocí lo mucho que necesitaba saber : en los dos siguientes, mi orgullo picado me impulsó á distinguirme ; y presentándose ocasiones, en que demostrar audácia personal y algun acierto, merecí del mismo rey Renato una prueba de confianza. Su alteza me envió á Tunez para tomar la galeota Fernandina, que estaba en aquel puerto. Partí de Marsella con una sola galera, que para tal empresa no era mucho, ni aun bastante ; y habiendo llegado á una isla cerca de Cerdeña, me dijeron que habia dos navíos y una carraca con la referida galeota : turbóse mi gente al oirlo y quiso obligarme á retroceder para tomar refuerzos en Marsella. Parecióme esto sobrada cobardía ; pero viendo que no habia medio de vencer la obstinacion de aquella gente, fingí acceder á sus deseos, y mudando la punta de la brújula, una tarde hice desplegar las velas, y al amanecer del dia siguiente nos hallábamos dentro del golfo tunecino, cuando todos creian que íbamos á Marsella. No quedó ya á mis compañeros mas recurso que decidirse á obrar : la fortuna se asoció á nuestra empresa, pues habiendo salido la galeota Fernandina aquella misma mañana á reconocer el mar, la acometimos de improviso, y fué apresada.

Esta hazaña me valió el nombramiento de piloto de la escuadra, en cuyo empleo he servido muchos años á mi patria.

« Pero esto no satisfacia las vehementes aspiraciones de mi corazon: yo pensaba siempre en dilatar el campo de los descubrimientos: el mundo conocido me parecia pequeño, erróneas é injustificables las ideas que acerca de él se tienen, pobres las ciencias y esclavizadas bajo el yugo de preocupaciones eruditas. Yo sentia en mí una necesidad ardiente de ir en todo mas allá de donde habian ido los demás hombres, y mi destino me encadenaba sobre la cubierta de un buque, y en los estrechos límites del Mediterráneo. Una sola vez tuve la suerte de aspirar las brisas del Atlántico en sus incomensurables llanuras: la escuadra en que yo iba pasó el Estrecho de Gibraltar, y salió á dar caza á cuatro galeras de Venecia, que á la sazon estaba en guerra con nuestra República, las cuales volvian de Flandes con un rico cargamento.

« Tres dias cruzamos delante de las costas de Portugal, hasta que, un sábado al amanecer, oimos dar al vigía de la capitana la voz de *Viva S. Giorgio*! Era la señal convenida, y nuestro grito de guerra, que pronto fué contestado por el de *Viva S. Márcos*! junto con algunos tiros de cañon, que nos asestaban los venecianos. Siguióse á este encuentro una espantosa batalla: nuestros buques y los del enemigo se aferraron con cadenas y garfios de hierro, y las tripulaciones se envistieron cuerpo á cuerpo. La lucha duró todo el dia, sin ventaja por una ni otra parte, y á la noche sobrevino una borrasca, para aumentar los horrores de aquella escena. El bajel que yo mandaba combatia contra la mayor de las naves enemigas: vencerla era imposible, á no acabar con todos los que la tripulaban: en mi furor, acrecentado por la magnitud de las dificultades, resolví emplear un medio desesperado: mandé arrojar á la galera veneciana granadas de mano y pelotas incendiarias. El fuego se propagó al momento, y el huracan, prolongando las llamas, trajo el incendio á mi propio buque. La muerte era inevitable: mi gente huyendo de ella, se arrojó al mar, cuyas ondas embravecidas no ofrecian menor

peligro que el incendio mismo. Yo seguí su ejemplo, y asiendo de un remo, que por casualidad flotaba junto á mí, empecé á nadar hácia la costa, que distaba seis millas.

« Dios me salvó, sin duda ; pues solo mediando una gracia de su bondad divina, concibo como pude salir de aquel peligro : el oleage me llevaba como el viento furioso á una pequeña tira de papel ; me remontaba sobre sus crugientes y empinados lomos, y al punto me absorvia en sus resbaladizos abismos, retorciendo mi cuerpo. No sé cuanto tiempo batallé contra la tempestad ; porque perdí el sentido, pareciéndome que los espíritus infernales cabalgaban en las ondas, y las azotaban para irritar su furia contra mí. Tuve una suspension de mis facultades corporales, á manera de un sueño, y creí ver la fúlgida vestidura del ángel de mi guarda, flotando sobre mi cabeza, y oí distintamente una voz que me decia : «Lucha con fé, y vencerás. Tus « dias no serán cumplidos, hasta que por tí se den las manos el « Oriente y el Ocaso, y la ley del Eterno enlace las diversas re- « giones de la tierra. »

« ¿ Venia esta voz de arriba ? ¿ Emanaba del fondo de mi alma? Esto es lo que no he sabido esplicarme nunca. Cuando volví en mi acuerdo, me encontré tendido en la arena de la playa, y tan débil que no podia moverme : la mar bramaba á mi lado, y el sol naciente dispersaba las nubes, refugiadas en los linderos del horizonte.

« Un pescador me dió los primeros auxilios, y luego que estuve restablecido, me trasladó á Lisboa en su propia barca : yo esperaba encontrar en aquella ciudad algunos compatriotas y medios para volver á mi pais natal. Pero Dios me reservaba otro destino : los genoveses que encontré, unos eran negociantes, demasiado entretenidos en enriquecerse para que llamase su atencion un desdichado náufrago, y otros tan pobres que no podian hacer nada por mí. Sin embargo, me agregué á estos últimos, que me facilitaron ocupacion adecuada á mis conocimientos, y así pude ir viviendo, aunque con alguna estrechez.

« Pero me hallaba entonces en todo el vigor de mi juventud :

tenia fé en Dios y en los hombres, y ningun contratiempo me arredraba. Por otra parte, mi imaginacion, adelantándose siempre á la realidad, me hacia recorrer espacios infinitos, poblados de brillantes ilusiones: el movimiento marítimo del Portugal y el fervor con que este pueblo se lanzaba á la carrera de los descubrimientos, me compensaban con creces la pérdida de mi patria, y nutrian mi espíritu con mil risueñas esperanzas. Mientras así dulcificaba el rigor de la suerte, formando planes y proyectos dignos de un rey, solia ir á la capilla del convento de Todos los Santos, á ofrecer á Dios mis trabajos y á pedirle valor para sobrellevarlos. Una tarde me quedé allí mas tiempo del que acostumbraba: la oscuridad del santuario apenas permitia distinguir los objetos. Creia yo estar solo, cuando percibí cerca de mí los lastimeros ayes de una jóven, que arrodillada delante de una imágen de la Vírgen, rogaba por la salud de su madre. Aquella dulce plegaria era pronunciada en mi idioma: naturalmente me sentí atraido hácia aquel ser simpático, y llenándoseme los ojos de lágrimas, uní á las suyas mis oraciones.

«Cuando se levantó la jóven estaba serena, como si su alma descansase en una promesa de la Madre de Dios: me miró y no se sorpendió de verme. Yo entonces la dije: — « ¡ Dichosos los buenos hijos, que aman á sus padres, y oran por ellos! » —Al oir mis palabras en italiano, se detuvo á contemplarme, y me preguntó: — « ¿Me conoceis, hermano? » — Tiene tanta dulzura esta palabra en nuestra lengua, que aunque la jóven solo la pronunció para espresar nuestro comun orígen, me penetró el corazon de ternura. — « Oh! exclamé con tristeza: soy un proscrito de la suerte, arrojado á estas playas por la tempestad. Mis hermanos de Italia no reconocen al marino que ha vertido su sangre por la patria; pero yo me acerco á ellos, porque los amo.—Sois marino! repuso: tambien lo era mi padre!—Y al decir esto, la emocion del amor filial embargaba su voz..

« Pero, ¿á qué cansaros, señora, con estos recuerdos llenos para mí de triste delicia, mas indiferentes para vos? Aquella jóven, mi primero y único amor, era hija del distinguido nave-

gante Bartolomé Palestrello, caballero italiano que habia dado á Portugal nuevos dominios, y sido gobernador de la isla de Puerto Santo, descubierta por él. Huérfana de padre, temia perder tambien á su madre, que á la sazon estaba enferma. Yo la consolé, y habiendo hecho conocimiento por aquellos dias con un sabio judío español, que se hallaba como yo, proscrito, me valí de su ciencia, para restituir la salud á la anciana madre de Felipa. Toda mi vida estaré agradecido á este favor del desgraciado Isahak Sephardi.

« Este incidente me valió la adquisicion de una nueva familia. Doña Felipa Moñís de Palestrello fué al poco tiempo mi esposa; y aunque no trajo á mi poder bienes de fortuna, con sus relaciones me abrió ancho campo, donde adquirir lo suficiente para vivir con desahogo, y aun hallé medio de que me sobrase para socorrer á mi anciano padre, y para costear la educacion de mis hermanos, que estaban en Génova. La madre de mi mujer me comunicó curiosos datos y noticias, relativos á los viajes y espediciones de su difunto marido; me entregó sus papeles, y en ellos encontré un tesoro inapreciable; pues al paso que pude conocer todos los vastos planes de los portugueses, sus empresas náuticas, y sus ideas respecto á la circunnavegacion del África, ví confirmadas en parte las que yo tenia, acerca de la posibilidad de abrirse paso á las Indias por medio del Océano occidental. Desde entonces me entregué con mas ardor que nunca á mis estudios favoritos, y mientras tomaba parte en las atrevidas espediciones á las costas de Guinea; mientras, descansando en mi casa, me ocupaba en construir y trazar cartas geográficas, que me dieron reputacion de sabio, y lo que yo mas estimaba, pan para alimentar á mi pobre familia, un pensamiento fijo enardecia mi alma: el de encontrar nuevos paises, cuya grandeza hiciese olvidar todos los descubrimientos de los demás hombres. Queria yo ser el príncipe de los navegantes; agregar, si fuese posible, un nuevo mundo al mundo conocido; y á esto me impulsaban dos móviles poderosos, ambos adheridos á mi corazon: el de llevar la fé cristiana á regiones ignotas y aun no pisadas

por plantas europeas, y el de adquirir un nombre y tesoros que diesen esplendor á mi Felipa, la mas tierna y la mas amada de las esposas.

«Y al cabo encontré lo que anhelaba.

—Encontrásteis ese mundo desconocido? preguntó doña Beatriz que escuchaba al genovés llena de admiracion.

—Sí, lo encontré: Dios me lo mostró; pero los hombres no quieren ayudarme á poseerlo. Encontré el arcano de la tierra, que ha estado oculto desde el principio de los siglos; que ha sido anunciado en las Santas Escrituras, por boca de los profetas, y presentido por los sabios mas grandes de la antigüedad: y, sin embargo, los hombres no me creen, y unos me llaman impío, y otros loco! Dios me enseñó la tierra prometida, y no ha querido que la posea con la amada de mi corazon!

Al decir esto Colon sollozaba como un niño sentido, y tenia las mejillas inundadas de lágrimas.

—No perdais la esperanza, le dijo doña Beatriz: yo no comprendo bien lo que vos sentís, ni lo que os proponeis, pero no dudo que os ayudará Dios.

Oh! Sí, me ayudará; porque oigo una voz dentro de mí, que me manda esperar, y que me elige para llevar á cabo la mayor empresa, que jamás acometieron los hombres. Y esta fe me sostiene; que si no, ¿cómo arrostraria yo la miseria, y lo que es mas, el vilipendio de los ignorantes, despues de haber muerto aquella angelical criatura que me alentaba? Cómo, si ya no puedo adquirir grandezas para ella?

—Os comprendo: vuestra esposa murió!

—Sí, amiga mia: murió, dejándome un hijo, que es mi delicia; perdí en la tierra el apoyo de mis esperanzas, y por eso le busco en el cielo. No sé si os he dicho que desde Lisboa pasé á vivir á la isla de Puerto Santo con mi esposa, donde, por fallecimiento de su madre, acababa ella de heredar algunas tierras.

—No me lo habiais dicho.

—Pues bien: así sucedió, y en aquél límite de los descubrimientos marítimos, tuve ocasion de dar ensanche á mis ideas.

Allí residia un cuñado de mi mujer, llamada Pedro Correa, hombre instruido é intrépido navegante: hablando con él muchas veces acerca de nuestros viages al Sur de África, para buscar el paso hácia la India, le hice observar que mas fácil seria encontrarlo, navegando sin detenerse con rumbo al Occidente. ¿Lo creereis? El fué el primero que se rió de mi observacion, calificando la empresa de temeridad irrealizable. ¿Y por qué ha de ser irrealizable? Donde el hombre domina por disposicion de Dios, ¿hay algo que no ceda á su firme voluntad?

«Desde entonces no pensé mas que en la realizacion de mi idea: me entregué con ardor al estudio de todos los autores, que podian darme alguna luz para traspasar los tenebrosos límites del Océano. Entre muchos pasages notables, que confirmaban mi teoría de la redondez de la tierra y existencia de los antípodas, leí uno de Séneca, en su *Medea*, que dice así:

« Vendrá tras luengos años un siglo nuevo, en que el hombre «traspasará los límites del Océano anchuroso; y navegando el «mar profundo, que ahora nos cierra el paso, descubrirá gran- «des tierras: y la famosa *Thule* (*), que hoy miramos como el «término del mundo, quedará muy atrás en esta larga carrera.»

«¿Por qué, me dije entonces, no acertaria el poeta á ver en el entusiasmo de la inspiracion, lo que no es dado alcanzar al sabio que friamente medita? Pues qué, no siento por mí mismo, esos arrebatos sublimes, que arrancándome de la vida mezquina, me remontan en alas de la fé sobre mundos desconocidos? Quise sin embargo, ver confirmada por los filósofos la prediccion de Séneca, y solo hallé en ellos dudas y contradiciones. Resolví hacer un viaje á la isla de Thule, y pasar mas allá. Los hielos me detuvieron; y meditando de nuevo sobre lo que habia leido, volví á insistir en mi primitivo pensamiento. Allá, entre las brumas del Ocaso, en el seno de ese mar que los hombres pueblan de fantasmas pavorosas y de quiméricos peligros, es donde está la realidad que yo busco: allí se encierra el arcano de mi vida.

(*) Islandia. La isla que visitó Colon, se cree que fuese Iceland.

«Escribí entonces á mi amigo Toscanelli, consultándole mis ideas: el sabio florentino las aprobó, suponiendo con Ptolomeo, que el Océano es un vasto lago entre el Asia, Europa y África. Mientras yo aguardaba esta contestacion, seguia estudiando; y fuera impío si atribuyese á la casualidad los numerosos indicios que en poco tiempo concurrieron á fortalecer mis convicciones. Corrian voces, como clamor de pueblo, que por todas partes y á todas horas decian: «Hay algo mas allá» –Los doctos se burlaban de las tradiciones populares, de las noticias evidentemente falsas ó exageradas de algunos navegantes aventureros: yo, por el contrario las recogia todas, las coordinaba, y desechando lo absurdo, utilizaba lo posible. Para mí era casi evidente, que además de encontrar, siguiendo mar adentro, las costas de Asia, se hallarian en el intermedio islas mayores que España, pobladas y fecundas en riquezas de incomparable valor: en medio de aquel lago me parecia ver el celebrado Ofir de Salomon.

—Y es verdad, dijo doña Beatriz; que yo tambien he oido hablar mucho de unas islas que están en medio de esos grandes mares, y que serán la isla de San Brandan y la de las Siete ciudades.

—Yo tengo esas islas por invencion de poetas, pues nadie ha sabido darme razon científica de ellas. Lo que allí debe existir, y existe sin duda, es la Antilla de Aristóteles, la Cipango, region vastísima y llena de prodigiosas riquezas, y acaso tambien una parte de la Atlántica de Platon. Y si esto no, tierras hay, no importa el nombre que tengan, hácia las cuales me llama Dios para estender la luz de su Evangelio.-Una noche cansado de largas meditaciones, despues de haber medido y calculado la circunferencia del globo, mi cabeza abrasaba, y mi alma pedia alas para atravesar el espacio: mis ojos no veian los objetos que tenian delante. Inpensadamente estendí la mano y abrí un libro: miré, y leí estas palabras de Isaías:

«Irán ángeles veloces en barcos alados y vasos de árboles «sobre las aguas á una tierra, que está mas allá de los rios de «Etiopia, á una gente arrancada, á un pueblo terrible, despues «del cual no se halla otro.»

«Abrasado por el fuego de mi deseo, seguí mirando, sin poder leer las palabras sagradas; pero mi vista se detuvo en otro pasage, que decia:

«Se juntarán los estremos de la tierra, y todas las naciones y «las lenguas se unirán bajo las banderas del Redentor.... Enviará Dios naves que vuelen; palomas con tan arrebatado vue«lo, como cuando van á sus palomares. Convertirán pueblos «bárbaros, y traerán en retorno su plata y su oro juntamente «con ellos.»

Ya no pude dudar: yo estaba allí indicado por boca del profeta, para dar cumplimiento á los designios del Eterno. «Dios enviará palomas».....¿No es paloma ni nombre? (*) No ansío volar con arrebatado vuelo á esos desconocidos horizontes? Desistir de mi empresa, flaquear un momento en mi fé, seria grave pecado.-Cordiné mis datos, y ya no dudé que podia juntar los estremos de la tierra. Oh! Qué glorioso destino! Cuanta grandeza promete á la nacion cristiana que me ayude!

—Ciertamente, dijo la dama: y las naciones se disputarán la ocasion de adquirir esa grandeza.

—Lo creeis así, amiga mia? repuso Colon con amargura: ¡Dios mio! ¿Por qué habeis negado al hombre poseido de su ciencia, la fé que hace ver claro á una sencilla mujer.-Señora, continuó: sabed que las potestades de la tierra me rechazan, cuando pongo á sus piés un nuevo Mundo.

—Es posible?

—Sí: yo he ofrecido ese mundo á Génova, mi patria, y me ha contestado que está pobre para acometer empresas de éxito dudoso: he solicitado el apoyo del rey de Portugal, y este monarca sabio y capaz de comprenderme, ha fiado mas en la terquedad de otros hombres, que en su propia sabiduría; he acudido al de Inglaterra, y se ha mofado de mí. Entre tanto he consumido mis recursos en inútiles viages y demandas á esas córtes soberanas; pero firme, inalterable en mi propósito, aquí

(*) Alude á su verdadero apellido *Colombo*, que suponia originario del latin *Columbus* ó *Columba*.

me teneis buscando en los magnánimos reyes de Castilla y Aragon, lo que no he podido hallar en otras partes: una cabeza que perciba la luz; un corazon que la ame, y tenga valor para obrar con resolucion.

—Habeis pensado bien: nuestra Reina os ayudará. ¿Mas cómo hareis para introduciros en la córte? Si yo pudiese.....

—Dios no me abandona en medio de mis tribulaciones. Hace un mes, señora, llegué con mi pobre Diego, mi querido hijo, á las puertas de un santo asilo de la piedad y la ciencia. Veníamos de Portugal, de donde nos arrojaba la desgracia: yo habia refugiado una noche en mi casa á un desdichado, á quien no conozco, que iba huyendo de la muerte, por suponérsele cómplice en la conjuracion del duque de Braganza, el cual acababa de ser decapitado. Esto se supo, y trataron de prenderme; por lo cual tuve que huir, como un delincuente. Poco despues de atravesar la frontera, no me quedaban ya ningunos recursos, y mi hijo, rendido de cansancio, desfallecia de hambre y sed: la Providencia me guió al convento de padres Franciscanos de la Rábida. Llamé á su puerta, y pedí pan y agua para el pedazo de mis entrañas. Mientras la caridad me socorria, se presentó allí, como enviado por Dios, el virtuoso prior del convento, fray Juan Perez de Marchena, hombre de gran corazon, y en quien la modestia escede á la sabiduría. Me habló, y no sé lo que veria en mi persona, pues me invitó á descansar en su celda.

—Veria lo que yo he visto, Colon, dijo doña Beatriz, abandonando completamente la reserva propia de su sexo: veria que la desgracia realza vuestro mérito, y que en cualquiera situacion sois digno de amor y respeto.

—Ah! noble señora! exclamó Colon sin poder contener las lágrimas. Bendita seais, pues poseeis el alma de la que fué mi ángel consolador en la tierra! Yo creo que solo la caridad ardiente del padre Marchena le movió á darme hospitalidad. Hablamos largamente de mi venida á España en tal estado y de mis proyectos régios: él me oyó con una atencion dulce y benévola, solo comparable á la que vos teneis á bien prestarme, y

¡cosa estraña! juzgó realizables mis ideas. Pero, humilde, como lo es siempre la verdadera sabiduría, no se fió de sí mismo: convocó á los padres mas instruidos; hizo venir á un médico del vecino puerto de Palos, llamado García Fernandez y á Pedro Velasco, anciano y esperimentado piloto, que como yo creia en la existencia de tierras al Occidente, y en el reposo de aquel claustro tuve la dicha de oir aprobado, lo que en las córtes fastuosas y en las doctas universidades se llamaba el delirio de un visionario.

«El bondadoso Prior tomó á su cargo el cuidado y educacion de mi hijo, me entregó una carta para el padre fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, y me dió esa mula y algunos recursos para este viage, en que mi buena estrella me ha traido á conoceros, aunque en momentos que deploro. Ya sabeis, señora, mi historia y el secreto de mi vida. ¿No os burlais vos tambien del pobre loco?

—Yo burlarme de vos, Colon! exclamó doña Beatriz: yo que os admiro, como á un escogido de Dios, como á un rey de la inteligencia!

Y, en efecto, la noble dama, que no poseia la ciencia necesaria para ofuscar su natural talento, ni para amortecer el entusiasmo de su corazon, miraba al estrangero como á un ser privilegiado, y creia en sus magníficas promesas, sin pararse á examinarlas. Colon era ya para ella mas que un amigo: él le habia mostrado de un golpe todos los senos de su alma, donde con rasgos naturales y sencillos estaban retratados el ardor vehemente de un genio, la intrepidez del hombre fuerte; y al mismo tiempo los ímpetus irreflexivos de un corazon generoso, la candidez de un niño y la ternura de un buen padre y de un buen esposo. Doña Beatriz le amaba ya, como á un hermano mayor.

Al concluir Colon su relacion, comenzó á rayar el alba. Nuestros dos improvisados amigos continuaron su viage por medio de la selva, y al poco rato fueron detenidos por la corriente del Guadalquivir. Doña Beatriz reconoció el sitio donde se hallaban, y esclamó:

—Dios mio! Hemos pasado la noche á las puertas de mi casa. ¿Veis esa alquería que tenemos delante? Pues me pertenece, y estamos á dos leguas de Córdoba. Bien haremos en descansar ahí.

La dama guió esta vez al estrangero, y habiéndose aposentado en aquella casa de campo, no le dejó partir, obligándole á permanecer en su compañía hasta la venida de los reyes á Córdoba, que tardó mas de tres meses.





CAPÍTULO X.

Trata de los segundos amores de Colon, y de otras cosas que verá el que leyera.

Honni soit qui mal y pense.

La desgraciada muerte de D. Beltran Ponce de Leon sublevó los ánimos de todos los héroes españoles, que ocupaban las fronteras de Andalucía; pues además del dolor que generalmente causaba la pérdida temprana de aquel jóven caudillo, era vergonzoso el pensar que el atrevido musulman hubiese burlado la vigilancia de los adelantados, penetrando casi hasta las puertas de Córdoba.

Estaba en esta ciudad el gran maestre de Santiago D. Alonso de Cárdenas con muchos caballeros de su órden, y apenas supo la infausta noticia, se juntó con el señor de Aguilar cuñado del difunto, y con el conde de Cifuentes, y partió decidido á tomar señalada venganza de aquel agravio. El valiente marqués de Cádiz, mas sensible que nadie á la desgracia de su hermano, reunió todos los caballeros de su familia y dependencia, y acompañado de D. Pedro Henriquez, voló á la ciudad de Antequera,

donde se congregaban los demás capitanes. Era aquella una cruzada, en que las afecciones del parentesco sobreescitaban el ardor religioso y caballeresco de la época: por esto el conde de Ureña, que aun lloraba la pérdida de su hermano gemelo don Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava, corrió tambien con gentes de su acostamiento á tomar parte en la empresa.

Don Alonso de Cárdenas y el marqués de Cádiz, se encontraron así apoyados por fuerzas tán imponentes, que no dudaron podian acometer hazañas mas considerables que las que habian imaginado en el primer arrebato de su indignacion. Proponíanse atacar pueblos de corte vecindario, hacer presa en ellos de personas y riquezas, talar, destruir cuanto hallasen á su paso; y como no existia ya el enemigo que les habia ofendido, les era indiferente el punto sobre el cual iban á descargar su furia. Mientras se consultaban para escoger el campo de sus operaciones, algunos renegados les indicaron la Ajarquía de Málaga, como un país, que por estar resguardado entre ásperas montañas, encerraba una poblacion rica y mal defendida, y se ofrecieron á servirles de adalides ó guías.

Mientras se ejecutaba esta espedicion, el genovés y su sensible amiga vivian alejados del bullicio del mundo; el retiro donde la casualidad los habia juntado, era peligroso para dos corazones afectuosos como los suyos, y que sentian por temperamento la necesidad constante de amar y ser amados (1).

Diráse quizás, que la calidad, las virtudes y circunstancias especiales de doña Beatriz, por una parte, la desgracia y la edad de Colon, por otra, alejaban ó disminuian este peligro. Pero, ¿cuándo el amor no hizo presa en los obstáculos para engalanar los trofeos?

---

(1) A los espíritus *fuertes* que miran con desden las debilidades, que los novelistas suelen atribuir á los grandes hombres, debemos advertirles, que estos amores de Colon *son históricos*. Al escribir esta obra, hemos puesto especial cuidado en no alterar en nada esencialmente la Historia, y en reproducir los caractéres y los hechos propios de cada personage tales como fueron, aun sacrificando muchas veces á esta precision la forma y el interés de la novela. Nos ha movido á obrar así el deseo de rectificar las ideas equivocadas que tiene cierta clase numerosa de lectores acerca de varios acontecimientos y personages notables de la época señalada que vamos trazando.

La viuda de D. Beltran era una dama de alta categoria, muy celosa de su decoro, y honesta por el sentimiento y la educacion; pero tambien era vehemente en sus afecciones, compasiva y admiradora de la virtud y el talento : poseía en sumo grado esa irritable y delicada sensibilidad de la mujer, que tan facilmente convierte para ella el trato humano en un manantial de goces puros, ó en un abismo de dolores : el menor desaire, la mas leve falta de consideracion hácia su persona la incomodaban y entristecian ; al paso que bastaba una palabra cariñosa ó la mas insignificante deferencia para llenar su corazon de agradecimiento y regocijo.

Colon era respetuoso y desgraciado : no habria sido menester mas para que doña Beatriz le quisiese, aunque no hubieran mediado entre ambos circunstancias capaces de dar, por lo menos, orígen á una tierna amistad. Y esto fué lo que sucedió : el ingénuo marino franqueaba mas y mas cada dia su alma sencilla y elevada; proseguia sin interrupcion la comenzada série de finas y desinteresadas atenciones hácia la noble viuda, que apoyada en la confianza que le inspiraba aquel bello carácter, llegó pronto á identificarse con él, á gozar con sus alegrías y á condolerse de sus penas.

Así los dias se deslizaban tranquilos para estos dos seres simpáticos, que en la soledad del campo, confiándose mútuamente sus pensamientos, vivian satisfechos, como si el mundo se encerrase en ellos solos. La diferencia de edades entre uno y otro no era tanta que pudiese infundir desvio, y doña Beatriz, mas atenta á las dotes del espíritu que á las perfecciones del cuerpo, se acostumbró á mirar las prematuras canas de Colon como un testimonio de sus virtudes y padecimientos, y aun á sus ojos no carecian de cierta belleza y dignidad. Contribuia mucho á desvanecer toda impresion desfavorable la vivacidad candorosa del genovés, cuyo corazon, á los cuarenta años, era tan jóven y lozano como pudiera haberlo sido á los veinte.

Los dos juntos solian dar paseos solitarios por los jardines y parques de la alqueria, y sus conversaciones versaban casi siem-

pre, ya sobre los magníficos proyectos y las esperanzas de Colon, que la dama apoyaba y fortalecia con el convencimiento de la fé ciega; ya sobre los prodigios de la naturaleza, que el sabio aventurero iluminaba con el esplendor de la ciencia. Otras veces distraian el tiempo, instruyendo Colon á su amiga en el arte de la pintura, que poseía con bastante perfeccion, ó ensayando cantos poéticos, á lo cual era en estremo aficionado.

¿Cómo podia prolongarse esta íntima cordialidad, sin que un sentimiento mas profundo viniese á reemplazarla? El genovés comenzaba á temer su permanencia al lado de la noble dama, en quien veía reproducirse el espíritu adicto y tierno de su perdida esposa: Doña Beatriz se dejaba arrastrar hácia él con entero abandono, con absoluta confianza; y si algunas veces, viéndole triste y pensativo, sorprendia en sus miradas el fuego de un dolor oculto, no le preguntaba la causa; porque solo entónces creia sentir los reflejos de aquel incendio en el fondo de su corazon. Ambos, sin embargo, procuraban engañarse á sí mismos, haciendo por distraer sus pensamientos del objeto amado, y de este modo, al separarse por las noches, continuaban viéndose con los ojos de la imaginacion, y concentrando, sin querer, las dulces impresiones recibidas durante el dia.

Una tarde, paseando los dos por el campo, seguidos á respetuosa distancia de un page y una dueña, se alejaron hasta la márgen amena del Guadalquivir, llegando á una casita rústica, sombreada por frondosos árboles, que señalaba el término de aquella posesion. Doña Beatriz se sentó en un banco de piedra, que habia debajo de un olmo corpulento, y al rededor del cual brotaban espontáneas las flores, y permaneció algunos momentos contemplando los brillantes rastros del sol, que acababa de hundirse en el Occidente. Colon seguia con la vista la direccion de sus miradas, como si quisiese penetrar con el pensamiento en las regiones que iba á visitar el rey de los astros; pero volviéndose de pronto á su amiga, reparó que estaba triste.

—Qué teneis, amiga mia? le preguntó con ese afan que nace del alma. Puedo saberlo?

—Ah! exclamó doña Beatriz, como volviendo de una profunda distraccion: no tengo nada. Estoy triste; pero no sé de qué.

—Oh! repuso el genovés: bien lo comprendo. Esta soledad os cansa, y yo no sirvo para divertiros.

—Colon! Qué estais diciendo? replicó la dama, vivamente resentida: ¿es acaso que deseais ya marcharos? Yo no os detengo: si os ofrecí esta residencia, fué porque creí que nada podíais hacer en Córdoba por ahora.

Y al hablar así, doña Beatriz hacia esfuerzos para reprimir las lágrimas.

—Ciertamente, dijo el genovés, reconozco el favor que me habeis dispensado, y solo siento no haber sabido corresponder á él como quisiera. Pero una vez que me despedís, partiré mañana.

—Mañana!... Me habeis entendido mal, Colon: si yo pudiera esplicaros... Sí, es conveniente que recobreis vuestra libertad: mientras aquí malgastais el tiempo en distraerme, pudierais emplearlo mejor, ganando amigos que os ayuden para llevar á cabo vuestra grande empresa. Teneis razon; debeis partir.

Iba Colon á responder á esta amarga reconvencion, que sin duda queria espresar un sentimiento mas acervo, cuando fué interrumpida la plática por un criado, que venia corriendo de la quinta, el cual anunció la repentina llegada del Adelantado.

Al oir esta noticia, doña Beatriz se levantó palideciendo, como si el corazon le anunciase alguna desgracia. Cuando llegaron ella y Colon á la casa, encontraron á D. Pedro Henriquez sentado, con el codo sobre la mesa en que solia dibujar su sobrina, y el rostro iracundo apoyado en el dorso de la mano: tenia puestas las armas, escepto el casco, el cual estaba tirado en la mesa en medio de los dibujos revueltos.

—Ah! mi querido tio y señor! exclamó doña Beatriz, yendo hácia el Adelantado. Por fin os veo: pero, ¿por qué estais enojado? No venís vencedor?

—Sí, vencedor! contestó D. Pedro con tono de áspera ironía:

vuestras oraciones, señora, deben de haber sido tan fervorosas, que han llegado al cielo.

Colon oia estas palabras, manteniéndose por comedimiento junto á la puerta de la estancia.

—Si Dios ha oido mis súplicas, señor, repuso la dama, sin duda os habrá dado la victoria.

—Pues bien, señora, vengo derrotado: espantosamente derrotado! Nunca se vertió mas sangre cristiana, ni aun en los funestos campos del Guadalete. Sabedlo, sí: casi toda la ilustre familia del marqués de Cádiz ha sucumbido al filo del alfange; la mitad de la hueste de Santiago ha quedado en aquellos horribles desfiladeros de la Ajarquía; el conde de Cifuentes, con doscientos nobles mas estan cantivos: D. Manuel Ponce de Leon, el único que se ha salvado de los hermanos del marqués, viene mortalmente herido. Esta es la victoria que hemos alcanzado por vuestras plegarias.

—Dios mio! exclamó doña Beatriz. Qué desgracia! Pero, ¿qué culpa tengo yo de eso?

El Adelantado miró hácia la puerta y dijo, indicando á Colon:

—Qué hace aquí ese hombre? Qué espera? Es algun criado vuestro?

—Criado! No, señor, contestó la dama. Es nuestro amigo Colon: el que me sacó del peligro....

—Ah! Conque, vuestro amigo Colon. Pues bien, que espere fuera.-Salid, buen hombre; ya se os pagará vuestro trabajo.

Colon dió dos pasos dentro de la estancia; y mirando al Adelantado con los ojos chispeantes de ira, y las megillas inflamadas, contestó:

—Mi trabajo, señor Adelantado, no tiene precio, ni puede pagarse con oro: la única recompensa que merece, no me la podeis dar vos.

Doña Beatriz suplicaba á Colon con la vista que no provocase la cólera de su tio: pero él no reparaba en sus ruegos.

El Adelantado se levantó, y mirando á su vez á Colon con sangre fria, repuso:

—Veo que sois audaz.

—Bastante, replicó el marino.

—Sois grande, ó título?

—No.

—Caballero?

—De tal me precio.

—Hidalgo?

—Del corazon!

—Poco es: replicó el Adelantado, sentándose con calma. Id con Dios, y antes de provocar á un hombre de mi clase, adquirid títulos de nobleza iguales á los mios.

—Algun dia los tendré tan elevados, repuso Colon, que vuestra orgullosa estirpe será honrada enlazándose con la humilde sangre mia: yo os lo prometo. Entre tanto, señor Adelantado, cedo al derecho que os asiste, abandonando esta casa, donde se me debe gratitud, y se me paga con agravios.-Señora, añadió, volviéndose á doña Beatriz: vos nada me debeis, pues me doy por satisfecho con haber tenido la dicha de serviros.

Y sin aguardar respuesta, salió del aposento. Doña Beatriz quedó como petrificada bajo la dolorosa impresion de la inesperada escena que acababa de ocurrir; pero vuelta en seguida de su estupor, se lanzó hácia la puerta, con ánimo de detener á Colon.

—A donde vais? prorumpió el Adelantado. Venid acá, señora, y decidme, ¿qué bellos entretenimientos son esos en que se ha ocupado la honesta viuda de un Ponce de Leon?

Y mostraba los dibujos esparcidos sobre la mesa. Doña Beatriz los miró, y se puso pálida como un cadáver. Entre aquellos papeles habia algunos bosquejos del retrato de Colon, intentado por ella de memoria. Por fortuna, su mano poco esperta no habia logrado acertar con el parecido.

—Son esos, continuó el Adelantado, los ejercicios de piedad en que os ocupábais, mientras los mas brillantes caballeros sacrificaban su vida por vengaros?

D. Pedro Henriquez era naturalmente áspero de carácter, pe

ro en la ocasion presente se reunian varias circunstancias para aumentar su mal humor: tales eran la muerte de D. Beltran, de cuya alianza con su sobrina se habia él prometido sacar grandes ventajas; la derrota sufrida recientemente, donde esperaba obtener triunfos y riquezas; y por último el hallazgo de los dibujos, estando doña Beatriz ausente de su habitacion, en el momento de su llegada, lo cual le hizo sospechar que ella se entretenia en devaneos frívolos, y acaso culpables: la actitud altiva de Colon, en presencia de sus provocaciones altaneras, habia acabado de irritarle.

La noble dama no pudo sufrir mas las crueles invectivas de su tio, y respondió con dignidad:

—Me ofendeis injustamente, señor, hiriendo á un mismo tiempo mi honor y mi corozon. No creo haber faltado á lo que me debo á mí misma, durante vuestra ausencia; y si de algo puedo acusarme en este momento, es de haber sufrido, sin protestar, el mal trato inmerecido con que habeis ultrajado al hombre, que acaba de salir de aquí.

—Qué significa esto? prorumpió con ira el Adelantado. ¿Será menester que yo pida perdon á ese miserable? Quien es él, ni quien sois vos para reconvenirme?

—No se os reconviene, señor: se os exige lo que debèis dar, replicó la dama con calor. Ese hombre vale tanto como cualquier príncipe, porque es un sábio; merece nuestra consideracion, porque á él debo mi libertad y acaso mi vida: si vos no teneis nada que ver con él, yo sí: soy dueña de mis acciones, y como tal deseo obrar en adelante.

—Hola! Pues no se os olvide, señora, que yo tengo á mi cargo velar por el honor y buen lustre de mi familia, y que no consentiré amistades indecorosas.

—Sea enhora buena, señor, replicó doña Beatriz.

Y se retiró á otra estancia, para desahogar la pena que le oprimia el corazon.

Entre tanto, el genovés disponia rápidamente su marcha, decidido á no pasar la noche en la quinta: su alma era palenque

de los mas encontrados sentimientos: ahogábale la ira de verse despreciado, de quien menos lo esperaba; le afligia el desconsuelo de no haber oido en boca de su amiga una palabra reparadora de aquellos ultrages, y al mismo tiempo le inquietaba la idea de que sus propios arrebatos, al contestar á D. Pedro Henriquez, tuviesen consecuencias funestas para el éxito de las negociaciones que pensaba entablar en la córte. ¡Qué mudanza tan súbita en su posicion! En la mañana de aquel mismo dia, sin duda se habia lisonjeado con la esperanza de que el valimiento de la familia de doña Beatriz seria su mejor recomendacion cerca de los reyes: tal vez habia soñado un venturoso cambio en su vida desdichada, viendo en aquella mujer acumuladas su felicidad doméstica y sus ilusiones de ambicion y gloria. Y todo esto quedaba desvanecido en un instante, como á un soplo del huracan desaparece la opulenta nave á la vista del puerto.

Pero el espíritu de Colon no se abatia: la indiferencia de doña Beatriz era lo único que afectaba profundamente al sufrido genovés, haciéndole prorumpir en amargos sollozos, como le acontecia siempre que algun dolor agudo angustiaba su corazon magnánimo: parecíale imposible que ella fuese ingrata, y sin embargo, recordándo sus últimas palabras, hallaba en ellas una cruel analogia con las del Adelantado. Entonces se reputaba doblemente infeliz, pues no podia ocultarse á sí mismo que amaba sin esperanza.

—Oh! exclamaba entre afligido é irritado: si únicamente hubiese de sufrir la insolente vanidad de ese hombre, no lo sentiria; porque yo hallaré medios de abatirla: yo haré por elevarme á tanta altura, que el no pueda mirarme al rostro sin avergonzarse de su pequeñez. Pero que ella tambien me desdeñe, Dios mio! Ella, en quien yo imaginaba ver resumidas todas las virtudes, toda la grandeza de ánimo de la compañera que perdí!.. Oh! Esta idea me asesina; mi corazon la rechaza, por que es absurda. Y, sin embargo, ¿puedo dudar...?

Un accidente casual vino á retardar la marcha de nuestro aventurero. Como si el cielo quisiese estar en consonancia con

la agitacion de su pecho, á la hora misma en que todo lo tenia ya dispuesto para partir, estalló una furiosa tempestad. Colon reflexionó que su salida en aquellos momentos haria notar á la servidumbre lo que acaso ignoraba, y lo que su noble orgullo habria ocultado, si posible fuese, á un á su propio espíritu. Resolvió, por lo tanto, permanecer encerrado, y marchar al amanecer; y como la escitacion del ánimo no le permitia dormir, se sentó junto á una mesa, y allí permaneció muchas horas pensativo, con la mano en la megilla.

Era mas de media noche, y un profundo silencio reinaba en todo el edificio, cuando Colon sintió entreabrir la puerta de su aposento: levantó la cabeza sorprendido, y lo quedó mas al ver entrar á doña Beatriz.

—Estaba segura de que velábais, y por eso he venido, dijo en voz baja la dama, en cuyo rostro se descubrian las huellas de una lucha entre el amor y el deber.

—Señora! exclamó el marino, levantándose turbado, y frotándose los ojos: ¿Es verdad que os veo? No me engaña mi imaginacion?

—Pues qué, repuso doña Beatriz: ¿no me aguardábais? Podíais creer que os dejase partir, llevando por todo premio de vuestras bondades un recuerdo de oprobio y de ingratitud? No, Colon: si tal pensásteis, me habeis ofendido. Yo soy dueña de mis acciones, y no quiero tener para con vos la responsabilidad de lo que otros hagan.

—Oh! Cuánta felicidad encierran para mí esas palabras! Decís bien, señora, decís bien: yo necesitaba creer en la bondad de vuestro corazon; pero no podia esperar que me recompensáseis demasiado.

—¿Demasiado, amigo mio!... Ah! Quizá tengais razon!.. Pero dejemos esto, replicó la dama con viveza, como queriendo reprimir el movimiento de sus pasiones.-No he venido á satisfaceros con vanas palabras: lo que ha pasado esta noche exigia una reparacion de mi parte.

Colon sintió afluir á sus megillas toda la sangre de sus venas. Doña Beatriz continuó:

—Sí, yo tambien necesitaba probaros que sigo mereciendo vuestra estimacion, y que mi memoria no olvida lo que debo al sabio y al amigo. Poco puedo hacer por vos; pero, mi voluntad es grande. Ved aquí esta carta, prosiguió la dama, sacando una de su limosnero: es para la marquesa de Moya, íntima amiga de la reina, que tambien lo fué mia cuando éramos niñas. Tomadla, y quiera Dios que os facilite el camino de la fortuna.

—Gracias, señora! Gracias! repuso Colon, tomando la carta, y besándola con transporte.

—Además, añadió doña Beatriz con cortedad, quisiera que aceptáseis esta memoria.

Y le presentaba un bolsillo con oro. Colon lo rechazó suavemente, diciendo:

—Eso no me hace falta, señora: soy bastante rico en mi pobreza, para no necesitar socorros de la sobrina de D. Pedro Henriquez.

—Ah! Lo despreciais!

—Perdonadme, señora! No lo desprecio: solamente lo rehuso, aunque agradezco vuestro buen deseo.

—Es que,... Colon, amigo mio, no intento pagaros lo que os debo; no os hago una merced; no es un socorro lo que os doy!

—Pues qué es eso? repuso el marino con voz ronca.

—Es que quiero participar de las glorias, que sin duda os tiene el cielo reservadas, y me asocio á vuestra grande empresa. En tal concepto solamente os adelanto este dinero, y no podeis rehusarlo.

—He jurado, señora, no recibir auxilio ninguno de vuestra opulenta casa.

—Ni de mí, Colon?

—De vos!.,. ¿No os llamais Henriquez?

—Cruel sois! exclamó la noble viuda como fuera de sí. ¿No quereis nada de Beatriz Henriquez?... Pues bien: tomadlo, porque no es la ilustre dama quien os lo da...

—No? Pues quién?...

—Quién puede ser?... Oh!... No lo adivinais?

—Si vos no sois, será vuestro tio.

—No, Colon, no! Es vuestra amiga...

—Mi amiga!... Oh! Mi amiga no me ofreceria dinero.

—Tampoco lo quereis de vuestra amiga?... Y de vuestra esposa?

—Beatriz!... Dios mio! exclamó Colon, creyendo ser juguete de un delirio. ¿Qué habeis dicho?

Pero doña Beatriz no pudo contestarle: agoviada, rendida bajo el peso de su vergüenza, buscó sollozando un apoyo en que sostenerse, y Colon la recibió en sus brazos.

Estaba roto el hielo de las consideraciones sociales, y la naturaleza recobraba sus eternos derechos: aquellos dos corazones, nacidos para latir á un solo impulso, arrojaron unánimes la cadena del disimulo, y se abrieron confiados, imprudentes quizás, los recónditos senos de su ternura. ¿Podia suceder de otra manera? El fuego que ardia en ellos, probablemente los hubiera consumido en secreto, sín la accion de una causa esterna; pero el aliento de la vanidad sopló sobre ellos y los juntó, y del rudo choque salieron regenerados en uno, como el fénix de sus cenizas.

Mucho tardó la noble dama en volver del éxtasis de su pasion al conocimiento de la realidad ordinaria: tomó entonces las manos de Colon, y apretándolas contra sus labios, y regándolas con sus lágrimas, exclamó:

—¡Ay, amigo mio! Qué horrible abismo nos separa! Nuestras almas están unidas delante de Dios, que las mira: ningun poder humano es bastante á desatar sus lazos; pero ¿cómo arrostrar las preocupaciones del mundo? ¿Cómo romper la cadena que mi clase me impone? Oh! Por qué no nací villana!

—Decíais bien ayer, amada mia, repuso Colon: yo debí alejarme de vos; debo huir todavía, para restituiros la tranquilidad.

—La tranquilidad!... Puedo yo tenerla sin tí... Dirás que estoy loca!... Pues bien: piensa de mí lo que quieras... Soy tuya, y me envanezco de proclamarlo: quiero ser el apoyo de tus es-

peranzas, el norte de tus empresas. Partirás, sí; te apartarás de mí lado; pero mi memoria te seguirá á todas partes: en tus aflicciones, en tus luchas contra la ignorancia de los hombres, podrás volver á mí los ojos, y me verás, diciéndote con toda la energía de mi alma: —«Sigue, Colon, sigue la ley de tu augusto destino! Corona de gloria tus nobles sienes: vé que te espero para premiar con mi amor tus heróicas fatigas, y que necesito verte aclamado el mas grande de los mortales!»

—Oh! Beatriz! Beatriz! Tú no eres una mujer! Eres un ángel, que Dios me envia para mi consuelo. Delante de ese Dios, que nos contempla, te juro luchar y vencer por tí, hasta que pueda ofrecerte un nombre tan esclarecido, que debajo del rey no haya otro que le iguale. Serás la esposa del Almirante del mar Océano, y te rendirán vasallage los pueblos mas ricos del Occidente... Pero, ¿lloras, vida de mi vida! Qué tienes?

—Sí, lloro... de gozo y de terror... Ahora puedo decirte, en qué pensaba yo ayer tarde, cuando me afligiste con tus palabras. Esa espedicion á través de mares desconocidos me amedrenta. Si tu fé te engañase...

—Oh! nada temas: yo cruzaré esos mares: volaré con las alas de tu amor, y con el aliento que Dios me inspira, y traeré de retorno un mundo para ponerlo á tus pies.

La luz del alba sorprendió á los dos amantes en medio de sus felices delirios, y les obligó á separarse. Pero no fué duradera su ausencia: Colon fingió partir, y á la noche siguiente fué á ocultarse en la casita rústica, que habia en la orilla del Guadalquivir, donde una criada fiel favoreció sus deseos: allí permaneció muchos dias; durante los cuales, y mientras el sol visitaba las regiones que enardecian su mente, no cesó de brillar el astro de sus amores.



CAPITULO XI.

Granada y Córdoba.

TODAVÍA lloraban los cristianos la derrota de sus armas en las sierras de la Ajarquía: estaba demasiado reciente la memoria de aquel desastre, para que hubiesen podido ellos recobrar los abatidos alientos, y ya el nuevo rey de Granada hacia pasear por su magnífica ciudad el estandarte régio, apellidando á sus nobles tribus guerreras. Abu-Abdalah en persona iba á salir á campaña, ganoso de vencer á los castellanos en su propio territorio, y no tanto por el ódio que tuviese á estos, sus naturales enemigos, cuanto por eclipsar la gloria de su padre, ó mejor, de su tio el Zagal, que habia sido el héroe de la última jornada.

El anciano Alí-Atar era el alma de esta espedicion: sentido aun por la pérdida sucesiva de su amigo Zafarjal y de su hijo Zair, convocó á los guerreros de su sangre, á los caballerosos Abencerrages, á los Alaveces y Almoradíes, y acompañado de los gefes de estas tribus, se presentó al rey su yerno, que olvi-

dado de la guerra, pasaba el tiempo adormecido en los brazos de la tierna Morayma.

—Rey de Granada, le dijo con voz grave, que hacia retemblar su larga y plateada barba;-la estrella venturosa del Islam, ofuscada un momento, vuelve á cobrar sus fúlgidos resplandores; pero no lo debe á tí, que eres el elegido del Profeta, el poderoso en la tierra, el escudo de nuestra ley. El trono en que te sientas necesita el apoyo de tu valor: sin él no está seguro. ¿Sabes á quien vuelven ya los ojos los amantes de la patria? Oye el rumor que se levanta fuera de tu palacio, y percibirás el nombre de Muley Hacem, y el de su hermano, cuyas hazañas le dan el apellido de *Zaguer* (*). Yo, rey de Granada, vengo con estos nobles gefes á ofrecerte mi cabeza: córtala, si quieres; pues tuya es. Pero como leal que soy á mi sangre y á mi ley, te digo: «Allí donde haya un brazo mas levantado que otro en defensa de la patria, allí estará con su alfange nunca vencido el veterano Alí-Atar.»

Calló el adusto guerrero, y su voz vibró largo espacio en los dorados muros, hasta perderse confusa en los cupulinos de la elevada techumbre. Abdalah no osaba contestar, por no afligir á Morayma, que al oir el discurso de su padre, habia prorumpido en llanto. Aben Hamet, jóven caudillo, que por su valor mandaba á la tribu de los Abencerrages, habló entonces y dijo:

—La sangre de Zair está clamando venganza! Su espíritu habrá visto con amargura nuestra indolencia, mientras los Zegríes y Venegas triunfan del comun enemigo. Antes que sufrir esta mengua, la tribu de Aben Hamet se ocultará para siempre de la faz de los hombres.

—Valerosos caudillos, repuso la sultana Aixa, que estaba presente: id y disponed vuestras legiones, que el rey aguarda, para conducirlas á la victoria.

—Sí, dijo Abdalah con energía: tremolad el estandarte de Granada. Yo mismo quiero ser vuestro capitan.

En tres dias no cesó de oirse el estruendo de los tambores y

(*) El Valiente. Los castellanos, corrompiendo el vocablo, le llamaban el Zagal.

trompetas y de los aprestos militares: llegó el momento de la partida, y el jóven rey Abdaláh se presentó el primero, montado en un caballo blanco, cubierto con magníficos jaeces, en que brillaban el oro y la pedrería: sobre la reluciente armadura llevaba una marlota de bocado y un manto de púrpura: el color sonrosado de su rostro hermoso y benévolo, campeaba sobre el cuadro de sus cabellos castaños, y del airoso turbante, que le ceñia el casco, y del cual arrancaba una bella garzota de esmeraldas. Diez mil caballeros le seguian, todos ellos bizarros, la flor de la nobleza granadina, sedientos de gloria, y adornados como para una fiesta; y en pos de ellos iban hasta veinte mil peones, cuyas largas picas y gruesos arcabuces formaban apiñados haces como espesos cañaverales..

Los miradores y azoteas de la ciudad estaban llenos de gente, viendo desfilar el poderoso ejército; las damas agitaban los pañuelos ó escondian las lágrimas, al ver el saludo que, con los pendoncillos ó tocas regalados por ellas y pendientes de las lanzas, les hacian los caballeros.

Al pasar la magnífica puerta de Elvira, tropieza en el arco y se rompe la lanza que lleva el rey. Un grito general de inquietud resuena en torno, á la vista de este funesto presagio: un alfaquí suplica al rey que se vuelva; pero Abdalah, pidiendo otra lanza, hiere furioso los hijares de su caballo con las agudas puntas de los estribos. Morayma que le miraba desde el torreon de Bib-el-Bonut, cae desmayada en los brazos de sus damas.

Ya marcha el brillante ejército por la anchurosa Vega: los mil colores de las marlotas y capellares y los reflejos de las armas y la argentería le dan el aspecto de un inmenso torneo: allí descuellan sobre los cerrados escuadrones quince banderas de otras tantas tribus nobles, y sobre todas el estandarte verde del Profeta. Pero ¿qué nuevo contratiempo sobreviene á las huestes del rey? Por qué se arremolinan peones y caballeros y corren agitados en direcciones diferentes?-Al pasar el rio Beiro ha cruzado una raposa por delante de Abdalah: mil lanzas la acometen, mil dardos y saetas vuelan en seguimiento de la fugitiva y

pasan rápidas mas allá de su carrera; pero ningun tiro le alcanza: la raposa desaparece, y hasta el invicto Alí-Atar se torna pálido. Sin embargo, su yerno le tranquiliza, diciéndole que no crea en funestos agüeros, y vuelve á clavar los estribos en los hijares de su caballo blanco.

El vistoso ejército moro continúa por la llanura, caminando hácia las faldas de Sierra Elvira: las brisas de Parapanda mueven con suave soplo las desplegadas banderas, los penachos airosos y los trofeos de amor de los galanes caballeros: con todo, muchos van pensativos, y miran con zozobra el desaliento de los soldados, á quienes no tranquiliza la serenidad que aparenta su rey.

—A dónde vamos, valiente Alí? pregunta el Zogoibi al padre de Morayma.

—Vamos á mi jardin de Lucena, contesta el aguerrido veterano. Por si muero este año, quiero coger antes de Mayo las flores de la primavera.

Entre tanto, la Fama lleva, con su rápido vuelo, á las fronteras cristianas la noticia de esta correria: los pueblos quedan desiertos: sus habitantes recogen cuanto pueden y se refugian en los castillos; los adelantados y fronteros se aprestan para la defensa, se comunican la nueva del peligro, y por los puestos de las hermandades la transmiten hasta los confines de Navarra, donde Isabel y Fernando asisten para oponerse á las asechanzas del rey de Francia.

—Volad, señor, al socorro de Castilla! exclama la reina: id á castigar la osadía del bárbaro agareno, y no torneis hasta haberle encerrado en los muros de Granada: yo basto aquí para hacer respetar vuestros derechos.

Pero D. Fernando no puede llegar á tiempo de contener la rápida carrera del musulman. El conde de Cabra, que le mira desde su fortaleza de Baena, sin fuerzas para contrastar su poderío, le vé seguir una marcha de triunfo hasta Aguilar, y volver hácia Lucena, cargado de ricos despojos. En Lucena está el Alcaide de los donceles, sobrino del conde, jóven de pocos años,

pero de mucho seso y valor sobrado: solo dispone de quinientos soldados para resistir al moro, que le cerca con su ejército numeroso. Pero estos dos héroes son pilares de la casa de Córdoba, y por nada se arredran.

Otros dos vástagos del mismo tronco hay en Antequera: el uno es D. Alonso el de Aguilar, el otro su hermano Gonzalo; quienes al saber el peligro en que se encuentran sus parientes, corren á socorrerlos con solos cincuenta hombres de armas, que les acompañan para escolta de sus personas. Un impulso no menos fuerte que el de la gloria mueve al animoso Gonzalo, al héroe de valor frio, que á los treinta años es mas grave en el consejo, que bravo en la pelea: su esposa doña Maria Manrique, casta mujer, en quien él adora el talento y la ternura, está en Lucena, y reclama el apoyo de su corazon animoso.

—Compañeros, dice á sus hombres de armas sonriéndose, y conversando familiarmente con ellos:-¿habeis visto alguna vez el pájaro que llaman quebrantahuesos, tamaño como una codorniz, meterse debajo del ala de un buitre carnicero, y por allí taracearle las entrañas? Pues figuraos que una cosa parecida va á suceder entre nosotros y el buitre granadino: solo que aquí seremos dos los pajarillos: ¿no es así, hermano? añadia dirigiéndose al señor de Aguilar.

—Ciertamente.

—Pero cuidado, prosigue Gonzalo de Córdoba; que mi paloma y señora vuestra nos mira, y fia su libertad á nuestro denuedo. Cuando llegue la hora, estad atentos á la voz de mi hermano y á la mia, y no repareis en que somos pocos; pues para todo hay remedio, y ya sabeis que el ingenio vence á la fuerza.

Los guerreros escuchan á su gefe y le siguen llenos de confianza; pues no ignoran que el grito de Aguilar y el nombre de Gonzalo siempre vencen.

Mientras estos pocos valientes traspasan las encumbradas sierras, buscando los amenos valles que riega el Genil, un velo se interpone ante su vista, el horizonte merma y pierde su transparencia el aire, cuyas ráfagas traen de vez en cuando rumores

temblorosos, cual si la montaña de Ilíberis se estremeciese, agitada por el fuego que llena sus impenetrables cavidades. A medida que avanzan, ven crecer la niebla pálida que enturbia la clara luz del dia, y perciben confuso el fragor de una desesperada batalla. El corazon de Gonzalo, lleno de ardor guerrero y de amorosa inquietud, quiere salírsele del pecho: ¿quién sabe si el enemigo asalta los muros de Lucena?

Esta idea devora el alma del héroe: salir pronto de la incertidumbre cruel es su mas fervoroso anhelo: quisiera poner alas á su caballo, y sin embargo, el fogoso bruto no corre, vuela, cual si participase de la impaciencia de su señor. Los demás le siguen; pero de pronto, al llegar á la cumbre de una colina, detíenese Gonzalo con fria serenidad; observa con mirada de águila el dilatado campo; mide y computa las fuerzas de los combatientes; calcula sus ventajas; reconoce los gefes, y exclama con varonil acento:

—Ved allí los estandartes de la casa de Córdoba! Los valientes de Cabra y de Lucena, los que jamás contaron sus enemigos, luchan contra todo el poder de Granada. No temais que sean vencidos; temed, sí, no alcanzar una parte de sus trofeos. Hoy hemos de morir todos, ó el apellido de Córdoba ha de quedar glorioso para siempre.

Sin embargo, la victoria es dudosa: el pequeño ejército del conde de Cabra pelea compacto, inalterable, como si fuese un animado castillo de acero; el valiente Alcaide de los donceles se sostiene en la salida de un desfiladero, y haciendo tocar muchas trompetas entre las montañas, á falta de soldados, llama á los ecos en su ayuda, y aterra al enemigo con el marcial estruendo: pero hay doce muslimes para cada cristiano, y aunque la infantería mora se encuentra embarazada con el botin, la brillante caballería lucha con impetuoso denuedo. En medio de los escuadrones mas briosos descuella como un cedro el centenario Ali-Atar: su presencia sola infunde invencibles alientos á la nobleza granadina, y atrae á la juventud castellana, deseosa de vencer al mas temible de sus enemigos. ¿Quién es aquel caba-

llero, que acaba de perder tres caballos, y á pié, cubierto con el escudo, desafia la cólera del formidable Alí? Los bravos que le acompañan llevan las divisas de Ribera y Sandoval. Bien defiende su puesto el desmontado campeon: de un revés ha degollado el magnífico alazan del caudillo moro, y á este lo pasa de una estocada: la victoria parece decidirse por el valeroso cristiano... Pero, ay!... que cien lanzas le rodean; Alí se levanta, toma otro caballo, y sus fieros escuadrones atropellan á los guerreros de Ribera, y trotan sobre sus cuerpos ensangrentados.

La mirada de Gonzalo se fija en aquel punto.

—Allí está el ala que debemos herir! grita á sus compañeros. El viejo Alí va atravesado de una estocada: si logramos rendirle, nuestra será la victoria.

Y partiendo á galope tendido, cubierto con las terreras del arroyo de Martin Gonzalez, en pocos momentos llega al lugar de la pelea, sale de pronto á campo raso y acomete sereno á la retaguardia de Alí-Atar. Su nombre terrible vuela de boca en boca hasta los oidos del veterano, que se revuelve impávido, y exclama:

—Donde está ese Gonzalo tan temido! Venga á mí, por Alah! que ha mucho tiempo deseo probar el temple de sus armas.

Pero estaba escrito que los dos mas bravos guerreros de España no llegarian á encontrarse cuerpo á cuerpo. En el tumulto de la sorpresa se habia desordenado la gente de Alí: Gonzalo, frio calculador de los peligros, aun en medio del mas ardoroso choque, sabe que su ventaja consiste en una ilusion del enemigo: quiere que este venga á estrellarse contra sus lanzas, y le espera, en lugar de precipitarse; porque esto daria á conocer la pequeñez de sus fuerzas: es valiente, es audaz; pero no temerario. Entre tanto su hermano D. Alonso, arrastrado por el ímpetu de la carrera, se precipita con algunos hombres de armas en medio de los escuadrones musulmanes. Las lanzas les abren delante una senda de cadáveres: una de ellas encuentra la adarga de Alí, que la repele y rompe; la maza del sarraceno derriba de un golpe al caballero: tras de este llegan otro, y otro, y

ambos sucumben al esfuerzo de aquel brazo poderoso: el cuarto avanza con mas brios ; es el señor de Aguilar, que con la espada en alto se asemeja al santo patron de España: su escudo cae roto al primer golpe; su caballo y el del moro se envisten, se chocan con estruendo, y ansian despedazarse con los dientes: el cristiano hiere á su contrario en la cabeza y le aturde; luego le descubre la juntura del arnés, y le pasa la espada por el cuerpo. Alí se derrumba de su caballo, como el alud que baja de la montaña.

Mil guerreros intentan vengarle y defenderle; pero él les dice:

—No penseis ya en mí! La vida me abandona!... Salvad al rey!...

A estas palabras la consternacion se apodera de los ánimos. No hay salvacion para nadie, faltando el bravo Alí, la mejor lanza de la morisma. Sin embargo, todos quieren obedecer la última órden de su gefe, corren, se atropellan y son perseguidos por el de Aguilar: la fatal nueva cunde, y los batallones de infantería se dispersan en masa, dejando en el campo las armas y el botin. Entre tanto Gonzalo arrolla la caballería, y se cruza entre ella y el cuerpo de Alí; pero viendo á dos de sus hombres, que tienen asida la blanca barba de este guerrero y se disputan su cabeza.

—Deteneos! les grita, volando á ellos con la espada sangrienta: respetad esas canas!... Respetad la memoria del mas valiente de los musulmanes!

El anciano guerrero abre los apagados ojos, y quiere incorporarse: aun queda vida en aquel cuerpo privilegiado: busca á Gonzalo, pero no puede verle, y vierte una lágrima.

—Tú eres el héroe de quien yo debia recibir la muerte, dice con sordo acento: Ven, acércate, generoso Gonzalo... que yo toque tu mano antes de morir.

Gonzalo desciende de su caballo, y se arrodilla al lado del moribundo; le estrecha una mano entre las suyas y le dice:

—Aun puedes vivir, si quieres, valeroso Alí: hay otra

vida mejor mas allá del sepulcro... Si yo pudiese dártela...

—Sí, puedes dármela, replica el anciano: junto á la tumba veo la luz de la eterna verdad... La religion que produce hombres como tú, es la única verdadera. Quiero ser cristiano y adorar al Dios que tú adoras.

Gonzalo manda traer agua del vecino arroyo: un soldado corre, y á poco vuelve, presentándosela en un capacete. El jóven guerrero invoca á la Divinidad, y vertiendo lágrimas de gozo, bautiza al endurecido veterano.

En este momento se vé llegar, atravesando el campo á todo escape, un arrogante moro. Es Alí, el segundo hijo de Alí-Atar, que ha sabido la muerte de su padre, y viene á impedir que se profanen sus despojos. Gonzalo no sabe quien es, y se apresta para rechazarlo; pero el mozo, que reconoce por la blanca barba al autor de sus dias, no tiene valor para pelear.

—Noble castellano, dice al héroe cordobés: si has tenido padre y le has amado, tómame por cautivo, y permíteme abrazar esos restos venerables.

—Yo te los cedo con la libertad, le contestó Gonzalo; y ahora que estás aquí para evitar su profanacion, á Dios, Alí, que me aguardan en la batalla.

Y partió á juntarse con los suyos, que en union con las gentes del conde de Cabra y del Alcaide de los donceles, apretaban al enemigo contra las márgenes del Genil. El anciano general moro pudo aun proferir algunas palabras.

—Alí, amado hijo mio, barbotó: ese caballero que aquí habia es Gonzalo Fernandez... Amale como á un hermano... Tu padre te lo ruega... y te lo manda.... Adios!

No pudo decir mas: la muerte, compasiva con el que jamás la habia evitado, cerró sus oidos antes que á ellos llegase el rumor del desastre de su patria.

Ya los mas denodados campeones del Islam rehuian una muerte gloriosa, y la encontraban huyendo en las aguas del Genil: mas de cien caballeros de la guardia noble habian perecido de-

fendiendo á su rey: las banderas de las valientes tribus granadinas estaban en poder de los cristianos, cuando Martin Hurtado, caballero del conde de Cabra vé á un opulento moro montado en un caballo blanco, que se refugia en un cañaveral, á orillas del rio. Inmediatamente le acomete: el moro abandona su bridon, que rendido de fatiga no puede sostenerle, y se defiende á pie; pero otros soldados cristianos acuden contra él, y viéndose perdido, declara su nombre. Era el desventurado Abdalah.

—Victoria por el conde de Cabra!-Victoria por el Alcaide de los donceles! gritaban los vencedores.

Gonzalo, á quien casi se debe la victoria, no la reclama para sí: abraza sucesivamente á sus dos primos, les felicita, y parte con ellos á Lucena, donde le aguarda la que adora su corazon.

Pocos dias despues Granada y Córdoba ofrecian un notable contraste de las vicisitudes de la guerra: en la primera de estas ciudades habia públicos llantos y lamentos, pues se daba el primer ejemplar de que uno de sus reyes hubiese quedado preso en Castilla: en la segunda el júbilo llegaba hasta el estremo de olvidar las recientes desventuras y de compadecer al enemigo vencido. Pero en medio de este contento surgian incidentes desagradables: los dos Diegos de Córdoba, tio y sobrino, se disputaban la gloria de haber vencido el rey moro, y ansiosos de ganar cada uno para sí las albricias de la reina, parten precipitadamente á Vitoria. Doña Isabel los recibe mas como á iguales que como á vasallos, y dispensando á entrambos el honor de sentarse á su mesa, los reconcilia diciéndoles:

—No encuentro diferencia entre vosotros: hoy comereis juntos conmigo, pues no merecen menos los vencedores de reyes.

Entre tanto D. Fernando llega á Córdoba con un ejército formidable, que ha juntado por el camino: cincuenta mil son los hombres de combate, y treinta mil los taladores, que salen con él por las puertas de la ciudad. Granada tiembla al ver asomar por Puerto Lope aquella nube, que agosta los sembrados en flor y convierte en páramo la fértil Vega. Tajarja está entre Loja y Alhama, y es fortaleza que estorba la comunicacion con esta vi-

lla: el ejército de Fernando se detiene delante de sus muros, y Tajarja desaparece como la cera junto al fuego. Alhama recibe mil acémilas cargadas de mantenimientos, y el rey vuelve triunfante á Córdoba, sin haber encontrado enemigos que le disputen su marcha.

Todo esto habia sucedido mientras Colon, olvidado del mundo, pasaba los dias oculto, y las noches en claro, entregado á la felicidad que le proporcionaba su amor. Pero el ruido de tan grandes victorias llegó hasta el apacible retiro de los amantes, y despertó al marino genovés de su dulce letargo. Doña Beatriz misma le estimuló para que partiese.

—Colon, le dijo: piensa en nuestro porvenir y en los conflictos que han de cercarnos en dias acaso no muy distantes. El rey está en Córdoba: la reina va á llegar. Aprovecha los momentos de entusiasmo y alegría, en que los ánimos están dispuestos para todo lo grande, y no descanses hasta ver realizados tus deseos.

Cuando Colon llegó á Córdoba el espíritu público estaba fuertemente escitado por la magnitud de los acontecimientos: la muchedumbre llenaba las calles y plazas ansiosa de novedades: á todas horas entraban magnates seguidos de acompañamiento régio: era inmenso el bullicio de la gente de guerra que se agitaba por todas partes, viéndose mezclados los diversos trages y armas de todas las provincias de España, los soldados de todas clases, desde los rudos honderos de los Pirineos y de Cantábria hasta los magníficos guerreros del Infantado. Allí vió entrar con fausto y ostentacion al rey prisionero, escoltado por el alcaide de Porcuna Martin de Alarcon, y acompañado de sus vencedores, que le trataban con afable cortesía: le vió dirigirse al palacio donde le aguardaba D. Fernando rodeado de los primeros capitanes y grandes de Castilla y Aragon: los duques del Infantado y de Medinasidonia, los marqueses de Cádiz y de Villena, los condes de Ureña de Benavente y de Haro y otros cien caballeros, ilustres por su sangre y por sus hazañas.

Girando alrededor de esta corte deslumbradora, como el dé-

bil satélite en torno de un esplendoroso planeta, Colon sentía por una parte crecer sus esperanzas, y por otra su pequeñez. ¿Como podia él penetrar en aquel foco de magnificencia? Y los mismos acontecimientos que tan ocupadas traian todas las cabezas, ¿no eran un obstáculo insuperable para hacerse oir?

Ya que no le fuese dado entrar en comunicacion inmediata con la corte, procuraba informarse de todo cuanto en su seno pasaba: supo cómo el rey habia recibido al desgraciado Abdalah, dándole los brazos y no permitiéndole que le besase las manos; cómo habiendo llegado Aben Comixa y otros personages granadinos con una embajada de la sultana madre para tratar del rescate del rey moro, el consejo de capitanes se habia dividido en pareceres, opinando el marqués de Cádiz y Gonzalo de Córdoba que convenia otorgarle la libertad, dejándole obligado, y otros que debia tenérsele cautivo; y cómo inclinándose D. Fernando al dictámen de los primeros, defirió por último la resolucion del asunto al juicio de la reina.

Colon tenia toda su esperanza en Isabel: los hombres no le inspiraban tanta confianza como las mujeres para hacerse comprender.

—Y vendrá pronto la reina? preguntó al que le daba estas noticias.

—Ya está en camino, y debe llegar á Córdoba de un momento á otro, le contestaron.

Con esto se retiró tranquilo á su posada: sin embargo, los dias le parecian años, creyendo que sus proposiciones serian oidas tan pronto como fuesen enunciadas. Si hubiese sabido que aun habia de atravesar una larga série de humillaciones, acaso habria desistido de su colosal proyecto.

Pero el amor y la esperanza le sostenian. Por fin los preparativos de fiesta y el movimiento de la poblacion le anunciaron la venida de doña Isabel, y corrió á ser de los primeros que la viesen pasar: á todos preguntaba si conocian á Fray Hernando de Talavera y á la marquesa de Moya, y cuando se los indicaron á los lados de la reina, los siguió sin perderlos de vista, y llegó

hasta las puertas del palacio, atropellado por la muchedumbre. Las guardias no le dejaron entrar; pero aguardó allí hasta la noche, y á cuantos salian les mostraba las cartas, que necesitaba entregar al confesor y á la dama de doña Isabel.

Nadie, sin embargo, favorecia sus pretensiones, hasta que acertó á pasar junto á él un eclesiástico, el cual á su indicacion, hecha en mal español, contestó afablemente en correcto italiano:

—Venid, amigo: yo os conduciré á la estancia de Talavera.

Colon acababa de encontrar un tesoro en aquel hombre, pues era un compatriota suyo, un sábio y persona de alta posicion en la corte: llamábase Alejandro Geraldini, y desempeñaba el cargo de preceptor de los infantes de España. Sin conocerle el marino, la calidad de italiano le inspiró bastante confianza para indicarle al punto el objeto de su gestion: el eclesiástico le escuchó con sorpresa, y aunque no dió crédito á sus palabras, conociendo por ellas que era un hombre instruido y no un charlatan, despues de dejarle á la puerta del aposento de Talavera, le dijo su nombre y habitacion, añadiendo:

—Podeis venir á verme cuando gusteis, y hablaremos de eso despacio.

El confesor de la reina no estaba solo cuando Colon obtuvo el permiso de verle: se hallaba con él D. Pedro Henriquez, el tio de doña Beatriz. Talavera tomó la carta del Padre Marchena y la leyó, mostrando en el semblante la satisfaccion de quien recibe nuevas de un amigo á quien estima; pero luego que se hubo enterado del asunto que se le recomendaba, se encogió de hombros con aire de conmiseracion, y dijo:

—Y sois vos este Colon, de quien me habla mi amigo?

—Yo soy, señor, contestó el genovés.

—Válgame Dios! esclamó el buen Talavera. Qué crédulo es el pobre fray Juan Perez! Lo que pretendeis, amigo Colon, es una cosa irrealizable..... Creedme: no insistais en estos delirios, porque ofendereis á Dios y perdereis el juicio.

—Señor, repuso Colon: no llameis delirios á lo que la ciencia humana y los libros divinos me muestran como cosa palpable. Dignaos oirme, y os convencereis de la verdad.

—Bien, hombre, bien, replicó Talavera con su natural bondad: os oiré, aunque estoy seguro de que no me habeis de convencer; pero ahora es imposible: venid otro dia y discutiremos, siquiera sea por pasatiempo.

Colon se retiró poco satisfecho de esta entrevista, pero confiado en el poder de su ciencia para vencer otro dia la incredulidad del religioso. Este se volvió á D. Pedro Henriquez, y le enteró de las pretensiones del genovés. El Adelantado soltó una carcajada y dijo:

—Vamos, ahora no estraño las ínfulas de ese hombre. Pobre diablo! Está loco de atar.

—Le conoceis? preguntó el confesor.

—Sí, reverendo Padre: le conozco, y os aseguro que vive de milagro. Es un genio díscolo y atrevido, que no ha mucho tiempo me provocó del modo mas insolente. Pero me alegro de no haberle castigado, ahora que veo que es un pobre de espíritu.





LIBRO QUINTO.

VALOR Y FE.

CAPITULO PRIMERO.

La hazaña de la Vírgen.

HAN pasado cuatro años: en tan corto período, Granada presa de las disensiones intestinas, ha visto tres reyes en su recinto, y ha prodigado su sangre en estériles revueltas, que léjos de mejorar su suerte la empeoran de dia en dia.

Las armas cristianas, sostenidas por el entusiasmo ardiente de la reina Isabel y por el valor personal de su marido, han marchado, entre tanto, de victoria en victoria, y los dominios de Castilla se estienden ya hasta los muros de Málaga. Loja es la puerta que debe guardar estas conquistas y cerrar el paso á las mermadas huestes granadinas: á poseerla se dirigen, por lo tanto, las miras del prudente y animoso Fernando. En esta empresa no le ayudan ya solamente los grandes y caballeros

castellanos, andaluces y aragoneses: el fervor por la guerra santa se ha estendido á todos los paises de la cristiandad: el Papa ha otorgado indulgencias á los guerreros que concurran á ella, y subsidios pecuniarios para llevarla á feliz término; y de Italia, de Alemania, de Inglaterra y Portugal acuden paladines aventureros, que desean compartir los laureles de la Cruz con los soldados españoles.

Mientras el rey Fernando combate á Loja, varios de sus mejores capitanes asedian las demás villas fuertes situadas en torno de la Vega, que sirven de antemural á Granada: Gonzalo de Córdoba está sobre Illora y Moclin: Alhendin y la Malaha se ven amenazadas por Martin de Alarcon, íntimo amigo de aquel héroe. Ningun brazo de algun valer está ocioso, y la fama de las hazañas singulares y de las mas eminentes proezas llega hasta los pueblos recien conquistados, cuyos guardadores, en medio de los peligros á que se hallan espuestos por las continuas asechanzas del enemigo, las oyen referir con envidia loable, porque se creen ociosos, mientras otros mas afortunados guerrean.

En la puerta del castillo de Alhama estaban una tarde sentados los escuderos y algunos amigos de Pulgar, departiendo sobre los varios sucesos, que habian llegado á su noticia, y recordando los lances en que ellos mismos habian tenido participacion. Quince eran entre todos, hombres de mucho esfuerzo y acostumbrados á seguir en sorpresas y correrías, en lides y combates desiguales al valiente contador de la villa, á quien miraban mas como á hermano ó padre que como á caudillo.

Uno, entre los demás, aunque vestido á la castellana, y que de buen cristiano se preciaba, tenia en el rostro y en el aire de su persona los rasgos propios de la raza árabe, y aun su lenguage incorrecto y gutural revelaba el mismo orígen.

—Yo te aseguro, amigo Pedro, decia el escudero Tristan al morisco, que nuestro señor tiene alguna pena secreta; y no diré que no sea por verse aquí mano sobre mano, cuando pudiera dar testimonio de su valor en el campo, como el mas cumplido caballero: pero tambien es cierto que sus cavilaciones comenza-

ron el dia que te hizo cautivo en las márgenes del Genil. Qué dia aquel! ¿Te acuerdas?

—Lo tendré presente toda mi vida, contestó el morisco; porque en él aprendí á despreciar á mi raza menguada, y conocí el valor y la bondad de mi padrino y señor Hernan Perez, por quien vivo y por quien soy cristiano. Aquel dia venia yo de los campos de Lucena, donde fué derrotado el rey Chico, y donde murió el valiente Alí-Atar, despues de haber visto caer exánimes á sus piés á caballeros tan animosos como D. Diego de Ribera. Yo abandoné el campo, siendo ya de noche, y no fugitivo, como otros cobardes, sino trayendo prisioneros: y el que hoy es mi señor y padre, y con cuyo apellido me honro, no me habria vencido, á no ser por la bajeza de los que me acompañaban, que todos huyeron.

—Dímelo á mí, repuso Tristan, que aun conservo una cicatriz en este hombro, y no de arma de moros, sino de una lanzada que me dió nuestro señor. Porque ahora que ya eres cristiano como nosotros, puedes saber lo que allí pasó. Ibamos con nuestro bravo caudillo unos ochenta, cuando apareciste con aquella turbamulta de enemigos: todos nos arredramos y quisimos volver las espaldas. Pero Hernando que tal vió, ardiendo en ira, enristró la lanza, y nos dijo:-«Si de los moros pensais huir, no escapareis de mis manos.» Y con tal furia comenzó á herir en nosotros, que si no acometemos pronto á los vuestros, no quedamos allí uno con vida. ¡Oh! Todavia me avergüenzo de mi cobardía!

—No, buenas lecciones nos ha dado el valiente Pulgar, dijo Gerónimo de Aguilera: el que á su lado sea cobarde, lo será aunque le mande el apóstol Santiago.

—Así es la verdad, repuso Diego de Baena; y no sabe el rey lo que pierde, con no tenerle á su lado. Sabeis lo que yo creo? Que S. A. está resentido de nuestro señor por alguna cosa, que no es cuerdo adivinar, y por eso le mantiene retirado del ejército, donde podria prestar tan buenos servicios.

—Algo hay de eso, observó Tristan; pues yo sé que nuestro

gefe ha solicitado ir al sitio de Loja, y no se le ha concedido esta gracia, bajo pretesto de que su valor es necesario en Alhama; y tambien sé que alguien ha recibido contento de ello.

—Quién? preguntaron varios á la vez.

—No penseis mal, repuso Tristan: hablo de nuestra querida señora doña Francisca.

—A propósito, dijo Diego de Baena: creo adivinar ahora la causa de la tristeza de Pulgar. Sabeis que era muy amigo de aquel Ribera, que murió á manos de Alí-Atar, y desde entonces precisamente anda pensativo.

—Yo pudiera decir mucho sobre eso, contestó Tristan; pero me callo. Lo que hay de cierto es que el deseo de pelear por la fé le consume, y mucho mas con las hazañas que se cuentan de varios de sus amigos y en particular de Gonzalo de Córdoba. La aventura de los molinos le ha dado mucho en qué pensar, y desde que aquí se supo, no me ha dicho dos palabras seguidas.

—Qué aventura es esa de los molinos? preguntó Cristóbal de Castro.

—Es posible que la ignoreis? repuso Francisco de Bedmar. No se ha hablado de otra cosa estos dias. Ya sabeis que desde el desbarato de Lucena, Gonzalo de Córdoba y el rey chico quedaron muy amigos, como que aquel valiente capitan influyó mucho para que nuestros reyes diesen la libertad al moro, y aun le ayudó á tomar posesion de su reino, que habia vuelto á ocupar el viejo Muley Hacem. Muerto este, segun dicen, con veneno que le dió su hermano el Zagal, los dos *Baudelís*, tio y sobrino se repartieron el mando; pero Gonzalo continuó ayudando á su amigo, como á tributario y aliado de Castilla, y habia dentro de Granada una guerra contínua; cosa que al cabo redundaba en servicio de Dios, y favorecia el triunfo de nuestras armas.

—Es cierto, dijo Aguilera; y solo por eso se puede hacer alianza con los alarbes; pues ya veis el pago que el rey Chico ha dado á los favores del rey nuestro señor y á los servicios de Gonzalo, juntándose ahora con su tio el Zagal, y viniendo á Loja á rechazar á los critianos.

—Pues bien, continuó Bedmar; por eso mismo, resentido Gonzalo, juró pegar fuego á Granada; y hace pocas noches, partió desde Moclin con unos cuantos hombres de su confianza, y llegó hasta los molinos que hay al pié de Granada, pasada la ribera del Genil; apresó á los molineros, les tomó la harina, y quiso entrar en la ciudad; pero como se alborotasen los moros y no podia él cumplir su juramento, se acercó á las puertas del castillo de Bib-Taubin y les pegó fuego, volviéndose tranquilo á su fortaleza.

—Buena hazaña, pardiez! exclamó Cristobal de Castro: pero ¿qué motivo es ese para que se aflija Hernando?

—Ahí, es nada! replicó Tristan: cada proeza de nuestros guerreros es una puñalada para Pulgar; y no porque conozca la envidia, que se alegra y mucho de que triunfen sus amigos, y los elogia con lágrimas en los ojos; sino porque quisiera él hacer otro tanto.

Aquí llegaban de su plática los buenos escuderos, cuando se presentó á su vista Pulgar, que venia de la mezquita, recientemente convertida en templo cristiano: aun traia húmedos los ojos, como de haber llorado.

—Pláceme de hallaros aquí reunidos, mis leales amigos y compañeros, dijo; porque deseo comunicaros un pensamiento, que solo puedo tratar con hombres de vuestro esfuerzo. Mas como importa mucho el secreto, quisiera que vinieseis todos á mi casa, donde hablaremos despacio.

Levantáronse al momento los quince, mostrando así á Pulgar, mejor que con palabras, cuanto eran gustosos de obedecerle, y le siguieron á su morada, en donde haciendose rodear de ellos como un padre de sus hijos, el caudillo les habló de esta manera:

—Bien sabeis que el rey me ha negado la gracia que le pedí de salir á campaña con S. A. No estoy quejoso, pues conozco que mis escasos merecimientos no me hacen acreedor á tanta merced; mas por lo mismo he determinado emprender alguna hazaña que realce mi nombre. La ocasion es oportuna: la reina

nuestra señora viene á los reales de Loja; y cuando no habrá un solo guerrero que deje de ofrecerle muestras distinguidas de sus hechos, fuera mengua para mí no merecer siquiera un recuerdo. La empresa que medito es, sin embargo, demasiado arriesgada, para que yo esponga en ella vuestras vidas: únicamente os ruego que, á fin de preservar la mia, me acompañeis hasta las puertas de Granada.

Un grito de sorpresa se escapó de todos los labios:—Bedmar fué de los circunstantes el único que se atrevió á responder:

—Vuestros ruegos, Pulgar, son leyes para nosotros, y no hay aquí ninguno que deje de seguiros á donde quiera que nos mandeis.... Pero si el amor que os tenemos pesa algo en vuestra voluntad, nos permitireis aconsejaros que desistais de una empresa temeraria.

—No prosigais, interrumpió Pulgar: yo no os mando, ni pretendo exigir que me acompañeis; pero tampoco os he llamado para que me deis consejo. Mañana voy á entrar en Granada con el favor de Dios y de su Santísima Madre, y si en esta ocasion me faltais, confio en el que todo lo puede, que, aun yendo solo, me sacará ileso del peligro.

Y esto diciendo, se levantó, alcanzó la espada de su padre, que alli en el muro estaba colgada, y comenzó á limpiarla.

Mirábanse atónitos unos á otros los escuderos, dudando aun si era realidad lo que acababan de oir; pero sabiendo por esperiencia que Pulgar nunca hablaba en vano, se consultaron entre sí unos breves momentos, y luego dijo Aguilera.

—Hernando, aunque ignoramos lo que pensais hacer en Granada, y solo comprendemos que os esponeis á morir, nos basta esto para que no os abandonemos. En vuestra compañia iremos todos; pero no para quedarnos en las puertas de la ciudad, sino para entrar en ella; y lo que sea de vos, eso será de nosotros.

No supo responder Pulgar á estas palabras de otro modo que dando las manos á sus amigos, que se las besaban á porfía.

—Ea, pues, compañeros, les dijo, luego que la emocion dió treguas al sentimiento: apercibíos para la marcha que ha de ser

esta misma noche con grande recato: si necesitais espadas de buen temple, yo las tengo de las mejores de Toledo. Poneos la jacerina debajo de los vestidos, que ha de ser vuestra única defensa, y no descuideis el llevar capellares ó albornoces, pues habremos de necesitarlos tal vez para pasar por medio de los enemigos. Id, y no os detengais, que aquí aguardo.

Añadió el caudillo á estas otras razones, alentando el valor de sus compañeros y dándoles muestras personales del aprecio en que los tenia, y así les fué acompañando hasta la puerta de su casa. Solamente se quedaron en ella Tristan y el converso Pedro de Pulgar para disponerle el caballo y los demás arreos.

Al regresar Hernando á su aposento encontró en él á doña Francisca, que inundada en llanto le acogió en sus brazos, diciendo:

—Qué intentas hacer, esposo mio? A qué vas á Granada? Oh! No te basta vivir feliz conmigo, ó estás causado de mi amor, y deseas buscar el reposo en una muerte inevitable.

—Francisca, amada mia, contestó el héroe: ¿puedes tú reconvenirme por lo que intento hacer, siendo en pró de mi honra y de la tuya?

—Pero qué ambicionas? repuso doña Francisca. ¿No tienes un nombre respetado y querido; riquezas, cuantas nos bastan para pasar una vida tranquila y dichosa, y el aprecio de nuestros reyes? Qué mas quieres, Pulgar?

—Quiero merecer todo eso! replicó Hernando con las megillas inflamadas. Los reyes me han hecho mercedes, que demuestran su estimacion, es verdad; pero no me admiten á tomar parte en sus empresas. ¿No habrá quien diga que me dieron lo que no gané? No habrá quien presuma que recibí dones de gracia en obsequio á mi mujer?

—No te comprendo, Pulgar... Acaso ¿no has espuesto cien veces tu vida por la patria? Y no vale tu vida las tierras que posees?

—No: mis servicios no igualan al premio que he recibido por ellos: y además, Francisca... ¿por qué me rechaza el rey?...

Oh! Tú no comprendes nada de esto: algun dia lo comprenderás. Recuerda la manera estraña como se efectuó nuestro enlace, y no me preguntes mas, ni me detengas: mi honor es el tuyo, y quiero que resplandezca como el sol.

—Pero tambien tu vida es la mia, Pulgar, y si murieses me matarias!

—Oh! No desesperes así, corazon mio, le repuso Pulgar abrazándola. He puesto mi empresa bajo el amparo de la Vírgen Maria. ¿Puedes temer que me abandone nuestra madre amorosa? No lo temas. Antes de tres dias volveré triunfante, y habré consumado la hazaña mas grande que hayan visto los hombres.

Ni los ruegos, ni las lágrimas de doña Francisca bastaron para conmover la firme resolucion del héroe. Llegó la noche, y ya no se sentia en la villa mas rumor que el de las rondas que vigilaban en su recinto, cuando comenzaron á desfilar los quince escuderos en pos de su denodado caudillo. La guardia de la puerta por donde aquellos intentaban salir se componia de tropas de la Hermandad, y el oficial que la mandaba era un anciano de ochenta y seis años, á quien varias veces hemos encontrado en el discurso de esta historia; el cual, apenas sintió el ruido de los caballos, se adelantó con algunos hombres á reconocer á los que venian.

—Soy yo, Juan del Prado, soy Pulgar, le dijo el caudillo: abridnos la puerta, y os lo tendré á mucha merced.

—Aunque fuera la del cielo os abriria, si fuese yo el portero, mi bien señor, le contestó el veterano.–Y luego que hubo hecho lo que Hernando le pedia, mientras iban saliendo los escuderos, les dijo en tono festivo:

—*¿Con Pulgar is? La cabeza llevais pegada con alfileres.*

Riéronse todos de la agudeza, y aun el mismo Pulgar no pudo mantener la seriedad del semblante; con lo cual, aunque hablaron poco y anduvieron mucho, no les faltó el buen humor durante la noche.

Al amanecer hicieron alto los valientes aventureros á dos leguas de Granada, y á fin de evitar las miradas de algun tran–

suente, se retiraron detrás de un monte fuera del camino, donde permanecieron hasta la traspuerta del sol. En el transcurso del dia encargó Pulgar á sus compañeros que le buscasen por el campo atocha y retama secas, para hacer hachos; visto lo cual por Aguilera, y acordándose de la reciente hazaña de Gonzalo de Córdoba, no pudo menos de preguntar á su capitan:

—Por ventura, vais á pegar fuego á Granada?

—Lo has acertado, amigo Aguilera, contestó el caudillo: voy á eso, y á tomar posesion del lugar de mi sepultura; pues como no sé el tiempo que he de vivir, quiero estar prevenido.... Y no es decir que vea cercana mi muerte, añadió sonriéndose; que larga vida me prometo, si Dios me ayuda; sino que necesito tener algo mio dentro de Granada, y hacerlo sagrado, para que haya empeño en cobrarlo.

Miráronse unos á otros los escuderos, y sin hablarse, ratificaron el propósito que habian hecho de no abandonar á su gefe en ningun trance, y de morir con él, si tal era su destino.

La noche cerró muy oscura, favoreciendo los temerarios intentos de Pulgar, que soltando las riendas á su caballo, y seguido siempre de sus fieles amigos, cruzó en breve tiempo la dilatada Vega, y no paró hasta pisar las arenas del Genil, cerca de una mezquita que habia extramuros de la ciudad, convertida hoy en ermita, y dedicada á San Sebastian. Allí, puesto en medio de sus compañeros, comenzó á despedirse de ellos en voz baja; pero Diego de Baena le cortó la palabra, diciéndo:

—Hemos jurado seguiros á donde quiera que vayais: así pues, mostradnos el camino, pues ninguno de nosotros ha de quedarse atrás.

—No habia pensado que me acompañase nadie mas que Pedro, porque, como natural de esta ciudad, sabe bien las entradas y salidas, repuso Pulgar; pero ya que os empeñais, seguidme: atravesaremos el Genil, cortando de soslayo la corriente, pues vá crecido. Al otro lado está la desembocadura del Darro: entraremos en él, caminando por dentro del agua, y con mucho sigilo, no sea que nos sientan los centinelas y escuchas de

Bib-Taubin, y se malogre nuestro intento; y en llegando al último puente, allí me aguardareis.

No habia concluido de hablar el caudillo, y ya tenia su caballo el agua á la cincha: todos los demás le siguieron, tanteando el vado, y conteniendo la respiracion por temor de ser descubiertos; aunque la oscuridad de la noche, el estrépito de las aguas y los bramidos del viento parecian contribuir al logro de sus esperanzas. Pulgar, entre tanto, mas cuidaba de sus compañeros que de su propia persona: volvíase á contarlos, y los llamaba por sus nombres, para asegurarse de que no faltaba ninguno.

Marchando contra la corriente del rio, nuestros audaces aventureros lograron llegar sin el menor contratiempo hasta colocarse al abrigo de un ancho puente, situado á la entrada de la ciudad. Allí volvió Pulgar á despedirse de sus amigos; pero movióse un fuerte altercado entre él y ellos, porque ninguno queria obedecerle, quedándose en aquel lugar, que reputaban de menor peligro. Fué menester que el caudillo desplegase toda la energia de su carácter, diciéndoles:

—Puesto que á todo trance quereis arrebatarme la gloria de esta hazaña, sabed que antes de consentirlo morirémos todos; porque, ó haceis mi voluntad, ó juro por lo que traigo al pecho, que daré voces hasta que nos oigan los enemigos.

Enmudecieron todos al oir esta desesperada resolucion, y Pulgar entonces, aprovechando los momentos favorables, continuó diciéndoles, para acabar de sosegarlos:

—No pretendo arrogarme todo él mérito de esta empresa, en que teneis tanta parte como yo: y porque veaís que es así, consiento en que me acompañen seis de vosotros,... cualesquiera... los que estaís aquí mas á mano... Los demás quedareis en este sitio para velar por nuestras vidas... Ven tú, Pedro, y mira como cumples... y vosotros, Bedmar, Aguilera, y tú, Tristan, y Montesino Dávila, y Baena... y nadie mas... nadie mas! añadió con energía, viendo que otros se adelantaban... Vosotros quedais aquí, y si oyéreis que os pedimos auxilio, podreis acudir en

nuestra ayuda; pero si el peligro fuese demasiado grave, volveos por el mismo camino, antes que os corten la retirada.

Diciendo esto, Pulgar entregó su caballo á uno de los que allí quedaban: lo mismo hicieron los demás que debian acompañarle, y juntos con él emprendieron el camino al centro de la ciudad, siguiendo el cauce del rio, guiados por el adalid Pedro, que les condujo hasta la inmediacion de un magnífico palacio, en frente del cual facilitaba la subida al ribazo un arroyo de desagüe. Por este punto treparon unos en pos de otros, y pasando una estrecha calle, cruzaron la del Zacatin y se hallaron á poco en una plaza rodeada de soberbios edificios: el que estaba enfrente era la mezquita mayor.

Mandó Pulgar á su liberto y á Montesino Dávila que le aguardasen á la entrada de la calle, y llevando una cuerda encendida, y un hacha de cera, que para su intento traia preparadas, se encaminó con los otros cuatro á la puerta principal de la mezquita: estando allí encendió el blandon y dió la mecha á Tristan; y sacando del pecho un pergamino, de cuyos ángulos pendian cintas verdes y rojas, lo mostró á sus compañeros, diciéndoles:

—Ved aquí el objeto que á Granada me trae, amigos mios: esta empresa es de la Reina de los Cielos. Sed vosotros testigos de que tomó posesion de esa mezquita para templo de la Vírgen María, y acordaos que de aquí mismo deseo ser sepultado, cuando sea Dios servido llevarme de este mundo.

Llenos de asombro y veneracion contemplaron los escuderos el cartel de Pulgar: sobre un fondo dorado, que reberberaba á la luz de la antorcha, vieron escrita en latin y en gruesas letras azules el *Ave-María*, y debajo, en caractéres mas pequeños un testimonio de la toma de posesion de la mezquita para templo de la Vírgen.

Pulgar colocó el cartel con una mano contra la puerta, y arrodillándose, oró con fervor un corto rato: sacó luego el puñal y clavándolo con fuerte ímpetu para atravesar las planchas de bronce de que aquella estaba forrada, dejó pendiente de él el pergamino, exclamando:



Esta empresa es de la Reina de los cielos.

—Vírgen purísima, reina del Cielo y de la tierra, en tu poder confio. Yo te consagro esta casa: recíbela por tuya, y haz que en ella te rindan adoracion los fieles por los siglos de los siglos!

En seguida se levantó, dejando el hacha encendida arrimada á la puerta, y encaminó sus pasos á la Alcaiceria, opulento barrio, allí cercano, donde los moros tenian concentrado su comercio de sedas: era un recinto cerrado, dentro del cual y fuera de sus muros habia siempre guardas en vela para custodiar las riquezas en él depositadas. Pulgar se dirigió á una de sus puertas con mucho recato, y pidió á Tristan la cuerda encendida que poco antes le entregára. Pero Tristan la habia apagado, haciendo con ella una cruz y dejándola arrimada á la mezquita.

—Oh! mal hombre! Qué has hecho! exclamó el caudillo con ira.

Y sin ser dueño de refrenar su cólera, tiró al escudero una cuchillada, que le alcanzó en el rostro.

—Sosegaos, señor, dijo Baena, que yo os traeré fuego.

Y corrió hácia la mezquita con ánimo de recoger el blandon, que habia quedado ardiendo: pero al doblar la esquina del Zacatin, tropezó con uno de los guardas que por allí rondaba, el cual reparando en el trage del cristiano, comenzó á gritar pidiendo auxilio. De una cuchillada le tendió Baena en el suelo; mas no pudo seguir adelante, pues de la casa del alfaquí mayor salian muchos moros armados, y otros acudian por varias partes al ruido de la alarma.

No sin gran riesgo logró Baena reunirse con Pulgar y sus demas compañeros, que ya se abrian paso con las espadas por entre la muchedumbre de furiosos alarbes. Pero la sorpresa y la confusion ayudaban á nuestros aventureros en aquel apurado trance; y gracias á la fidelidad de Pedro el converso, que los guió por el revuelto laberinto de estrechas calles, pudieron saltar á la caja del rio, donde ya estaban disponiéndose á ir en su socorro los que habian quedado bajo el puente. Sin detenerse mas, recobraron los caballos, y volviendo por el mismo camino que habian traido, salieron al campo. Todos se abrazaron con lágrimas de gozo, al verse libres del eminente peligro, y partieron á escape por la llanura, oyendo á lo léjos el estruendo que hacian dentro de la ciudad los muslimes alarmados.



CAPITULO II.

De cómo se trató de comprar una cabeza con una mano.

GRANDE fué la consternacion de los granadinos cuando vieron el cartel del *Ave-María* pendiente de un puñal en la puerta de su mezquita: mirando estaban aquel testimonio palpable de haber pisado caballeros cristianos las gradas del templo árabe, y no acertaban á creer esta, para ellos, horrible profanacion. Los alfaquies y santones prorumpian en lúgubres lamentos, y el muetzin llamaba á los creyentes del Profeta desde el alminar mas alto, para que acudiesen á pedir á Dios misericordia: el pueblo murmuraba de sus dos reyes rivales, acusando cada cual, segun sus simpatías, al uno de connivencia con sus enemigos, y al otro de abandono y descuido; pues no siendo así, parecia inconcebible que un puñado de aventureros, apenas vistos ni sentidos, hubiesen penetrado hasta el centro de la ciudad, sin recibir el castigo de su osadía. Los guerreros, entre tanto, se concertaban para tomar venganza de tamaño ultrage, y cada uno en el se-

creto de su conciencia revolvia mil medios y trazas de acometer por sí solo una singular hazaña, en desagravio de su patria y religion ultrajadas.

Nadie habia mas digno de esta empresa que Muza, el hermano bastardo del rey Chico; Muza, el mayor valiente despues de Alí-Atar, y el único que, deplorando las discordias de sus compatricios, á ninguuo de los partidos se aliaba, y á entrambos ofrecia el apoyo de su brazo, para combatir al comun enemigo. Pero Muza estaba en desgracia con su tio el Zagal y con su hermano: con el primero, porque habiendo este asesinado brutalmente al hijo menor de Aixa, durante las pasadas revueltas, él fué el único que se atrevió á reprobar en público consejo su bárbara conducta; con el segundo, porque amaba en secreto á Fátima, hija del abencerrage Aben Comixa, el único traidor de su tribu, que se habia pasado al partido del Zagal.

Muza era amado de todo el pueblo, que reconocia sus nobles y varoniles prendas, y esto tambien daba celos á los dos reyes contrarios, que, sin embago, aprovechaban su valor y esfuerzo en las ocasiones apuradas: era correspondido por Fátima, y esto le hacia odioso al zegrí Hamet, el mas feroz de su linage, que la solicitaba, sin poder rendir sus desdenes.

En estos dos guerreros puso el Zagal sus esperanzas para vengar la hazaña de Pulgar; y á fin de encender sus ánimos, mandó publicar en la corte, que daria la mano de Fátima al caballero que le presentase la cabeza del temerario cristiano. A un mismo tiempo corrieron á la Alhambra los dos animosos rivales, y aunque por diferentes caminos, llegaron á la vez á entrar por la puerta del alcázar: ambos llevaban lucidas escoltas de caballeros; ambos pretendian pasar delante, si bien á Muza tocaba este honor, como infante de Granada; pero el audaz Hamet le cortó el paso, poniendo mano al alfange.

—Traidor! gritó Muza cogiéndole el brazo y deteniendo la accion. ¿Ignoras que este palacio es mio?.... que mi sangre es la de tus reyes?

—Quien osa llamar traidor á un Zegrí? exclamó el bravo

Azaator, guerrero de esta tribu, que á la sazon llegaba, y que habiendo oido las palabras de Muza, sin saber el motivo de la querella, creyó que se trataba de sorprender la guardia del palacio.-A mí, soldados del rey Zagal! Defended á vuestro señor!

Y así diciendo, acometió, cimitarra en puño, á Muza, que no pudo menos de defenderse, poniéndose al frente de los suyos. Trabóse al punto una lucha desesperada y desigual entre los caballeros del infante, (muchos de ellos eran Abencerrages), y los fieros Zenetes y Zegríes de Hamet, á quien ayudaban los guardias de palacio, hasta que llegando el estrépito del combate á oidos del rey, salió éste, y cruzando su estoque entre los combatientes, dijo en altas voces:

—Traidor sea quien no rinda las armas á mi mandado!

Cesó entonces la pelea, y enterado el Zagal de la causa que la promoviera, no queriendo descontentar al Zegrí Hamet y sí abatir el orgullo de Muza, dispuso que ambos entrasen juntos y á la vez.

—Soy de tu sangre, malek! (*), dijo el valiente Muza: y si por mí consentiria en bajarme hasta el nivel del arquero mas humilde, por tí no quiero igualarme con el que puede ser mi vasallo.-A pedirte licencia para salir á vengar ultrages de la patria he venido: dámela si quieres, y Alah te guarde, pues desde aquí me vuelvo.

—De muy buen grado te daria la licencia que me pides, Muza, si no me hubieras desobedecido, le contestó el Zagal; pero hacer yo tu gusto, no haciendo tú el mio, fuera humillarme á tí. Vete, pues, que valientes me sobran en Granada.

—Plegue á Alah; que yo no te falte algun dia! replicó el infante. Y devorado por el despecho, volvió al rey las espaldas, y se marchó con arrogancia.

Muy ofendido quedó el Zagal por la conducta de Muza, y entrándose en palacio con los caballeros Zegríes, y otros de varios linages, que iban llegando, pasó con ellos á la sala de Justicia. Los Zegríes trataban de persuadirle, que el intento de

(*) Lo mismo que rey.

Muza no habia sido otro que el de sorprenderle, y que merced á su oportuna llegada no habia que deplorar algun grave atentado; pero tomaron la defensa del infante varios nobles Almoradies, y hubiéranse enconado los ánimos, á no cortar el rey la disputa, diciendo:

—Quede eso así.... Ya sabeis, caballeros, la afrenta que ha caido sobre Granada: el vulgo licencioso se atreve á motejar el descuido de mis guardias. ¿Quien de vosotros se encarga de volver por mi honra, trayéndome la cabeza del cristiano que reza este pergamino?

Y les mostraba el cartel de Pulgar estendido sobre una mesa.

Todos los que habia presentes se ofrecieron para llevar á cabo la hazaña: Reduan Venegas, Ibrahim Zenete, Azaator, y otros varios guerreros, las mejores lanzas de Granada. Pero dos avanzaron mas, tocando ambos á un tiempo el pergamino: eran estos Hamet el Zegrí, y Tarfe el Africano, moro de corazon empedernido, que nunca supo amar.

Miráronse frente á frente los dos guerreros, tratando de adivinarse las intenciones por los ojos: la barba rubia de Hamet temblaba á impulso de los celos; el membrudo y atezado rostro de Tarfe estaba sereno; inmóvil su barba negra y revuelta: solo en sus ojos chispeaba la ira.

—Valientes sois todos, y dignos de la empresa que os propongo, dijo el rey: pero ella es una y vosotros muchos: no es posible contentaros. Elegiré tres, Hamet, Tarfe y Azaator, y que echen suertes entre sí: el que salga primero, será dueño del cartel; los otros dos pueden escoger cabezas entre los guerreros cristianos, que buenas las hay para darse por contentos.

—Pero el premio.... dijo Hamet.

—El premio, interrumpió Tarfe, será de quien lo gane; de quien traiga la cabeza de Pulgar.

—Pues bien, repuso el Zegrí, echemos suertes, y acabemos.

Puestos los nombres de los tres competidores dentro de un morrion, sacó uno el Wacir Aben Comixa, y leyó:-«Tarfe!»

Tomó el africano el pergamino, y salió de la sala.

Fátima que habia presenciado la anterior escena, oculta detrás de una celosía, tembló al ver decidirse la suerte en favor del rudo africano. Perdiendo á Muza, todo destino era adverso para ella; pero ninguno tan cruel como el de ser entregada en manos de Tarfe.

Todo el dia lo pasó llorando la enamorada jóven, mientras los tres elegidos hacian sus aprestos para salir en busca del caudillo castellano, pues ninguno se contentaba con menos que con traer su cabeza. Llegó la noche, y Fátima pensaba en Muza: si él saliese á campaña, sin duda obtendria el premio de la victoria. Bien quisiera la tierna doncella que su amante lo alcanzase á menos coste; pero, ya que así estaba dispuesto, habria deseado poder siquiera esperar en su valor. ¿Y era posible qne Muza dejase de intentar el combate, aunque fuese menester contravenir á las disposiciones del rey, cuando de su amor se trataba?

Ya la ciudad dormia, reinando en toda ella un profundo silencio, cual si estuviese desierta, y aun se hallaba Fátima sentada junto á un agimez, contemplando, absorta en sus pensamientos, la luz vaga de la luna, que se quebraba en el follage de los amenos bosques del Generalife, cuando al pié de la torre donde ella tenia su aposento sonó el preludio de una cancion, que la hizo estremecerse de alegria y temor: prestó atencion, y oyó la voz conocida de su amado, que cantaba al compás de una guitarra:

Duerme, Fátima querida,
duerme, regalada flor,
que por tí vela tu amor.

—

Ya de mi ancho cinto pende
la invencible cimitarra;
ya impaciente mi caballo
la tierra, piafando, escarba:

Y mas inquieto su dueño
suspira por la batalla,
y ansiando volver triunfante,
cuenta las horas que tarda.—
Reposa, bien de mi vida,
duerme tranquila, mi amor,
en brazos de mi valor.

—

No aspiro al premio adorado;
aunque tras dél se va el alma!—
Que otro alcanzarlo no pueda
es lo que á mis ansias basta.
Y ¡ay de quien osado intente
robarme el bien que me mata;
pues ya en mi mano fulgura
la invencible cimitarra!
Descansa, dulce amor mio;
duerme, duerme, sin temor,
mientras torno vencedor.

Al concluir Muza de cantar esta estrofa, vió brillar junto al muro de la torre la hoja de un alfange, y oyó la voz de Hamet el Zegrí, que le decia:

—Si tanto deseas vencer, saca el acero, y aprovecha la ocasion, pues cerca tienes el enemigo.

—Hamet! gritó el bastardo, arrojando la guitarra, y poniendo mano á las armas. A tiempo vienes. Por Alah, que tengo el verte á gran fortuna!

Sin mas hablar, se arremetieron los dos rivales; sus alfanges se enroscaban en el aire, como dos serpientes, arrojando centellas, y caian con furia sobre sus cuerpos, que defendidos por las ocultas jacerinas, los rechazaban con áspero chasquido. La lucha se prolongaba, sin otro resultado, que el de fatigarse mutuamente ambos enemigos, á cual mas forzudo y valeroso, á cual

mas diestro é indomable, hasta que Muza, favorecido por la suerte ó el acaso, dió en la cabeza un tajo descomunal á su contrario, y le tendió en el suelo, dejándole por muerto. No se detuvo á ensañarse en el vencido: levantó en alto su brazo vencedor, armado con la fuerte cimitarra, y un grito de alegría, que partió de un agimez vecino, fué la corona de su triunfo.

—Adios, Fátima hermosa! exclamó lleno de gozo. Muza ha comenzado á ganar tu rescate.

—Y partió á buscar su caballo, que cerca de allí le tenian dispuesto unos veinte caballeros, con los cuales bajó á la Vega, tomando el camino de Alhama.

Tarfe y Azaator habian ya marchado en la misma direccion: el primero llevaba el cartel del *Ave-María* atado en la cola de su caballo: su armadura se componia de láminas de acero superpuestas, á guisa de escamas; una fuerte correa sostenia en su brazo derecho el ferrado lanzon de dos puntas, y sujeta con una cadena le pendia de la cintura una enorme maza de hierro.

Pero, entre tanto, ¿donde estaba Pulgar? Unos en pos de otros llegaron los tres guerreros delante de Alhama, y enviaron heraldos á desafiar al caudillo castellano: unos en pos de otros se retiraron, convencidos de que Pulgar habia marchado al campo de la reina.

—Será ese Pulgar uno de los gozquecillos, que la reina Isabel ha criado en su falda, dijo el feroz Tarfe, y habrá ido á refugiarse en la tienda de su señora. ¡Juro por Alah, que he de sacarle de allí, aunque se haya metido debajo de la cama!

Y en verdad que la erraba el bárbaro africano: Pulgar estaba en cama, sí; pero curándose de dos mortales heridas: no en la tienda de la reina, sino en el castillo del Salar, que acababa de tomar á los moros con solos setenta hombres. ¡Hazaña inaudita, acometida sin mas objeto, que el de ofrecer al rey Fernando las llaves de aquella fortaleza, como presente en el día de su Santo!

Ignorantes de esto los de Alhama, no habian sabido dar mas razon cierta de su valiente contador, sino la de su salida para

los reales. Tomando lengua los tres guerreros musulmanes, adquirieron noticias muy diversas de las que buscaban: Loja se habia entregado á merced del vencedor: el rey Chico, cediendo á las instancias de su amigo Gonzalo de Córdoba, habia vendido aquella plaza en cambio de una promesa de apoyo contra su tio el Zagal, y Granada, al saberlo, se armaba para rechazarle de sus muros. Al oir estas nuevas, exclamó el bravo Muza, sin poder reprimir las lágrimas:

—¡Ay, Granada! Patria mia querida! Los altos decretos de Alah te han puesto, para tu perdicion, entre un rey tirano y un rey pérfido: el uno te esclaviza; el otro te vende. ¡Ay de tí, Granada! Si has de sucumbir, que no vea yo el último dia de tu ruina!

Mientras por diversos caminos iban los tres valientes moros en busca de Pulgar, D. Fernando y doña Isabel, levantado el campo de Loja, despues de haber dejado un fuerte presidio en esta ciudad, estaban á una legua de Illora, haciendo alarde de su brillante ejército. La reina recorria las filas, montada en un soberbio caballo blanco, y cubiertos sus delicados miembros con una reluciente armadura, embutida de oro: llevaba en la cabeza un sombrero de púrpura con plumas blancas y azules, que decian muy bien á su rostro sonrosado y lleno de gracia: iba el rey á su derecha, y á su izquierda el príncipe don Juan, niño de nueve años, magnífica promesa del cielo, que arrebató la muerte, para desventura de nuestra patria (*): seguian detrás las infantas doña Isabel y doña Juana, hermosas flores, y tambien desgraciadas, que eran el regalo y las esperanzas de su buena madre: la marquesa de Moya y otras damas principales, el car-

(*) El príncipe D. Juan murió á los 19 años de edad, poseyendo el gran corazon y las virtudes de su madre junto con la penetracion y el valor de su padre, y además una instruccion vasta, que ellos no pudieron adquirir en su descuidada niñez: en el consejo privado que le dió doña Isabel, para que se fuera acostumbrando á gobernar, despachaba los negocios con tanto acierto y rectitud como pudiera hacerlo ella misma. Por su muerte pasó la corona de Castilla, con sus vastas dependencias, á la casa de Austria: desde entonces debe contarse la época de nuestra decadencia, no obstante los *relámpagos* de gloria que dió á España Cárlos V.: desde entonces acá, con breves intervalos, la política de España no ha dejado de ser supeditada ó entorpecida por intereses estrangeros.

denal Mendoza, elevado ya á la dignidad de arzobispo de Toledo, su hermano mayor, hecho duque del Infantado, y otros grandes, seguian á tan ilustres príncipes, mostrando en sus galas y átavios un esplendor estraordinario. La reina saludaba afectuosamente á los guerreros que la eran conocidos; hablaba, al pasar, á los que habian contraido méritos recientes, y á todos sonreia, no con esa falsa amabilidad, que es la máscara de los palacios, sino con el verdadero afecto de una amiga. Los estandartes de los grandes y las banderas de las ciudades se le rendian, y los soldados la aclamaban con entusiasmo, y á su esposo é hijos por aficion á ella.

Revistado el ejército, pasó doña Isabel á examinar el hospital de campaña, invencion suya, informándose con maternal solicitud del estado de los heridos y enfermos que allí habia, preguntando á ellos mismos si estaban bien asistidos, y haciendo tomar notas de las faltas y necesidades que observaba y de las mejoras que le proponian los facultativos.-De allí se dirigió á revisar el parque y material de artillería y el de máquinas é *ingenios,* elogiando el celo de su director D. Francisco Ramirez de Madrid, y alentando á Pedro Navarro y á otros jóvenes entendidos, que debian abrir á la Europa una nueva escuela en el arte de la guerra.-El vasto tren de pertrechos y víveres; objeto reservado á su especial inspeccion y cuidado, fué tambien requerido con el interés que merecia por su importancia; y vió la reina con satisfaccion que, siguiendo sus instrucciones, abundaban allí, no solo las cosas necesarias á la vida, sino tambien las superfluas y destinadas al regalo: el opulento mercader de Segovia don Abraham Senior, y otros proveedores judíos, merecieron justos encomios de su boca, y que volviéndose al rey le dijese:

—Veis señor, como se afanan estos infelices en nuestro provecho? No me pesa de haber mitigado en favor de ellos los rigores del Santo Oficio, cuyo celo comenzaba á estraviarse desde el principio.

Y con efecto, doña Isabel habia refrenado los vuelos de aquella institucion, y mientras ella vivió fueron muy raros los autos de fé.

Terminado el alarde, volvieron los reyes con la corte á sus tiendas, y luego que hubieron comido, se movió conversacion sobre las últimas hazañas de varios guerreros, y sobre los triunfos que se esperaban. En particular elogió doña Isabel las dos empresas recientes de Pulgar, y la actividad é intriga de Gonzalo de Córdoba.

—Muy contento estoy de Gonzalo, dijo el rey; pero tarda mucho en tomar á Illora, y sentiré tener que ir yo en persona á rendir ese castillo.

—No habrá necesidad de que os molesteis, repuso la reina.

Y llamando á un caballero que pasaba por delante de la tienda, le dijo:

—Id, Benavides, y decid de mi parte, á Gonzalo Fernandez que el rey y yo queremos oir misa en Illora mañana temprano.

Partió Benavides al punto, y apenas habria salido del campo, cuando se presentó en él un rey de armas moro, solicitando una audiencia de los monarcas de Castilla. Esta clase de mensageros era inviolable, y se reputaba como crímen de alevosia el tocar á sus personas: sin la menor dilacion se le concedió el permiso para presentarse á los reyes, los cuales al momento se vieron rodeados de sus mejores caballeros, atraidos por la novedad. Luego que el heraldo obtuvo licencia para hablar, dijo:

—Altos y poderosos señores: el insigne general Tarfe el africano á Vuestras Altezas me envia, y dice: que desea le concedais seguro para hacer campo al frente de vuestros reales, y que os digneis dar licencia al caudillo Pulgar para combatir con él.

—Decid á Tarfe, contestó el rey, que tiene concedido el seguro, pero que elija otro caballero, porque Pulgar está herido y ausente de aquí.

Volvióse el mensagero, acompañado de dos farautes del rey, los cuales publicaron por todo el campo el seguro que sus altezas concedian al moro Tarfe, para que nadie atentase contra su persona.

Irritado el feroz africano al ver burladas sus esperanzas, y presumiendo que Pulgar habria sido herido por alguno de sus

competidores, se presentó al frente del campo cristiano, y dando largos paseos con el cartel del *Ave Maria* pendiente de la cola de su caballo, comenzó á decir en altas y descompuestas voces:

—Sepan cuantos ahí están, desde el rey Fernando hasta el último escudero, que Tarfe á nadie teme, y aquí aguarda, y aguardará tres dias con sus noches á quien quiera lidiar con él, hasta que muerte se siga. Salga ese famoso Alcaide de los donceles, salga su primo Gonzalo, salga el marqués de Cádiz que á todos y cada uno los desafio, y he de poner sus cabezas donde está el cartel, que déjó Pulgar en la mezquita de Granada.

Mientras el moro repetia este insolente desafio, todos los caballeros cristianos se agitaban, pretendiendo alcanzar la gracia de salir á lidiar con él, y considerando el rescate de aquel cartel como empresa indeclinable y propia de cada uno. Pero la reina y el rey se encontraban perplejos en la eleccion de caballero; porque el moro era formidable, y no se trataba de vencer ó morir, sino de vencer á todo trance, y vengar el ultrage que se hacia á la Reina de los Angeles.

Entre tanto que esta indecision duraba, un doncel, un mancebo de diez y ocho años aun no cumplidos, se habia provisto de caballo y armas, y corria el campo adelante, saliendo solo y sin permiso al encuentro del africano.

—Apercíbete, moro, le gritó con voz atiplada; y cuida bien cómo te defiendes, porque vengo á matarte.

Miróle el alarbe de alto á bajo con desprecio, y contestó:

—De buen humor están tus reyes, rapaz. Vuélvete, y diles que Tarfe no pelea con niños, ni con doncellas.

—Por vida del embustero Mahoma! gritó el mancebo. ¿Piensas que me burlo, moro? Defiéndete pronto, si no quieres morir como un perro!

—Véte, criatura, y no me irrites: ¿no sabes que soy Tarfe? Anda, que te acabe de criar tu madre.

—Si tú eres Tarfe, repuso el jóven con arrogancia, yo soy Garci Laso de la Vega; y porque veas que no en vano he venido á buscarte, toma.

Y le arrojó la lanza con imprudente furia. Confiado el moro, no tuvo tiempo para resguardarse del golpe, de modo que, apenas oyó el zumbido del arma y ya el agudo hierro le habia falseado la visera, entrándole por un ojo. Tarfe dió un espantoso grito, arrancado á su pecho por el dolor y la rabia; y aprovechando su aturdimiento, Garci Laso le arremetió espada en mano, y de un tajo le cortó la correa, con que llevaba el lanzon sujeto al brazo, reparando así la pérdida de su propia lanza.

Bramaba el fiero africano, viéndose mal herido y desarmado por un muchacho, á quien habia despreciado; y poseido de ciego furor, puso mano al alfange, y embistió á su enemigo; pero este sabía muy bien aprovecharse de sus ventajas: la enorme corpulencia del moro, y la pesadez de sus armas entorpecian los movimientos y la agilidad de su caballo: el de Garci Laso, por el contrario, corria lijero y descansado, cual si no llevase carga. El doncel comenzó á revolverse y girar en torno de su formidable contrario, á fin de cansarle, y dar tiempo á que se desangrase: de vez en cuando le acometia, procurando huir el cuerpo, de modo que aquel descargase los golpes en vago, y así quebrantaba sus fuerzas. Gran placer habria dado á Gonzalo de Córdoba esta lucha, en que el ingenio superaba al valor material. Sin embargo, en una de las embestidas, no tuvo tiempo el jóven para resguardarse de la terrible maza del africano; cubrióse rápidamente con el escudo, pero este cayó al suelo hecho pedazos, y su dueño recibió en la cabeza tan fuerte golpe, que comenzó á echar sangre por boca y oidos. Mas no por esto desmayó, antes afianzando el montante con ambas manos, volvió á embestir, exclamando:

—Ayúdame, Santísima Vírgen María!

El mandoble dió en la cabeza del moro, partiéndole el bonete y casco, y dejándole mortalmente herido. Todavía hizo vibrar Tarfe en el aire la formidable maza; pero se estremeció bramando, y cayó de espaldas, al dar una carrera su caballo. Ligero como el pensamiento saltó Garci Laso del suyo, y acudió á rematar á su enemigo; pero hallándole muerto, le cortó la ca-

beza: en seguida arrancó de la cola del caballo el trofeo de Pulgar, y arrodillándose y besándolo con fervor, dió gracias á la Vírgen por su victoria.

En esto, la noticia de aquel combate habia llegado hasta el pabellon real, y muchos caballeros acudian á disputar el triunfo al osado paladin: pero cuando le vieron y reconocieron, todos le abrazaron admirados, llevándole de allí con gran regocijo á la presencia de los reyes.

—Garci Laso! esclamó doña Isabel, esforzándose por aparecer severa. ¿Cómo te has atrevido á lidiar sin mi licencia?

—Perdonadme, señora, contestó el doncel doblando una rodilla en tierra, y presentándole con una mano el cartel del *Ave-María*, y arrojando con la otra á sus pies la cabeza de Tarfe.

—Levántate, repuso la Reina: estás perdonado por esta vez, nuevo David, en gracia de la Madre de Dios que te escuda.—Y despues de tomar el cartel y besarlo, añadió, señalando á la cabeza del moro: — Retirad de aquí ese repugnante trofeo, y oidme bien, caballeros: que nunca mas vuelva yo á ver objetos de esa especie. Pelead y venced por la fé de nuestros padres; pero no imiteis ya en adelante los usos bárbaros de vuestros enemigos.

Mientras esto pasaba en los reales, el mensagero Benavides iba corriendo hácia el campo de Gonzalo delante de Illora, don- ocurria una escena semejante á la anterior. Habiendo llegado allí el valiente Azaator en demanda de Pulgar, se le contestó como á Tarfe, y entonces el moro desafió al mismo Gonzalo. Estaban los dos guerreros en lo mas encarnizado de la lucha, rotas las armas, muertos los caballos, y batiéndose sobre charcos de sangre, cuando llegó el enviado de la reina. En aquel momento Gonzalo derribó á su enemigo de una puñalada; pero lejos de abusar de la victoria, le tendió la mano, diciéndole:

—Seamos amigos, valeroso Azator: Gonzalo de Córdoba no mata á sus enemigos vencidos, mucho menos si son tan esforzados como tú.

—Dispon como gustes de mi vida, contestó el moro: tu esclavo soy, Gonzalo! Así lo quiere Alah.

El héroe cordobés le alzó del suelo, y mandó que se le llevase á su tienda para curarle las heridas. En seguida, enterado del deseo de la reina, dijo al mensagero :

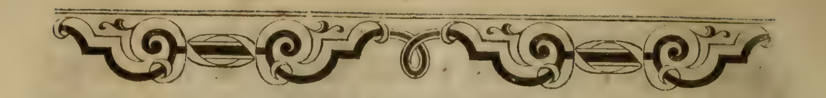
—Subid al castillo, y comunicad, de mi parte, esa misma órden al alcaide moro.

Al dia siguiente, doña Isabel y don Fernando, con su lucida corte entraban en el castillo de Illora, despues de haber plantado sobre su torre mas alta la cruz de plata, que llevaba el arzobispo de Toledo, y los estandartes de Santiago y de Castilla. Multitud de cristianos cautivos salian de las mazmorras, arrastrando pesadas cadenas, y daban gracias al Todopoderoso por su libertad. Erigióse un altar sobre los muros, y allí se dijo la primera misa.

Durante esta ceremonia llegó Muza al campo, y habiendo sabido el fin trágico de Tarfe y la rendicion de Azaator, bajó la cabeza murmurando :

—Alah lo quiere! Cúmplase lo que está escrito!

Y desistiendo de su empeño, pidió permiso para entrar á ver á los reyes. Concediósele de buen grado, y habiendo recibido de Gonzalo y de la Reina el mas cordial hospedage y regalos, de allí á tres dias se volvió á Granada.



CAPÍTULO III.

De cómo entraron cristianos en el Albaicin

¿QUÉ puedo esperar ya en Castilla? Mientras solo se ha tratado de dar treguas á mi ardiente anhelo, he tenido paciencia; porque he confiado en que tarde ó temprano veria lucir el sol de mi ventura: pero no solo pasan los años,... años perdidos! Tambien pasan mis ilusiones, y con ellas se desvanece la esperanza! ¡Oh, Dios mio! cuanto sufro!....

Así se lamentaba Colon á orillas del Guadalquivir, debajo del olmo, que cobijaba con su sombra un banco de piedra, cercá de la casita rústica, refugio de sus misteriosos amores. Sentada en el mismo banco, le escuchaba doña Beatriz con un niño en los brazos, en cuyo infantil rostro caian las lágrimas de su madre: aquel niño se llamaba Fernando Colon, y era el mismo que, años adelante, habia de escribir la historia de su padre. No lejos de ellos velaba por su seguridad una mujer, fiel depositaria de su secreto, y nodriza de Fernando, á quien criaba dándole el nombre de hijo.

—Pero esos hombres, ¿son ciegos que no ven la luz? dijo doña Beatriz, alzando de pronto la cabeza. Yo soy una ignorante mujer, y sin embargo me atreveria á confundir toda su ciencia vana : tan natural, tan sencillo me parece lo que ellos reputan imposible!

—No los convencerias, Beatriz, repuso Colon : no hay nadie mas terco é incorregible que un sábio de oficio. Se puede infundir la luz de la verdad en un espíritu embrutecido, con solo hablar á su razon: se puede dar vista á un ciego; pero no es posible arrancar la venda de los ojos al que se envanece de llevarla : un capillo y un birrete de doctor autorizan á un hombre para no creer nada mas de aquello que cabe en su engreido entendimiento. Ah! Dios mio! Cuánto me han hecho sufrir los sábios del consejo de Salamanca!

—Y tú que habias puesto en ellos tu esperanza!

—Y quien no la pondria? Despues de haber luchado con la obstinada incredulidad del padre Talavera, aunque es un verdadero sábio y hombre de buena fé, ví el cielo abierto, encontrando propicio al cardenal Mendoza, merced al favor de mi compatriota Geraldini, y de tu amiga, la marquesa; y miré con júbilo la fria determinacion del rey, de someter mis proposiciones á una reunion de hombres doctos. «Aquí se discutirá, me dije á mí mismo : se examinarán mis teorías á la luz de la ciencia; la razon ilustrada buscará imparcialmente la solucion de los arcanos naturales, partiendo de lo conocido á lo desconocido.» Pero, ¡cuánto me engañé! A mis demostraciones matemáticas, á mis teorías geográfico-astronómicas, los sabios de Salamanca oponian embrollados argumentos en forma silogística, y citas vagas de la Escritura y de los Salmos : á mis pruebas prácticas de la redondez de la tierra y de la existencia de los antípodas, contestaban con pasages ridículos de Lactancio y con las piadosas dudas de S. Agustin : los mas me escuchaban con estúpida sonrisa; otros se enfurecian de modo, que llegué á temer me reputasen herege; los pocos pensadores que allí habia, cansados al fin de disputar esterilmente, bostezaban de fastidio!

Solo el inteligente dominico fray Diego de Deza y algunos religiosos de S. Estevan eran de mi opinion y me apoyaban... Oh! Dios les recompensará los consuelos, que han dado á mi alma en aquel piélago de amargura!

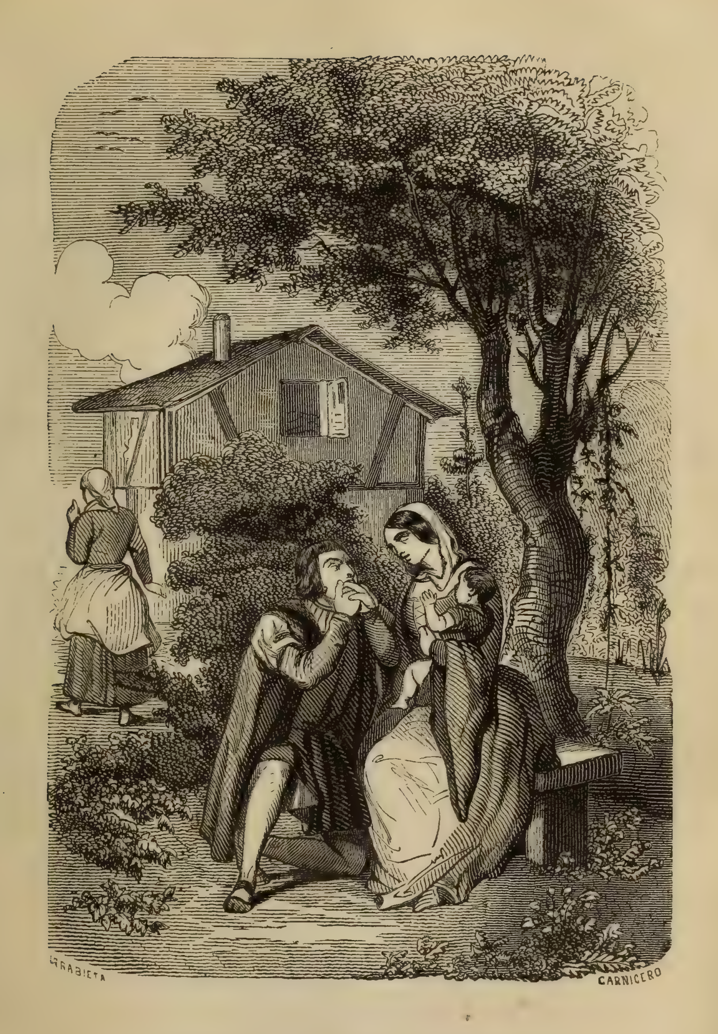
—Y al cabo no te han dado ninguna esperanza? No has podido hablar á la reina? Si ella te oyese, estoy segura de que te protegeria.

—No lo sé, Beatriz, no lo sé: tales desengaños he recibido, que hasta he llegado á desconfiar de la magnánima Isabel. Ah! Tú no sabes cuanto padezco, andando siempre como un mendigo detrás de esa corte fastuosa, confundiéndome con la turba de pretendientes importunos... yo, que no pretendo recibir nada, sino que aspiro á dar un mundo á quien lo quiera!... Y verme despreciado y escarnecido por los necios, y oir que sin reserva me califiquen de mentecato, y sufrir que hasta los niños, cuando junto á ellos paso, se toquen la frente con el dedo, y me señalen, como diciendo; «Ahí va el loco!».. ¿Hubo algun hombre mas desdichado que yo?

—Colon! exclamó la dama con entereza: ¿eres tú el sábio, que ha merecido mi amor y el sacrificio de mi honra? Es posible que hagas caso de semejantes pequeñeces, tú, que te consideras elegido por Dios para consumar la obra mas grande que han visto los siglos? Ah! Sin duda he sido engañada: tú no eres aquel Colon, que yo conocí hace cuatro años: no eres aquel, que lleno de fervor me juraba luchar y vencer por mí!

—Beatriz! Tambien tú quieres atormentarme?.... Oh!... Ten compasion de mí!

—Yo atormentarte! No, Colon: ¿ignoras que, por verte dichoso, daria yo toda la sangre de mis venas? Lo que, quiero es que desprecies las miserias de este mundo mezquino, y que acercándote á esos pocos sábios que te comprenden, marches adelante sin temor. Lo que quiero es, añadió doña Beatriz llorando, que te acuerdes á todas horas de esta pobre mujer, y oigas su voz, que constantemente dice en el fondo de su alma: «No desmayes, Colon; acuérdate que soy madre!»



No desmayes, Colon: acuérdate que soy madre.

—Vida de mi vida! exclamó el marino, cayendo de rodillas y besando con fuego la mano de su amada. ¿Por quién sino por tí tengo valor para luchar contra mi adversa suerte?

—Por mí debes luchar, y por este ángel querido, que te pide un nombre, repuso la dama mirando á su hijo.

—Sí, todo lo sufriré por vosotros, pedazos de mi corazon, dijo Colon levantándose. Adios, Beatriz! Adios, hijo del alma! En Castilla no encuentro quien me ayude; pero iré á Francia, recorreré todos los paises de Europa, y en alguna parte me harán justicia.

—Eso no, Colon: soy la madra de tu hijo, y quiero un nombre ilustre para él: pero soy española, y quiero para España el mundo que tú posees..... Y luego, ingrato!... Nos dejarias aquí abandonados á los azares de la fortuna? Oh! Siento entristecerte, esposo mio: acaso en este momento se nos vigila, se nos acecha: mi tio recela alguna cosa, y es capaz de matarme en un arrebato de ira. Yo nada temo por mí; con tal que pueda seguirte, y partir contigo tu infortunio, estoy contenta. Pero mi hijo...

No pudo conclir la frase. La nodriza, que espiaba á corta distancia, y que siendo mujer de uno de los mozos de labranza, hacia pasar al niño Fernando por hijo suyo en lugar de otro que murió al nacer, se volvió en este momento, haciendo señas precipitadas.

—Véte, Colon, véte! exclamó doña Beatriz. Mi tio ha venido.

La nodriza llegó corriendo á tomar el niño, y Colon, sin tiempo mas que para besarlo y estrechar la mano á su madre, se lanzó á una barquilla que habia en el rio, y se puso á remar, conduciéndola hácia Córdoba.

En esta ciudad estaba la corte á la sazon, y no se pensaba mas que en estrechar el círculo de victorias, cuyo centro era Granada. En ella estaba tambien el rey Chico Abu-Abdalah, conspirando contra su patria, por obtener una efímera soberanía: repelido de los muros de su capital, despues de la rendi-

cion de Loja, buscaba en los reyes de Castilla y Aragon una alianza facticia contra su tio Abdalah el Zagal. Con este motivo los caballeros cristianos y moros, depuestos momentáneamente sus odios, paseaban juntos, como amigos, por las calles de Córdoba; y asentadas las bases de una liga ofensiva y defensiva, quedó concertado,-¡cosa inaudita! que el rey Chico entregaria á Granada, tan pronto como el Zagal fuese espulsado de todos sus dominios: en consecuencia de este pacto, que sin duda no pensaba cumplir el Zogoibi, los vasallos fieles al mismo podian entrar y comerciar libremente en Castilla, beneficio de que se privaba á los parciales de su contrario, los cuales serian tratados como enemigos por ambas partes contratantes.

¿Qué mayor triunfo podia desear el astuto Fernando? Desde este punto debió de considerar á Granada como suya; pues nada le importaba que su débil aliado faltase á la fé prometida, despues que le hubiese ayudado á vencer al Zagal: conseguido este triunfo, ya no le quedaba por derrotar mas que un enemigo flaco y sin prestigio.

Apenas acababa de concertarse esta inconcebible alianza, cuando llegó á Córdoba un caballero del marqués de Cádiz, el adalid Luis Amar, que años antes habia caido cautivo en la desastrosa accion de la Ajarquía: buscó á Gonzalo Fernandez en el palacio de su hermano, y presentándole una carta que traia, le dijo:

—Señor: á este mensage debo mi libertad: la hija del Wazir Aben Comixa, en cuyo poder yo estaba, me ha sacado del cautiverio, mandándome entregar esta carta al rey Chico Abdalah. Valiéndome vos, he creido que cumpliria mi palabra, mejor que desempeñando yo mismo el encargo. Dignaos acceder á mis deseos, que, á lo que entiendo, podreis prestar un gran servicio á nuestros reyes.

Tomó Gonzalo la carta, prometiendo al adalid hacer lo que deseaba, y pasó sin detenerse á ver al Zogoibi. Leyó este el mensage, y luego lo devolvió al héroe castellano, diciéndole:

—Ved ahí la ocasion propicia, noble Gonzalo: Granada solo

aguarda que se presente allí su señor natural, para espulsar de su seno al tirano usurpador.

Gonzalo leyó la carta que decia así:

«Alto señor y padre de los creyentes: si la voz de tu sierva, «si el grito de tu propia sangre pueden llegar todavia hasta «tus oidos y conmover tus entrañas, no dudo que acudirás sin «tardanza al socorro de los que padecen: vé, señor, que acaso «puede irte en ello la corona. Tu generoso hermano Muza yace «aherrojado en una mazmorra, víctima de su valerosa confianza «y de la perfidia de sus enemigos, que desean quitarle la vida... «Me falta tiempo para comunicarte los pormenores de esta vi-«llanía; y únicamente puedo decirte que el pueblo de Granada «solo necesita un gefe, para arrojarse sobre el opresor y rom-«per las prisiones de tu hermano. Ven, señor: un dia perdido «puede ser luego irreparable. No atiendas á quien soy, ni á «quien me dió el ser: acuérdate solo de que eres rey, de que «peligra la vida de tu noble hermano, y de que quien implora «tu auxilio con el alma y el corazon es la abencerrage. —FÁ-TIMA.»

Esta carta, dictada por el amor, produjo una esplosion guerrera inesperada: el rey Fernando se dispuso al momento para entrar de nuevo en campaña, y mientras se hacian estos bélicos preparativos, Gonzalo de Córdoba, con sus ciento veinte lanzas, tomó el camino de Granada en compañía del *desventuradillo* Abdalah.

Era una lóbrega noche de diciembre, cuando llegó este príncipe con sus auxiliares á las inmediaciones de la capital de su reino: con el sigilo posible rodeó los altos muros por la parte del Norte, hasta subir á las cumbres del cerro del Aceituno, que dominan toda la ciudad. Acercóse por allí á las murallas antiquísimas, acompañado de solos dos criados, y descubriendo á un centinela, que estaba en parage solitario, le dijo:

—Compadécete de mí, amigo, y déjame pasar: soy un proscrito y vengo á ver á mi madre. Si eres complaciente conmigo, te haré rico; pues mi familia es de las principales de Granada.

El centinela opuso al principio alguna resistencia; pero al cabo los ruegos de Abdalah, unidos á una bolsa que este le arrojó, ablandaron su corazon, y le movieron á permitirle entrar solo. El rey subió en los hombros de sus dos servidores, y agarrándose á la pica del centinela, que este le alargó, trepó hasta lo alto de la muralla. Entonces, sacando su puñal y cambiando de tono, dijo:

—Escoge entre la muerte y mi favor: soy Abdalah, rey legítimo de Granada!

El centinela cayó de rodillas, implorando á su vez la compasion del rey.

—Nada temas, repuso este. Ayúdame fielmente, y recibirás premio en vez de castigo.

—Lo que me mande mi señor, eso estoy pronto á ejecutar, contestó el centinela.

—Pues bien, veas lo que veas, calla: no quiero mas de tí.

Diciendo esto Abu-Abdalah hizo una seña á sus criados, y uno de ellos partió al momento, volviendo á poco seguido de cien moros de guerra, que habian quedado escondidos en un olivar cercano: estos arrimaron escalas al muro y entraron en la ciudad. El rey se ocultó con ellos en una estrecha calle, y dijo al centinela.

—Vuelve á tu puesto, dá la voz de alarma á la guardia de la puerta de Fajalauza, y haz que acuda hácia esa parte de la muralla que te está encomendada: toma este anillo, con el cual puedes presentarte mañana en el palacio de Aben Habuz á recibir mi recompensa, si me sirves bien esta noche: pero, ¡ay de tí, si me vendes!

Hizo el centinela lo que le mandaba el rey: la guardia corrió al momento á examinar el punto que se suponia estar amenazado, y entre tanto, sorprendiendo aquel con su gente la puerta casi abandonada, la hizo abrir, dando por ella entrada á la caballería cristiana y mora, que aguardaba á corta distancia.

Inmediatamente se dió el grito de: «Granada, por el rey Chico!»

A esta voz los habitantes de Albaicin se levantaron presurosos, tomando las armas, y muchos de la parte baja de la ciudad corrieron á unirse con ellos, mientras otros de ambos distritos se alzaban para sostener al Zagal. Este se hallaba á la sazon en la Alcazaba Cadima, residiendo en el palacio de Aben Habuz, para velar por sí mismo sobre aquellos barrios conocidamente desafectos á su causa, y sobre las personas de la sultana viuda Aixa la Horra y de Muza, que estaba encarcelado en las prisiones de aquella antigua fortaleza. El temor de precipitar una sublevacion popular habia detenido la cuchilla que estaba suspendida sobre la cabeza del valiente bastardo: así, que al oir la gritería, el primer cuidado del Zagal fué asegurar las puertas y reforzar las guardias del alcázar.

Pero, entre tanto, la multitud engrosaba las filas de su sobrino, gritando:

—Viva el rey Chico!... La libertad del infante Muza Abul Gozan!

Sin embargo, la noche se pasó, aunque en continuo tumulto, sin que los enemigos de ambos bandos viniesen á las manos: aguardaban unos y otros que la luz del dia les mostrase las fuerzas que necesitaban combatir. Al amanecer vióse al feroz Hamet el Zegrí, ya recobrado de su mortal herida, recorrer las murallas de la Alcazaba, capitaneando las tropas del Zagal; y al Wazir Abul Cacim aprestándose para la defensa de la ciudad baja: los preparativos que se hacian y la muchedumbre de guerreros agrupados en torno de ambos reyes, anunciaban una lucha obstinada y sangrienta. Los alfaquies, protegidos por su carácter sagrado, iban de un punto á otro procurando apaciguar los ánimos irritados y traerlos á una transaccion, antes que corriese la sangre; pero el pueblo no se daba por satisfecho á menos que se le entregase libre á Muza, y el Zagal exigia que su sobrino abandonase el Albaicin; llegando á declarar, que si no se retiraba en todo el dia, la cabeza de Muza seria arrojada por la muralla de la Alcazaba.

Era imposible avenirse: durante las contestaciones, se pre-

sentó al rey Chico el Santon Alí Macer, aquel hombre austero que habia predicho la ruina de Granada, y mirando con faz adusta á Gonzalo de Córdoba y á otros caballeros cristianos que allí habia, dijo:

—Principe: yo veo en tí al hijo de mis reyes, al legítimo soberano de Granada; pero tiemblo al considerar, que tu fatal estrella nos conduce á una perdicion inevitable. ¿Qué hacen contigo aquí estos guerreros? Pueden vivir unidos los tigres y las obejas? ¡Ay de tí, rey sin ventura, que pones tu pueblo á la merced de sus enemigos!

—Venerable Santon, le contestó Gonzalo en lengua arábiga, conteniendo al rey, en cuyos ojos ardia la ira: el juicio que formas de nosotros desmiente tu probada sabiduría. Si nos conocieses á fondo, sabrías que no venimos ahora contra tu pueblo, sino á defender la justicia y la inocencia, como es el deber de todo caballero cristiano. Dime, ¿no es justo que el hijo de tus reyes recobre el trono de sus mayores? No es empresa digna de pechos leales, salvar al inocente Muza, el mas noble y el mas amado de los héroes granadinos? Pues á conseguir lo uno y lo otro hemos venido, procurando además, con nuestra presencia, evitar, si es posible, la efusion de sangre. Despues nos volveremos, sin reclamar siquiera la gratitud de vuestro pueblo. Si á pesar de esta declaracion insistes en mirarnos como á enemigos, creeremos que lo eres de tu señor y que deseas la muerte de Muza.

—Noble Gonzalo, repuso Alí: conozco la lealtad de tu corazon; pero tus servicios, aunque sean gratuitos, cuestan siempre caros á Granada. Mas te quiero enemigo en el campo, que amigo en nuestra casa. Muza estaria libre y no necesitaria de tu defensa, sin los obsequios que en Illora le prodigaste, y sin las generosas atenciones que le dispensó tu reina.

—Qué estás diciendo? ¿Qué ha motivado la prision del valiente Muza?

—Lo ignoras?... Pues bien: te diré la verdad:- El genio de la venganza meditaba en secreto la perdicion del héroe,

mientras él habia salido á dasagraviar el honor de Granada, contraviniendo á las órdenes del Zagal. Si hubiese vuelto herido, ya que no vencedor, se le habria perdonado su inobediencia; pero volvió enriquecido con tus presentes, mientras otros gnerreros habian sucumbido en sangrientas lides: tu amistad debia serle funesta. El rencor de los celos derramó su ponzoña en el corazon de Hamet, y Muza fué acusado de traicion, de inteligencia contigo y con tus reyes para destronar al Zagal: tu presencia en estos momentos corrobora la presuncion de su delito, y acelerará su muerte, léjos de evitarla.

—No será: lo juro por la cruz de mi espada! exclamó el héroe castellano. Preséntate al Zagal, y dile que, si á la puesta del sol no veo libre á Muza, esta noche misma no ha de quedar piedra sobre piedra en su palacio.

El Santon se volvió al rey, moviendo la cabeza, y dijo:

—Malek: la verdad brotará siempre de mis labios. No consientas que por tus manos corra la sangre de los creyentes, porque serás maldito de Alah!

—Vé, Alí: haz lo que te se encarga, replicó el rey: si no quieres que se vierta sangre, ábreme las puertas de la Alcazaba, ó entrégame la cabeza del Zagal.

Era ya muy avanzada la tarde, y el Zagal celebraba consejo con sus capitanes para tomar una resolucion decisiva. Pretendian algunos que se tuviese á Muza como en rehenes, para impedir que el enemigo rompiese las hostilidades; pero Hamet, arrastrando la opinion del mayor número, decia:

—La palabra del rey debe cumplirse: hágase la última intimacion á los rebeldes, y si al ponerse el sol no han rendido las armas, que caiga sobre ellos la cabeza del traidor y nuestra ira. No demos ocasion á que nos juzguen débiles, cuando nos sobran fuerzas para derrotarlos.

Sí, dice bien Hamet, repuso el Zagal: acabemos de un golpe con esa raza de traidores, indignos de mi sangre, que se alian con los enemigos de Granada.

La muerte de Muza quedó definitivamente decretada y el feroz Hamet encargado de ejecutarla. En este momento se presentó Alí Macer en el consejo: dió cuenta de su mensage, y y concluyó exclamando con energía:

—Príncipe Abu-Abdalah! No te obstines en acelerar los dias de la patria, escuchando la voz de la ambicion y la venganza. Oye por mi boca la palabra del gran Profeta: ¡Desventurado de aquel que sigue el consejo de la iniquidad, y funda su engrandecimiento en la perdicion del inocente!

—Alí, me parece que tienes hoy la cabeza poco segura, le contestó el Zagal: ve á predicar al Zogoibi, que necesita de tus consejos, y déjame en paz.

Y esto diciendo, le volvió la espalda. Los capitanes se retiraron con Hamet, que salió á ejecutar lo resuelto en el consejo; y hecha por él la última intimacion á los parciales del rey Chico, se retiró á su albergue violentamente agitado.

El sol, entre tanto, bajaba en su carrera hácia el horizonte y todas las miradas se fijaban en él con inquietud y zozobra, pues era ya pública la terrible resolucion del Zagal. Hamet lo contemplaba impaciente, como si quisiese acelerar su curso, y al verle tocar las cumbres de Parapanda, se levantó acariciando la guarnicion del alfange.

—Llegó mi hora! murmuró con acento sombrío.

En este instante se abrió la puerta del aposento, y Hamet quedó sorprendido viendo entrar á una mujer cubierta con un velo, la cual se arrojó á sus pies sollozando.

—Quién eres? Qué deseas? la preguntó.

—Hamet, respondió la encubierta: ¿Es verdad lo que todos dicen? Puedo creer que un guerrero de tu valor intente manchar sus claros timbres con un borron de infamia? Sin duda miente el vulgo: Hamet el Zegrí aprecia demasiado su honra, para que se convierta en asesino de su rival.

—Fátima! exclamó el Zegrí: con efecto, te han engañado. Yo no asesino á Muza: le mata su traicion y su delito.

—Oh! Mientes, Hamet! repuso la jóven levantándose, Muza no es, ni puede ser traidor: si lo fuese, no vendria yo á pedirte su vida.

—Su vida pertenece al verdugo, replicó Hamet friamente.

—Bárbaro! Si tan sediento estás de sangre, toma la mia, y no provoques la indignacion de todo un pueblo, inmolando al mas leal y generoso de sus hijos.

—Retírate, Fátima, y no me pidas lo que no está en mi mano conceder. Mira el disco del sol medio oculto detrás de los montes: cuando haya desaparecido enteramente, habré de dar cuenta al rey de estar cumplidas sus órdenes. No me detengas.

—Oh! Cruel! Te detendré á tu pesar! exclamó Fátima llorando. Qué quieres? Qué rescate necesitas? - Habla: yo te sacrificaré mi vida: seré tu esclava; pero no manches tus blasones con la sangre de un inocente.

—Si el deber no me lo mandase, tus ruegos me obligarian á derramar esa sangre aborrecida. ¿No conoces, insensata, que me estas irritando?

—Por qué? Como?... No conoces que, si en tu pecho hallase cabida la clemencia, seria yo capaz de amarte?

—Amarme!... Por él!...

—No, no... por tí... por tu bondad, Hamet. Oh! yo te lo juro. Seré tuya,.. tuya nada mas... Compadécete de mí: lo que deseo es que él no muera por culpa mia. Dale la libertad, y viviré para tí: de lo contrario, mi muerte seguirá inmediatamente á la suya.

—Oh! Poseerla, y que él lo sufra! murmuró Hamet como hablando consigo mismo: seria un tormento mil veces peor que la muerte. - Sí, añadió en voz alta: espera.

Y mirando por una ventana, exclamó:

—Ah! Ya es tarde! Le sacan de su prision para conducirle al suplicio!

—Corre! Corre!.. Sálvale! gritó la jóven.

Resonó en este momento una espantosa gritería en todo el

ámbito de la fortaleza, y Hamet y Fátima se precipitaron á un tiempo fuera de la estancia.

Los soldados de Gonzalo de Córdoba asaltaban á escala franca los muros de la Alcazaba, y en treinta puntos á la vez combatian moros y cristianos unidos contra los guerreros del Zagal. Muza quedó abandonado á la puerta de su prision; pero sus brazos poderosos estaban oprimidos por fuertes ligaduras. Tronaba por todas partes el estruendo de la batalla, y en medio de los opuestos bandos se veia la magestuosa figura de Alí Macer; el cual, con las manos levantadas, aconsejando la concordia, y prediciendo la ruina de Granada, cayó atravesado por multitud de balas y saetas.

Hamet y el Zagal se vieron entonces desobedecidos por sus soldados, á quienes aterraba la muerte de aquel hombre venerable: no menos consternados quedaron los secuaces del rey Chico; pero, entre tanto, los guerreros cristianos avanzaron, guiados por su caudillo, que les gritaba:

—Seguidme! seguidme, que el santon nos abre las puertas!

Con asombro y rabia vió Hamet al héroe castellano sobre la muralla, y corrió á su encuentro: furioso fué allí el ataque, desesperada la defensa; pero los moros tuvieron que ceder al ímpetu de los esforzados guerreros de Gonzalo, que incesantemente eran auxiliados por nuevos combatientes. Los muros y reparos esteriores de la fortaleza fueron ocupados en breve espacio por los sitiadores, y el Zagal tuvo que refugiarse en su palacio, mientras Hamet reorganizaba su gente, decidido á morir luchando.

Gonzalo llegó en esto á donde estaba Muza y rompió sus ligaduras; pero el ilustre moro permaneció triste y abatido, como si no apreciase la libertad.

—Oh! cruel destino! exclamó por último con amargura. Por qué me sueltas las manos, Gonzalo, si esto es atarme la voluntad? Vuélveme á mi prision, pues nada me importa la esclavitud del cuerpo, mientras el alma es libre: no quiero de-

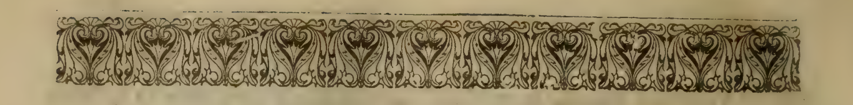
berte un don mas precioso que la vida; porque mientras yo aliente, seré enemigo tuyo y de tu raza.

—Valiente Muza, le contestó Gonzalo: yo he venido á darte la libertad, y no pretendo coartarla de modo alguno: usa de ella sin condicion. Dame ahora las manos, y ármalas mañana contra mí.

Aquella noche quedó el Zagal con sus parciales arrojado de la Alcazaba; pero valiente y obstinado, continuó defendiendo palmo á palmo las calles de la ciudad, donde se combatió constantemente por espacio de cincuenta dias. Gonzalo, avaro de la sangre de sus soldados, procuraba ganar la voluntad de los moros contrarios, venciendolos mas con la dulzura de sus palabras, que con el rigor de las armas. El Zagal fué por último espulsado de Granada, y trasladó su corte á Guadix, á donde le siguió el Wazir Aben Comixa, llevando consigo á la hermosa Fátima.

Muza, entre tanto, aprovechando su libertad, se habia retirado á las Alpujarras, y se ocupaba en organizar una falange de duros montañeses, para acudir á la defensa de su patria.





CAPÍTULO IV.

Abraham el Guerbí

DIVIDIDAS las fuerzas mahometanas, y ocupadas sus armas en fratricida contienda, los ejércitos castellanos pudieron dedicarse con mayor desahogo á dilatar el campo de sus victorias: de los dos reyes moros, solamente el Zagal les oponia ya resistencia; y aunque tenia que luchar á la vez contra su sobrino, á quien apoyaba la casa de Córdoba, no perdia la esperanza de vencer, ó al menos, de sucumbir con gloria. En esta heróica resolucion le ayudaban los príncipes Alnayares, señores de Almería, y todos los guerreros de mas bravura entre los musulmanes, juntamente con los pueblos indomables de la fragosa region oriental que, desde la frontera de Murcia, se estienden por una parte hasta el horizonte mismo de Granada, y por otra hasta la opulenta Málaga.

El rey D. Fernando sitiaba esta última ciudad, estrechándola por tierra con el ejército mas formidable que se habia visto desde que comenzó la guerra, y por mar con una fuerte escua-

dra de naves vizcainas y catalanas; pero su defensa estaba á cargo de Hamet el Zegrí, á quien el Zagal habia dicho, al confiarle aquel importante cometido.

—Mi honor y el de la patria pongo en tus manos: si está escrito que Málaga haya de caer, cúmplase la voluntad de Alah! Pero que el enemigo no la posea: que solo conquiste un monton de cadáveres y ruinas. A este precio te daré á Fátima, y con ella el título de príncipe y vastos dominios en el fértil valle de Lecrin: de otro modo, no te presentes mas ante mi vista; porque pagarás con tu cabeza.

Y Hamet juró sepultarse entre las ruinas de la plaza, con todos sus habitantes, primero que rendirla. Estaba en el castillo de Geb-alfaro, donde tenia una guarnicion feroz, compuesta de indómitos gomeres, de bárbaros marroquies, negros africanos y cristianos renegados, huidos por sus crímenes de los dominios de Castilla; gente toda endurecida y sanguinaria, que en ningun caso podia esperar misericordia del enemigo.

Las repetidas intimaciones, las amenazas y hasta las promesas de Fernando no habian merecido del arrogante Zegrí mas que desprecio: los ruegos de los malagueños pacíficos, que presagiaban un desastroso fin, habian provocado de su parte bárbaras ejecuciones capitales: solo el hablar de rendirse costaba la vida, y todos tenian obligacion de defenderla con las armas en la mano, aunque sin esperanzas de conservarla.

Tan fiera obstinacion irritó al fin la cólera de Fernando: tronaron las baterías formidables del marqués de Cádiz: las enormes lombardas enviaron contra las murallas gruesas masas de piedra y de hierro; y los capitanes Ulloa, Maceda y el comendador de Leon, corrieron al asalto. Pero Hamet se burlaba de los hechos, como de las palabras: su artillería destrozaba los parapetos y enterraba los fosos del sitiador; sus tiros alcanzaban á derribar de la tienda real el pendon de Castilla, y sus aguerridos gomeres, capitaneados por el gallardo Ibrahim Zenete, repelian con esfuerzo á los denodados campeones de la cruz:-Antonio de Fonseca y el jóven Garci Laso se apo-

deran de un arrabal: sus soldados toman posesion de una torre á fuerza de sangre; pero apenas pueblan los aires con sus gritos de victoria, estremécese la tierra, parece que el infierno ruge bajo las inseguras plantas, y la torre vuela hecha pedazos, con inmenso fragor, enviando al campamento cristiano los deshechos miembros de cien valientes.

Así pasaban los dias en inútiles tentativas y desesperados combates: el hambre y la peste, fieles compañeras de la guerra, mostraban ya su macilenta faz á sitiados y sitiadores; pero el indomable Hamet permanecia tranquilo y los soldados de Fernando comenzaban á desalentarse y abandonarle. ¿A quien volver los ojos en esta situacion? Cómo convencer al enemigo de que es vano su empeño en resistir, y cómo reanimar los abatidos alientos de las tropas españolas? El rey conoce ya, por esperiencia, el medio infalible para conseguir ambos objetos: un correo parte con toda diligencia, y pocos dias despues se presenta doña Isabel, seguida de las infantas y de sus damas y dueñas: innumerables carros bajan á la falda de las montañas, cargados de harina y todo género de bastimentos.

Son los últimos dias de Mayo: los guerreros cristianos se aprestan para celebrar con regocijos y hechos de armas la llegada de la reina y el cumpleaños del rey. Doña Isabel recorre á caballo todo el ámbito de las trincheras: á su vista los soldados, vestidos de gala, se alegran, y quieren aparecer gallardos y ansiosos de pelea; los grandes y caballeros la saludan con mesura, ostentando la bizarria de sus personas y la magnificencia de sus armas y arreos; truena la artilleria en las empavesadas naves, y cesa el ruido de los talleres y fábricas, cuyos veinte mil operarios vuelven luego con mas ardor á sus faenas: allí se labra la madera y el hierro para los pertrechos militares, se corta la piedra para los parapetos y defensas, se construyen cañones y máquinas, y se fabrican polvora y balas.

Con asombro y desmayo contemplaban los moros á la heróica reina, mientras con su fastuosa comitiva de damas y prelados trepaba una encumbrada colina, para dirigirse al campo del

marqués de Cádiz, situado á Levante de la plaza, en frente del castillo: su presencia sola era el mas infalible presagio del futuro destino de los cercados: en ella podian esperar clemencia, pero nunca debilidad. La rendicion de Málaga era un hecho decretado. Pero, entre tanto, callaban las baterias de los muros, y los guerreros de Hamet descansaban sobre sus armas; porque fuera descortesia imperdonable turbar el paseo de la reina y de sus damas castellanas, amedrentándolas con el estruendo de la guerra.

Mas conocedor el marqués de Cádiz de los gustos y animosos brios de su señora, despues de haber salido á recibirla con marcial regocijo, y de haberla obsequiado en su tienda con un esplendido banquete, quiso divertirla un rato, mostrándola el alcance y el poder de sus tiros. Los artilleros ocuparon las baterías, y asestando contra el castillo las enormes lombardas, hicieron salva estrepitosa. Pero el indomable Hamet miraba impasible los torbellinos de polvo que, chocando en las murallas, levantaban las balas de siete arrobas, y solo hizo sacar las armaduras de los guerreros españoles, muertos en la batalla de la Ajarquia, y el estandarte del marqués, tomado en aquella accion, y pasearlos con ludibrio por la plataforma de la fortaleza.

Bramó de ira el valiente D. Rodrigo, al ver aquellos trofeos, y el ultrage que con ellos se le hacia en presencia de la reina: encendióse toda su sangre al recuerdo de la desgraciada batalla, en que perdió la flor de sus caballeros, los mas de su familia; y arrastrado por la indignacion, ordenó rápidamente sus soldados, y los condujo al asalto.

Hamet no quiso esperarle dentro de los muros: mandó á Ibrahim Zenete hacer una salida, y detenerle en la mitad de su carrera. Los dos briosos enemigos se encontraron en el declive de la montaña, donde el ímpetu de los sarracenos arrolló los primeros batallones castellanos: mezclados unos con otros, combatian cuerpo á cuerpo, sin que sus respectivas baterías pudiesen darles apoyo: allí perecieron muchos valientes, víctimas de su arrojo; allí cayó el intrépido capitan de escaladores Ortega

del Prado, por defender á su gefe, y la bala de arcabuz que le atravesó el pecho, rompió tambien la coraza del marqués. Larga y obstinada fué la lucha, sin que se conociese ventaja por ninguno de los combatientes: los dos caudillos se encontraron en medio de la refriega, y reconociéndose, vinieron á las manos: eran iguales ambos en valor y esfuerzo, y tan semejantes en el carácter magnánimo y generoso, que á no ser enemigos, se habria creido que eran hijos de un mismo padre. Sus armas se chocaron arrojando centellas, y abrieron en sus cuerpos anchas heridas: imposible habria sido que ninguno venciese á su contrario, imposible que se dejaran rendir; pero viendo que ya la noche cubria de tinieblas el campo, temerosos de comprometer la vida de sus soldados, se tendieron mútuamente las manos y se apartaron como amigos, dejando aplazado el combate para otra ocasion.

Profundamente afectada volvió doña Isabel al pabellon real: su fé y su entusiasmo religioso, junto con el deber tradicional que habia heredado de sus mayores, le mandaban proseguir con empeño inalterable la guerra comenzada, hasta que el territorio español quedase completamente libre de la dominacion agerena: pero el amor á sus semejantes, fuesen amigos ó enemigos, hacia que anhelase alcanzar su objeto por medios suaves y con la menor efusion de sangre que fuese posible. Mandó, por lo tanto, suspender las hostilidades, y ensayar de nuevo tratos de paz.

Habia en Málaga un moro poderoso, llamado Alí Dordux, el cual mantenia un activo comercio con todos los puertos y escalas de Oriente: sus inmensas riquezas le daban influencia; su carácter benéfico habia hecho que los malagueños en general le dispensaran respeto y amor como á un padre: los reyes pusieron sus miras en este hombre, para que les sirviese de mediador cerca del fiero Hamet, y evitase con una honrosa capitulacion las calamidades de un largo asedio y los horrores de los asaltos. Pero se sabia que el obcecado gobernador castigaba con pena de la vida toda palabra de paz, pronunciada por

cualquier súbdito suyo, y fué menester enviar un embajador cristiano, que hiciese la proposicion: Alí Dordux se encargaria solo de proteger su persona, y de acompañarle hasta el castillo.

Pulgar acababa de llegar al campo con la reina, y deseoso de conocer á uno de los que habian codiciado su cabeza, solicitó y obtuvo la gracia de llevar el peligroso mensage.

Con seis de sus escuderos y un intérprete se dirigió á la plaza el intrépido guerrero: la Reina se encerró en su tienda, y se puso á orar con fervor por él y por el buen éxito de su negociacion: el Rey montó á caballo y dió órden á todos los gefes del campo de estar sobre las armas, para castigar en el acto cualquier desman del enemigo.

Era en estremo imponente el aspecto interior de la ciudad: no habia calle que no estuviese fortificada con fosos y palizadas, ni hombre alguno, escepto los ancianos y niños, que no llevase armas: pero lo que infundia mas terror era la actitud sombría, el aire macilento y lugubre de los habitantes: devorados por el hambre y constreñidos por la tiranía de Hamet, tenian pintada en los rostros la desesperacion, y mostraban en sus escúalidas facciones y hundidos ojos el deseo ardiente de morir matando. Pulgar pasó con semblante sereno por medio de aquella multitud, que le dirigia miradas amenazadoras, y subió al castillo acompañado de Alí Dordux y de un ulema.

El gobernador le admitió á su presencia, esperándole sentado en la plaza de armas, en compañia de su segundo Ibrahim, y escoltado por una guardia de negros.

—Ilustre Hamet, le dijo Pulgar: yo soy aquel que con seis valientes entró en Granada y santificó su mezquita: no te digo esto por vanagloria, sino porque sé que deseabas conocerme, y porque sepas que quien tal hizo es el mas inútil de los guerreros de Castilla: inmenso es el poder de mis reyes; su decision inalterable, porque descansa en el convencimiento de su fuerza y de su derecho. Usando de ambos pueden hundir á Málaga en el polvo de sus ruinas; pero son clementes y apreciadores del mérito, y hacen justicia á tu valor: rindiéndote á tan pode-

rosos príncipes, no puede sufrir menoscabo tu honra, y ellos te darán á Coin con título de señorio, y cuatro mil doblas de renta por juro de heredad....

—Basta ya! prorumpió Hamet. Si tus reyes hacen justicia á mis alientos, ¿cómo han podido pensar que yo me venderia? Retírate, cristiano, y vuelve pronto á tus reales; porque si tardas una hora, no responderé de tu vida.

—De mi vida! repitió Pulgar encogiéndose de hombros. Vah! De esa respondo yo, Hamet; pues no en vano traigo acero en el cinto. - Y reportándose en seguida, continuó:

—No he venido á proponerte que te vendas, sino á decirte que no es valor, y sí temeridad tu resistencia: Málaga sucumbirá, y tú con ella: si no mueres peleando, la esclavitud te aguarda. Dos horas te doy de término para escoger entre la paz y la guerra.

—Ni un minuto necesito para decidirme. La guerra quiero á todo trance; y dí á tus reyes que vivan avisados, pues muy pronto he de hacerles una visita.

—Serás bien recibido, Hamet; y por si gustas de mi hospitalidad, en la huerta del Acibar tengo la posada.

Dichas estas palabras, Pulgar saludó cortesmente al moro, y salió del castillo en compañía de los mismos que le habian conducido; pero se detuvo en la ciudad dos horas, aguardando que Hamet cambiase de resolucion. Durante este tiempo corrió entre la muchedumbre armada la noticia del altivo recibimiento hecho al enviado castellano, y la desesperacion comenzó á volver sus iras contra él: entre tanto, podia oirse en el campamento el vuelo de un insecto; tan suspensos estaban los ánimos, aguardando el resultado de la intimacion, y temiendo que se cometiese algun atentado contra Pulgar.

Pero este atravesaba la ciudad con arrogancia entre el bullicio de las turbas agitadas, tranquilizando á Dordux, que se inquietaba por su vida; y aquel continente sereno, aquella marcial actitud imponian mas respeto á los sitiados, que las palabras del influyente mercader y del venerable ulema, que no res-

piraron con desahogo hasta ver al enviado fuera de la plaza.

—No juzgueis por lo que habeis visto, noble caballero, dijo Alí Dordux á Pulgar en el acto de despedirle: Málaga desea entregarse, porque esos hombres que llevan las armas se mantienen con tres onzas de pan al dia, y son artesanos y mercaderes, nada acostumbrados á las fatigas de la guerra: sus mujeres y sus hijos comen animales inmundos y cueros cocidos en agua; y á los niños de pecho les dan pámpanos molidos y remojados con aceite: pero el gobernador cree que os faltan municiones y además espera socorros. Suplicad á sus Altezas que tengan piedad de nosotros.

Pulgar volvió al real y dió cuenta exacta de su comision y de cuanto habia visto y sabido dentro de Málaga: entre tanto, seis honrados padres de familia, entre los cuales iba un hermano de Aben Comixa, subian al castillo, á implorar de Hamet les eximiese del duro ejercicio de las armas, ya que no pensaba ceder en su inexorable resolucion. El bárbaró Zegrí les oyó con calma, y sin volverles contestacion, los entregó á sus negros, mandando decapitarlos en el acto.

Ejecutándose estaba la horrible sentencia, cuando retembló el suelo, una nube de humo se alzó del campamento, seguido de un ronco estruendo, semejante al fragor de cien truenos, y una espesa lluvia de proyectiles cayó sobre la ciudad. Don Fernando, para dar al Zegrí una muestra de los recursos con que contaba, habia hecho disparar á un tiempo todas sus baterías. Pero Hamet, lejos de intimidarse, preparó todas sus fuerzas y se dispuso para dar un ataque general á los sitiadores.

Una hora faltaba para rayar el alba, cuando el estrépito de las trompetas anunció á los cristianos la presencia del enemigo en sus propias trincheras, al mismo tiempo que las naves surtas en la bahía, unas se iban á pique, taladradas por manos invisibles, y otras eran presa repentina de las llamas: el gobernador de Geb-alfaro habia enviado á sus capitanes Ibrahim y Derbat contra el ejército de Fernando, y una escuadrilla de barcas sutiles contra la poderosa flota.

Terrible fué el estrago que los desesperados malagueños hicieron aquella madrugada en tierra y mar: el valiente Ibrahim salvó con sus gomeres los parapetos y fosos, y desbarató en su mismo campo las fuerzas del Alcaide de los donceles, tomándole los cañones y pertrechos. El sol estaba ya sobre el horizonte, y aun permanecia el intrépido Zenete recorriendo las posiciones abandonadas: de pronto se detuvo á la entrada de una tienda, en la cual acababan de refugiarse unos fugitivos: enristró la lanza y les mandó salir; mas al verlos aparecer agrupados y temblando, pues eran tres muchachos de corta edad, les tocó suavemente con el cuento de aquella, diciéndoles:

—Id, niños, id con vuestras madres.

Noble accion, por la cual le reconvinieron algunos de sus guerreros; pero él les contestó:

—Menguado seria yo, é indigno de llevar armas, si contra esas criaturas las emplease: sabed que les dejé ir, porque no ví barbas.

Pocos dias despues hicieron los cercados otra salida, pero esta vez tenia por objeto proteger la entrada de cuatrocientos gomeres, que llegaban de Guadix: conducíalos un Santon fanático llamado Abraham el Guerbí, el cual suponia estar en trato y comunicacion con los ángeles, quienes le habian revelado, que, por su mediacion se salvaria Málaga, y quedaria vencido todo el poder de Castilla. Menester era creer firmemente en el favor divino, para arrojarse, como lo hicieron, aquellos infatuados guerreros á pasar á viva fuerza por medio del campamento cristiano: su fé les daba el valor suficiente para morir contentos, seguros de ganar el Paraiso. Doscientos de ellos entraron en la plaza, despues de un desesperado combate: los demás sucumbieron al filo de la espada. Su inspirado gefe habia desaparecido.

Tocaban á recoger las trompetas del marqués de Cádiz, cuando al retirarse el adalid Luis Amar con otros dos soldados, encontraron en un barranco á un moro arrodillado y con las manos levantadas, en actitud de orar fervorosamente por los suyos:

parecia estar tan absorto en sus beatíficas visiones, que ni siquiera dió muestras de apercibirse de la presencia de sus enemigos. Acercáronsele estos, y no viéndole armas, se contentaron con hacerle cautivo y llevarle á la presencia de su general. Era el moro un hombre de constitucion hercúlea y color cetrino; pero sus miradas revelaban resignacion y dulzura, y en sus demagradas facciones se veian impresas las huellas de una vida ascética y contemplativa.

El marqués le preguntó quien era y con qué objeto se habia introducido en el campo, á lo cual contestó el cautivo:

—Bien veis, señor, que soy un pobre siervo de Alah! He venido á rogar al gran Profeta que aleje de mi patria la calamidad de la guerra, ó me conceda la dicha de morir en su servicio. No soy hombre de llevar armas, y aborrezco la sangre: por evitar que se derrame, haré cualquier sacrificio.

—De dónde habeis venido? le preguntó el marqués.

—Vengo de Guadix, y si pudiese hablar á vuestros reyes, les haria revelaciones tan importantes, que de seguro pondrian feliz término á esta guerra.

—Y no podreis indicarme esas revelaciones?

—Sois vos acaso el rey? preguntó á su vez el Santon con aparente sencillez.

—No; pero obtengo su mayor confianza.

—Perdonad, repuso el Santon: lo que yo sé, solo debo comunicarlo á sus Altezas.

El marqués no insistió, y dispuso que Luis Amar y sus dos compañeros condujesen al moro á la tienda de los reyes.

Aunque era cerca de medio dia, D. Fernando estaba durmiendo; pues con motivo de la alarma de la noche anterior habia velado hasta el amanecer. Luis Amar comunicó su encargo á una dama de doña Isabel, quien no queriendo turbar el sueño de su esposo, mandó conducir al Santon á la tienda inmediata, ocupada por doña Beatriz de Bobadilla, y que allí le tuviesen, hasta que despertara el rey.

Paseábase por delante de aquellas tiendas, con aire medita-

bundo, un hombre de magestuosa presencia y noble aspecto, que tenia los cabellos canos, sin ser viejo: hablaba consigo mismo, gesticulaba con energía, y parándose á trechos, dirigia miradas suplicantes al cielo. Luis Amar tocó á uno de sus compañeros con el codo, y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo vamos á la isla de Zipango?

El soldado soltó una ruidosa carcajada; pero no por esto se distrajo de sus cabilaciones el solitario personage.

—No es ese el loco de marras? preguntó el otro compañero del Adalid.

—Callad, que tiene mal genio, repuso este; y se conoce que esta vez viene furioso.

La marquesa de Moya estaba sentada, conversando amistosamente con un magnífico caballero, cuando se presentó Luis Amar á comunicarle la disposicion de la reina.

—Tened confianza, señor D. Alvaro, decia la noble dama: las negociaciones para el matrimonio de la infanta Isabel con vuestro sobrino están muy adelantadas; y no dudo que este enlace hará olvidar las pasadas discordias. El rey de Portugal siente ya el rigor con que ha procedido contra la casa de Braganza, y no es creible que conserve rencor á los miembros de su familia, cuando él mismo dispone una alianza con Castilla.

—Ciertamente, respondió D. Alvaro; la ocasion parece ser favorable á mis deseos; pero el rey mi cuñado no podrá persuadirse que nosotros hayamos olvidado la muerte de mi hermano, ni la del duque de Viseo, y siempre sospechará que conspira contra su vida la casa de Braganza.

—Sin embargo, yo sé que está persuadido de vuestra inocencia.

El adalid interrumpió esta conversacion, dando con profundo respeto el recado de doña Isabel. La marquesa mandó entrar al moro, y despidió á Luis Amar.

El Santon se quedó en pié en un ángulo de la tienda, observando con atencion disimulada á doña Beatriz y D. Alvaro de Braganza, que continuaban hablando; y pareciéndole por la



Le galib il Alah, gritaba el asesino.

magnificencia de sus trages y por la edad que eran los reyes, se adelantó, y pidió por señas un poco de agua. Mandó la marquesa que se la diesen, y prosiguió su íntima conversacion, sin cuidarse mas del moro. Este bebia, entre tanto, en un jarro de porcelana, que acababa de presentarle una esclava negra; mas dejándolo caer de pronto, y bajándose como asustado de lo que habia hecho, con un movimiento veloz sacó del seno una gumia que llevaba oculta, y arrojándose sobre D. Alvaro, le dió tal cuchillada en la cabeza, que le hizo caer al suelo.

—Favor! socorro! gritó doña Beatriz, levantándose.

—*Le galib il Alah*! (*) gritaba el asesino, entre tanto, con los ojos inyectados, precipitándose furioso contra la dama, y asestándole una puñalada.

Pero doña Beatriz no perdió en esta ocasion sus varoniles brios: en el aire cogió la muñeca del fanático Guerbí, librándose así de la muerte; pues la punta de la gumia le atravesó los vestidos, y solo alcanzó á desflorarle la carne.

Sin embargo, ella y el infante portugués habrian sucumbido á manos de aquel furioso, á no ser por el paseante solitario, que acudiendo á los gritos, abrazó al moro por la espalda y le afianzó los brazos. Un fraile, llamado Juan de Belalcazar, y un tesorero de la reina llegaron en seguida, y acabaron de sujetarle; y sacándolo fuera, lo entregaron á la furia de los soldados. Luis Amar y sus compañeros despedazaron en el acto al miserable, y recogiendo sus miembros sangrientos, los pusieron en la palanca de una catapulta y los arrojaron dentro de la ciudad.

Mientras se ejecutaba este castigo, el hombre cano habia vuelto al lado de la marquesa, interesándose por su salud y la de D. Alvaro: este reparó en él, á pesar de lo mal parado que estaba, á causa de su herida, y exclamó:

—Colon! Erais vos? Cuánto me alegro de encontraros!—Y añadió, volviéndose á la marquesa.—Ved aquí, señora, otra víctima inocente de la política portuguesa: un compañero mio de

(*) Solo Dios vence.

infortunio. Gracias á su generosidad tengo aun la cabeza sobre los hombros.

—Cómo! exclamó Colon: sois vos, caballero, aquel fugitivo.....

—El mismo, Colon, el mismo el que albergasteis en vuestra casa: no lo he olvidado.

Y esto diciendo, el infante de Portugal dio efectuosamente las manos al marino genovés.





CAPITULO V.

Los dos Reduanes.

Los guerreros de Gonzalo de Córdoba velaban en torno de Granada para precaver alguna nueva defeccion del rey Chico, mientras se proseguia estrechando el asedio de Málaga: no se podia poner en duda el odio irreconciliable de aquel soberano á su tio; pero Muza que tenia mayor motivo para aborrecerle, habia vuelto á la capital, y sacrificando su resentimiento en las aras de la patria, reunia todos los hombres independientes, y se afanaba por acallar las discordias, y concentrar las fuerzas diseminadas, para hacer frente á los enemigos del Islam.

El prudente Gonzalo no podia desconocer que este adversario generoso era el mas temible de todos y el mas difícil de vencer; pues poseia el fuego sagrado que reanima los alientos vitales de los pueblos, y enardecido el de Granada, era fácil que el rey siguiese su impulso por interés propio.

No descansaba, por lo tanto, el héroe castellano, y mientras atraia con halagos á los moros granadinos y les aseguraba las

ventajas de que carecian los partidarios del Zagal, apoyaba fuertemente al Zogoibi contra aquel, sin dejar de celarle, y no perdia ocasion de ganar el afecto de Muza.

Las armas de Gonzalo y las del conde de Tendilla tenian, propiamente hablando, bloqueada la capital del reino moro: por una parte, desde las fortalezas de Alhama, Alhendin, el Padul y la Malaha sujetaban á los pueblos montaraces de la Alpujarra y de la costa de Málaga; por otra, desde Alcalá la Real hasta las faldas de Sierra Nevada, mantenian una línea de puestos fijos y volantes para seguridad de sus fronteras, y á fin de hostilizar al Zagal, cortándole las comunicaciones.

En una de estas posiciones, entre Guadix y Granada, se hallaba el veterano Juan del Prado, con cincuenta hombres de su milicia: con él estaba su inseparable compañero Reduan, hecho ya un soldado aguerrido y tan diestro en el manejo de la ballesta, que no habia quien le aventajase: verdad es que no la dejaba un momento de la mano, y que era la única habilidad, que habia conseguido enseñarle su entendido y valiente gefe.

Recostados á la sombra de unas encinas, por resguardarse del calor del estío y ser la hora de la siesta, pasaban el tiempo los soldados reunidos en grupos, mientras Juan del Prado, en medio de quince ó veinte de ellos, referia con lágrimas en los ojos las hazañas de su hijo, el malogrado capitan Ortega. Reduan, cansado ya de oirle contar historias, sin haber podido jamás entender ninguna, se entretenia solo en tirar al blanco. Uno de los soldados llamó su atencion hácia una paloma, que venia volando de Oriente á Occidente, y le dijo en tono de burla:

—Reduan: haz algo de provecho. Cázanos aquella paloma.

El idiota tendió la ballesta, que armada tenia, y en menos de un segundo la inocente ave, atravesada por la flecha, fué á caer en medio del grupo donde estaba Juan del Prado. Este la recogió palpitante todavía, y vió con sorpresa que traia un billete atado debajo de un ala.

—Buena caza has hecho, Reduan, dijo, mirando y remirando el billete: si no me engaño, estos garabatos son letra de

moros, y aquí ha de haber algun misterio encubierto. - Aver? añadió dirigiéndose á todos los soldados, que habian acudido en torno suyo: ¿hay alguno de vosotros, que sepa leer?

Ninguno le contestó.

—Diantre! prosiguió el veterano. Será menester ir en busca del señor Gonzalo Fernandez, que lo mismo lee en arábigo que en cristiano; porque no es cosa de fiar esto á la conciencia de ningun moro.

Dos soldados á caballo partieron al momento á Illora con el billete, y aquella misma noche se presentaron á Gonzalo, quien habiéndolo leido, mostró mucha alegría y deseó conocer al ballestero que habia hecho tan buena presa: era una carta de Abul Cacim, en que decia:

«El Wazir y primer Cadí del rey poderoso Abu-Abdalah-« el Zagal, que Dios proteja, al valiente general Hamet el Ze-«grí salud envia. - Muy complacido está nuestro señor de tu «esfuerzo y entereza, noble Hamet; por lo cual me manda de-«cirte que mereces su gracia y el galardon que ambicionas. « Piensas con acierto que Aben Comixa, ofendido por la justi-« cia que has hecho en su hermano, rehusará entregarte su hi-«ja por esposa; mas porque no desconfies, hemos imaginado «un ardid en obsequio tuyo: hemos supuesto que el príncipe «real de Tremecen pretende á Fátima, ofreciendo enviar so-« corros á Málaga: los socorros vendrán, pues nos los han pro-«metido; pero Fátima quedará á tu disposicion en poder del «alcaide de Salobreña. De hoy en tres dias saldrá de aquí, «conducida por mi hermano Reduan; pero con muy poco acom-« pañamiento para no llamar la atencion y evitar impedimen-« tos á su viage, pues el Zogoibi nos tiene puestas emboscadas.

« Procura sostenerte un mes, que en este tiempo recibirás « refuerzos nuestros y de Africa. En Granada tenemos ya un «partido poderoso, y con esto y el favor de Alah, tu firmeza « nos dará el triunfo. Avísanos de lo que suceda por medio de « mensageros alados, pues en los hombres no se puede fiar. « Gúardete el Señor de todo lo criado, y déte salud y ventura. »

Gonzalo dió órden inmediatamente para que el alcaide del Padul bajase al Valle de Lecrin y se emboscase cerca del camino de Salobreña con gente bastante para cautivar á Fátima: otro tanto previno á Juan del Prado por conducto de los mensageros, á quienes despidió, despues de haberles gratificado bien, dándoles además una hermosa ballesta con embutidos de plata para el diestro tirador que habia cazado la paloma.

De allí á dos dias el oficial de la Hermandad estaba con sus cincuenta hombres apostado junto á un desfiladero, á cuatro leguas de Guadix, en el corazon de Sierra Nevada: no habia ningun otro puerto por donde bajar á la costa, como no fuese dando un largo rodeo hácia la parte de Almería. El aguerrido veterano distribuyó su gente en dos alas al abrigo de unos castaños campales, que allí crecian silvestres y espesos entre mucha maleza, y aunque en aquellas alturas hacía un frio insoportable, á pesar de ser esto en el mes de Agosto, prohibió encender fuego, al ver que se acercaba la noche.

Pasó esta sin que ningun indicio confirmase la revelacion de la carta de Abul Cacim; pero á la mañana siguiente se vió asomar por la cumbre de la cordillera una pequeña carabana: Juan del Prado alistó su gente, y encargando mucho el silencio, se colocó en primera línea detrás de una peña. Un accidente inesperado descubrió la celada en el momento de entrar los caminantes en el desfiladero. Traian éstos mulas y yeguas: algunos caballos de los cristianos comenzaron á relinchar y agitarse, con lo que fué imposible á los mismos permanecer encubiertos. Los moros eran doce, y entre ellos tres mujeres: solamente uno parecia persona principal; los demás tenian trazas de labriegos, y las moras llevaban trages tan modestos, que el veterano dudó si seria aquella gente la que esperaba. Sin embargo avanzó solo al medio del camino, y mandó hacer alto.

Los moros le obedecieron, y adelantándose el mas distinguido de ellos, dijo en castellano bastante correcto:

—Acercaos, cristiano, si sois el gefe de esa banda, y os mostraré el salvoconducto que llevamos del rey de Granada: so-

mos vasallos fieles suyos; tenemos nuestra vecindad en Trevélez, y venimos de una fiesta que hubo ayer en Bacares.

Juan del Prado se acercó á reconocer el salvoconducto, creyendo de buena fé lo que el moro le decia, y en todo caso para obrar segun lo requiriesen las circunstancias; y como estaba bien armado, no le pareció digno de un valiente llamar á nadie que le acompañase. Pero pronto conoció que habia sido imprudencia su confianza: el moro le presentó un papel, y mientras él lo examinaba, buscando el sello del rey Chico, le asió con una mano del cuello y con la otra le puso al pecho un puñal desenvainado, diciendo:

—Manda á tu gente retirarse, ó eres muerto!

A pesar de su mucho valor, el veterano titubeó un momento; pues habiéndole cogido la accion, se hallaba obligado á elegir entre una derrota vergonzosa, y la pérdida infalible de la vida: pero estaba seguro de que, muriendo, sus soldados le vengarian, ejecutando las órdenes que él habia recibido, y ya iba á decidirse por esto último, cuando el moro le repitió:

—Haz retirar tu gente, y no lo pienses; porque si se mueve un solo hombre, te hago caer á mis pies.

—Sea! exclamó el anciano: mátame; pero no pienses vivir.

Irritado el moro, y pareciéndole que, muerto el gefe, seria fácil dispersar á los pocos soldados que veia, levantó el brazo armado, y á descargar iba el golpe, cuando llegó silbando por el aire una flecha, y le arrebató el puñal de la mano, dejándosela herida.

—Bravo, Reduan! exclamó Juan del Prado, reconociendo en aquel tiro el ojo certero de su discípulo.

Y desprendiéndose de su enemigo, empuñó la espada y gritó:

—A mí, compañeros!... A mí!

Sucedió entonces una cosa muy singular: mientras los moros sacaban armas, que traian ocultas debajo de los capellares, para defender al que hacía cabeza entre ellos, y los soldados acudian á la voz de su capitan, dos de las mujeres se apartaron á

un lado, procurando ponerse en salvo; pero la otra guió la mula que montaba, metiéndose en medio de sus enemigos, y se dejó cautivar de ellos, diciéndoles en mál castellano.

—Llevadme, llevadme, y no me solteis, que os darán buen rescate.

No necesitaban los soldados de tanto estímulo para satisfacer el estraño deseo de la mora; pues el viento, separando de su cara el tosco velo que la cubria, y dejando de manifiesto su hermosura delicada y esplendente, les habia ya revelado la calidad de la prisionera. Inmediatamente la rodearon diez ó doce, y se apartaron á larga distancia con ella.

Entre tanto, los demás cercaban á los moros, que hacian vanos esfuerzos para defenderse, y que habrian perecido, á no ser porque su caudillo, viendo el camino que llevaba la hermosa disfrazada, y reconociendo cuan inútil era su resistencia, exclamó con despecho:

—Malhaya quien toma á su cargo la guarda de una mujer!—Cristianos, concedednos la vida, y ved que pudiera costaros muy cara; pues teneis en mí á Reduan Venegas.

Juan del Prado mandó suspender todo acto hostil, y dijo á su enemigo:

—Me place de tratar con un caballero. Dadme palabra de que ni vos, ni ninguno de los que os acompañan intentareis fugaros, y os llevaré sueltos, como compañeros, al poder de mi señor Gonzalo de Córdoba, de quien sois cautivos.

—Lo prometo por mi fé; ó si quereis mejor, por la de mi padre, que fué cristiano.

—Prefiero la última, repuso el veterano con su genial viveza: y así volvieran las aguas al mar de donde han salido, señor Reduan.

—Reduan?... repitió el idiota, que á la sazon se acercaba, mirando con ojos espantados al ilustre moro.—Reduan soy yo!.

—Quién se atreve á usurpar mi nombre? prorumpió el moro, mas quejoso de las palabras del ballestero, que de verse cautivo.

—No os enfadeis, noble señor, repuso el veterano: este otro Reduan es el que os ha vencido, en prueba de que Dios se vale á veces de instrumentos humildes para abatir á los fuertes de la tierra. Por burla le dieron el nombre, que han hecho famoso vuestras hazañas, y ya veis que, en su pequeñez, procura no deshonrarlo.

Rendidos los moros y cautiva la hermosa Fátima, con gran contento de ella, Juan del Prado no quiso detenerse en aquel sitio, y colocándose en medio de la tropa con sus prisioneros, dispuso inmediatamente la marcha, para salir cuanto antes á tierra segura.

Dos dias despues se hallaban todos en el castillo de Illora, donde Reduan Venegas encontró á varios de sus antiguos conocidos y compañeros de armas, entre ellos al valiente Zegrí Azaator, tan mudado en sus ideas y afecciones, que suspiraba por hacerse cristiano y tomar el nombre de su vencedor Gonzalo (*); y al jóven Alí-Aliatar, que habia sido alcaide de aquella fortaleza, cuando se rindió, y era á la sazon amigo de confianza del héroe cordobés.

Fátima fué muy bien recibida y agasajada por la esposa de éste, doña María Manrique, y los demas cautivos vieron con asombro que se les trataba mejor allí, que cuando eran libres en el servicio de sus reyes.

Pasados algunos dias, Gonzalo escribió largamente á la Reina, dándole cuenta de todo lo ocurrido con Fátima y Reduan, y enviándole la carta de Abul Cacim: el mismo Reduan Venegas, despues que hubo hecho juramento de fidelidad, fué á Málaga en compañía del mensagero de Gonzalo, á fin de presentarse á los reyes, y ayudar con su influjo á vencer la obstinada resistencia de Hamet el Zegrí.

Cuando llegaron al campamento cristiano estos enviados, Málaga y sus contornos ofrecian el cuadro mas terrible de la guerra. Los soldados españoles, tostados por el sol, estaban tan enne-

(*) Azaator se convirtió al fin, y se llamó en adelante Gonzalo Fernandez Zegrí.

grecidos, que no tenian semblante de hombres: sus ropas destrozadas por las armas y las fatigas se caian á pedazos: muchos andaban descalzos; pero sus pies encallecidos no sentian la dureza de las piedras, ni recelaban pisar los abrojos. Sin embargo, ninguno desmayaba: su ardor habia crecido en proporcion de los obstáculos que estorbaban su deseo. La Reina recorria diariamente á caballo todas las líneas del sitio, manteniendo vivo el fuego del entusiasmo con sus exhortaciones y consuelos, y procurando que abundasen los víveres, ya que faltaban otras comodidades: los guerreros oian sus palabras con la risa en los labios, y contestaban á ellas con gritos de frenética impaciencia y agitando las armas.-En mil partes se veian las huelles del enemigo: ya era un parapeto desmantelado, ya las cenizas de una tienda incendiada; ya los girones de las banderas ondeando sobre sus astas inmóviles.-El mar estaba cubierto de naves, llegadas de refuerzo: solo el duque de Medinasidonia habia enviado ciento, armadas á su costa, y con ellas veinte mil doblas de oro.-Acercándose mas á la plaza, la vista contemplaba en todo el ámbito ruinas de torres y murallas ennegrecidas por la pólvora, y despojos de cadáveres insepultos; pero en medio de tanto estrago, el pabellon mahometano flotaba con arrogancia sobre el castillo de Geb-alfaro.

Gran contento dieron á doña Isabel las nuevas que le enviaba Gonzalo de Córdoba, pues le daban esperanzas de rendir la obstinacion de Hamet, sin necesidad de mas sangre: propuso, en su consecuencia, al rey hacer nuevas proposiciones de paz por medio de Reduan. Pero D. Fernando, enfurecido por una resistencia á que no estaba acostumbrado, se opuso á entrar en mas negociaciones.

—Qué partido quereis hacer á esa gente endurecida? dijo: no han querido ellos la suerte que sufren? No han intentado últimamente librar su destino á una batalla decisiva? Os enternecen los lamentos de las mujeres, que han perdido en la accion sus hijos y sus esposos, ¿y no reparais que antes debieran ablandar la dureza de su fiero gobernador? Si, pues, no quieren rom

per de una vez con él y acogerse á nuestra clemencia, justo es que sufran el rigor de nuestra indignacion.

Sin embargo, doña Isabel instó, y D. Fernando dió permiso para que Reduan subiese al castillo; pero no quiso que en su nombre se hiciera ya ninguna promesa.

—Declarad á los malagueños, dijo al enviado, que estoy decidido á tomar su ciudad, y que me daré por satisfecho recibiendo un sepulcro: que se entreguen á mi merced.

Con esta desconsoladora embajada entró en Málaga Reduan. Alí Dordux y el alfaqui Abraham Alhariz salieron á recibirle, y aunque oyeron con amargo desconsuelo la resolucion del rey, no se atrevieron á prometer que la ciudad se entregaria: paseáronle por toda ella, para mostrarle el duro estremo á que se hallaban reducidos sus míseros habitantes, insensibles ya al dolor, y solo entregados á la ferocidad: ora encontraban á una madre sentada en el suelo, meciendo en la falda el cadáver de su hijo, que habia muerto peleando; ora presenciaban una lucha tenaz entre dos doncellas, que se disputaban un pedazo de carne humana, dando salvages alaridos: aquí oian desesperados gritos y cantares disonantes, arrancados por el delirio: allí eran imprecaciones y dicterios horribles contra el gobernador y los sitiadores: á cada paso tropezaban con niños y ancianos, que cansados de luchar con la agonía, recostaban tranquilamente sus cabezas en las duras piedras, aguardando el sueño de la muerte: no habia ricos ni pobres; todos eran iguales ante la desgracia, y el oro solo servia para agravar la desesperacion de sus poseedores.

Reduan subió solo al castillo: ni Alí Dordux, ni el alfaquí se atrevieron á ir con él. Apenas pronunció su nombre se le abrieron las puertas, y pudo llegar hasta la presencia de Hamet, que en aquel momento celebraba consejo con sus oficiales: Reduan no quiso permitir que se interrumpiese por él la deliberacion, y oyó con asombro que decia el fiero Zegrí:

—Esos continuos clamores de la gente débil me irritan y desesperan; porque hacen flaquear el valor de mis guerreros: además, ¿para qué sirven esos viejos miserables, esos muchachos,

esas mujercillas, sino para consumir el escaso alimento del soldado? Ellos me entorpecen aun mas que el enemigo, y estoy resuelto á esterminarlos. Esta noche hemos de bajar á la ciudad, y no ha de quedar vivo nadie que no pueda llevar las armas.

Los mas feroces se estremecieron al oir esta horrible proposicion. Reduan aprovechó los momentos de silencio que siguieron á ella, y dijo:

—Noble Hamet: si yo viese que era posible salvar la patria y tu honor por el medio que acabas de proponer, lo aprobaria; pero seguramente tu lealtad te exagera la posibilidad de vencer, y te aconseja escesos, que solo servirian para precipitar tu ruina. En vano pretendes luchar contra el destino inexorable: yo mismo debia venir aquí á traerte esperanzas de socorro y alentar tu constancia; y sin embargo mi adversa estrella quiere que solo pueda decirte: «Hamet, ya has hecho bastante para probar tu decision y patriotismo: nadie te acusará de flaqueza y cobardía: ríndete al enemigo, antes que sea tarde para alcanzar su clemencia.»

—Reduan! exclamó Hamet con energía. Qué estás diciendo? Mienten mis ojos, ó eres tú quien tal cosa me aconseja?

—No soy yo, es la fatalidad quien habla por mi boca, repuso Reduan: aquí donde me ves soy un mísero cautivo, sugeto á la cadena por la mano de un humilde idiota. La que debia recompensar tu valor, está en poder de cristianos, y todo por haberles entregado el cielo prodigiosamente esta carta, que una paloma te traia: toma, y verás que el hado se conjura contra tí.

Hamet tomó la carta y la leyó rápidamente.

—Y esto ha ido á manos del enemigo! murmuró con ira, pero sin mostrar abatimiento.

—Sí: y eso nos ha perdido. ¿Crees ahora poder salvar la mitad de Málaga, sacrificando la otra mitad?

—Creo que soy desdichado! Eso creo... Pero no ha de domar mi espíritu la adversidad. Quede Málaga entregada á su suerte, y obre cada cual como quien es. Hamet morirá, pero no se rinde. Tal es mi resolucion irrevocable.

Reduan volvió á la ciudad, y manifestó á varias personas principales que eran libres para tratar de la entrega. El traficante Ali-Dordux y otros moros respetables pasaron inmediatamente al campo á impetrar la clemencia del vencedor. Pero en aquellos momentos habia llegado á tal estremo la irritacion de los ánimos, que los mas de los guerreros querian entrar á saco y á degüello en la ciudad.

Entónces la Reina convocó á todos sus capitanes y les dijo:

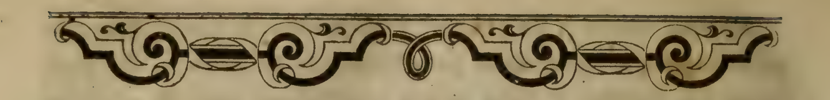
—Málaga es nuestra, merced á vuestro esfuerzo y constancia; pero así como estimulo y admiro el valor en la pelea, tambien así repruebo la crueldad con el vencido: ya no tenemos aquí enemigos, sino hermanos desgraciados. Haced saber, que quien toque á un cabello de esos infelices, me tocará en las niñas de mis ojos, y pagará con la vida.

No alcanzaron, sin embargo, los malagueños tan buen partido como hubieran podido esperar algun tiempo antes: pero el dia siguiente, al tomar posesion de la plaza el comendador de Leon, D. Gutierre de Cárdenas, llevó consigo, de órden de la Reina, muchos víveres y provisiones para repartirlos entre los vencidos.

Una semana despues la guarnicion de Geb-alfaro se sublevó contra su gefe, no pudiendo resistir mas el rigor de su disciplina, ni la espantosa penuria en que vivia. Rindióse el castillo, y Hamet fué traido á la presencia de los reyes, cargado de cadenas. Muchos caballeros cristianos acudieron á ver de cerca aquel hombre indomable, y á observar en su semblante si la adversidad le abatia: pero habiéndole preguntado el marqués de Cádiz la causa de su temeraria resistencia, contestó con fria entereza:

—Yo habia jurado defender mi patria y mi ley, junto con el honor del que en mí confió; y á no haberme faltado ayudadores, habria muerto peleando.

Hamet fué mandado encerrar en el castillo de Coin: á su segundo Ibrahim Zenete se le tuvo en cuenta la accion de los tres niños, y se le dieron honores y riquezas.



CAPÍTULO VI.

El último valiente.

Rendida Málaga, el poder musulman quedó concentrado en las plazas fuertes de Almería, Guadix y Baza. Esta última era la mas importante por su situacion, como puesto avanzado de la frontera, y como paladion del territorio moro: contra ella dirigieron sus esfuerzos los reyes de Castilla y Aragon, y en dos campañas sucesivas quedó avasallada, despues de un sitio memorable, en que probaron su gran valor y gallardía los mas distinguidos campeones del Islam, y en que doña Isabel dió muestras acabadas de su firme carácter, allanando montañas intransitables, para llevar pertrechos á sus soldados y sostener sus abatidos brios.

Baza, que habia resistido con heróico denuedo los repetidos y furiosos combates de Fernando; Baza, que tenia en su recinto al príncipe Cid Hiaya con veinte mil guerreros, los mas animosos y mejor disciplinados de la morisma, dobló la cerviz, humillada y no vencida, cuando vió ante sus muros á la invencible

Isabel con su brillante cortejo de hermosas damas: quiso postrarse á las plantas de la belleza, por no provocar el rigor de sus iras; y recibió el yugo, de la misma manera que el noble paladin, en el torneo, recibe el galardon de su cortesana bravura.

Guadix y Almería no aguardaron el combate, y fueron entregadas por el Zagal, que convencido de su adversa suerte, perdió la fé y con ella el valor que le sostenia. Era, pues, llegado el momento de que el rey Chico de Granada cumpliese su imprudente palabra, poniendo la capital del reino y su corona á los pies del vencedor.

Previendo esta ocasion; el sagaz y mañoso Gonzalo de Córdoba habia conservado á Fátima en su poder, desdeñando admitir las brillantes proposiciones que le hiciera su padre, de darle por ella el mas cuantioso rescate; pues conociendo que Muza seria un obstáculo invencible para la entrega de Granada, se proponia ganarle por el afecto de su dama. Pero aquel corazon altivo y generoso no se dejaba vencer por los halagos de los enemigos de su patria: no hacia obligacion del agradecimiento, ni sacrificaba sus deberes á los atractivos de la pasion.

Muchas veces, invitado por Gonzalo, habia ido Muza á visitar á su amada, que en el cautiverio era mas feliz, que lo fuera en su propia casa; pero siempre al despedirse de ella, la decia:

—Líbreme Alah de encontrar á Gonzalo en mi camino! A nadie amo tanto como á él, despues de tí. Si la ley del honor y deber lo trajese á mi encuentro en la batalla, temo que me faltaria el valor para combatirle... Y sin embargo, Fátima, no te aceptaré de su mano, sino recobrándote á viva fuerza; porque un favor tan grande no tiene precio, y antes que ser traidor preferiria perderte.

Gonzalo conocia muy á fondo estos sentimientos de su noble enemigo, y se alegraba cada dia mas de haber cautivado á Fátima. Cuando los reyes le enviaron á Granada, para exigir del rey Chico el cumplimiento de su promesa, hizo vestir á su prisionera con riquísimos trages, le dió magníficas joyas y criados, y la llevó consigo.

Muza residia con su hermano en el palacio de la Alhambra: en cuanto supo la llegada de Gonzalo, salió á recibirle con un lucido acompañamiento de caballeros; mas al ver á la hermosa abencerrage, se in utó, comprendiendo las intenciones del noble castellano, que le dijo:

—Lo que no he querido ceder por interés, lo cedo por amistad, ilustre Muza; y como solo la tuya pudiera ser suficiente precio para pagar el rescate de esta hermosa doncella, vengo yo mismo á traértela, para que de tí la recobre su padre, y puedas así hacerte doblemente digno de ella.

—Generoso Gonzalo, contestó Muza: mi amistad tienes, sin que necesites contraer nuevos méritos para conseguirla; pues queda pagada con la tuya: y claro está que, al aceptar yo el inapreciable presente que me haces, recibo mucho mas de lo que doy: si, pues, no me permites recompensarte el esceso, lo que en tí es generosidad, en mí fuera ofensa.

Hizo Gonzalo buen semblante á las razones de Muza, procurando desviarle de su nímia delicadeza, y juntos subieron á la Alhambra, donde por espacio de algunos dias se celebró con festejos la vuelta de la cautiva y se obsequió al castellano, sin que éste hablase una palabra de su emba ada. Pero luego que encontró una ocasion favorable, hallándose á solas con el rey, le recordó su compromiso. Abdalah lo reconoció; pero pidió al mismo tiempo un plazo para decidirse, y acallar los escrúpulos de sus súbditos.

El embajador accedió á esto, y dispuso su partida, no sin haber antes ganado la voluntad de Aben Comixa, reconciliándolo con el rey, é introduciéndolo de nuevo en su íntima confianza. El dia designado para la marcha de Gonzalo, se presentó Muza en su morada, y acercándole á una ventana, le mostró en la puerta quinientos cautivos cristianos, veinte caballos árabes cubiertos con soberbios jaeces, recamados de oro y pedrería, dos grandes azafates de filigrana, llenos de perfumes y joyas de inestimable valor y sostenidos por esclavos negros, y cuatro leones domesticados.

—Gonzalo, le dijo: ahí tienes lo que puedo darte por el rescate de Fátima: sé que no es bastante, pero mi deseo suple la cortedad del presente. Si no lo aceptas, creeré que lo desprecias, porque ambicionas mas: en ese caso recibe á la que adoro.

—Acepto esos dones por ser tuyos, Muza, no por lo que valen; pero ya te dije que solo ambiciono tu amistad.

—Tuya es, Gonzalo: bien lo sabes, le repuso el infante, apretándole la mano: ámbos á dos tenemos nuestras almas y nada nos debemos: lo que me diste de mas, te pago, y estamos iguales. ¡Adios, caro amigo! Adios, hasta que nos veamos en los campos de batalla!

—Oh! Eso no es posible, amigo mio!

—Que no es posible!... replicó el moro vertiendo lágrimas. Gonzalo, tú no estrecharias esta mano, si la vieses deshonrada. Oh! que no es posible?.. Granada luchará mientras aliente Muza!

Y avergonzado de que el cristiano le viese llorar, se salió apresuradamente de la estancia. Gonzalo partió con el corazon acongojado.

Pasó el tiempo de la tregua, y el rey Chico no daba cumplimiento á su palabra. Una mañana de Abril los vecinos de Granada vieron entrar por la Vega adelante una tropa poco numerosa de cristianos, magníficamente vestidos, los cuales se detuvieron delante de las murallas, junto á una grande acequia, que riega aquellos amenos campos: con ellos venian un niño y un prelado. El niño era el príncipe don Juan, quien recibió en aquel sitio la investidura de caballero, de manos de su padre, celebrando el cardenal Mendoza las ceremonias religiosas propias de tales actos. No podia darse una provocacion mas audaz, ni un testimonio mas patente de la firme resolucion tomada por los reyes de Castilla.

Muza se presentó á su hermano, y le habló de esta manera:

—Rey de Granada: los enemigos de tu patria y de tu ley llegan ya pacíficamente á nuestras puertas, y consagran nuestro territorio con los ritos de su religion. ¿Qué significa esto,

Abdalah?... Granada, ¿es árabe ó cristiana? Pueden ya los soldados de Cristo pisar sus umbrales, consintiéndolo tú?

—De qué me hablas? por qué me reconvienes, Muza? le contestó el rey. No sabes á lo que me obliga mi desventura?

—Yo no sé mas, sino que Alah te ha dado un reino para que lo defiendas; no para que lo dejes perder cobardemente.

—Traidor! Qué palabra has pronunciado? exclamó Abdalah poniendo mano en su gumía. Ignoras que soy dueño absoluto de mis acciones y de tu vida.

—Tómala, que yo no te la disputo, replicó Muza, presentándole el pecho indefenso. No me importa morir, cuando me llama traidor un rey, que vende lo que no es suyo: no temo perecer, cuando mi patria se hunde.

Abdalah temblaba de ira y de vergüenza, y en aquel momento habria cometido un fratricidio, por no tener delante á un hombre, que era como el grito acusador de su conciencia. Inopinadamente sintió que le asian por detrás el brazo; se volvió, y sus ojos encontraron la mirada penetrante y severa de Aixa.

—Desventurado! exclamó la sultana. ¿Por qué ofendes al último valiente de tu raza? Óyeme Abdalah! Yo te dí la vida, y te puse tres veces en el trono, que ocupas: yo te privaré de la una y del otro, antes que verte cobarde. Tú no puedes cumplir la promesa que hiciste á nuestros enemigos, porque tu pueblo no es un rebaño que se vende ó se regala: prueba, si quieres, y verás que ese pueblo tiene poder para despedazarte.

—Y qué quereis que yo haga?

—Luchar: si el hado te condena á morir, muere con honor. Eso es lo que te mandan tu madre y la corona que ciñes. Entrega tus guerreros á Muza, y él los conducirá á la victoria: él sabrá, por lo menos mantener puro el lustre de Granada; y si la fortuna le favorece, quizás puedas dilatar de nuevo tus dominios menguados.

Muza recibió el mando en gefe de las tropas de Granada, y aprestó sus armas para defenderla.

Entre tanto, los ejércitos cristianos invadian la Vega, des-

truyendo sus sembrados en flor. Fernando intimó á Granada que se entregase, y Muza le contestó con entereza espartana:

—Ven á tomarla!

Como el leon bravo, que acostumbrado á ver abandonadas las selvas por los demás animales, al solo rumor de su rugido, se enfurece indignado, sí otro leon le hace frente, amenazando disputarle su poder, así el animoso rey de Aragon, olvidando su acostumbrada prudencia, convocó á sus principales caudillos, y corrió al asalto, marchando él á la cabeza de los guerreros mas denodados. Todos participaban de su ardor impetuoso, menos el valiente Gonzalo, que acercándosele á la mitad del camino, le dijo:

—Señor, temo que no hayais meditado bastante la accion que acometeis: la fortaleza de Granada y la del gefe que la defiende es tanta, que, si á viva fuerza hubíerais de rendirla, perderíais todo vuestro ejército antes de quebrantarla.

—Dejadme obrar, Gonzalo, que meditado tengo lo que hago, le contestó el rey; mas, si acaso temeis asaltar los muros de Granada, descuidad, que os señalaré un puesto de menos peligro.

—Señor, repuso el caballero, vivamente resentido: mi puesto está al lado de V. A., donde pronto espero probaros la lealtad de mi consejo.

Aunque era de noche, no dormian descuidados los guerreros de Muza: el ejército de Fernando encontró otro ejército acampado, no detrás, sino delante de las murallas de la ciudad: trabóse allí una espantosa refriega, siendo tal el ímpetu del inesperado ataque, y tan vigorosa la fuerza del enemigo, que las aguerridas huestes de los castellanos quedaron desordenadas al primer encuentro. Pero la actividad del rey, la intrepidez del marqués de Cadiz y la fria serenidad de Gonzalo impidieron una inminente derrota: sin embargo, la lucha duró hasta el amanecer, con grandes pérdidas de los cristianos, y sin que estos pudiesen retirarse, por haber soltado los moros el agua de las acequias y estar el terreno intransitable para los caballos.

Don Fernando perdió el suyo, y habiendo tomado el de un soldado, peleaba con desesperacion ; tanto, que algunos de sus capitanes hubieron de aconsejarle que moderase su arrojo, y se saliese del peligro.

—No me está bien cuidar de mi persona, les contestó, cuando peligra la vida de mis súbditos.

Con la venida del dia fué mas fácil ordenar la retirada ; y como los moros vencedores seguian al alcance de sus enemigos, el marqués de Cadiz y Gonzalo se quedaron en la retaguardia para detenerlos, dando así tiempo al rey, para poner las demás tropas al abrigo de las trincheras.

Desde esta batalla no se pensó mas en atacar directamente á Granada : púsose un campo fortalecido en un lugar llamado el Gozco, y desde allí se trabajó en cortar las comunicaciones de la ciudad ; pero los moros hacian frecuentes salidas, y eran continuas las escaramuzas y combates parciales en aquella espaciosa llanura : solo las baterias avanzadas batieron por espacio de muchos dias algunos puntos de la muralla para abrir brechas en ella.

Entre tanto, llegó la reina al campamento, y Gonzalo andaba discursivo y suspenso, como si algun pesar oculto le aquejase : no habia podido olvidar las palabras de don Fernando, y suspiraba por tener ocasion de probarle, que era capaz de entrar solo en Granada ; su anhelo quedó satisfecho de una manera singular.

Era la víspera de San Juan : despues de haber acometido durante el dia mil bizarras hazañas, los caballeros cristianos obsequiaban á las damas con festejos propios de aquella noche : habian talado un bosque cercano, y trasladado los árboles enteros al campamento, convirtiéndolo en un ameno jardin, entre cuyo verde follage brillaban imnumerables luces de colores : con ramas y flores cogidas, espada en mano, de los vergeles del Darro y del delicioso Jaragüí, habian construido salones de arcos, cubriendo los testeros con ricos tapices, donde la Reina misma y sus hijas se solozaban entre alegres músicas y danzas. Nadie.

al ver aquel espectáculo, habria sospechado que se estaba en frente de una plaza sitiada, sino en una poblacion tranquila del centro de Castilla y en medio de las dulzuras de la paz.–Los moros celebraban tambien, dentro de la ciudad, la velada del solsticio, segun la costumbre inmemorial de casi todos los pueblos: las bellas granadinas esperaban la media noche para blanquear sus rostros lavándose en el agua de sus fuentes de alabastro, y quemaban flores de cardo para consultar el destino de sus amores.

Durante estos regocijos, ocurrióle á la marquesa de Cádiz elogiar los buñuelos y hojuelas, que en otra noche semejante habia comido en su castillo de Arcos, hechos por mano de una mora cautiva.

—Con efecto, dijo la reina; son las moras muy hábiles en la confeccion de esas golosinas, y en particular las de Granada tienen fama de pulcras é inmejorables.

—Así es la verdad, repuso el príncipe Cid Hiaya, que desde la rendicion de Baza militaba en las filas castellanas: pero, de cuantas buñoleras conozco, ninguna es comparable á la linda Zaira, muchacha tan limpia, que se la puede beber en un vaso de agua.

—Lástima que no tengamos algunas frutas de sarten de manos de esa Zaira, que tanto encareceis! replicó doña Isabel. Es lo único que falta en nuestra fiesta.

Uno de los guerreros, que oyó esta plática, sin hablar palabra, se retiró cautelosamente de la reunion, mandó que le ensillasen un caballo negro, poniéndole jaeces moriscos, tomó un albornoz ligero, y antes que se notára su ausencia, partió á escape hácia Granada.

Los moros estaban tranquilos aquella noche, con la seguridad de que sus enemigos solo pensaban en divertirse; por lo cual únicamente habia en los muros y torres las centinelas ordinarias. El guerrero se acercó á una de las brechas abiertas en la muralla, y dando gritos en arábigo, como si fuese huyendo, perseguido por alguna patrulla de cristianos, saltó rápidamente

las piedras que obstruian el foso, y se metió en la ciudad: los guardias le vieron pasar como una exhalacion, sin tiempo para detenerle, y se quedaron riendo de él, pues creyeron que el miedo, y no la audacia, espoleaba su caballo.

Apenas el aventurero se vió dentro, moderó su carrera y recorriendo un laberinto de calles tortuosas, subió por la de la Azacaya á la de Elvira, donde sabía que moraba la bella Zaira. No tardó en divisar su puesto, que era reducido; pero tan aseado, que brillaba como un espejo: tenia sobre la puerta un cobertizo de madera para darle sombra, del cual pendia un farol, y debajo habia un mostrador portátil, en el que se veian los buñuelos calientes, puestos sobre hojas de naranjo y torongil y entre jarros de flores, para mas escitar el apetito: detrás del mostrador estaba la linda buñolera despachando, y dentro de la tienda su madre, cuidando de servir á sus parroquianos, que en un patio interior movian una bulliciosa algazara.

El caballero aguardó que el puesto quedase solo, y acercándose con el caballo de las riendas, saludó galantemente á la jóven, que no pareció descontenta de la atencion, y le pidió que le pusiese los mejores hojuelas que tuviese en una cestilla de juncos.

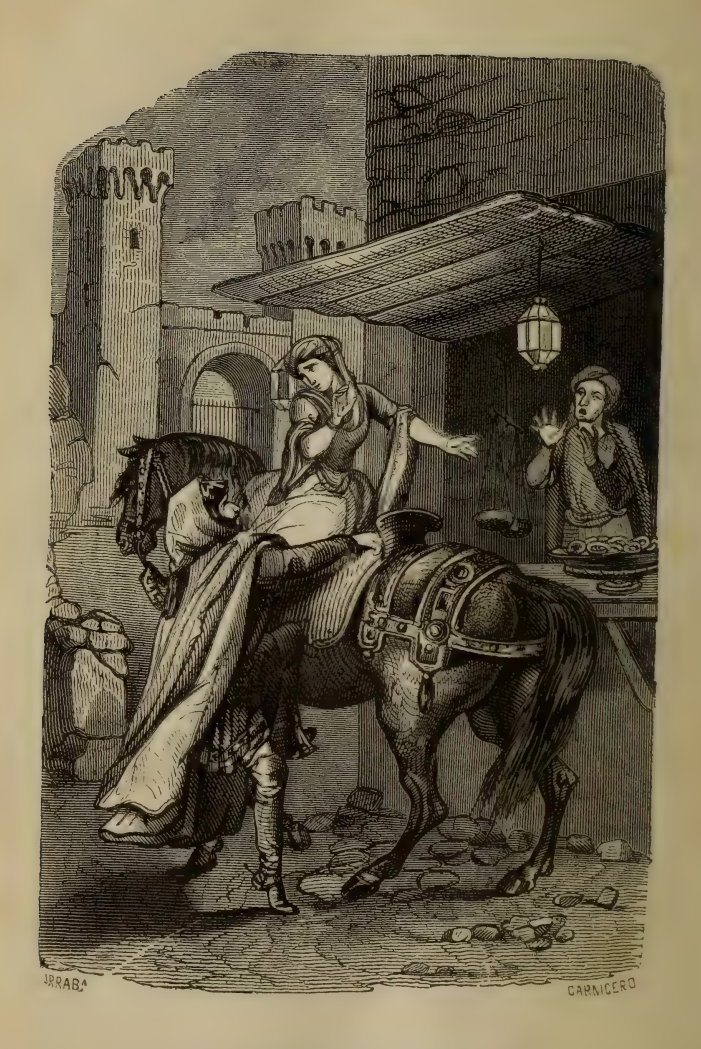
—Serán para obsequiar á una dama? dijo la buñolera, sirviéndole.

—Lo has acertado, sandunguerac riatura, repuso el caballero; mas no creas que es obsequio de galan, pues si tal fuese, aquí lo dejaria, despues de haber visto esos pícaros ojos.

Diciendo esto, sacó una bolsa para pagar, y como distraido, dejó caer rodando algunas monedas de oro; pero echándola de galan generoso, tomó la cesta para acomodarla en el caballo, cuidándose poco del dinero. La mora pidió luz á su madre y se bajó á recogerlo; pero él la dijo:

—No os inquieteis por eso, amable Zaira: otro cuidado me aflige, y es que soy torpe. Así me ayudáseis á colocar esta cesta, de modo que no se mueva.

—Con el alma y la vida, contestó la jóven.



No temas, hermosa infiel, que no te haré daño.

Y se acercó al caballero para hacer lo que desaba. Entónces él la cogió de la cintura, y alzándola en el aire, cual si fuera una pluma, la sentó en el arzon delantero de la silla: y como Zaira comenzase á gritar sobresaltada, la dijo, poniendo el pié en el estribo:

—No temas, hermosa infiel, que no te haré daño: al contrario, vas á servir esta noche á la mesa de una reina.

Pero la mora no le escuchaba, y su madre habia quedado estupefacta, sin alientos para pedir socorro. A los gritos de aquella acudieron muchos moros de los que habia dentro de la casa, y de los que andaban por la calle; pero ya el cristiano, puesto en la silla, metia espuelas al caballo, que arrojaba manojos de chispas de las herraduras. Sin embargo, la muchedumbre le seguia, vociferando, y difundiendo la alarma en la ciudad. Cuando llegó el atrevido castellano al portillo por donde habia entrado, Zaira iba desmayada en sus brazos, lo cual aumentaba la dificultad de abrirse paso por entre los guardias, que avisados por el tumulto que oian, estaban sobre aviso. Pero empeñado ya en su árdua empresa, nuestro aventurero valia él solo por veinte hombres: con arrojo inaudito envolvió á la mora en el albornoz, para preservarla de los golpes, y empuñando la espada, pasó, como un relámpago, rompiendo las picas que intentaban detenerle, y apartando en el aire las azagayas y dardos que le arrojaban; hasta que viéndose fuera de los muros, se volvió gritando:

—Necios! Habeis dejado escapar á Gonzalo de Córdoba!

Entre tanto, seguia el regocijo en el campo, y solo un caballero permanecia retirado del bullicio de la fiesta: tenia por banda un crespon en señal de luto, y conversaba respetuosamente con una dama, que como él, parecia rehusar los placeres. El primero era Pulgar, que habia enviudado; la segunda doña Elvira de Sandoval, á quien la reina dispensaba una especial proteccion, desde que su marido falleció peleando. La Historia ha respetado la conversacion de estos dos antiguos amigos, y solo nos dice que en sus semblantes rebosaba una dulce triste-

za. De pronto fué interrumpido su coloquio por las voces de muchas personas, que decian con inquietud:

—Dónde está Gonzalo? quién ha visto á Gonzalo?

Nadie sabia responder á estas preguntas: Pulgar se apartó de su amiga, y participando de la comun ansiedad, comenzó á requerir sus armas y caballo, por si fuese menester ir en busca del héroe de Córdoba. Pero en esto se oyó el galope de otro que hácia el campamento venia, y á poco los alegres gritos de los soldados que exclamaban:

—Aquí está! Vedle aquí!

Gonzalo se presentó en medio de la brillante reunion de damas y caballeros, trayendo en una mano la cestilla de juncos y de la otra á Zaira, que repuesta del susto, miraba el espléndido concurso, como si estuviera soñando.

—De dónde venís, Gonzalo? preguntó la Reina, mirando con sorpresa á la mora. Vaya que habeis ido á Granada por buñuelos?

—Acertado habeis, señora, contestó el caballero, que aquí los traigo; y por si no llegan bien calientes, os he traido además la buñolera, que podrá serviros á pedir de boca.

—Pero es posible, que hayais entrado solo en Granada? repuso el Rey.

—No debeis estrañarlo, señor, sabiendo que ha mucho tiempo me conocen los moros.

Mas de un caballero se mordió los labios, pesaroso de que no le hubiese ocurrido la misma idea que á Gonzalo.

El resto de la noche se pasó muy alegre; pero al amanecer, cuando ya todos reparaban con el sueño y el descanso las perdidas fuerzas, resonó súbitamente por todo el recinto del campo la voz de alarma. El valiente Muza habia entrado solo, y sin ser percibido, hasta las estancias del real, y dejando su lanza clavada junto á la tienda de la Reina, se volvia ufano, cuando fué sorprendido por una ronda; pero habiéndola acuchillado, acababa de salir ileso de entre sus enemigos.

Pendiente de la lanza se halló un cartel en que decia:

« Muza invita á los caballeros cristianos á lidiar con él y los suyos, de hoy en quince dias, en celebridad de sus bodas. El paso de armas se podrá efectuar entre este campo y la ciudad. »

CAPÍTULO VII.

El último triunfo.

IMPACIENTES estaban los guerreros cristianos por medir sus armas con los campeones granadinos, ya que la política adoptada por sus reyes no les permitia emplearlas en batallas campales: veian á Granada, término de su belicoso anhelo, y los dias eran siglos para su afan de poseerla; pero Isabel se habia propuesto conseguir este objeto, economizando la sangre de sus vasallos, tan pródigamente vertida en el largo transcurso de diez años.

Llegó la víspera de las bodas de Muza: entre el campamento y la ciudad se habia construido un espacioso circo, á modo de palenque, donde en presencia de los dos ejércitos, sitiado y sitiador, debian combatirse cuerpo á cuerpo los principales caballeros de ambas partes. El infante granadino era el mantenedor, y habia propuesto que, si en el término de tres dias no fuese vencido, se hubiera de alzar el sitio; pero si le venciesen, él mismo se entregaria en rehenes para obtener la sumision de la plaza.

Estaban ya nombrados para luchar con Muza el marqués de Cádiz, los maestres de Santiago y Calatrava, Gonzalo de Córdoba, Pulgar y otros de los mas esforzados capitanes, cuando acaeció un accidente que puso en gran conflicto á los sitiadores.

En el silencio de la noche se alzaron voces alarmantes, que denunciaban una fatal catástrofe.

—Fuego! Fuego en la tienda de la Reina! gritaban los centinelas, sin dejar sus puestos, por recelo de alguna sorpresa.

El marqués de Cádiz saltó del lecho, en que reposaba con las armas ceñidas, y ordenando rápidamente sus escuadrones, sin comprender aun lo que pasaba, corrió en busca del enemigo, que presumia estuviese cerca del campo. Entre tanto, las llamas le daban aviso del peligro evidente: la conflagracion se habia estendido de la tienda de la reina á las inmediatas, y las damas huian medio desnudas buscando un asilo, por entre la multitud de caballeros y soldados, que hacian vanos esfuerzos para estinguir el incendio: Don Fernando; envuelto en una colcha de su cama, iba de unas partes á otras dando órdenes para conjurar el daño, y para prevenir el ataque de los moros, suponiendo que aquel era obra suya.

Entre tanto, Muza, teniendo aviso de este accidente casual, juntaba una escogida hueste de caballeros, y salia de Granada, con intento de entrar en el campo cristiano á favor del desórden: pero á corta distancia de la puerta de Elvira le salió al encuentro un santon venerable, cuya blanca barba le cubria la mitad del pecho; y tomándole aparte, le dijo con voz al parecer trémula y afectada:

—Noble Muza: en el nombre del poderoso Alah te conjuro, por tu bien y el de nuestra amada patria, que te apartes del camino que llevas. Yo soy Abraham el Guerbí, mártir de mi celo, á quien Alah permite venir desde la mansion feliz de los buenos creyentes, á fin de salvarte de la muerte, y conducirte á una segura victoria.

El acento profundo y sepulcral del Santon conmovió á Muza.

que sin saber si debia dudar ó creer lo que aquel le decia, le contestó:

—Venerable Santon: si eres efectivamente el mártir sacrificado en Málaga, debes saber el destino reservado á Granada.

—Granada se salvará por tu esfuerzo, si quieres seguir mis consejos, repuso el Santon: las llamas que ves y el ruido que oyes en el campo enemigo, son una falsa alarma para atraerte á una emboscada, que te aguarda cerca de aquí. Ven conmigo, rodearemos por la falda de Sierra Elvira, y yo te mostraré un punto, que puedes atacar con ventaja, y por el cual te apoderarás de los reyes cristianos.

Al oir esta proposicion, Muza no reflexiona: suplica al hombre misterioso que le guie, y no duda del prodigio, al ver que aquel anciano marchaba con mas agilidad que su propio caballo. En menos de una hora se encontraban al pié de la volcánica montaña, y habiendo llegado á un vallecillo, desde donde se veia claramente el real de los cristianos á la luz del incendio, se volvió el Santon y dijo al valiente bastardo.

—Manda á tu gente quedarse aquí hasta que yo le avise, y sígueme, reconocerás el parage, donde el Cielo te tiene reservada la victoria: conviene que vengas solo, para que no te sientan.

Accedió el infante á los deseos del supuesto aparecido, y aunque, recelando que fuese un traidor, le mandó no apartarse del lado de su caballo, comenzó á caminar solo por donde aquel le guiaba. Era la senda estrecha y pedregosa, y á cada paso parecia irse borrando, á lo cual atribuia Muza la marcha lenta de su poderoso bridon; hasta que observó que le flaqueaban las piernas, y metiéndole espuelas, notó con asombró que gemia y vacilaba.

—Traidor! Me has vendido? exclamó amenazando con la lanza á su guia.

Pero este, de un salto se puso fuera del alcance del arma, y soltó una carcajada sardónica. Muza quiso perseguirle para matarle, pero su caballo cayó muerto: el fingido Santon le habia picado una vena, y el noble animal estaba desangrado.

Enfurecido Muza, se desembarazó de los estribos, y corrió en pos de su burlador, que cual si realmente fuese un espíritu, saltaba de roca en roca, y ora desaparecia, ora se paraba á esperarle, provocando así su ira y su deseo de perseguirle: El bravo moro le arrojó la lanza, sin poder alcanzarle, y otra carcajada fué la contestacion del perseguido: aquella risa despertaba en el pecho de Muza impulsos de un rencor inveterado, y sin la insolente provocacion que encerraba, ella sola hubiera bastado á irritarle contra el que la proferia.

Fingiendo huir el uno y siguiéndole el otro, llegaron ambos á las alturas peñascosas de la Sierra, donde ni las aves moran, ni se cria planta ninguna: las rocas entreabiertas amenazaban tragarse á los dos temerarios que las hollaban. El supuesto Santon se detuvo á la entrada de una horrenda sima, y arrojando el tosco sayo y la postiza barba, sacó una cimitarra y un puñal, que brillaron con siniestro reflejo á la luz de las estrellas, y exclamó con su voz natural:

—Aquí!

Muza se estremeció al oir aquella voz, y dió un salto, á la manera del tígre, hácia su contrario, gritando:

—Infierno! Eres tú?.....

—Yo soy, Muza, yo! replicó el reconocido. ¿Podias creer que Hamet te dejase gozar de la hermosura de Fátima? Prepárate á morir; pues no en vano he roto mi prision!

Muza, sin dar respuesta á su rival, le acometió furioso; pero sus armas eran rechazadas, como si chocasen contra los duros peñascos: Hamet iba cubierto de bruñidas láminas de acero desde los pies á la cabeza. Sin embargo, el estraordinario esfuerzo de su enemigo le habria sido fatal, si éste no hubiera estado enfurecido hasta el punto de perder el acierto, mientras él, por premeditacion, conservaba toda su serenidad y sangre fria. Muza, no conociendo el terreno que pisaba, se dejó atraer hasta el borde de un precipicio, cuyo ignorado fondo se pierde en los vastos senos de aquella montaña: el fiero Zegrí le acosó entonces con mayores brios, para obligarle á retroceder, con ánimo de

despeñarle; pero el bastardo de Granada no solia cejar nunca, y menos lo habria hecho en esta ocasion, en que el furor le impulsaba hácia su contrario: cansado al fin de una lucha estéril, Muza tiró la cimitarra, que se habia roto contra la armadura de Hamet, y le abrazó con intento de ahogarle. Gimieron entonces los dos atletas bajo la opresion de sus titánicas fuerzas; enlazáronse sus brazos y piernas como rudas serpientes, y sus fogosos hálitos resonaron confundidos con ronco y agitado estertor: el Zegrí, temiendo que su enemigo le arrastrase al abismo, procuraba con afan sepultarle su gumia en el costado; pero era vano su empeño, pues la mano de Muza le agarrotaba la muñeca. Duraba ya una hora esta obstinada lucha, cuando el valeroso infante perdió tierra, y conoció el nuevo peligro que le amenazaba: Hamet dió un grito de horror, y trató de soltar á Muza; pero este, creyendo próximo su triunfo, redobló sus esfuerzos. Un momento vacilaron ámbos en el filo de la roca, y abrazados se precipitaron en la profunda sima.

Cuando los compañeros de Muza notaron su tardanza, salieron á buscarle, recelando la traicion: cerca ya del amanecer encontraron su caballo muerto, y no sabiendo que pensar de su desaparicion, y temiendo la furia del pueblo, si volvian á Granada sin él, se encaminaron hácia los pueblos de la Alpujarra.

En cuanto amaneció, los caballeros cristianos designados para justar con Muza salieron del campo magníficamente armados, y seguidos de seis mil ginetes para su acompañamiento y resguardo; pero llegados al palenque, vieron con estrañeza que aun no se habia presentado el mantenedor: pasóse todo el dia, y no apareciendo ningun moro, se volvieron al campamento formando mil comentarios.

Entre tanto, en Granada estaban todos los ánimos suspensos, advirtiendo que Muza no regresaba, ni quien diese noticias de su paradero: suponíase que hubiese emprendido alguna espedicion, y se esperaba verle volver triunfante de tierras de Castilla. Pero el tiempo pasaba, y con él crecia la ansiedad de la córte mora. El gefe de los abencerrages, Aben Hamet, y Abul

Cacim, que no habiendo querido someterse cuando capituló el Zagal, obtenia de nuevo el cargo de Wacir mayor de Granada, se encargaron de su defensa: y presumiendo que Muza hubiese sido cautivado, trataron de averiguar la verdad: pero fueron inútiles sus pesquisas. Fátima estaba inconsolable, y pasaba los dias absorta en su dolor, contemplando alelada las galas de novia, que no habia llegado á estrenar.

Acercábase ya el invierno: los granadinos confiaban en verse libres del asedio, luego que arreciasen las lluvias y los frios, y esta esperanza les iba sosteniendo; pero pronto quedó desvanecida. Una mañana de Octubre observaron que el campamento cristiano habia desaparecido del lugar que ocupaba: en el primer momento respiraron con alegría; mas ¿cuál seria su asombro, cuando á corta distancia vieron que se alzaban los muros y torres de una ciudad, erigida como por encanto en frente de la suya, en el transcurso de una noche? Parecia esto increible; pero la realidad estaba allí para aterrarlos. Era ya imposible resistir á quien poseia el don de hacer prodigios: verdad es que la ciudad nueva no estaba concluida; mas de treinta mil operarios trabajaban en torno de ella y dentro de su improvisado recinto, labrando la piedra, la madera y otros materiales para construir casas; pero esto no menguaba el asombro de los moros en presencia de aquella amenazadora maravilla; ignoraban que las murallas y torres eran de tela pintada, y puesta con artificio, para engañarlos mientras se levantaban otras verdaderas á su abrigo.

En pocos dias quedó acabada la ciudad, y el ejército cristiano tuvo sólidos cuarteles de invierno en vez de tiendas de campaña: todo aquello era obra del maternal desvelo con qué Isabel miraba las necesidades del soldado, y de su ardiente afan por alcanzar á fuerza de constancia el último triunfo de la fé. Reunidas las personas que componian el consejo real para determinar el nombre que habia de darse á la nueva poblacion, todos convinieron en que debia llamarse *Isabela*, en honor de su fundadora; pero la Reina rehusó esta demostracion lisonjera, y dispuso darla por nombre *Santa Fé*.

Desde que apareció sobre la tierra esta ciudad simbólica, el aliento de los agarenos, ya decaido por la pérdida irreparable de Muza, se abatió completamente. Solo entre el pueblo y en el ánimo severo de Aixa existan destellos del fuego patrio: el rey Chico, sumido en profunda tristeza, y creyendo en el rigor de su estrella infausta, no pensaba siquiera disputar el triunfo á las armas cristianas. Veia los antiguos servidores de su padre y suyos aliados con su enemigo: Reduan Venegas, el hermano de su Wacir Abul Cacim, Cid Hiaya su primo, Alí-Aliatar, su cuñado, Azaator el Zegrí, Mohamad el veterano y otros muchos esforzados capitanes recibian mercedes y agasajos de Isabel y Fernando, y peleaban bajo sus banderas. El mismo Abul Cacim y Aben Comixa, rendido á las ofertas de Gonzalo de Córdoba, procuraban ya persuadir al mísero monarca que era necesario someterse.

Abu-Abdalah prefirió al cabo esto último á desafiar por mas tiempo la adversidad de su destino; y aunque á escondidas de su madre, firmó una noche la capitulacion de la entrega de Granada en manos de Gonzalo y del secretario de la reina Isabel Fernando de Zafra.

No habian transcurrido dos meses, término prefijado en aquel pacto, cuando los poderosos reyes de España vieron lucir el dia de su anhelado triunfo. Era el 2 de enero de 1492: á poco de haber amanecido, y antes que los habitantes de la ciudad comenzasen á recorrer sus calles silenciosas, bajaba de la Alhambra una triste comitiva, y pasando el Genil, se encaminaba lentamente hácia el valle de Lecrin: componíanla personas principales, que iban acompañando á la sultana Morayma, sus hijos y las damas de su servidumbre: solo faltaba entre ellas la hermosa Fátima, que habia preferido quedarse en Granada con su padre.

Al mismo tiempo, en el real de Santa-Fé se hacian alegres preparativos de marcha, y todos los guerreros cristianos se vestian con sus mejores galas. Entrado ya el dia, partió el cardenal Mendoza con su sobrino el conde de Tendilla y muchos ca-

balleros y escoltado por una fuerte columna de infantería, y encaminó sus pasos á la Alhambra, pasando por delante de la puerta de los Molinos, sin entrar en la ciudad, segun estaba capitulado. En seguida marcharon los Católicos Reyes por la vega adelante con todo el ejército: Don Fernando avanzó hasta la ribera del Genil, en resguardo del cardenal: Doña Isabel se quedó en Armilla, á media legua de Granada.

Subia D. Pedro Mendoza el cerro de Habul, ahora llamado de los Mártires, llevando delante su gran cruz de plata y los estandartes de Santiago y de Castilla, cuando vió asomar por la cumbre al vencido rey Abdalah en compañía de su madre y de muy pocos servidores de ámbos sexos. El cardenal se detuvo á saludarle, y habiendo hablado un poco en secreto con él, dijo el desventurado:

—Id, señor, y tomad posesion de esos alcázares para los reyes poderosos, á quienes Alah quiere darlos por nuestros pecados.

Aixa miró con ceño á su hijo y al prelado, y murmuró:

—Y por vuestras miserias!

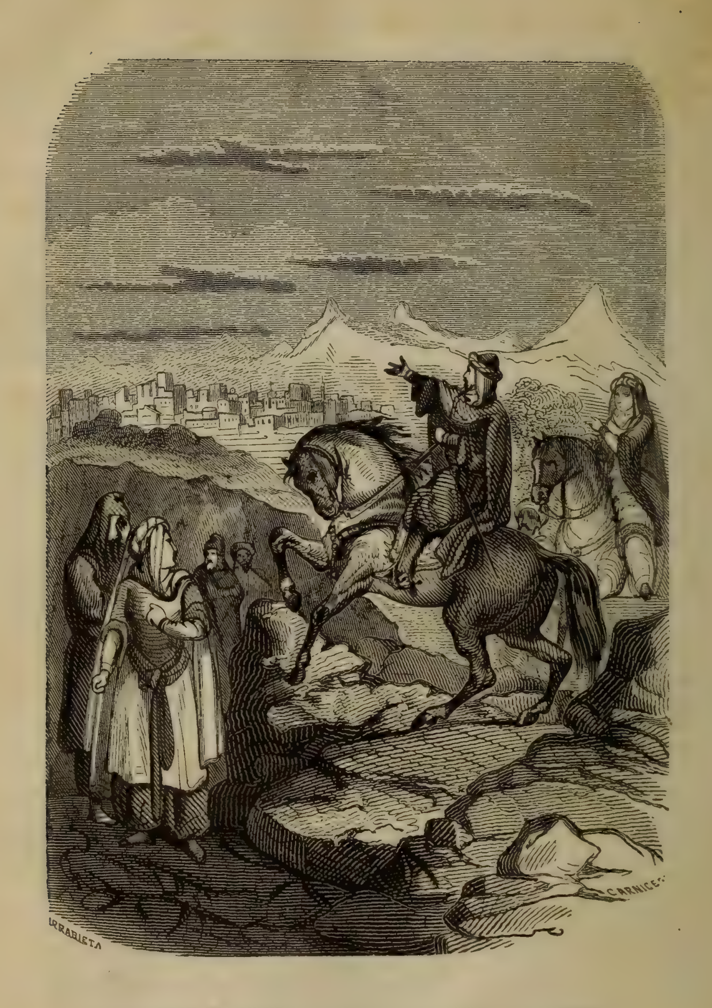
El cardenal siguió adelante con su comitiva y encontró abiertas las puertas de la Alhambra, cuyo alcaide Aben Comixa le aguardaba para entregársela.

Entre tanto el destronado Zogoybi bajaba la pendiente colina, y pasado el rio, encontró á D. Fernando, é hizo ademan de echar pié á tierra, para ir á besarle la mano. Mas el rey de Aragon, para impedirlo, corrió á su encuentro, al mismo tiempo que Aixa le decia en voz baja, pero con enérgico acento:

—Detente, rey desdichado! No acabes de abatirte y deshonrarte.

Abdalah se acercó á su vencedor, que no le permitió apearse, y le besó en el brazo, en señal de sumision: hecho lo cual, los dos reyes se apartaron: D. Fernando siguió su marcha hácia la Alhambra, y el Zogoybi tomó el camino de Andarax, sin entrar en Armilla, donde estaba doña Isabel.

Llegado á la cumbre de una colina que parte las vertientes



Llora como una mujer, ya que no has sabido ser hombre.

por un lado hácia la vega y por otro hácia el valle de Lecrin, Abdalah refrenó su caballo y se volvió para contemplar por última vez su querida ciudad: el caballo puso una mano sobre una piedra franca, dejando impresa la herradura, huella que han ensanchado los pasageros á fuerza de indicársela unos á otros, y que hoy mismo señala el sitio conocido con el nombre de *el Suspiro del moro*. Abdalah no pudo contener la pena que le ahogaba, y prorumpió en amargo llanto, exclamando:

—Alah-akbar! Oh! Dios grande! Dame valor para soportar mi desventura!

La sultana madre le miró con desprecio, diciéndole:

—Llora, si, llora como una mujer, ya que no has sabido ser hombre!

Al acercarse á aquel sitio los desterrados viageros, se habia levantado de detrás de la piedra una jóven hermosa, que allí estaba sentada y vestida con un rico trage de boda. Era Fátima, que habia salido sola de Granada; la cual, mirando fijamente al Zogoybi, exclamó:

—Ah! Vosotros tambien venís á buscarle! Seguidme, seguidme; que él salvará á Granada.... Yo sé donde está: mañana nos desposamos.

Y echó á correr por el monte con muestras de verdadera demencia.

Abdalah, que hasta entonces no habia reparado en aquella infeliz, mandó que se la trajesen; pero no pudiendo reducirla á seguirle, se la envió á su padre.

Doña Isabel, entre tanto, miraba impaciente á la Alhambra, esperando la señal que debia hacer D. Pedro Mendoza: todo el ejército tenia puestos los ojos en aquella fortaleza. De pronto resonó en el campo un inmenso grito de alegría, pues acababa de verse brillar la Cruz de Toledo en la torre del homenage, y el trueno del cañon anunciaba el término de una guerra de ocho siglos. La reina cayó de rodillas dando gracias á Dios: lo mismo hicieron las inumerables personas que la acompañaban, y el clero entonó el himno *Te Deum laudamus* al son de armoniosos instrumentos.

* * *

Dos meses habian pasado desde el dia de la toma de Granada: el palacio de la Alhambra, impregnado todavia del aliento moro, abrigaba entre sus laboreados muros á la brillante corte castellana: doña Isabel no cesaba de admirar las maravillas de las artes contenidas en aquel encantado recinto, y continuamente daba fervorosas gracias á Dios, que le habia concedido la merced de acabar la reconquista de España, coronándola con la posesion de aquella magnífica joya. Pero, entre tanto, se afanaba en atraer á los vencidos con halagos, á fin de reducirlos por amor á su servicio y á la fé cristiana.—Zoraya y sus hijos, recogidos en Almería, cuando se entregó esta ciudad, obtenian de la bondadosa reina todo género de caricias: la primera volvió á recibir el bautismo y su primitivo nombre de Isabel de Solís, y los segundos conservaron el título de infantes, con el apellido de Granada, y aceptaron la religion de su madre: los hermanos Venegas, Cid Hiaya, cuñado de estos y toda su familia tambien se convirtieron, y de ellos descienden hoy nobles casas de España. Pero la solicitud de la reina era mas esmerada con la infeliz Fátima, cuyo lamentable estado merecia un particular interés.

Continuamente se veia á la desdichada vagar, como una sombra, por los salones del alcázar moro, mirando con atencion á cuantos pasaban por su lado, y volverse moviendo la cabeza. Frecuentemente recorria los jardines cogiendo flores y tegiendo coronas, con las cuales adornaba sus sienes, murmurando con apacible sonrisa:

—Mañana nos desposamos!

Otros cuidados importantes ocupaban á la magnánima Isabel. Un dia, estando en el Mirador de la sultana con su amiga la marquesa de Moya, la dijo:

—Hace mucho tiempo que no he visto á tu recomendado Colon, y sentiria que se hubiese ido sin enterarme bien de su proyecto, ahora que pudiéramos pensar en él.

—Justamente, señora, contestó la dama, deseaba yo habla-

ros del genovés. Hace algun tiempo que, cansado de solicitar inutilmente, y siendo protegido por D. Alvaro de Braganza, determinó pasarse á Portugal, cuyo rey le habia escrito llamándole á su corte.

—Y ha marchado! exclamó doña Isabel.

—Marchó; pero ved aquí una carta, que hoy he recibido, del Padre Marchena, en que me dice que Colon está en la Rábida, y que no le dejará partir, hasta que él mismo se haya visto con V. A.

—Oh! Que le hagan venir al momento.... Pero, ¡estaba tan pobre!... Le mandaremos dinero para que se vista, y *para que compre una bestiezuela.*

No demoró la marquesa un momento la ejecucion de los deseos de su señora, y á los pocos dias se presentaba Colon en la Alhambra, en compañia de su amigo el prior de la Rábida. Geraldini, Alonso de Quintanilla y las demas personas que antes le habian atendido, acudieron á felicitarle y á ofrecerle su eficaz apoyo. El Padre Talavera, nombrado arzobispo de Granada y otros, continuaban en su tenaz oposicion al grandioso proyecto del piloto genovés.

Cuando este compareció á la presencia de la reina, estaban con ella D. Fernando y el arzobispo, ambos contrarios á su pretension; pero tambien se hallaba allí la marquesa de Moya, que á fuer de agradecida no dejaba de abogar por él, y Luis de Santángel, contratista ó receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, junto con Alonso de Quintanilla, que le patrocinaban con ardor. Santángel y el padre Marchena habian movido ya el ánimo de la reina, inflamando su alma, siempre inclinada á las grandes empresas: solo faltaba que Colon la persuadiese, hablando á su claro entendimiento.

Alentado el modesto marino por la confianza que doña Isabel le inspiraba, espuso su proyecto con razones científicas; pero sin entrar en demostraciones abstractas, y enardeciéndose por grados, habló con aquel acalorado entusiasmo, que insensiblemente le arrebataba: nunca fué mas facundo, ni emitió sus

ideas con mas clara espresion de profundo convencimiento. Su elocuencia sencilla y fervorosa cautivaba el corazon: y es que con el corazon sentia en aquellos momentos; pues las prendas queridas de su alma, doña Beataiz y su hijo, para sustraerse á las iras de D. Pedro Henriquez, vivian de caridad en un convento de monjas.

El fuego que ardía en la mente de Colon se comunicó al fin al espíritu magnánimo de Isabel: pero D. Fernando, que habia estado escuchando con frialdad calculadora, dijo en voz baja á su esposa:

—Señora: todo lo que Colon propone está por ver. No me opongo á que le ayudeis, si tal es vuestra voluntad; pero la última guerra nos ha dejado empeñados. Tenemos deudas en vez de fondos de que disponer.

La reina bajó la cabeza, confundida por esta observacion que era demasiado evidente: pero su alma enérgica no podia dejarse vencer por obstáculos mesquinos: un solo momento duró su indecision: irguióse de nuevo con magestuoso ademan y exclamó:

—Yo entro en esta empresa por mi corona de Castilla, y quiero que al momento se ejecute. Si no hay dinero, que se empeñen mis joyas!

Colon no pudo contener un grito de alegría, y cayó de rodillas murmurando:

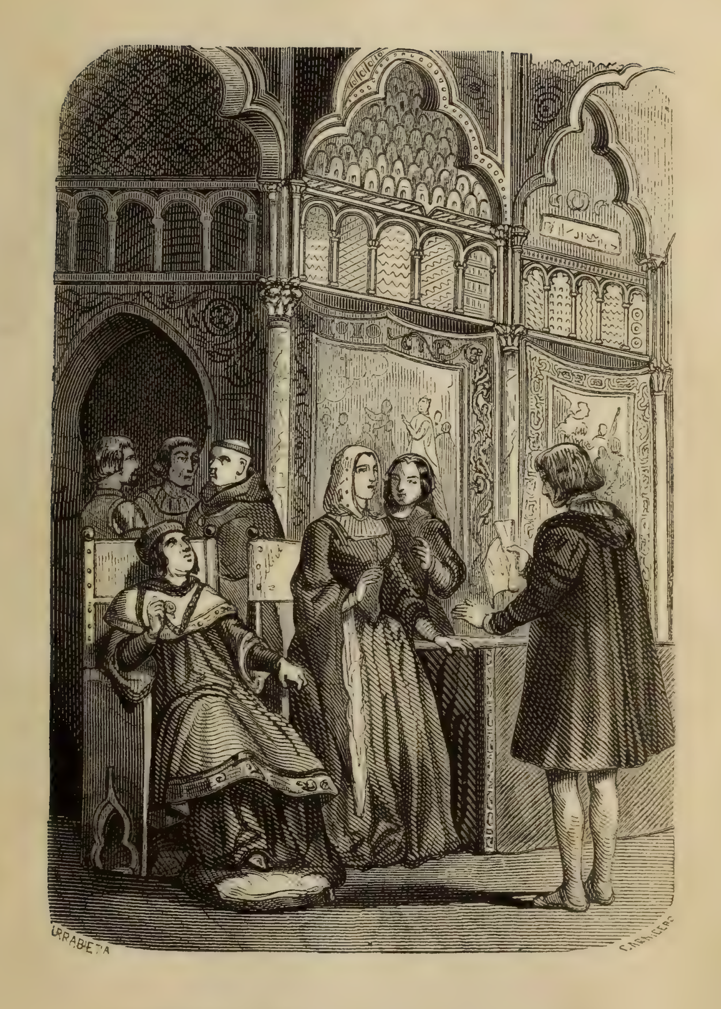
—Sois mas que reina! sois una santa!

Luis de Santángel se adelantó y dijo:

—Señora, no necesitais hacer ese sacrificio: yo os prestaré el dinero necesario.

De allí á poco tiempo marchó Colon al puerto de Palos de Moguer, donde se le estaban disponiendo tres carabelas, para emprender su anhelada espedicion en busca de regiones desconocidas.

Entre tanto doña Isabel se ocupaba en recompensar, segun sus méritos, á los guerreros que le habian ayudado en la conquista de Granada: llegó su turno á Pulgar, y llamándole la reina á su presencia, le mandó pedir alguna gracia.



Su elocuencia sencilla y fervorosa cautivaba el corazon.

—Señora, contestó nuestro héroe: solo ambiciono siete pies de tierra, donde reposen mis cenizas y las de mi difunta esposa; pero deseo tenerlos en la puerta de la mezquita mayor de Granada.

—Es muy justo lo que pides, Pulgar, y concedido lo tienes; con mas, que tú y tus descendientes sereis los porteros de mi sepulcro. Pero ¿no quieres nada mas?

—Tambien es justo que se recompense á los escuderos, que me acompañaron cierta noche, y en particular á mi fiel Tristan, á quien dí una cuchillada.

—Todos ellos tendrán casas y bienes en Granada. Mas para tí....?

—Ya estoy pagado.

La reina recompensó largamente á Pulgar. Quiso despues ver al veterano Juan del Prado y á su satélite Reduan, que tanto habian influido en la rendicion de Málaga, y les preguntó qué querian.

—Santa señora, contestó el anciano guerrero: voy á cumplir noventa y dos años, y todavia estoy fuerte, gracias á Dios! En toda mi larga vida no he necesitado mas que una libra de pan, otra de carne, un jarro de vino y un coleto para abrigarme. Bien puedo acabar mis dias con esto solo.

Sonrióse doña Isabel, y mirando al idiota, que temblaba de respeto, le dijo:

—Y tú qué pides, pobrecillo?

Reduan se encogió de hombros, y se arrimó á Juan del Prado, que contestó por él:

—Este quiere vivir conmigo.

La reina les dió casas en la Alhambra y renta para mantenerse toda su vida. Juan del Prado vivió aun muchos años, y á la sombra del palacio árabe y de los frondosos arbolados que le rodean, continuó siendo el cronista tradicional de todos los acontecimientos de su siglo.

EPILOGO.

El huevo de Colon.

Mas de un año habia pasado desde que el imperio musulman en España cedió al poder, siempre invencible, de la voluntad apoyada en la fé, y hacia siete meses cumplidos que Cristóbal Colon partió de Palos: los habitantes de aquel pueblo lloraban ya por muertos á sus parientes y amigos, que habian acompañado al intrépido genovés en su espedicion temeraria; y su imaginacion les representaba con horribles detalles el fin trágico de aquellos hombres, que suponian sepultados en los abismos de procelosos mares.

Acababa de pasar el invierno, que fué de los mas borrascosos de que tenian memoria los nacidos, y aunque ya se acercaba la primavera, parecia que el Océano, irritado contra los hombres, por haber estos osado penetrar sus arcanos, amenazaba invadir la tierra y rebelarse contra la ley del cielo que le encadena.

La corte de España estaba accidentalmente en Barcelona, donde los ignorantes y descreidos, que habian reprobado y es-

carnecido el proyecto de Colon, batian palmas, preciándose de previsores, y tal vez manifestaban una orgullosa compasion hácia los que creian víctimas de su nécia credulidad. Doña Isabel sufria con profunda pena estas murmuraciones, que llegaban hasta su oido, pues el rey las autorizaba con su propio ejemplo; y en el silencio de las noches dirigia fervientes súplicas á Dios por la vuelta de su protegido.

Un dia, á mediados de Marzo, llegó á Barcelona un correo, portador de noticias estraordinarias. Colon le enviaba desde Palos á dar cuenta de su feliz arribo, despues de haber tocado en Lisboa por efecto de las furiosas tempestades. Aquel mensagero hablaba de cosas tan admirables, que parecian ser invenciones de un espíritu delirante. Se habian descubierto unas nuevas Indias, paises vastísimos, de estension aun no calculada, poblados de hombres y animales diferentes de los conocidos, y en donde la naturaleza prodigaba todos sus tesoros á manos llenas. Los incrédulos que poco antes zaherian y execraban á Colon, unos se escondian avergonzados, otros procuraban informarse, dudando todavia de la asombrosa realidad.

Inmenso fué el regocijo de la reina: inmediatamente escribió á Colon mandándole presentarse en la corte, y dándole instrucciones para que, á su paso por Sevilla, dispusiese armar una poderosa escuadra, con el fin de continuar los descubrimientos en grande escala.

Colon recibió esta carta en Sevilla, y vió recompensados los trabajos y penalidades que habia sufrido, cuando leyó el sobre que decia: «A D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante del mar «Océano, y virey y gobernador de las islas descubiertas en las «Indias.»

El oscuro piloto, enaltecido ahora por su inmenso triunfo y por la magnanimidad de Isabel, era admirado, y su nombre corria de boca en boca con asombro y veneracion. Los mas notables personages de los pueblos por donde pasaba, salian á recibirle, con demostraciones de acatamiento propias de un soberano. Entre los muchos que le visitaron en Sevilla, se presentó

Pulgar, y le ofreció acompañarle hasta Barcelona con su nueva esposa: nuestro valiente caballero acababa de casarse allí con doña Elvira de Sandoval.

Pero, cómo no hay dicha completa en este mundo, Colon sufrió un golpe cruel en medio de la felicidad que le rodeaba. De Sevilla fué á Córdoba, con el ansia de ver á Doña Beatriz Henriquez: pensaba desposarse con ella, ahora que poseía un nombre ilustre, adquirido por su valor y talento. La noble dama habia fallecido durante su ausencia, dejando su hijo al cuidado de las religiosas que la dieron asilo.

Hondamente afligido por esta irreparable pérdida, continuó el Almirante su viage á Barcelona. En esta ciudad salieron á recibirle todos los jóvenes de la nobleza española, y entre el inmenso gentío que se agolpaba lleno de curiosidad y pasmo á ver los raros y preciosos objetos traidos de las nuevas regiones, se encaminó Colon, como llevado en triunfo, al palacio; donde los reyes, con el príncipe D. Juan y toda la grandeza le aguardaban en pública recepcion, para mas honrarle: diéronle asiento en su presencia, y habiendo escuchado de su boca la relacion de su viage y descubrimientos, se arrodillaron para tributar gracias á Dios por el inmenso favor que les habia dispensado: imitaron á los Católicos reyes cuantos habia presentes, y los coros de la capilla real entonaron un solemne *Te-Deum.*

Al dia siguiente, el cardenal Mendoza obsequió á Colon, de órden de la reina, con un suntuoso banquete. A los postres movióse conversacion entre varios nobles sobre la magnitud del acontecimiento que ocupaba todos los ánimos: estaba entre ellos D. Pedro Henriquez, quien se dejó decir, que no era cosa de maravillarse por el descubrimiento de Colon, pues lo que él habia hecho, pudiera hacerlo cualquier otro hombre.

Oyó esto Colon, y mandando traer un huevo, se acercó á don Pedro y le dijo:

—Paréceos cosa fácil poner este huevo de punta, derecho sobre una mesa?

—Eso es imposible! contestó el orgulloso noble.

—Pues yo no lo creo tal, repuso Colon.

Agolpáronse los convidados, atraidos por la novedad del intento, y todos probaron, unos en pos de otros, á poner el huevo derecho, sin llegar á conseguirlo. Entonces lo tomó Colon, y dando con él en la mesa un golpecito bastante fuerte para hundirle un poco la punta, lo dejó en pié, con gran sorpresa de los presentes, admirados de que á nadie le hubiese ocurrido una cosa tan sencilla.

—Ved ahí, señores, dijo el Almirante, otro descubrimiento mio: lo que hace poco parecia imposible, ahora es tan fácil que cualquiera puede hacerlo.

Sonriéronse los cortesanos, mirando con malicia á D. Pedro Henriquez, el cual se mordió los labios y salió confundido de la reunion.

Mucho tiempo duró el asombro de las gentes, que no sabian hablar sino del portentoso hallazgo de un mundo desconocido hasta entonces. La nacion española, que regida por Isabel, adquiria diariamente nuevo poderío y vigor en sí misma y en el noble carácter de sus hijos, cobrando en Italia fama de invencible por el valor heróico de Gonzalo de Córdoba, y dilatando inmensamente sus dominios con los sucesivos descubrimientos de Colon, se hizo en pocos años la mas poderosa del orbe. Los destinos de las demás naciones pendian de la voluntad del gabinete español; y este pueblo, abyecto y miserable hacía un cuarto de siglo, vivia en la abundancia, libre y respetado con el fuerte apoyo de la justicia, orgulloso de su fama, y lleno de tanta gloria y grandeza, que amenazaba no caber en los límites de la tierra.

Todo esto era debido á las virtudes de una mujer! ¿Por qué no fué inmortal?

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.

Llevados del deseo de complacer en todo lo posible á los suscritores á esta obra, al darles grabado en acero el retrato de Isabel la Católica, procurando copiarlo del mas parecido que existe, y reproduciendo en él la armadura de aquella reina, que se conserva en la Armería real de Madrid, habíamos pensado además ponerle al pié un facsímile de su firma, sacado de la que está en el codicilo hecho por la misma, que se guarda en el Archivo de Simancas, y que es de creer fuese la última que puso. Pero no pudiéndose incluir en el retrato, sin desgraciarlo, y no queriendo privar á nuestros constantes favorecedores de este objeto curioso, lo hemos hecho grabar aparte, y hélo aquí:

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LA AURORA DEL NUEVO DÍA.

LIBRO II.

LA JUSTICIA DE LA REINA.

CAPÍTULO. PÁGINA.

LIBRO III.

LUZ Y TINIEBLAS.

LIBRO IV.

LOS AMORES DE COLON.

PAUTA

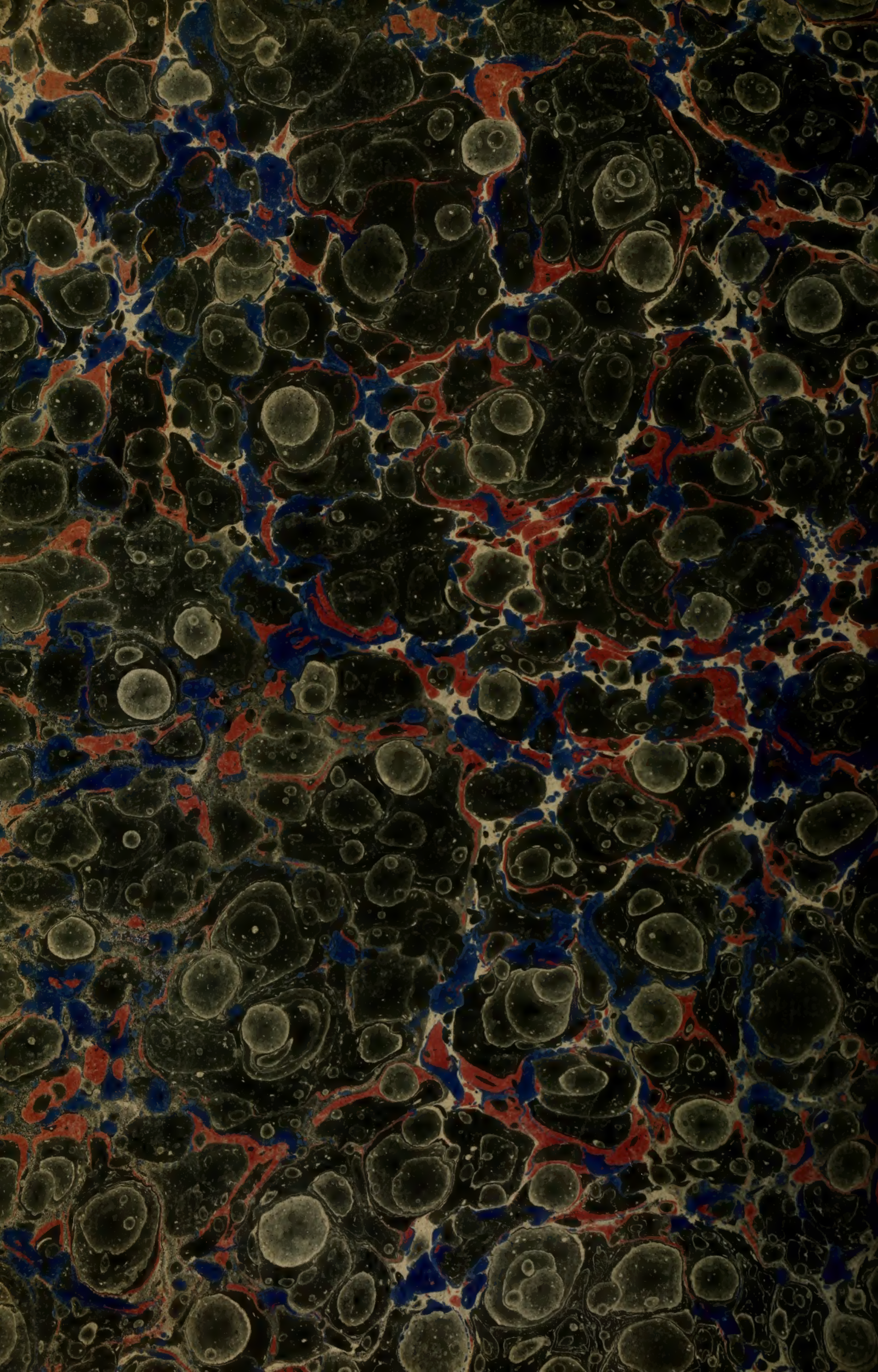
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

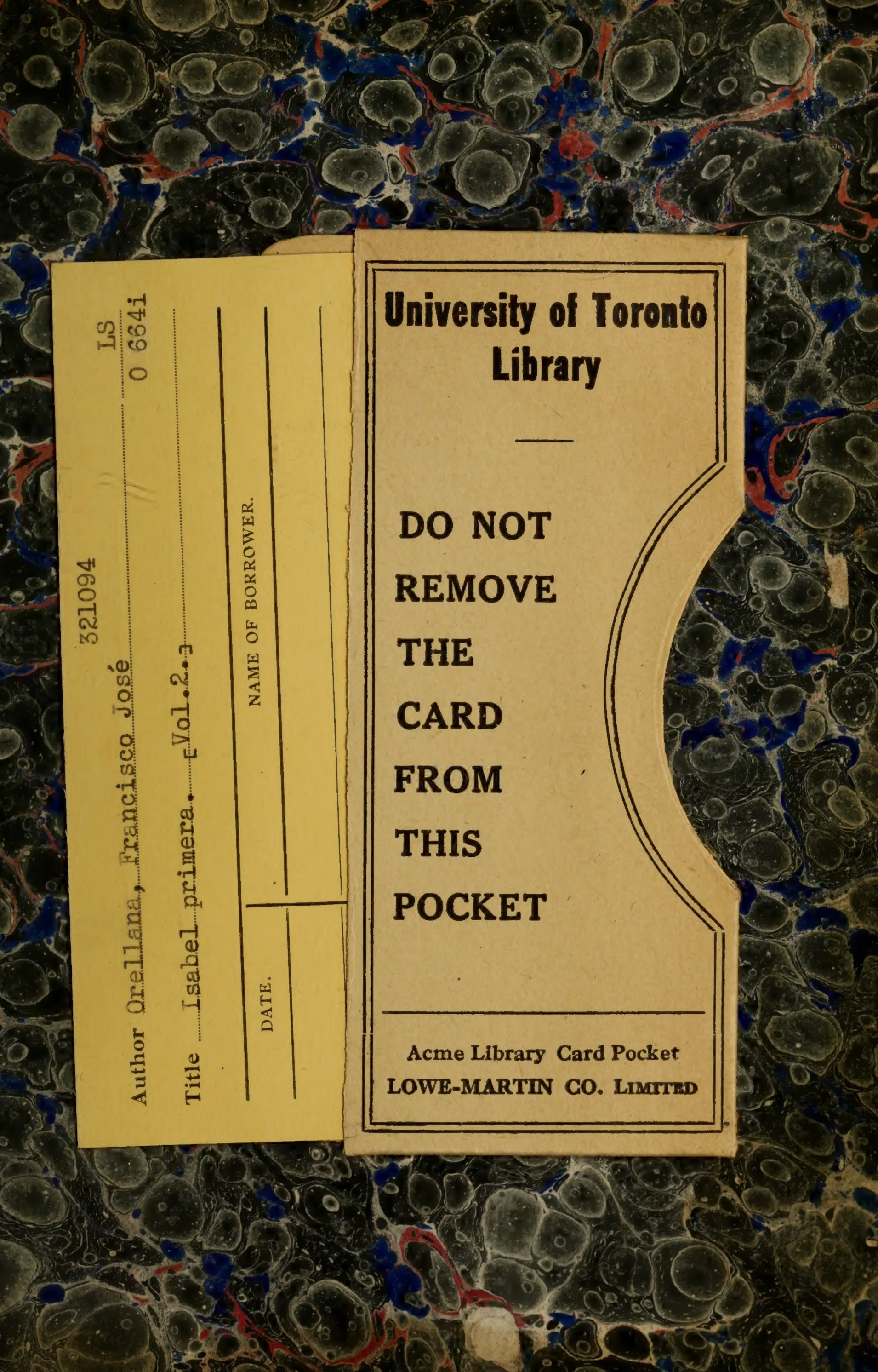
TOMO PRIMERO (*).

(*) No siendo posible salvar las equivocaciones cometidas en la numeracion de las láminas de este primer tomo, hacemos indicaciones de los asuntos que representan. Para las demas servirán de guia los epígrafes.

TOMO II.

TOMO III.




LS
O 664i
321094
Author Orellana, Francisco José
Title Isabel primera. [Vol.2.]
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

